

Población y trabajo en América Latina:

*abordajes teórico-metodológicos y
tendencias empíricas recientes*

Luciana Gandini / Mauricio Padrón Innamorato

COORDINADORES



Población y trabajo en América Latina: abordajes teórico-metodológicos y tendencias empíricas recientes

Luciana Gandini y Mauricio Padrón Innamorato

(Coordinadores)

Serie Investigaciones N.º 14

ALAP Editor

1a. Edición

Río de Janeiro, Brasil

2013



La Asociación Latinoamericana de Población (ALAP) es una organización científica que aglutina investigadores, estudiantes y otros profesionales de veintinueve países interesados en estudios de población de América Latina y el Caribe.

ALAP es un foro privilegiado para la consolidación y difusión del conocimiento demográfico y un espacio abierto a la discusión y debate de las distintas perspectivas analíticas y posiciones regionales y nacionales sobre las temáticas actuales en materia de población.

Objetivos

- Propiciar, organizar y conducir diferentes tipos de encuentros interdisciplinarios como congresos, reuniones académicas, foros y seminarios regionales y subregionales.
- Publicar los resultados de estudios, investigaciones y eventos realizados institucionalmente o por sus asociados en acuerdo con los propósitos de la ALAP.
- Contribuir al intercambio de información, la elaboración y difusión de conocimiento y el enriquecimiento metodológico sobre la demografía latinoamericana entre los científicos sociales de la región, los centros e instituciones académicas y de investigación, los organismos no gubernamentales y los gobiernos.
- Contribuir a que los hallazgos de la investigación sociodemográfica sean utilizados en la definición de políticas de desarrollo y en la enseñanza de las ciencias sociales.

Publicaciones de ALAP

ALAP cuenta con cuatro tipos de publicaciones regulares, todas disponibles en línea <www.alapop.org>.

1. *La Revista Latinoamericana de Población (RELAP).*
2. *La colección de libros Serie Investigaciones.*
3. *La colección de libros electrónicos E-Investigaciones.*
4. *Los anales de los Congresos de ALAP.*

Las líneas editoriales de ALAP son definidas por el Comité de Publicaciones en conjunto con el Consejo de Dirección, que trabajan en el sentido de ampliar las formas de divulgación de los resultados de investigación y textos dirigidos a la enseñanza.

Población y trabajo en América Latina: abordajes teórico-metodológicos y tendencias empíricas recientes

Luciana Gandini y Mauricio Padrón Innamorato

(Coordinadores)

Serie Investigaciones N.º 14

ALAP Editor



Fondo de Población
de las Naciones Unidas



Las opiniones expresadas en los artículos aquí publicados son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan aquellas de las instituciones involucradas en la publicación.

The views expressed in the articles of this book are those of the authors and do not necessarily reflect those of the institutions involved in the publication.

Las opiniones expresadas son de los autores y no necesariamente reflejan
aquellas de la Asociación Latinoamericana de Población.

Primera edición, 2013, Río de Janeiro, Brasil
© 2013. Asociación Latinoamericana de Población
ISBN 978-85-62016-18-9

Esta obra se dictaminó por pares académicos y cuenta con la aprobación
del Comité Editorial de Serie Investigaciones de ALAP para su publicación

ALAP gestión 2013-2014

Consejo de Dirección

Presidente: Laura R. Wong (Brasil / Perú)
Vicepresidenta: Rogelio Fernández (Argentina)
Secretaria General: Alejandra Silva (Chile)
Secretario de Finanzas/Administrativo: José Eustaquio Alves (Brasil)
Vocales y suplentes: Carlos Echarri (México), Arodis Robles (Costa Rica), Carmen Elisa Flores (Colombia)
Carmen Varela (Uruguay), Dina Li (Perú), Leandro González (Argentina)

Comité de Publicaciones

Marcela Cerrutti (Argentina)
Brígida García (México)
Fernando Lozano Ascencio (México)
Jorge Rodríguez Vignoli (Chile)

Comité Editorial de Serie Investigaciones

Editor General: Jorge Rodríguez Vignoli (Chile)
Editores Ejecutivos del número: Luciana Gandini (Argentina) y Mauricio Padrón Innamorato (México)
Miembros: Eramis Bueno (Cuba), Roberto Luiz do Carmo (Brasil), Dora Celton (Argentina)
Enrique Peláez (Argentina), Joice Melo Vieira (Brasil)

Secretaría Administrativa de ALAP

Escola Nacional de Ciências Estatísticas – ENCE/IBGE
Rua Andre Cavalcanti, 106, sala 502
Bairro de Fátima, Rio de Janeiro, RJ, Brasil
CEP: 20231-050
<http://www.alapop.org>

Ilustración de tapa:
Romina Gandini

Producción editorial

TRILCE

San Salvador 2075
11200 Montevideo, Uruguay
trilce@trilce.com.uy / www.trilce.com.uy

PRESENTACIÓN	
por <i>Laura Rodríguez Wong y Jorge Rodríguez Vignoli</i>	9

INTRODUCCIÓN GENERAL	
por <i>Mauricio Padrón Innamorato y Luciana Gandini</i>	11

PRIMERA PARTE

EL VÍNCULO ENTRE POBLACIÓN Y TRABAJO DESDE UNA PERSPECTIVA
TEÓRICO-CONCEPTUAL Y METODOLÓGICA

Introducción a la primera parte	
por <i>Patricia Román Reyes</i>	17

El vínculo entre población y trabajo en los estudios laborales de América Latina	
por <i>Fiorella Mancini</i>	23

Del monismo al pluralismo en los estudios sobre la desocupación en América Latina. Hacia una conceptualización alternativa	
por <i>Clara Márquez Scotti</i>	65

Reflexiones en torno al análisis de la movilidad ocupacional intergeneracional de la población en condiciones de pobreza crónica	
por <i>Iliana Yaschine</i>	91

Reflexiones sobre la metodología mixta como ruta para el estudio del trabajo infantil. Un caso de aplicación	
por <i>Sarai Miranda Juárez y María Edith Pacheco Gómez Muñoz</i>	119

Diario versus cuestionario: una comparación de metodologías para la medición del trabajo remunerado y no remunerado	
por <i>Luciana Gandini y Susan W. Parker</i>	147

SEGUNDA PARTE
DINÁMICA DE LOS MERCADOS LABORALES DE AMÉRICA LATINA: ALGUNAS
APROXIMACIONES EMPÍRICAS

Introducción a la segunda parte por <i>Nina Castro</i>	189
Informalidad laboral y brechas salariales en América Latina por <i>Roxana Maurizio</i>	197
La inserción laboral de los jóvenes y las políticas de empleo en Colombia, México y Uruguay (2012) por <i>Emma Liliana Navarrete, Mauricio Padrón Innamorato y Adriana Carolina Silva Arias</i>	223
Transição entre o trabalho e o estudo de jovens e adolescentes no Brasil: projeção de tendências demográficas por <i>Elzira Lúcia Oliveira y Gustavo Henrique Naves Givisiez</i>	261
Condiciones laborales y comercio exterior: una aproximación desde El Salvador y Guatemala, 2010 por <i>Ana Escoto</i>	297
Retorno reciente y empleo: los casos de Ecuador, México y Uruguay por <i>Victoria Prieto y Martín Koolhaas</i>	327
Cobertura previsional, empleo y concentración ocupacional de los adultos mayores argentinos y brasileños por <i>Gabriela Sala</i>	369
Reproducción social estratificada: el trabajo doméstico remunerado en México y la interacción entre mujeres de estratos medios y populares por <i>Georgina Rojas García y Mónica Toledo González</i>	403
NOTICIA DE LOS AUTORES	443

El Consejo de Dirección 2013-2014 de la Asociación Latinoamericana de Población (ALAP) y el Consejo Editorial de la Serie Investigaciones se complacen en presentar el libro número 14 de la Colección Serie Investigaciones de ALAP: *Población y trabajo en América Latina: abordajes teórico-metodológicos y tendencias empíricas recientes*. Como en ocasiones anteriores, la preparación de este texto ha contado con el generoso apoyo de la oficina regional del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA-LACRO), en el marco del Plan Anual de Trabajo entre ALAP y UNFPA-LACRO. Reconocemos y agradecemos públicamente el apoyo de UNFPA, sin el cual esta publicación no habría sido posible.

Este libro, coordinado y elaborado por la red más joven de ALAP —Población y trabajo— creada en el marco del V Congreso, Montevideo, 2012, comenzó a elaborarse a mediados del primer semestre de 2013 y consideró un proceso competitivo de selección de trabajos, basado en una convocatoria amplia dentro y fuera de la red a cargo del libro. Tuvo un procedimiento riguroso de evaluación y selección, que incluyó al menos dos novedades que constituyen precedentes para los futuros números de la serie: I) una jornada de trabajo presencial para la discusión de los comentarios efectuados a los artículos seleccionados y la acogida que los autores dieron a los mismos en sus versiones finales, y II) un cuadro detallado de los comentarios recibidos por cada artículo seleccionado y la respuesta dada a ellos por los autores en la versión final.

Hay varias razones para celebrar este texto. Se trata del primero de la Serie Investigaciones que se publica bajo el Consejo de Dirección 2013-2014 de ALAP dentro del objetivo de consolidar publicaciones que extrapolen el ámbito académico. Surge del trabajo colectivo de una red de ALAP que se consolida con este primer producto. Aborda

un tema de la mayor importancia y que no había sido protagonista de las publicaciones de ALAP, entre otras razones por la inexistencia de una red a su cargo. Combina de manera articulada una sección teórica con una de análisis empírico y demuestra, con sus innovaciones en el proceso de revisión, el esfuerzo para asegurar la calidad científica. El libro presenta una docena de artículos que abordan diferentes tópicos dentro del amplio tema de población y trabajo, cubren varios países de la región y hacen aportes conceptuales, metodológicos y de política.

Vaya para los coordinadores del libro —Luciana Gandini y Mauricio Padrón—, para los autores de los artículos, para el equipo de dictaminadores y para la red Población y Trabajo en su conjunto, una merecida congratulación por el esfuerzo hecho, que ha fructificado en un texto de alto nivel técnico, de plena actualidad y de la mayor relevancia para las agendas académica y pública.

Laura Rodríguez Wong
Presidente de ALAP 2013-2014

Jorge Rodríguez Vignoli
Editor General de la Serie Investigaciones

Con frecuencia, cuando se alude a los estudios de población suelen destacarse tres componentes centrales: fecundidad, mortalidad y migración, considerados fenómenos demográficos por antonomasia. Una mirada a textos clásicos así lo confirma (Pressat, 2000 [1967]). Sin embargo, cuando se analizan poblaciones, subpoblaciones y características de las mismas en ese mismo tipo de manuales, el análisis de la actividad económica hace su aparición para clasificar a la población en inactiva y activa (ocupados y desocupados) y aproximarse a su estudio mediante un conjunto de indicadores y medidas relativas a la actividad laboral (Vinuesa, 1994). Aunque en el pasado el abordaje de la fuerza de trabajo como parte de los estudios de población tuvo que ser justificado, en la actualidad existe consenso en que puede considerarse un «fenómeno genuino de la dinámica demográfica» (Pedrero, 2013: 73).

En las últimas décadas un conjunto de transformaciones socio-demográficas en coincidencia con períodos de reestructuración económica han tenido lugar en los países de América Latina y el Caribe. Como consecuencia de distintos factores, la década más reciente se ha caracterizado por una diversidad de fenómenos socioeconómicos y políticos, algunos de ellos favorables para la región, como reducidas tasas de inflación, una disminución del desempleo y de los niveles de pobreza, así como mejores niveles de crecimiento que en las décadas precedentes. Este dinamismo se redujo por los efectos de la crisis financiera global a partir de 2008 —empeoramiento en los niveles de ocupación y la consecuente mayor creación de empleo en actividades informales—, aunque el impacto ha sido menor que el de otras crisis globales precedentes. Así, en este contexto general, la organización de los mercados laborales ha sufrido un impacto importante aunque conservando su especificidad histórica caracterizada por una heterogeneidad estructural con tendencias crecientes de desigualdad, inestabilidad y precariedad.

A partir de este panorama, el presente libro busca abordar el vínculo entre población y trabajo desde dos ángulos distintos pero complementarios. El primero de ellos se expresa en la primera parte del libro, conformada por trabajos que afrontan esta diada desde abordajes teórico-conceptuales y metodológicos. En general, la fundamentación teórica de las investigaciones empíricas en el campo de población, puede y debe fortalecerse. En ese sentido, esta primera sección ofrece un conjunto de cinco investigaciones que se plantearon reflexionar sobre aspectos teóricos y metodológicos relevantes para los estudios de la población en América Latina.

La segunda parte, por otro lado, reúne un conjunto de siete estudios empíricos que dan cuenta de las transformaciones más recientes de los mercados de trabajo latinoamericanos y su relación con población, así como de temáticas que han sido poco abordadas hasta el momento. Un aspecto que se privilegió en esta sección fue la presentación de trabajos que propongan un análisis comparativo de dos o más países, lo que constituye un recurso heurístico con un enorme potencial para el conocimiento del panorama laboral regional contemporáneo.

Este libro es resultado de una convocatoria impulsada por la Red de Población y Trabajo de ALAP, de manera que todas las investigaciones que aquí se conjuntan respondieron al interés y a los objetivos específicos mencionados para lograr la primera publicación de la Red. En este sentido, el presente trabajo es fruto de un esfuerzo conjunto, por lo que queremos expresar un sincero agradecimiento a quienes formaron parte del mismo. Emma Liliana Navarrete, en su carácter de coordinadora de la Red, fue una impulsora y brazo de apoyo permanente, por lo que expresamos nuestro agradecimiento. Por su parte, este proyecto tuvo el privilegio de contar con el apoyo y asesoría de Brígida García y Mercedes Pedrero, quienes a pesar de sus múltiples compromisos cedieron parte de su tiempo para reatualizarnos, un reconocimiento y agradecimiento para ellas. Un espacio importante desde la concepción de la publicación fueron las reuniones del Grupo de Trabajo sobre Mercados Laborales de la Sociedad Mexicana de Demografía, por lo que agradecemos a todos sus integrantes; en especial, a Nina Castro y Patricia Román Reyes, quienes de manera generosa escribieron las introducciones a las dos secciones de este libro, las que constituyen sintéticos y atractivos preámbulos a los capítulos. Por su supuesto, esta publicación llegó a buen puerto gracias al compromiso de los autores de esta obra, como también al de los evaluadores, por el ajuste a los tiempos —que fueron apretados— y la muy buena disposición. Finalmente, un agradecimiento a la Pre-

sidencia y Edición general de la Serie Investigaciones, en particular a Laura Wong y Jorge Rodríguez, por acoger con beneplácito la propuesta y confiar en la publicación y a Pablo Harari por su trabajo editorial.

Confiamos en que esta publicación, que se constituye en la primera surgida en el marco de la Red Población y Trabajo, creada tras la realización del V Congreso de la ALAP celebrado en Montevideo, Uruguay, en 2012, contribuya al conocimiento de la realidad laboral actual y los debates teóricos y metodológicos de los estudios de población y trabajo de la región, al tiempo que constituya el puntapié inicial que incentive el trabajo futuro de la Red de Población y Trabajo.

Mauricio Padrón Innamorato y Luciana Gandini
Miembros de la Red de Población y Trabajo

Bibliografía

- Pedrero, Mercedes (2013), «El trabajo. Un concepto en revisión», en *Coyuntura Demográfica*, n.º 4, pp. 73-79.
- Rendón Gan, Teresa (2003), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México: CRIM-PUEG, UNAM.
- Pressat, Roland (2000 [1967]), *El análisis demográfico. Métodos, resultados, aplicaciones*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Vinuesa, Julio (Ed.) (1994), *Demografía, análisis y proyecciones*, Colección Espacio Sociedades n.º 9, Madrid: Síntesis.

PRIMERA PARTE

**EL VÍNCULO ENTRE POBLACIÓN Y TRABAJO DESDE UNA
PERSPECTIVA TEÓRICO-CONCEPTUAL Y METODOLÓGICA**

Introducción a la primera parte

*Patricia Román Reyes*¹

Resulta al menos sugerente encontrar que dos dimensiones analíticas relevantes para el análisis de la coyuntura social, económica y política de las sociedades en que vivimos, como la dinámica de la población y del mercado de trabajo, pocas veces son puestas a dialogar desde perspectivas que busquen vincularlas y discutir las, teórica, epistemológica y metodológicamente. La trascendencia de un esfuerzo de estas características radica fundamentalmente en la necesidad de revisar continuamente y sistemáticamente las categorías de análisis de la realidad que estudiamos para asegurarnos su idónea captación, medición y teorización, y que se armonice además con las transformaciones que ella sufre. Esa es una de las principales virtudes de los trabajos que componen este libro; donde el afán de analizar los diversos aspectos de la realidad laboral de América Latina pone a discutir la forma en que trabajo y población se relacionan.

Pero, ¿cómo se entiende esa relación entre el trabajo y la población? En términos de estricta medición y desde una aproximación metodológica, la relación trabajo-población se puede definir como la proporción de la población en edad de trabajar que está empleada en una economía, es decir que constituye un indicador sobre la capacidad de esa economía para generar fuentes de trabajo. En términos teóricos, ese vínculo implica descomponer los elementos constitutivos de cada parte de la relación; el significado del trabajo, de pertenecer a la clase trabajadora, de estar desempleado, de tener que migrar, en vinculación con la edad, el sexo, el nivel de escolaridad, la situación conyugal de los individuos, entre otros varios.

Es justamente este análisis el que se presenta en la primera parte del libro, mediante cinco atrayentes capítulos que realizan un recorrido por la realidad laboral de la región, desde una revisión exclusivamente teórica de la forma en que se ha estudiado el vínculo trabajo-población, el estudio del desempleo como unidad que obliga a reconstruir teóricamente la forma de conceptualizar el trabajo, el trabajo infantil en un abordaje que exige replanteos no solo teóricos sino también metodológicos, el estudio de la pobreza y la movilidad y la

1 Profesora-investigadora. Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población. Universidad Autónoma del Estado de México, promanreyes@yahoo.com.mx.

forma en que el trabajo se estructura vertebradamente para ampliar las posibilidades analíticas de ambas dimensiones, hasta la indagación de los acercamientos teórico metodológicos más acertados para la medición del uso del tiempo.

En cada uno de estos trabajos, las autoras convergen en un mismo señalamiento: recuperar la relevancia de discutir el trabajo y la población desde miradas teóricas penetrantes. Y justifican esta postura señalando muy acertadamente que:

El trabajo como práctica social ha mostrado [...] ser diverso y heterogéneo lo cual impone una gran complejidad al abordarlo en términos tanto teóricos como metodológicos. Los retos al estudiar el trabajo como categoría analítica se profundizan aún más cuando se trata de trabajo realizado por distintos grupos sociales que se distinguen por ciertas especificidades como el género, la etnia o la edad (Miranda y Pacheco).

No deja de llamar la atención entonces, que a pesar de esta relevancia, trabajo y población se hayan analizado de una manera teóricamente articulada no solo en escasas oportunidades sino también de forma reciente:

Los estudios sobre «El trabajo» en América Latina cuentan con una larga tradición desde la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, el vínculo específico entre población y trabajo [...] puede ubicarse [...] en la región desde los años cincuenta (Mancini).

A lo que adhiere Márquez al indicar que «La mencionada ausencia en el debate de los estudios sobre mercados laborales desde la Demografía y la Sociología, tiene bases bastantes sólidas (...)».

¿Qué tanto pueden aportar el trabajo y la población como elementos conceptuales, a ampliar el entendimiento de la realidad laboral y demográfica?, ¿qué contribución se realiza mediante el estudio de la posición y relación de ambos términos, al avance teórico y metodológico en el campo de las ciencias sociales?

Estas preguntas intentan ser respondidas por las autoras de los trabajos que componen esta sección del libro, y lo hacen desde distintas corrientes teóricas y con una muy sugestiva y variada propuesta teórica-metodológica. A continuación se ofrece un breve panorama de los objetivos de estos estudios, las metodologías empleadas y los principales resultados, con el fin de motivar su lectura y facilitar la comprensión de las contribuciones que se buscan realizar.

El primer capítulo «El vínculo entre población y trabajo en los estudios laborales de América Latina» de Fiorella Mancini, constituye un excelente preámbulo del libro, ya que parte del objetivo de identificar, ubicar y analizar el desarrollo teórico-conceptual que el vínculo

entre población y trabajo ha tenido en América Latina, a través de una muy detallada y exhaustiva revisión de los temas y reflexiones teóricas y metodológicas que ha adquirido esa relación en los países latinoamericanos.

Mediante el análisis realizado, la autora evidencia la forma en que los estudios sobre población y trabajo reflejan respuestas a los cambios sociodemográficos de la población vinculada económicamente con el mercado y cómo estas respuestas incorporaran el estudio de temáticas como la ciudadanía, el envejecimiento, los grupos específicos de la población, los derechos de los trabajadores y por supuesto, la forma de medición y los indicadores que van a capturar estas enormes y complejas categorías teórico-conceptuales.

Explorar con esta observación inquisitiva le permite concluir que para lograr esa mirada de la forma en que el trabajo y la población se articulan teóricamente es necesario, prácticamente forzoso, «reinterpretar las transformaciones económicas y productivas de los últimos años en relación con la definición e implantación de nuevas matrices culturales de la organización del trabajo y de la sociedad misma», para de esta manera lograr estudios del mercado de trabajo y la población, cercanos a la realidad, críticos, propositivos y útiles en términos académicos, políticos y sociales.

Buscar la proximidad del dato con la realidad de la cual se desprende es el interés del capítulo de Clara Márquez Scotti, «Del monismo al pluralismo en los estudios sobre la desocupación en América Latina», para lo cual se centra en el concepto de desempleo. Así, el objetivo de su trabajo es evidenciar y visibilizar tanto teórica como metodológicamente, «la insuficiencia de la noción del desempleo abierto para abordar el fenómeno de la desocupación desde las ciencias sociales», buscando superar la limitante del desempleo abierto y proponiendo conceptos alternos que eviten subestimar el problema del excedente laboral y por lo tanto dar cuenta de manera más amplia de la «particularidad de las dinámicas propias de mercados laborales heterogéneos, como los latinoamericanos».

Para ello desarrolla una intensiva revisión del tratamiento que el desempleo como concepto y unidad de medición ha tenido en la perspectiva de las ciencias sociales partiendo de la dificultad de establecer los límites que distinguen y separan el desempleo de lo que no es desempleo.

Su análisis la lleva a encontrarse con el concepto de exclusión como una parte fundamental del problema del excedente laboral, denotando por exclusión «al proceso de resquebrajamiento de algunas instituciones sociales» y a concluir que es necesario incluir otras va-

riables en el estudio del desempleo que permitan captar los cambios en la condición de ocupación de los individuos. Lo que propone la autora es ampliar el tiempo de observación para captar mejor la dinámica de la ocupación.

La propuesta de este capítulo invita a la reflexión no solo sobre el indicador del desempleo sino sobre todos los indicadores que miden nuestro mercado laboral y más aún, sobre la propia situación de ese mercado. ¿Qué pasa cuando la realidad de una sociedad ha pauperizado tanto las condiciones de vida que pareciera que obliga de forma continua y sistemática a redefinir categorías conceptuales y analíticas?

A esta reflexión también estimula el capítulo de Iliana Yaschine Arroyo «Reflexiones en torno al análisis de la movilidad ocupacional intergeneracional de la población en condiciones de pobreza crónica», en el cual la autora busca acercarse a un abordaje analítico en el que logre ubicar el papel desempeñado por el trabajo en los estudios de la movilidad social intergeneracional y pobreza, con el interés de analizar los procesos de reproducción de la pobreza en distintas generaciones. Así el trabajo, adquiere un protagonismo destacado en el análisis del binomio movilidad-pobreza, en tanto constituye un «factor explicativo (junto con la educación) de los procesos de producción y reproducción de ventajas y desventajas sociales».

El punto de partida que sostiene y justifica su análisis es la prácticamente inexistente vinculación entre los estudios de movilidad social, pobreza y trabajo, cuando se trata en realidad de tres dimensiones que en conjunción pueden aportar amplias y valiosas explicaciones y propuestas para avanzar en su conocimiento y diagnóstico. En este sentido la autora enfatiza que

el análisis de la movilidad intergeneracional y del logro de estatus en el ámbito ocupacional de individuos pertenecientes a hogares en pobreza crónica puede aportar a la comprensión del fenómeno de reproducción de la pobreza entre generaciones.

Yaschine propone el estudio de la movilidad vinculada con la pobreza y la desigualdad desde una perspectiva centrada en la desigualdad de oportunidades existentes en la sociedad, acercando el tono al planteo de exclusión presentado anteriormente por Márquez.

Así, este trabajo nos remite a la importancia de revisar con ojo crítico la forma en que nuestras categorías de referencia están no solo midiendo fenómenos como la pobreza, la movilidad y el trabajo, sino relacionándolos entre sí.

Visto desde otra perspectiva, el trabajo de Sarai Miranda Juárez y María Edith Pacheco Gómez Muñoz, «Reflexiones sobre la metodo-

logía mixta como ruta para el estudio del trabajo infantil. Un caso de aplicación», analiza de forma simultánea dos situaciones actuales y controversiales en el marco de los estudios demográficos: por un lado la crítica y propuesta metodológica de la forma en que nos aproximamos a investigar desde la demografía, y por otro lado, la situación del trabajo infantil en México. A partir de un acercamiento básicamente cualitativo, el objetivo que las autoras persiguen es describir y discutir la viabilidad de las opciones metodológicas tomadas para la investigación del trabajo infantil en una rama agrícola específica del mercado de trabajo mexicano.

Miranda y Pacheco postulan que la realidad actual del estudio del mercado laboral se encuentra enfrentada con el desafío que supone «la naturaleza cambiante de los procesos económicos, sociales y políticos que experimenta el mundo» y eso las obliga a definir desde el comienzo las nuevas estrategias que debe diseñar para acercarse al mundo del trabajo infantil.

A pesar de la posibilidad amplia que presentan las metodologías mixtas (aproximación utilizada en este trabajo), Miranda y Pacheco concluyen que prácticas sociales como el trabajo infantil encierran una complejidad tal que requieren nuevos diseños metodológicos que permitan responder a las limitaciones que presentan las fuentes de información, fundamentalmente agregadas, que invisibilizan individuos y temas.

Estamos conscientes, tanto como las autoras, de la importancia de valorar la contribución metodológica de nuevos enfoques que favorezcan la posibilidad de crecimiento analítico de las categorías trabajo y población, y sin lugar a dudas la metodología mixta ofrece una ventana de oportunidades que hay que continuar reconociendo, explorando y utilizando.

En este mismo camino de búsqueda metodológica se ubica el último capítulo que compone la primera parte del libro, de Luciana Gandini y Susan W. Parker: «Diario versus cuestionario: una comparación de metodologías para la medición del trabajo remunerado y no remunerado», en el que se proponen

identificar mediante la puesta a prueba de dos metodologías de recolección de información distintas (cuestionario y diario) la existencia de posibles sesgos en la contabilización del uso del tiempo de las mujeres.

Las autoras desarrollan concienzudamente las principales dimensiones conceptuales con las que entablan diálogo; el trabajo, el uso del tiempo y la medición de ambos fenómenos, revisando para ello una serie de encuestas latinoamericanas y mexicanas en especial —ya que es en donde se llevó a cabo el ejercicio metodológico— que

han propulsado distintas metodologías para lograr aprehender el vínculo y la percepción del vínculo trabajo y uso del tiempo, distinguiendo las características particulares de cada uno de estos esfuerzos de medición. Posteriormente, exploran con detenimiento las contingencias y las potencialidades en la medición del uso del tiempo de dos tipos de instrumentos: el diario de actividades y el cuestionario estructurado.

El análisis realizado les permite concluir que el tipo de instrumento de captación de la realidad genera diferencias de medición y estimación de los fenómenos, y que «la metodología de recolección tipo diario para la medición del uso del tiempo resulta considerablemente mejor que la que se obtiene por medio de un cuestionario estructurado y cerrado». Esta valoración destaca la necesidad de no dejar de lado la evaluación metodológica de los instrumentos de medición, entendiendo que esta valoración enriquece los datos y por lo tanto sus análisis y futuras aplicaciones como insumos para programas y políticas públicas.

Luego de este breve recorrido por los trabajos que componen esta primera parte del libro, es de reconocer que todos dejan claramente asentada la utilidad de mantener el diálogo constante entre los cuerpos teóricos que dan base al análisis de los fenómenos sociales y los sistemas de información estadística, cuestionando los supuestos, actualización y sesgos en ambos casos. Tal vez, la práctica recurrente de este diálogo sea un aspecto importante que permita mantener sobre la mesa la discusión acerca de la naturaleza y el alcance de los esfuerzos que deben realizarse en el campo de los estudios sobre el trabajo y la población.

El vínculo entre población y trabajo en los estudios laborales de América Latina

Fiorella Mancini¹

Resumen

El objetivo del capítulo es reseñar el desarrollo analítico del vínculo entre población y trabajo en América Latina. Para ello, se analizan tres etapas: 1. Un primer momento de estudios de índole colectivista y generalizados, asociado a los procesos de integración y bienestar social durante los años sesenta y setenta; 2. Un segundo momento de estudios particularizados, desde una perspectiva más subjetivada y familiarista, relacionado con el transcurso de la reestructuración y el ajuste económico y 3. Un tercer momento de estudios laborales diferenciados y acotados, vinculado a la globalización e internacionalización de la economía por un lado y al aumento de la individualización y la diferenciación social de nuestras sociedades, por el otro. A través de una mirada histórica contextual, se pretende dar a conocer el modo en que los estudios laborales fueron respondiendo a los diversos problemas de los mercados de trabajo en América Latina durante los últimos cincuenta años.

Palabras clave: mercados de trabajo, sociodemografía, población, América Latina.

Abstract

The aim of the chapter is to review the analytical development of the link between population and work in Latin America. To do so, we analyze three stages: 1. A first moment of widespread and collectivist studies, associated with social integration and welfare processes during the sixties and seventies, 2. A second moment of particularized studies, from a more subjective and familialist perspective, related to the course of economic restructuring and adjustment, and 3. A third stage of differentiated and bounded labor studies, linked to globalization and internationalization of the economy on the one hand and increasing individualization and social differentiation of our societies, on the other. Through a historical and context view, it aims to show how labor studies were responding to the various problems of labor markets in Latin America during the last fifty years.

Keywords: labor markets, socio-demography, population, Latin America.

1 Investigadora Asociada C de Tiempo Completo. Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México, fiorella@unam.mx.

Introducción

Los estudios sobre «El trabajo» en América Latina cuentan con una larga tradición desde la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, el vínculo específico entre población y trabajo como campo disciplinario de los estudios laborales fácilmente puede ubicarse en los albores de los modelos de desarrollo que comienzan a gestarse en la región desde los años cincuenta. Desde entonces, la multiplicidad de estudios ha transitado por diversas aristas, definiciones temáticas, métodos de análisis y formulaciones teóricas, cuyos intereses y especificidades no han estado ajenos a los grandes procesos económicos, políticos y sociales en la región así como a las transformaciones paradigmáticas y al propio desarrollo de las disciplinas en ciencias sociales en los últimos años.

En general, el cúmulo de conocimiento asociado al vínculo entre población y trabajo está orientado por tres ejes centrales que han atravesado, históricamente, la dinámica de los mercados laborales en América Latina: las transformaciones sociodemográficas que fueron impactando en la estructura productiva de cada uno de los países; los cambios socioeconómicos que han afectado, diferenciadamente, a diversos sectores de la población económicamente activa; y los procesos de cambio social que están sufriendo las sociedades latinoamericanas contemporáneas y en los que se enmarcan las nuevas organizaciones de los mercados laborales locales. A su vez, habría dos grandes aproximaciones a cada uno de estos ejes (De la Garza y Pries, 2001): mediante análisis exógenos del vínculo entre población y trabajo que intentan explicar cómo impactan las transformaciones sociales sobre el empleo y cómo responden los trabajadores a dichas transformaciones; o a través de un acercamiento endógeno que sistematiza el análisis interno de la composición poblacional del trabajo. Cada una de estas aproximaciones, además, está directamente vinculada con la doble mirada que exige siempre la dinámica demográfica: como aspecto estructurante de la vida social, es decir, como un elemento constitutivo de las condiciones de reproducción de las sociedades y, a su vez, como un aspecto estructurado por las prácticas sociales de los individuos (Oliveira y Salles, 2000) que necesariamente implican consideraciones estructurales, institucionales y de las acciones individuales, de manera complementaria.

Bajo esta premisa general, el objetivo de este capítulo es desentrañar el desarrollo analítico que ha tenido el vínculo entre población y trabajo en América Latina, a partir de una perspectiva histórica orientada por el curso temático y la consideración teórica metodológica que

dicha vinculación ha tenido en nuestra región. Para ello, se analizan —esquemáticamente, y nunca de manera exhaustiva²— tres etapas específicas: 1. Un primer momento de estudios que llamo de índole colectivista y generalizados, asociado a los procesos de integración y bienestar social durante los años sesenta y setenta; 2. Un segundo momento de estudios más particularizados, desde una perspectiva más subjetivada y familiarista, relacionado con el transcurso de la reestructuración y el ajuste económico; y 3. Un tercer momento de estudios laborales diferenciados y acotados, vinculado a la globalización e internacionalización de la economía por un lado y al aumento de la individualización y la diferenciación social de nuestras sociedades, por el otro. A través de esta mirada histórica contextual, se pretende dar a conocer el modo en que los estudios laborales fueron respondiendo a las diversas etapas —y problemas— que plantearon los distintos modelos de desarrollo en la región, replanteando los nuevos desafíos e interrogantes que el vínculo entre población y trabajo le está imprimiendo a los estudios laborales en la actualidad. La reseña que aquí se presenta no privilegia una concepción o estrategia analítica determinada, sino que intenta mostrar los ejes analíticos centrales y los campos temáticos hacia las cuales convergen muchos de los esfuerzos realizados en los últimos años en los estudios laborales de América Latina.

La etapa de los estudios generalizados

Durante el período de sustitución de importaciones, las ciencias sociales realizan enormes contribuciones en el desarrollo de marcos teóricos de referencia e instrumentos metodológicos novedosos para observar —y comprender— el mundo del trabajo en América Latina. La perspectiva histórico estructural, predominante en la época, constriñe a considerar al mercado de trabajo desde el desarrollo y las posibilidades de progreso; al mundo de los trabajadores desde la historia y los conflictos laborales, ya sea a través de una mirada funcionalista o desde el prisma del marxismo (estructural e histórico) (Zapata, 1978). De allí la comunalidad de los marcos interpretativos y analíticos de este primer momento: a pesar de la diversidad de te-

2 La mayoría de los estudios revisados en este capítulo, que de ninguna manera pretende agotar la producción científica sobre el tema, dan cuenta de la problemática entre población y trabajo en América Latina. No obstante, algunos de ellos son específicos sobre países o ciudades latinoamericanas, especialmente, de Argentina, Chile, Brasil y México.

mas y niveles de análisis, estos estudios se desarrollan a partir de las explicaciones sobre las características estructurales de la sociedad, sobre las condiciones históricas y periféricas del proceso de industrialización (Abramo y Montero, 2000).

En sus primeros años de gestación, los estudios del trabajo centran sus análisis, especialmente, en el sistema social como un todo, en los movimientos globales, en las tendencias predominantes y en grandes categorías estadísticas (Panaia, 1996; Novick y Catalano, 1996). A este período se lo ubica como un momento «politicista» de los estudios del trabajo (Zapata, 1986), que intenta explicar corrientes ideológicas o el funcionamiento de los modelos de desarrollo más que las lógicas que orientan a los actores sociales, especialmente en términos de movimientos obreros y sindicales. Las preguntas de investigación sobre el vínculo entre población y trabajo se enmarcan en la pregunta general sobre las consecuencias sociales del desarrollo económico (Zapata, 2000).

Sin embargo, lo que predomina durante estas épocas no es solo una visión política de los problemas laborales sino, principalmente, una mirada «colectivista» sobre los fenómenos relacionados al trabajo, una especie de mirada generalizada, estructural, o sistémica, de lo que acontece en el mundo laboral. Una mirada, en fin, objetivada, de los procesos productivos. Ello está directamente vinculado con el predominio, en general, tanto teórica como metodológicamente (y que no es exclusivo de los estudios del trabajo), de una visión macro social del mundo, donde los actores son vistos casi monóticamente, como entidades homogéneas, indiferenciadas, sin grandes contradicciones (Novick y Catalano, 1996) a pesar de que, en nuestra región, los niveles de homogeneidad y heterogeneidad de los trabajadores han sido siempre características cambiantes (De la Garza y Pries, 2001), con una presencia simultánea y permanente de trabajadores inmersos en procesos de inclusión y exclusión laboral (PREALC, 1991). En efecto, son principalmente las investigaciones sociodemográficas sobre el mercado de trabajo las que, desde sus comienzos, encuentran una enorme heterogeneidad en el trabajo mucho antes de que estos descubrimientos tengan eco entre los estudiosos de los sistemas de la organización del trabajo (Reygadas, 2011a).

Es durante este período que se produce el desarrollo de un gran sistema regulatorio de las relaciones laborales, institucionalizando acuerdos sociales basados en la centralización y verticalidad de las negociaciones políticas, en un alto grado de intervención estatal, un robustecimiento de la capacidad institucional de los sindicatos, el predominio de ciertas categorías ocupacionales y, aunque periféricamen-

te, una organización del trabajo taylorista-fordista (Panaia, 1996). Si ello es el núcleo duro de las relaciones laborales, los estudios sobre trabajo responden precisamente a la explicación e interpretación del funcionamiento de dicho núcleo. Si la rentabilidad depende más de la capacidad de articulación política de las unidades productivas que de componentes técnicos y organizacionales del trabajo (Novick y Catalano, 1996), esa sobredeterminación política se extiende al ámbito científico e impregna de contenido las explicaciones teóricas y empíricas de la época. De allí que varios autores (Zapata, 1986; Panaia, 1996; De la Garza y Pries, 2001) sostengan que, en realidad, más que estudios sobre el trabajo, lo que se desarrolla en estos años son las bases de una sociología industrial y de una historia del movimiento obrero, en el registro de una teoría social política que analiza la constitución de clases sociales, el comportamiento de estratos, los escenarios contextuales y, en general, los movimientos políticos y sociales institucionalizados y organizados (Novick y Catalano, 1996). Si se estudia a los obreros como un colectivo de obreros es porque, aun en América Latina, la consistencia de ese modelo de acumulación depende también de lo colectivo: colectivo de trabajadores en la gran industria, colectivos sindicales, colectivos socio profesionales, convenciones colectivas, regulaciones colectivas y finalmente, con una preponderancia del Estado, instancia colectiva por excelencia.

En términos de escuelas o enfoques, lo que predomina en estos momentos son marcos interpretativos funcionalistas y marxistas (un marxismo que, además, adopta una modalidad de análisis estructural e historicista) con una fuerte presencia de la teoría de la modernización primero y la teoría de la dependencia y el desarrollo después. El enfoque de la modernización que, evidentemente, está directamente asociado a un período de expansión económica (Abramo y Montero, 2000), destaca la importancia de los cambios tanto en la oferta como en la demanda de mano de obra, producto del proceso de industrialización basado en la sustitución de importaciones, la creciente urbanización, la expansión de servicios, el empleo público, el incremento educativo, la migración interna, la movilidad social ascendente, la incorporación al consumo así como la participación política de las grandes masas y los conflictos laborales (Abramo y Montero, 2000). Es desde allí, desde este cúmulo de fenómenos asociados al trabajo, que se analiza la complejidad de la estructura social en América Latina.

Las principales preguntas de investigación de este período están signadas por las condiciones del surgimiento de la clase trabajadora (Abramo y Montero, 2000) y por el papel, en general, de los trabajadores como una fuerza política. Son estos temas la base sobre las

que se estructura la mayoría de los estudios laborales, enmarcados alrededor de la idea de continuidad o ruptura, conflicto y negociación, de racionalidad e irracionalidad, de autonomía y heteronomía (Novick y Catalano, 1996; Panaia, 1996). Es decir, en estos momentos, al mundo del trabajo —el mercado, la tecnología, el sindicato, los trabajadores, casi todo en mayúsculas— se lo piensa predominantemente desde la evolución del sistema político y del modelo de desarrollo, en donde los actores sociales se presentan como sujetos homogéneos y paradigmáticos y en donde la demografía, como disciplina específica, queda ciertamente subordinada a la economía y a la sociología del desarrollo, bajo una impronta estructuralista, tanto por los temas que trata como por el tipo de construcción conceptual que se tiene de la clase trabajadora (Abramo y Montero, 2000). De lo que se trata, entonces, es de enfatizar la reproducción de la población en el contexto de la reproducción de la sociedad, destacando los aspectos macro sociales de dicha vinculación (Oliveira y Salles, 2000).

Es en este marco que surgen los fundacionales estudios sobre la pobreza, la marginalidad, la migración rural-urbana, el dualismo estructural y las transformaciones de la estructura ocupacional y social en América Latina, pretendiendo dar cuenta de las «anomalías» en el proceso de desarrollo (De la Garza, 2011): términos como el ejército marginal de reserva, la masa marginal o la aristocracia obrera provienen de este período de investigación. Los estudios de Gino Germani (1963) o de Medina Echeverría (1964), desde la teoría de la modernización y el desarrollo, o el trabajo pionero de Di Tella y Touraine (1967) sobre el impacto de la industrialización en la vida urbana, son grandes ejemplos de esta mirada generalizada pero sistemática de la teoría social hacia el trabajo. Un rasgo común de estas investigaciones es la fuerte preocupación por la investigación empírica (Abramo y Montero, 2000), mostrando cómo esta podía encontrar diferencias importantes entre trabajadores y contribuyendo a una interpretación más estructural de los fenómenos del mercado de trabajo en la que factores objetivos y subjetivos están combinados (Zapata, 2000). En la mayoría de ellas, además, son determinadas categorías ocupacionales las que predominan sino cuantitativamente al menos como actores sociales y políticos centrales: obreros y empleados urbanos, industriales y trabajadores del sector privado³ (Novick y Catalano, 1996).

3 Como bien señala De la Garza (2011), no es que en este período los trabajadores homogéneos haya sido un rasgo más común. La pregunta es inversa: cómo fue posible, en el pasado, que a pesar de la heterogeneidad, se hayan constituido identidades amplias, fuertes, y grandes movimientos sociales.

Desde una perspectiva metodológica, ya en esta época se plantea la debilidad del desempleo como indicador de lo que «realmente» ocurre en los mercados laborales locales donde, en cambio, lo que acapara la atención son las ocupaciones de escasa productividad, el trabajo redundante y, en general, la diversidad de formas que puede asumir el subempleo (García, 2011). A través de un enfoque más sociodemográfico, varios autores analizan estas múltiples dimensiones del subempleo en América Latina (Tokman, 1979), distinguiendo categorías pero resaltando, al mismo tiempo, problemas tanto teóricos como metodológicos. En ese sentido, la principal crítica que se le atribuye al concepto de subempleo es que parte de la premisa de que el problema ocupacional se reduce a la subutilización de la fuerza de trabajo⁴ (Jusidman, 1971; Rendón, 1978; García, 2011).

En el contexto de estas innovaciones, surgen un conjunto de teorías que intentan explicar, en general, formas no típicamente capitalistas de producción, esbozando las primeras aproximaciones conceptuales y metodológicas a la problemática de la informalidad, que será una de las principales líneas de investigación del período siguiente. La primera conceptualización de sector informal proviene del Centro de Desarrollo Social de América Latina (DESAL) en 1965 (Cortés, 2000), cuya unidad de análisis son los individuos, identificados a partir de los cinturones de pobreza urbana. En una segunda vertiente de esta misma época, la perspectiva dependentista ubicará como unidad de análisis del sector informal a la propia unidad económica. En cualquier caso, desde este primer período, el concepto de sector informal urbano es uno de los que más se ha utilizado en América Latina para referirse a la heterogeneidad productiva de la región (Rendón y Salas, 1990; Cortés, 2000; García, 2011).

En este marco, el análisis de la estratificación y la movilidad social también emerge como uno de los temas de investigación más importantes en los estudios laborales (Solís, 2007), donde se ubican los trabajos pioneros en México sobre el vínculo entre la urbanización y la industrialización, como transformaciones estructurales que impactan en la migración interna y en la movilidad social, así como en las esferas familiares, individuales y políticas de los trabajadores (Balán, Browning y Jelín 1977; Contreras Suárez, 1978; Muñoz, Oliveira y Stern 1977).

El foco de atención está puesto en la incorporación de sectores específicos de la población al mercado de trabajo, como resultado de transformaciones socioeconómicas y demográficas, especialmen-

4 Los trabajos de García (1988) y Pacheco (2004) realizan una exhaustiva revisión sobre los indicadores relacionados con las corrientes de la época.

te desde una perspectiva macroestructural que intenta comprender la posición de los distintos actores en el desarrollo, ubicándolos, en general, en los ejes dicotómicos clásicos de las matrices dualistas propias del estructural funcionalismo: tradicional-moderno; rural- urbano; agrícola-industrial (Abramo y Montero, 2000). Desde una perspectiva más etnográfica, los estudios laborales también se enriquecen durante estos años, de investigaciones que analizan la relación entre trabajo, estatus, ocupaciones y prestigios, asociados a los problemas de la industrialización (Friedmann y Naville, 1963).

A través del enfoque de los cambios demográficos, fenómenos como el aumento de la edad a la unión, la reducción de la fecundidad y el aumento de separaciones devienen en esta época variables explicativas de la participación de la fuerza laboral, ya sea mediante la comparación entre países con diferentes niveles de modernización o bien a través del análisis comparativo de diferentes momentos en el tiempo (Oliveira, 2001). La principal pregunta de investigación aquí son las determinaciones estructurales de la reproducción de los individuos, observada a través de acciones individuales y familiares (Oliveira y Salles, 2000). Posteriormente, el devenir histórico de las sociedades latinoamericanas mostrará claramente que no bastan las situaciones estructurales para explicar no solo la identidad o la acción colectiva sino también las condiciones materiales de existencia, en la medida en que a todo ello hay que agregarle la mediación cultural y subjetiva del mundo del trabajo (Guadarrama, 1998; Reygadas, 1998; De la Garza, 1999). La construcción cotidiana de cada actor social está relativamente ausente de la preocupación de la época porque, en realidad, la vida cotidiana de los trabajadores se convierte en una especie de gesta histórica desde donde reflexionar sobre el propio movimiento obrero (Novick y Catalano, 1996). Como bien indica Zapata (1986), esta tendencia expresa toda una perspectiva en los estudios laborales en América Latina donde la relación entre movimiento obrero, su estructura y los partidos políticos son el eje fuerte de reflexión del período.

A pesar de esta basta producción científica, los estudios laborales de la época desconocen las dinámicas sociales y culturales de las relaciones de trabajo, así como las relaciones sociales concretas que se establecen entre patrones y asalariados o en la forma en que estos se relacionan con los procesos de producción (Panaia, 1996). La mayoría de las investigaciones tematiza sobre movimientos que hacen al sistema y a la dinámica del desarrollo (Novick y Catalano, 1996), dejando de lado las relaciones que tienen sus actores, su diversidad interna o sus identidades —múltiples o no—. Aunado a esta crítica, como se sabe, el principal problema de los enfoques de este momento

es el fuertísimo supuesto de continuidad entre «lo tradicional» y «lo moderno» que poco reconoce la heterogeneidad y complejidad interna de América Latina. De hecho, esta especie de sesgo totalizador sobre el mundo del trabajo⁵ hace concluir a algunos investigadores (Zapata, 2000; De la Garza y Pries, 2001) que, en realidad, no existe una sociología del trabajo durante estos años y lo que hay es, en cambio, una especie de «cronologismo del movimiento obrero» (De la Garza y Pries, 2001), junto con una clásica perspectiva sociodemográfica que vincula variables estructurales y económicas con características «individuales» de los trabajadores, donde el núcleo duro son las relaciones de los diversos factores demográficos con la urbanización, la industrialización, la expansión y diversificación del sector terciario, la reducción del empleo agrícola, la creación de empleos en sectores modernos, el peso de la clase obrera en la estructura ocupacional y los niveles de sindicalización diferenciados por ramas y regiones de los países (Zapata, 1986; De la Garza y Pries, 2001). Tal como lo plantean Oliveira y Salles (2000), durante todo este período se expresa una preocupación permanente por vincular la dinámica sociodemográfica con los procesos de cambio social, a partir de las determinaciones históricas y estructurales de los fenómenos laborales y de la interrelación entre reproducción de la sociedad y reproducción de la población⁶.

No obstante sus limitaciones, el gran aporte de los estudios laborales de este primer período es que tanto las reflexiones teóricas como las innovaciones metodológicas empleadas, cuentan con una base empírica de explicación y con verdaderos esfuerzos de sistematización del estudio sobre el trabajo y los trabajadores —marcado por el paradigma cepaliano y la escuela latinoamericana del desarrollo (Abramo y Montero, 2000)—, que no se había observado en América Latina con anterioridad.

La etapa de los estudios particularizados sobre el trabajo

La implementación de las políticas de ajuste estructural y la reestructuración productiva que llevaron a cabo la mayoría de los países

5 Que tiene explicaciones epistemológicas más profundas relacionadas con el positivismo imperante de la época y la necesidad de validar la fuerza explicativa de una categoría teórica más que buscar nuevos vínculos y preguntas de investigación (Novick y Catalano, 1996; Panaia, 1996).

6 Como bien señalan las autoras, el concepto de reproducción social, ya sea a nivel sociedad, clase, familia o individuo, y desde una perspectiva material o simbólica, remite siempre a los procesos de permanencia y cambio demográfico para entender la dinámica social (Oliveira y Salles, 2000).

de la región, plantearon nuevos desafíos teóricos y metodológicos a los estudios laborales⁷. Asociado a la velocidad de estos cambios sociales, los estudios del trabajo comienzan a acercarse cada vez más a los actores en sus espacios reales y concretos de trabajo, captando mejor su heterogeneidad y especificidad (Panaia, 1996). Esto es así porque, llamadamente, es cuando dicha heterogeneidad comienza a mostrar su lado más complejo y disfuncional. Esta nueva mirada se focaliza entonces hacia el interior del proceso productivo o de la unidad productiva y, en general, hacia las condiciones de trabajo con referencia a los puestos de trabajo (Neffa, 1989; Novick, 1987). Es la implosión de una heterogeneidad estructural y de una polarización social radical la que impulsa a los estudios laborales a dar este nuevo giro. Así, el desempleo, el cuentapropismo, el trabajo informal, el empleo precario, la nueva marginalidad, las estrategias de sobrevivencia, la fuerza de trabajo secundaria, la vulnerabilidad social y aun la exclusión, adquieren una relativa centralidad en los estudios del trabajo, proponiendo nuevos interrogantes tanto teóricos como metodológicos.

En general, lo que deben explicar y comprender los estudios laborales de esta época son los efectos de la crisis, de la reestructuración productiva y, en fin, del cambio en el modelo de acumulación (Salas, 2000), no solo en términos de pobreza y desigualdad de ingresos (Altimir, 1981) sino también los impactos de este cambio estructural sobre el bienestar de la población acordes, además, con una agenda internacional que se dirige en esta misma dirección (Solís, 2007). La reflexión sobre el mundo del trabajo atraviesa, entonces, una nueva etapa temática y metodológica, donde destacan dos grandes orientaciones: los estudios estadísticos y las investigaciones sobre las formas de inserción en el mercado de trabajo de los sectores sociales más vulnerables, en particular mujeres y jóvenes (Montero, 1993).

Aunado a lo anterior y como bien señala De la Garza y Pries (2001), la decadencia de las teorías de la dependencia y del marxismo tradicional, dan pie al surgimiento de investigaciones más especializadas, más globalizadas, con marcos conceptuales más complejos y con temáticas diversas pero, especialmente, desmitificadas, que no se centran exclusivamente ni en el trabajo asalariado ni en el de la gran industria y, en cambio, privilegian la mirada sobre los trabajadores en

7 Posiblemente, los estudios laborales, en sentido estricto, se constituyan como disciplina en el momento en que entra en crisis el modelo de acumulación basado en la sustitución de importaciones (Zapata, 1986; Novick y Catalano, 1996; Abramo y Montero, 2000; De la Garza y Pries, 2001). En ese sentido, podría argumentarse que la demografía se ocupa de «las crisis del trabajo» desde mucho antes que la sociología del trabajo en América Latina.

relación con el proceso de trabajo⁸, la importancia del vínculo entre trabajo, educación y calificación, la cultura laboral, el cambio tecnológico o la transformación organizacional del trabajo. Todo ello, además, con una nueva perspectiva multidimensional e interdisciplinaria (especialmente entre la sociología, la antropología y la historia).

En esta etapa, los primeros desvelos están dados por caracterizar tanto al sector informal como al cuentapropismo y en un segundo momento, se comienza a indagar el fenómeno de la precarización, hacia sus nuevas formas, sus nuevos significados y, en general, lo que conocemos como las modalidades «atípicas» de trabajo, relacionadas con el doble proceso de desindustrialización y terciarización de la economía, cuestionando, especialmente, instituciones relativamente legítimas en nuestras latitudes como la estabilidad en el empleo (García, 2006). En definitiva, lo que empiezan a vislumbrar los estudios del trabajo desde los años ochenta es que la estructura ocupacional de gran parte de los países de América Latina comienza a ser afectada por un proceso de dispersión e individualización de la fuerza de trabajo. Se transita así de una mirada generalizada a una mirada más individualizada y subjetivada del mundo laboral.

Desde el punto de vista metodológico, se orienta más hacia el análisis cualitativo, hacia una mayor utilización de niveles de análisis micro, o bien hacia los estudios de caso⁹ (Novick y Catalano, 1996). A su vez, desde el punto de vista de las nuevas temáticas, comienza a interesar el análisis sobre la transformación del trabajo rural, el «rol» de la mujer en el mercado de trabajo, nuevos estudios sobre las jornadas laborales y su vinculación con las reivindicaciones obreras y la calidad de vida de la población trabajadora. Todo ello implica que los estudios del trabajo incorporan, en estos momentos y como objeto de investigación, a la relación entre proceso de trabajo y acumulación del capital, pero también a la cuestión de la calidad de vida de los trabajadores y, especialmente, se enfoca en lo que podríamos llamar la experiencia social de los sectores populares: en el barrio, en la vivienda, en el hogar, en la fábrica, en la unidad doméstica (Novick y

8 En los estudios sobre «el trabajo en el proceso de trabajo», ha sido central la perspectiva del trabajo como ocupación y como actividad productiva, donde el énfasis está puesto en las relaciones entre los actores laborales y entre ellos y los medios de producción. En general, en dicha perspectiva, el concepto ordenador del estudio de los procesos de trabajo es el control sobre el trabajo (De la Garza y Neffa, 2001; Maza, 2006).

9 Como bien señala Friedmann y Naville (1963), lo que ha enseñado la etnografía a los estudios laborales es que las actividades de trabajo en la mayoría de las sociedades tradicionales tenían motivaciones muy diferentes de las que observamos en las sociedades industrializadas.

Catalano, 1996). Esta corriente más culturalista centra su atención en el trabajo «desde abajo», en la historia «de la gente común». Es aquí cuando aparece la categoría de sectores populares que, siendo más inclusiva, desdibuja cierta noción de clase (Panaia, 1996; Novick y Catalano, 1996; De la Garza y Pries, 2001). En estas nuevas versiones de los estudios laborales, se comienza a colocar el acento en el campo de los significados, las percepciones, los sistemas de valores y las formas culturales más particularizadas. En cualquiera de estas interpretaciones, tanto la esfera de las realidades materiales como sus dimensiones simbólicas constituyen dimensiones entrelazadas, es decir, lo subjetivo aunado a lo objetivo del mundo laboral comienza a surgir como línea específica de investigación (De la Garza y Pries, 2001), donde adquiere una nueva centralidad el significado que los individuos dan a sus comportamientos. Los estudios sobre población y trabajo se enriquecen de perspectivas mucho más interdisciplinarias (Tokman, 1979; PREALC, 1981), de una mayor vinculación entre los análisis cualitativos y cuantitativos (aunque los primeros adquirirán mayor legitimidad en el siguiente período), de acercamientos comparados y longitudinales así como de la complementariedad entre análisis macrosociales y estudios de corte microsocial, donde la unidad de análisis preponderante es la familia más que el individuo (Neffa, 1996) y donde la unidad doméstica deviene la mediación fundamental entre la estructura de clase y el comportamiento individual (Oliveira y Salles, 2000).

Desde una perspectiva teórica, se arraiga la importancia de la pluralidad de los mercados de trabajo en la región, con la ya clásica distinción entre mercados laborales primarios y secundarios, o bien, entre mercados externos, internos y profesionales, donde la teoría que sobresale en esta etapa es la segmentación y la dualidad de los mercados, con una relativa ruptura con el paradigma estructural determinista de los años anteriores (Abramo y Montero, 2000), permitiendo «sociologizar» cada vez más los estudios laborales (Pries, 2000). Durante esta época, también emergen nuevas teorías sobre la reestructuración productiva, relacionadas con el posfordismo, el nuevo regulacionismo y la especialización flexible (De la Garza, 2000), junto con las teorías de la globalización que intentan explicar el cambio en la relación de fuerzas entre capital y trabajo. La multiplicidad de temas que se incorporan en esta nueva etapa de los estudios laborales suponen cambios conceptuales que se encuentran mucho más centrados en las prácticas y experiencias de los trabajadores como nuevo eje teórico sustituyendo las perspectivas de análisis más estructuralistas (Abramo y Montero, 2000). Es desde estos nuevos enfoques que

se analiza el impacto de las reformas en la evolución económica y social de los mercados laborales con resultados heterogéneos y variados según países y regiones (Stallings y Peres, 2000; Weller, 2003). Estos estudios centran la atención, especialmente, en dos aspectos de los mercados laborales: las tendencias históricas asociadas con cambios y continuidades en el trabajo y las condiciones de empleo e ingreso de los hogares.

En este nuevo contexto, una de las líneas de investigación que más auge tiene desde la perspectiva sociodemográfica es el vínculo entre familia y trabajo, temas que habían sido tratados por separado durante mucho tiempo en las ciencias sociales (Wainerman, 2002) y que reabrieron posibilidades analíticas para rescatar las determinaciones sociales de los comportamientos demográficos.

El crecimiento sistemático de la participación femenina en la fuerza de trabajo desde los años setenta y ochenta en América Latina, aunado a una nueva feminización del mercado de trabajo y al deterioro de las condiciones de vida de los hogares, coadyuvan al desarrollo sostenido de estos estudios, donde la articulación entre transformaciones familiares y sistemas productivos así como los efectos de los cambios socioeconómicos sobre la formas de organización doméstica, devienen un importante campo de análisis (Jelín, 1978; Wainerman y Recchini de Lattes, 1981; De Barbieri, 1984; Arriagada, 1997; Rendón, 2000; Oliveira y Ariza, 2000; García y Oliveira, 2000; Ariza y Oliveira, 2001). Esta nueva generación de estudios está basada en dos grandes líneas de investigación: aquellas que privilegian la explicación de los factores estructurales e institucionales del mercado de trabajo; y las que señalan el modo en que los cambios en el mercado laboral se manifiestan en el ámbito de la familia (Oliveira y Salles, 2000). Entre las primeras, la diversidad temática abarca desde la operación de los mercados de trabajo rurales y urbanos, regionales y locales, hasta el impacto del crecimiento urbano, el desplazamiento de las poblaciones, la diversificación terciaria, la división social y sexual del trabajo, la caracterización de sectores de trabajadores, las características de sus familias y, por supuesto, las condiciones materiales de existencia (Cortés, 1986). Entre las segundas, se privilegia el vínculo entre trabajo y fecundidad (Elú de Leñero, 1983); participación laboral y nupcialidad (Recchini de Lattes, 1983); trabajo y jefaturas femeninas (García y Oliveira, 1994); empleo y diferenciales de género y entre generaciones (Christenson, García y Oliveira, 1989); así como el estudio de los arreglos informales y familiares en la búsqueda, obtención y mantenimiento del empleo. Es bajo estas líneas de investigación que se analiza una diversidad de prácticas directamente vinculadas con

la reproducción de la fuerza de trabajo: características de las unidades domésticas y las formas de organización de la vida familiar; las redes de reciprocidad entre dichas unidades; o las modalidades que asumen los procesos de trabajo y su influencia en la composición por sexo y edad de la fuerza de trabajo (Oliveira y Salles, 2000).

Prototípicamente, el núcleo duro de la vinculación entre familia y trabajo está diseñado a partir de la transición de un modelo familiar y económico de varón proveedor a un modelo mucho más complejo de, al menos, dos proveedores (Wainerman, 2002). De allí que sea prácticamente indisociable este surgimiento de los estudios sobre la participación de la mujer en el mercado de trabajo, especialmente, desde una perspectiva de género¹⁰. El campo de estudios de la participación de la fuerza de trabajo femenina considera, en esta época, desde los cambios socioeconómicos y demográficos de carácter macroestructural hasta las transformaciones de la vida familiar e individual, aglutinándose en tres grandes temáticas: el impacto de los cambios económicos globales sobre la participación; la vinculación familia y trabajo donde la familia es el ámbito de producción y reproducción por excelencia; y las inequidades de género en cada uno de estos ámbitos (Oliveira y Ariza, 2000a). En ese sentido, los trabajos de Rendón y Pedrero (1976), García (1975), De Barbieri (1984) y Pacheco (1988) son verdaderos pioneros en los estudios sobre trabajo femenino, donde conceptos como la doble jornada (Rubalcava, 2001), la compatibilidad de las tareas de la producción y la reproducción, así como los intentos por cuantificar la magnitud del trabajo doméstico y la sobrecarga de trabajo, devienen centrales (Oliveira y Ariza, 2000a). García y Oliveira (1994) realizan un minucioso recuento de este tipo de investigaciones y señalan la escasa tradición en la región por los estudios cualitativos y el significado del trabajo en la vida de las mujeres así como por la utilización de una perspectiva comparativa entre grupos sociales¹¹. Un importante denominador común de estos estudios es la centralidad otorgada a la unidad doméstica, al llamado ciclo de vida de los hogares (que más tarde será «reemplazado» por la categoría de curso de vida), a las relaciones de parentesco, al análisis

10 Como se sabe, es la perspectiva de género la que permite introducir serias críticas al propio concepto de trabajo por no reconocer, entre otras cosas, el trabajo doméstico, siendo el enfoque que más ha bregado por su redefinición para abarcar tanto las actividades productivas como las reproductivas con el objetivo de visibilizar el trabajo doméstico de las mujeres.

11 Es verdaderamente escasa la tradición de métodos cualitativos en los estudios de población, especialmente, desde una perspectiva sociodemográfica. Para una revisión de dicha escasez véase las exhaustivas reseñas de Miranda-Ribeiro (2012).

de las estrategias de sobrevivencia y al papel de cada uno de estos factores sobre la formación y reproducción de la fuerza de trabajo así como la participación laboral dentro de la propia unidad doméstica, tanto en áreas urbanas como rurales (Lomnitz, 1975; García, Muñoz y Oliveira, 1982¹²; Jelín, 1984; González de la Rocha, 1986; Oliveira y Salles, 1989; Cortés 1992).

Las mujeres se transforman, así, en un tema privilegiado para discutir no solo las nuevas dinámicas de participación en el mercado de trabajo sino también el vínculo con la reproducción de la fuerza de trabajo y el trabajo no remunerado. Ello permite, a su vez, abordar zonas poco transitadas hasta el momento como la constitución de las familias y los hogares, la sexualidad, las relaciones domésticas y, en general, estudios sobre la división social y técnica del trabajo en función de la raza y el sexo (Novick y Catalano, 1996).

Una segunda línea de investigación fundamental de este período gira alrededor del fenómeno de la informalidad en los mercados de trabajo urbanos¹³ con una perspectiva, en principio, más económica que sociológica o política (Abramo y Montero, 2000), en el que predominan tres enfoques específicos para América Latina: el que sostiene el origen de la informalidad en las presiones sociodemográficas de la oferta de trabajo frente una demanda debilitada y en crisis, cuya unidad de análisis es la empresa; el que coloca su origen en el mercado de trabajo y en las regulaciones normativas e institucionales sobre el mismo; y el que analiza a la informalidad como un sector desregulado (PREALC, 1981; Pérez Sáinz, 1998; Cortés, 2000; Weller, 2003). El estudio de la informalidad, en general, es uno de los aspectos del mercado de trabajo que más atención ha recibido desde la investigación empírica y de manera, ciertamente, heterogénea (Portes y Benton, 1987; Portes, 1995). Surgido a partir del conocido informe de Kenia (OIT, 1972) y mediante una observación empírica del fenómeno, el concepto de informalidad ha sido alimentado por teorías clásicas de nuestra región desde la segmentación y polarización social hasta las teorías cepalianas del desarrollo y la heterogeneidad

12 El estudio de la inserción de los miembros de la unidad doméstica en la fuerza de trabajo realizado por García, Muñoz y de Oliveira: «Hogares y trabajadores en la ciudad de México» (1982) inaugura una línea de investigación fundamental para el posterior desarrollo del vínculo entre población y trabajo en América Latina, a partir de la combinación de unidades domésticas con unidades de producción como unidades de análisis (Cortés, 2000).

13 Como bien señala Cortés (2000), la informalidad como problema social comienza a estudiarse en los sesenta en América Latina y resurge hacia finales de los ochenta a partir de las crisis estructurales y los nuevos mecanismos de ajuste y reestructuración en la región.

estructural (Cortés, 2000). El desarrollo conceptual del fenómeno de la informalidad ha pasado desde el sector informal urbano hasta los trabajadores informales para devenir, finalmente, en una perspectiva de la economía de la informalidad (Tokman, 2004). En ello, la mayor influencia proviene de la perspectiva basada en la forma de producir (Tokman, 1995), destacando aspectos relacionados con las unidades productivas que no contratan mano de obra y cuyas características principales redundan en la marginalidad del trabajo asalariado, la generación de ingresos por encima de la maximización de las ganancias, la escasez de capital, la simplicidad de la tecnología utilizada, la poca complejidad de la división del trabajo, y donde tanto la jornada como el ritmo de trabajo son establecidos por el propio trabajador y, en muchos casos, por su grupo familiar (García, 2003 y 2011). A pesar de la complejidad que adquirió con los años este enfoque, la delimitación empírica tradicional para establecer los márgenes de la informalidad está dada, casi con exclusividad, por el tamaño de los establecimientos.

Posiblemente, uno de los aportes más valiosos de los estudios sobre informalidad es que esta línea de investigación será la que, en un segundo momento, vuelque su mirada hacia los estudios de la exclusión laboral, la vulnerabilidad social y, en general, al proceso de precarización del trabajo y la pauperización de ciertos sectores sociales. A pesar de las severas críticas por parte de ciertas corrientes locales, durante esta época se multiplican los estudios laborales basados en enfoques o perspectivas sociológicas más amplias que incluyen el concepto de exclusión, riesgo o vulnerabilidad social (Minujín, 1998; Katzman y Filgueira, 1999; Pizarro, 2001; Katzman y Wormald, 2002; Pérez Sáinz, 2003; Pérez Sáinz y Mora Salas, 2004; Saraví, 2006). Evidentemente, estas conceptualizaciones están relacionadas con transformaciones económicas y sociales más extensas, permitiendo profundizar en la vinculación entre los aspectos macroestructurales y microsociales de las problemáticas laborales. De qué manera estas transformaciones se gestan en el nivel estructural y son experimentadas por los trabajadores en lo individual (Rodgers, Gore y Figueredo, 1995; García, 2011) es la pregunta de investigación que está detrás de este tipo de enfoques. Es a partir de estas perspectivas más sociológicas que se puede advertir hasta qué punto las transformaciones laborales son útiles y pertinentes para comprender cambios sociales más amplios y profundos en la medida en que dan cuenta de la relación entre individuos y sociedad cuando se modifican los vínculos laborales y las estrategias económicas (García, 2011). En ese sentido, el proceso de pauperización de gran parte de las sociedades latinoa-

americanas durante la década de los noventa comienza a vislumbrar un quebrantamiento profundo de los vínculos sociales y simbólicos que habían caracterizado a la región décadas atrás y que se encuentran detrás —como causa y consecuencia al mismo tiempo— de muchos de los procesos que están afectando a los mercados laborales de la región. En realidad, uno de los mayores aciertos que han tenido estos enfoques en América Latina es su relación más o menos directa con la perspectiva de la marginalidad económica y la teoría de la dependencia del período anterior (Pizarro, 2001; Cortés, 2006; García, 2006) en la medida en que son conceptos complementarios, especialmente desde una perspectiva histórico-estructural, en cuanto a que los excluidos son, finalmente, el remanente laboral afuncional a los propósitos de la acumulación (García, 2011). El segundo gran acierto de la utilización de estos enfoques es que retoman el debate sobre las desigualdades dinámicas, individuales o intracategoriales entre los trabajadores, problemática aún reticente para la mayoría de los estudios de los mercados de trabajo en la región.

El tercer eje temático que se desarrolla con gran potencialidad durante esta época es el estudio de las estrategias familiares de sobrevivencia. En un primer momento, este enfoque surge críticamente como respuesta a las explicaciones que la perspectiva de la modernización había esgrimido sobre los condicionantes familiares como obstáculos para la plena integración de las mujeres al mercado de trabajo (Oliveira y Ariza, 2000a). La gran pregunta de investigación que articula este enfoque es de qué manera reaccionan los hogares frente a la crisis económica, la reducción de empleos y la disminución de los salarios. En un inicio, estos estudios están referidos casi con exclusividad a los sectores populares y marginales, tanto urbanos como rurales. No obstante, y debido a la extensión de la crisis de los años ochenta, el enfoque de estrategias de sobrevivencia adquiere un nuevo matiz, ampliando su mirada hacia las clases medias y los procesos de pauperización social asociados a ellas¹⁴. Como en otras perspectivas de esta época, en este enfoque el hogar es la unidad de análisis central para estudiar los factores que contribuyen a la formación de la oferta de mano de obra que sale al mercado de trabajo a desempeñar diferentes tipos de actividades y obtener recursos monetarios

14 Entre las principales estrategias familiares que sobresalen en los estudios se encuentran la emigración definitiva o temporal, la incorporación de más miembros del hogar a actividades remuneradas, la venta de comida o productos callejeros, la realización de varias actividades por un mismo miembro de la familia, o la combinación de trabajo formal con informal en un mismo momento de la trayectoria laboral (De la Garza, 2000a).

y no monetarios (Oliveira, 2001). Quizás la crítica más consensuada que ha recibido este enfoque es la falta de complementariedad con los aspectos estructurales de la dinámica de los mercados laborales durante este período, especialmente en términos de reestructuración económica y productiva.

Sin embargo, un intento por lograr dicha complementariedad es la serie de estudios sobre la desigualdad en la distribución del ingreso de los hogares desde una perspectiva sociodemográfica, fundamentados en la idea de que los hogares reaccionan de diferente manera ante las medidas de política económica que afectan su economía y que las consecuencias de los factores macroestructurales sobre el presupuesto de un hogar dependen de la composición de sus fuentes de ingreso como de la composición de la propia fuerza de trabajo (Cortés, 1999; Padrón, 2008). Así, este tipo de estudios intenta ligar la manera cómo reaccionan los hogares a los cambios en la política económica, con sus consecuencias sobre la inequidad en la distribución del ingreso y la pobreza (Rubalcava, 1999).

Si bien es durante esta época que los estudios sobre informalidad adquieren un especial auge, el análisis de la precariedad laboral le imprime una nueva mirada a los problemas laborales. Mientras los estudios sobre informalidad están directa o indirectamente relacionados con los análisis sobre la segmentación de los mercados laborales en América Latina (y con orientaciones específicas en función de los estudios pioneros de organismos internacionales como PREALC), el concepto de precariedad es el que permite comenzar a visualizar la gran diversidad interna de los problemas asociados al mundo del trabajo. A través de este concepto, las actividades informales son resignificadas en el nuevo modelo de desarrollo (Pérez Sáinz, 1998), agregando el deterioro en las condiciones salariales, especialmente en las actividades subordinadas al sector de bienes comerciables o transables, tanto en las pequeñas como en las medianas y grandes empresas (Bayón, Roberts y Saraví, 1998).

Es a partir de la noción de empleos precarios que el deterioro de las condiciones de trabajo comienza a ser evaluado de manera mucho más sistemática entre la población asalariada, entre los grandes establecimientos y, especialmente, en el sector servicios, a partir de un cúmulo de indicadores donde la diversificación de las formas de contratación deviene un aspecto central de los factores explicativos. Evidentemente, en América Latina la precariedad no resulta un nuevo fenómeno sino que sus características son, en general, estructurales. No obstante, es la sistematización y diversificación de los estudios lo que resalta en estas épocas, a partir de la visibilidad de rasgos asalariados que

caracterizaron históricamente al trabajo no asalariado (García, 2011). Otra gran virtud de los estudios sobre precariedad es que logran, en gran medida, articular el análisis de las carencias laborales con las discusiones que se vienen gestando desde el período anterior en torno a las nociones de marginalidad o sector informal junto con las nuevas problemáticas asociadas a la exclusión laboral, la vulnerabilidad o las deficiencias del trabajo digno en la región (Reygadas, 2011a).

En este contexto, surgen las preguntas de investigación sobre cuál es el límite conceptual y empírico entre lo precario y lo que no lo es (Pacheco y De la Garza, 2011), y qué vínculo específico se esgrime empíricamente entre flexibilidad laboral y precarización del empleo; o bien, cuál es la relación de causalidad que existe entre flexibilidad y precariedad del puesto de trabajo. En ese sentido, un denominador común de los hallazgos de estas investigaciones en América Latina es que la precariedad no es una característica inherente a las nuevas formas de trabajo (o imputable a las reformas estructurales exclusivamente) sino una construcción social que se encuentra determinada por las correlaciones de fuerzas y las interacciones específicas entre los actores sociales (Reygadas, 2011a; Mora Salas, 2010).

En general, desde este segundo período y hasta la actualidad, la precariedad y el proceso de precarización se han estudiado desde una gran diversidad de perspectivas teórico-analíticas, desde diferentes ámbitos, profundizando en distintas dimensiones y considerando gradientes más que estados determinados (Guerra, 1994; Mora Salas, 2010). No obstante, como en la mayoría de los problemas actuales de los mercados de trabajo latinoamericanos, también en este campo temático existen serios inconvenientes en el plano de la conexión entre el marco teórico y los referentes empíricos, así como ambigüedades y acepciones tanto en el plano conceptual como en el metodológico (Guerra, 1998; Bayón, 2005; Mora Salas, 2010; Pacheco y De la Garza, 2011).

La flexibilidad laboral o el proceso de flexibilización de la organización del trabajo y, en general, de los mercados laborales, es otra importante línea de investigación de este período (y que continúa hasta la actualidad), aunque mayormente analizada por los estudios de los procesos de trabajo más que desde las características sociodemográficas de la población. Aspectos como la movilidad interna de los trabajadores en las empresas, la polivalencia o la llamada «multifuncionalidad» de la fuerza de trabajo están directamente relacionados con este tipo de investigaciones, predominantes desde la década de los noventa en la región. También aquí los significados son diversos (De la Garza, 2002), aunque la mayoría de los estudios se centra en la flexibilidad de la producción, en la flexibilidad numérica, la funcional y,

finalmente, el proceso de flexibilización de los salarios en los últimos años (Lagos, 1994; De la Garza, 2002).

La gran virtud que han tenido estos nuevos esfuerzos tanto teóricos como metodológicos es que fueron construyendo un puente hacia estudios laborales más sociales, vinculados a las relaciones concretas de trabajo y de la producción. Este tránsito de una disciplina más preocupada por buscar correspondencia entre categorías analíticas abstractas y actores reales, a una disciplina más centrada en las relaciones sociales que se entablan en el trabajo y en la producción, es también una respuesta al tránsito que se está dando en la sociedad en general y en el mundo del trabajo en particular, hacia un espacio más heterogéneo, más complejo funcionalmente y también más individualizado socialmente. Es la descolectivización de las relaciones de trabajo traducida en precariedad y personalización de la relación laboral, la que finalmente descolectiviza (en el sentido de que los vuelve más heterogéneos) y diversifica a los estudios sobre trabajo, privilegiando lo local, los grupos desorganizados, las minorías, los sectores marginales o los diferentes grupos étnicos.

Quizás, la principal crítica que pueda hacerse a esta diversidad de líneas de investigación que se desarrollan durante esta época es la escasa vinculación o diálogo que tienen entre sí, para acceder a comprender de manera más integrada —e integral— los problemas del mundo del trabajo durante estos años. Como bien sostiene Abramo y Montero (2000), en general, los estudios de la fábrica y el proceso de trabajo tienen poca relación con los estudios sobre el empleo y el mercado de trabajo, fragmentación que se traslada a los estudios sobre población y trabajo y que está basada también en discordancias metodológicas entre los estudios de caso a nivel micro y metodologías más cualitativas, con estudios más macro y metodologías cuantitativas.

La etapa de los estudios *diferenciados* del trabajo

En la actualidad, los interrogantes de los estudios del trabajo giran alrededor de un hecho común en América Latina: la diversificación y la diferenciación de las experiencias laborales. El objeto de conocimiento de los estudios del trabajo se ha desplazado hacia la variedad de formas que puede adquirir la composición de los mercados laborales en la región y la diversidad de estrategias que son capaces de generarse en estas nuevas estructuras de oportunidades relacionadas directamente con los cambios en el patrón de acumulación. Son los fenómenos de diversificación ocupacional, fragmentación y compleji-

zación de las *situaciones de trabajo* lo que aglutina, en la actualidad, a los estudios sobre el vínculo entre población y trabajo en una región que, históricamente, se ha caracterizado por una estructura laboral muy heterogénea y altamente asimétrica (Reygadas, 2011a).

Para algunos autores, las investigaciones contemporáneas se basan en las «fronteras» del trabajo (Panaia, 1996; Novick y Catalano, 1996), donde lo que resalta es la nueva caracterización del desempleo y de los grupos marginales por un lado y el proceso de trabajo articulado en la empresa, por el otro¹⁵. En medio de ello, resurgen también los estudios preocupados por la esfera de la reproducción de la fuerza de trabajo: la repartición de los empleos según los géneros; los estatus del empleo; los orígenes étnicos; la pertenencia cultural de la mano de obra; estudios específicos a nivel sectorial; las pequeñas y medianas empresas o productores; las políticas de subcontratación; las redes de intercambio regionales; o la propia re-transformación del sector servicios.

Esta diversificación de los estudios laborales está vinculada a las transformaciones derivadas de los procesos de globalización y reestructuración productiva y el consecuente tránsito del predominio del paradigma fabril a una configuración mucho más heterogénea del mundo del trabajo (Reygadas, 2011a): ampliación del proceso de terciarización¹⁶; polarización de la fuerza de trabajo¹⁷, exclusión de trabajadores jóvenes y adultos mayores, ocupaciones típicamente femeninas, apuntalamiento de las maquilas; precarización de los empleos formales; flexibilización laboral; desempleo estructural; subcontratación; son, en la actualidad, campos de estudio «por derecho propio» pero, al mismo tiempo, muchos más vinculados entre sí que en la época anterior¹⁸. A ello se debe añadir la gran diversidad de estudios

15 Donde, además, hay un nuevo giro hacia la importancia del cliente en el proceso de trabajo. Como bien sostiene Reygadas (2011a), los estudios laborales sobre los procesos de trabajo se encuentran en la transición de un modelo binario (empresa- trabajador) a un modelo múltiple de relaciones de producción que incluye otros actores sociales, especialmente al consumidor. El otro binomio clásico de los estudios laborales, el de empresa-sindicato, también ha sido complejizado en las investigaciones contemporáneas.

16 El particular proceso de terciarización en América Latina también adquiere características específicas, diferentes a otras regiones del mundo. Véase el concepto de terciarización truncada de García (1988).

17 Dicha polarización se vislumbra, especialmente, entre una vieja clase obrera conformada por varones de edad madura, relativamente estable y ubicada en procesos de trabajo tradicionales y una nueva clase obrera no calificada joven con presencia alta de mujeres con baja estabilidad en el empleo, una parte ocupada en empleos precarios y otra en empresas pujantes y modernizadas (De la Garza, 2000a).

18 A su vez, es durante este período cuando surgen estudios relacionados con la calidad del empleo y, especialmente, la noción y desarrollo del concepto de trabajo decente por parte de la Organización Internacional del Trabajo. Como bien indica

específicos a nivel sectorial y de redes regionales, así como el análisis sistemático de pequeñas y medianas empresas (Román Reyes, 2006).

Desde el punto de vista teórico, los estudios laborales contemporáneos en América Latina hacen uso de una gran variedad de enfoques, escuelas y tradiciones provenientes de la región y de otros ámbitos geográficos. En algunos casos, se coloca a la modernización nuevamente en el centro de la discusión en cuanto a las alternativas de inserción y adecuación al nuevo patrón de acumulación y desarrollo. En otros estudios, lo que se busca es profundizar posturas teóricas del período anterior, a través de una mirada anclada en los procesos sociales históricamente determinados (Abramo y Montero, 2000). En medio de ambos se encuentran posturas más relativistas que incluyen la singularidad de las experiencias observadas en estudios de caso concretos, con menores inferencias teóricas y una mayor utilización de conceptos de alcance intermedio o basados en teorías fundamentadas. En todos ellos lo que se busca es desentramar la dinámica social del trabajo y del empleo en la actualidad (Pries, 2000).

En este contexto, un eje temático que resurge en esta tercera etapa es la recuperación del vínculo entre trabajo y estratificación social. Si bien los análisis sobre estratificación y movilidad ocupacional habían constituido un núcleo duro de los estudios laborales durante la primera etapa, fueron perdiendo centralidad en América Latina debido, especialmente, al predominio de los enfoques histórico-estructurales en detrimento de una perspectiva más «individual» del funcionamiento de los mercados de trabajo (Solís, 2007). Esta nueva versión de los estudios sobre movilidad y estratificación social se ve, además, enriquecida por técnicas de análisis más sofisticadas, criterios metodológicos más novedosos (en la variedad de dimensiones analizadas, en los tipos de movilidad, en la utilización de escalas tanto sociales como individuales) y marcos teóricos más complejos. Fenómenos como el logro ocupacional, la movilidad educativa así como los cambios en el tiempo del papel de las categorías ocupacionales tanto en la distribución de activos como de ingresos son algunos de los campos temáticos que más se han desarrollado en los últimos años (Filgueira, 2000; Behrman, Gaviria y Székely, 2001; Zenteno, 2003; Pacheco, 2005; Parrado, 2005; Cortés, Escobar y Solís, 2007; Solís, 2007; Boado, 2009; Salvia y Pla, 2009; Benza, 2012).

García (2011), estos conceptos añaden dimensiones nuevas a los estudios laborales, especialmente en términos de las perspectivas de los agentes y de la diferenciación entre la calidad del puesto de trabajo y la calidad de la fuerza de trabajo (Infante, 1999).

Un segundo resurgimiento temático es el de las «nuevas» formas de trabajo de subsistencia no capitalista relacionadas con cambios en los procesos de producción (De la Garza, 2005) y, en general, actividades en las que no es tan fácil diferenciar entre producción y reproducción, tanto en términos de espacios como de tiempos; estudios sobre trabajo a domicilio, trabajo doméstico o venta callejera demuestran que los límites entre trabajo y no trabajo se encuentran en permanente redefinición en función de características históricas, políticas y sociales (De la Garza, 2001), resaltando el carácter no permanente, temporal, discontinuo, de las formas de trabajo (Marshall, 1987; Perelman, 2001).

El estudio de estas nuevas formas de trabajo de subsistencia (Cortés, 2000a) así como las novedosas aproximaciones a los micronegocios (García, 1988; Pacheco, 2004) se engloban en una vieja tradición de los estudios laborales en América Latina sobre el trabajo atípico¹⁹ que, en la actualidad, se resignifica como rasgo estructural del mercado de trabajo en la región: el teletrabajo, los servicios personales, la venta a domicilio, el empleo en *call centers*, trabajos que consisten en la manipulación de símbolos e información (Reygadas, 2011a), el trabajo autónomo de segunda generación, las nuevas características del sector terciario, ciertas ocupaciones mixtas del mercado de trabajo, los traslapes entre trabajo y vida cotidiana, entre trabajo y tiempo libre o el continuum entre trabajo y no trabajo (De la Garza, 2011), son solo algunos ejemplos de los abordajes requeridos para el entendimiento de estas nuevas modalidades de lo atípico²⁰.

En la actualidad, si bien el vínculo entre trabajo atípico y trabajo precario parecería ser estrecho, poco se ha precisado aún sobre los orígenes, las características y dinámicas de esta relación, así como sus divergencias, yuxtaposiciones y determinaciones entre ellas (Guerra, 1998; Reygadas, 2011a). Tampoco se ha estudiado con suficiente fuerza empírica las dinámicas de precarización ocurridas en el comercio y en las nuevas multiactividades que caracterizan a la agricultura, a los pequeños productores y al mundo rural, en general²¹ (Pacheco,

19 En general, el trabajo atípico puede implicar tanto una divergencia empírica respecto a lo que ha sido más común en la sociedad como una divergencia analítica respecto a lo que los estudiosos han considerado típico o estándar. Para varios autores (Reygadas, 2011a; De la Garza, 2011) esta última perspectiva sería más pertinente para América Latina, donde el trabajo industrial formal, de buena calidad y con prestaciones, ha sido la excepción más que la norma.

20 El enfoque sociodemográfico (junto con el económico) es el que más ha desarrollado estudios sobre los antiguos y nuevos trabajos atípicos (García, 2006).

21 Tal como lo señala Pacheco (2011), la mayoría de los estudios de la fuerza de trabajo de corte sociodemográfico en los últimos años se concentraron en el mercado de

2011). La relación entre trabajo atípico y precariedad incluye también el estudio de la permanencia o extensión de las actividades no asalariadas y de los trabajadores informales (Rendón y Salas, 1990), de los trabajadores vulnerables (Mora Salas y Pérez Sáinz, 2006), de los riesgosos y flexibles (De la Garza, 2002), de los empleos no estructurados (INEGI, 2004), de los trabajos no estándar (De la Garza, 2011) y de aquellos no decentes²² (Barreto, 1999).

En tercer lugar, los estudios sobre trabajo y población desde una perspectiva de género adquieren una nueva preponderancia en la actualidad. La demanda específica de mano de obra femenina en los sectores orientados hacia la exportación de bienes manufactureros así como los efectos concretos de los procesos de globalización sobre la participación de las mujeres en el mercado de trabajo (Oliveira, 2001), reabrieron el debate sobre la discriminación salarial, la segregación ocupacional y, en general, las desigualdades sociales asociadas al género en los mercados laborales latinoamericanos, sin dejar de atender las consecuencias «positivas» de la participación laboral femenina, especialmente en términos de empoderamiento y autonomía (Rendón, 2000; Ariza y De Oliveira, 2001). En este contexto, varios estudios analizan la participación laboral de las mujeres en las industrias maquiladoras, en los servicios modernos, en el trabajo a domicilio y en pequeños talleres, dando cuenta de una especie de feminización de la subcontratación laboral en varios países de la región. Así, a las primeras investigaciones sobre la participación de la mujer en el mercado de trabajo de la época anterior, en las que se buscaba, especialmente, la relación entre variables sociodemográficas clásicas y tipo y nivel de participación, se agregan ahora factores más heterogéneos y diferenciados contextual, familiar e individualmente (Torrado, 2003)²³.

Otro tema emergente en los estudios actuales sobre población y trabajo es el empresario como objeto de estudio —que retoma una vieja tradición cepaliana (Zapata, 2000)— junto con el análisis de las cadenas productivas, las investigaciones regionales sobre conglomerados de producción y, en general, una nueva composición de estu-

trabajo urbano, dejando de lado no solamente la segmentación propia entre mercados urbanos y rurales sino también los estudios sobre la complementariedad y competencia del trabajo urbano y rural.

22 Una pregunta de investigación que ha sido escasamente estudiada en los últimos años o que se ha dejado de lado es, por ejemplo, cómo construyen su identidad laboral, aquellos trabajadores que se encuentran inmersos en este tipo de actividades (De la Garza, 2011).

23 Varios estudios demuestran y analizan el estrecho vínculo entre flexibilización, precarización, segregación y feminización del mercado del trabajo en la actualidad (Oliveira y Ariza, 2000).

dios sobre economías y mercados de trabajo locales, redes productivas y redes sociales (Pries, 2000; Abramo y Montero, 2000), transitando desde niveles de análisis nacionales a espacios locales y, al mismo tiempo, transnacionales. En este nuevo campo, no obstante, son pocos los estudios que se han enfocado a los «exitosos» del nuevo modelo de acumulación, a aquellos trabajadores que experimentaron ciertos niveles de movilidad social ascendente o lograron insertarse en los sectores más dinámicos de la nueva estructura productiva²⁴. En esa misma dirección, son también escasos los estudios sobre la interdependencia entre la oferta y la demanda de trabajo que considere, por ejemplo, la relación entre el ciclo de utilidad de las empresas, la vulnerabilidad de los trabajadores frente a ello y las posibilidades de empleabilidad entre uno y otro (Neffa, 1996). Parecería que, en este nuevo eje de investigación, los estudios laborales se mueven en una tensión permanente entre las investigaciones relacionadas con los movimientos de innovación y reestructuración donde las nuevas tecnologías, los productos inéditos, las formas novedosas de organización del trabajo, la aparición de nuevas ramas de productividad y el mayor peso del trabajo intelectual fungen como nuevos campos temáticos; y la preocupación persistente sobre la dimensión destructiva del mundo del empleo: la decadencia de ramas tradicionales, el cierre de empresas y fábricas o la pérdida de dispositivos de regulación de las relaciones laborales (Reygadas, 2011a).

Por otro lado, sería imposible dar cuenta de las novedades temáticas en los estudios laborales en la actualidad si no se menciona el complejo vínculo entre mercados de trabajo y migración interna e internacional y, en general, la movilidad espacial de la mano de obra en las sociedades contemporáneas, tradición que en América Latina comienza con los primeros estudios sobre migración rural-urbana (Arizpe, 1980; Pries, 2000) en la década de los cincuenta. Migración sur-sur; migración norte-sur; inserción laboral de migrantes calificados y de migrantes de retorno; prácticas comerciales y económicas de los migrantes; mercados de trabajo y flujos migratorios; transnacionalismo, espacios fronterizos y multiculturalismo, circuitos globales de precarización, migración e inserción femenina y, en fin, la articulación de los mercados laborales con nuevas y viejas movilidades, son algunos de los campos de estudio que encierra esta nueva generación de líneas de investigación (Gandini, 2012). En ellas, predominan estudios que articulan el mercado de trabajo con las estructuras

24 Con excepción de las investigaciones sobre empleo público, espacio de regulación y protección laboral por excelencia (Marshall, 1990).

socioeconómicas globales de economías heterogéneas o que interrelacionan la movilidad laboral ocupacional con la movilidad espacial de los participantes en el mercado de trabajo (Pries, 2000). Ello está directamente vinculado con la importancia que adquiere en el nuevo modelo de acumulación, la relación con el exterior y la subordinación de las economías internas a lo que ocurre en el ámbito de los demás países, especialmente los desarrollados (Salas, 2000). Sin embargo, los estudios sobre migración y trabajo también fungen, en la actualidad, como un importante puente de reflexión entre los modelos productivos y los mercados laborales de la región (Pacheco y De la Garza, 2011) y como parte de un conglomerado más amplio sobre el análisis de la espacialidad en el mundo del trabajo: allí también se incluyen estudios sobre el trabajo a distancia, la multilocalidad del proceso de trabajo, la segmentación espacial de dicho proceso, o la tensión entre los procesos productivos transnacionalizados y los marcos regulatorios e institucionales nacionales (Reygadas, 2011a).

Estos giros recientes en los estudios sobre población y trabajo no solo refieren a los cambios ocurridos en el mercado de trabajo y en la estructura productiva de la mayoría de los países de la región sino que también devienen una respuesta a los cambios sociodemográficos que ha experimentado la población económicamente activa, especialmente desde la perspectiva de la oferta laboral. En ese sentido, uno de los temas emergentes es el vínculo entre trabajo y envejecimiento poblacional desde una perspectiva macrosocial —especialmente vinculada con los problemas que la protección y la seguridad social implican en la región (García, 2003)— pero, al mismo tiempo, desde el estudio de las implicancias sociales, económicas, de salud y aun subjetivas, del significado del trabajo para la población adulta mayor. Así, las condiciones de empleo entre adultos mayores, el vínculo de estas con cuestiones de género y pobreza, los cambios ocurridos en los niveles de dependencia o la relación de dependencia potencial, son solo algunos de los aspectos analizados por este campo de estudio, incluyendo análisis regionales y comparados entre las distintas situaciones nacionales (CELADE, 2006; Paz, 2011). Algunos de los aspectos generales que se desprenden de estos análisis son las nuevas y preponderantes dinámicas que adquiere la informalidad entre la población mayor; el vínculo entre adultos mayores y los limitados sistemas de seguridad social; el papel de la familia y del cuidado en los adultos mayores; la importancia de la calidad del empleo durante la etapa activa y sus efectos sobre la vida adulta mayor; y la relación entre la situación laboral del adulto mayor con la situación económica y social de los más jóvenes (Montes de Oca, 1999; Paz, 2011).

Desde el otro lado del prisma sociodemográfico, los estudios sobre trabajo y jóvenes han adquirido una nueva preponderancia en la actualidad²⁵. Por un lado, las investigaciones se enfocan a las condiciones críticas de inserción de este grupo de población que inicia su entrada al mercado de trabajo. Por otro lado, se analizan las consecuencias que dichas deficiencias laborales ejercen sobre el resto de los dominios de la vida de los jóvenes: los efectos sobre la transición hacia la vida adulta; sobre las relaciones familiares y los espacios de socialización así como los vínculos entre trabajo, formación de hogares y demás transiciones de los cursos de vida individuales, entre las que adquieren una particular importancia las relaciones entre educación y trabajo²⁶, el vínculo entre segmentación educativa y segmentación de los mercados así como las calificaciones y competencias de los trabajadores (Panaia, 1996; Solís *et al.* 2008; Navarrete, 2012). Desde la perspectiva de la juventud, también se analiza la relación del trabajo de los jóvenes con la movilidad social (De Ibarrola, 2004). Quizás, el hallazgo común que sobresale de estas investigaciones desde la perspectiva sociodemográfica, sea la importancia de los determinantes espaciales, familiares e individuales en la entrada temprana al mercado de trabajo (Navarrete, 2001; Mier y Terán y Rabell, 2005; Vela, 2008; Blanco E., 2011; Mancini 2011a) así como en las condiciones críticas de sus inserciones (Cordera *et al.*, 1996; Oliveira, 2011; Navarrete, 2001; Camarena, 2005). Desde el otro polo de observación, se encuentran estudios laborales sobre el complejo papel de la educación entre los más educados, los jóvenes universitarios y, en general, el vínculo entre credenciales educativas y precarización del empleo (Suárez, 2005). Como bien lo establece Navarrete (2012), en las investigaciones sobre jóvenes y trabajo se ha pasado de visiones relativamente lineales y positivas a estudios con resultados diversos donde los logros educativos van perdiendo fuerza como mecanismos de movilidad social y como garantía de un buen empleo durante la vida adulta.

Finalmente, otro eje temático de gran relevancia en la actualidad es el vínculo entre trabajo, trabajadores y derechos o bien, entre trabajo y ciudadanía (Bazdresch, 2001; Roberts, 2001) que incluye diversos aspectos: la dimensión económica relacionada con los salarios y los in-

25 A pesar de la gran diversidad de estudios que abordan la problemática entre jóvenes y trabajo, aún son muy escasas las investigaciones sobre trabajo infantil en la región (Pérez García, 2009).

26 El vínculo entre educación y trabajo es un campo de estudio que se definió como tal a partir de la década del ochenta y que solo recientemente contiene un cuerpo más desarrollado e integrado de investigaciones empíricas (Riquelme, 1996).

gresos, la dimensión de estabilidad que comprende, entre otras cosas, la seguridad en el empleo, la dimensión de las condiciones de trabajo donde las prestaciones sociales y la seguridad social son un tema central, la dimensión normativa vinculada a los derechos sociales y la dimensión ciudadana que vincula no solo las posibilidades de inclusión y exclusión laboral sino también las nuevas alternativas de negociación colectiva. La relación entre trabajo y derechos es un campo de estudio fundamental para dar cuenta de los mecanismos dinámicos de desigualdad social que generan los nuevos riesgos del mundo del trabajo.

En este nuevo acercamiento, el concepto de seguridad socioeconómica y trabajo decente desarrollado por la Organización Internacional de Trabajo (OIT) en los últimos años así como su contraparte, las experiencias de incertidumbre e inseguridad en el mundo del trabajo, devienen cruciales (Mancini, 2011). En ello importa no solamente el aspecto objetivo o dinámico de la inestabilidad laboral y la inseguridad frente al empleo sino el estudio de las significancias relacionadas con el malestar y la insatisfacción que provocan las actuales condiciones de trabajo. La escasez de empleos satisfactorios es también la escasez de satisfacción con el empleo en las sociedades contemporáneas. Las condiciones objetivas y las dimensiones subjetivas de la inseguridad y la incertidumbre laboral han sido analizadas en los últimos años a partir de diferenciales de género, de sector social y aun, comparando mercados laborales locales de diferentes países, teniendo en cuenta condicionantes individuales y colectivos, desde las estructuras económicas pero también políticas, e incluyendo el papel de la agencia en las decisiones de los trabajadores (Battistini, 2002; Bayón, 2002; Feijóo, 2003; Mancini, 2003; Svampa y Pereyra, 2003; Reygadas, 2011; Mancini, 2011; Ochoa, 2013).

Desde una perspectiva metodológica, la explicación de los procesos sociodemográficos asociados con el trabajo es concebida de manera mucho más compleja que en el pasado reciente, en la cual van cambiando o superponiéndose distintos niveles de análisis y la investigación se abre sucesivamente a nuevos temas de estudios y a diferentes diálogos multidisciplinarios (Abramo y Montero, 2000). Se observan, así, estudios que combinan diferentes perspectivas de análisis y tratan de evaluar la importancia relativa de los múltiples condicionantes del trabajo (Oliveira, 2001), aunado a una gran diversidad de temporalidades, donde las mediaciones institucionales adquieren un lugar central (García y Oliveira, 1994; Oliveira y Salles, 2000). Continúa, así, la recuperación de los sujetos en los estudios sobre población y trabajo, junto con una vertiente más aplicada de la investigación social que, además, utiliza la perspectiva de género y la dimensión espacial como ejes

transversales de los distintos campos temáticos. En todo ello, ha sido fundamental la adopción sistemática —y desafiante— de los métodos mixtos que no solo han contribuido a superar las limitaciones metodológicas de la primera y la segunda etapa, sino también a profundizar y complementar el vínculo siempre complejo entre agencia y estructura en el mundo laboral (Pacheco y Blanco, 2002).

Un punto que interesa destacar desde esta nueva complejidad para observar al mundo del trabajo es el problema de los indicadores laborales en América Latina. La posibilidad de comparación entre países y la diversidad de fuentes de información sigue siendo un desafío para los estudios regionales; por un lado, se cuenta con gran cantidad de información estadística para ciertos países (García, 2011) pero no para otros; las fuentes de información en muchos casos son ciertamente dudosas y, además, las series de encuestas y censos relacionadas con el empleo no siempre pueden recabar la totalidad y profundidad de información requerida para dar cuenta de los aspectos más complejos del mercado de trabajo en la actualidad. En segundo lugar, parecería que la multiplicidad temática y teórica con la que se abordan en la actualidad los problemas del mundo del trabajo, poco se corresponden con la capacidad de generación de nuevos indicadores y referentes empíricos (García, 2011). Como bien establece Pacheco y De la Garza (2011), existiría en la actualidad un serio problema de asincronía entre la evolución conceptual y la generación de información. Es decir, prevalece una gran diversidad conceptual que no encuentra el engarce necesario con los referentes empíricos para su observación²⁷. Dicha diversificación responde, en parte, a concepciones distintas sobre los orígenes de un determinado fenómeno y también debido a su transformación en el tiempo a medida que cambian las estrategias económicas y sociales²⁸. Es decir, la diversidad conceptual tiene que ver no solo con distintas corrientes de pensamiento, sino también con los cambios socioeconómicos que van teniendo lugar, o las dimensiones de la realidad que se considera importante privilegiar en un determinado momento²⁹ (García, 2011).

27 En ese sentido, las principales críticas están dirigidas tanto a la utilidad —o no— de ciertas categorías estadísticas ocupacionales para analizar el mercado laboral como al recorrido metodológico para transitar de la construcción conceptual a la cuestión de los indicadores.

28 Por mencionar solo un ejemplo, el nivel de análisis utilizado por los estudios socio-demográficos para observar las ocupaciones no permite diferenciar entre nuevas y antiguas ocupaciones al subsumirlas en estratos demográficos genéricos (del tipo manual/no manual) (De la Garza, 2011).

29 Un mismo indicador tiene significados diferentes en el marco de concepciones diferentes (García, 2011) y ello, más que ser un aspecto metodológico problemático,

Un claro ejemplo es el caso del desempleo que, como se sabe, abarca solo un aspecto dentro del conjunto de la problemática ocupacional. Las demás situaciones deficientes relacionadas con bajos ingresos (García, 2011), la subutilización de calificaciones, la baja productividad, así como el diverso conjunto de los subocupados, desocupados desalentados, familiares no remunerados, inestables, inseguros y, en general, las nuevas fronteras entre las categorías ocupacionales tradicionales, cuentan con escasas y relativamente simples operacionalizaciones para ser observadas y analizadas con la debida profundidad³⁰.

Si bien se ha resaltado ya la utilidad de conceptos como informalidad, precariedad, exclusión, riesgo o trabajo no decente en los estudios laborales (De la Garza, 2011), estas categorías analíticas encierran en su interior a una gran diversidad de *situaciones de trabajo no clásicas*³¹ y, en cuanto tal, esconden la multiplicidad de formas que puede adquirir ese tipo de trabajos y la diversidad de respuestas que es capaz de generar, no solamente en términos materiales sino también simbólicos y subjetivos.

Si lo que predomina en la actualidad es un proceso de precarización y aumento de trabajos atípicos que afectan, especialmente, la temporalidad y la duración del empleo, es fundamental, entonces, incorporar metodológica y teóricamente la dimensión temporal a los problemas actuales del trabajo junto con una concepción diacrónica, procesual y contextual de los mismos. Las contribuciones del estudio de las trayectorias laborales así como la inclusión de la perspectiva de curso de vida son decisivas³² para el análisis de la temporalidad en el mundo del trabajo. Las trayectorias implican una perpetua renegociación de su valor de uso que transforman permanentemente las características colectivas de la fuerza de trabajo y su capacidad de reproducción (De la Garza y Pries, 2001). Si a ello se agrega que

debería llevar a enriquecer las posibles estrategias de análisis.

30 En el caso del desempleo, existen preguntas de investigación relacionadas con los flujos de la desocupación y de las fuerzas de trabajo que aún no pueden ser respondidas con total exactitud: cuánto tiempo permanecen, realmente, desocupadas las personas y qué características asume la selectividad de la desocupación (Neffa, 2005).

31 Aquí es válida la pregunta de De la Garza (2011) acerca de los límites de la caracterización de los tipos de trabajo por medio de variables sociodemográficas, del mercado de trabajo e incluso las que apuntan al proceso de trabajo (jornada o contrato) para distinguir los tipos de trabajos y profundizar en el fenómeno laboral. Frente a ello, la extensión de este tipo de variables así como la observación de lo laboral como un proceso de interacción y creación simbólica es una alternativa metodológica válida para ahondar en las problemáticas laborales contemporáneas.

32 El enfoque de curso de vida se utiliza en América Latina, especialmente, desde los años noventa (Ojeda, 1989; Tuirán, 1999).

cada vez más personas se hallan en una situación ambigua, en una intersección, o en el proceso de pasar de una categoría social a otra, donde el tránsito entre empleo formal, empleo precario, informalidad, desocupación o subocupación son parte de una misma vida laboral (Mancini, 2011), la pertinencia del estudio de trayectorias laborales es aún mayor. Históricamente, en América Latina y asociado al aumento permanente de la heterogeneidad de las estructuras del empleo y las condiciones de trabajo, inserciones diferentes no implican segmentos claramente diferenciados sino estaciones transitorias y segmentaciones multidimensionales dentro de las mismas trayectorias laborales (De la Garza y Pries, 2001).

Vale decir, no obstante, que la sociodemografía latinoamericana siempre se ha preocupado por el cambio temporal de los fenómenos laborales (Blanco M., 2011), en medio de discrepancias y debates tanto epistemológicas como paradigmáticas (Canales y Lerner, 2003). Desde el estudio pionero ya mencionado de Balán, Browning y Jelín (1977), mucho se ha avanzado en la incorporación técnica, metodológica y teórica de la dimensión temporal en los estudios laborales de la región (Echarri y Pérez Amador, 2007; Saraví, 2009). Estos estudios han contribuido al entendimiento del cambio social, de las instituciones estructurantes de la dinámica del empleo (Pries, 2000) y de las transformaciones y continuidades que han acontecido en el mundo del trabajo en las últimas décadas, especialmente, a partir de la diversificación y ampliación de los análisis de cohortes y de las comparaciones intergeneracionales (Pacheco y Blanco, 2005).

En general, el estudio de las trayectorias laborales, tanto desde el análisis cualitativo como cuantitativo es, en la actualidad, el campo temático más recurrido para dar cuenta de la interrelación de los actores con procesos más amplios de los mercados laborales, incluyendo, además, aspectos específicos como la transición hacia la vida adulta, la relación entre envejecimiento y retiro, trayectorias de trabajadores indígenas migrantes, o aspectos subjetivos relacionados con las transiciones ocupacionales y la formación de identidades a lo largo de la carrera laboral³³ (Coubés, 2001; Solís y Billari, 2003; Ariza y Oliveira, 2005; Lara, 2006; Mora Salas y De Oliveira, 2009; Mancini, 2011; Gandini, 2012).

Conceptual y metodológicamente no se puede disociar la primacía de los estudios de trayectorias laborales de las nuevas reconfigura-

33 No obstante esta gran expansión de estudios longitudinales y de trayectorias laborales, los itinerarios de los desocupados son un tema de investigación que aún no ha recibido la suficiente atención por parte de los estudios laborales (Neffa, 2005).

ciones que supone lo colectivo en las investigaciones sobre población y trabajo. Históricamente, en América Latina, ha sido compleja la diferenciación interna de la clase trabajadores (De la Garza y Pries, 2001). El análisis de trayectorias y transiciones ocupacionales permite y admite reexaminar dicha complejidad. La pluralidad —social y política— de experiencias en el mundo del trabajo observadas a través de trayectorias vitales, abre enormes posibilidades de aprehensión de otras pluralidades asociadas al mundo del trabajo: variedad de identidades (no solamente las que genera un determinado empleo), multiplicidad de géneros, diversidad de fronteras (locales, nacionales, transnacionales) y, en general, una gran diversificación de subjetividades asociada a los nuevos procesos de individualización social (Mancini, 2011). Si lo que predomina en la actualidad es la dispersión e individualización de la fuerza de trabajo, lo que se requiere, entonces, es generar nuevas categorías de análisis y considerar modelos optativos de interpretación que admitan resignificar estas transformaciones del mercado laboral.

Frente a la realidad histórica de América Latina, los enfoques dualistas del mundo del trabajo deberían revisarse y resignificarse, intentando «superar» las distinciones diádicas así como los modelos explicativos duales, ya sea entre formal e informal, típico y atípico, precario y no precario (o digno), objetivo y subjetivo, material e inmaterial, empleo-subempleo, empleo-desempleo, regulado y no regulado, estándar-no estándar, etcétera, y, al mismo tiempo, dicotomías metodológicas como las separaciones macro, micro, cuantitativo, cualitativo, estructural, simbólico, etcétera. Enfoques como el curso de vida, apuntan en dicha dirección. No obstante, como bien señala De la Garza (2000a), los estudios laborales en la actualidad deberían agregar más elementos relacionados con la cognición del actor, con sus valores culturales, estéticos o discursivos, en la medida en que la construcción de cualquier acción-decisión relacionada con el trabajo es también la construcción social del espacio donde operan dichas estrategias a partir de factores estructurales como subjetivos y de relaciones sociales y económicas. Cada uno de estos elementos deberían incluirse en una seria y renovada discusión sobre conceptos e indicadores relacionados con el mundo del trabajo contemporáneo.

Consideraciones finales

Una mirada retrospectiva sobre los estudios de población y trabajo en los últimos años en América Latina permite detectar nuevas perspectivas, novedosos abordajes, avances teóricos y metodológicos de envergadura y, ciertamente, algunas ausencias. Durante las últimas décadas, el mercado de trabajo a escala global ha sufrido profundas modificaciones tanto en su composición como en su dinámica. La internacionalización de la economía, principalmente, ha variado la naturaleza de las relaciones laborales dando lugar, entre varias transformaciones, a la acentuación y diversificación de cierto tipo de trabajo: todo aquel que no es ni de tiempo completo, ni protegido, ni regular, ni mucho menos asalariado de por vida. Lo temporal, lo informal, lo atípico, se volvió estandarizado: lo normal devino finalmente improbable.

Estas transformaciones se expresaron en una modificación fundamental en el proceso de inclusión social mediante la individualización del empleo; se comenzó a hablar de nuevas desigualdades en el mundo del trabajo y surgió un interés genuino por los análisis de la incertidumbre y el riesgo laboral frente a problemas «clásicos» de la vida social como la pobreza o las desigualdades estructurales.

En este contexto, un denominador común de los nuevos estudios laborales es la búsqueda por estructurar nuevos conceptos que puedan dar cuenta de formas socioculturales emergentes que las prerrogativas actuales de regulación del mercado de trabajo estarían generando.

¿Qué nos está diciendo el mundo del trabajo sobre la sociedad actual? ¿Cómo vincular, analítica e interpretativamente, lo que acontece en el mundo del trabajo con lo que acontece en el mundo de la vida? Las transformaciones laborales son también pertinentes para comprender fenómenos económicos y sociales más amplios, y no solamente al revés. ¿Cómo se relaciona la precariedad o la inseguridad con la diferenciación de las sociedades contemporáneas, con la complejidad y con los procesos de individualización social? ¿Qué indican sobre el cambio social, las transformaciones ocurridas en los últimos años en la relación salarial, en la pérdida de significación de ciertas categorías ocupacionales, en la propia desocupación? ¿Cómo operan sobre el mundo social las nuevas condiciones de trabajo, siempre modificadas por el sentido y la definición que el trabajador les otorga? Intentar responder estas preguntas implica reinterpretar las transformaciones económicas y productivas de los últimos años en relación con la definición e implantación de nuevas matrices culturales de la organización del trabajo y de la sociedad misma.

Bibliografía

- Abramo, L. y Montero, C. (2000), «Origen y evolución de la sociología del trabajo en América Latina», en De la Garza, E. (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México: FCE/El Colegio de México/UAM/FLACSO.
- Altimir, O. (1981), «La pobreza en América Latina: un examen de conceptos y datos», en *Revista de La Cepal*, Santiago de Chile: CEPAL.
- Arizpe, L. (1980), «La migración por relevos y la reproducción social del campesinado», en *Cuadernos del CES*, n.º 28.
- Ariza, M. y Oliveira de, O. (2001), «Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición», ponencia presentada en *Congreso LASA*, Universidad de Florida.
- (2005), «Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México», en Coubés, M. L., Zavala, M. E. y Zenteno, R. (comps.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México: Porrúa/Cámara de Diputados/COLEF.
- Arriagada, I. (1997), *Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo*, Santiago de Chile: CEPAL/Naciones Unidas.
- Balán J., Browning H. y Jelín, E. (1977), *El hombre en una sociedad en desarrollo. Movilidad geográfica y social en Monterrey*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Barreto, H. (1999), «Conceptos y mediciones del trabajo decente», en *Boletín Citrefor*, n.º 151, Lima: OIT.
- Battistini, O. (coord.) (2002), *La atmósfera incandescente: escritos políticos sobre la Argentina movilizada*, Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad.
- Bayón C., Roberts, B. y Saraví, G. (1998), «Ciudadanía social y sector informal en América Latina», en *Perfiles latinoamericanos*, México: FLACSO.
- Bayón, C. (2002), *Coping with job insecurity: the experience of unemployment in contemporary Argentina*, tesis de doctorado, Austin: Universidad de Texas.
- (2005), «Las huellas de los noventa en la sociedad argentina: trayectorias, identidades e incertidumbre desde la inestabilidad laboral», en *Revista Mexicana de Sociología*, año 67, n.º 4, octubre-diciembre de 2005.
- Bazdresch, M. (2001), «Pobreza, desigualdad social y ciudadanía», en Ziccardi, A. (comp.), *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO.
- Behrman J., Gaviria, A. y Székely, M. (2001), «Intergenerational mobility in Latin America», en *Economía* 2-1.
- Benza, G. (2012), *Estructura de clases y movilidad intergeneracional en Buenos Aires: ¿el fin de una sociedad de «amplias clases medias»?», tesis de doctorado, Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México.*
- Blanco, E. (2011), *Los límites de la escuela. Educación, desigualdad y aprendizajes en México*, México: El Colegio de México.
- Blanco, M. (2011), «El enfoque de curso de vida: orígenes y desarrollo. Revista latinoamericana de población», en *Revista de la Asociación Latinoamericana de Población*, año 5, n.º 8, enero-junio de 2011.
- Boado, M. (2009), *Movilidad social en el Uruguay contemporáneo*, Montevideo: IUPERJ/Universidad de la República.
- Camarena, R. M. (2005), «Los jóvenes y el trabajo», en Navarrete, E. (coord.), *Los jóvenes ante el siglo XXI*, México: El Colegio Mexiquense.
- Canales, A. y Lerner, S. (2003), *Desafíos teórico- metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio*, México: El Colegio de México/Universidad de Guadalajara/SOMEDE.
- CELADE (2006), *Manual sobre indicadores de calidad de vida en la vejez*, Santiago de Chile: CELADE.

- Christenson B., García, B. y Oliveira de, O. (1989), «Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México», en *Estudios Sociológicos*, vol. VII, n.º 20, mayo-julio.
- Contreras Suárez, E. (1978), *Estratificación y movilidad social en la Ciudad de México*, México: Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM.
- Cordera R., Victoria, J. y Becerra, R. (coords.) (1996), *México joven: políticas y propuestas para la discusión*, México: UNAM.
- Cortés, F. (1986), «El mercado de trabajo urbano y la sociodemografía mexicana en la primera mitad de la década de los ochenta: algunas consideraciones metodológicas», ponencia presentada en la *III Reunión Nacional de Demografía*, México, noviembre 1986.
- (1992), *El impacto social de la industria maquiladora en tres regiones de México. Primera etapa: Matamoros*, México: Centro de Estudios Sociodemográficos/El Colegio de México.
- (1999), «Introducción. Población, desigualdad y pobreza», en Figueroa Campos, B. (coord.), *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos*, vol. 4, México: El Colegio de México/Sociedad mexicana de demografía.
- (2000), «La metamorfosis de los marginados: la polémica sobre el sector informal en América Latina», en De la Garza, E. (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México: FCE/El Colegio de México/UAM/FLACSO.
- (2000a), «Crisis, miembros del hogar e ingresos», en *Demos, Carta demográfica sobre México*.
- (2006), «Consideraciones sobre la marginación, la marginalidad económica y exclusión social», en *Papeles de población*, año 12, n.º 47, enero-marzo de 2006.
- Cortés F., Escobar, A. y Solís, P. (2007), *Cambio estructural y movilidad social en México*, México: El Colegio de México.
- Coubés, M. L. (2001), «Trayectorias laborales en Tijuana: ¿segmentación o continuidad entre sectores de empleo?», en *Trabajo*, año 2, n.º 4, enero-julio del 2001.
- De Barbieri, T. (1984), *Mujeres y vida cotidiana*, México: Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM/Fondo de Cultura Económica.
- De Ibarrola, M. (2004), «Paradojas recientes de la educación frente al trabajo y la inserción laboral», en *Redetis, Serie Tendencias y Debates*, n.º 1.
- De la Garza, E. (1999), «¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?», en Castillo, J. (ed.), *El trabajo del futuro*, Madrid: Universidad Complutense.
- (2000), «Las teorías sobre la reestructuración productiva y América Latina», en De la Garza, E. (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México: FCE/El Colegio de México/UAM/FLACSO.
- (2000a), «La construcción socioeconómica del mercado de trabajo y la reestructuración productiva en México», en De la Garza, E. (comp.), *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO.
- (2001), «Problemas clásicos y actuales de la crisis del trabajo», en De la Garza, E. y Neffa, J. (comps.), *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo*, Buenos Aires: CLACSO.
- (2002), «La flexibilidad laboral del trabajo en México (una nueva síntesis)», en García, B. (coord.), *Población y sociedad al inicio del siglo XXI*, México: El Colegio de México.
- (2005), «Trabajo Atípico» (notas de discusión), México: UAM, documento inédito, en García, B. (2011), «Las carencias laborales en México: conceptos e indicadores», en Pacheco, E.,

- De la Garza, E. y Reygadas, L. (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México: El Colegio de México.
- (2011), «Trabajo a-típico ¿Identidad o fragmentación?: alternativas de análisis», en Pacheco, E., De la Garza, E. y Reygadas, L. (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México: El Colegio de México.
- De la Garza, E. y Neffa, J. (comps.) (2001), *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo*, Buenos Aires: CLACSO.
- De la Garza, E. y Pries, L. (2001), «Trabajo y trabajadores de América Latina en el cambio social», en Brachet Márquez, V. (coord.), *Entre polis y mercado: el análisis sociológico de las grandes transformaciones políticas y laborales en América Latina*, México: El Colegio de México.
- DESAL (1965), *América Latina y desarrollo social*, Barcelona: Herder.
- Di Tella, T. y Touraine, A. (1967), *Sindicato y comunidad: dos tipos de estructura sindical latinoamericana*, Buenos Aires: Instituto Di Tella.
- Echarri, C. y Pérez Amador, J. (2007), «En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México», en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, n.º 1.
- Elú de Leñero, M. C. (1983), «Trabajo de la mujer y fecundidad: especial referencia a México», en *Cuadernos laborales: La mujer y el trabajo en México*, STPS, n.º 31.
- Feijoó, M. (2003), *Nuevo país, nueva pobreza*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Filgueira, C. (2000), *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*, Santiago de Chile: CEPAL.
- Friedmann, G. y Naville, P. (1963), *Tratado de sociología del trabajo I*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Gandini, L. (2012), *¿Escapando de la crisis? Trayectorias laborales de migrantes argentinos recientes en dos contextos de recepción: Ciudad de México y Madrid*, tesis de doctorado, Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México.
- García, B. (1975), «La participación de la población en la actividad económica», en *Demografía y Economía*, vol. IX, n.º 1, El Colegio de México.
- (1988), *Desarrollo económico y absorción de la fuerza de trabajo en México: 1950-1980*, México: El Colegio de México.
- (2003), «Medición del empleo y el desempleo: indicadores complementarios», en *Demos, Carta demográfica sobre México 2002*.
- (2006), «La situación laboral actual: marcos conceptuales y ejes analíticos pertinentes», en *Revista Sociología del Trabajo*, diciembre.
- (2011), «Las carencias laborales en México: conceptos e indicadores», en Pacheco, E., De la Garza, E. y Reygadas, L. (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México: El Colegio de México.
- Muñoz, H. y Oliveira de, O. (1982), *Hogares y trabajadores en la Ciudad de México*, México: El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM.
- García, B. y Oliveira de, O. (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México: El Colegio de México.
- (2000), «La dinámica familiar en la Ciudad de México y Monterrey», en *Informe final de proyecto: Trabajo, familia y empoderamiento de las mujeres en México*.
- Germani, G. (1963), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós.
- González de la Rocha, M. (1986), *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, México: El Colegio de Jalisco/CIESAS/Secretaría de Programación y Presupuesto.

- Guadarrama, R. (coord.) (1998), *Cultura y trabajo en México: Estereotipos, prácticas y representaciones*, México: Fundación Friedrich Ebert.
- Guerra, P. (1994), *El empleo precario y el empleo atípico: revisión bibliográfica y propuestas para el debate*, documento de trabajo n.º 105, Santiago de Chile: PET.
- Guerra, P. (1998), *Sociología del trabajo*, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- INEGI (2004), *La ocupación en el sector no estructurado en México*, Aguascalientes: INEGI.
- Infante, R. (ed.) (1999), *La calidad del empleo: las experiencias de los países latinoamericanos y de los Estados Unidos*, Santiago de Chile: OIT.
- Jelín, E. (1978), «La mujer y el mercado de trabajo urbano», en *Estudios CEDES*, vol. 3, n.º 8-9.
- (1984), *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*, Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad/Estudios CEDES.
- Jusidman, C. (1971), «Conceptos y definiciones en relación con el empleo, el desempleo y el subempleo», en *Demografía y Economía*, vol. 5, n.º 3.
- Katzman, R. y Filgueira, C. (1999), *Marco conceptual sobre, activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades*, Montevideo: CEPAL.
- Katzman, R. y Wormald, G. (coords.) (2002), *Trabajo y ciudadanía: los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*, Montevideo: Fernando Errandonea Editor.
- Lagos, R. (1994), «¿Qué se entiende por flexibilidad del mercado de trabajo?», en *Revista de la Cepal*, n.º 54, Santiago de Chile: CEPAL.
- Lara, S. (2006), «El trabajo en la agricultura», en De la Garza, E. (coord.), *Teorías sociales y estudios del trabajo*, Barcelona: Antrophos.
- Lomnitz, L. (1975), *Cómo sobreviven los marginados*, México: Siglo XXI.
- Mancini, F. (2003), *Trabajo e incertidumbre: condiciones y percepciones de la seguridad laboral en México*, tesis de maestría, México: FLACSO.
- (2011), *Asir incertidumbres. Experiencias de inseguridad laboral en sociedades complejas y periféricas de América Latina*, tesis de doctorado, Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México.
- (2011a), «Narrativas de la contingencia: experiencias de riesgo laboral en la transición hacia la vida adulta», en Jiménez, L (comp.), *Jóvenes, precariedad y trabajo en el siglo XXI*, México: CRIM/UNAM.
- Marshall, A. (1987), «Non-standard employment practices in Latin America», en *Discussion Papers*, Ginebra: OIT.
- (1990), *El empleo público frente a la crisis: estudios sobre América Latina*, Ginebra: OIT.
- Maza, O. (2006), *Las ventas multinivel*, Aguascalientes: UAAC.
- Medina Echeverría, J. (1964), *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*, Buenos Aires: Solar-Hachette.
- Mier y Terán, M. y Rabell, C. (2005), *Jóvenes y niños: un enfoque sociodemográfico*, México: FLACSO/Porrúa/IIS-UNAM.
- Minujín, A. (1998), «Vulnerabilidad y exclusión en América Latina», en Bustelo, E. y Minujín, A. (eds.), *Todos entran: propuesta para sociedades incluyentes*, Bogotá: UNICEF/Santillana.
- Miranda-Ribeiro, P. (2012), *Métodos qualitativos na Demografia contemporânea: uma análise de conteúdo da produção científica em dois periódicos latino-americanos no século XXI*, ponencia presentada en *Congreso ALAP 2012*, Montevideo.
- Montero, C. (1993), «Los problemas de la integración social: empleos masculinos y femeninos de fácil acceso», en *Proposiciones*, Santiago de Chile.
- Montes de Oca, V. (1999), «Intercambio y diferencias de género en el sistema de apoyo a la población envejecida en México», en Figueroa Campos, B. (coord.),

- México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos*, vol. 4, México: El Colegio de México/Sociedad mexicana de demografía.
- Mora Salas, M. (2010), *Ajuste y empleo: tendencias de precarización del trabajo asalariado*, México: El Colegio de México.
- y Pérez Sáinz, J. P. (2006), «De la vulnerabilidad social al riesgo de empobrecimiento de los sectores medios», en *Estudios Sociológicos*, vol. XXIV, n.º 70, enero- abril de 2006.
- Mora Salas, M. y Oliveira de, O. (2009), «Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades», en *Estudios Sociológicos*, vol. XXVII, n.º 79, enero- abril 2009.
- Muñoz, H., Oliveira de, O. y Stern, C. (1977), *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*, México: Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM.
- Navarrete, E. (2001), *Juventud y trabajo. Un reto para principios de siglo*, México: El Colegio Mexiquense.
- (2012), «Jóvenes universitarios mexicanos ante el trabajo», en *Revista Latinoamericana de Población*, ALAP, año 6, n.º 10, enero-junio 2012.
- Neffa, J. C. (1996), «Reflexiones acerca del estado del arte en Economía del Trabajo y del Empleo», en Panaia, M. (comp.), *Trabajo y Empleo. Un abordaje interdisciplinario*, Buenos Aires: Eudeba y Paite.
- (1989), *¿Qué son las condiciones y medio ambiente de trabajo? Propuesta de una nueva perspectiva*, Buenos Aires: CEIL-CONICET/Humanitas.
- (coord.) (2005), *Actividad, empleo y desempleo: conceptos y definiciones*, Buenos Aires: CEIL-CONICET/Miño y Dávila.
- Novick, M. (1987), *Condiciones de trabajo en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO/CONICET.
- y Catalano, A. (1996), «La sociología del trabajo al encuentro de las relaciones laborales en un marco de incertidumbre», en Panaia, M. (comp.), *Trabajo y empleo. Un abordaje interdisciplinario*, Buenos Aires: Eudeba y Paite.
- Ochoa, S. (2013), *Riesgo y vulnerabilidad laboral durante la crisis financiera y económica de 2008- 2009 en México*, tesis de doctorado, Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México.
- OIT (1972), *Employment, income and inequality. A strategy for increasing productive employment in Kenia*, Ginebra: OIT.
- Ojeda, N. (1989), *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas, un análisis sociodemográfico*, México: CRIM/UNAM.
- Oliveira de, O. (2001), «Múltiples perspectivas de análisis del trabajo femenino en América Latina», en Brachet Márquez, V. (coord.), *Entre polis y mercado: el análisis sociológico de las grandes transformaciones políticas y laborales en América Latina*, México: El Colegio de México.
- (2011), «El trabajo juvenil en México a principios del siglo XXI», en Pacheco, E., De la Garza, E. y Reygadas, L. (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México: El Colegio de México.
- Oliveira de, O. y Ariza, M. (2000), «Género, trabajo y exclusión social en México», en *Estudios sociodemográficos y urbanos*, vol. 15, n.º 1.
- (2000a), «Trabajo femenino en América Latina: un recuento de los principales enfoques analíticos», en De la Garza, E. (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México: FCE/El Colegio de México/UAM/FLACSO.
- Oliveira de, O. y Salles, V. (1989), «Acerca del estudio de los grupos domésticos: un enfoque sociodemográfico», en Oliveira de, O., Pepin, L. y Salles, V. (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México: UNAM/Porrúa/El Colegio de México.
- (2000), «Reflexiones teóricas para el estudio de la reproducción de la fuerza de trabajo», en De la Garza, E. (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México: FCE/El Colegio de México/UAM/FLACSO.

- Pacheco, E. (1988), *Población económicamente activa femenina en algunas áreas urbanas de México en 1986*, tesis de maestría, México: El Colegio de México.
- (2004), *Ciudad de México, heterogénea y desigual: un estudio sobre el mercado de trabajo*, México: El Colegio de México.
- (2005), «La movilidad ocupacional de los hijos frente a sus padres», en Coubés, M. L., Zavala, M. E. y Zenteno, R. (comps.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México: Porrúa/ Cámara de Diputados/COLEF/TEC.
- (2011), «Heterogeneidad y precariedad laboral en los contextos menos urbanizados de México, 1991-2003», en Pacheco, E., De la Garza, E. y Reygadas, L. (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México: El Colegio de México.
- y Blanco, M. (2002), «En busca de la metodología mixta entre un estudio de corte cualitativo y el seguimiento de una cohorte en una encuesta retrospectiva», en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 17, n.º 3, septiembre-diciembre 2002.
- (2005), «Análisis del efecto edad- período-cohorte en el nivel de participación económica de tres cohortes de mujeres mexicanas», en *Papeles de población*, año 11, n.º 43.
- Pacheco, E. y De la Garza, E. (2011) «Presentación», en Pacheco, E., De la Garza, E. y Reygadas, L. (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México: El Colegio de México.
- Padrón, M. (2008), *La razón de las estructuras: uso de la fuerza de trabajo secundario como estrategia económica de los hogares de Tijuana y Monterrey*, tesis de doctorado, Centro de Estudios Demográficos y Urbanos, El Colegio de México.
- Panaia, M. (1996), «Introducción: un estado de la cuestión sobre trabajo y empleo», en Panaia, M. (comp.), *Trabajo y empleo. Un abordaje interdisciplinario*, Buenos Aires: Eudeba y Paite.
- Parrado, E. (2005), «Economic restructuring and intra-generational class mobility in Mexico», en *Social Forces*, n.º 84.
- Paz, J. (2011), «Los desafíos laborales del envejecimiento de la población en América Latina y El Caribe», en *Revista Latinoamericana de Población*, ALAP, año 5, n.º 9, julio-diciembre de 2011.
- Perelman, L. (2001), «El empleo no permanente en Argentina», en *Revista Desarrollo Económico*, vol. 41, n.º 161.
- Pérez García, M. J. (2009), *La relevancia de la participación infantil en la economía de México, 1991-2004*, tesis de doctorado, Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México.
- Pérez Sáinz, J. P. (1998), ¿Es necesario aún el concepto de informalidad?, en *Perfiles Latinoamericanos*, n.º 13.
- (2003), «Exclusión laboral en América Latina: viejas y nuevas tendencias», en *Sociología del Trabajo*, n.º 47.
- y Mora Salas, M. (2004), «De la oportunidad del empleo formal al riesgo de exclusión laboral: desigualdades estructurales y dinámicas en los mercados latinoamericanos de trabajo», en *Alteridades*, año 14, n.º 28, julio- diciembre de 2004.
- Pizarro, F. (2001), «La vulnerabilidad social y sus desafíos: una mirada desde América Latina», en *Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos*, Santiago de Chile: CEPAL.
- Portes, A (1995), *En torno a la informalidad: ensayos sobre teoría y medición de la economía no regulada*, México: FLACSO/Porrúa.
- y Benton, L. (1987), «Desarrollo industrial y absorción laboral: una reinterpretación», en *Estudios Sociológicos*, vol. 5, n.º 13, enero- abril de 1987.
- PREALC (1981), *Sector informal: funcionamiento y políticas*, Santiago de Chile: PREALC.

- PREALC (1991), *Empleo y Equidad: el desafío de los 90*, Santiago de Chile: PREALC.
- Pries, L. (2000), «Teoría sociológica del mercado de trabajo», en De la Garza, E. (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México: FCE/El Colegio de México/UAM/FLACSO.
- Recchini de Lattes, Z. (1983), *Dinámica de la fuerza de trabajo femenina en la Argentina*, París: UNESCO.
- Rendón, T. (1978), «El problema ocupacional en las áreas rurales y su conceptualización», en *Investigación demográfica en México*, México: CONACYT.
- (2000), *Trabajo de hombres y trabajos de mujeres en México durante el siglo XX*, tesis de doctorado, Facultad de Economía, UNAM.
- y Pedrero, M. (1976), «Alternativas para la mujer en el mercado de trabajo en México», en *Mercados regionales de trabajo*, México: INET.
- Rendón, T. y Salas, C. (1990), «El sector informal urbano: una revisión crítica de la bibliografía», en *Reportes del Convenio UNAM-STPS*, México: Facultad de Economía/UNAM.
- Reygadas, L. (1998), «Estereotipos rotos. El debate sobre la cultura laboral mexicana», en Guadarrama, R. (coord.), *Cultura y trabajo en México: Estereotipos, prácticas y representaciones*, México: UAM.
- (2011), «La experiencia de la incertidumbre laboral», en Pacheco, E., De la Garza, E y Reygadas, L. (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México: El Colegio de México.
- (2011a), «Introducción: trabajos atípicos, trabajos precarios: ¿dos caras de la misma moneda?», en Pacheco, E., De la Garza, E. y Reygadas, L. (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México: El Colegio de México.
- Riquelme, G. (1996), «La educación y el trabajo en la óptica de las ciencias sociales del trabajo en la Argentina: estudios e investigaciones de los últimos treinta años», en Panaia, M. (comp.), *Trabajo y empleo. Un abordaje interdisciplinario*, Buenos Aires: Eudeba y Paite.
- Roberts, B. (2001), «Los nuevos modelos de crecimiento y sus desafíos para los derechos sociales y la política social», en Kaztman, R. y Wornald, G. (eds.), *Trabajo y Ciudadanía. Integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*, Santiago de Chile: CEPAL.
- Rodgers, G., Gore, C. y Figueiredo, J. (eds.) (1995), *Social exclusion: rhetoric, reality, responses*, Ginebra: OIT.
- Román Reyes, P. (2006), *Participación familiar en micronegocios en México*, tesis de doctorado, Centro de Estudios Sociodemográficos y Urbanos, El Colegio de México.
- Rubalcava, R. (1999), «Tipología de hogares: hacia una propuesta para el estudio del ingreso durante la crisis», en Figueroa Campos, B. (coord.), *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos*, vol. 4, México: El Colegio de México/Sociedad mexicana de demografía.
- (2001), «Evolución del ingreso monetario de los hogares en el período 1977-1994», en Gómez de León, J. y Rabell, C. (coords.), *La población de México: tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México: CONAPO/FCE.
- Salas, C. (2000), «El modelo de acumulación y el empleo en América Latina», en De la Garza, E. (comp.), *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO.
- Salvia, A. y Pla, J. (2009), «Movilidad ocupacional de padres a hijos. Una aproximación al estudio de las trayectorias de movilidad en contextos de recuperación económica», ponencia presentada en XXVII ALAS, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, agosto 2009.
- Saraví, G. (2009), *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*, México: CIESAS/Casa Chata.

- Saraví, G. (ed.) (2006), *De la pobreza a la exclusión: continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, México: CIESAS/Prometeo.
- Solís, P. (2007), *Inequidad y movilidad social en Monterrey*, México: El Colegio de México.
- y Billari, F. (2003), «Vidas laborales entre la continuidad y el cambio social: trayectorias ocupacionales masculinas en Monterrey, México», en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 18, n.º 3.
- Solís P., Cerrutti, M., Giorguli, S., Benavides, M. y Binstock, G. (2008), «Patrones y diferencias en la transición escuela- trabajo en Buenos Aires, Lima y la Ciudad de México», en *Revista Latinoamericana de Población*, ALAP, año 1, n.º 2.
- Stallings, B. y Peres, W. (2000), *Crecimiento, empleo y equidad: el impacto de las reformas económicas en América Latina y El Caribe*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica/CEPAL.
- Suárez, Z. (2005), *Jóvenes mexicanos en la feria del mercado de trabajo*, México: Porrúa/UNAM.
- Svampa, M. E. y Pereyra, S. (2003), *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires: BIBLOS.
- Tokman, V. (1979), *El subempleo en América Latina*, Buenos Aires: El Cid Editor.
- (comp.) (1995), *El Sector informal en América Latina, dos décadas de análisis*, México: CONACULTA.
- (2004), *Una voz en el camino. Empleo y equidad en América Latina: 40 años de búsqueda*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Torrado, S. (2003), *Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Tuirán, R (1999), «Dominios institucionales y trayectorias de vida en México», en Figueroa Campos, B. (coord.), *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos*, vol. 4, México: El Colegio de México/Sociedad mexicana de demografía.
- Vela, F. (coord.) (2008), *La dinámica sociodemográfica y su impacto en el mercado laboral de los jóvenes*, México: UAM-X.
- Wainerman, C. (2002), «Introducción», en Wainerman, C., *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires: UNICEF-FCE.
- y Recchini de Lattes, Z (1981), *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, México: Population Council/Terranova.
- Weller, J. (2003), «Reformas económicas y situación del empleo en América Latina», en Lindenboim, J. y Danani, C. (coords.), *Entre el trabajo y la política. Las reformas de las políticas sociales argentinas en perspectiva comparada*, Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Zapata, F. (1978), *Las truchas, acero y sociedad*, México: El Colegio de México.
- (1986), «Hacia una sociología del trabajo en América Latina», en *Nueva Antropología*, vol. 8, n.º 29.
- (2000), «La historia del movimiento obrero en América Latina y sus formas de investigación», en De la Garza, E. (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México: FCE/El Colegio de México/UAM/FLACSO.
- Zenteno, R. (2003), «Polarización de la movilidad social en México», en *Demos, Carta Demográfica sobre México*, n.º 16.

Del monismo al pluralismo en los estudios sobre la desocupación en América Latina. Hacia una concepción alternativa

Clara Márquez Scotti¹

Resumen

En este capítulo se discute metodológicamente y conceptualmente el modo en que solemos abordar la desocupación. Se caracteriza a la usual concepción acerca de este fenómeno como *monista* ya que se remite únicamente al desempleo abierto. Se propone una mirada alternativa que permita una perspectiva no tan restrictiva del fenómeno. Para ello se recurre a la noción de desaliento y se analiza su pertinencia para el contexto actual de la región. Se arriba a una definición *pluralista* de la desocupación que habilite una mirada más comprensiva y que permita vincularla al histórico problema de la escasa absorción de mano de obra en la región y a las dinámicas de inclusión y exclusión social propias de los mercados latinoamericanos. Esta definición pluralista evita, además, una perspectiva excesivamente economicista del fenómeno en cuestión.

Palabras clave: desempleo, desaliento, fuerza de trabajo, América Latina.

Abstract

In this chapter, I will discuss methodologically and conceptually the way in which we usually approach joblessness. The usual conception of unemployment will be characterized here as *monist* since it only refers to the idea of open unemployment. Consequently, I propose an alternative view which shall allow for a less restrictive perspective on this phenomenon. In order to do so, I focus on the notion of discouragement and I analyze its pertinence to the Latin American context. In this manner, I will arrive at a *pluralistic* definition of unemployment enabling a more comprehensive view of the phenomenon and allowing linkages to the historical problem of labor absorption in the region and to the dynamics of inclusion and exclusion at play within the Latin American labor market. Simultaneously, this perspective helps us to avoid an excessively economical approach to this matter.

Keywords: unemployment, discouragement, labor force, Latin America.

1 Candidata a Doctora en Ciencia Social con Especialidad en Sociología. El Colegio de México, mmarquez@colmex.mx.

Introducción

El esquema de crecimiento implementado intensamente en América Latina desde la década del noventa, basado en la maximización de la tasa de ganancia del capital, que exige la flexibilización del empleo y de los salarios, se presentó con la promesa de mayor empleo (Williamson, 1990). Como es harto conocido no cumplió con su apuesta, generó menos empleos y de peor calidad (Stiglitz, 2004; Weller, 1998), además va conformándose un mundo del trabajo más diverso. Si bien en algunos países de la región se han revertido estas tendencias, la heterogeneidad de las situaciones laborales ha quedado instalada. En un mercado de trabajo signado por la heterogeneidad en el empleo (Castel, 1997; Pérez Sáinz, 1995, 1996, 1998; Pacheco, 2004), las franjas entre el trabajo y el no trabajo se tornan porosas. Esta heterogeneidad desafía la eficacia de algunas categorías conceptuales para analizar la situación actual. En este sentido las dicotomías otrora útiles como empleo/desempleo pierden claridad en un mercado de trabajo crecientemente heterogéneo, en el que abundan las zonas grises del trabajo precario, el subempleo, la pluriactividad, el desempleo disfrazado, el desaliento y la inactividad. Asumiendo lo anterior, abordaré una de las expresiones del problema del empleo en América Latina que, por distintas razones, no ha tenido un lugar privilegiado en la región: el desempleo.

La mencionada ausencia en el debate de los estudios sobre mercados laborales desde la Demografía y la Sociología tiene bases bastantes sólidas ya que el desempleo no ha sido el fenómeno más urgente ni extendido en la región. Por ello, otras formas de ajuste del mercado de trabajo han captado la atención de los investigadores, como el sector informal, las diversas formas de trabajo atípico, la migración e incluso la inactividad. Entonces bien, no se trata aquí de razonar falazmente queriendo hacer pasar la excepción por regla, se trata más bien de abordar un fenómeno no suficientemente estudiado. Cabe precisar que desde otras áreas de las ciencias sociales y, fundamentalmente, desde una perspectiva etnográfica el desempleo ha sido estudiado como un fenómeno disruptivo de identidades vinculadas al mundo del trabajo (Benavente, 1985; Beccaria, López y Feldman, 1996; Estrada Iguíniz, 1996; Bayón, 2002; Guimarães y otros, 2004; Graziano y Salvia, 2005; Salvia y Chávez Molina, 2007; Svampa y Pereyra, 2009).

Para identificar las raíces de este justificado desinterés por el estudio del desempleo en la región es preciso remontarse a los análisis acerca del mercado de trabajo de la década del setenta. La preocu-

pación central se refería a la heterogeneidad estructural del mercado laboral y a la escasa absorción de fuerza de trabajo. En este contexto dos perspectivas estaban siendo superadas: la concepción externalista propia del análisis de la modernización y la no funcionalidad de las actividades marginales propia del análisis dependentista. La informalidad se erige como el nuevo constructo para el análisis del trabajo y pasa a dominar la discusión durante toda la década de los ochenta. El diagnóstico de la época indicaba que el problema del empleo en la región es fundamentalmente el subempleo mientras que el desempleo es un fenómeno de importancia menor².

La conclusión general [...] es que el desempleo tiene una gravedad social menor de lo que podría suponerse mirando simplemente el número de los sin trabajo. De acuerdo con la experiencia de PREALC, bastante más de la mitad de los que buscan trabajo no está, por cierto, en situación desesperada en términos de ingreso insuficiente. Por el contrario, como se mencionó en la primera sección, el desempleo abierto refleja a menudo una situación en que miembros de hogares con ingresos medios o altos pueden permitirse el «lujo» de continuar cesantes hasta que encuentran un trabajo apropiado. En cambio, la pobreza y la indigencia se asocian mucho más con el subempleo, en particular con las áreas rurales deprimidas y en los estratos bajos del sector urbano informal (PREALC, 1976).

Posteriormente, la reestructuración productiva y el ajuste traen consigo un mercado de trabajo más complejo y con nuevas urgencias; las construcciones conceptuales dicotómicas pierden claridad en un contexto crecientemente desregulado donde predominan las zonas grises del subempleo, la pluriactividad y el empleo precario. A partir de los años noventa el interés se centra en las pésimas condiciones de trabajo que pasan a predominar y tras dos décadas de análisis, contamos con un importante material teórico y empírico al respecto.

Esta década también se acompaña con un crecimiento del desempleo en algunos países de la región. Ciertas características de las economías sudamericanas explican sus altas tasas de desempleo, como un lento proceso de acumulación del capital, una tendencia a la apreciación real del tipo de cambio y de un patrón de especialización orientado a productos intensivos en recursos primarios (Ros, 2005). En cambio, la sección norte de la región presenta un patrón emergente intensivo en trabajo, una formación de capital más rápida que la sudamericana y mayor crecimiento de la fuerza de trabajo. Estas características

2 Este diagnóstico no fue exclusivo del PREALC ni para la región. Por el contrario, fue un diagnóstico común para otros países no industrializados (Jusidman, 1971).

coadyuvaron al estancamiento de la tasa de desempleo, además en esta subregión la reducción en el empleo formal no tiende a reflejarse en el aumento del desempleo sino en el aumento del empleo no regulado (Ros, 2005). A esta explicación, es preciso agregarle la importancia de la emigración cuyo rol como mecanismo de ajuste de los mercados de trabajo de la región es sumamente significativa (CELADE, 2006).

En la última década hemos asistido a un proceso de disminución de la tasa de desempleo abierto en la región (OIT, 2012). La región comienza el siglo XXI con las tasas de desempleo más altas de los últimos años, que alcanzan su pico máximo en el contexto recesivo del 2002. Luego de alcanzar su máximo, comienza un descenso constante que será interrumpido por la crisis financiera y económica que afecta el crecimiento regional, pero que tiene un especial impacto en la economía mexicana y en las economías de América Central, por su mayor dependencia con Estados Unidos (OIT, 2011). Luego de esta contracción económica de los años 2008 y 2009, la región asiste a una rápida recuperación económica, que se refleja en el nuevo descenso de la tasa de desempleo abierto.

Independiente de la evolución del desempleo, de su aumento o disminución, en estas décadas se le ha prestado poca atención a la desocupación. Ha predominado el uso de esta noción como uno de los indicadores utilizados para medir la fortaleza económica de determinado contexto y del desempeño del mercado laboral. Este extendido uso ha implicado un manejo acrítico, cuando no rudimentario, que ha dificultado la visualización de un fenómeno de complejidad creciente. Además, se han tornado invisibles otras formas de desocupación típicas del contingente de población en situación de desempleo desalentado. Se procura aquí trascender esta conceptualización y se intenta ofrecer una reflexión que comience a restituir el carácter de problema social a la desocupación incluyendo al desaliento como parte de este.

El principal objetivo del capítulo es advertir la insuficiencia de la noción de desempleo abierto para abordar el fenómeno y mostrar la importancia de la recuperación de la noción de desaliento como una parte fundamental de la desocupación en nuestra región. La importancia de contar con una medición oficial de desempleo que permita la comparación entre los países de la región no está en tela de juicio. Tal es el rol fundamental que cumple y ha cumplido el concepto de desempleo abierto. No obstante, desde las ciencias sociales no hay razón para limitar el estudio de la desocupación al estudio del desempleo abierto. Es decir, no se propone aquí un cambio en la forma que los países y los organismos internacionales tienen de medir el desempleo. Tampoco se pretende que la medición sobre el desempleo

dé cuenta de toda la problemática laboral. Sino, más bien, se intenta motivar a los investigadores a que no se limiten a una concepción restrictiva del mismo³. Para ello, propondré una noción alternativa de desempleo, que no subestime el problema del excedente laboral y que permita dar cuenta de la particularidad de las dinámicas propias de mercados laborales heterogéneos como los latinoamericanos.

Este capítulo estará compuesto por las siguientes secciones. En un primer apartado, expondré en extenso la noción de desempleo abierto; me referiré a esta concepción del desempleo como *monista*, ya que intenta reducir el fenómeno de la desocupación a una única expresión: el desempleo abierto. En esta sección analizaré el concepto y su operacionalización, así como las bondades y falencias que ofrece. En la segunda sección, presentaré la noción *pluralista* de la desocupación, más amplia, que no se limita al estudio del desempleo abierto sino que incluye una noción antigua pero en desuso: el desaliento. Además de ampliar el referente empírico, la concepción *pluralista* busca tener una mejor comprensión del funcionamiento del mercado laboral en la región, en lo concerniente al problema del excedente laboral. En esta segunda sección, presentaré la noción de desempleo desalentado, que como se verá, es aquel desempleo encubierto en la disponibilidad. Esta particular forma de no estar ocupado, suele ser excluida del análisis del desempleo bajo el argumento de que es una forma voluntaria de desempleo, ya que quienes se encuentran en esta situación no están buscando activamente empleo. Como consecuencia de esta sustracción, la visión acerca del mercado de trabajo y específicamente del excedente laboral, adolece de cierta miopía. En una última sección se resumen las principales reflexiones contenidas en el capítulo.

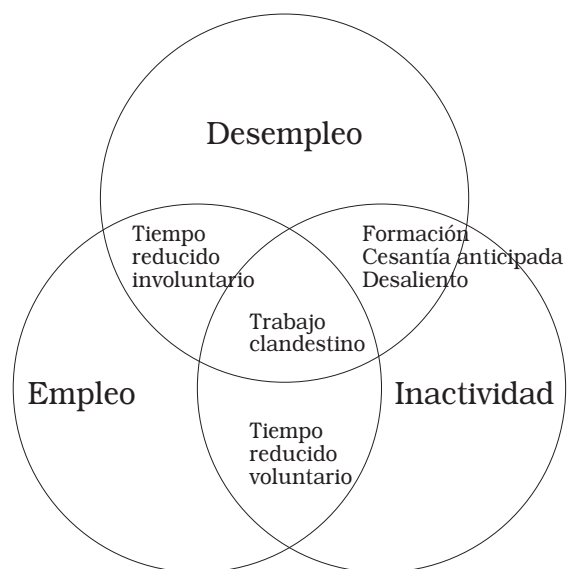
El monismo en los estudios sobre desempleo: el desempleo abierto

Uno de los aspectos conflictivos para el tratamiento del desempleo es el momento en que es preciso establecer la frontera entre el desempleo y el no desempleo. El conflicto se alimenta de la dificultad real de diferenciar entre expresiones crecientemente contingentes de inactividad, no trabajo, trabajo precario y empleo. Esta dificultad es bien puntualizada por Freyssinet (1993) quien la identifica como enraiza-

3 Me referiré mayormente a las investigaciones de orden cuantitativo que son las que suelen apegarse a la noción de desempleo abierto. No obstante, las presentes reflexiones también pueden ser útiles para los estudios cualitativos.

da en la complejidad de establecer claramente las fronteras entre el empleo, la inactividad y el desempleo. Entre estos tres conceptos hay distintos solapamientos que dificultan el trazo de las fronteras que permitan asir los conceptos a investigar. En la figura 1 se muestra un esquema de las áreas comunes entre estos conceptos y también la existencia de casos claros de desempleo, empleo e inactividad. De acuerdo al autor, el desempleo presenta áreas comunes tanto con el empleo como con la inactividad⁴. Por otro lado, la heterogeneidad propia del fenómeno del desempleo —emplazado en un mercado de trabajo con escenarios difusos— también dificulta el trazo de las fronteras. Frente a este complejo panorama, contamos con estipulaciones oficiales acerca del concepto de desempleo y cómo medirlo. Esto permite la necesaria construcción de cifras comparables entre países.

Figura 1. Solapamientos entre el empleo, el desempleo y la inactividad



Fuente: Freyssinet, 1993

La estipulación oficial: el desempleo abierto

La definición oficial actual de desempleo quedó establecida por la OIT en la Decimotercera Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo en 1982⁵. Este es el marco conceptual compartido por las encuestas de la región. Sin embargo, la aplicación específica del mismo

4 Para una descripción más detallada de estos solapamientos véase Freyssinet (1993) o Neffa (2005).

5 Este marco ha sido paulatinamente seguido por los países de la región y otros organismos internacionales como OCDE y EUROSTAT.

en cada país, dista de estar completamente armonizada ya que los países buscan dar cuenta de las particularidades de sus mercados de trabajo y tienen sus propias interpretaciones de las definiciones (Gárate, 2011). En las recomendaciones de la OIT se establece que la población desocupada es parte de la población económicamente activa y se la delimita operativamente del siguiente modo,

Personas desempleadas son todas aquellas personas que tengan más de cierta edad especificada y que durante el período de referencia se hallen:

- a) «sin empleo», es decir, que no tengan un empleo asalariado o un empleo independiente;
- b) «corrientemente disponibles para trabajar», es decir, disponibles para trabajar en empleo asalariado o en empleo independiente durante el período de referencia; y
- c) «en busca de empleo», es decir, que hayan tomado medidas concretas para buscar un empleo asalariado o un empleo independiente en un período reciente especificado. (OIT, 1982).

Ahora bien, allende la definición operativa es preciso identificar qué definición de desempleo se encuentra detrás de esta medición. Dada la especificidad conceptual detrás de este indicador, es sumamente importante identificar la noción de desempleo a la que se refiere y evitar así confusiones por el uso de términos nominalmente idénticos pero insertos en tramas conceptuales diferentes.

El concepto que está detrás de la tasa de desempleo abierto considera dos aspectos: una situación y un comportamiento (Freysinet, 1993). La situación es la falta de empleo, mientras que el comportamiento se refiere a la intención explícita de vincularse al mercado de trabajo mediante la búsqueda de empleo. Entonces, las mediciones sobre el desempleo basadas en los criterios de la OIT, están contabilizando no a quienes tienen una carencia de trabajo sino a quienes ofertan su trabajo. De acuerdo a los términos usualmente utilizados por la OIT, la tasa de desempleo abierto permite medir la presión que se hace sobre el mercado de trabajo mediante la búsqueda de empleo, en función de la oferta actual de mano de obra (Gárate, 2011). Por esto, la tasa de desempleo abierto no debe ser tomada *per se*, como un indicador del déficit de oportunidades laborales. La desocupación abierta permite medir al contingente de población que apuesta a insertarse en el mercado de trabajo mediante la búsqueda activa de empleo, pero no nos permite medir el contingente de población que necesita trabajar, ni la magnitud del déficit de oportunidades laborales.

Los dos aspectos considerados en el desempleo abierto, tanto la situación como el comportamiento (Freysinet, 1993), están claramen-

te estipulados por la OIT. La situación de no trabajo se especifica del siguiente modo: que la persona no haya realizado actividades económicas ni por una hora en la semana de referencia. El *criterio de la hora* para definir a los ocupados busca no dejar fuera del conteo a ninguna de las variadas formas de actividad económica existentes. El objetivo detrás de este criterio es tener la definición más amplia posible de empleo, para cubrir todos los tipos de trabajo existentes, más allá de su temporalidad e irregularidad⁶. Asimismo, se busca la concordancia entre las estadísticas de producción y de consumo (Gárate, 2011). Para ello es preciso contar con una medida del total de los insumos de trabajo. La consecuencia de la aplicación de este criterio es que claramente privilegia el registro de la ocupación por sobre la desocupación; mientras que para estar ocupado alcanza con haber realizado una actividad económica por una hora en la semana de referencia, la condición de desocupación se cubre con la ausencia total de trabajo⁷. Por otra parte, el período de referencia, que se remite a la semana anterior a la entrevista, reduce la ventana temporal de observación del fenómeno ya que fija la atención sobre la población corrientemente activa; por esto el período de referencia utilizado es corto (una semana).

Con relación al comportamiento, se indica que la persona esté disponible para trabajar y que haya tomado acciones concretas para hacerse presente en el mercado de trabajo mediante la búsqueda de empleo. La *disponibilidad* —que se refiere a la capacidad y voluntad de trabajar en caso de tener la oportunidad— cumple con el cometido principal de excluir a quienes buscan un empleo pero para integrarse en un período posterior (Gárate, 2011). De algún modo, este contingente no está ejerciendo una presión actual sobre el mercado de trabajo. Por otro lado, este criterio permite definir el vínculo de la población no económicamente activa con el mercado de trabajo. De acuerdo a las recomendaciones internacionales, el criterio de la disponibilidad se formula para el período de referencia (la semana pasada a la entrevista). Con relación a la *búsqueda de empleo*, no basta con que la persona declare su intención de buscar empleo, sino que debe indicar la o las gestiones realizadas para tal fin. Dichas

6 Al interior de la categoría de ocupación, se encuentra la de subempleo para referir a las situaciones de falta parcial de trabajo (OIT, 1998). Además, con la información acerca de las condiciones del actual empleo del individuo, es posible construir tasas complementarias de empleo para ofrecer una visión más completa de las carencias del mercado de trabajo.

7 La OIT da prioridad expresa a la medición del empleo por sobre el desempleo y por esto una persona será clasificada como desempleada una vez que ya se ha establecido que no está ocupada (Husmanns, 1992).

gestiones pueden ser formales o informales, y pueden referirse a empleos asalariados o a gestiones para instalar un negocio por cuenta propia. El período de referencia para la búsqueda de empleo suele ser un poco más amplio que el de la ocupación; es usual que la ventana temporal para considerar la búsqueda sea de cuatro semanas⁸. Ahora bien, de acuerdo a las recomendaciones de la OIT (1982), el básico aspecto de la búsqueda para colocar a la persona dentro de la población económicamente activa, podría presentar matices para aquellos mercados no tan institucionalizados y formales. En las recomendaciones, incluso indican que este criterio podría suprimirse⁹.

Las encuestas de la región siguen las recomendaciones conceptuales de la OIT pero la aplicación que del marco conceptual hacen es diferente. En la región se han realizado esfuerzos tendientes a la armonización de las estadísticas laborales pero aún no contamos con estadísticas totalmente armonizadas. Estas divergencias incluyen aspectos poco trabajados como las diferencias en la construcción de la muestra, los ajustes por no respuesta, técnicas de recolección y procesamiento de los datos, y aspectos más trabajados como los cuestionarios (Gárate, 2011, 2012; Mercosur, 2010).

Las dudas acerca del desempleo abierto

Asumiendo que la medición se refiere a la relación entre el indicador empírico —que es observable— y el concepto —que es inobservable— (Carmines y Zeller, 1979), el desempleo es un concepto que ha sido y que es medido de distintas formas, es decir, que se ha hecho observable por múltiples vías. Sin embargo, el indicador del desempleo abierto es el que ha sido usado de modo más extendido. Sugeriré aquí que hay algunos elementos conceptuales a considerar que nos llevarían a distanciarnos de la noción oficial de desempleo que, como se presentó más arriba tiene tres elementos básicos: no estar ocupado (que plantea el problema de qué es estar ocupado), estar en búsqueda activa de empleo (que plantea el problema de qué implica una búsqueda activa y su adecuación a los mercados de trabajos de la región) y estar disponible para trabajar (que plantea el problema de la voluntariedad del desempleo y del tipo de empleo se está dispuesto a aceptar).

8 Pese a estos cambios en el período de referencia de acuerdo al criterio o a la pregunta en cuestión, la medición de desempleo se refiere a un único período: la semana de referencia.

9 Esto lleva a una noción flexibilizada de desempleo. En América Latina los países que la tienen son: Colombia, Ecuador, República Bolivariana de Venezuela, El Salvador, Guatemala, Panamá y República Dominicana (Gárate, 2011 y 2012).

La noción de «estar sin empleo» remite necesariamente a la definición de estar empleado. Tal como ya se indicó, se consideran ocupados aquellos que trabajaron por lo menos una hora en la semana de referencia. Intuitivamente uno podría cuestionar que una persona ocupada una hora durante una semana pueda ser considerada empleada. Claro es que esta es una estipulación que intenta trazar una frontera precisa para clasificar los casos disponibles y que, por lo tanto, tiene cierta arbitrariedad. No obstante, el trazo de esta frontera tiene un sustento teórico claro: contar con una medición de empleo lo más laxa posible para no dejar fuera a ninguna de las variadas formas laborales existentes. Esto responde a una intención expresa de dar prioridad al conteo de la ocupación por sobre la desocupación. Mientras que la condición de ocupación se satisface con un mínimo, a saber, haber realizado alguna actividad económica por una hora en la semana de referencia, la condición de desocupación, se satisface con la ausencia casi total de empleo, más las dos condiciones adicionales. Es decir, el indicador de la desocupación abierta, se remite a una situación sumamente particular. Cabe precisar que si bien el criterio de la hora puede ser visto con sospecha, es el que ha tenido mayor aceptación dada la razón conceptual que lo sustenta. Los otros dos criterios han sido los más cuestionados.

Previo a la aprobación de las recomendaciones internacionales actualmente vigentes acerca de la medición del desempleo, Standing (1978 y 1981) analiza críticamente las mediciones de la fuerza de trabajo que se usaban en la región y a su paso realiza un examen crítico de la medición de desempleo atacando especialmente dos de los elementos de la noción oficial: la búsqueda de empleo y la disponibilidad. De acuerdo a su análisis la tasa de participación usualmente empleada (empleados más desempleados abiertos) tiene una sistemática subestimación de la mano de obra disponible ya que excluye a los desalentados y al desempleo pasivo, por lo tanto es necesario flexibilizar el criterio de actividad. Mediante la ampliación del período de búsqueda de empleo (en vez de utilizar como semana de referencia para la recogida de datos la anterior, utiliza las dos semanas previas) incluyendo a aquellos que han buscado empleo dos semanas antes, la tasa de actividad aumenta mediante la ampliación del desempleo¹⁰.

10 Cuando Standing hace este ejercicio, las recomendaciones internacionales presentadas en la sección anterior no estaban acordadas. Como se ha visto, muchas de las encuestas actualmente utilizan incluso un período de búsqueda de empleo mayor (cuatro semanas). No interesa aquí el resultado específico de este cambio en el período de observación, sino más bien el ejercicio analítico que propone.

Como segundo criterio de flexibilización, incluye a los desempleados con deseo de trabajar, y en tercer lugar, incluye a aquellas personas que planean buscar trabajo el siguiente mes. Con este segundo y tercer paso, la tasa de actividad aumenta aún más.

Con lo anterior Standing muestra que la tasa de actividad, y especialmente el desempleo, no incluían en ese momento a una parte importante de las categorías del no empleo. Y presenta, luego de este primer análisis, una propuesta sugerente, la necesidad de distinguir distintos comportamientos del no empleo, como: buscadores de trabajo, lo disponibles para trabajar pero que no buscan empleo, aquellos que estarían disponibles si se los incentivara o si lo requiriesen, los no disponibles actualmente pero que esperan estarlo en el futuro y los no interesados en actividades económicas. En términos prácticos, esto llevaría a considerar dentro de los desempleados a buena parte de los disponibles (que forman parte de la Población No Económicamente Activa (PNEA)), en calidad de desempleo pasivo ya que no han buscado trabajo. Otra arista del debate señalada por Standing, es cómo entender la noción de búsqueda en un contexto como el latinoamericano donde el trabajo está vinculado, en buena medida, a la economía informal y por lo tanto se reduce la incidencia de la búsqueda activa de empleo. Con estos elementos, Standing concluye que se debe ser sumamente cauteloso a la hora de explicar el desempleo teniendo como elemento definitorio la búsqueda activa de trabajo.

Estas dudas planteadas acerca del desempleo abierto suponen posibles modificaciones acerca del concepto, ejemplifican las múltiples formas en que puede hacerse observable el fenómeno del desempleo. También, deben llamarnos la atención acerca de la necesidad de precisar con claridad cuál es el fenómeno a estudiar, la trama teórica en la que estará inserto el concepto y el modo de hacerlo observable. La cuestión se dirime tratando de escoger aquella conceptualización más adecuada al propósito de la indagación.

La noción de desempleo abierto es un consenso normativo utilizado para fines de comparación internacional, que estipula el concepto y su operacionalización. Lo anterior es sumamente necesario y es una tarea en proceso. Sin embargo, habiendo esclarecido el concepto que está detrás de la medición oficial, es preciso preguntarse si este da cuenta del fenómeno que se quiere estudiar. Lo que aquí propongo es que la noción de desempleo abierto es una proposición burocrática y administrativa, con una visión sumamente economicista del fenómeno de la desocupación, centrada en la presión realizada sobre el mercado laboral. Me pregunto si no deberíamos ampliar nuestro foco

de atención, y en vez de centrar la mirada únicamente en la presión realizada sobre el mercado de trabajo, no será menester considerar también el problema de la insuficiente generación de puestos de trabajo. Si únicamente nos remitimos a la definición oficial de desempleo abierto cuando queremos referirnos al fenómeno de la desocupación, nos alejamos de una visión un poco más comprensiva acerca de este histórico problema para América Latina.

Hacia una noción pluralista del desempleo

Denominaré *pluralista* a aquella noción más amplia de desocupación que no se limita al estudio del desempleo abierto sino que asume la necesidad de superar esta visión restrictiva del fenómeno. Además de ampliar el referente empírico, la concepción *pluralista* busca tener una mejor comprensión del funcionamiento del mercado laboral en la región, especialmente en lo concerniente al problema del excedente laboral. Es decir, busca reconocer la existencia de tipos diferenciados de desempleo y contabilizarlos como tal. Teniendo en cuenta que una parte importante de los procesos de inclusión y exclusión se gestan por las desigualdades de acceso al mercado de trabajo, es imprescindible tener una comprensión cabal del problema del excedente laboral.

En la sección anterior, expuse en detalle el concepto y la operacionalización del desempleo abierto. Además, nombré como *monista* a la concepción de la desocupación que se remite exclusivamente al desempleo abierto y expuse algunas dudas que surgen de esta noción. El punto central parece ser que, si uno se apega a la concepción monista, la atención está puesta en cierta noción de equilibrio entre la oferta y la demanda del mercado laboral, y por esto la atención se centra en la presión que se realiza con la búsqueda de empleo y no en el déficit de oportunidades laborales. Desde los estudios de población, al menos, nos deberían importar ambas cuestiones. Si la indagación está centrada en el déficit de oportunidades laborales, la preocupación debe trascender al desempleo abierto para interesarse por un fenómeno más general como la subutilización de mano de obra. De lo contrario, se estaría subestimando la magnitud del asunto. Básicamente, serían dos los fenómenos de subutilización de mano de obra que se estarían dejando fuera del conteo: el desaliento, conformado por el contingente de población que pese a estar dispuesto a trabajar no busca empleo y el subempleo, es decir a quienes tienen jornadas reducidas en contra de su voluntad o por razones de mercado. Me

centraré en el primero de estos fenómenos para no desviar el análisis del fenómeno de la desocupación¹¹.

El desempleo encubierto en la inactividad: el desaliento

La condición de desaliento en el mercado de trabajo ha sido identificada desde tiempo atrás¹². Sin embargo, no se la reconoce como desempleo ni en la producción de información, ni en la práctica de investigación más usual, ni en las políticas de empleo. En esta sección argumentaré la importancia de su inclusión dentro del fenómeno del desempleo.

La población desalentada está representada por quienes no están ocupados y tienen disponibilidad para trabajar pero no han realizado ninguna acción de búsqueda de empleo, ya sea porque en el pasado las mismas resultaron infructuosas o porque valoran que sus chances de encontrar un empleo son limitadas. Es decir, la diferencia respecto a quienes se encuentran en condición de desempleo abierto es que este contingente no ha buscado empleo activamente. Con los procedimientos usuales de medición, las personas que se encuentran en esta situación son catalogadas como inactivas.

Esta particular forma de no estar ocupado, suele ser excluida del análisis del desempleo bajo el argumento de que es una forma voluntaria de desempleo, ya que este conjunto de población no está buscando activamente empleo¹³. El argumento en contra de su inclusión suele ser que si estas personas no buscan empleo es porque cuentan con algún medio alternativo de subsistencia, distinto al empleo, con lo cual no pueden ser consideradas como oferta potencial de trabajo (Salas, 2003). Cabe recordar que lo que el desempleo abierto mide es la presión actual ejercida sobre el mercado de trabajo. Un segundo eje de su argumentación es de orden empírico. Quienes se oponen a

11 Un estricto análisis acerca de la subutilización de mano de obra, sin duda debería incluir al desempleo, en sus variadas manifestaciones, y al subempleo. Sin embargo, esta reflexión es acerca de la desocupación y no de la subutilización de mano de obra. Cabe precisar que hay quienes postulan la existencia de un desempleo oculto en la inactividad y un desempleo oculto en la actividad. No obstante, esta última modalidad presenta algunos problemas para su medición. Para una presentación de estas posturas véase Neffa (2005).

12 La existencia de esta situación de desempleo oculto en la inactividad es planteada, al menos, desde la década del cincuenta (Durán Sanhueza, 2008) y específicamente en América Latina desde principios de los setenta (Jusidman, 1971). Cabe precisar que para algunos autores, el desempleo oculto o encubierto es un concepto más amplio que el de desaliento (Castillo, 1998).

13 Justamente, la noción de desempleo abierto es una evolución de la noción de desempleo involuntario. Véase Salas (2003) para una breve reconstrucción de la evolución histórica del fenómeno.

la inclusión de este contingente dentro del desempleo lo hacen mostrando el débil vínculo que los desalentados tienen con el mercado de trabajo. Mediante estudios longitudinales muestran que los desalentados tienen bajas probabilidades de reconectarse al mercado laboral, en buena medida por sus bajos recursos de empleabilidad (Durán Sanhueza, 2008). Con base en esta constatación sostienen su inclusión dentro de la inactividad¹⁴.

Lo que aquí se intenta mostrar es que las razones de la sustracción de los desalentados del contingente de los desempleados son un tanto espurias. La existencia de este desempleo encubierto se basa en la proposición de este fenómeno como un efecto de las dinámicas del mercado de trabajo. Resulta pertinente retomar aquí la distinción planteada por Durán Sanhueza (2008). En función de los motivos que llevaron a la suspensión de la búsqueda, hay dos grandes tipos de desaliento. Uno del tipo *ex-post*, en el que la persona desiste de la búsqueda activa de empleo ante reiterados fracasos. El segundo tipo de desaliento es *ex-ante*, aquí las personas se encuentran desanimadas de ingresar a un mercado de trabajo que ofrece oportunidades laborales muy restringidas. Ahora bien, en ambos casos es un desaliento provocado por las pocas oportunidades que ofrece el mercado laboral pese a que el término parece responsabilizar al individuo de su situación; son las malas condiciones laborales o las pocas oportunidades laborales las que llevan a los individuos a desesperanzarse. Desde esta perspectiva los determinantes del desaliento serían los obstáculos que encuentran los potenciales buscadores de empleo. Pero si se dieran ciertas condiciones este contingente estaría disponible para insertarse activamente en el mercado de trabajo. Por otro lado, la noción de búsqueda activa de empleo, asociada a la medición de desempleo abierto, debe ser revisada en un contexto como el latinoamericano donde el trabajo está muy vinculado a la economía informal. A modo de hipótesis es posible plantear que este contexto podría reducir la incidencia de la búsqueda activa de empleo (Jusidman, 1971; Standing, 1981)¹⁵. Lo anterior cuestiona fuertemente el carácter voluntario del desaliento y permite colocar a esta noción dentro de la trama conceptual de la desocupación.

Con base en el anterior argumento es posible conceptualizar al desaliento como parte de un problema más amplio, a saber, el histórico problema de la escasa absorción de mano de obra en Latinoamérica

14 Para una breve reconstrucción de esta discusión desde sus inicios, véase Castillo (1998) y Durán Sanhueza (2008).

15 Adicionalmente, la búsqueda de empleo requiere de tiempo y recursos.

(PREALC, 1976; Tokman, 2004). Tal conceptualización dista mucho de la habitual ya que usualmente el desaliento no es visto como parte del fenómeno del desempleo y por lo tanto no es concebido como parte del problema del excedente laboral. Cuando se ubica a este contingente dentro del universo de la inactividad esta población es alejada empíricamente y conceptualmente del mercado laboral. Empíricamente, porque no se la contabiliza allí, y conceptualmente porque no se la puede concebir como consecuencia de esta sustracción, obtenemos una visión parcial acerca del mercado de trabajo y específicamente del excedente laboral.

Esta parcialidad en la mirada se torna especialmente importante al notar que se están dejando fuera del conteo realidades muy particulares. Algunas investigaciones recientes de la región llaman la atención sobre este fenómeno¹⁶. Allí sugieren que hay al menos tres perfiles de desempleados por desaliento muy marcados y que quedarían fuera de la cuenta habitual del desempleo abierto. Uno es un perfil femenino (Castillo, 1998; Jardim, 2005; Durán Sanhueza, 2008; Groisman y Sconfienza, 2013), que se sustentaría en las dificultades de acceso al mercado de trabajo de las mujeres que, conjugadas con la mayor aceptación social del rol de la mujer en el hogar, hacen que para ellas el hogar se transforme en un refugio ante la situación de desempleo (Márquez y Mora Salas, 2013). Un segundo perfil estaría compuesto por jóvenes a quienes el mercado laboral parece cerrarles las puertas de ingreso (Jardim, 2005; Groisman y Sconfienza, 2013; Márquez y Mora Salas, 2013). Otro perfil bastante definido sería el de hombres en fase de retiro, o cercana al retiro, quienes ya no encuentran oportunidades laborales porque el mercado no los acepta por su edad (Jardim, 2005; Márquez y Mora Salas, 2013; Groisman y Sconfienza, 2013). Por su parte, estas investigaciones muestran que el vínculo de este contingente con el mercado de trabajo dista de ser nulo. De este modo se pone en cuestión el argumento empírico de los defensores del desaliento como parte de la inactividad.

Es de suponer que las dimensiones del fenómeno del desaliento varíen en los países de la región. En cada país habrá que examinar qué tan importante es el fenómeno del desempleo oculto en la inactividad. Como se mencionó, algunos países ya utilizan una

16 Entre las investigaciones que se refieren a la importancia de incluir en los análisis acerca de la subutilización de la mano de obra a la población en situación de desaliento se destacan Jardim (2005) para Brasil, Durán Sanhueza (2008) para Chile, Groisman y Sconfienza (2013) para Argentina y Márquez y Mora Salas (2013) para México.

medición flexibilizada de desempleo que, en general, tiende a incluir al desaliento. Con relación a los países que se apegan a las instrucciones de la OIT para la medición del desempleo, incluyen en sus formularios las preguntas requeridas para identificar a los desalentados. El criterio empírico para su medición es la población no ocupada, disponible para trabajar, pero que no busca trabajo por razones de mercado. La diferenciación de las razones de mercado es fundamental para no sobrestimar el volumen de este desempleo. Por citar dos ejemplos contrastantes con relación a la dimensión del desaliento, presento los casos de Chile y México¹⁷. De acuerdo a la Encuesta sobre Mercado Laboral en Chile en el primer trimestre del año 2008 los mayores de 14 años en condición de desempleo abierto ascendían a 666,433 y los desalentados a 126,981 (Durán Sanhueza, 2008). México presenta una situación contraria, en este país las dimensiones del desaliento son bastante mayores que las del desempleo abierto. Los datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo del segundo trimestre de 2008 indican que el volumen de la población de 12 años y más en condición de desempleo abierto es 1,598,882 mientras que el desaliento asciende a 5,069,962 (Márquez y Mora Salas, 2013). En el caso de México, es claro que la exclusión del desaliento de la problemática de la desocupación, impide la contabilización de un segmento importante del problema del déficit de lugares ocupacionales.

Al introducir conceptual y empíricamente a la población desalentada dentro de la problemática del desempleo, se obtiene una mirada más comprensiva acerca del problema del excedente laboral y se agrega complejidad a este universo de por sí variopinto. Ciertamente, la heterogeneidad propia de los mercados laborales latinoamericanos (Pinto, 1970; Souza y Tokman, 1976; Pacheco, 2004) muy ligada a la subutilización del factor trabajo en el marco de una estructura productiva también heterogénea, ha hecho que, a lo largo de las últimas décadas, la categoría de excedente laboral cobre vida de distintas formas y con distinto protagonismo de acuerdo al momento de desarrollo (Weller, 2001; Pérez Sáinz y Mora Salas, 2006). Las principales expresiones de la escasa absorción de fuerza de trabajo han sido la informalidad, el trabajo por cuenta propia, la emigración nacional e internacional y la ausencia de empleo; estando estas expresiones in-

17 Las mediciones en ambos países son similares pese a que presentan algunas diferencias, tales como: la edad considerada, el período de referencia para la búsqueda de empleo, el período de referencia de la disponibilidad (Gárate, 2012) y las razones de mercado indicadas.

sertas en una dinámica de inclusión y exclusión laboral (Nun, 2001; Weller, 2001; Pérez Sáinz y Mora Salas, 2006).

Ahora bien, el desempleo se caracteriza por la ausencia de ingresos, pudiendo llevar a la pauperización, y por la ausencia de vínculo con el mundo del trabajo, pudiendo impactar negativamente en la identidad individual (Castel, 1997; Bayón, 2002; Gallie, 2004). En este sentido, el desempleado podría estar enfrentando una situación de descapitalización económica, dada la carencia de políticas compensatorias ante la situación de desempleo¹⁸, y descapitalización social, por la pérdida de credenciales y vínculos con el trabajo, dificultando así la reinserción en el mercado laboral¹⁹. En el caso especial de los desempleados que ya no buscan empleo y que perciben lejana la chance de obtener un nuevo empleo, es presumible que estas posibles consecuencias estén particularmente presentes. Por esto, planteo la hipótesis de que la principal consecuencia de participar de este tipo de desempleo es la salida de la reserva laboral y, como consecuencia, el involucramiento en un proceso de exclusión del mercado laboral. Es decir, los desalentados son parte del excedente laboral pero encuentran dificultades para insertarse dentro de la reserva laboral. Estas pésimas consecuencias ubican al desempleo desalentado un caso extremo del excedente laboral lo que hace especialmente importante su análisis²⁰.

El desempleo abierto y el desaliento como expresión de la exclusión laboral

Habiendo argumentado la inclusión del desaliento junto al desempleo abierto como una parte fundamental del problema del excedente laboral, me interesa aquí situarlo además dentro del debate acerca de la inclusión y exclusión laboral. Este binomio se refiere a ciertas dinámicas gestadas en el seno de un mercado laboral desigual y vinculadas a procesos más amplios de inclusión y exclusión social.

La noción de exclusión social surge en Europa para denotar al proceso de resquebrajamiento de algunas instituciones sociales que soportaban al conjunto. La Europa de la posguerra se caracterizó por la expansión de los derechos y por la instauración de un Estado social que los garantizara. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX,

18 En América Latina la existencia de algún tipo de protección frente al desempleo no es un aspecto generalizado. Para un panorama de las políticas existentes véase Velásquez (2011).

19 Varias investigaciones, especialmente europeas, han mostrado que la permanencia en el desempleo disminuye las chances de reinsertarse en el mercado de trabajo (Benoît-Guilbot y Gallie, 1994).

20 La migración también puede implicar una descapitalización pero, en el caso de las reinserciones logradas en el destino, se comenzaría a revertir este proceso.

buena parte de Europa asiste al debilitamiento del lazo social dado el deterioro de las instituciones que lo amalgamaban. A este proceso hacen referencia autores como Castel (1997) quien prefiere hablar de desafiliación y centra su análisis en los cambios en el mundo del trabajo, Paugam (1991) quien opta por nombrarlo como descalificación social y Rosanvallon (1995) quien ofrece un análisis de la nueva cuestión social, caracterizada por nuevas formas de exclusión, lo cual le presenta nuevos desafíos al Estado. Lo que es común a ellos es el particular interés en la noción de proceso, en sintetizar en el término lo que quedó atrás y lo que ahora es, en este caso la pérdida de una sociedad más integrada, más igualitaria y garante de los derechos.

En América Latina no podemos contar una historia similar. Entre 1940 y 1970-1980 el Estado social se desarrolló en la mayoría de los países de América Latina. La expansión de los derechos y la expansión del capital conformaron la legitimidad del Estado de tipo desarrollista, inspirado en los criterios de la CEPAL, y del modo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), asociado a este. Este Estado interventor asume roles en la absorción de la mano de obra excedente y como proveedor del capital para obras de infraestructura económica y social (Filgueira, 1998) y en la protección de la industria doméstica, por la vía de subsidios y créditos, enmarcados en una economía cerrada ajena a la competencia y a los criterios de productividad de la época de los países centrales (Novick, 2003). Si bien el Estado asume un rol protagónico en el bienestar, lo hace con importantes sesgos en su distribución, ya que los beneficios estaban mayormente orientados a los sectores urbanos y a los trabajadores insertos en el mercado de empleo formal, y con claras pautas de estratificación en el acceso, en el rango de cobertura de riesgos y en la calidad de los beneficios. Así, el tipo de Estado que se conforma en los países latinoamericanos es un Estado de bienestar restringido (Laurell, 2000), lo que hace al proceso latinoamericano sumamente distinto del europeo.

No obstante, el binomio inclusión/exclusión social presenta algunas bondades para analizar el contexto latinoamericano y específicamente algunas dinámicas propias del mercado laboral. El proceso a ilustrar con el par inclusión y exclusión laboral no es el pasaje de una sociedad integrada a una con los lazos sociales debilitados. El proceso a ilustrar es la identificación de las desigualdades existentes en el mercado de trabajo y las desigualdades de acceso a los recursos de empleabilidad y cómo estos accesos diferenciales estructuran dinámicas de inclusión y exclusión laboral (Pérez Sáinz y Mora Salas, 2006). En este marco, los procesos de inclusión (exclusión) laboral

refieren a contingentes que presentan (no presentan) las credenciales adecuadas para acceder a determinados puestos laborales o incluso al mercado de trabajo.

Las desigualdades propias del mercado de trabajo se relacionan con los siguientes factores:

- La concordancia entre las características de la oferta y la demanda laboral. El proceso productivo demanda una cierta cantidad de mano de obra con unas determinadas características (educacionales, de género, edad, experiencia, habilidades, entre otras), a partir de esta demanda diferencial, ciertos contingentes de la población cuya oferta laboral es alta pero la demanda es limitada, sufrirán procesos de exclusión, mientras que otros, donde la oferta es más baja y la demanda es alta participarán de procesos de inclusión (Weller, 2001).
- La dinámica de desarrollo de la que participan los países, así como los procesos tecnológicos y organizativos, generan demanda de mano de obra con características distintas. Por ejemplo, una dinámica que base su productividad en un bajo nivel de capital humano y en bajas remuneraciones generará dinámicas más excluyentes (Weller, 2001).
- El grado de desarrollo de la institucionalidad laboral que dé garantías para el cumplimiento de los derechos laborales propiciará dinámicas de inclusión y exclusión laboral diferentes. En un mercado laboral donde los derechos laborales estén mayormente protegidos habrá un mayor acceso a puestos de calidad.
- El acceso diferencial a los recursos de empleabilidad y el acceso a recursos de diferente calidad reproducen también un acceso diferencial a la acumulación de capital humano. La desigualdad de la estructura ocupacional de nuestros mercados sumada a la desigualdad de acceso a los recursos necesarios para acceder al mercado de trabajo, o a un buen puesto en el mercado de trabajo, va a definir también la dinámica de exclusión e inclusión laboral.

Los procesos de exclusión laboral pueden asumir diferentes modalidades y afectan de manera diferencial a la fuerza laboral según su perfil sociodemográfico. Weller (2011) identifica cuatro tipos de exclusión laboral: la *exclusión del mercado laboral*, la *exclusión del empleo*, la *exclusión del empleo productivo* y la *exclusión del empleo de buena calidad en sectores de alta y mediana productividad*. El desempleo de larga duración y el desempleo desalentado son las expresiones típicas de la forma extrema de este proceso de exclusión laboral ya que los individuos afectados por esta condición están siendo expulsados del

mercado de trabajo. En este contexto, cuando la fuerza laboral no es capaz de romper los procesos de exclusión laboral en curso, el desempleo desalentado se traduciría en no-trabajo, es decir, en exclusión de los mercados laborales. El desempleo abierto está representado por la exclusión del empleo. Los últimos dos tipos de exclusión se refieren a distintos gradientes del proceso de exclusión de empleos de calidad; se establece aquí la diferencia entre los asalariados provistos de ciertas conquistas sociales, de aquellos desprovistos de tales conquistas (Castel, 2010). Para ser más precisos, el mero acceso a un trabajo no implica el acceso a un empleo, que otorga cierta protección (Castel, 2004), y por lo tanto no garantiza la inclusión laboral.

Hasta aquí he expuesto la noción *pluralista* sobre la desocupación como alternativa a una *monista* que se remite al desempleo abierto. Esta noción alternativa permite insertar al fenómeno de la desocupación en una trama conceptual que le otorga mayor densidad. Por un lado, la inclusión del fenómeno dentro del problema más general acerca de la insuficiente absorción de mano de obra. Por otro lado, lo hemos vinculado a las dinámicas de inclusión y exclusión gestadas en el seno del mercado laboral. Esta trama conceptual pretende situar al fenómeno del desempleo en un marco interpretativo más comprensivo.

Consideraciones finales

En las páginas precedentes he propuesto una revisión metodológica y conceptual acerca de un fenómeno escasamente trabajado en la región: el desempleo. A la conceptualización de la desocupación que se remite al desempleo abierto la he denominado *monista*, y he propuesto una concepción alternativa, denominada *pluralista* por acoger a más de un tipo de desempleo. Proponer una mirada alternativa sobre el fenómeno de la desocupación no implica desconocer la importancia de la medición oficial actual. Pero lo anterior tampoco debería implicar que desde las ciencias sociales no se puedan plantear otros modos de abordaje.

El argumento que sustenta el pasaje de una concepción a otra es el siguiente. Mientras que la perspectiva *monista* capta el problema de la presión actualmente ejercida sobre el mercado de trabajo mediante la búsqueda activa de empleo, la *pluralista* se centra en el déficit de lugares ocupacionales. Es decir, esta mirada alternativa amplía el foco de análisis para centrarse en el histórico problema del excedente laboral que aqueja a la región, expresado mediante la desocupación. Como consecuencia, se reconoce la existencia de distintos comporta-

mientos del no empleo lo que permite la incorporación del desaliento como parte del fenómeno del desempleo. Esta particular condición de actividad ha sido identificada desde tiempo atrás pero no se la reconoce como una expresión del desempleo. En términos empíricos, esto se traduce en considerar que el desempleo está compuesto por quienes están sin empleo y dispuestos a trabajar, sin discriminar si están buscando activamente empleo o no. Como se puede advertir, este viraje implica centrar el análisis en la situación de carencia de trabajo del individuo, sin considerar la presión que la persona genera sobre el mercado de trabajo por los mecanismos de búsqueda.

Para finalizar, quisiera sugerir algunos aspectos adicionales que surgen de este pasaje de una concepción *monista* a una *pluralista* pero que no han sido explicitados. Buena parte de las investigaciones que comienzan a dar cuenta del fenómeno del desaliento utilizan datos longitudinales para dar cuenta de los flujos propios de la dinámica del mercado laboral. Esto se vincula a lo que ha mostrado Guimarães (2004): que las fronteras entre el trabajo y el no trabajo no solo son difusas sino que también son dinámicas. Esto quiere decir que las definiciones categóricas (ocupado, desempleado, no ocupado) y observadas transversalmente no captan los usuales cambios de condición ocupacional que puede experimentar la fuerza laboral en períodos cortos de tiempo, en contextos como los latinoamericanos. Con base en esta noción, la autora argumenta la necesidad de incluir al tiempo como una variable endógena al análisis acerca del mercado laboral en nuestra región. Es decir, dada la importancia analítica de observar los pasajes de una condición a otra para el estudio de las dinámicas propias de la desocupación, el tiempo deber ser una variable incluida en nuestros análisis. Esto refuerza la recomendación de la OIT de incluir diseños de muestra rotativos que permitan no solo análisis de *stock* sino también de flujos.

Presumiblemente, si bien el desempleo abierto y el desaliento son dos expresiones de la desocupación, hay importantes diferencias entre uno y otro. Como algunas investigaciones lo sugieren (Groisman y Sconfienza, 2013; Durán Sanhueza, 2008), mientras que el desempleo abierto obedece con mayor claridad a la dinámica del mercado, a la relación entre la oferta y la demanda de trabajo y a los avatares de la economía, el desaliento parece no estar tan influenciado por esta dinámica. Esto sugiere, al menos dos cuestiones acerca del desaliento, por un lado, que su desempeño obedece más a las dinámicas propias de los hogares, y no tanto a la del mercado, y por otro lado, que está vinculado a dinámicas más persistentes de exclusión del mercado laboral y por esto, menos influenciado por el ciclo econó-

mico. La importante presencia de las mujeres entre los desalentados hace suponer que ellas están ocupando un importante rol en la reproducción de la fuerza de trabajo, posiblemente ante la ausencia de instituciones de cuidado que cubran dichas tareas. Esto tiene una consecuencia sumamente importante a nivel de políticas sociales ya que apunta a un problema de escasa generación de empleo pero también de escasas instituciones sociales de apoyo a las tareas de reproducción de los hogares. Como consecuencia, para mejorar la tasa de desempleo no bastaría con generar más y mejores puestos de trabajo, habría además que incrementar los servicios públicos de cuidado.

Bibliografía

- Bayón, C. (2002), «Coping with Job Insecurity: The Experience of Unemployment in Contemporary Argentina» tesis de doctorado, Faculty of the Graduate School University of Texas, Austin, Estados Unidos, agosto.
- Beccaria, L., López, N. y Feldman, S. (1996), *Sin trabajo: las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires: UNICEF/Losada.
- Benavente, D. (1985), *A medio morir cantando: 13 testimonios de cesantes*, Santiago de Chile: Catalonia.
- Benoît-Guilbot, O. y Gallie, D. (1994), *Long-term unemployment*, London/Nueva York: Pinter Publishers.
- Carmines, E. and Zeller, R. (1979), *Reliability and validity assessment*, Beverly Hills: Sage Publications.
- Castel, R. (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*, Buenos Aires: Paidós.
- (2004), *La inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires: Manantial.
- (2010), *El ascenso de las incertidumbres: Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Castillo, M. (1998), «Persons outside the labor force who want a job», en *Monthly Labor Review*, Washington DC, vol. 121, n.º 7.
- CELADE (2006), *Migración internacional de Latinoamericanos y caribeños en Iberoamérica: Características, retos y oportunidades*, Santiago de Chile: CEPAL/ECLAC.
- Durán Sanhueza, G. (2008), «Trabajadores desalentados y desempleo oculto», en <<http://www.fundacionsol.cl/wp-content/uploads/2010/08/Trabajadores-Desalentados-en-Chile.pdf>>, acceso octubre de 2013.
- Estrada Iguíniz, M. (1996), *Después del despido: desocupación y familia obrera*, México DF: CIESAS.
- Filgueira, F. (1998), «Tipos de *welfare* y reformas sociales en América Latina: Eficiencia, residualismo y ciudadanía estratificada», Ponencia presentada en el Seminario A Reforma da Administração Pública no Brasil: possibilidades e obstáculos. Recife, Brasil, agosto de 1998.
- Freyssinet, J. (1993), *Le chômage*, Paris: Découverte.
- Gallie, D. (2004), *Resisting marginalization: unemployment experience and social policy in the European Union*, Nueva York: Oxford University Press.
- Gárate, W. (2011), «Análisis consolidado de las metodologías de medición de la condición de actividad de las Encuestas de Hogares de Centroamérica y República Dominicana», en *Apuntes del mercado laboral, Centroamérica y República Dominicana*, Observatorio Laboral de Centroamérica y República Dominicana. OLACD/OIT, n.º 2.
- (2012), «Panorama de las Encuestas de Hogares en América Latina y el trabajo de la OIT sobre la armonización de indicadores laborales», en <<http://recap.itcilo.org/fr/documentation/files-activite-4/lima-1>>, acceso octubre de 2013.
- Graziano, M. F. y Salvia, A. (2005), *Bajo la mediación del despido: transformaciones en las condiciones de trabajo y de vida en trabajadores despedidos durante la crisis del tequila: análisis cualitativo*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani/Universidad de Buenos Aires.
- Groisman, F. y Sconfienza, M. E. (2013), «Una aproximación al desaliento laboral en Argentina», Ponencia presentada en el Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericano (LASA), Washington DC, Estados Unidos, 29 de mayo al 1 de junio.

- Guimarães, N. (2004), *Caminhos cruzados: estratégias de empresas e trajetórias de trabalhadores*, São Paulo: Universidade de São Paulo/Editora 34.
- Hirata, H., Montagner, P. y Sugita, K. (2004), «Desemplego - mercados, instituições e percepções: Brasil e Japão numa perspectiva comparada», en *Tempo Social*, São Paulo, vol. 16, n.º 2.
- Hussmanns, R. (1992), *Measurement of employment, unemployment and underemployment – Current international standards and issues in their application*, Ginebra: OIT.
- Jardim, F. (2005), «Explorando as fronteiras do desemprego: reflexões a partir da categoria ‘desemprego por desalento’», en *Plural*, São Paulo, vol. 12.
- Jusidman, C. (1971), «Conceptos y definiciones en relación con el empleo, el desempleo y el subempleo», en *Demografía y economía*, México DF, vol. 5, n.º 3.
- Laurell, A. (2000), «Avanzar al pasado: la política social del neoliberalismo», en Borgianni, E. y Montaña, C. (coords.), *La política social hoy*, São Paulo: Cortez Editora.
- Márquez, C. y Mora Salas, M. (2013), «Inequidades de género y patrones de uso del tiempo. Exploración a partir del desempleo encubierto», en García, B. y Pacheco, E. (coords.), *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México*, El Colegio de México. En prensa.
- Mercosur (2010), «Armonización de las estadísticas de trabajo y distribución del ingreso entre los países del MERCOSUR», en <http://www.mercosur.int/innovaportal/file/3637/1/armonizacion_de_las_estadisticas_de_trabajo_y_distribucion_del_ingreso_entre_los_paises_del_mercosur.pdf>, acceso octubre de 2013.
- Neffa, J. C. (coord.) (2005), *Actividad, empleo y desempleo: conceptos y definiciones*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Novick, M. (2003), «La transformación de la organización del trabajo», en De la Garza, E. (ed.), *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Nun, J. (2001), *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- OIT (1982), *Resolución sobre estadísticas de la población económicamente activa, del empleo, del desempleo y del subempleo*, adoptada por la Decimotercera Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo, octubre.
- (1998), *Directrices sobre ausencias del trabajo de larga duración: su tratamiento en las estadísticas de empleo y del desempleo*, adoptada por la Decimosexta Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo, octubre.
- (2011), *Panorama Laboral 2011*, OIT-Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- (2012), *Panorama Laboral 2012*, OIT-Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- Pacheco, E. (2004), *Ciudad de México, heterogénea y desigual : un estudio sobre el mercado de trabajo*, México DF: Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano/El Colegio de México.
- Paugam, S. (1991), *La disqualification sociale: Essai sur la nouvelle pauvreté*, París: Presses Universitaires de France.
- Pérez Sáinz, J. P. (1995), «Globalización y neoinformalidad en América Latina», en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, n.º 135.
- (1996), «Los nuevos escenarios laborales de América Latina», en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, n.º 143.
- (1998), «¿Es necesario aún el concepto de informalidad?» en *Perfiles Latinoamericanos*, México DF, vol. 7, n.º 13.

- y Mora Salas, M. (2006), «Exclusión social, desigualdades y excedente laboral. Reflexiones analíticas sobre América Latina», en *Revista Mexicana de Sociología*, México DF, vol. 68, n.º 3.
- Pinto, A. (1970), «Naturaleza e implicaciones de la 'heterogeneidad estructural' de la América Latina», en *El Trimestre Económico*, México DF, vol. 37, n.º 145.
- PREALC (1976), *El problema de empleo en América Latina: situación, perspectivas y políticas*, Santiago de Chile: OIT.
- Ros, J. (2005), *El desempleo en América Latina desde 1990*, México, DF: Naciones Unidas/CEPAL/Unidad de Desarrollo Económico.
- Rosanvallon, P. (1995), *La nueva cuestión social: Repensar el estado providencia*, Buenos Aires: Manantial.
- Salas, C. (2003), «Trayectorias laborales entre el empleo, el desempleo y las microcircularidades en México» en *Papeles de Población*, Toluca, vol. 9, n.º 38.
- Salvia, A. y Chávez Molina, E. (2007), *Sombras de una marginalidad fragmentada: aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Souza, P. R. y Tokman, V. (1976), *El empleo en América Latina: Problemas económicos, sociales y políticos*, México DF: Siglo XXI.
- Standing, G. (1978), *Labour force participation and development*, Ginebra: International Labour Office.
- (1981), *Unemployment and female labour: a study of labour supply in Kingston, Jamaica*, London: Macmillan.
- Stiglitz, J. (2004), *El rumbo de las reformas: hacia una nueva agenda para América Latina*, Quito: Corporación Editora Nacional/Universidad Andina Simón Bolívar.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2009), *Entre la ruta y el barrio: La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires: Ediciones Biblos Sociedad.
- Tokman, V. (2004), *Una voz en el camino. Empleo y equidad en América Latina: 40 años de búsqueda*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Velásquez, M. (2010), *Seguros de desempleo y reformas recientes en América Latina*, Santiago de Chile: Naciones Unidas/CEPAL/División de Desarrollo Económico.
- Weller, J. (1998), *Los mercados laborales en América Latina: su evolución en el largo plazo y sus tendencias recientes*, Santiago de Chile: Naciones Unidas/CEPAL/División de Desarrollo Económico.
- Weller, Jürgen (2001), *Procesos de exclusión e inclusión laboral: la expansión del empleo en el sector terciario*, Santiago de Chile: Naciones Unidas/CEPAL/División de Desarrollo Económico.
- (2011), «Panorama de las condiciones de trabajo en América Latina» en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, n.º 232.
- Williamson, J. (1990), *Latin American adjustment: how much has happened?*, Washington DC: Institute for International Economics.

Reflexiones en torno al análisis de la movilidad ocupacional intergeneracional de la población en condiciones de pobreza crónica

*Iliana Yaschine*¹

Resumen

Este capítulo sugiere que la comprensión de la pobreza y su reproducción entre generaciones puede beneficiarse de una mirada que vincule los campos de estudio de la pobreza crónica y de la movilidad intergeneracional. Se revisan las aportaciones de ambos cuerpos de conocimiento en torno a seis dimensiones analíticas que se identifican como relevantes para estudiar la movilidad ocupacional intergeneracional de individuos u hogares en condiciones de pobreza crónica. Asimismo se esbozan apuntes sobre algunas de las herramientas analíticas, metodológicas y técnicas que pueden utilizarse para llevar dicho análisis a la práctica y se ejemplifica su aplicación con un caso específico del contexto mexicano.

Palabras clave: movilidad intergeneracional, pobreza crónica, igualdad de oportunidades, trabajo.

Abstract

This chapter suggests that the understanding of poverty and its reproduction between generations can benefit from a perspective that articulates the fields of chronic poverty and intergenerational mobility. It revises the contributions of both fields of knowledge regarding six analytical dimensions that are identified as relevant for the study of intergenerational occupational mobility of individuals or households in chronic poverty. Some comments are also made on the analytical, methodological and technical tools that can be used for this analysis, and its application is exemplified by a specific case from Mexico.

Keywords: intergenerational mobility, chronic poverty, equality of opportunities, labor.

1 Investigadora del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo. Universidad Nacional Autónoma de México, ilianaya@gmail.com.

Introducción

Las sociedades latinoamericanas son, en su mayoría, altamente estratificadas y tienen regímenes de movilidad social rígidos, esto es, las características socioeconómicas de los individuos tienen un peso importante sobre su acceso a oportunidades y su nivel de bienestar. En este contexto, no es sorprendente que la alta desigualdad, así como la elevada incidencia de pobreza, se perfilen como dos rasgos persistentes en la región.

La superación de la pobreza ha ocupado un lugar prioritario en las últimas décadas tanto en la investigación académica, como en el debate y la política pública. En el ámbito de la política social, en muchos países latinoamericanos se debilitaron los regímenes de bienestar y se privilegiaron acciones focalizadas a los hogares pobres para reducir la pobreza como, por ejemplo, los programas de transferencias monetarias condicionadas (PTMC) que, al menos en su planteamiento original, están orientados a contribuir a la ruptura de la transmisión intergeneracional de la pobreza. La incapacidad de estas acciones selectivas para reducir de forma sustantiva la pobreza ha sentado las bases para que la desigualdad regrese como tema prioritario a la agenda pública. La complejidad social que caracteriza actualmente a las sociedades en la región exige que se analicen de forma integrada la pobreza y la desigualdad, y los procesos que explican su persistencia y reproducción intergeneracional.

En los campos de estudio de la pobreza y de la desigualdad se asigna un lugar central al trabajo como elemento explicativo de dichos fenómenos y como factor que puede coadyuvar a modificar la situación socioeconómica de los individuos. El trabajo, indiscutiblemente, es un medio crucial para el acceso a oportunidades de vida² o al bienestar económico y social, y la posición laboral que ocupan los individuos en la sociedad constituye un elemento decisivo de la estratificación social. Los PTMC, por ejemplo, consideran que la inserción laboral de los jóvenes en pobreza en condiciones más favorables que las que tuvieron sus padres será el vehículo para romper la herencia social y aumentar la igualdad de oportunidades³.

2 Las oportunidades de vida, concepto central en las propuestas weberiana y neo-weberianas de estratificación se refieren a «las oportunidades que tiene un individuo para compartir los recursos económicos o culturales que típicamente existen en una sociedad determinada» (Giddens en Breen 2005: 32).

3 La igualdad de oportunidades puede entenderse como el acceso a las instituciones y posiciones sociales con base en el talento y mérito personal y no en factores adscritos, como podrían ser el sexo, la raza, la condición étnica o el origen socioeco-

No obstante, la situación actual en América Latina, en el marco del proceso de globalización y reestructuración productiva a nivel internacional, impone grandes retos para que el trabajo se constituya como una vía de mejora socioeconómica para los sectores más desfavorecidos de la población. El modelo de desarrollo aplicado en la mayoría de los países de la región en las últimas décadas del siglo pasado, y que continúa vigente en algunos de ellos, privilegió el rol del mercado por encima de la regulación estatal, lo cual significó una reducción de la acción del Estado en esferas que debieran ser de su competencia (como los mercados de trabajo y las políticas de protección social) y que contribuyen a la definición de estructuras de oportunidades. En el caso de los mercados laborales ello resultó en detrimento de la función del trabajo como integrador social y fuente de bienestar (Kaztman y Filgueira, 1999) y, por tanto, como vehículo de movilidad social y salida de la condición de pobreza.

En este capítulo se revisa la utilidad de un abordaje que articule los campos teórico-empíricos de los estudios de pobreza crónica con los de movilidad social intergeneracional para investigar los procesos de reproducción de la pobreza entre generaciones. La reflexión se basa en una perspectiva analítica y metodológica desarrollada para estudiar, en específico, la experiencia de movilidad ocupacional intergeneracional de un grupo de jóvenes provenientes de hogares rurales en condiciones de pobreza en México y el impacto que tuvo el programa Oportunidades sobre sus desenlaces laborales y la desigualdad de oportunidades laborales a la que se enfrentan (Yaschine, 2012). Oportunidades fue uno de los PTMC pioneros en América Latina (que ha servido como modelo para el diseño de otros programas en el continente) y ha operado en México desde 1997 con el fin de contribuir a la ruptura de la transmisión intergeneracional de la pobreza a través de acciones que favorezcan el desarrollo de capital humano de los niños y jóvenes de familias en pobreza y, con ello, reduzcan la desigualdad de oportunidades laborales al mejorar su inserción laboral en el futuro.

Si se reconoce que la pobreza crónica es un fenómeno relacionado con la transmisión de las condiciones socioeconómicas de padres a hijos y que el trabajo es un factor crucial de este proceso, es razonable proponer que su estudio desde la óptica de la movilidad social intergeneracional puede enriquecer su comprensión. Al hacerlo, es posible

nómico. Una postura basada en la igualdad de oportunidades considera legítima cualquier distribución de resultados siempre y cuando esta se derive del mérito. Ello contrasta con una postura fundada en la igualdad de resultados (Turner, 1986; Bobbio, 1993; Breen y Jonsson, 2005).

incorporar al análisis de la pobreza un enfoque de desigualdad que hace visible su carácter relacional. Así, la persistencia de la pobreza entre generaciones puede verse como una expresión de la desigualdad que se manifiesta como inmovilidad en la base de la estructura social. Por ello, para abordar los objetivos de dicha investigación se consideró necesario y relevante poner en diálogo ambos cuerpos de conocimiento: el de movilidad social intergeneracional y el de pobreza crónica. Dado el rol preminente del trabajo en la explicación de ambos procesos de reproducción social, y la centralidad que se le otorga dentro del diseño de los PTMC como factor de ruptura de la herencia de pobreza, se consideró necesario poner énfasis en el ámbito laboral y privilegiar, entre los estudios de movilidad social, el análisis de la movilidad ocupacional.

Aun cuando los dos enfoques analizan procesos sociales de transmisión intergeneracional que están vinculados entre sí y que comparten características sustantivas, en la práctica, los estudios de pobreza crónica y de movilidad social intergeneracional han caminado de forma paralela casi sin cruzarse. Son escasos los estudios de pobreza crónica que se enriquecen con la bibliografía teórica y hallazgos empíricos de los análisis sobre movilidad social y *viceversa*. En el caso de los estudios de movilidad social, ello puede deberse en parte a que su análisis se enfoca en la sociedad en su conjunto y no en un sector específico de ella, como podrían ser los hogares pobres. No obstante, en este trabajo se plantea que el estudio de los procesos de reproducción social de individuos u hogares en condiciones de pobreza puede enriquecerse a partir de la conjunción de ambos enfoques. En particular, se sugiere que el análisis de la movilidad ocupacional intergeneracional, de la desigualdad de oportunidades laborales y del logro de estatus en el ámbito laboral de individuos pertenecientes a hogares en pobreza crónica, puede aportar a la comprensión del fenómeno de reproducción de la pobreza entre generaciones.

Si bien el abordaje analítico sobre el que se reflexiona aquí se desarrolló para un estudio específico en México, se considera que pudiera servir para orientar otros análisis en América Latina. Como se ha dicho, tanto la pobreza como la desigualdad son rasgos persistentes de los países latinoamericanos y, en muchos de ellos, se instrumentan políticas que buscan mejorar la igualdad de oportunidades laborales del sector de la población que vive en pobreza.

Además de esta introducción, el capítulo se conforma por tres secciones. En la primera, se describen los campos de estudio de la pobreza crónica y de la movilidad social intergeneracional en torno a seis dimensiones comunes que delinear elementos relevantes para el análisis de la movilidad ocupacional intergeneracional de individuos

u hogares en condiciones de pobreza crónica. En la segunda sección, se presentan apuntes a considerar para llevar a la práctica un análisis como el que se propone y se ejemplifica con el caso de una investigación realizada en México. Asimismo, se exponen ciertos desafíos que enfrentan los estudios de movilidad ocupacional en la actualidad. Por último, se esbozan algunas reflexiones generales.

Diálogo entre pobreza crónica y movilidad ocupacional intergeneracional

El punto de partida de lo que se propone en este capítulo es que la comprensión de los procesos de transmisión de desventajas entre generaciones de hogares en condiciones de pobreza se beneficiaría de un análisis que establezca una interlocución entre el estudio de la pobreza crónica y el de la movilidad social intergeneracional. Dentro del campo de la movilidad social podrían retomarse los análisis que se centran en la dimensión educativa o de ingresos, sin embargo, aquí se privilegia la dimensión ocupacional por su relevancia para el objetivo de la investigación que dio origen a esta propuesta, la cual retoma la centralidad del trabajo para el acceso a oportunidades de vida y la salida de la condición de pobreza. En este marco, se sugiere que el diálogo entre los cuerpos de conocimiento de la pobreza crónica y de la movilidad social ocupacional (que pueden verse como teorías de alcance medio) permitiría aportar a una mirada de la pobreza intergeneracional desde la óptica de la desigualdad de oportunidades laborales⁴.

Como se ha referido previamente, los campos de estudio sobre pobreza crónica, por un lado, y sobre movilidad social intergeneracional, por el otro, no han tenido mucha interacción a pesar de compartir rasgos en común. La pobreza crónica, al considerar su transmisión intergeneracional, puede interpretarse como una expresión de reproducción social que se manifiesta en inmovilidad intergeneracional. Los pobres crónicos se ubican en desventaja en la estructura social y no pueden participar en la sociedad bajo igualdad de oportunidades. Observar la transmisión intergeneracional de la pobreza desde la lente de la transmisión intergeneracional de la desigualdad de oportunidades equivaldría a fijarse en los procesos de movilidad o inmovilidad social que suceden en la base de la estructura social.

4 Ello sin dejar de reconocer que, como señala Sen (1981), la desigualdad y la pobreza son fenómenos que, aunque asociados, no pueden ser equiparados y su solución llama a acciones de distinto tipo.

Asimismo, analizar la reproducción de la pobreza desde una perspectiva de desigualdad aporta una mirada relacional que pone en relieve que la pobreza no puede explicarse solo a partir del análisis de los pobres, sino que, para comprenderse debe de observarse como parte del conjunto de la estratificación social y de sus mecanismos de reproducción o cambio. La reproducción de la pobreza está vinculada con la reproducción de la desigualdad social y la ausencia de igualdad de oportunidades.

Una revisión de la bibliografía de los estudios de pobreza crónica y de movilidad social intergeneracional revela puntos de encuentro importantes que sugieren la posibilidad de un diálogo fructífero entre ambos campos de conocimiento que contribuya a investigar la movilidad ocupacional intergeneracional de los individuos u hogares en condición de pobreza. Acorde con estos fines analíticos se privilegiaron seis dimensiones que se consideran relevantes como parte de un abordaje para el estudio de este fenómeno: el análisis de procesos intergeneracionales, la interacción entre el individuo (u hogar) y la estructura de oportunidades, la centralidad del trabajo y los mercados laborales, el rol de la educación, los determinantes sociodemográficos y la acción del Estado. Estas dimensiones se describen en los siguientes apartados⁵.

El análisis de procesos intergeneracionales

Ambos enfoques comparten el interés por explicar un fenómeno de carácter intergeneracional a partir del análisis de los recursos (de diverso tipo) que se transmiten de la familia de origen a los hijos y que están vinculados con la posición social y, por tanto, con su posibilidad de acceso a oportunidades de vida o a bienestar.

En el caso de los estudios sobre pobreza, los esfuerzos por explicar sus causas y manifestaciones han puesto luz sobre su dinámica y han permitido diferenciar entre los hogares que experimentan la pobreza de forma transitoria y los que la padecen de forma crónica. La pobreza crónica se define como pobreza que se experimenta por un período extendido de tiempo o incluso durante toda la vida (CPRC, 2004; Shepherd, 2007)⁶ y uno de sus principales rasgos es que se hereda de los padres a los hijos «como un complejo de factores negativos y positivos

5 Los enfoques teóricos revisados tanto de pobreza crónica como de movilidad social tienen diferencias entre sí y hacen énfasis distintos sobre los factores que intervienen en los fenómenos estudiados. Sin embargo, se retoman los aspectos que son útiles para el análisis que aquí se propone.

6 No existe un consenso sobre el período de tiempo después del cual se considera que un hogar es pobre crónico.

que afectan las probabilidades de que un niño experimente la pobreza» (Moore, 2005: 12). Como sugieren Gottschalk, McLanahan y Sandefur (2001 [1994]), la investigación sobre pobreza intergeneracional puede verse como parte de un conjunto más amplio de investigación sobre los efectos que tienen los antecedentes familiares en el logro social y económico de los individuos en la adultez. La pobreza crónica y su transmisión intergeneracional son, entre las formas en que se presenta esta condición, las que más enfáticamente hacen visible la existencia de procesos de reproducción social que están ligados a las estructuras de desigualdad de la sociedad.

Los distintos enfoques que buscan explicar la generación y persistencia de la pobreza resaltan la importancia que tiene la posesión de recursos o activos por parte de los hogares y personas. El «portafolio» de recursos o activos que tenga un hogar es fundamental para entender tanto su vulnerabilidad a caer en pobreza (si no son pobres) o a reproducir la pobreza intergeneracionalmente, como sus estrategias y oportunidades de sobrevivencia y de mejora de condiciones de vida. La reproducción de la pobreza se relaciona con la transmisión de recursos asociados con esta condición de las generaciones mayores a las más jóvenes.

Las transferencias entre generaciones pueden ser positivas o negativas (por ejemplo, desnutrición, analfabetismo y discriminación de género) e involucran distintos tipos de recursos (Moore, 2001 y 2005). Mientras que algunos mencionan la importancia de los recursos materiales y humanos como son el acceso a la comida necesaria para asegurar un mínimo nutricional, a servicios de salud, a educación, a sanitarios y agua potable, y a un empleo o medios para obtener ingresos monetarios (Sen, 1981; Drèze y Sen, 1989 y 1995; Sen, 1999; CPRC, 2004; Barrett y McPeak, 2006), otros autores incluyen los recursos sociales (relaciones sociales o capital social), culturales (valores y símbolos de estatus o identidad) y naturales (Kaztman y Filgueira, 1999; Moore, 2001 y 2005; Gough, McGreggor y Camfield, 2006).

Los estudios sobre movilidad social intergeneracional, por su parte, buscan comprender la transmisión de la desigualdad, o de las ventajas y desventajas socioeconómicas, de una generación a la siguiente (Ganzeboom, Treiman y Ultee, 1991). Su mirada se circunscribe fundamentalmente a la (des)igualdad de oportunidades existente en una sociedad. Una sociedad con igualdad de oportunidades equivaldría, en su forma más pura, a la ausencia de asociación entre los orígenes y destinos sociales de los individuos. Para analizar este tema, los estudios de movilidad social investigan la relación entre las características adscritas de los individuos (fundamentalmente las características

socioeconómicas de su hogar de origen) y sus logros (principalmente ocupacionales y educativos) (Breen y Jonsson, 2005).

Desde esta lógica, la teoría sobre movilidad social aborda el rol que ejercen los recursos de una generación (materiales, sociales, culturales, genéticos), en el contexto institucional de la sociedad, en moldear el logro educativo y ocupacional (principalmente) de la siguiente generación. Se identifican dos procesos determinantes en la asociación entre origen y destino social, los cuales son mediados por los arreglos institucionales: el grado en que se transmiten los recursos de una generación a la siguiente (la relación entre el origen social y los recursos que tiene un individuo) y el retorno de los recursos ligado a la importancia de su rol en el proceso de logro de estatus (la asociación entre los recursos del individuo y su destino social) (Breen y Luijkx, 2004).

En ambos campos de conocimiento se ha evidenciado que origen no es necesariamente destino, es decir, un niño pobre no será forzosamente un adulto pobre, aunque exista una alta probabilidad de que lo sea, dependiendo de su contexto de vida (Moore 2001 y 2005; Hout y Di Prete, 2006; Bird, 2007). Se ha demostrado que coexisten factores que favorecen la movilidad social, con aquellos que apuntalan la reproducción social. Los estudios comparativos de movilidad social han hecho visible que las diferencias en la desigualdad de oportunidades laborales entre distintos países, y por tanto la probabilidad de debilitar la asociación entre origen y destino social, se relacionan con las particularidades históricas, institucionales, económicas y de políticas estatales de cada contexto (Hout y Di Prete, 2006).

El individuo (u hogar) en el contexto de una estructura de oportunidades

Los dos enfoques reconocen la importancia de la estructura social, económica e institucional en la definición de la estructura de oportunidades en la cual los individuos y hogares se desenvuelven para obtener acceso a recursos y a oportunidades de vida. Asimismo, evidencian el rol del individuo como actor social, pero que vive su vida en un contexto que delimita sus decisiones y acciones.

Distintas propuestas analíticas que buscan explicar la pobreza crónica coinciden en que su transmisión intergeneracional está influida por la situación individual o del hogar y su interacción (generalmente en términos de desigualdad) con ámbitos de mayor nivel de agregación (desde lo comunitario hasta lo global), principalmente los contextos sociales, culturales, políticos, económicos, normativos e institucionales (Sen, 1981; Drèze y Sen, 1989; Moore, 2001; CPRC, 2004; Moore, 2005; Bird, 2007). En palabras de Bird (2007: iv), las características a nivel individual «se combinan con factores contex-

tuales y estructurales para influir las respuestas individuales y de los hogares a los choques y oportunidades durante el curso de vida». Las estructuras sociales influyen de forma significativa sobre la transformación de recursos en capacidades y sobre la agencia de las personas para conseguir su bienestar y participar en la sociedad (Newton, 2007). Asimismo, se señala que dichas causas, sus manifestaciones y circunstancias son heterogéneas y, aunque hay factores y procesos comunes, varían en sus especificidades en distintos contextos.

Kaztman y Filgueira (1999), por su parte, desde el contexto latinoamericano, proponen el enfoque de activos-estructura de oportunidades para analizar la pobreza y la vulnerabilidad. En él se conjugan los niveles micro y macro al plantear la relevancia de considerar la posesión de recursos y activos (físicos, financieros, humanos y sociales) de los hogares, pero en el marco de la estructura de oportunidades disponible para ellos⁷. Dicha estructura, dicen, varía según el contexto nacional y el momento histórico, y está definida por el mercado, el Estado y la sociedad (familia, comunidad y sociedad civil organizada, principalmente), que son las tres fuentes principales de acceso al bienestar que configuran la dinámica de producción y distribución de activos⁸.

Por su parte, Sen, a partir de su enfoque de titularidades, destaca que el conjunto de bienes (o los conjuntos alternativos de bienes) sobre el que un individuo podrá tener propiedad depende de su dotación inicial y de lo que logre obtener en el mercado a cambio de los recursos de su propiedad⁹. Así, la distribución de bienes en una sociedad estará influida, entre otros factores, por la forma en que la sociedad está organizada, principalmente por la estructura de clases y las re-

7 Definen la estructura de oportunidades como las «probabilidades de acceso a bienes, a servicios o al desempeño de actividades [...] que] inciden sobre el bienestar de los hogares, ya sea porque permiten o facilitan a los miembros del hogar el uso de sus propios recursos o porque les proveen recursos nuevos» (Kaztman y Filgueira, 1999: 9).

8 Filgueira (2001b: 19) incluso sugiere utilizar el enfoque activos-estructura de oportunidades para reformular el enfoque de los estudios de estratificación. Menciona que «[t]odo sistema de estratificación puede ser visto como una 'estructura de oportunidades' o lo que es lo mismo, como una distribución de oportunidades para el acceso a posiciones sociales diferencialmente evaluadas».

9 Aunque el enfoque de capacidades es el más conocido e influyente de Sen en la actualidad, en el ámbito de reflexión del presente capítulo cobra relevancia el enfoque de titularidades que Sen (1981) y Drèze y Sen (1989) desarrollaron en torno al análisis de las hambrunas y que también puede utilizarse para entender las causas de la pobreza. Las titularidades son los medios que sirven para alcanzar los funcionamientos y expandir las capacidades, es decir, los factores que determinan la relación de propiedad que las personas tienen con los distintos bienes que están ligados a su bienestar (Sen, 1981 y 1999).

laciones entre ellas, la posición del individuo en dicha estructura, su posición ocupacional, su lugar al interior del hogar, el modo de producción y las características de la economía en que viva, el sistema de seguridad o bienestar del Estado, las leyes, las normas sociales y las instituciones políticas (Sen, 1981; Drèze y Sen, 1989). Desde esta perspectiva, la pobreza se genera por problemas distributivos ligados a factores institucionales, sociales, económicos, normativos y de poder que llevan a que un individuo no tenga propiedad o acceso a los recursos suficientes para evitar la pobreza (Sen, 1981).

Por su parte, los estudios sobre movilidad social intergeneracional tienen su motivación en la búsqueda de la relación entre la estratificación o estructura de desigualdad de la sociedad y las posibilidades que tienen los individuos o familias de moverse entre posiciones sociales (Mare, 2001). En su búsqueda por dilucidar qué tan abierta (o rígida) es una sociedad, es decir, qué tanto pesan las condiciones de origen de un individuo sobre sus condiciones de destino, intenta comprender la forma en que, en el marco de la estructura social, se distribuyen los recursos entre sus miembros a través de las generaciones. Como resaltan Breen y Luijkx (2004) los resultados a nivel macro social (como, por ejemplo, los patrones de movilidad social y la desigualdad de oportunidades) se derivan de las acciones e interacciones entre personas y organizaciones que se dan dentro del contexto institucional, el cual, a su vez, también es resultado de acciones e interacciones. Si bien el abordaje analítico de estos estudios típicamente ha otorgado un mayor peso a los factores estructurales, algunas vertientes analíticas se centran en el análisis a nivel individual y, sobre todo recientemente, se ha buscado poner mayor atención a la importancia de los procesos de decisión y acción de los individuos.

La centralidad del trabajo y los mercados laborales

Como se ha mencionado previamente, es común a los estudios de pobreza crónica y de movilidad social el otorgar un lugar privilegiado al trabajo como factor mediador en la satisfacción de necesidades, logro de capacidades o de bienestar (en el caso de los primeros) o en el proceso de movilidad social y logro de estatus (en el caso de los segundos).

En los estudios sobre pobreza, el trabajo y la actividad productiva aparecen sistemáticamente como uno de los principales medios que tienen los hogares pobres para obtener los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades, desarrollar sus capacidades y bus-

car mejorar sus condiciones de bienestar. Por ello, se reconoce que los mercados laborales tienen un papel fundamental en moldear las oportunidades laborales de este sector de la población y sus probabilidades de salir (o no) de la pobreza (Kaztman y Filgueira, 1999) y, entre las acciones de política que se sugieren se encuentran aquellas vinculadas con el crecimiento económico distributivo, con la generación y acceso a empleos o actividades productivas, y con mejoras en las condiciones laborales.

En el caso de los estudios de movilidad social, el predominio de los análisis de movilidad ocupacional se explica por la centralidad que se asigna a la división del trabajo como eje de la desigualdad social y la estratificación (Ganzeboom y Treinman, 1996). Se reconoce el rol del trabajo como integrador de la sociedad y como uno de los principales medios para lograr el bienestar mediante las retribuciones y distribución de recursos que se derivan de él. Un supuesto básico es que la estructura ocupacional resume la estructura de distribución de una sociedad y, por tanto, la distribución de las oportunidades de vida, y que la producción y reproducción de jerarquías y desigualdades pueden aprehenderse mediante el estudio de la distribución de oportunidades laborales (Solís, 2005).

Como señalan Hauser y Warren (2001 [1997]) a favor de un análisis ocupacional de la movilidad, el trabajo es uno de los roles sociales más importantes de la mayoría de adultos fuera de su familia, informa sobre las habilidades técnicas y sociales que las personas llevan al mercado laboral, y determina las oportunidades económicas actuales y futuras de las personas¹⁰.

Dado lo anterior, los estudios de movilidad también han apuntado a la importancia de los mercados de trabajo como una de las instituciones que más inciden sobre los procesos de estratificación y movilidad social, ya que ahí se definen las oportunidades laborales a las que las personas pueden (o no) acceder. Las particularidades de dichos mercados inciden sobre la oferta laboral y se manifiestan tanto como cambios estructurales vinculados con la creación y destrucción de empleos en distintos sectores de la economía y posiciones de la estructura social, como con relación a las condiciones de trabajo asociadas a dichos empleos. En el marco del debate en torno a la flexibilidad laboral que se

10 Asimismo destacan que la mayor parte de individuos adultos se encuentran en el mercado de trabajo y, por tanto, es posible caracterizarlos en cuanto a su ocupación, así como que la información sobre trabajo y ocupación tiene menos problemas de recolección, confiabilidad y estabilidad que el ingreso o la riqueza (Hauser y Warren, 2001 [1997]).

ha dado a raíz de la reestructuración productiva de la era posindustrial, los estudios de movilidad social han encontrado que los mercados laborales con fuerte protección a los trabajadores y altos salarios mínimos protegen a la población contra la pobreza y hacen más lento el crecimiento de la desigualdad salarial (Hout y Di Prete, 2006)¹¹.

El rol de la educación

Tanto en los estudios intergeneracionales de pobreza como en los de movilidad, se identifica a la educación como factor para el cumplimiento de las necesidades y capacidades de los individuos (en el caso de los enfoques sobre pobreza), así como un determinante de sus resultados laborales (en el caso de ambos enfoques).

Distintos enfoques de análisis de la pobreza crónica coinciden en que la escolaridad, así como el estado de salud y nutrición, tiene un rol privilegiado ya sea en la generación de la pobreza y su transmisión intergeneracional, o en facilitar la ruptura de dicho ciclo. En el enfoque de capacidades, por ejemplo, se considera que la educación y la salud pueden aportar a expandir la libertad de una persona, tanto por su importancia intrínseca como logros (estar educado y saludable), como por su rol como medios para lograr otros objetivos individuales valiosos (como conseguir un empleo o ingreso), fomentar la productividad económica, alcanzar objetivos sociales, o para fomentar el empoderamiento (Drèze y Sen, 1995).

Dentro de los estudios de movilidad social, los análisis de logro de estatus ocupacional han mostrado que la educación es el factor de mediación que mayor peso tiene en el proceso de logro ocupacional (Blau y Duncan, 2001[1967]; Hout y Di Prete, 2006). Sin embargo, los resultados empíricos han rechazado la tesis que veía a la educación como una institución neutra que, de forma automática, generaba igualdad de oportunidades al sustituir el valor de la adscripción por el del mérito. Se ha constatado que la educación puede operar tanto a favor de la movilidad ascendente como de la reproducción intergeneracional del estatus. Numerosos trabajos muestran que las características de la familia de origen (estatus socioeconómico, educación, capital cultural, redes sociales y motivación de los padres) están asociadas con el destino educativo y, a su vez, con el ocupacional (Breen

11 Esto es consistente con los hallazgos de los estudios sobre mercados laborales que han documentado que la flexibilidad laboral ha generado un deterioro de la calidad de vida de los trabajadores, relacionado con una mayor inestabilidad e inseguridad laboral (respecto a su empleo, al tipo de trabajo y a su inserción en el mercado laboral) y con el incremento de la precariedad de las condiciones de los puestos de trabajo (De la Garza, 2000; Weller, 2000; Filgueira, 2001a; Tokman, 2004; García, 2007).

y Jonsson, 2005). El peso relativo de los factores de reproducción y de cambio (estructural e individual) puede variar entre las sociedades.

Se ha constatado también que las características del sistema educativo y su grado de vinculación con el mercado de trabajo tienen una clara incidencia en los resultados educativos y laborales de los individuos (Kerckhoff, 1995; Shavit y Müller, 1998). Asimismo, existe consenso entre los resultados de movilidad ocupacional en que se observa una tendencia a la reducción en la asociación entre el logro educativo y el destino ocupacional (Breen y Luijkx, 2004; Goldthorpe, 2005)¹². Una explicación está en lo que Boudon (1980: 10) identificó como la neutralización de «los efectos positivos sobre la movilidad social que podrían esperarse razonablemente de la democratización escolar» debido a que cada vez se requiere una mayor inversión escolar individual para adquirir un nivel dado de estatus socio-profesional. Ello coincide con la visión de la educación como un bien «posicional», que se refiere a que «lo que importa, en cuanto a los retornos al empleo, no es la cantidad de educación que tienen los individuos, sino la cantidad relativa respecto a sus competidores en el mercado laboral» (Hirsch en Goldthorpe, 1996: 494).

Otro efecto inesperado de la expansión educativa puede estar en que, en la valoración del mercado laboral, las diferencias relacionadas con la calidad educativa podrían haber reemplazado en importancia a la cantidad de educación, lo cual es crucial en sociedades con sistemas educativos segmentados y con heterogeneidad en la calidad educativa, en los que el acceso a escuelas de mayor calidad está determinado por el origen social (Breen y Jonsson, 2005; Kerbo, 2006). Esto evidencia que no existe una relación simple entre más educación y menos pobreza o más movilidad social en términos ocupacionales.

Los determinantes sociodemográficos

Los procesos intergeneracionales tanto de reproducción de pobreza como de movilidad social son necesariamente multidimensionales. Por ello, no es sorprendente que los análisis de ambos reconozcan dicha multidimensionalidad y resalten la importancia de las características familiares e individuales en la determinación de los procesos de pobreza y movilidad social.

Como se refirió anteriormente, diversos análisis sobre pobreza resaltan cómo los factores del nivel macroestructural, que definen el acceso

12 Breen y Luijkx (2004) resaltan el rol menor de la educación en comparación con el que juegan un conjunto de factores adicionales que relacionan orígenes y destinos ocupacionales.

desigual al conjunto de recursos y capacidades que se relacionan con la generación y reproducción de la pobreza, interactúan con otros del nivel microsocial que están relacionados con características de los individuos o familias. Entre ellos se mencionan, por ejemplo, los recursos individuales y del hogar, la condición étnica o racial, el sexo, las capacidades de los individuos, la vulnerabilidad y el riesgo ante choques externos, la resiliencia de las familias para sostener sus medios de vida o superar situaciones adversas y la agencia individual y colectiva (CPRC, 2004).

Aunado a esto, se hace énfasis en la importancia de considerar los efectos que los factores determinantes de la pobreza tienen en las distintas etapas del curso de vida. Se identifican tres etapas cruciales en las cuales se puede incidir ya sea negativamente, creando irreversibilidades, o positivamente favoreciendo las posibilidades de salida: el crecimiento en el útero, la niñez y la juventud. Algunos de los factores que contribuyen a la reproducción de la pobreza en estas etapas son: los bajos niveles de desarrollo cognitivo y de educación, la mayor probabilidad de embarazo temprano, y la incapacidad de los mercados de trabajo para absorber la inserción laboral de los jóvenes (Moore, 2005; Sheperd, 2007).

En el ámbito de los estudios de movilidad social, se considera a la familia como una institución que incide de manera importante sobre los procesos ocupacionales de los individuos, pues constituye su origen social y una de sus principales fuentes de recursos. Asimismo, el sexo, la raza, y la etnia se identifican como factores adscritos, típicamente correlacionados con la desigualdad, tanto a nivel individual y familiar como social, que se relacionan con el origen social e inciden en la composición de los recursos con que cuentan las personas y hogares (Hout y Di Prete, 2006). Como refiere Grusky (2001), diversos autores han destacado estos factores como las nuevas fuerzas de estratificación. No obstante, aunque han sido retomados en distintos trabajos de movilidad, con excepción del sexo no se han estudiado de forma sistemática (Hout y Di Prete, 2006)¹³.

La acción del Estado

Tanto los estudios sobre pobreza crónica como aquellos sobre movilidad social reconocen que los procesos de reproducción social inter-

13 La mayoría de los estudios que han incluido tanto varones como mujeres encuentran que las relaciones de género son un factor relevante para explicar la movilidad ocupacional. Esto se atribuye a la existencia de segregación ocupacional por sexo, la cual difiere en su patrón entre las sociedades, pero está presente de forma universal. De acuerdo con Breen y Jonsson (2005) los estudios muestran de forma consistente que las mujeres experimentan mayor movilidad social que los hombres.

generacional están marcados por el rol de las instituciones, entre las cuales el Estado tiene un rol importante, pues sus acciones tienen una gran incidencia en la conformación de la estructura de oportunidades.

Diversos estudios sobre pobreza destacan la relevancia de que el Estado tenga un rol activo para garantizar la expansión de oportunidades y de capacidades, o bienestar social (Drèze y Sen, 1989 y 1995, CPRC, 2004). Kaztman y Filgueira (1999), por ejemplo, sostienen que el debilitamiento del Estado que se dio en las últimas décadas del siglo pasado en América Latina resultó en el resquebrajamiento de la estructura de oportunidades y del bienestar de la población en distintas dimensiones, incluyendo la precarización del trabajo y su papel en el acceso al bienestar. Ellos abogan por fortalecer la acción del Estado que constituye la única institución facultada para regular el mercado (incluyendo el mercado laboral) y la sociedad, y para vincular ambas esferas.

Si bien los estudios de movilidad social no han incursionado lo suficiente en el análisis de las instituciones, estructuras y políticas del Estado (Tranby, 2006), diversos hallazgos las señalan como un factor que incide en los procesos de estratificación y movilidad social y que es determinante en lograr la igualdad de oportunidades. Las políticas estatales pueden incidir ya sea al aumentar los recursos a los que tiene acceso un individuo o al incrementar el retorno que pueden obtener por ellos en el mercado. Por ejemplo, pueden influir por medio de su reglamentación fiscal y laboral, sus programas de desarrollo y bienestar social (por ejemplo, sus políticas de familia, de seguridad social, de protección social, de educación), las políticas económicas y las contrataciones directas de personal en las instituciones públicas o las empresas para-estatales, entre otras acciones (Hout y Di Prete, 2006).

Los análisis empíricos han encontrado una asociación entre estados de bienestar fuertes y la existencia de sociedades con mayor igualdad de oportunidades, lo cual lleva a argumentar que dicha igualdad no es consecuencia inmediata de la modernización, como planteaban algunas tesis, y que las políticas públicas sí pueden modificar la herencia intergeneracional. La explicación recae en que estos estados no confían primordialmente en el mercado para la distribución de bienes sociales, sino que llevan a cabo políticas redistributivas que buscan explícitamente contrarrestar la desigualdad y logran proteger a la población de la pobreza y de eventos negativos (como el desempleo o retiro, por ejemplo) que podrían generar movilidad descendente (Erikson y Goldthorpe, 1992; Breen y Luijkx, 2004; Beller y Hout, 2006; Sorensen, 2006).

Apuntes sobre el análisis de la movilidad ocupacional intergeneracional de individuos u hogares en condiciones de pobreza crónica

Un análisis de la movilidad ocupacional intergeneracional de la población en condiciones de pobreza crónica se centraría en observar la relación entre el origen social y el destino ocupacional de este sector de la población mediante el estudio de sus tasas y patrones de movilidad, de la desigualdad de oportunidades laborales a la que se enfrentan y de los principales factores determinantes de su proceso de logro de estatus ocupacional. Con base en lo descrito en la sección anterior, dicho análisis enfatizaría: a) los procesos intergeneracionales y la forma en que los factores adscritos y los recursos a los que tienen acceso los individuos u hogares inciden en estos procesos; b) la vinculación entre el individuo (u hogar) y la estructura de oportunidades en que se desenvuelve y que define sus posibilidades y construcciones; c) la centralidad del trabajo como medio para alcanzar oportunidades de vida o bienestar y de la posición ocupacional como factor de estratificación social; d) la educación como uno de los factores mediadores más importantes en el proceso de estratificación ocupacional; e) la importancia de otros factores adscritos en dicho proceso, como son el sexo, la condición étnica o raza, y la edad; y f) el rol de las instituciones, fundamentalmente del Estado, en moldear la estructura de oportunidades en la cual se dirimen los procesos de (in)movilidad social y de reproducción o ruptura del ciclo de pobreza.

Para llevar a cabo un estudio como el que se sugiere, resulta útil hacer uso de las herramientas analíticas, metodológicas y técnicas de los estudios de movilidad ocupacional. En particular, se destacan dos vertientes analíticas posibles que conformaron lo que Ganzeboom, Treiman y Ultee (1991) y Treiman y Ganzeboom (1998) identificaron como las tres primeras generaciones de estudios sobre estratificación y movilidad social que se desarrollaron durante la segunda mitad del siglo XX (y se siguen realizando) en naciones industrializadas y también en países en desarrollo, incluyendo algunos latinoamericanos¹⁴.

La primera vertiente se centra en el análisis de las tasas y los patrones de movilidad ocupacional intergeneracional de las sociedades

14 En tiempos recientes se ha reavivado el estudio de movilidad social en América Latina, después de un periodo de abandono. Algunos estudios actuales de movilidad ocupacional que pueden citarse son: Costa-Ribeiro y Scalón (2001), Torche y Wormald (2004), Solís (2005 y 2007), Torche (2005 y 2010), Cortés, Escobar y Solís (2007), Jorrat (2008), Solís y Cortés (2009) y Benza (2012).

con la intención de describir el fenómeno a nivel macrosocial y, la segunda, se enfoca en el estudio de los determinantes del logro de estatus ocupacional individual con el propósito de explicar el proceso de estratificación microsocial que está detrás del régimen de movilidad de la sociedad (Ganzeboom, Treiman y Ultee, 1991; Erikson y Goldthorpe, 1992; Treiman y Ganzeboom, 1998; Erikson y Goldthorpe, 2001 [1992]; Breen, 2004a). Los hallazgos de ambos tipos de aproximaciones pueden ser muy relevantes tanto para la comprensión de los procesos de herencia social que experimentan los hogares en pobreza, como para informar políticas que busquen ampliar la igualdad de oportunidades laborales.

En el caso de la primera vertiente, el análisis giraría en torno a conocer las tasas y patrones de movilidad (incluyendo la desigualdad de oportunidades laborales), no de la sociedad en su conjunto como típicamente hacen los estudios de movilidad, sino específicamente del sector de la población que se ubica en la base de la jerarquía social. Con ello sería posible conocer con mayor detalle para los individuos u hogares en condiciones de pobreza, los cambios intergeneracionales que han experimentado, el patrón de movilidad ocupacional que siguen y la desigualdad de oportunidades laborales a la que se enfrentan.

La segunda vertiente, por su parte, se abocaría al estudio de los procesos de logro de estatus ocupacional a nivel individual, lo cual haría posible develar la incidencia (y su magnitud) de distintos factores sobre los desenlaces laborales de los individuos provenientes de hogares en condiciones de pobreza. Este análisis se basa en el modelo de logro de estatus propuesto inicialmente por Blau y Duncan (2001 [1967]) a finales de la década de los sesenta para estudiar la influencia del origen social (factores adscritos, como el estatus ocupacional del padre) sobre el logro ocupacional de los individuos, mediado por factores no adscritos (como la educación del individuo y el estatus de su primera ocupación). Las reflexiones en torno a este tipo de modelos han dejado ver la importancia de incorporar variables adicionales a las propuestas originalmente para lograr una mejor comprensión del proceso de estratificación ocupacional, tales como: variables psicosociales (Sewell, Haller y Portes, 2001 [1969]) factores institucionales relacionados con las instituciones educativas y del mercado laboral (Kerckhoff, 1995) y variables relacionadas con recursos sociales (redes o capital social) (Lin, 1999; Kerbo, 2006).

Para realizar dichos análisis, es posible y deseable hacer uso de las herramientas técnicas, fundamentalmente estadísticas, que se han desarrollado para la investigación sobre movilidad ocupacional inter-

generacional¹⁵. En el caso de la primera vertiente, comúnmente se realizan análisis de tablas de movilidad ocupacional (las cuales utilizan variables ocupacionales categóricas para representar la situación de origen y de destino de los individuos u hogares)¹⁶ para observar las tasas de movilidad y se aplican modelos loglineales a dichas tablas para analizar los patrones de movilidad y la desigualdad de oportunidades laborales¹⁷. Los análisis pueden realizarse distinguiendo por sexo, condición étnica, edad, acceso a ciertos beneficios sociales, u otro tipo de diferenciación que se considere relevante según el propósito de la investigación.

En la segunda vertiente, se utilizan modelos de análisis de trayectorias o senderos para estudiar la incidencia de los diversos factores en el proceso de logro de estatus ocupacional de los sujetos de estudio y la unidad de análisis es el individuo¹⁸. Dichos modelos utilizan primordialmente variables continuas que representan factores que inciden sobre el logro ocupacional de la persona (medida por un índice de estatus socioeconómico de su ocupación), como pueden ser: el estatus socioeconómico de la ocupación de los padres, la escolaridad de los padres, la escolaridad del sujeto de estudio, el estatus socioeconómico de la primera ocupación del sujeto de estudio, un índice de acceso a redes sociales, el acceso a políticas gubernamentales, entre otros. Al igual que con la primera vertiente, se pueden incorporar al análisis variables sociodemográficas que se consideren relevantes, aunque su inclusión dependerá en buena medida de la información que se encuentre disponible.

Yaschine (2012) aplicó un enfoque como el que aquí se sugiere para estudiar la movilidad ocupacional intergeneracional de un conjunto de jóvenes perteneciente a hogares rurales en condiciones de

15 Si bien los estudios de movilidad social han sido dominados por los análisis estadísticos, estos se beneficiarían del uso de métodos cualitativos que contribuirían a entender con mayor profundidad los procesos de reproducción intergeneracional. Véase Bertaux y Bertaux-Wiame (1997) y Bertaux y Thompson (1997).

16 Comúnmente se utiliza la ocupación del padre a los 14 o 15 años del sujeto de estudio para representar el origen social y la ocupación actual del sujeto de estudio para representar el destino.

17 Los modelos loglineales controlan los cambios demográficos y de la estructura productiva y así permiten observar el patrón y fuerza de la asociación entre los orígenes y destinos ocupacionales (la desigualdad de oportunidades laborales) neta de los efectos de estructurales. Véase Knocke y Burke (1980), Hout (1983), Erikson y Goldthorpe (1992), Powers y Xie (2000), Breen (2004b), Agresti (2007) y Boado (2010).

18 El análisis consiste en la estimación de un sistema de regresiones lineales (en vez de una regresión única) que permite observar la dirección y fuerza de la relación entre las variables incluidas en la estructura explicativa de un fenómeno. Véase Asher (1983), Blau y Duncan (2001 [1967]b) y Foster, Barkus y Yavorsky (2006).

pobreza crónica en México y estimar el impacto del programa Oportunidades sobre estos desenlaces. El grupo de estudio se integró por jóvenes de 18 a 24 años que pertenecen a la primera cohorte de beneficiarios de Oportunidades en zonas rurales y que se encontraban insertos en el mercado de trabajo.

En el marco de dicha investigación, se utilizaron las dos vertientes analíticas referidas¹⁹. En el caso de la primera, con base en un esquema categórico de estratificación ocupacional adaptado para México, se construyeron tablas de movilidad ocupacional intergeneracional para el grupo agregado y diferenciando por sexo, por condición étnica, por condición de migración (si habían emigrado o no de su lugar de origen), y por el tiempo en que habían recibido beneficios de Oportunidades²⁰. El análisis descriptivo de las tablas de movilidad mostró tasas de movilidad intergeneracional (principalmente movilidad ascendente) de alrededor de la mitad de los jóvenes y evidenció tasas más altas para las mujeres (en comparación con los varones) y los emigrantes (en comparación con los que no emigraron).

Los hallazgos resultantes de la aplicación de modelos loglineales a las tablas de movilidad indicaron que la movilidad intergeneracional de este grupo se explica principalmente por los cambios estructurales sucedidos en la sociedad mexicana y que la asociación entre los orígenes y destinos de estos jóvenes está marcada prioritariamente por el peso de la herencia ocupacional. Esto es, la desigualdad de oportunidades laborales es un factor que condiciona fuertemente sus desenlaces ocupacionales. Sin embargo, lo hace menos en el caso de las mujeres y los emigrantes. Al considerar la intervención de Oportunidades, los resultados mostraron que el programa no ha tenido impacto sobre la desigualdad de oportunidades laborales de los jóvenes estudiados²¹.

La aplicación de la segunda vertiente analítica supuso la construcción de modelos de logro de estatus ocupacional para: el grupo de

19 El análisis fue posible gracias al acceso a información estadística sobre el grupo de estudio que incluía datos de: las características de su hogar de origen; la ocupación y escolaridad de sus padres en la actualidad; la ocupación del padre cuando el sujeto de estudio tenía 15 años; la edad, el sexo, la condición étnica, la condición de migración, la escolaridad y la ocupación actual de los sujetos de estudio; y el tiempo de incorporación de los sujetos de estudio al programa Oportunidades.

20 Respecto a esta última diferenciación, se distinguieron dos grupos: en promedio, el primero había recibido diez años de beneficios por parte de Oportunidades y, el segundo, había sido beneficiario tres años.

21 La estimación del impacto de Oportunidades supuso la aplicación de métodos adicionales, cuya descripción rebasa el alcance de este trabajo. Véase Yaschine (2012).

jóvenes agregados, varones, mujeres, indígenas, no indígenas, emigrantes y no emigrantes. Los modelos se estimaron mediante la técnica de análisis de trayectorias y se incluyeron como determinantes en el proceso de logro ocupacional de los jóvenes: el estatus ocupacional del padre (a los 15 años del hijo), la escolaridad del padre y de la madre, la edad del sujeto de estudio, y su escolaridad. No fue posible incluir otras variables relevantes referidas en la bibliografía (como redes sociales o aspectos psicosociales) debido a las limitaciones de la información disponible.

Los resultados del análisis mostraron, como se ha documentado en la bibliografía internacional, que coexisten factores adscritos y no adscritos en la determinación del logro ocupacional de este grupo. La educación del sujeto de estudio es el factor que, por su cuenta, más incide sobre el desenlace, pero los factores adscritos en su conjunto (ocupación del padre y escolaridad de los padres) tienen un peso semejante. En el caso de las mujeres (en comparación con los hombres) y de los emigrantes (en comparación con los no emigrantes), la ocupación del padre tiene un menor grado de influencia, indicando una menor herencia ocupacional en congruencia con los hallazgos de la primera vertiente.

En resumen, el análisis de las tasas y patrones de movilidad ocupacional intergeneracional, de la desigualdad de oportunidades laborales y del proceso de logro de estatus en el ámbito laboral de estos jóvenes con orígenes en hogares en condiciones de pobreza, hizo posible identificar que: a) un sector importante de este grupo desempeña ocupaciones de mayor nivel jerárquico que sus padres, pero ello no se explica por una reducción en la asociación entre sus orígenes y destinos, sino fundamentalmente por los cambios estructurales del país; b) la herencia ocupacional es el factor más importante para explicar la asociación entre sus orígenes y destinos laborales, lo cual habla de una alta desigualdad de oportunidades laborales; c) la educación sí es el factor más determinante en el logro de su estatus ocupacional, pero los factores adscritos en su conjunto tienen una incidencia similar; d) hay diferencias por sexo y condición de migración (mas no por condición étnica) en la movilidad ocupacional, la desigualdad de oportunidades y el proceso de logro ocupacional que indican que la estructura de oportunidades ofrece opciones distintas para las mujeres y los emigrantes (debido a la segmentación del mercado laboral por sexo y a las mejores condiciones de inserción laboral en los destinos de emigración); y e) el programa Oportunidades no tiene un impacto sobre la desigualdad de oportunidades laborales de este grupo²².

22 Yaschine (2012) estimó el impacto de Oportunidades sobre el estatus ocupacional

En correspondencia con las seis dimensiones analíticas desarrolladas en la sección anterior, los hallazgos hacen observable: a) algunas características del proceso de reproducción intergeneracional de un sector de la población mexicana que vive en condiciones de pobreza crónica; b) la relación del individuo con elementos que configuran su estructura de oportunidades como, por ejemplo, el régimen de movilidad social, el contexto de inserción laboral, la segmentación del mercado laboral por sexo, los beneficios de un programa social; c) la relevancia del trabajo y de la posición ocupacional como indicador de acceso al bienestar; d) la educación como factor central en la determinación del desenlace ocupacional; e) la importancia de variables sociodemográficas como el sexo y la condición de emigración, pero no de la condición étnica; f) el rol que puede (o no) tener el Estado mediante sus intervenciones para mejorar las oportunidades laborales de la población.

Estos resultados dibujan un panorama sombrío, aunque con claros oscuros, para este grupo de la población mexicana. Se destacan algunas barreras que existen en la sociedad mexicana para que los individuos provenientes de hogares en condiciones de pobreza accedan, en condición de igualdad de oportunidades, a empleos que les permitan lograr niveles de bienestar mayores y, con ello, superar la pobreza. Se confirma que la educación es un factor que puede apoyar el desempeño laboral de este sector, pero que es solo uno de sus múltiples determinantes, entre los que se cuenta el contexto de inserción laboral que obliga a muchos individuos a emigrar de sus lugares de origen en búsqueda de mejores opciones de vida. En este escenario, las acciones de un programa como Oportunidades resultan insuficientes para reducir la desigualdad de oportunidades laborales que enfrentan los jóvenes estudiados.

Un análisis derivado de un abordaje como este contribuye a dar luz sobre los factores que intervienen en los procesos intergeneracionales en la base de la pirámide social, la relevancia de la dimensión laboral en dichos procesos y el rol que juegan las estructuras de desigualdad en la reproducción de la pobreza. Sin duda, la posibilidad de llevar a cabo estudios en esta línea depende no solo de la relevancia que tenga en contextos específicos, sino de la disponibilidad de información necesaria para realizarlos, lo cual puede llegar a ser una limitante en algunos contextos latinoamericanos.

Asimismo, se deben evidenciar retos adicionales que son propios del análisis de movilidad ocupacional en el contexto actual. En pri-

de los jóvenes y, al igual que en el caso de la desigualdad de oportunidades laborales, no encontró un efecto del programa.

mera instancia, si bien los estudios de movilidad ocupacional intergeneracional han generado conocimientos importantes sobre los patrones macro de transmisión intergeneracional de ventajas y desventajas y han avanzado en la identificación de procesos que moldean la estratificación individual, aún se requiere profundizar más en el estudio de los mecanismos específicos (incluyendo los recursos familiares y los factores institucionales relevantes) que determinan la igualdad de oportunidades laborales (Mare, 200; Breen y Jonsson, 2005). El desafío de explicar con mayor detalle el funcionamiento de los mecanismos causales también persiste para los estudios sobre pobreza intergeneracional.

En segunda instancia, la inestabilidad del mercado laboral y la precarización de los trabajos pueden cuestionar la relevancia de las clasificaciones ocupacionales utilizadas a la fecha en los análisis de movilidad ocupacional, de los esquemas de retribución del trabajo, de la comparación ocupacional intergeneracional y del propio rol del trabajo como fuente de integración y distribución de activos sociales. Esto apuntaría a buscar la forma de incorporar al análisis de movilidad ocupacional los procesos asociados con estos cambios económicos como son la informalidad, la desalarización, la exclusión social y los procesos de migración laboral, los cuales constituyen rasgos particularmente importantes en sociedades como las latinoamericanas (Solís, Cortés y Escobar, 2007).

Reflexiones finales

Este texto propone la conveniencia de vincular abordajes teórico-empíricos que resulten relevantes para investigar problemáticas específicas. Se plantea que el análisis de los procesos intergeneracionales de individuos u hogares en condiciones de pobreza crónica puede beneficiarse del diálogo entre los campos de conocimiento de la pobreza crónica y de la movilidad social intergeneracional. Una interlocución entre ambos cuerpos de conocimiento hace posible aportar a los estudios de pobreza intergeneracional una mirada poco común que permite vincular los procesos de reproducción de la pobreza con aquellos de transmisión intergeneracional de la desigualdad.

En específico, se sugiere que el estudio de la movilidad ocupacional de los individuos u hogares en condiciones de pobreza considere al menos seis dimensiones analíticas que destacan en ambos campos de conocimiento y, asimismo, utilice herramientas metodológicas y técnicas propias de los estudios de movilidad ocupacional. Desde

esta mirada, se pueden investigar las tasas y patrones de movilidad ocupacional, la desigualdad de oportunidades laborales y el proceso de logro de estatus ocupacional de los sujetos de estudio. Con ello, se privilegia el ámbito laboral en reconocimiento a la centralidad del trabajo como fuente de acceso a bienestar y de su relevancia para apuntalar o contrarrestar los procesos de reproducción de la pobreza y la desigualdad.

Con el fin de ejemplificar cómo podría aplicarse una perspectiva analítica como la que se apunta en este capítulo y el tipo de hallazgos que puede arrojar, se expuso de forma muy sintética un caso en el que se estudió la movilidad ocupacional intergeneracional de un grupo de jóvenes provenientes de hogares en condiciones de pobreza en zonas rurales en México.

Aunque se ha evidenciado que la herencia intergeneracional de la pobreza puede romperse, el fenómeno persiste de forma generalizada en las sociedades latinoamericanas. Si bien se ha progresado en el conocimiento de los procesos de reproducción de la pobreza y de la desigualdad, persisten los desafíos por comprenderlos de mejor manera en los distintos contextos nacionales y regionales. Por tanto, la agenda de investigación en este tema debe profundizar la comprensión de los mecanismos específicos y, con ello, contribuir al diseño de estrategias de acción pública más efectivas.

Bibliografía

- Agresti, A. (2007), *An introduction to categorical data analysis*, Nueva Jersey: John Wiley and Sons.
- Asher, H. (1983), «Causal modeling», en *Series on Quantitative Applications in the Social Sciences*, Beverly Hills/Londres: Sage Publications, vol. 3.
- Barrett, Ch. and McPeak, J. (2006), «Poverty and safety nets», en De Janvry, Alain y Kanbur, Ravi (eds.), *Poverty, inequality and development. Essays in honor of Erik Thorbecke*, Nueva York: Springer Science and Business Media.
- Beller, E. and Hout, M. (2006), «Welfare states and social mobility: How educational and social policy may affect cross-national differences in the association between occupational origins and destinations», en *Research in Social Stratification and Mobility*, vol. 24, pp. 353-365.
- Benza, G. (2012), *Estructura de clases y movilidad intergeneracional en buenos aires: ¿el fin de una sociedad de «amplias clases medias»?», Tesis de doctorado, México DF, El Colegio de México.*
- Bertaux, D. and Bertaux-Wiame, I. (1997), «Heritage and its lineage: a case history of transmission and social mobility over five generations», en Bertaux Daniel y Thompson Paul (eds.), *Pathways to social class. A qualitative approach to social mobility*, Oxford: Clarendon Press.
- Bertaux, D. y Thompson, P. (1997), «Introduction», en Bertaux, Daniel y Thompson, Paul (eds.), *Pathways to social class. A qualitative approach to social mobility*, Oxford: Clarendon Press.
- Bird, K. (2007), «The intergenerational transmission of poverty. An overview», en *CPRC Working Paper*, Manchester: CPRC, n.º 99.
- Blau, P. and Otis, D. (2001) [1967], «The process of stratification», en Grusky, David (ed.), *Social stratification in sociological perspective. Class, race and gender*, Colorado: Westview Press.
- Boado, M. (2010), «Re-visión de análisis de tablas e introducción a modelos loglineares», Montevideo, mimeo.
- Bobbio, N. (1993), *Igualdad y libertad*, Barcelona: Paidós.
- Boudon, R. (1980), *Efectos perversos y orden social*, México DF: Premia.
- Breen, R. (2004a), «The comparative study of social mobility», en Breen, Richard (ed.), *Social mobility in Europe*, Oxford: Oxford University Press.
- (2004b), «Statistical methods of mobility research», en Breen, Richard (ed.), *Social mobility in Europe*, Oxford: Oxford University Press.
- (2005), «Foundations of neo-weberian class analysis», en Wright, Erik Olin (ed.), *Approaches to class analysis*, Cambridge: Cambridge University Press.
- and Jonsson, J. (2005), «Inequality of opportunity in comparative perspective: Recent research on educational attainment and social mobility», en *Annual Review of Sociology*, vol. 31, pp. 223-243.
- Cortés, F., Escobar, A. y Solís, P. (2007), *Cambio estructural y movilidad social en México*, México DF: El Colegio de México.
- Costa-Ribeiro, A. y Scalon, C. (2001), «Mobilidade de classe no Brasil em perspectiva comparada», en *Dados* 44, pp. 53-96.
- CPRC (Chronic Poverty Research Centre) (2004), *The chronic poverty report 2004-2005*, Manchester: IDPM/CPRC.
- De la Garza, E. (2000), «La flexibilidad del trabajo en América Latina», en De la Garza, Enrique (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México DF: El Colegio de México/FLACSO/UAM/FCE.
- Drèze, J. and Sen, A. (1989), *Hunger and public action*, Oxford: Clarendon Press.

- Drèze, J. and Sen, A. (1995), *India: Economic development and social opportunity*, Delhi: Oxford University Press.
- Erikson, R. and Goldthorpe, J. (1992), *The constant flux: A study of class mobility in industrial societies*, Oxford: Clarendon Press.
- (2001) [1992], «Trends in class mobility: The post-war European experience», en Grusky, David (ed.), *Social Stratification in sociological perspective. Class, race and gender*, Colorado: Westview Press.
- Filgueira, C. (2001a), «Estructura de oportunidades y vulnerabilidad social. Aproximaciones conceptuales recientes», Ponencia presentada en el seminario Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, CEPAL, 20 y 21 de junio.
- (2001b), «La actualidad de viejas temáticas: Sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina», en *Serie Políticas Sociales*, Santiago de Chile: CEPAL, n.º 51.
- Foster, J., Barkus, E. and Yavorsky, C. (2006), *Understanding and Using Advanced Statistics*, Londres: SAGE Publications.
- Ganzeboom, H. and Treiman, D. (1996), «Internationally comparable measures of occupational status for the 1988 International Standard Classification of Occupations», en *Social Science Research*, vol. 25, pp. 201-239.
- and Ultee, W. (1991), «Comparative intergenerational stratification research: Three generations and beyond», en *Annual Review of Sociology*, vol. 17, pp. 277-302.
- García, B. (2007), «El sentido de las transformaciones laborales en América Latina», en *Revista Latinoamericana de Población*, vol. 1, pp. 1-22.
- Goldthorpe, J. (1996), «Class analysis and the reorientation of class theory: The case of persisting differentials in educational attainment», en *The British Journal of Sociology*, vol. 43, n.º 3, pp. 481-505.
- (2005), «Progress in sociology: The case of social mobility research», en Svallfors, Stefan (ed.), *Analyzing inequality. Life chances and social mobility in comparative perspective*, Stanford: Stanford University Press.
- Gottschalk, P., McLanahan, S. and Sandefur, G. (2001) [1994], «The dynamics and intergenerational transmission of poverty and welfare participation», en Grusky, David (ed.), *Social stratification in sociological perspective. Class, race and gender*, Colorado: Westview Press.
- Gough, I., McGregor, A. y Camfield, L. (2006), «Wellbeing in developing countries. Conceptual foundations of the WeD programme», en *WeD Working Paper*, Bath: University of Bath, n.º 19.
- Grusky, D. (2001), «The past, present, and future of social inequality», en Grusky, David (ed.), *Social stratification. Class, race, and gender in sociological perspective*, Colorado: Westview Press.
- Hauser, R. and Warren, J. R. (2001) [1997], «Socioeconomic indexes for occupations: a review, update and critique», en Grusky, David (ed.), *Social Stratification in sociological perspective. Class, race and gender*, Colorado: Westview Press.
- Hout, M. (1983), «Mobility tables», en *Series on Quantitative Applications in the Social Sciences*, Beverly Hills, CA: Sage Publications, vol. 31.
- and DiPrete, Thomas (2006), «What we have learned: RC28's contributions to knowledge about social stratification», en *Research in Social Stratification and Mobility*, vol. 24, pp. 1-20.
- Jorrat, J. (2008), «Exploraciones sobre movilidad de clases en Argentina: 2003-2004», *Documentos de Trabajo*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani/ Facultad de Ciencias Sociales/UBA, n.º 52.

- Kaztman, R. y Filgueira, C. (1999), *Marco conceptual sobre activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades*, Montevideo: CEPAL.
- Kerbo, H. (2006), *Social stratification and inequality: Class conflict in historical, comparative and global perspective*, Nueva York: McGraw-Hill.
- Kerckhoff, A. (1995), «Institutional arrangements and stratification processes in industrial societies», en *Annual Review of Sociology*, vol. 15, pp. 323-347.
- Knocke, D. and Burke, P. J. (1980), «Log-linear models», en *Series on Quantitative Applications in the Social Sciences*, Beverly Hills y Londres: Sage Publications, vol. 20.
- Lin, N. (1999), «Social networks and status attainment», en *Annual Review of Sociology*, vol. 25, pp. 467-487.
- Mare, R. (2001), «Observations on the study of social mobility and inequality», en Grusky, David (ed.), *Social stratification in sociological perspective. Class, race and gender*, Colorado: Westview Press.
- Moore, K. (2001), «Frameworks for understanding the inter-generational transmission of poverty and well-being in developing countries», en *CPRC Working Paper*, Manchester: CPRC, n.º 8.
- (2005), «Thinking about youth poverty through the lenses of chronic poverty, Life-course poverty and intergenerational poverty», en *CPRC Working Paper*, Manchester: CPRC, n.º 57.
- Newton, J. (2007), «Structures, regimes, and wellbeing», en *WeD Working Paper*, Bath: University of Bath, n.º 30.
- Powers, D. and Xie, Yu (2000), *Statistical methods for categorical data analysis*, California: Academic Press.
- Sen, A. (1981), *Poverty and famines. An essay on entitlement and deprivation*, Oxford: Clarendon Press.
- (1999), *Development as freedom*, Oxford: Oxford University Press.
- Sewell, W., Haller, A. y Portes, A. (2001 [1969]), «The educational and early occupational attainment process» en Grusky, David (ed.), *Social Stratification in sociological perspective. Class, race and gender*, Colorado: Westview Press.
- Shavit, Y. and Müller, W. (1998), *From school to work. A comparative study of educational qualifications and occupational destinations*, Oxford: Clarendon Press.
- Sheperd, A. (2007), «Understanding and explaining chronic poverty», en *CPRC Working Paper*, Manchester: CPRC, n.º 80.
- Solís, P. (2005), «Cambio estructural y movilidad ocupacional en Monterrey, México», en *Estudios Sociológicos*, México DF: El Colegio de México, vol. 23, pp. 43-74.
- (2007), *Inequidad y movilidad social en Monterrey*, México DF: El Colegio de México.
- y Cortés, Fernando (2009), «La movilidad ocupacional en México: Rasgos generales, matices regionales y diferencias por sexo», en Rabell, Cecilia (coord.), *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva socio-demográfica*. México DF: UNAM/El Colegio de México.
- y Escobar, Agustín (2007), «Discusión general», en Cortés, Fernando, Escobar, Agustín y Solís, Patricio (coords.), *Cambio estructural y movilidad social en México*, México DF: El Colegio de México.
- Sorensen, A. (2006), «Welfare states, family inequality, and equality of opportunity», en *Research in Social Stratification and Mobility*, vol. 24, pp. 367-375.
- Tokman, V. (2004), *Una voz en el camino: Empleo y equidad en América Latina*, Santiago de Chile: FCE.
- Torche, F. (2005), «Unequal but fluid: Social mobility in Chile in comparative perspective» en *American Sociological Review*, 70, pp. 422-450.

- Torche, F. (2010), «Cambio y persistencia en la movilidad intergeneracional en México» en Serrano, Jorge y Torche, Florencia (eds.), *Movilidad social en México. Población, desarrollo y crecimiento*. México DF: Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- y Wormald, G. (2004), «Estratificación y movilidad social en Chile: Entre la adscripción y el logro», *Serie Políticas Sociales*, Santiago de Chile: CEPAL, n.º 98.
- Tranby, E. (2006), «Bringing the state in: A commentary on welfare states and social inequality», en *Research in Social Stratification and Mobility*, vol. 24, pp. 405-411.
- Treiman, D. and Ganzeboom, H. (1998), «The fourth generation of comparative stratification research», Ponencia presentada en la reunión del Consejo de Investigación de la Asociación Internacional de Sociología, Montreal, Canada, agosto 1997.
- Turner, B. (1986), *Equality*, Chichester: Ellis Horwood.
- Weller, J. (2000), *Reformas económicas, crecimiento y empleo. Los mercados de trabajo en América Latina y El Caribe*, Santiago de Chile: FCE/CEPAL.
- Yaschine, I. (2012), *¿Oportunidades?: Movilidad social intergeneracional e impacto en México*, tesis de doctorado, México DF, El Colegio de México.

Reflexiones sobre la metodología mixta como ruta para el estudio del trabajo infantil. Un caso de aplicación

Sarai Miranda Juárez¹

María Edith Pacheco Gómez Muñoz²

Resumen

El presente artículo versa sobre los más recientes aportes respecto de las aplicaciones de la metodología mixta en las ciencias sociales. El objetivo se centra en mostrar un caso de aplicación dentro de los estudios sociodemográficos, específicamente sobre trabajo infantil en una rama agrícola. Se describe la ruta metodológica que se tomó y se muestran las dificultades en el proceso de aplicación.

Palabras clave: metodología mixta, trabajo infantil, tensión metodológica.

Abstract

This article discusses the most recent contributions regarding the applications of mixed methods in social sciences. The focus is on describing a case of application in demographic studies, specifically on child labor in agricultural sector. We describe the methodological strategy was taken and show the difficulties in the implementation process.

Keywords: mixed methodology, child labor, methodological tension.

1 Consultora independiente de ONU-Mujeres México. Profesora de asignatura de la Facultad de Economía. Universidad Autónoma del Estado de México, saraimirandaj@gmail.com.

2 Profesora-Investigadora. El Colegio de México, mpacheco@colmex.mx.

Introducción

Hoy en día el estudio del amplio mundo del trabajo supone una variedad de retos debido a la naturaleza cambiante de los procesos económicos, sociales y políticos que experimenta el mundo. La realidad del trabajo no es más ese espectro cerrado al que alude el modelo productivo fordista, es decir la concepción de un trabajo necesariamente asalariado, industrial, individual, cronometrado y realizado en el lugar *ad hoc* (Lindón, 1995). El trabajo como práctica social ha mostrado, desde hace tiempo atrás, ser diverso y heterogéneo lo cual impone una gran complejidad al abordarlo en términos tanto teóricos como metodológicos.

Los retos de estudiar el trabajo como categoría analítica se profundizan aún más cuando se trata de actividades laborales realizadas por distintos grupos sociales que se distinguen por ciertas especificidades como las del género, la etnia o la edad. Por lo que respecta a las fuentes de información estadística tradicionalmente estas han registrado la actividad laboral de los individuos teniendo como base un modelo igualmente inflexible que deja fuera a muchas situaciones ocupacionales.

Para el caso concreto del trabajo infantil, la captación y medición es sumamente complicada debido a diversos factores, entre los que se pueden mencionar la estigmatización social que conlleva reconocer que un individuo en edades tempranas se inserte en actividades productivas propias de los adultos. En este contexto, los censos poblacionales y las encuestas de empleo enfrentan un problema de fondo que tiene que ver con disímiles lenguajes y concepciones sobre el trabajo infantil entre el diseño de las encuestas y los encuestados. Sobre todo cuando se trata de registrar las actividades que realizan los niños y las niñas y que entran en el conjunto de actividades económicas productivas que pueden nombrarse como trabajo infantil. Son otros conceptos como la «ayuda» y la «colaboración» los que respaldan la concepción cotidiana de la participación laboral de los niños y las niñas.

A lo anterior se suman otros problemas de captación del fenómeno del trabajo infantil. En el caso de México, el subregistro del trabajo de niños y niñas constituye un ejemplo claro al respecto. Los censos de población y las encuestas sobre empleo recogen información relativa a la población de 12 años y más, omitiendo e invisibilizando con ello la existencia de niños y niñas de menores edades que participan en actividades productivas.

Igualmente, al tratarse de las niñas se presenta una mucho más profunda problemática de registro estadístico. Las niñas que trabajan

reproducen desde cortas edades los roles sociales de género por lo que su participación en la esfera productiva es doblemente invisibilizada (Sandoval y Pernudi, 2004). La declaración del trabajo de las niñas en sectores que les generan ingresos se cruza con las representaciones sociales y familiares de género que niegan la posibilidad de que las mujeres y las niñas provean de recursos económicos a los hogares, esta concepción se vincula claramente con la imagen tradicional de hombre jefe del hogar que funge como principal sostén en términos económicos (Lindón, 1995).

Así, de acuerdo con el último Módulo de Trabajo Infantil que incluye la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, se muestra que en México para el año 2011, la tasa de participación de los niños duplicaba a la de las niñas, 14% de los niños de 5 a 17 años dijeron estar ocupados mientras que para del total de las niñas de ese mismo rango de edad se estimó una tasa de 7%; estos datos varían según el sector de actividad; por ejemplo, en esta encuesta el sector agropecuario aparece como un captador de fuerza de trabajo masculina desde la infancia pues del total de quienes dijeron estar ocupados en este sector 87% son niños y 13% niñas (INEGI, 2012).

Llama la atención lo anterior pues estudios de corte cualitativo han encontrado que en algunas ramas de la producción agrícola, sobre todo aquellas conocidas como de vanguardia, es decir, en las que se producen hortalizas, frutas y flores, la participación laboral de las niñas es cuantiosamente notable, alcanzando e incluso rebasando los niveles de participación de los varones (Miranda, 2012). Muy probablemente, en estos contextos productivos el tema de la temporalidad del trabajo —entradas y salidas muy dinámicas— tiene un efecto importante en su invisibilidad estadística.

Así, en vista de la insuficiencia de los censos económicos y las encuestas de empleo para mostrar la multidimensionalidad del trabajo infantil se presenta la necesidad de buscar rutas alternas para el estudio de esta práctica económica y social. Ello exige una mirada mucho más integral del fenómeno estudiado y supone un entrelazamiento entre los dos grandes enfoques metodológicos tradicionalmente utilizados en las ciencias sociales: los cualitativos y los cuantitativos, o bien lo que desde la década de los ochenta del siglo pasado se ha venido denominando como «metodología mixta» (Blanco y Pachecho, 2003).

Las metodologías mixtas constituyen una herramienta con la que se posibilita la articulación entre el nivel macroestructural, es decir, la esfera de la producción y el empleo para el caso del trabajo infantil, con un nivel micro social en donde se privilegian las vivencias cotidianas de los sujetos estudiados (Lindón, 1995). En este sentido, el

propósito del presente artículo es mostrar la aplicación de una ruta metodológica mixta para dar cuenta de manera integral de la actividad laboral de los niños y las niñas.

El presente capítulo está conformado por dos partes fundamentales. La primera consiste en una revisión y discusión sobre las distintas posturas que se encuentran en la literatura respecto de las metodologías mixtas como una herramienta capaz de aprehender los fenómenos sociales. La discusión versa alrededor de las más recientes visiones sobre la metodología mixta, desde que se consideraba a los enfoques «cuali» y «cuanti» como ámbitos y caminos completamente separados sin posibilidad de diálogo hasta los más recientes postulados que visualizan una mutua retroalimentación entre ellos (Blanco y Pacheco, 2003). Se ha elegido como una manera de llevar a cabo esta tarea retomar la discusión que contiene la segunda edición del *Handbook of Mixed Methods in Social & Behavioral Research* (Tashakkori y Teddlie, 2010) sobre métodos mixtos en la investigación de las ciencias sociales y el comportamiento.

La segunda parte del artículo presenta un ejemplo de aplicación de la metodología mixta al estudio del trabajo infantil agrícola. En este apartado se muestra un ejercicio llevado a cabo con niños y niñas trabajadores/as del sector florícola en el sur del Estado de México, exponiendo la ruta metodológica que se puso en práctica y las tensiones y ventajas que trajo consigo para el estudio de este fenómeno social.

Para este ejercicio metodológico se utilizaron algunas de las herramientas claramente identificadas con los enfoques cualitativos tales como la observación participante —que incluyó como una de las actividades centrales el hecho de que una de las coautoras (Sarai Miranda) trabajara durante cuatro semanas como jornalera—; también se llevaron a cabo grupos de discusión (*focus group*), entrevistas semiestructuradas con niños y niñas que trabajan en este sector, y con otro tipo de personas también involucradas en la práctica del trabajo infantil: se sostuvieron conversaciones informales con los miembros de las unidades domésticas, los jefes y jefas del hogar, los capataces, empleadores y profesores. Una vez teniendo los dos tipos de información, de corte cuali y de corte cuanti, se realizó simultáneamente el análisis de estos. La información cuantitativa surgió de los datos referentes al trabajo infantil agrícola que registra la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo en su Módulo de Trabajo Infantil 2011.

En los apartados que siguen se irá mostrando cómo la adopción de un recorrido metodológico mixto fue en ciertos momentos generador de tensiones metodológicas; y sin embargo fue también de suma utilidad en la comprensión de una problemática como el trabajo in-

fantil ya que por ser un fenómeno diverso y heterogéneo su abordaje desde una única mirada resultaría en una fotografía incompleta e incluso superficial.

Los métodos mixtos en la investigación de las ciencias sociales

En el campo de conocimiento de la demografía en México los estudios mixtos han ido tomando importancia en las últimas décadas, aunque también existen estudios precursores de larga historia. Solo como muestra, en el subcampo de conocimiento de la población migrante y/o trabajadora, podemos mencionar los trabajos pioneros de Balán, Browning y Jelin (1977) y el de García, Muñoz y Oliveira (1982), o bien, trabajos más recientes como los de García y Oliveira (1994), Solís (2005), Rosas (2008) y Gandini (2012). El objetivo de este apartado es dar cuenta del papel de la metodología mixta en el campo de las ciencias sociales en general, sin embargo, en algunos momentos se ilustran las reflexiones en referencia al campo de la demografía.

En 2010 Tashakkori y Teddlie publican la segunda edición del *Handbook* sobre los métodos mixtos en la investigación social. Los autores señalan que la idea original de producir un *Handbook* en 1998 provino de que desde la enseñanza y la investigación observaban que se usaban los métodos mixtos de una forma residual a los paradigmas en «guerra» (métodos cualitativos y métodos cuantitativos). Años después los autores consideran que el uso de los métodos mixtos ha ido en aumento y por ello se pueden formular algunas preguntas que tiempo atrás no hubieran tenido el mismo sentido, de cierta forma los métodos mixtos se han legitimado como un campo en sí mismo. Así que en la segunda edición del *Handbook* se parte de la siguiente pregunta: ¿cuáles son las fronteras de la investigación con metodología mixta (*Mixed Method Research* MMR por sus siglas en inglés)³ como campo de conocimiento, especialmente cuando este comienza a adaptarse de una forma u otra a las ciencias sociales y del comportamiento?

Los autores responden que la adaptación ocurre diferencialmente a través de las disciplinas. También se preguntan si las disciplinas deben ser el núcleo básico para caracterizar a los métodos mixtos o debe existir una definición más amplia que contenga un conjunto de atributos más allá de las definiciones precisas en los campos de investigación.

3 En adelante, para efectos de simplificación se usa el término MMR para hacer referencia a la metodología mixta o combinada.

En este sentido un par de preguntas que resultan relevantes son las siguientes: ¿cuál es la importancia relativa de los temas conceptuales en oposición a los temas de métodos y metodologías? y, fundamentalmente, ¿es la MMR una amalgama o mixtura (mezcla) de los métodos cualitativos y cuantitativos o esta constituye una aproximación distintiva en la investigación social? Los autores sostienen que contestar estas preguntas no es tarea fácil ya que existen tres temas que requieren ser retomados en la discusión: los asuntos conceptuales (filosóficos, teóricos, sociopolíticos), los tópicos relacionados con los métodos y las metodologías y, también, los temas vinculados a la aplicación contemporánea de los MMR (Tashakkori y Teddlie, 2010).

En cuanto al primer tipo de problemas —los conceptuales— los autores afirman que aunque algunas investigaciones usan el término de paradigma, básicamente este tipo de estudios se adscribe implícitamente a los fundamentos filosóficos de la investigación social, tales como la epistemología (creencias acerca de la naturaleza del conocimiento, incluyendo aquellas relacionadas con la dualidad objetividad/subjetividad), la axiología (creencias acerca de la ética o los valores en la investigación) y la ontología (creencias acerca de la realidad) y otros (por ejemplo, la posibilidad de la generalización o la naturaleza de la causalidad)⁴.

Solo este primer grupo de problemas —conceptuales— implicaría un trabajo que rebasa los alcances de este artículo, por lo que se recupera el trabajo de Nancy L. Leech (2010) ya que entrevista a aquellos autores pioneros de la metodología mixta y que la defendieron como un campo metodológico en sí mismo⁵. Al preguntarles cuál

4 Desde nuestra perspectiva el debate en la demografía en este nivel de discusión es reducido. Frecuentemente se tiene la creencia de que la demografía se refiere únicamente a «condiciones objetivas» de la realidad. En gran parte esto se debe a la evolución del conocimiento demográfico a lo largo de los siglos, dado que un campo muy importante en esta disciplina ha sido desarrollar técnicas matemáticas y estadísticas que han permitido una mejor medición de los fenómenos poblacionales. Sin embargo, la mayor parte de los estudios reconocen que el comportamiento de la población está ligado inexorablemente con procesos subjetivos muy complejos (por ejemplo, cómo deciden migrar las personas, qué hace que las personas decidan casarse o unirse, qué tipo de decisiones se toman cuando se ejerce la fecundidad, etcétera). Por otro lado, es común que el lenguaje demográfico dé la impresión de que la realidad está allí y que esta se está describiendo o analizando, pocos autores(as) en este campo sostendrían abiertamente que la realidad se construye y que esa construcción es un ejercicio de interpretación.

5 Cabe señalar que no es nuevo el debate respecto a la pertinencia de combinar las grandes tradiciones cuali y cuanti en las ciencias sociales. Ya desde la década de los ochenta esta cuestión estuvo presente en las discusiones metodológicas: «Los intentos de complementariedad han tomado diferentes caminos, desde el llamado “pluralismo metodológico” (Bertaux y Kholi, 1984; Dávila, 1995) hasta el denominado «análisis multinivel» (Tashakkori y Teddlie, 1998) que, echan mano de diferentes

era su definición de los MMR, Leech señala que dos de los pioneros —Creswell y Greene— mencionaron la palabra filosofía en su definición, mientras Morse y Bryman no lo hicieron, de suerte tal que para algunos la metodología mixta es una combinación en todos los niveles, incluyendo el filosófico, mientras para otros la «mezcla» solo se daba en el campo metodológico⁶. Al respecto de esta discusión Leech cita a Bazeley (2009) quien sostiene que es necesario moverse de la concepción fundadora de tipologías hacia una conceptualización de técnicas analíticas que sostengan la integración.

Al preguntarles a los pioneros sobre la definición de la metodología mixta, Leech (2010) encuentra que mientras para Creswell y Bryman la metodología mixta involucra necesariamente datos de corte cualitativo o cuantitativo y para Morse la combinación puede darse a partir de dos componentes cuali, dos cuanti o un componente cuanti y otro cuali. Dadas estas diferencias, se plantea si la metodología mixta aún es «confusa» o está en la búsqueda de acuerdos. Para Greene dicha metodología no está lista para el consenso, pero además cree que si se arribara a un consenso la MMR perdería su «personalidad», por el contrario Morse cree importante lograr un consenso particularmente en la terminología. Otro aspecto que le interesó indagar a Leech gira en torno al diálogo que se ha establecido entre los propios defensores de la metodología mixta. Al respecto Morse, Creswell y Bryman discuten la necesidad de promover un diálogo entre investigadores de distintos países, en este sentido, para Creswell la Asociación Internacional de Metodología Mixta (IIQM por sus siglas en inglés) es un espacio propicio, pero a Bryman le preocupa que se haga un culto al campo y que solamente los miembros de la asociación puedan discutir aspectos en torno a la metodología mixta.

técnicas de recolección de datos, toman o construyen universos tanto estadísticamente representativos como estudios de caso, y se ubican en varios niveles de análisis» (Blanco y Pacheco, 2001). Para el caso de México los autores que resaltan con sus contribuciones a los abordajes interdisciplinarios se encuentran por ejemplo Rolando García y Pablo González Casanova. Blanco y Pacheco (2001) realizan una revisión mucho más exhaustiva respecto al estado del arte. En este artículo se parte de la más reciente y consensuada adopción del término MMR como un campo metodológico en sí mismo.

- 6 Leech nos cuenta que en 2007 Greene, Morse y Creswell contribuyeron con una definición como parte de un proyecto conducido por Johnson y sus colegas. La definición era la siguiente: la metodología mixta es un diseño de investigación (o metodología) en la cual los investigadores recolectan, analizan y combinan (integrando o conectando) datos cuantitativos y cualitativos en un único estudio o en un programa de investigación multifase. Como podemos apreciar en esta definición no se encuentra la palabra filosofía, por lo que Leech sostiene que la diferencia entre lo que pensaban los autores en 2007 frente a lo que dijeron en la entrevista que ella realizó habla de cambios en las tendencias en el campo de la MMR.

Al inicio de este apartado se mencionaron tres asuntos de interés en torno a la metodología mixta, los conceptuales, los tópicos relacionados con los métodos y las metodologías y el tema de aplicación misma. Sobre el segundo tipo de temática a considerar en torno a los MMR, Tashakkori y Teddlie, (2010) indican que la información sobre métodos se relaciona con estrategias y procedimientos específicos para la implementación de una investigación de metodología mixta, incluyendo aquellos temas relacionados con el diseño, la muestra, la recolección de datos, el análisis de los datos y la interpretación de los resultados. En este punto el *Handbook* es rico en temáticas, solo por mencionar algunas de ellas: el diseño de tipologías, las discusiones sobre el rigor y la complejidad en los métodos, el uso del análisis textual y audiovisual o la importancia de los programas de cómputo⁷. En este breve recuento interesa rescatar el trabajo de Newman y Ramlo (2010) que lleva por título «Using Q Methodology and Q Factor Analysis in Mixed Methods Research».

El objetivo de ese capítulo es identificar dos técnicas multivariadas que pueden ser usadas para facilitar la interpretación en investigación con metodología mixta (Newman y Ramlo, 2010). Las autoras afirman que si bien la «Q methodology» ha sido discutida en anales cualitativos (Brown, 2008; Watts y Stenner, 2005), también ha sido designada como un método cuantitativo (Block, 2008; Brown, 2008; McKeown y Thomas, 1988; Nunnally, 1978). Sin embargo, para ellas no se trata de una simple técnica estadística, sino de una metodología completa donde el enfoque central versa sobre la medición de la subjetividad. Y aunque en sus inicios no fue identificada como una metodología mixta, la MMR la adopta. Las autoras dicen que «Q factor analysis» agrupa personas como lo hace «Q methodology», pero no incluye la clasificación de los elementos como una manera de medir la subjetividad. A partir de dos ejemplos las autoras aplican ambas metodologías de tal suerte que ponen en evidencia las potencialidades interpretativas de las mismas.

7 Existen distintas formas de combinar las tradiciones cuali y cuanti para convertirlas en una metodología mixta. Las principales formas de abordar un problema social desde la metodología mixta son: «1) Secuencial: se trata de dos etapas separadas, o sea, por ejemplo, primero se realiza un estudio cualitativo y luego uno cuantitativo, o viceversa, y finalmente se lleva a cabo su combinación; 2) Paralelo o Simultáneo: se llevan a cabo al mismo tiempo las investigaciones de corte cualitativo y cuantitativo; 3) Estatus Equivalente: se utilizan ambos enfoques concediendo a cada uno el mismo peso en el entendimiento y explicación del fenómeno bajo estudio; y 4) Enfoque Predominante: aunque se usan ambos enfoques, desde el inicio el investigador elige uno de ellos como predominante y el otro es solo complementario» (Blanco y Pacheco, 2003: 166). En este sentido la investigación del trabajo infantil en la floricultura de exportación en México se abordó de forma secuencial.

Ahora bien, el tercer tipo de temas mencionado por Tashakkori y Teddlie, para comprender la metodología mixta —la aplicación— concierne a los esquemas teóricos que operan en un nivel diferente al nivel de abstracción de las consideraciones filosóficas. Perspectivas teóricas como el feminismo son un ejemplo de aplicación. Para tal caso se rescata el trabajo de Nilsen y Brannen (2010) sobre el uso de la metodología mixta en la investigación biográfica.

Nilsen y Brannen (2010) señalan que la investigación biográfica trabaja con una variedad de diferentes tipos de datos, incluyendo documentos tales como autobiografías, cartas o diarios (Thomas y Znaniecki, 1958 [1918-20]), entrevistas, encuestas y datos secundarios (Bertaux, 1988; Bertaux y Kohli, 1984; Bertaux y Thomson, 1997) y un creciente uso de websites, weblogs y videos (Bornat, 2008; Plummer, 2001). El comienzo de los métodos biográficos lo atribuyen al estudio de Thomas y Znaniecki sobre el estudio de campesinos polacos en Europa y Norteamérica. Sin embargo, lo que interesa rescatar aquí es la atención que le ponen a la perspectiva del curso de vida y a los estudios longitudinales, afirmando que este tipo de estudios tiene gran narrativa potencial para proveer información detallada sobre los individuos (Elliot, 2005). Al abordar el tema de los estudios sobre cohortes no pueden dejar de citar a Ryder (1965) y especialmente al entrar al tema del curso de vida se mencionan los clásicos trabajos de Elder sobre los niños de la gran depresión publicado en 1974, o bien, el trabajo de Hareven (1982). Finalmente, las autoras señalan tres maneras de combinar métodos en los estudios biográficos: a) conectar diseños cuantitativos y cualitativos; b) integrar a través de los métodos; y c) integración en los métodos.

Como se ha visto hasta ahora, dar cuenta del estado del arte de la metodología mixta resulta una tarea amplia y compleja, es por ello que en este apartado solamente se presentó una breve reseña de la segunda edición del *Handbook* de metodología mixta. Ahora bien, si se busca contestar a las preguntas iniciales de Tashakkori y Teddlie —¿cuál es la importancia relativa de los temas conceptuales en oposición a los temas de métodos y metodologías en la MMR?, o bien, ¿la MMR es una amalgama o mixtura (mezcla) de los métodos cualitativos y cuantitativos o esta constituye una aproximación distintiva en la investigación social?— desde la perspectiva de la investigación sociodemográfica se observa que al interior de este campo de estudio en Latinoamérica la introducción de la metodología mixta ha sido desigual dependiendo de las temáticas a tratar y los contextos en los que se realizan las investigaciones. No obstante, algo que caracteriza a los estudios sociodemográficos es que generalmente se utilizan datos que corresponden a

fuentes de información que fundamentalmente se analizan desde un enfoque cuantitativo, de tal suerte que los estudios de corte cualitativo entraron al campo de la demografía de manera paulatina y no sin visos de discriminación⁸. Específicamente en el campo de los estudios sobre los mercados de trabajo, los primeros intentos por aprehenderlos mediante una metodología mixta tienen una larga historia. No obstante, desde la perspectiva sociodemográfica sigue siendo un enfoque en el que se privilegian los datos estadísticos agregados.

Ello tiene ventajas pero sin duda también muestra ciertas limitaciones; muchas de las cuestiones subjetivas se pasan por alto al hacer análisis de los mercados de trabajo a partir de los datos que arrojan las Encuestas Nacionales⁹. Un ejemplo de esto es la participación de los niños y las niñas en actividades laborales. Una encuesta difícilmente puede captar la forma en que viven esta experiencia los niños y las niñas, y más aún si las encuestas están diseñadas para medir el trabajo desde un punto de vista adultocéntrico, en este sentido, la aplicación de una metodología mixta es una opción que puede hacer frente a las limitaciones del enfoque tradicional cuantitativo utilizado en la sociodemografía para el estudio del trabajo infantil. A continuación se muestra la descripción de un caso de aplicación sobre trabajo infantil agrícola.

Una aplicación de la metodología mixta. De lo cualitativo a lo cuantitativo

Como bien afirma la literatura especializada en métodos de investigación mixtos o combinados, existen diversos caminos o rutas para aprehender un objeto de estudio, justamente la flexibilidad de formas de abordaje representa una de las principales características de este acercamiento metodológico.

8 Las primeras aproximaciones se denominaron «microdemografía», y en los cursos del doctorado en El Colegio de México en el segundo lustro de los años ochenta parecía una invitación renovada para la realización de investigación, un curso sobre investigación de corte cualitativo —ofrecido por Andre Quesnel— fue lo que dio pauta a que un grupo de tesis de la primera generación orientara su investigación a temas de corte cualitativo (Szasz, 1993; Martínez, 1993), años después, tesis de corte cualitativo tomaron importancia (Rojas, 2008). Han pasado muchos años después de esa invitación, pero los cursos de investigación cualitativa ya han ocupado su lugar en el programa del doctorado. Ahora la pregunta es ¿cuándo habrá un espacio para posicionar los métodos mixtos en la curricula del programa?

9 Las instituciones encargadas de generar información estadística, el INEGI para el caso de México, reconocen abiertamente la necesidad de diseñar de forma especial las encuestas dirigidas hacia niñas y niños trabajadores, de ahí la pertinencia de generar módulos adicionales a las encuestas de empleo, no obstante, la visión adultocéntrica del trabajo sigue permeando la captación de los datos agregados.

En este sentido, la investigación que se presenta a continuación¹⁰ tuvo un abordaje distinto al modelo tradicional que con la utilización de herramientas cualitativas busca subsanar en aquellos aspectos que no puede investigar a partir de un abordaje cuantitativo.

El recorrido fue en sentido contrario, en primer lugar, se llevó a cabo el trabajo de campo, donde entre otras actividades, una de las coautoras trabajó como jornalera durante cuatro semanas de tiempo completo en una empresa floricultora¹¹; y posteriormente se realizó una revisión y análisis de la información cuantitativa en función de los datos estadísticos agregados del más reciente Módulo de Trabajo Infantil de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2009¹².

De inicio el trabajo de campo en el municipio de observación (Villa Guerrero, Estado de México) fue realizado por Miranda (2012) en diversas fases y se utilizaron distintas herramientas. La primera etapa fue la observación participante en el ámbito laboral ejerciendo el papel de cortadora de flores en una de las empresas florícolas más representativas a nivel local e incluso nacional. Se aplicó tanto la observación participante como algunas entrevistas abiertas e informales a ciertos actores clave como supervisores, encargados, cortadoras; pero sobre todo se dio la interacción directa con las niñas y los niños que se emplean en esta rama productiva.

Una segunda etapa la constituyó la visita a las escuelas primarias de seis localidades rurales con el propósito de realizar grupos de discusión con los niños y las niñas de quinto y sexto grado, con tópicos seleccionados y dibujos que respaldaban la discusión grupal. La tercera fase se realizó de manera conjunta con la visita a las escuelas,

10 La investigación a la que se alude en el presente capítulo se titula «Trabajo infantil y floricultura. Imbricaciones entre las necesidades de reproducción del capital y la supervivencia de las unidades domésticas. El caso de Villa Guerrero, Estado de México», y corresponde a la tesis de Miranda (2012) para optar por el grado de doctora en Estudios de Población, en El Colegio de México.

11 La participación de una de las coautoras como cortadora en una empresa floricultora se efectuó tres semanas previas al 14 de febrero y una semana más en actividades poscorte o poscosecha. La forma en que se llevó a cabo el trabajo de campo se explicita más adelante.

12 La investigación de donde se deriva el presente artículo tuvo como guía la siguiente pregunta de investigación: ¿Es el uso del trabajo infantil en la floricultura de exportación resultado del proceso de fusión entre las necesidades de los mercados laborales agrícolas vinculados con los procesos de flexibilización y precarización y las necesidades de reproducción doméstica? Dada la naturaleza de la pregunta, se presentó la necesidad de formular un esquema metodológico que exigía recoger datos de orden cualitativo antes de buscar los comportamientos agregados, ya que se consideró de suma importancia conocer los matices de la práctica del trabajo infantil en esa rama productiva y con ello tener un punto de partida para identificar ciertos patrones en la Encuesta Nacional.

y en esta se puso en práctica la observación participante y la convivencia cotidiana con tres unidades domésticas —durante tres meses aproximadamente— que entre sus miembros tenían a niñas y niños trabajando en la floricultura.

De igual forma se realizó la recopilación de información con diversos informantes clave como por ejemplo entrevistas abiertas y semi-estructuradas a jóvenes de 19, 20 y 22 años trabajadores de la floricultura que iniciaron sus andanzas en el mercado de trabajo desde su infancia; también se habló con algunas autoridades locales, trabajadoras sociales de las oficinas de Desarrollo Integral de la Familia (DIF) municipal, profesores de primaria, sacerdotes, representantes de las principales organizaciones de floricultores, medianos y pequeños floricultores y se realizaron pláticas informales con un sinnúmero de habitantes de las localidades durante los tiempos de traslados en autobuses y taxis colectivos.

La observación participante (investigación encubierta) en el ámbito laboral tuvo como principal objetivo el registro de los procesos técnicos y sociales del trabajo en la producción de flores para el mercado internacional, enfatizando en el trabajo de los niños y las niñas¹³. Para entrar al espacio de observación fue necesario contactar a un «enganchador» o «intermediario encargado de contratar» y con ello poder acceder a alguna empresa como cortadora de flores. Se realizó una búsqueda mediante contactos personales en una comunidad vecina del municipio, que al estar ubicada al pie de la autopista principal surte de fuerza de trabajo a las empresas floricultoras de Villa Guerrero.

Por lo regular, las empresas cuentan con personas «enganchadores» o «intermediarios» que tienen algún tipo de vehículo útil para transportar a los trabajadores y que se encargan de recoger a diario a hombres, mujeres, jóvenes, niños y niñas quienes a altas horas de la madrugada, desde las 5:00 a. m. esperan por algún enganchador con quien puedan negociar su contratación¹⁴. Una vez «contratada» como

13 La labor como jornalera se efectuó durante las tres semanas previas al 14 de febrero de 2010, fecha que es considerada como la de mayor ventas al año para esta actividad productiva, debido a la demanda de flores a nivel nacional e internacional por motivo de la celebración del día de San Valentín y la llegada del Año Nuevo Chino que impulsa la demanda de arreglos florales por parte de la comunidad china que vive en Estados Unidos sobre todo en las ciudades de Chicago y Nueva York. Igualmente se complementó la observación participante en el ámbito laboral también participando como cortadora en actividades poscosecha durante una semana después del 14 de febrero.

14 El «enganchador» contactado para realizar la observación participante fue informado de los objetivos de la investigación, por lo que pidió una comisión de mil pesos mexicanos (aproximadamente 75 dólares) como retribución a su silencio.

trabajadora de la empresa¹⁵; la investigadora fue citada a las 7:30 de la mañana en uno de los paraderos¹⁶ de la autopista principal para ser recogida como una cortadora más. A partir de ese día y durante las siguientes cuatro semanas, se participó de las faenas diarias de corte y empaque de rosas.

La observación participante permitió conocer de primera mano diversas prácticas en el contexto laboral; el proceso productivo de las flores, así como experimentar las condiciones laborales de los trabajadores que se emplean en la floricultura, desde el proceso de negociación al inicio del día laboral, pasando por el día completo en las labores que ahí se requieren, hasta los procesos de pago en distintas modalidades, a destajo, por hora, por día, entre otras formas que se acostumbran.

En la literatura relacionada con las técnicas de investigación cualitativa se recomienda que en el estudio de fenómenos sociales que implican cierta responsabilidad moral y ética de algunos de los actores (que en este caso es el uso de la fuerza de trabajo infantil en las empresas floricultoras) el investigador puede hacer uso de la «investigación encubierta», como establece Sánchez (2008: 109-110):

[una] de las estrategias para lograr el acceso a grupos impenetrables, [...], consiste en desarrollar una investigación encubierta, no declarada, donde el observador no se identifica como tal. Esto ocurre cuando el investigador opta por cumplir alguna función dentro del escenario; por ejemplo, emplearse como obrero en una fábrica para ver los conflictos obrero-patronales (Sánchez, 2008: 109-110).

Para el fenómeno del trabajo infantil en la floricultura resulta perfectamente aplicable lo que el mismo autor señala como argumentos que justifican la «investigación encubierta» puesto que esta «puede justificarse éticamente como necesaria, cuando se trata de conocer las maniobras y tráfico de influencias de grupos poderosos, quienes jamás aceptarían ser “observados”» (Sánchez, 2008: 110); en este caso son los empresarios floricultores que utilizan fuerza de trabajo infantil aun cuando la legislación laboral vigente se los prohíbe, sobre todo tratándose de los niños y las niñas menores de 14 años.

Empacar y embolsar flores, calibrar y pelar tallos, formar *bouquets* o ramos de 1, 6, 12 y 24 rosas, realizar limpieza de las instalaciones al final de la jornada, cortar rosas, acarrear mallas, subir y bajar cortinas del invernadero, fueron las actividades que se realizaron durante

15 Cabe señalar que la empresa a la que se tuvo acceso es una de las más representativas de la región, por su importante presencia en el mercado internacional.

16 Un paradero es un espacio a pie de carretera que se establece para subir y bajar a los usuarios del transporte público y que se utiliza también para concentrar a quienes buscan empleo en la floricultura.

la observación participante. Buscando siempre el acercamiento con los niños y las niñas, que al principio aunque fue una misión difícil, con el tiempo se volvió sumamente interesante e incluso divertida, ya que los niños y las niñas por lo regular combinan lo lúdico con las actividades laborales¹⁷.

La aplicación de esta técnica de investigación resultó valiosa debido a que permitió conocer y convivir con niños y adolescentes menores de 17 años que ya no asisten a la escuela y se dedican únicamente a trabajar. A partir de la interacción laboral en la empresa fue posible ganar espacio en la confianza de los niños y las niñas para posteriormente convivir en sus viviendas con ellos y con los demás miembros de las unidades domésticas, haciendo entrevistas a profundidad, con el propósito de construir sus historias de vida que aunque cortas, cuentan con bastantes aspectos dignos de ser analizados.

Cabe señalar que esta actividad exigió un importante esfuerzo físico para la investigadora, ya que además de realizar las tareas que se le asignaban como cortadora, tuvo que buscar la forma de acercarse a los niños y ganarse su confianza, para lo cual fue de suma importancia la convivencia durante las horas muertas¹⁸ y en los tiempos del almuerzo. Los niños y niñas aun después de realizar arduos trabajos similares a los de los adultos, como permanecer de pie durante todo el día, cargar bultos pesados, entrar y salir de las cámaras frías después de estar expuestos a altas temperaturas en los invernaderos, tienen energías suficientes para jugar a las correteadas, fútbol, recolectar flores entre los desechos que la empresa considera como «flores pasadas», refrescarse en el canal de riego, utilizar los «patines»¹⁹ para acarrearlos entre ellos y subirse a los árboles de duraznos para cortar frutos y compartirlos a la hora del almuerzo. El cansancio físico y la debilidad emocional

17 La aplicación de la técnica de observación participante fue acompañada por la elaboración de un diario de campo al final de la jornada, en donde se intentó registrar la mayoría de las prácticas observadas en el contexto laboral.

18 La expresión «horas muertas» hace referencia a los lapsos de tiempo en que por razones ajenas a los trabajadores no es posible continuar con las actividades, un ejemplo de ello es cuando se agota algún insumo productivo, lo que impide que se continúe con la actividad productiva, para el caso del empaque se puede presentar la escasez de cajas, ligas, listones o incluso flores. Los momentos en que se para la producción son considerados horas no trabajadas, son contabilizadas como tiempo libre y no se pagan.

19 Los patines son tarimas de madera con un soporte de ruedas que se utilizan para transportar las cajas de flores hacia la zona de empaque o embalaje. Cuentan con una palanca para jalar la carga y algunos de ellos cuentan con un sistema de elevador que hace más fácil que se suba y se baje la carga. Los patines son sumamente valorados por los niños a la hora del almuerzo pues les resulta divertido subirse y que alguien los empuje sobre terrenos empinados.

a las que se enfrentó la investigadora por ser testigo de las precarias condiciones laborales no solo de los niños sino de familias enteras que ven en la floricultura una importante fuente de empleo, hicieron que en dos ocasiones regresara a las cómodas actividades de estudiante de posgrado en el Distrito Federal, con el pretexto de buscar bibliografía y cartas de presentación para el trabajo de campo.

El mundo y las costumbres pequeño-burguesas-urbanas de la investigadora representaron un importante reto a vencer a lo largo del proceso de observación y seguramente repercutieron en la forma de percibir el fenómeno estudiado:

La convivencia con los sujetos de observación y la estrecha relación con sus diversas prácticas no significa asumir compromisos vinculados a intereses del grupo, hasta sentir afecto por ellos. Se trata de observar reflexiva y críticamente los procesos sociales y no de condenar o elogiar. Por eso se insiste en la distancia necesaria que debe mantener el analista, respecto al objeto de estudio; es una suerte de «ver» articulaciones significativas en aquellos procesos que para los observados se presentan como algo muy normal (Sánchez, 2008: 103).

Una vez terminado el período de alta demanda de trabajadores, que en el contexto local es conocido como «temporada»; se participó (de forma encubierta también) en una actividad poscorte conocida como «desbotonar o pinchar» en donde se eligen a algunos trabajadores y trabajadoras para que corten de un mismo tamaño los tallos de las flores, con el objetivo de que crezcan homogéneamente para la próxima temporada²⁰. La observación participante en esta actividad únicamente duró tres días, pero fue de suma importancia para visualizar otras prácticas asociadas con el empleo de los niños y niñas en la floricultura. La observación participante en la empresa floricultora permitió observar varias modalidades de participación laboral de las niñas y los niños, que se categorizaron como niños y niñas ayudantes; niños y niñas acompañantes; niños y niñas trabajadores definitivos; y niños y niñas trabajadores temporales.

Una segunda fase del trabajo de campo fue la visita a las escuelas primarias de seis localidades²¹. Esta actividad tuvo como apoyo a los encargados de repartir los desayunos escolares del Sistema de Desa-

20 La segunda temporada de corte al año es en mayo que responde a la fuerte demanda nacional por la celebración del día de las Madres. Igualmente se satisface la demanda en el mercado estadounidense por la misma celebración que aunque en diferentes días se celebra también en el mes de mayo.

21 A decir de la directora del DIF municipal son las de mayor presencia de niños y niñas trabajando en la floricultura. Las localidades fueron Santiago Oxtotitlán, San Bartolomé, San Gaspar, El Islote, San Miguel y la Joya.

rollo Integral de la Familia DIF, quienes se encargaban de presentar a la investigadora con los directivos de las escuelas primarias. Ello generó que los profesores dieran amplia facilidad a las actividades que se realizaba con los niños y niñas.

Una primera propuesta que se intentó realizar en el contexto de las escuelas fue que a partir de la información y conocimiento de las familias por parte de los profesores, se llamara a las madres de los niños y las niñas que trabajan en la flor para así entrevistarlas a la par de los niños. No obstante, desde los primeros intentos, esta forma se mostró claramente como una estrategia equivocada ya que los niños y las niñas no se sentían cómodos siendo entrevistados frente a sus padres o viceversa.

Hubo casos en que los argumentos caían en inconsistencias, como cuando se les preguntaba a las madres si los hijos e hijas trabajaban y con qué frecuencia, ellas argumentaban que solo en sus tiempos libres y los niños las contradecían de inmediato diciendo que «no era cierto, que las acompañaban a trabajar a diario saliendo de la escuela»; o en algunos casos antes de contestar buscaban con la mirada la aprobación de la madre, lo que resultó en constantes problemas al poner en una situación incómoda a ambos entrevistados. Como bien afirma la Organización Internacional del Trabajo:

Aproximarse a los niños trabajadores requiere aptitudes y cuidados especiales. Hay que acercarse a ellos poco a poco antes de que estén dispuestos a discutir sus vidas. Aproximarse al niño trabajador y hacerle entablar una discusión de la vida, trabajo y familia y cómo se sienten sobre todo ello no es solo un ejercicio académico; implica un alto grado de sensibilidad de parte del investigador (OIT, 2004: 34 en Leyra, 2009).

Al respecto, cabe señalar que la investigadora tuvo la oportunidad de acudir a una reunión con mujeres sujetas al Programa Oportunidades²², con el propósito de entrevistarlas o bien obtener contactos para posteriormente realizar observación participante en sus hogares. Sin embargo, el escenario no fue el más adecuado. Las mujeres entrevistadas mostraron recelo para compartir información relativa a las actividades extraescolares de los hijos e hijas o a las actividades

22 El Programa de Desarrollo Humano Oportunidades (PDHO) es el principal programa social en México en materia de atención a la pobreza. El Programa ha experimentado algunos cambios de cobertura ya que se han ido agregando grupos sociales como los jóvenes y los adultos mayores; no obstante la esencia del programa ha permanecido, y es dotar de recursos educativos, de salud y de alimentación a la población en condiciones de pobreza que le permitan obtener las habilidades y aptitudes necesarias para que con su esfuerzo personal alcance una mejoría en sus niveles de bienestar, buscando con ello romper con el fenómeno de la transmisión intergeneracional de la pobreza (Calderón y Martínez, 2008).

laborales de los miembros de la familia, en particular de los menores de edad que no asisten a la escuela. Al realizar una reflexión ulterior al respecto fue posible entender que uno de los requisitos para otorgar el apoyo gubernamental a las familias es que los niños y sobre todo las niñas asistan a la escuela, de hecho el apoyo está diseñado para evitar que prefieran trabajar a seguir con los estudios, por lo que es perfectamente comprensible que las madres se mostraran cautelosas sobre esa información ya que temían que se enterara el promotor, incluso hubo quienes tuvieron la impresión de que la investigadora trabajaba para el propio programa social.

Por lo anterior, se siguió con las visitas a las escuelas primarias para lograr acercamiento con los niños y niñas. Se solicitó a los profesores que permitieran organizar grupos de discusión con los niños, y una vez formados los grupos se les explicó de qué se trataba la investigación y la actividad a realizar, además se preguntó abiertamente quién deseaba participar y quién no; aclarándoles que no se sintieran obligados por los profesores ni por los compañeros a participar.

Los niños y niñas tienen conocimientos, sentimientos, creencias y percepciones del mundo en el que viven a diario, de la escuela, del trabajo, su familia, sus amigos y a pesar de su corta edad van construyendo marcos de referencia para actuar en el presente y en el futuro en función del contexto social que los rodea; sus testimonios muestran la realidad en que viven tan claramente como lo puede mostrar la voz de un adulto. Al respecto Glockner (2008) afirma que:

Aunque muchas veces los adultos piensan que los niños son individuos que junto con su inmadurez física viven en una especie de «inmadurez intelectual» que los mantiene al margen de comprender tanto sus propias experiencias como los fenómenos sociales que suceden a su alrededor, en realidad sucede todo lo contrario. Aun si los niños están de cierto modo imposibilitados para valerse por sí mismos... ello no les impide entender, reflexionar y aprender y, mucho menos, poder sentir, expresar e influir en lo que sucede a su alrededor (Glockner, 2008: xv).

Por ello, los testimonios de estos pequeños sujetos sociales abrieron una amplia ventana para comprender el fenómeno del trabajo infantil en la agricultura de un cultivo moderno como las flores. Antes de cada entrevista individual y de cada grupo de discusión en las escuelas, se preguntó a los pequeños informantes si deseaban participar en la actividad; a quienes dijeron que sentían vergüenza o miedo se les dio libertad de retirarse y realizar otras actividades o bien quedarse a observar a sus compañeros, lo que finalmente en la mayoría de los casos los animó a unirse a las entrevistas, los grupos de discusión y la realización de dibujos. Con esta forma de obtener sus

testimonios, los pequeños informantes se sintieron con mucho más confianza, incluso el hecho de visualizar que el resto de sus compañeros compartían muchas de sus vivencias y experiencias laborales fue un incentivo para que dieran rienda suelta a sus discursos acerca de su trabajo en la floricultura. Hubo ocasiones en que se peleaban por hablar y por utilizar la grabadora para dar sus testimonios. Otra ventaja de los grupos de discusión fue que los niños y las niñas comentaban entre ellos sus experiencias más que entrar en una dinámica de entrevistador-entrevistado cara a cara.

La curiosidad de profesores y directivos fue una de las limitantes enfrentadas, pues querían estar presentes en los grupos de discusión y los niños y las niñas se sentían incómodos de hablar abiertamente, aunado a que los profesores les invitaban a participar como si se tratara de una cuestión académica de mucha rigidez, lo que de repente se tornaba en un ambiente de tensión. Por suerte esta limitante se presentó en solo dos ocasiones y por cortos lapsos de tiempo.

Los grupos de discusión se llevaron a cabo en el horario de la escuela y cada sesión duró aproximadamente una hora y media dependiendo del número de niños y niñas que participaron²³. En algunas primarias se facilitaron las instalaciones de algún salón desocupado y en otras la actividad se tuvo que llevar a cabo en el patio a plena luz del sol. Se dividió a los niños y a las niñas, sobre todo porque en los grados de quinto y sexto al preguntarles por los malestares que sentían mientras trabajaban, muchas de las niñas expresaban malestares relacionados con la menstruación lo que igualmente las incomodaba frente a los niños, de ahí que se formaran grupos divididos por sexo.

Fue necesario realizar diversas visitas a las escuelas primarias. Primero porque la falta de tiempo impedía abarcar todos los ejes de análisis planteados, ya que las visitas por lo regular coincidieron con los preparativos para los festivales del 21 de marzo «día del inicio de la primavera y la conmemoración del natalicio de Don Benito Juárez» y por lo tanto no se podía quitar el tiempo de los ensayos al alumnado. Una opción era abarcar los tiempos del recreo, sin embargo era imprudente negarles ese tiempo que tienen para jugar y alimentarse, por lo que se decidió realizar visitas posteriores para terminar las actividades inconclusas.

23 Durante la puesta en práctica de esta técnica de investigación fueron entrevistados 73 niños y 57 niñas de quinto y sexto grados de primaria que oscilan entre los 9 y 12 años de edad, y que dijeron que trabajan o habían trabajado alguna vez en la floricultura, ya sea ayudando en la unidad de producción familiar, o «contratados» a destajo en alguna empresa o acompañando a sus padres como ayudantes también en las empresas.

En las visitas subsiguientes, una importante técnica de investigación fue la aplicación del dibujo. Bajo la indicación de realizar dos dibujos, uno en donde mostraran cómo es su trabajo en la actualidad y otro en donde plasmaran cómo pensaban que sería su trabajo en el futuro. El propósito fue escudriñar sobre la forma en que la internalización de las condiciones en que trabajan los niños tiene repercusión en el futuro laboral de estos pequeños trabajadores y trabajadoras.

En los grupos de discusión se corroboró la existencia de diversas modalidades de participación laboral infantil en la floricultura, fue mediante esta técnica que se advirtió la existencia de niños y niñas que laboran en las unidades de producción familiares; tal modalidad no fue identificada en el trabajo de campo al interior de la empresa floricultora.

La tercera etapa pero no menos importante fue la convivencia con tres familias que tienen a niños y adolescentes trabajando en alguna empresa floricultora. Dos familias fueron contactadas a partir de la observación participante en la empresa. Una niña de 12 años y otra de 15 fueron quienes abrieron a la investigadora las puertas de sus casas y amablemente le presentaron a sus familiares. La tercera familia fue conocida en una de las visitas a las escuelas primarias, donde se logró el contacto con una madre de familia que tiene tres niñas que trabajan con ella en la principal empresa de su localidad.

Este trabajo se llevó a cabo durante las tardes al salir de las escuelas primarias, y consistió básicamente en acompañar a las niñas en sus actividades cotidianas, como ir a la tienda, hacer trabajos domésticos, cuidar a sus hermanitos, hacer la comida, visitar a sus amigos y familiares, acompañarlas mientras atendían el puesto de comida de su abuelita. A algunas de ellas, sobre todo las mayores, debía esperarlas a que llegaran de su faena laboral, aproximadamente a las 6 o 7 de la tarde. Mientras tanto aprovechaba para entablar conversaciones con los demás miembros de la unidad doméstica.

La convivencia al interior de las unidades domésticas permitió acceder al punto de vista de los padres, madres, tías, abuelos. Es decir, aquellos actores quienes implementan diversas estrategias de reproducción, y toman la decisión de la inserción temprana al trabajo de los niños y las niñas. Además se observaron diversas dinámicas vinculadas con las estrategias de reproducción al interior de las unidades domésticas.

El *continuum* de enfoques. Una experiencia con tensión

Una vez realizado el trabajo de campo y habiendo sistematizado la extensa información obtenida desde la óptica cualitativa se presentó el reto de hacer compatible el abordaje desde el punto de vista cuantitativo. Para ello se analizó el Módulo de Trabajo Infantil de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2009, cuyos propósitos se basan en proporcionar información agregada sobre la situación laboral de los niños y las niñas que trabajan. Justo como muestra la experiencia de los estudios de tipo mixto, la búsqueda de la compatibilidad entre ambas perspectivas para un mismo objeto de estudio, presentó una importante tensión al momento de resolver cuestiones tanto teóricas como empíricas.

El reto central fue hacer coincidir las piezas de un rompecabezas que se visualizaba como amorfo, pues los datos recabados en campo respondían a una lógica distinta que los datos arrojados por la Encuesta Nacional.

Al momento de sistematizar la información de corte cuantitativo para su análisis, se generó la necesidad de construir tipologías de orden cuantitativo de niño/as trabajadores/as. Esto se constituyó en una de las principales herramientas para lograr aprehender el fenómeno del trabajo infantil desde una postura metodológica mixta, pero al mismo tiempo representó la mayor tensión metodológica. Se buscó que la construcción de la tipología se basara en una mezcla de criterios, obtenidos a partir de lo observado en campo y adicionados con los elementos que proporcionaba la Encuesta Nacional.

El Módulo de Trabajo Infantil, al igual que muchas de las encuestas laborales, caracteriza al trabajo mediante las dimensiones del tiempo y de la posición de la ocupación. Estos niveles de análisis que posee la Encuesta Nacional igualmente fueron observados en el trabajo de campo como características centrales que definen a ciertas modalidades de niños y niñas trabajadores. Sin embargo, las dimensiones del trabajo infantil que la Encuesta Nacional omite son «el acompañamiento» y «la ayuda»; no se considera que un sinnúmero de niños y niñas acompañan a los adultos a sus lugares de trabajo y bajo la modalidad de acompañantes se insertan en actividades laborales, justo como se observó en el trabajo de campo para la floricultura; asimismo el Módulo de Trabajo Infantil invisibiliza a los niños y las niñas «ayudantes» que igualmente dicen ayudar y bajo esa figura realizan tareas que impactan en la producción económica.

En este sentido, varias premisas respaldaron la construcción de la tipología, en primer lugar, la observación de primera mano sobre

la heterogeneidad de la población infantil que trabaja, ya que cuenta con características diversas y diferenciadas incluso cuando se ocupa en un mismo sector de actividad. En segundo, la participación de los niños y las niñas en este sector productivo está vinculada directamente con la participación de los adultos que pertenecen a su unidad doméstica y por ende, en ciertas ocasiones, hay una mediación entre el empleador y el niño/a que es ejercida por el familiar adulto, lo cual también fue observado en el trabajo de campo. Otra premisa fundamental, fue que el tiempo de la jornada de trabajo es sustancial para definir en qué grupo se encuentra cada niño o niña. Y finalmente, la posición en la ocupación, es decir, si eran trabajadores no remunerados; por cuenta propia o trabajadores subordinados y remunerados.

A partir de estas premisas que combinaron las dos tradiciones metodológicas, entonces los niños y las niñas que contestaron en el Módulo de Trabajo Infantil que estaban ocupados en el sector agropecuario se agruparon de la siguiente manera:

1. «No asalariados de tiempo parcial»: trabajadores por cuenta propia y trabajadores no remunerados con una duración de la jornada laboral de menos de 35 horas a la semana.
2. «Asalariados de tiempo parcial»: trabajadores subordinados y remunerados con una jornada laboral de menos de 15 horas a la semana hasta 15 a 34 horas.
3. Un tercer grupo fue conformado por los niños y las niñas nombrados «Asalariados de tiempo completo» y fueron quienes reunieron la característica de ser trabajadores subordinados y remunerados o trabajadores por cuenta propia, con una jornada laboral que va de las 35 horas y más a la semana.
4. Finalmente, se obtuvo una última agrupación de aquellos niños y niñas que dijeron ser trabajadores no remunerados con una jornada laboral de 35 horas y más; a ellos se les denominó «No asalariados de tiempo completo».

Los criterios de agrupación se basaron en diversas consideraciones. Para quienes entran en el tipo «No asalariados de tiempo parcial», se tomó en cuenta lo observado en el trabajo de campo, donde es común que los niños/as acompañen a los padres u otros familiares y realicen actividades en las faenas por las que los adultos son contratados, en ese sentido se consideró que estos menores pueden no recibir pagos monetarios pues los salarios son percibidos por los familiares. Igualmente, se tomó en cuenta que los menores no son contratados directamente, por lo que estos no necesariamente deben cumplir estrictamente con una jornada de tiempo completo.

Para los que se tipifican como «Asalariados de tiempo parcial» se consideró que la naturaleza propia del sector agropecuario marca ciertas pautas temporales para la demanda de trabajadores, sobre todo en ciertos cultivos que tienen una marcada temporalidad y que requieren de trabajadores flexibles dispuestos a recibir bajos salarios y a cubrir horarios atípicos (Morett y Cosío, 2004), siendo el caso de la producción de flores; es por ello que se incluyeron aquí a quienes dijeron trabajar de forma subordinada y remunerada y con una duración de la jornada menor a 34 horas a la semana.

Los que se concentran en el tipo «Asalariados de tiempo completo» son quienes dijeron trabajar más de 35 horas a la semana, horario que difícilmente les permitiría combinar la escuela y el trabajo; además se agrupan también quienes dijeron no tener un horario regular, esta última característica a primera vista parecería no ser determinante para que un niño/a sea tipificado como trabajador asalariado de tiempo completo, sin embargo, si a ello se le agregan las características de ser trabajadores subordinados y remunerados y trabajadores por cuenta propia entonces el escenario de estos menores se aclara en el sentido de que recibir una remuneración económica seguramente influye en el costo de oportunidad al momento de valorar la escuela frente al trabajo (Brown, 2000). Igualmente se observaron casos en la comunidad estudiada, en la que se privilegió la entrada temprana al mercado de trabajo frente a la asistencia escolar debido a la flexibilidad de horarios atribuida al mercado de trabajo, frente a las exigencias del sistema escolar.

Finalmente se formuló el tipo «No asalariados de tiempo completo». La característica sustancial es que dijeron ser trabajadores que no reciben retribuciones monetarias y con un horario ya sea de 35 horas y más, es decir casi de tiempo completo o bien no tener un horario regular. Ello fue consecuente con las tradicionales ocupaciones de los mercados agrícolas, observadas igualmente en el contexto local estudiado, sobre todo para aquellos quienes forman parte de una unidad doméstica que cuenta con activos productivos como la tierra o el crédito que les permite obtener una producción extra a la producción de autoconsumo, incluyendo aquí a la agricultura de traspatio y la agricultura minifundista, aunque no necesariamente se les otorga una remuneración a su trabajo (Brown, 2000).

A partir de los datos agregados que proporciona la Encuesta Nacional se estimó que la niñez trabajadora en el sector agropecuario se distribuye de la siguiente forma a partir de las cuatro situaciones ocupacionales, tal como se muestra en la tabla 1.

Tabla 1. México. Población de 5 a 17 años de edad ocupada en el sector agropecuario por situación ocupacional

<i>Situación ocupacional</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Total</i>
No asalariados de tiempo parcial	40.0	359,459
Asalariados de tiempo parcial	15.0	130,605
Asalariados de tiempo completo	12.0	111,579
No asalariados de tiempo completo	33.0	291,194

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2012.

Asimismo se muestra un corto fragmento obtenido en los grupos de discusión realizados en las escuelas primarias durante el trabajo de campo, de varios niños que entra en el grupo de «Asalariados de tiempo parcial» quienes relatan la forma en que entraron a trabajar a una empresa y el tipo de remuneración de que son objeto.

—Cuando voy con mi tío en la producción me lleva pa que le ayude y hago cosas de todo casi.

—¿Y los patrones los mandan a ustedes o solo sus papás les dicen qué hacer?

—A mí me dice en veces el patrón de ahí, me dice ‘ponte a acarriar cubetas’ y pus ya lo hago o me dice ‘empízate a desjugar los surcos’ y así, pero eso en veces (Niño, 9 años).

—A mí sí me dice qué hacer la patrona, luego luego que llegas ahí nos dice ‘pónganse a hacer esto o pónganse a hacer el otro’, a mí casi siempre me ponen con mi hermano en la producción (Niño, 12 años).

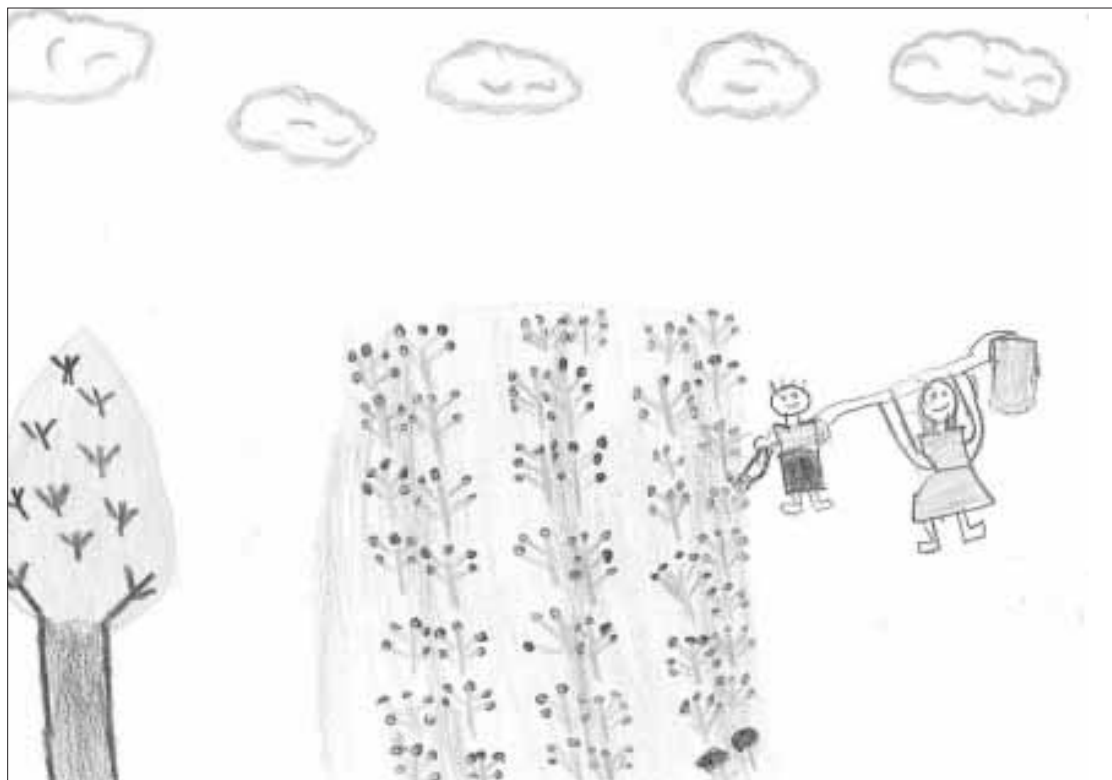
—¿Y cómo le hacen para pagarles?

—De en veces el patrón le paga a mi papá por lo que hacemos de todo, en veces a mí y a mi hermano nos da aparte para el refresco (Niño, 9 años).

—A mí me dijo mi mamá de repente que ya me habían pagado y yo me puse muy contenta y mi mamá me lo guardó (Niño, 8 años).

Por su parte, la ilustración siguiente fue realizada por una niña de 11 años quien dijo acompañar a su mamá y hermanas mayores a las actividades de la empresa en épocas de alta demanda de trabajadores:

Ilustración 1. Trabajo de niños y niñas en la floricultura de exportación



En la ilustración se observa una actividad que se conoce como regar, consiste en mojar las plantas y flores con un mecanismo de manguera que debe ser realizado con sumo cuidado para no lastimar las flores; una tarea recurrente asignada a los niños y las niñas es levantar la manguera para evitar que roce con las flores y las dañe. A decir de los niños y las niñas, esta actividad exige fuerza en los brazos y les genera estrés debido a que en ocasiones los adultos los reprenden si dejan caer las mangueras sobre las flores. En ocasiones el agua que se utiliza para regar contiene compuestos químicos para mantener las flores libres de plagas, ello aumenta el nivel de esfuerzo físico para los niños y las niñas ya que si dejan caer las mangueras pueden ocasionar mayores perjuicios a las plantas²⁴.

24 Entre algunos de los hallazgos de la investigación a partir de los datos cualitativos se encuentran por ejemplo las distintas formas de abuso hacia los niños y las niñas que se cometen por parte de las agro empresas productoras de flores; las estrategias de las unidades domésticas para organizar la reproducción económica y las diferencias por género que viven los niños y las niñas tanto en el ámbito doméstico como en el laboral (Véase Miranda, 2012).

Reflexiones finales

A lo largo de este capítulo se ha intentado mostrar la complejidad que implica el abordar una práctica social desde una metodología mixta. Se ha presentado una revisión de los más recientes aportes sobre lo que ya se ha denominado como metodología mixta, y se ha ilustrado un ejemplo de aplicación. De donde surgen dos importantes reflexiones.

En primer lugar, la aplicación de la metodología mixta en los estudios sociodemográficos responde a las limitaciones que presentan las principales fuentes de información agregadas, que para el caso específico del trabajo infantil, están diseñadas en función de nociones adultocéntricas respecto del trabajo; con lo que se invisibilizan algunas aristas involucradas en la práctica del trabajo de las niñas y los niños, tales como el acompañamiento, la colaboración y la ayuda. En este sentido, la aplicación de la metodología mixta representa un mecanismo para subsanar estas limitaciones.

En segundo lugar, se pone de manifiesto las diversas tensiones que genera la aplicación de una metodología mixta. Hacer compatibles dos miradas metodológicas no es una tarea simple, requiere hacer coincidir diversas piezas de un rompecabezas que no necesariamente están diseñados para acoplarse de forma armónica. Ello generó algunas tensiones metodológicas; sin embargo, a pesar de las dificultades que debieron superarse, los resultados generaron un análisis de mayor envergadura.

Finalmente, el uso de una metodología mixta llevó a visualizar que el trabajo infantil en esta rama productiva es una práctica social que se recrea a partir de la diversidad y la heterogeneidad. La riqueza de combinar el análisis de datos cualitativos y datos cuantitativos proporcionó un resultado que difícilmente se hubiera logrado desde una perspectiva tradicional. El ejercicio metodológico fue valioso en la medida que permitió conocer los diferentes matices del trabajo infantil agrícola como fenómeno social.

Bibliografía

- Balán, J., Browning, H. y Jelin, E. (1977), *El hombre en una sociedad en desarrollo. Movilidad geográfica y social en Monterrey*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Bazeley, P. (2009), «Integrating data analyses in mixed methods research», *Journal of Mixed Methods Research*, vol. 3, n.º 3, pp. 203-207.
- Bertaux, D. (1988), «El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades», en *Historia Oral e Historias de Vida*, Costa Rica: FLACSO.
- and M. Kholi (1984), «The life story approach: a continental view», *Annual Review of Sociology*.
- Bertaux, D., and Thompson, P. (1997), «Introduction», in D. Bertaux and P. Thompson (eds.), *Pathways to social class: A qualitative approach to social mobility*, Oxford, UK: Clarendon Press.
- Blanco, M. y Pacheco, E. (2003), «Trabajo y familia desde un enfoque del curso de vida: dos sub cohortes de mujeres mexicanas» en *Papeles de Población*, México: Universidad Autónoma del Estado de México, vol. 9, n.º 38, octubre-diciembre, pp. 159-193.
- (2001), «Trayectorias laborales en la ciudad de México: un acercamiento exploratorio a la articulación de las perspectivas cualitativa y cuantitativa», en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, México, D.F.: RELET, Año 7, n.º 13.
- Block, J. (2008), *The Q-sort in character appraisal: Encoding subjective impressions of persons quantitatively*, Washington, DC: American Psychological Association.
- Bornat, J. (2008), «Biographical methods», in Alasuutar, A., Brannen, J., and Bickman, L. (Eds.), *Handbook of Social Research*, London: Sage.
- Brown, D. (2000) «El trabajo infantil en la América Latina. Teoría y evidencia» en López, L. (comp.) *El trabajo infantil. Teoría y lecciones de la América Latina*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Brown, S. R. (2008), «Q methodology», in L. M. Given, (ed.), *The Sage encyclopedia of qualitative research methods*, Thousand Oaks, CA: Sage.
- Calderón, C. y Martínez, O. (2008), «La operación de la eficiencia del programa oportunidades en el área metropolitana de Monterrey, México: un estudio de caso», en *Ciencia y Sociedad*, República Dominicana: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, vol. XXXIII, n.º 3, julio-septiembre.
- Dávila, A. (1995), «Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales: debate teórico e implicaciones praxeológicas», en Delgado y Gutiérrez, (eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid: Síntesis Psicología.
- Elder, G. (1974), *Children Of The Great Depression. Social Change In Life Experience*, Boulder, Colorado: Westview Press.
- Elliott, J. (2005), *Using narrative in social research: Qualitative and quantitative approaches*, London: Sage.
- Gandini, L. (2012), «¿Escapando de la crisis? Trayectorias de migrantes argentinos recientes en dos contexto de recepción: Ciudad de México y Madrid», tesis de doctorado, México, D.F.: El Colegio de México.
- García, B. y De Oliveira, O. (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, D.F.: El Colegio de México.
- García, B., Muñoz, H. y De Oliveira, O. (1982), *Hogares y trabajadores en la Ciudad de México*, México: El Colegio de México e Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Glockner, V. (2008), *De la montaña a la frontera. Identidad, representaciones sociales y migración de los niños mixtecos de Guerrero*, México: El Colegio de Michoacán.
- Haraven, T. (1982), *Family time and industrial time: The relationship between the family and work in a New England industrial community*, Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- INEGI, (2012), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2011, Módulo de Trabajo Infantil*, México.
- Leech, N. (2010), «Interviews with the early developers of Mixed Methods Research», in A. Tashakkori and C. Teddlie (eds), *Handbook of Mixed Methods in Social and Behavioral Research*, California: Thousand Oaks, SAGE [2nd ed.]
- Leyra, B. (2009), *Trabajo Infantil Femenino: Niñas trabajadoras en la ciudad de México*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Lindón, A. (1995), «La producción de información laboral en la encrucijada de las representaciones y prácticas del trabajo (el caso de los sectores populares urbanos)» en *Papeles de Población*, México: Universidad Autónoma del Estado de México, n.º 6-7, noviembre-febrero.
- Martínez, C. (1993), *Sobrevivir en Malinalco. La salud al margen de la medicina*. México, D.F.: El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- McKeown, B., and Thomas, D. (1988), *Q methodology. (Quantitative Applications in the Social Sciences Series, n.º 66)*, Newbury Park, CA: Sage.
- Miranda, S. (2012), «Trabajo infantil y floricultura. Imbricaciones entre las necesidades de reproducción del capital y la supervivencia de las unidades domésticas. El caso de Villa Guerrero, Estado de México», tesis de doctorado, México, D.F.: El Colegio de México.
- Morett, J. y Cosío, C. (2004), *Los jornaleros agrícolas en México*, México: Universidad Autónoma Chapingo.
- Newman, I., and Ramlo, S. (2010), «Using Q methodology and Q factor analysis to facilitate mixed methods research», in A. Tashakkori and C. Teddlie (eds.), *Handbook of mixed methods in social and behavioral research*. Thousand Oaks, CA: Sage. [2nd ed.].
- Nilsen, A. and Brannen, J. (2010) *Interview study consolidated report*, Research Report #8. Manchester, UK: Manchester Metropolitan University, Research Institute for Health and Social Change.
- Nunnally, J. C. (1978), *Psychometric theory* (2nd ed.), Nueva York: McGraw-Hill.
- Plummer, K. (2001), *Documents of life 2. An invitation to a critical humanism*. London: Sage.
- Rojas, L. (2008), *Paternalidad y vida familiar en la Ciudad de México: un estudio del desempeño masculino en los procesos reproductivos y en la vida doméstica*, México: El Colegio de México.
- Rosas, C. (2008), *Varones al son de la migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*, México, D.F.: El Colegio de México.
- Ryder, N. (1965), «The cohort as a concept of social change», in *American Sociological Review*, vol. 30, pp. 843-861.
- Sánchez, R. (2008) «La observación participante como escenario y configuración de la diversidad de significados», en Tarrés, M. L. (coord.), *Observar, escuchar y comprender: sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México, D.F.: El Colegio de México, y M. A. Porrúa.
- Sandoval I. y Pernudi, V. (2004), «Una nueva lectura de las estadísticas sobre trabajo infantil y adolescente doméstico» en Organización Internacional del Trabajo, *Una mirada de género al trabajo infantil doméstico*, San José de Costa Rica: OIT.

- Solís, P. (2005), *Cambio estructural y movilidad social en Monterrey*, México, D.F.: El Colegio de México.
- Szasz, Ivonne (1993), *Migración temporal en Malinalco. La agricultura de subsistencia en tiempos de crisis*. México, D.F.: El Colegio de México/El Colegio Mexiquense.
- Tashakkori, A. and C. Teddlie (1998), *Mixed Methodology. Combining Qualitative and Quantitative Approaches*, Applied Social Research Series, vol. 46, London, New Delhi: Sage Publications, Thousand Oaks.
- (eds.) (2010), *Handbook of Mixed Methods in Social & Behavioral Research*, California: Thousand Oaks, SAGE [2nd ed.].
- Thomas, W., and Znaniecki, F. (1958), *The Polish Peasant in Europe and America*, vol. 1-2. Nueva York: Dover.
- Watts, S., and Stenner, P. (2005), «Doing Q methodology: Theory, method and interpretation», in *Qualitative Research in Psychology*, vol. 2. n.º 1, pp. 67-91.

Diario versus cuestionario: una comparación de metodologías para la medición del trabajo remunerado y no remunerado

Luciana Gandini¹
Susan W. Parker²

Resumen

El objetivo del trabajo es la realización de un análisis metodológico sobre la medición del uso del tiempo a partir de dos instrumentos de recolección de información, diarios de actividades y cuestionarios cerrados, a fin de identificar la existencia de sobre o subestimaciones en actividades de trabajo (remunerado y no remunerado) y otras actividades cotidianas. Nuestros resultados muestran que los sesgos en las mediciones no manifiestan un comportamiento uniforme. Se obtienen mayores estimaciones promedio de uso de tiempo mediante el cuestionario cerrado en aquellas actividades socialmente normadas o con horarios establecidos (o esperados), tales como las actividades de trabajo doméstico —aunque se reportan diferencias por sexo—, cuidado de personas en el hogar, trabajo remunerado, trabajo voluntario y las actividades de estudio y aprendizaje. Por el contrario, el diario de actividades arroja mayores estimaciones promedio de uso de tiempo para el conjunto de actividades asociadas a un mayor proceso de individuación: actividades de convivencia y recreación, uso de medios masivos de comunicación y cuidados personales, que incluye tiempo de sueño.

Palabras clave: uso del tiempo, trabajo remunerado y no remunerado, metodologías de medición de uso del tiempo, diario de actividades, cuestionario cerrado

Abstract

The objective of this chapter is to carry out a methodological analysis comparing the measurement of time use using two different instruments, a time diary and a standard retrospective time use module, with the goal of identifying under or over-estimates of time dedicated to paid and unpaid work as well as other activities. Our results show that the biases in time use measurement vary depending on the activity measured. In particular, larger estimates of time use using the stylized questionnaire were obtained in socially normed activities or schedules established (or expected) activities including housework, care of individuals in the household, paid work, voluntary work and time in school, although differences by gender were observed. On the other hand, estimates based on time use diaries had higher estimates of time for all activities associated with increased individuation process: such as recreation, use of media, personal care and sleep.

Keywords: time use, paid and unpaid work, methods-time measurement, time-use diary, stylized questionnaires.

-
- 1 Becaria del Programa de becas posdoctorales de la UNAM. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Cuernavaca (México), lgandini@gmail.com.
 - 2 Profesora-investigadora. Centro de Investigación y Docencia Económicas, (México D.F.), susan.parker@cide.edu.

Introducción

Este capítulo presenta una reflexión metodológica sobre los hallazgos del proyecto «Cuantificación de sesgos en la contabilización del uso del tiempo a partir de metodologías de diarios y cuestionarios», llevado a cabo en el año 2009 para el Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES) del gobierno federal mexicano, con el propósito de avanzar en el conocimiento acerca de la medición del uso del tiempo que hacen las personas en las actividades diarias. De manera específica, se propuso identificar mediante la puesta a prueba de dos metodologías de recolección de información distintas (cuestionario cerrado y diario de actividades) la existencia de posibles sesgos en la contabilización del uso del tiempo de hombres y mujeres.

Aunque pueden hallarse varios estudios en los que se compara la utilización de ambas metodologías y se analizan las ventajas y dificultades que conlleva una forma de recolección sobre otra respecto a la captación del trabajo no remunerado y del trabajo remunerado, los mismos se han llevado a cabo en países más avanzados.

El presente trabajo se estructura en siete partes. En la primera se presenta una breve reflexión sobre el uso del tiempo y los desafíos que conlleva su medición, la segunda sección sitúa las reflexiones en torno a la noción del trabajo, mientras en las secciones tres y cuatro se sintetizan las experiencias de medición llevadas a cabo en América Latina y en México. Una comparación de las ventajas y desventajas que se han advertido sobre las dos metodologías sometidas a prueba es desarrollada en la quinta sección, mientras en la sexta sección se presentan los resultados de la comparación metodológica para la medición del trabajo remunerado y no remunerado. Finalmente, se culmina con un apartado de conclusiones.

El uso del tiempo y su medición

El tiempo es un factor estructurante y organizador de la vida social en tanto es un concepto —al igual que el espacio— construido como representaciones colectivas (Durkheim). Es pensado y experimentado de distinta manera de acuerdo al contexto social del que se forme parte. De manera que el tiempo —y los segmentos de él— adquieren significados distintos para las diversas categorías sociales que componen la sociedad.

El objetivo de la metodología del uso del tiempo busca fomentar la comprensión de las formas específicas de ordenamiento temporal que tienen las sociedades, con el afán de dar cuenta de la manera en

que los grupos sociales determinan el uso del tiempo de las personas (Delfino, 2009). Así, el propósito en el estudio del uso del tiempo es precisamente el «uso» que las personas hacen de él —no el tiempo en sí mismo— en tanto constituye una referencia estructurante de las proporciones de tiempo que las personas comprometen en sus actividades cotidianas (Delfino, 2009). El uso que le damos al tiempo o la manera en que lo distribuimos en nuestra vida cotidiana depende de varios factores de diferenciación social. Esos ejes estructurantes de la sociedad (tales como género, clase social, etnia, religión, región de residencia) inciden en el tipo de actividades que realizamos (trabajo remunerado, doméstico, actividades recreativas, de ocio, de cuidado), la proporción de tiempo que dedicamos a cada una de ellas, el lugar o contexto de realización así como si las llevamos a cabo solos o acompañados.

En ese camino, las encuestas de uso del tiempo pretenden medir el tiempo que las personas dedican a distintos tipos de actividades (trabajo remunerado y no remunerado, voluntario, cuidado de otras personas, ocio y recreación, tiempo dedicado al traslado, entre muchos otros posibles desgloses de actividades). Su extensión y desarrollo han tenido notables contribuciones (Araya, 2003) y, si bien no todos los estudios sobre uso de tiempo tienen la finalidad de valorar social y económicamente el trabajo doméstico, a partir de la década de los setenta, este ha sido uno de los usos más extendidos y provechosos en los que esta metodología ha redundado, poniendo sobre el tapete la importancia de las desigualdades de género a partir de la reproducción de la diferencia sexual entre hombres y mujeres en la desigualdad social y discriminación de género.

En la actualidad existe un amplio consenso en el reconocimiento de las encuestas de uso de tiempo como uno de los instrumentos más idóneos para evidenciar la desigualdad genérica, destacando aspectos de la vida que tradicionalmente han sido opacados en estudios basados en otras fuentes de datos y metodologías (Budlender, 2007). Las encuestas de uso de tiempo, de manera particular, han contribuido en transparentar el trabajo doméstico de la mujer y, en general, han sido útiles para poder cuantificar y valorar la «carga global de trabajo»: el tiempo dedicado al trabajo doméstico más el tiempo dedicado al trabajo extradoméstico. El concepto de carga global del trabajo se crea con la finalidad de evidenciar el trabajo realizado principalmente por las mujeres al considerar una noción amplia del mismo: remunerado y no remunerado. Dentro del trabajo remunerado está incluido el trabajo doméstico por el que se obtiene un sueldo, mientras que dentro del trabajo no remunerado están el trabajo doméstico sin sueldo, trabajo voluntario y cuidado de otras personas. De acuerdo con

esta noción el trabajo contempla ambos elementos, los cuales no solo forman parte de él sino que están estrechamente interrelacionados (Durán, 2002).

La noción de trabajo

Desde diversos abordajes teóricos (sociológico, económico, jurídico) la noción dominante de trabajo ha sido la que lo asocia a trabajo de tipo remunerado. Es decir, se lo concibe como aquellas actividades productivas que realizan las personas, a cambio de las cuales reciben un salario (o remuneración). Para Carrasco (2001), ello refleja la confusión conceptual que se ha dado históricamente según la cual se asoció 'producción' con 'producción de mercado' y 'trabajo' con 'empleo', dejando fuera a la producción de bienes y servicios que se desarrolla al interior de la esfera familiar.

En las últimas décadas, con el avance en la investigación de la articulación entre la vida familiar y laboral y los esfuerzos por la reconceptualización de la noción de trabajo, se impulsaron propuestas para su medición que permitan conciliar ambos dominios ante la inconsistencia manifiesta entre los propósitos de los estudios sobre trabajo femenino, la división sexual del trabajo y las relaciones de género, con la naturaleza de la información de las estadísticas disponibles (Aguirre, García Sainz y Carrasco, 2005). Las condiciones de vida no descansan únicamente en el trabajo para el mercado sino también del trabajo no remunerado, por lo que se hace imprescindible trabajar con un concepto de trabajo integral que tome en cuenta ambos tipos (Pedrero, 2013).

Existe una vasta discusión acerca del valor del trabajo doméstico no remunerado (Carrasco, 2001; CEPAL, 2003, 2001; Durán, 2002; Pedrero, 2003, 2004; Aguirre, García y Carrasco, 2005) a partir de su reconocimiento como «trabajo básico, necesario y fundante del bienestar social» (Araya, 2003: 9). Una primera definición de trabajo doméstico comprende «las actividades requeridas para el mantenimiento cotidiano de las familias y la crianza de los niños» (García y de Oliveira, 1994). Este tipo de actividades conforma una de las modalidades del trabajo no remunerado, junto al trabajo voluntario, al de subsistencia y al de cuidado de familiares. De manera desagregada, el trabajo en la esfera doméstica incluye una amplia variedad de actividades tales como: el abastecimiento de nutrición y vestimenta a los miembros del hogar, el mantenimiento y aseo de la vivienda, el suministro de cuidados, supervisión y responsabilidad a cargo de ni-

ños, gestiones fuera del hogar que incluyen pagos, trámites, compras y traslados.

En aquel marco conceptual dominante, se contraponen el trabajo doméstico al trabajo productivo, de manera que lo que diferencia a ambos es la percepción de un pago y el aporte directo o indirecto a la economía e incluso el sexo del trabajador que lo realiza, antes que su valor inherente (Gammage y Orozco, 2008). De manera que se ha desestimado la dimensión económica de los recursos que no se utilizan de manera directa en el mercado (Durán, 2002). Sin embargo, el trabajo doméstico debe considerarse como una actividad productiva de bienes y servicios necesaria para la culminación de productos que son utilizados y consumidos en la vida cotidiana (Pedrero, 2004). En ese sentido, el tiempo que se destina diariamente en las actividades domésticas es parte esencial del necesario para la reproducción social.

El estudio del trabajo no remunerado y del valor social y económico que adquiere para la sociedad demanda el desarrollo de metodologías e instrumentos específicos para su medición y aprehensión (García y Carrasco, 2005). Como ya se ha mencionado, las encuestas de uso de tiempo se han identificado como la vía óptima para dar cuenta de tal significación ya que, mediante la consideración del tiempo, se promueve la visualización de las actividades que llevan a cabo hombres y mujeres conformando su carga total de trabajo.

La implementación de esta metodología de medición de uso de tiempo promueve, asimismo, la adopción de un claro enfoque de género que permite reformular conceptos y desarrollos teórico-metodológicos desde esa óptica. Esta mirada debe fomentar la inclusión de nuevas preguntas y categorías que den lugar a indicadores que reflejen de manera más fidedigna las diferencias de género que se expresan, entre muchas otras maneras, en la organización y utilización del tiempo sexuado para la realización de trabajos domésticos y extradomésticos.

Las experiencias de medición del uso del tiempo en América Latina

Varios trabajos reseñan el surgimiento del interés en la medición del uso del tiempo en el mundo, inicios que se remontan a finales del siglo XIX, en particular con el afán de estudiar las condiciones de vida de familias trabajadoras en Francia e Inglaterra (INEGI, 2002; entre otros).

En décadas recientes se ha producido un *boom* de los estudios sobre uso de tiempo, en particular en los países desarrollados, impulsados por algunos factores que contribuyen a entender su auge:

transformación de la estructura demográfica y productiva de esos países, expansión de un sector económico de importancia relacionado con el ocio y las comunicaciones, incremento del tiempo invertido en actividades no necesariamente productivas y creciente insatisfacción con la invisibilidad de ciertas actividades vitales para el bienestar individual, familiar y, en definitiva, social (Durán, 2002).

Mientras en muchos de esos países las encuestas de uso de tiempo se aplican desde hace varias décadas, en América Latina su implementación es embrionaria. La plataforma internacional sobre la que se sustenta la realización de estadísticas de uso de tiempo es la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing (1995) y, a nivel regional, la Décima Conferencia Regional de la Mujer de América Latina y el Caribe, que tuvo lugar en Quito (2007). Asimismo, la medición del tiempo de trabajo fue aprobada en el marco internacional por la OIT (2008) reconociendo a las actividades de los hogares como productivas y recomendando la medición de toda modalidad de trabajo a fin de propiciar la mejora en el diseño de políticas públicas que permitan conciliar el ámbito familiar y el económico³. En Beijing se concertó sobre la necesidad de visibilizar la importancia del trabajo no remunerado llevado a cabo fuera del mercado y valorar el aporte que se realiza desde este ámbito en la producción de bienes y servicios y contribución al consumo para el bienestar de los hogares. Asimismo, se convino desarrollar un sistema internacional de clasificación de actividades como una forma de contribuir a la comparabilidad internacional.

Varios países han avanzado en este terreno, particularmente a partir de los años noventa, década en la que se realizan las primeras encuestas a nivel nacional, aunque la primera se ubica en 1985, cuando Cuba levantó su primera encuesta (véase cuadro 1).

Dado lo relativamente reciente de estas experiencias, aún se encuentran sujetas a debate varias decisiones y criterios metodológicos, tales como: la realización de una encuesta independiente versus el anexo de un módulo a una encuesta más general; el período de referencia, las unidades de medición del tiempo, la metodología de aplicación (directa o autoadministrada), la extensión del cuestionario, unidades de análisis, población objetivo y los instrumentos de recolección de información. De todos ellos, probablemente la discusión más importante es la última, que en gran medida contiene o involucra a varias de las decisiones metodológicas listadas.

3 18.^a Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo, Ginebra, 2008. <http://www.ilo.org/global/What_we_do/Publications/ILOBookstore/Orderonline/Books/lang-es/docName--WCMS_099660/index.htm>.

Los tipos de modalidades que se identifican en las encuestas de uso de tiempo que han sido implementadas en América Latina y El Caribe son tres. La más adoptada es la incorporación de módulos de uso de tiempo en encuestas de hogares que ya se vienen levantando en el país, aunque existe variabilidad respecto a la extensión del cuestionario. Algunos solo listan pocas actividades mientras otros incorporan una lista extensa de las mismas (México, por ejemplo). La segunda opción es la inclusión de una (o algunas) pregunta(s) sobre el tiempo dedicado al trabajo doméstico o a determinadas actividades específicas. Finalmente, la opción más completa es el diseño e implementación de encuestas de uso de tiempo independientes. La primera alternativa constituye una propuesta intermedia y es la más socorrida, en tanto aprovecha la estructura de levantamiento y muestreo de las encuestas de hogares, lo que implica una reducción en términos de costos. Ello también tiene limitantes, las retomamos en el análisis del caso mexicano (cuadro 1).

Estas distintas modalidades (y sus variantes internas) imprimen diferencias en el tipo de información disponible en cada país. A ellas se suman los *períodos de referencia* y unidades de captación del tiempo. Las estimaciones que toman la *semana* anterior constituyen promedios del tiempo dedicado a cada actividad, mientras las que utilizan como unidad de registro el *día* (anterior o de la entrevista) presentan un desglose más detallado. No obstante, en estos casos también hay diferencias vinculadas a la unidad de medida y a los segmentos predeterminados para tal fin (5 minutos, media hora, etcétera).

La *población objetivo* también presenta un rango de variación amplio. Esta variabilidad responde a diversas posturas en torno a su delimitación: por un lado, el interés por captar las diferencias en el uso del tiempo que hacen las personas en todos los rangos etarios y, de manera particular, en los niños, grupo en el que —como es sabido— también se reproducen las desigualdades de género, recayendo gran parte del trabajo doméstico en las niñas (Pedrero, 2004, 2005). Pero, por otro lado, se requiere de la capacidad de comprensión de las nociones de tiempo y de la posibilidad de recordación para que el reporte retrospectivo sea lo más fidedigno posible. Los criterios de edad en que ello es factible de reconstruir no están consensuados.

Un último aspecto refiere a la representatividad de las encuestas que, como se puede apreciar, remiten a distintos ámbitos o niveles de análisis, lo que restringe ampliamente la posibilidad de conocer la realidad del conjunto nacional, la cual obviamente difiere de lo que acontece en las capitales y áreas metropolitanas.

El avance en el desarrollo de metodologías de medición de uso del tiempo en la región constituye un esfuerzo meritorio en la medición del trabajo doméstico y extradoméstico, y de sus interrelaciones, en hombres y mujeres. Entre otras cosas, han permitido realizar algunos ejercicios de valoración monetaria del trabajo doméstico y sus contribuciones en la macroeconomía nacional. Tales estimaciones se llevaron a cabo en Chile, Guatemala, Nicaragua y México y encontraron, en general, que el valor monetario de tales actividades representa más de la cuarta parte del PIB nacional en todos los casos (Gammage y Orozco, 2008; Pedrero, 2005b).

Aunque estos esfuerzos son muy importantes, también lo es la necesidad de seguir avanzando en discusiones de tipo metodológicas, que permitan contrastar los resultados obtenidos en cada caso e, idealmente, conciliar un modelo básico de encuesta de uso de tiempo que posibilite la comparabilidad regional (López, 2010). Para lograrlo, también se requerirá alcanzar acuerdos con relación a la sistematización (periodicidad) en el levantamiento de esta información. Como puede apreciarse, en algunos casos se trata de únicas experiencias en cada país y en aquellos países que han recabado la encuesta más de una vez, el período entre los levantamientos parece caprichoso, como puede apreciarse en el cuadro 1.

Cuadro 1. Comparación de encuestas y módulos de uso del tiempo en países de AL y C

<i>Países</i>	<i>Año</i>	<i>Representatividad</i>	<i>Población Objetivo</i>	<i>Período de referencia</i>	<i>Tipo</i>
Argentina	2005	Ciudad de Bs. As.	15 años +	Día promedio	Módulo
Argentina	2010	Rosario, Santa Fe	15 años +	Día anterior	Enc. Independiente
Bolivia	2001	Nacional	7 años +	Día anterior	Preguntas
Bolivia	2010, 2011	Nacional	7 años +	Día aleatorio y día anterior	Módulo
Brasil	2001-2005	Nacional	10 años +	Semana	Preguntas
Brasil	2009, 2010	Regional	10 años +	Día aleatorio	Enc. Independiente
Chile	2007, 2009	Reg. Metropolitana; Gran Santiago	12 años +	Día anterior	Enc. Independiente
Colombia	2006, 2008	Nacional	10 años +	Semana	Módulo
Colombia	2012	Nacional	10 años +	Semana	Módulo
Costa Rica	2004	Nacional	12 años +	Día anterior	Módulo
Costa Rica	2011	Gran Área Metropolitana	12 años +	Semana	Enc. Independiente
Cuba	1985	*	12 años +	Día laboral y día de descanso anterior	Módulo
Cuba	2001	*	15 años +	Día de la entrev.	Enc. Independiente
Ecuador	2005	**	12 años +	Día anterior	Enc. Independiente
Ecuador	2007	Nacional	12 años +	Día anterior	Módulo
Ecuador	2011	Nacional	12 años+	Semana	Enc. Independiente

continúa

<i>Países</i>	<i>Año</i>	<i>Representatividad</i>	<i>Población Objetivo</i>	<i>Período de referencia</i>	<i>Tipo</i>
El Salvador	2005	Nacional	10 años +	Día normal de la sem.	Módulo
El Salvador	2011	Nacional	10 años +	Día anterior	Módulo
Guatemala	2000	Regional y nacional	7 años +	Día anterior	Módulo
Guatemala	2006	Regional y nacional	7 años +	Día anterior	Módulo
Guatemala	2011	Nacional	7 años +	Día anterior	Módulo
Honduras	2011	Nacional	10 años +	Día anterior	Módulo
México	1996	Nacional	8 años +	Semana anterior	Módulo
México	1998	Nacional	8 años +	Día anterior	Módulo
México	2002	Nacional	12 años +	Semana anterior	Módulo
México	2009	Nacional	12 años +	Semana anterior	Enc. Independiente
Nicaragua	1998	7 macrorregiones	6 años +	Día anterior	Módulo
Panamá	2011	Nacional	15 años +	Semana	Enc. Independiente
Perú	2008	Nacional	5 años +	Semana anterior	Módulo
Perú	2010	Nacional	12 años +	Semana	Enc. Independiente
Rep. Dominicana	2007	Nacional		Semana	Módulo
Uruguay	2003	Montevideo y área metrop	14 años +	Semana anterior	Enc. Independiente
Uruguay	2007	Nacional	14 años +	Día anterior	Módulo
Venezuela	2008	Nacional	12 años +	Día de la semana	Enc. Independiente
Venezuela	2011	Nacional	12 años+	Día anterior	Enc. Independiente

Nota: A excepción de Cuba, en el que se incorpora una grilla con horario de actividades, los demás casos corresponden a cuestionarios estilizados (con preguntas estructuradas y cerradas) * Pinar del Río, San Juan y Martínez, La Habana Vieja ** Quito, prov de Esmeraldas y área rural de la provincia

Fuente: elaboración propia con base en Milosavljevic y Tacla (2007), Tacla (2008), Cabrera (2009), López (2010), Aguirre y Ferrari (2013)

La experiencia de medición del uso del tiempo en México

Los primeros antecedentes en la medición de uso del tiempo en México remiten a la segunda mitad de la década de los noventa en el que se llevan a cabo dos experiencias, en 1996 y en 1998. Aunque en ambos casos se trató de módulos anexos a la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), en cada año se probaron dos metodologías distintas. La primera de ellas, Encuesta Nacional sobre Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo (ENTAUT 1996), adoptó una metodología de tipo cuestionario estructurado en donde se preguntó por la realización de ciertas actividades registradas en un listado y el tiempo que se dedicó a cada una de ellas. En la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT 1998) se siguió una metodología tipo diario de actividades en la que el informante reportó las actividades realizadas durante todo el día, de manera de ampliar su registro y no ceñirse estrictamente a las indagadas en 1996.

Reflexiones posteriores a la realización de esta encuesta destacan algunas limitantes en su implementación. La ENTAUT 1996 no cubrió las 24 horas del día ya que no incluyó el tiempo destinado a satisfacer funciones fisiológicas, descansar y convivir, actividades que insumen una proporción no desestimable de tiempo. Además, se recalcaron algunas limitaciones asociadas al tipo de cuestionario aplicado, tales como: inclusión solo de actividades selectas, con sesgos urbanos, agrupaciones que mezclan distinto tipo de actividades y no consideración de las actividades simultáneas (INEGI, 2002).

A diferencia de la ENTAUT 1996, en la ENUT 1998 se incorporaron preguntas sobre actividades simultáneas, sobre el lugar en donde se llevaron a cabo y si se realizaron en solitario o con compañía. En parte, estas modificaciones están asociadas al tipo de metodología e instrumento de recolección de información utilizado en este caso, es decir, a la recolección de información a través de un diario de actividades. En la actualidad no se encuentra disponible la información sobre el instrumento de recolección, el levantamiento, los tabulados ni los microdatos. En algunos documentos más recientes sobre la ENUT, ya no se menciona como antecedente (INEGI, 2002, 2010)⁴.

Luego de esas primeras experiencias de 1996 y 1998, se diseñó un nuevo instrumento de la Encuesta Nacional sobre Uso de Tiempo (ENUT) que hasta el momento ha tenido dos levantamientos: 2002 y 2009. Al igual que sus predecesoras, la encuesta de 2002 se gestó como módulo adicional a la ENIGH con la finalidad de aprovechar la información captada por esta encuesta y minimizar costos⁵.

No obstante las posibles ventajas de incorporar un módulo anexo de uso del tiempo en la ENIGH, también se presentan inconvenientes. En particular, alrededor del 20% de la muestra original en la ENIGH 2002 fue eliminada en el levantamiento del módulo de uso del tiempo, y la recolección de esta última información se realizó entre dos y tres meses después del levantamiento de la ENIGH. Adicionalmente, son pocas las variables que se pueden vincular entre el módulo de uso del tiempo y la ENIGH (Pedrero, 2005a). Asimismo, también es posible que la longitud de la ENIGH y la atención ya dedicada a la misma impacten

4 Los aprendizajes para avanzar en la medición de este y otros fenómenos se basan no solo en las buenas prácticas sino también en aquellas que no lo fueron tanto. De manera que, haya sido este último el caso o no, no se comprende ni se justifica la omisión de esta información.

5 La ENOE (desde que su nomenclatura era ENE) y la ENIGH —a partir del levantamiento de 2008— incorporan una batería de preguntas sobre uso del tiempo. Dado que no se trata de una encuesta de uso del tiempo independiente, el módulo anexo está diseñado como un cuestionario con actividades predeterminadas y preguntas cerradas.

en una merma del esmero del informante (como también del entrevistador) para la recapitulación y registro del uso del tiempo.

La ENUT 2009 es la primera encuesta de uso del tiempo en México que se concibe de manera independiente. El Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES) y el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) trabajaron su diseño, adaptando el instrumento de recolección de información a los cambios realizados en los conceptos y definiciones correspondientes a los establecidos en la Clasificación Mexicana de Actividades de Uso del Tiempo (CMAUT). LA CMAUT tiene como marco de referencia a la ICATUS (*International Classification Activities for Time Use Statistics*) y la *Guía para la producción de estadísticas sobre uso del tiempo* publicadas por la ONU en 2005, de tal forma que en su elaboración se realizó un esfuerzo por adoptar criterios de armonización internacional con base también en la experiencia de otros países latinoamericanos y en la clasificación propuesta por la ONU en 2005⁶. El cuadro 2 sintetiza las características principales de las cuatro encuestas de medición de uso de tiempo implementadas en el país.

Cuadro 2. Principales características de las encuestas de uso de tiempo realizadas en México

	1996	1998	2002	2009
Nombre	ENTAUT Encuesta Nacional sobre Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo	ENUT Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo	ENUT Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo	ENUT Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo
Objetivos	Obtener información sobre el trabajo y el uso del tiempo de los miembros del hogar, así como las aportaciones que hacen los preceptores de ingreso al gasto del hogar.	Proporcionar información estadística a nivel nacional que permita conocer cómo utilizan el tiempo los miembros del hogar.	Generar estadísticas básicas sobre las actividades que realizan los residentes de la vivienda particular, así como el tiempo que dedican a cada una de ellas, con la finalidad de proporcionar insumos para la medición de todas las formas de trabajo de los individuos, incluido el remunerado y el no remunerado de los hogares.	
Población objetivo	8 años y más	8 años y más	12 años y más	12 años y más
Módulo o encuesta independiente	Módulo de la ENIGH	Módulo de la ENIGH	Módulo de la ENIGH	Encuesta Independiente

continúa

6 En la actualidad existe ya una Clasificación de Actividades de Uso del Tiempo de América Latina y el Caribe (CAUTAL), cuyo objetivo es ofrecer a los países de la región una infraestructura conceptual y metodológica con enfoque de género para mejorar la calidad de las encuestas de uso del tiempo, estandarizar las estadísticas y los indicadores, y fortalecer la comparabilidad internacional.

	<i>1996</i>	<i>1998</i>	<i>2002</i>	<i>2009</i>
Método de recolección de datos	Cuestionarios aplicados	Diario de Actividades de Episodios	Cuestionarios aplicados	Cuestionarios aplicados
Tipo de cuestionario	Preguntas cerradas, lista de actividades predeterminada	Cuestionario abierto	Preguntas cerradas, lista de actividades predeterminada (86)	Preguntas cerradas, lista de actividades predeterminada (80)
Período de referencia	Semana previa en dos ciclos: L-V, S-D	Día anterior	Semana previa en dos ciclos: L-V, S-D	Semana previa en dos ciclos: L-V, S-D
Actividades simultáneas	No	Sí	Sí (limitado)	Sí (limitado)
Lugar de trabajo	No	Sí	No	No
En compañía o solitario	No	Sí	No	No
Representatividad	Nacional y regional	Nacional y regional	Nacional y regional	Nacional y regional
Unidad de tiempo (medida)	Horas y minutos	Segmentos de tiempo	Horas y minutos	Horas y minutos

Fuente: elaboración propia con base en documentos metodológicos de las encuestas y otros trabajos (Araya, 2003; Méndez, 2000; Pedrero, 2005a).

En síntesis, la experiencia en materia de medición de uso de tiempo en México recoge dos tipos de encuestas (ENTAUT y ENUT). En cuanto a la metodología, ha primado la implementación de cuestionarios estructurados y de módulos o preguntas anexos a la ENIGH y la ENOE. Como en la mayoría de los países latinoamericanos, aún no se ha establecido si su aplicación se realizará de manera sistemática (cada cierto período de tiempo), sin embargo, su realización ha visibilizado la dimensión del trabajo doméstico y la importancia que las mujeres tienen en el mismo (Pedrero, 2005a).

Reflexiones metodológicas sobre la medición del uso del tiempo: limitaciones y potencialidades del diario de actividades versus el cuestionario estructurado

El estudio del uso del tiempo de las personas es factible valerse de una gran variedad de métodos y técnicas⁷. No obstante, si lo que

7 Entre ellos pueden mencionarse estudios basados en cuestionarios cerrados, diarios de actividades, entrevistas en profundidad, observación participante, grupos focales así como la combinación de algunos de ellos. Recientemente, se han implementado metodologías novedosas como el registro de momentos del día seleccio-

se quiere es obtener información sobre el uso del tiempo a escala nacional⁸, es importante lograr un equilibrio entre el logro de altas tasas de respuesta, minimizar la carga que le implica al entrevistado el suministro de la información requerida, el logro de estimaciones fidedignas y precisas de duración de tiempo por tipo de actividades y el costo económico de la obtención de tal información.

La proliferación de los estudios sobre uso del tiempo fue de la mano de la necesidad por establecer criterios de estandarización que permitan la comparabilidad internacional (Araya, 2003). El logro de consenso implica la toma de decisiones con respecto a los métodos de análisis, recolección y sistematización de la información. Sin embargo, aún existe un amplio debate acerca de las potencialidades y limitaciones de las opciones metodológicas, así como de las diversas técnicas e instrumentos utilizados para tal fin.

Los dos instrumentos de recolección de información más utilizados son el diario de actividades y los cuestionarios estructurados. Vale la pena entonces examinar y comparar las ventajas y desventajas que tiene la utilización de esos dos instrumentos de recolección de información, los cuales fueron puestos a prueba en el proyecto sobre el que se basa este capítulo.

El diario de actividades constituye la técnica por antonomasia en la metodología de uso de tiempo. Es ampliamente aceptado y reconocido como un instrumento de recolección de información de uso del tiempo más confiable y preciso que un cuestionario estructurado con listas predeterminadas de actividades (Robinson, 1985, 2011; Kitterød y Lyngstad, 2005; Bonke, 2005; Brown y Woolf, 2008; Delfino, 2009). Sin embargo, no es la metodología más utilizada, en particular, porque su implementación es comparativamente onerosa. Bajo la modalidad del diario, el entrevistado reporta todas las actividades que realizó en el período de referencia (generalmente, las 24 h inmediatas anteriores al día de levantamiento). El formato es del tipo de una grilla, con segmentos temporales específicos (desde una hora hasta 5 minutos —desglose que realizan algunos países como Nueva Zelanda— aunque los segmentos más frecuentes son los de 10 o 15 minutos, de manera de poder captar con mayor precisión actividades de corta duración) en los

nados aleatoriamente en el que un *beeper* le indica al entrevistado que registre lo que realiza en ese momento o el registro de actividades mediante aplicaciones de celulares, con un gran éxito en países desarrollados, entre ellos, Holanda (Sonck, Fernee y Scherpenzeel, 2013) o módulos de llenado *on line*, en Bélgica (Minnem, Dabiels, Glorieux, van Tienoven y Weenas, 2013).

8 Para lo cual se requiere de encuestas con muestras de tipo probabilísticas para la estimación de inferencias para la población total.

cuales el entrevistado señalará el tipo de actividades realizadas. Así, se registra la actividad, su secuencia y duración.

Una técnica alternativa es el cuestionario estructurado, cuya finalidad es indagar sobre la realización de una serie de actividades determinadas con antelación. Para ello, se pregunta directamente si se llevó a cabo cada una de ellas durante el período de referencia (día, semana, 15 días, mes, etcétera) y el tiempo invertido en ellas.

En el cuadro 3 se presentan las principales ventajas (V) y desventajas (D) que la literatura especializada ha señalado en la adopción de una u otra técnica.

Cuadro 3. Comparativo de ventajas y desventajas de un cuestionario estructurado versus un diario de actividades

	<i>Cuestionario (lista de actividades)</i>	<i>Diario de actividades</i>
Lista de actividades preestablecida vs. Auto-recordación cronológica	(D) Puede que la lista de actividades no sea exhaustiva o que el entrevistado no mencione alguna actividad por no identificarla con la lista (V) El mencionar actividad por actividad puede facilitar su recordación, especialmente de actividades poco frecuentes, secundarias o de corta duración (D) Es menos precisa la captación de la duración de la actividad al no tener un punto de referencia temporal	(V) Al seguir una secuencia temporal, es más fácil recordar (V) Exige un esfuerzo de recordación pero es sobre el día inmediatamente anterior. Puede significar mayor precisión (D) Si el entrevistado obvia u olvida ciertas actividades puede que implique un subregistro de las mismas (V) Permite obtener secuencias de actividades e interrelación entre ellas, los contextos en los que se realizan y las personas involucradas
Actividades simultáneas	(D) Es limitado, menos preciso y más engorroso el registro de más de una actividad así como más difícil la recordación	(V) Facilita la identificación de actividades superpuestas tanto por el formato de registro, como por la secuencia temporal
Actividades principales y secundarias	(D) Generalmente no diferencia ambos tipos o si lo hace no resulta fácil y/o eficiente tal registro (D) Se confunden unas con otras	(D) Permite el registro de ambas. No obstante, puede ser ambigua la definición de principal y/o secundaria (tanto desde el investigador como para el entrevistado)
Duración de las actividades y de la jornada	(D) Menos perfecto para registrar la duración de las actividades (D) Puede que al sumar la cantidad de actividades el total dé una cantidad mayor a 24 horas por día	(V) Más preciso en la captación de la duración de las actividades (V) Las actividades no pueden rebasar las 24 horas
Costo económico	(V) Menor	(D) Mayor
Informante	(V) Menos demandante (D) Requiere la estimación de tiempo resumido gastado en cada actividad (V) Tasa de respuesta mayor	(D) Más demandante (V) Menos dependiente del cálculo de tiempo del informante (D) Tasa de respuesta menor

Fuente: elaboración propia con base en la revisión de literatura diversa y de los instrumentos de recolección de información utilizados en América Latina y en algunos otros países referentes.

Las características que se reseñan en el cuadro anterior colocan al diario como un instrumento de recolección más ventajoso en tanto permite a las personas reconstruir el orden secuencial (cronológico) de las actividades tal cual sucedieron y se recaba brevemente después de haber sucedido, lo que disminuye las probabilidades de sobre y subregistro. Además, facilita la identificación y registro de actividades simultáneas, así como el contexto en el que son llevadas a cabo (lo que posibilita el análisis de la relación tiempo-espacio). El cuestionario estructurado cuenta con la gran ventaja de ser un instrumento mucho menos costoso (tanto en términos económicos como con relación a la demanda de atención y dedicación del entrevistado) y, por lo mismo, generalmente exhibe tasas de respuesta más altas. La ventaja que tiene lista actividades predeterminadas es que puede facilitar la recordación de alguna de ellas que el entrevistado puede olvidar.

Adicionalmente, exploraciones empíricas basadas en la implementación de ambos instrumentos pueden arrojar mayor luz sobre las restricciones y potencialidades de cada uno y en particular para el caso mexicano.

Existen pocas comparaciones empíricas sobre la utilización de diarios y cuestionarios cerrados con listas de actividades y en su mayoría se refieren a países desarrollados. Los primeros que se realizaron compararon estimaciones calculadas con ambas metodologías pero con información proveniente de distintas fuentes. Los hallazgos pueden agruparse en dos. Por un lado, los que concluyen que a pesar de que los cuestionarios generan estimaciones menos precisas que las basadas en los registros diarios, suministran información de utilidad en base a escalas ordinales del tiempo individual que se gasta en el trabajo doméstico y, finalmente, revelan patrones similares de variación entre grupos de población (Baxter y Bittman, 1995 y otras investigaciones). Otros estudios no acuerdan con los hallazgos anteriores y sostienen que las variaciones de la brecha entre ambas estimaciones están relacionadas con características de los entrevistados, entre las más importantes se encuentran el sexo, el total de horas trabajadas en el hogar, el nivel educativo y socioeconómico de los informantes (Press y Townsley, 1998).

De manera sucinta, los trabajos que encuentran diferencias coinciden en que el tiempo que se destina a las actividades de trabajo doméstico tiende a sobre reportarse en los cuestionarios más que en los diarios y que (independientemente del método) las mujeres tienden a hacerlo en mayor medida que los hombres (Kitterød y Lyngstad, 2005). Es interesante destacar que esas brechas —que tanto en uno como en otro caso se mencionan— son producto de que la información obtenida

por cuestionarios estructurados conduce a estimaciones mayores de uso de tiempo que la suministrada por diarios de actividad. No existe consenso acerca de las causas del sesgo producido en los reportes pero ellas suelen resumirse en errores aleatorios producto de problemas de memoria y recordación, doble conteo de actividades (al no identificar a las que se realizan de manera simultánea) y a las diferentes concepciones de lo que debe ser contabilizado como trabajo doméstico. Este último se suele realizar en intervalos irregulares y con períodos de duración variable, lo que dificulta aún más su contabilización completa (Kitterød y Lyngstad, 2005; Kan, 2006; Brown y Woolf, 2008).

Aunque es reiterada la opinión de que los cuestionarios generan estimaciones mayores, Rydenstam (2001) cuestiona tal afirmación al sostener que posiblemente el registro de actividades en el diario pueda estar generando el efecto contrario. Al recomendar tomar precauciones en la medición de trabajo remunerado y no remunerado —ya que podría estarse comparando cosas que no son comparables— sostiene que al medir el tiempo destinado al primero de ellos (en cualquier tipo de encuestas) generalmente se registra el tiempo formal o *esperado* —de acuerdo a un contrato por ejemplo— y no el que *realmente* destinan a tal fin. En ese lapso suceden varias otras actividades que no se registran (llamadas telefónicas personales, tiempo para café, idas al sanitario, descansos, revisión de correo electrónico personal, etcétera). Lo mismo sucede cuando la gente reporta el tiempo de las tareas del hogar a través de cuestionarios directos, presumiblemente no se estén incorporando tales pausas. Sin embargo, en los registros de un diario de actividades, si la persona menciona que tomó un descanso (o realizó alguna actividad como las mencionadas) ese tiempo se «descuenta» de la actividad que se está registrando y queda reportado como «conversación telefónica», por ejemplo.

La salvedad anterior es importante porque da cuenta de que, si bien el diario puede contener potencialmente más ventajas en el registro detallado de actividades, no queda exento de ciertos sesgos. Eso nos induce a introducir cautela en la consideración a priori del sesgo de sobre estimación que podría generar el cuestionario versus el diario ya que en este último —por lo indicado en el párrafo previo— se puede estar subestimando el tiempo dedicado a las tareas del hogar, sesgo que redundaría en detrimento de la contabilización del trabajo realizado especialmente por las mujeres. En otras palabras, las estimaciones mayores observadas en los cuestionarios podrían explicarse también desde esta óptica de análisis.

Estudios más recientes han realizado el mismo tipo de comparaciones pero utilizando las mismas fuentes de datos, de manera que las dos

metodologías se probaron del mismo conjunto de informantes y las diferencias no pueden atribuirse a las muestras ni a los diseños. Los trabajos que hemos revisado se llevaron a cabo también en países desarrollados: Dinamarca (Bonke, 2005), Noruega (Kitterød y Lyngstad, 2005), Gran Bretaña (Kan, 2006) y Nueva Zelanda (Brown y Woolf, 2008).

En Noruega, Kitterød y Lyngstad (2005) obtuvieron muy pocas diferencias en las estimaciones de tiempo, aunque estas manifestaron notables variaciones por grupos de edad: estimaciones ligeramente mayores en los cuestionarios para los más jóvenes y lo inverso para los grupos de edad mayores. La conclusión a la que arriban los autores es que, en conjunto, las brechas no son muy importantes entre uno y otro método, de manera que los cuestionarios pueden ser igual de útiles que los diarios para analizar promedios de tiempo gastados en las actividades domésticas. Por su parte, el estudio danés (Bonke, 2005) ha encontrado resultados en un sentido inverso a lo reportado por estudios previos. Ambos sexos subreportan en los cuestionarios con respecto a los diarios, las mujeres subreportan más que los hombres, así como también los padres y las personas mayores (con relación a sus opuestos: no padres y jóvenes).

El trabajo comparativo llevado a cabo con datos neozelandeses (Brown y Woolf, 2008), da cuenta de la existencia de inconsistencias entre los métodos probados, las cuales varían en función de características sociodemográficas de los entrevistados y con relación a diferentes tipos de trabajos no remunerados (los otros estudios explorados no indagan sobre esto último). Kan (2006) realizó esa comparación en Gran Bretaña en donde la brecha entre las estimaciones fue menor para mujeres que para hombres, lo que conduce a la autora a sostener que las mujeres reportan las horas de trabajo doméstico de manera más precisa que los hombres⁹. Lo interesante del trabajo de Kan es que ella indagó por la presencia de sesgos sistemáticos entre ambas metodologías —y no solo aquellos que se consideran aleatorios por problemas de memoria o tipo de registro—. Por lo tanto, con base en sus hallazgos, la brecha de género en la participación en las tareas domésticas será subestimada si la comparamos directamente con los promedios de las estimaciones de tareas domésticas de hombres y mujeres provenientes de los cuestionarios.

Con base en sus hallazgos, aunque se trata de mediciones de tareas domésticas en países en donde existe una mayor igualdad de gé-

9 La diferencia entre los dos tipos de estimaciones es mayor al 30% para las estimaciones estilizadas (cuestionarios estructurados) de los hombres, mientras esa proporción es menor al 5% para las mujeres (Kan, 2006: 34).

nero y una menor dedicación de las mujeres a las tareas domésticas, las mujeres poseen una noción más certera del tiempo dedicado a tales actividades (por lo que la medición es similar mediante uno u otro cuestionario) mientras los hombres tienden a suponer que invierten más tiempo en trabajo doméstico que el que se desprende de la declaración desagregada por medio del diario. El estudio anterior y otros no sugieren la presencia de errores sistemáticos en las estimaciones de tiempo de trabajo doméstico producidas a partir de la información de cuestionarios. La naturaleza y alcance de tales errores parecen variar entre los estudios, probablemente en función de características culturales e idiosincráticas, tales como las relaciones de género (Brown y Woolf, 2008).

Es importante notar diferencias contextuales de base. Los resultados que no evidencian tendencias al sobrerreporte en las encuestas y no presentan diferencias de género en la precisión del reporte en las encuestas —o son muy pequeñas— corresponden a países en los cuales las relaciones de género y la división sexual del trabajo es comparativamente menor que la evidenciada en los países latinoamericanos (Bonke, 2005; Kitterød y Lyngstad, 2005). En los casos noruego y danés, los niveles de instrucción de la población son altos y el rol del ama de casa aparece casi desvanecido (Kitterød y Lyngstad, 2005). De manera que las posibilidades de sobrerreportar trabajo doméstico—ya sea por la no comprensión adecuada de los formatos de registro o de las preguntas, como por la presión que se puede sentir por la norma social a tener que realizar tales tareas— podrían ser menores en ese contexto que lo que podríamos esperar en los países de nuestra región¹⁰ aunque, como se mencionó, existe, particularmente en el caso de los hombres.

Lo anterior sugiere que las diferencias de género están asociadas a diferencias en las normas y expectativas sociales que intervienen en la definición de roles masculinos y femeninos en la realización de tareas domésticas. En sociedades más tradicionales, tal normatividad puede incidir en el sobrerreporte de ciertas actividades domésticas porque se ‘esperaría’ que así sea. Además, esas expectativas pueden ejercer incidencia de manera diversa de acuerdo a la generación de pertenencia.

10 Adicionalmente, Noruega tiene una amplia tradición en levantamiento de encuestas de uso de tiempo —desde la década de los setenta— lo cual ha permitido observar cambios y permanencias en el uso de tiempo en actividades domésticas, lo que probablemente permite arribar a resultados más consistentes en la comparación de ambos métodos. En ese contexto, el tiempo de trabajo doméstico de las mujeres ha decrecido considerablemente al tiempo que ha manifestado una tendencia inversa entre los hombres y, por ende, ha disminuido la brecha de género en la realización de estas actividades.

Este argumento, como los presentados en este apartado acerca de la confiabilidad de la información proveniente de ambos tipos de instrumentos, necesita comprobarse a partir de la realización de análisis comparados de estimaciones a partir de diarios y cuestionarios en países con distintos niveles de desarrollo y de regímenes de bienestar, que permitan fortalecer o desmentir dichos hallazgos.

La medición del trabajo mediante cuestionario estructurado y cuestionario tipo diario

A continuación se presentan los principales resultados en las estimaciones de uso de tiempo fruto de la aplicación de diferentes metodologías de recolección. Se utilizaron dos tipos de cuestionarios. El primero es un cuestionario estructurado basado en gran medida en el que fue aplicado en la ENUT 2009. Para esa encuesta se diseñó un cuestionario aplicado con preguntas cerradas que respondían a una lista de actividades predeterminada, organizada por tipo de actividades: tiempo en actividades laborales extradomésticas; actividades domésticas (alimentos, cuidado de la vivienda; de los integrantes del hogar; compras, trámites y administración del hogar); apoyo a integrantes del hogar; apoyo a otros hogares, a la comunidad y trabajo voluntario; tiempo de recreación, deporte, cultura y esparcimiento y cuidados personales¹¹.

El segundo es un cuestionario tipo diario, en el que se registran de manera abierta todas las actividades que el entrevistado ha realizado durante el período de referencia. En el primer caso se mantuvo, en la medida de lo posible, el diseño del instrumento de la encuesta mencionada, a fin de probar una forma de captación similar a la ya utilizada en México en la Encuesta de Uso del Tiempo.

A fin de lograr un mayor control y comparabilidad, se decidió uniformar ciertos criterios metodológicos y de aplicabilidad. En ambos casos, el instrumento es llenado por el encuestador y el período de referencia sobre el que se captarán las actividades mediante las dos metodologías corresponde al día anterior a la entrevista. Cabe destacar que se realizó un número similar de entrevistas durante los siete días de la semana, ello para poder garantizar que tanto la participación como el tiempo en diversas actividades no difiere de acuerdo al

11 El registro de la simultaneidad es limitado ya que, bajo esta metodología, solo se permite identificar las actividades que con mayor frecuencia se realizan al mismo tiempo, sin identificar el tiempo durante el cual las mismas se traslapan.

día que es el referente en la captación de las actividades y asegurar que se puede representar la asignación completa del uso de tiempo durante toda la semana¹².

Los datos que analizamos y presentamos a continuación se basa en la información de la población entrevistada de 12 a 80 años de edad de las dos submuestras realizadas. La correspondiente al cuestionario tipo A da cuenta de la información obtenida mediante el instrumento de recolección de información diseñado con base en el cuestionario de la ENUT 2009 (cuestionario estructurado y cerrado) a partir del cual se registra la realización o no de determinadas actividades cotidianas y, en caso afirmativo, se registra cuánto tiempo se destinó durante el día anterior a cada una de ellas. Por su parte, la submuestra que refiere al cuestionario tipo B presenta información recolectada mediante un instrumento de captación tipo diario de actividades, es decir, se trata de un cuestionario estructurado y abierto en el que se registra la totalidad de actividades cotidianas que la gente declara haber realizado en las 24 horas del día anterior, por períodos de tiempo de 10 minutos. A partir de ambas bases de datos, se generaron variables que midieran el mismo tipo de actividades cotidianas, agrupadas en primer lugar en actividades domésticas y extradomésticas, mediante categorías de actividades de similar tipo (en el anexo se presentan los grupos de actividades utilizados en este trabajo y su composición)¹³.

Como primer paso para poder realizar un análisis comparativo de las metodologías de recolección de información de interés, se requiere indagar acerca de la composición de las submuestras de análisis. Un aspecto sustancial en este estudio es el aseguramiento de que las características de los individuos en cada grupo sean similares. La tabla 1 suministra información sobre características sociodemográficas de la población entrevistada en ambos grupos y de algunas características del hogar, de la vivienda y los bienes. Esta información permite apreciar las diferencias o similitudes de los perfiles de ambas muestras y valorar si son estadísticamente diferentes entre sí¹⁴.

12 En ambos instrumentos se incluyeron preguntas propias de uso del tiempo, así como algunas baterías de preguntas que registran información sociodemográfica y económica. Estas últimas secciones son idénticas con el objetivo de garantizar la comparabilidad de la población entrevistada bajo una u otra metodología. La sección laboral es igual en las preguntas sobre condición de actividad, posición, ocupación, ingreso y difiere en algunas pocas preguntas estructuradas sobre uso del tiempo en actividades laborales que se encuentran en el cuestionario tipo ENUT. Cada uno de ellos se conforma por cinco secciones de preguntas.

13 Esta clasificación de actividades se basa en los criterios establecidos en la Clasificación de Actividades de Uso del Tiempo de América Latina (CAUTAL).

14 Para ello se presenta la prueba t de *student*.

De acuerdo con estos datos, las características individuales (sexo, estado conyugal, asistencia escolar, años de educación, acceso a algún servicio de salud, condición de actividad) y las características de los hogares (percepción de apoyo de programas sociales, tamaño del hogar, sexo y escolaridad del jefe del hogar) presentan valores medios y proporciones similares entre uno y otro grupo. Las pruebas lo confirman al mostrar que hay muy pocas diferencias estadísticamente significativas entre ellos. Algunas diferencias se presentan entre ambos grupos respecto a las características de la vivienda y la disposición de bienes.

Tabla 1. Características seleccionadas de la población entrevistada de 12 a 80 años, por tipo de cuestionario. Comparación de medias/proporciones entre Cuestionario Tipo A y Cuestionario Tipo B.

	<i>Tipo A</i>	<i>Tipo B</i>	$ T > t $
<i>Características individuales</i>			
Sexo (=1 hombre)	0.402	0.414	0.704
Edad	40.309	42.675	0.030
Unidos	0.563	0.580	0.578
Asistencia escolar	0.158	0.130	0.191
Capacidad de lectura y escritura	0.985	0.968	0.057
Años de escolaridad	9.501	9.246	0.334
Servicios de salud	0.762	0.560	0.256
<i>Características del hogar</i>			
Apoyo programas sociales	0.134	0.166	0.144
Tamaño del hogar	3.907	3.980	0.481
Jefatura femenina	0.157	0.126	0.147
<i>Características de los bienes y la vivienda</i>			
Número de cuartos	3.878	3.843	0.793
Teléfono	0.664	0.730	0.020
Automóvil	0.341	0.385	0.134
Estufa	0.958	0.986	0.007
Televisión	0.974	0.992	0.031
Refrigerador	0.925	0.953	0.057
N=	547	493	

Nota: El cuestionario tipo A es de tipo estructurado, cerrado (similar al utilizado en la ENUT) y el Tipo B es un cuestionario tipo diario de actividades

Fuente: Encuesta de uso de tiempo, Ciudad de México, 2011

La tabla 2 muestra información sobre la composición demográfica de los hogares en ambos grupos, con una finalidad similar. Con excepción del grupo de 25 a 39 y el de 60 y más años de edad, las diferencias no son estadísticamente significativas. Al desagregar los grupos etarios por sexo, la única diferencia advertida es en el grupo

de hombres de 60 años o más. Igual ausencia de diferencias reportan las pruebas relacionadas con la distribución porcentual del parentesco en los hogares.

Tabla 2. Composición demográfica del hogar, por tipo de cuestionario. Comparación de proporciones entre Cuestionarios Tipo A y Tipo B

	<i>Tipo A</i>	<i>Tipo B</i>	$ T > t $
<i>Total</i>			
Jefes	0.410	0.404	0.350
Cónyuges	0.285	0.286	0.977
Hijos	0.232	0.237	0.845
<i>Grupos de edad (total)</i>			
12 a 17 años	0.069	0.077	0.638
18 a 24 años	0.144	0.114	0.140
25 a 39 años	0.305	0.252	0.054
40 a 59 años	0.325	0.351	0.386
60 años o más	0.154	0.205	0.031
<i>Grupos de edad (Mujeres)</i>			
12 a 17 años	0.043	0.066	0.208
18 a 24 años	0.144	0.114	0.277
25 a 39 años	0.312	0.256	0.126
40 a 59 años	0.306	0.346	0.288
60 años o más	0.193	0.218	0.438
<i>Grupos de edad (Hombres)</i>			
12 a 17 años	0.109	0.093	0.588
18 a 24 años	0.145	0.113	0.318
25 a 39 años	0.295	0.245	0.245
40 a 59 años	0.355	0.358	0.944
60 años o más	0.095	0.186	0.007

Nota: El cuestionario tipo A es de tipo estructurado, cerrado (similar al utilizado en la ENUT) y el Tipo B es un cuestionario de actividades

Fuente: Encuesta de uso del tiempo, Ciudad de México, 2011

De manera que los datos anteriores permiten concluir que no hay patrones generales de diferencias significativas en las características de las personas que respondieron cada tipo de cuestionario. Tras esta constatación es posible sostener que los entrevistados de ambas muestras no presentan diferencias sustanciales en sus perfiles que pudieran generar sesgos en las actividades cotidianas. Al analizar y comparar muestras que no difieren en su composición (y que han sido seleccionadas de manera aleatoria) las diferencias que encontremos

en las mediciones de uso del tiempo se deberán a las distintas metodologías de recolección de información y no a otras características, previas y propias de cada población.

El cuestionario tipo diario de actividades permite identificar las actividades que se realizan en cada intervalo de tiempo y además, aquellas que son llevadas a cabo simultáneamente. Identificar el tiempo durante el cual se realizan actividades de forma simultánea es importante porque permite explicar, en parte, las razones por las cuales el tiempo reportado en el Cuestionario Tipo A supera las 24 horas. La simultaneidad puede calcularse de diversas formas. Aquí se identifica el tiempo en que se realizan actividades simultáneas del mismo tipo y, en este caso, se descuenta el que se realiza también como actividad simultánea cuando este involucra el mismo tipo de actividad. Esta medición es equivalente a calcular el tiempo en que se realiza una actividad solo como actividad principal o solo como actividad simultánea, pero no como actividad principal y a la vez simultánea.

En las tablas 3 a 5 se presentan ambos resultados: la columna (A) corresponde a las horas totales declaradas en cuestionario A (estilizado); las columnas (B) y (C) corresponden a las estimaciones de tiempo mediante el cuestionario B (diario); la columna (B) «ignorando simultaneidad» representa el tiempo en que se lleva a cabo una actividad como principal y simultánea, mientras que la columna (C) «considerando simultaneidad» representa el tiempo en que se lleva a cabo una actividad solo como principal o solo como simultánea. Dado que la simultaneidad entre actividades del mismo tipo no es tan frecuente, la diferencia entre una columna y otra es pequeña.

Las tablas 3 y 4 presentan las horas promedio que dedican los miembros de los hogares de 12 a 80 años a la realización de las actividades cotidianas referidas al trabajo remunerado (trabajo para el mercado y actividades conexas al trabajo: búsqueda de trabajo y transportación) y no remunerado (trabajo doméstico, cuidado de niños(as) y otros miembros del hogar, actividades para otros hogares). Las mismas son actividades que se realizan en el ámbito doméstico y extradoméstico y que insumen gran parte del tiempo del día (constituyéndose, en gran medida, en ámbitos en competencia).

En conjunto, el tiempo destinado a la realización de trabajo para el mercado es ligeramente mayor bajo la medición del cuestionario A que la otorgada por el B (tabla 3), columnas B y C. Sin embargo, el tiempo destinado a trabajo doméstico sí muestra diferencias significativas para el conjunto de la población, en tanto se reporta una cantidad de 5.18 horas promedio diarias en el cuestionario A, versus 3.48 y 3.39 en el B. Las categorías en las que también se aprecian diferen-

cias significativas son las actividades no remuneradas destinadas al cuidado a otros miembros del hogar y a otros hogares (trabajo para la comunidad y trabajo voluntario) que son sustancialmente mayores para el grupo A¹⁵. Posiblemente esto se deba a que hay una cantidad importante de preguntas específicas destinadas a la medición de actividades de cuidado a otros miembros del hogar y a trabajo voluntario. En particular, el cuestionario tipo estructurado (A) destina una sección completa (17 preguntas involucran alimentación, aseo, administración de medicación, suministro de terapia, estar al pendiente, cargar o acostar, llevar o recoger a guardería o escuela, ayudar a las tareas y apoyo emocional a miembros del hogar) para obtener de manera detallada el tiempo destinado al cuidado de otros miembros del hogar, diferenciando además el cuidado brindado a menores de 15 años, menores de 6 años, personas con discapacidad o enfermedad y mayores de 60 años; y otras tres preguntas para captar apoyo a otros hogares, a la comunidad y trabajo voluntario. Es posible que la insistencia en tales actividades mediante preguntas específicas sobre la variedad de tareas que implican estos cuidados ayude a la recordación del tiempo dedicado a ellos. Asimismo, como el no control de si en realidad se trata de actividades secundarias es un factor que incide en los niveles de declaración. Por su parte, el cuestionario B no insiste de igual forma sobre tales actividades y es probable que, al realizarlas de manera cotidiana y sistemática (e incluso en simultaneidad con otras actividades) se omita su declaración. No obstante, posee este último cuestionario dos preguntas que intentan verificar la omisión de estas actividades al preguntar si «fue responsable de alguna persona en el hogar que no pudiera estar sola» así como también si «realizó actividades para alguna persona del hogar que estuviera enferma o tuviera una discapacidad», solo un 7.45 y 2.01 por ciento respectivamente declara haber realizado alguna actividad de ese tipo y haberla omitido en la declaración horaria de todas sus actividades correspondientes al día previo. La forma de captación entonces podría explicar estas diferencias: la realización de preguntas explícitas y detalladas fomenta un mayor registro de actividades que por declaración espontánea pueden quedar subestimadas, en tanto muchas de las mismas se realizan —posiblemente— en simultaneidad con otras de manera automática (Juster y Stafford, 1991).

15 Estos hallazgos también se han constatado en otros trabajos comparativos en donde se ha mostrado que el cuidado a niños llega a declararse hasta tres veces mayor en los cuestionarios estructurados que en los diarios (Robinson, 1985; Justin y Stafford, 1991).

La tabla 3 también presenta patrones por género sustancialmente diferentes. De acuerdo con la información recogida por el instrumento tipo A, las horas promedio que dedican los hombres de 12 a 80 años a la realización de trabajo para el mercado son 4.8, mientras que en el cuestionario tipo B son 4.6. Esto es, el tiempo destinado al trabajo remunerado para el mercado es muy similar bajo las dos metodologías de medición, dado que el cuestionario tipo A estima un promedio de tiempo ligeramente superior pero sin diferencias significativas. Por su parte, las horas promedio de tiempo dedicado al trabajo doméstico son 2.8 bajo el cuestionario A, valor que es menor cuando se lo calcula con base en la información suministrada por el cuestionario tipo B, el cual arroja un promedio de 1.4 horas al día. Las actividades que se presentan significativamente diferentes son las de cuidado a otros miembros y trabajo voluntario, consistente con el patrón de la población en su conjunto.

Para las mujeres, por su parte, los resultados son similares a los de sus pares hombres. Las horas destinadas a quehaceres domésticos son mayores bajo la medición del cuestionario tipo A el cual se acerca al promedio de 7 horas diarias versus las 4.9 y 4.8 horas del tipo B. El tiempo destinado al trabajo para el mercado es mayor en la medición del cuestionario tipo A (2 horas promedio diarias versus 1.6 del cuestionario B). Como en el caso de los hombres, en el tiempo destinado al cuidado de otros miembros y al trabajo voluntario es donde las diferencias son sustancialmente diferentes.

Lo que se desprende de los resultados de la tabla 3 es que la medición de uso del tiempo del cuestionario tipo A tiende a sobrestimar las horas promedio dedicadas a 4 de las 5 categorías de actividades analizadas (la única excepción la constituye las actividades conexas al trabajo remunerado, en donde la diferencia es muy pequeña). Con relación a la dimensión de la diferencia en los reportes, en el caso del trabajo doméstico, la distancia entre los tiempos promedios son mayores para los hombres (declaran 50% más de tiempo) que las mujeres (30%), mientras que para el trabajo para el mercado ellos manifiestan tiempos muy similares (solo 0.05% mayor en el A), mientras que las mujeres declaran 20 por ciento más tiempo en ese cuestionario. Además de las diferencias entre las metodologías, los resultados confirman los comportamientos diferenciales en las horas que destinan hombres y mujeres al trabajo doméstico. En primer lugar, resalta el distinto uso del tiempo que exhiben en esta actividad unos y otros, una realidad que ha sido ya ampliamente documentada. Sin embargo, esta brecha difiere con la utilización de uno u otro instrumento. Con base en los promedios arrojados por el cuestionario tipo A, el tiempo de las mujeres dedicado al trabajo doméstico es 58 por ciento

mayor que el de los hombres, mientras que de acuerdo con la información del cuestionario B, el tiempo femenino promedio dedicado al trabajo doméstico es 72 por ciento mayor que el masculino.

De lo anterior se deduce que el tiempo promedio dedicado al trabajo doméstico es mayor al medirlo con el cuestionario tipo estructurado y que las diferencias por género son mayormente evidenciadas en la información correspondiente al cuestionario tipo diario. Es posible que, al registrar de manera detallada en intervalos de tiempo de 10 minutos durante todo el día anterior a la entrevista, sean los hombres los que en un cuestionario cerrado sobrestimen más la dedicación a estas actividades, en parte, por no registrar de manera tan precisa las actividades que realizaron en dicho rubro —ni el tiempo invertido en ello— así como también debido a la posible adecuación a una respuesta socialmente esperada que responda a una colaboración más comprometida en este tipo de actividades.

Tabla 3. Horas promedio por día que dedican los miembros del hogar de 12 a 80 años a actividades cotidianas seleccionadas, por tipo de cuestionario

	<i>Tipo A</i>		<i>Tipo B</i>				$ T > t $	$ T > t $
			<i>Total ignorando simultaneidad</i>		<i>Total considerando simultaneidad</i>			
	Horas promedio	Desviación estándar	Horas promedio	Desviación estándar	Horas promedio	Desviación estándar		
	(A)		(B)		(C)			
<i>Total</i>								
Trabajo remunerado	3.130	4.118	2.857	3.892	2.857	3.892	0.276	0.276
Actividades conexas al trabajo remunerado	0.462	0.918	0.545	1.070	0.545	1.070	0.175	0.175
Quehaceres domésticos no remunerados para el propio hogar	5.183	4.139	3.487	3.271	3.392	3.164	0.000	0.000
Cuidado a miembros del hogar no remunerado	2.251	3.166	0.394	1.107	0.391	1.094	0.000	0.000
Actividades no remuneradas para otros hogares, para la comunidad y trabajo voluntario no remunerado	0.158	0.819	0.001	0.013	0.001	0.013	0.000	0.000
<i>Mujeres</i>								
Trabajo remunerado	1.983	3.501	1.612	3.003	1.612	3.001	0.163	0.163
Actividades conexas al trabajo remunerado	0.265	0.705	0.341	0.859	0.341	0.859	0.228	0.228
Quehaceres domésticos no remunerados para el propio hogar	6.766	4.088	4.980	3.187	4.830	3.073	0.000	0.000
Actividades conexas al trabajo remunerado	0.754	1.104	0.835	1.258	0.835	1.258	0.481	0.481
Quehaceres domésticos no remunerados para el propio hogar	2.829	2.918	1.373	1.961	1.355	1.936	0.000	0.000
Cuidado a miembros del hogar no remunerado	1.697	2.599	0.076	0.268	0.076	0.268	0.000	0.000
Actividades no remuneradas para otros hogares, para la comunidad y trabajo voluntario no remunerado	0.191	0.952	0.001	0.012	0.001	0.012	0.005	0.005

Nota: El cuestionario tipo A es de tipo estructurado, cerrado (similar al utilizado en la ENUT) y el Tipo B es un cuestionario tipo diario de actividades

Fuente: Encuesta de uso del tiempo, Ciudad de México, 2011

En el caso del trabajo dedicado al mercado, tanto hombres como mujeres declaran mayores tiempos dedicados en el cuestionario tipo A, aunque en ningún caso la diferencia es significativa. Estas diferencias son consistentes con el diseño metodológico de los instrumentos, en las declaraciones del grupo A destaca una tendencia a declarar

tiempos normatizados o estandarizados de trabajo: casi la mitad de quienes manifiestan utilizar el tiempo en actividades de trabajo para el mercado declaran hacerlo por 8 horas al día (patrones que han sido confirmados por otros trabajos: Robinson, 2011). Por su parte, los registros de las personas entrevistadas con base en el instrumento B tienen un rango de variabilidad mayor e incorporan las «interrupciones» al tiempo dedicado al trabajo para el mercado (tiempo para comer, hablar por teléfono, ir a recoger a los niños a la escuela, salir a caminar, ir al baño, descansar, etcétera), de manera que se registra el tiempo «neto» abocado a tal fin. El hecho de que esta diferencia sea mayor en las mujeres puede explicarse porque algunas de las tareas de trabajo remunerado que realizan, en general, son menos estructuradas en horarios establecidos y con jornadas diversas (en mayor medida que los hombres).

Los resultados presentados en la tabla 3 pueden sintetizarse de la siguiente manera: en general, el cuestionario tipo estructurado (A) arroja estimaciones de tiempo mayores que las obtenidas por el cuestionario tipo diario (B). La excepción se presenta en el caso de la medición de las actividades conexas al trabajo (levemente mayor en el B) y en el caso del trabajo remunerado masculino donde la diferencia va en sentido de las demás categorías aunque en un grado mucho menor. El segundo hallazgo es que, más allá de los niveles de las mediciones entre instrumentos para cada categoría de actividad, las brechas de género se hacen más evidentes en el cuestionario B.

Aunque el interés primordial de este trabajo es comparar las mediciones de uso del tiempo destinado al trabajo (remunerado y no remunerado), observar la medición del uso del tiempo en otras categorías —en las que se incluyen estudio y aprendizaje, actividades recreativas, cuidados personales, uso de medios de comunicación— permite una mayor comprensión de los sesgos que produce cada instrumento (tabla 4). El tiempo dedicado a los estudios es mayor en el cuestionario A (0.75 horas versus 0.64 en el cuestionario B), por el contrario, estimaciones mayores arroja el cuestionario tipo B para las actividades recreativas (3.1 versus 2.2 en el A), de cuidado personal (12.3 versus 10.1) y relacionadas con la utilización de medios masivos de comunicación (5.2 versus 3.4). Los patrones para hombres y mujeres muestran las mismas tendencias que al analizar a la población en su conjunto.

Lo que se aprecia en estos resultados es que en las declaraciones del diario se registra un uso mayor del tiempo en actividades personales (de cuidado, recreación y comunicación) posiblemente reflejando una noción no tan precisa del tiempo que se invierte en este tipo de

tareas, o bien mostrando una tendencia a subestimar la declaración en el cuestionario tipo A, que requiere una respuesta agregada del monto de tiempo destinado a cada una de ellas. Por su parte, actividades más normativas y de responsabilidad social como el estudio —o el trabajo para el mercado visto en la tabla 3— presentan mayores declaraciones en el tipo A que en el diario, quizá explicable bajo un argumento contrario.

Tabla 4. Horas promedio por día que dedican los miembros del hogar de 12 a 80 años a actividades cotidianas seleccionadas, por tipo de cuestionario

	<i>Tipo A</i>		<i>Tipo B</i>				$ T > t $	$ T > t $
	Horas promedio	Desviación estándar	<i>Total ignorando simultaneidad</i>		<i>Total considerando simultaneidad</i>			
(A)			(B)	(C)	(A)-(B)	(A)-(C)		
<i>Total</i>								
Aprendizaje y estudio	0.753	2.342	0.642	1.973	0.638	1.963	0.412	0.397
Convivencia y actividades recreativas	2.242	2.779	3.259	3.014	3.058	2.677	0.000	0.000
Utilización de medios masivos de comunicación	3.355	2.574	5.243	3.578	5.218	3.548	0.000	0.000
Cuidados personales	10.140	2.546	12.437	2.543	12.311	2.502	0.000	0.000
Otras actividades	0.308	1.231	0.123	0.479	0.123	0.479	0.002	0.002
<i>Mujeres</i>								
Aprendizaje y estudio	0.635	2.117	0.611	1.843	0.610	1.840	0.885	0.879
Convivencia y actividades recreativas	1.975	2.556	3.025	2.762	2.869	2.548	0.000	0.000
Utilización de medios masivos de comunicación	3.083	2.466	5.547	3.703	5.518	3.667	0.000	0.000
Cuidados personales	10.166	2.558	12.685	2.527	12.554	2.475	0.000	0.000
Otras actividades	0.305	1.106	0.110	0.397	0.110	0.397	0.005	0.005
<i>Hombres</i>								
Aprendizaje y estudio	0.929	2.637	0.685	2.149	0.678	2.130	0.299	0.285
Convivencia y actividades recreativas	2.640	3.043	3.590	3.318	3.326	2.833	0.002	0.017
Utilización de medios masivos de comunicación	3.760	2.680	4.813	3.355	4.793	3.335	0.000	0.001
Cuidados personales	10.102	2.533	12.086	2.531	11.966	2.505	0.000	0.000
Otras actividades	0.314	1.399	0.142	0.577	0.142	0.577	0.105	0.105

Nota: El cuestionario tipo A es de tipo estructurado, cerrado (similar al utilizado en la ENUT) y el Tipo B es un cuestionario tipo diario de actividades

Fuente: Encuesta de uso del tiempo, Ciudad de México, 2011

Posiblemente, hacer un esfuerzo de memoria siguiendo una estructura horaria ayude a declarar acciones que se consideran en esta categoría de actividades (tales como aseo personal, arreglo de uñas y cuidado de la piel, ir al baño, momento de descanso —siestas—, alimentación) que son llevadas a cabo en distintos momentos del día y, en ocasiones, por períodos breves. Lo mismo aplica con el uso de internet por ejemplo, actividad que se puede realizar por períodos prolongados pero también durante pequeñas fracciones a lo largo del día. Es posible que los argumentos esgrimidos con anterioridad sean válidos incluso en el registro de estas actividades: al declararlas en el cuestionario A se tiende a «redondear» —con una tendencia a la subestimación— el tiempo dedicado a las mismas y posiblemente el esfuerzo de recordación sea menor que en el caso del cuestionario B.

En la tabla 5 se explora el tiempo invertido en la realización de trabajo doméstico de manera desagregada por tipo de actividad dentro de la categoría ya que, como resulta del tabla 3, su medición es de las actividades que presenta mayores diferencias entre hombres y mujeres, con patrones distintos en cada caso respecto a la captación de los dos instrumentos. Particularmente, la medición del trabajo doméstico femenino con el cuestionario tipo A es más de 30 por ciento mayor a la obtenida con el cuestionario B, mientras que para los hombres es del 50%. Lo que sugiere que el tipo de instrumento que se utilice para medir uso del tiempo en trabajo doméstico puede tener un impacto diverso sobre la medición real de dicha actividad, así como en los resultados de estudios abocados a calcular el valor del trabajo doméstico desempeñado por las mujeres.

La tabla 5 permite corroborar la mayor declaración de los hombres en casi todas las categorías de actividades de trabajo doméstico pero con diferenciales sustanciales. En la preparación de la comida ellos declaran 73% más de tiempo en el cuestionario A, 69% en limpieza, cuidado y confección de ropa y calzado y 50% en compras para el hogar. En el caso de las mujeres, por su parte, la mayor diferencia se presenta en el tiempo dedicado a la preparación de la comida (47% mayor en el A) mientras en otras categorías, como el tiempo dedicado a la limpieza de la casa no se presentan diferencias significativas. Es decir, los datos desagregados por categorías de trabajo doméstico permiten corroborar que los hombres son más propensos que las mujeres a reportar horas significativamente diferentes entre las dos metodologías, hecho que se refleja en prácticamente todas las actividades de la categoría (y puede corroborarse con los valores arrojados por las pruebas t en ambos sexos y categorías). Este análisis es consistente con la sugerencia de Schultz y Grunow (2011) quienes recomiendan utilizar datos desagregados ya

que los mismos pueden corroborar los hallazgos o bien conducir a conclusiones diferentes en relación con la sub o sobre estimación del uso del tiempo en la comparación de información proporcionada por diarios y la relativa a los cuestionarios estructurados.

La tabla 6 presenta el porcentaje de participación de los miembros del hogar entre 12 y 80 años que realiza cada una de las actividades considerada. Los datos permiten ver los niveles de participación por tipo de actividad, tipo de cuestionario y sexo. Evidencia que en aquellos tipos de actividades donde se encuentran mayores diferencias de medición entre uno y otro instrumento, no solo los entrevistados declaran menor uso del tiempo en ellas sino que también se correlaciona con una menor proporción de participación. El caso más claro es el de las actividades de cuidado a miembros del hogar: los mayores indicadores de tiempo promedio registrados en el grupo B se relacionan con una menor proporción de entrevistados que declaran utilizar parte del tiempo del día a esa actividad. Mientras en el grupo A casi 2 de cada 3 (62%) declaran realizar esas actividades, solo un 27 por ciento de los entrevistados en el grupo B lo declara (las diferencias son mayores en el caso del los hombres: de acuerdo al cuestionario A hay una un nivel de participación 43% mayor, mientras que en las mujeres es 29% más que con respecto al B). En las actividades de trabajo doméstico también se corrobora esta relación, particularmente en el caso de los hombres: de acuerdo a la medición A, el nivel de hombres que realizan trabajo doméstico es de 90%, mientras que con el B es 69%.

Un segundo aspecto que merece ser mencionado es que el sentido de las diferencias en los porcentajes de participación se relacionan con los resultados encontrados anteriormente: las actividades que responden a acciones socialmente esperadas o normativas presentan mayores niveles de participación medidas por el cuestionario A, mientras aquellas relacionadas con dedicación personal y recreación (educativas, convivencia y recreación, utilización de medios masivos de comunicación, cuidados personales y otras actividades) presentan menores niveles, respecto al B. Esta tendencia se evidencia tanto para hombres como para mujeres, con excepción del nivel de participación femenina en el trabajo para el mercado que es ligeramente mayor en el cuestionario B. Como ya hemos reflexionado, tanto las diferencias en las declaraciones de niveles de participación como del uso de tiempo dedicado a estos dos grupos de actividades, es posible que estén sujetas a comportamientos socialmente esperados relacionados con estereotipos en el rol de la mujer-madre y rol padre-proveedor: una mayor participación en las actividades del hogar o actividades del mercado y una menor dedicación a actividades de cuidado y disfrute personal.

Tabla 5. Horas promedio por día que dedican los miembros del hogar de 12 a 80 años a actividades domésticas, por tipo de cuestionario

	<i>Tipo A</i>		<i>Tipo B</i>				$ T > t $	$ T > t $
	Horas promedio	Desviación estándar	<i>Total ignorando simultaneidad</i>		<i>Total considerando simultaneidad</i>			
			Horas promedio	Desviación estándar	Horas promedio	Desviación estándar		
(A)		(B)		(C)		(A)-(B)	(A)-(C)	
<i>Total</i>								
Preparación de comida	1.807	2.072	0.888	1.105	0.878	1.096	0.000	0.000
Limpieza de la vivienda	1.520	1.534	1.643	1.772	1.594	1.717	0.229	0.459
Limpieza, cuidado y confección de ropa y calzado	0.779	1.450	0.525	1.120	0.513	1.083	0.002	0.001
Mantenimiento y reparaciones menores para el propio hogar	0.194	0.886	0.000	0.008	0.000	0.008	0.000	0.000
Compras para el hogar	0.488	0.929	0.416	0.776	0.412	0.778	0.177	0.217
<i>Mujeres</i>								
Preparación de comida	2.614	2.189	1.397	1.165	1.382	1.157	0.000	0.000
Limpieza de la vivienda	2.094	1.564	2.177	1.754	2.101	1.690	0.534	0.954
Limpieza, cuidado y confección de ropa y calzado	1.091	1.601	0.827	1.359	0.806	1.312	0.029	0.017
Mantenimiento y reparaciones menores para el propio hogar	0.051	0.545	0.001	0.010	0.001	0.010	0.115	0.115
Compras para el hogar	0.552	0.839	0.572	0.858	0.563	0.857	0.771	0.650
<i>Hombres</i>								
Preparación de comida	0.607	1.073	0.167	0.381	0.164	0.372	0.000	0.000
Limpieza de la vivienda	0.666	1.001	0.886	1.504	0.876	1.487	0.075	0.087
Limpieza, cuidado y confección de ropa y calzado	0.316	1.034	0.098	0.326	0.098	0.326	0.004	0.004
Mantenimiento y reparaciones menores para el propio hogar	0.406	1.199	0.000	0.000	0.000	0.000	0.000	0.000
Compras para el hogar	0.393	1.043	0.194	0.576	0.194	0.578	0.017	0.017

Nota: El cuestionario tipo A es de tipo estructurado, cerrado (similar al utilizado en la ENUT) y el Tipo B es un cuestionario tipo diario de actividades

Fuente: Encuesta de uso del tiempo, Ciudad de México, 2011

Tabla 6. Porcentaje de participación de los miembros del hogar de 12 a 80 años en las actividades cotidianas seleccionadas, según tipo de cuestionario y sexo

<i>Cuestionario Tipo A</i>	<i>% de participación</i>		
	<i>Total</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>
Trabajo para el mercado	41.0	28.1	60.0
Actividades conexas al trabajo	36.0	23.2	55.0
Trabajo doméstico	94.9	98.5	89.5
Cuidados a otros miembros del hogar	62.2	66.4	55.9
Actividades no remuneradas a otros hogares	7.10	6.40	8.20
Actividades educativas	14.4	12.8	16.8
Esparcimiento, cultura y convivencia	69.7	64.5	77.3
Utilización medios de comunicación	93.8	91.4	97.3
Necesidades y cuidados personales	99.6	99.4	100.0
Otras actividades	13.5	14.7	11.8
<i>Cuestionario Tipo B</i>	<i>Total</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>
Trabajo para el mercado	41.6	28.7	59.8
Actividades conexas al trabajo	32.0	21.8	46.6
Trabajo doméstico	84.2	95.2	68.6
Cuidados a otros miembros del hogar	27.2	37.0	13.2
Actividades no remuneradas a otros hogares	0.60	0.70	0.50
Actividades educativas	19.7	22.5	15.7
Esparcimiento, cultura y convivencia	86.0	84.4	88.2
Utilización medios de comunicación	97.2	97.2	97.1
Necesidades y cuidados personales	100.0	100.0	100.0
Otras actividades	15.6	15.2	16.2

Nota: El cuestionario tipo A es de tipo estructurado, cerrado (similar al utilizado en la ENUT) y el Tipo B es un cuestionario tipo diario de actividades
Fuente: Encuesta de uso del tiempo, Ciudad de México, 2010

Conclusiones

Los análisis previos permiten identificar ciertas particularidades en la medición del uso del tiempo mediante una metodología basada en un cuestionario estructurado y cerrado (tipo A) versus un diseño que recoge la información por medio de un diario de actividades, constituyéndolo en un cuestionario estructurado pero abierto (tipo B). Como se hizo mención al comienzo del documento, la bibliografía internacional coloca a este último instrumento como la técnica por antonomasia en la recolección de información sobre uso del tiempo. La posibilidad de haber comparado ambas formas de medición del fenómeno permite reafirmar ciertos hallazgos de trabajos previos dado que el cuestionario tipo B se coloca en una posición ventajosa respecto al cuestionario A, en tanto se ha podido confirmar las impor-

tantes diferencias en la medición usando cada tipo de cuestionario. A continuación, recuperamos algunos de los hallazgos encontrados para finalizar con ciertas recomendaciones.

Al comparar los tiempos promedio dedicados a las distintas actividades cotidianas se corrobora que existen diferencias en las estimaciones entre los mismos, según el tipo de instrumento utilizado. Sin embargo, estos sesgos no manifiestan un comportamiento uniforme. Si bien confirmamos una mayor proporción general de estimaciones mayores promedio en varias de las actividades arrojadas por el cuestionario tipo A, estas no son invariablemente sobrestimadas, existen estimaciones de tiempo de actividades con comportamientos en contrario. Entre las primeras, se ubican aquellas actividades socialmente normadas o con horarios establecidos (o esperados), tales como las actividades de trabajo doméstico (aunque aquí encontramos diferencias por sexo), cuidado de personas en el hogar, trabajo remunerado, trabajo voluntario y las actividades de estudio y aprendizaje. La existencia de estimaciones más altas puede estar asociada a la creencia de las personas de que menores estimaciones de tiempo dedicado a trabajo (remunerado o doméstico) podrían interpretarse como un signo de irresponsabilidad u holgazanería (Robinson, 2011). Por el contrario, sus estimaciones menores a las del tipo B se evidencian en actividades asociadas a un mayor proceso de individuación (actividades de convivencia y recreación, uso de medios masivos de comunicación y cuidados personales —que incluye tiempo de sueño—).

Los resultados opuestos en la comparación de los dos instrumentos con relación a estos dos conjuntos de actividades son interesantes. No resulta descabellado pensar que la declaración del primer conjunto tienda a sobrestimarse en el cuestionario A mientras el segundo a subestimarse. El requerimiento de tener que ir reportando segmento por segmento de tiempo en el día hace que las personas sean menos conscientes de la estimación de cada actividad a nivel agregado y, posiblemente, resulte en una menor incidencia de los prejuicios y normas sociales que condicionan comportamientos esperados.

En suma, el reflejo de estas sub y sobrestimaciones lleva a concluir que el cuestionario A da estimaciones asociadas a números convencionales (o esperados) de horas mientras el cuestionario B otorga medidas que son sensibles a la diferencia entre los horarios estipulados y las horas reales invertidas en la actividad. En particular, las diferencias en el caso de las actividades domésticas y de cuidado parecen hacer evidente la necesidad de registrar de una manera más precisa la realización de tareas en simultáneo. En el caso de las actividades de cuidado, además de la importancia del registro de la simultanei-

dad —ya que mucho del tiempo destinado a estar al pendiente o cuidar a otra persona se realiza al tiempo con otra actividad— da cuenta de la diferencia que introduce el listar y mencionar una gran variedad de acciones implicadas en este tipo de actividades con relación a solo captar la declaración espontánea de las mismas.

Las diferencias con relación a las actividades de trabajo para el mercado (así como posiblemente las referidas a actividades educativas) si bien presentan estimaciones mayores en el cuestionario tipo A, las mismas parecerían explicarse por la captación del «tiempo neto»¹⁶ destinado a ellas en el caso del cuestionario tipo B. Las diferencias promedio son coincidentes con los tiempos de las interrupciones que interfieren en la realización de ese tipo de tareas.

Por último, vale la pena resaltar que, aun con las diferencias analizadas y especificadas en la medición de las actividades de uso del tiempo por cada instrumento, las tendencias apreciadas con relación a otras variables intervinientes (sexo, edad y estado conyugal) se manifiestan en el mismo sentido con la medición obtenida por ambos instrumentos. Lo interesante de este hallazgo es que, al optar por cualquiera de los dos instrumentos, es factible saber cuáles son los posibles sesgos en los que se pudiera estar incurriendo —explicitados en el documento— pero también que las tendencias en comportamientos deberían ser similares (este hallazgo va en el sentido de lo encontrado en otros trabajos previos, véase por ejemplo Schultz y Grunow, 2011).

La metodología implícita en el diseño del cuestionario tipo diario prácticamente no da lugar a la no respuesta en las actividades ni en los tiempos dedicados a ellas. Esto exige un mayor esfuerzo en la recordación y en la captación, pero también como una manera de forzar a que la gente otorgue una respuesta, no necesariamente fiel a los hechos. Sin embargo, en el análisis comparativo entre ambos instrumentos, el cuestionario tipo A está más sujeto a errores e inconsistencias, en el diario es mucho menos frecuente verlas.

El hecho de recordar minuto a minuto las 24 horas del día anterior obliga a un esfuerzo mayor de precisión del tiempo dedicado a cada actividad. En general, la mayoría de las declaraciones de tiempo del cuestionario A son cantidades de horas «cerradas» o redondeadas,

16 Nos referimos con esta noción al tiempo que realmente se invierte en cada actividad y no al que formalmente pueda estar establecido o pactado. El caso más claro es el referente a las actividades laborales que, a pesar de tener —en general— un horario y cantidad de tiempo especificado, generalmente no se cumple en estricto por la realización de interrupciones con otras actividades no laborales.

así como también responden en mayor medida a horarios formales o estandarizados (8 horas en el trabajo). El cuestionario tipo diario, en consonancia con lo que la bibliografía internacional señala, permite «afinar» el registro de uso del tiempo, particularmente en las actividades de trabajo doméstico y de cuidado. Ello es particularmente así, por la posibilidad que ofrece de registrar de manera detallada la realización de ese tipo de actividades de manera simultánea con otras. La exigencia de recordación exhaustiva da cuenta de la sobrestimación que en muchos casos se realiza en las declaraciones de diversas actividades de manera independiente. No obstante, permite diferenciar aquellas actividades que con mayor frecuencia se realizan con simultaneidad de aquellas otras para las cuales la medición de la realización de otra actividad al mismo tiempo no es tan relevante.

Al sujetarse en mucho menor medida a declaraciones asociadas a estereotipos normativos y roles socialmente esperados, los registros de uso del tiempo captados por el cuestionario tipo diario han evidenciado brechas de género (tanto en los niveles de participación como en el tiempo destinado a las actividades) mucho mayores. Por los motivos antecedentes, se concluye que la metodología de recolección tipo diario para la medición del uso del tiempo resulta considerablemente mejor que la que se obtiene por medio de un cuestionario estructurado y cerrado. Las evidencias que hemos encontrado para el caso de México se muestran en concordancia con lo que muchos trabajos a nivel internacional han corroborado: un sesgo mucho mayor en los cuestionarios estructurados y potenciales ventajas en la utilización del diario (Robinson, 1985; Robinson, Chenu y Alvarez, 2002; Robinson, 2011; Juster y Stafford, 1991; Juster, Ono y Stafford, 2003; Schulz y Grunow, 2011; Kitterød y Lyngstad, 2005; Bonke, 2005; Marini y Shelton, 1993).

Anexo

Cuadro A1. Conformación de los grupos de actividades utilizados en la investigación

<i>Grupos de actividades</i>	<i>Tipo de actividades que comprende</i>
1. Trabajo remunerado	1.1. Trabajo remunerado en empresas y negocios
	1.2. Trabajo remunerado en gobierno e instituciones
	1.3. Trabajo remunerado en negocios de hogares
2. Actividades conexas al trabajo remunerado	2.1. Buscar trabajo
	2.2. Traslados de trabajo
3. Quehaceres domésticos no remunerados para el propio hogar	3.1 Preparación de comida
	3.2. Limpieza de la vivienda
	3.3. Limpieza, cuidado y confección de ropa y calzado
	3.4. Mantenimiento y reparaciones menores del propio hogar
	3.5. Administración del hogar
	3.6. Compras para el hogar
	3.7. Cuidado de mascotas y plantas
4. Cuidado a miembros del hogar no remunerado	4.1. Cuidado y apoyo a niñas(os) del hogar menores de 15 años
	4.2. Cuidado y apoyo a miembros del hogar de 15 a 59 años
	4.3. Cuidado y apoyo a adultos del hogar de 60 años y más
5. Actividades no remuneradas para otros hogares, para la comunidad y trabajo voluntario no remunerado	5.1. Apoyo no remunerado a otros hogares
	5.2. Actividades no remuneradas para la comunidad
	5.3 Trabajo voluntario no remunerado
6. Aprendizaje y estudio	6.1. Aprendizaje y estudio
	6.2. Traslados para estudio
7. Convivencia y actividades recreativas	7.1. Convivencia social
	7.2. Asistencia a eventos culturales, de entretenimiento y deportivo
	7.3. Aficiones, juegos y otros pasatiempos
	7.4. Deportes y ejercicio físico
8. Utilización de medios masivo de comunicación	8.1. Leer libros, periódicos y revistas
	8.2. Ver televisión o videos exclusivamente
	8.3. Escuchar radio u otros medios de audio exclusivamente
	8.4. Utilización de la computadora
9. Cuidados personales	9.1. Cuidados personales
	9.2. Actividades fisiológicas

Nota: Esta clasificación de actividades se basa en los criterios establecidos en la Clasificación de Actividades de Uso del Tiempo de América Latina (CAUTAL)

Bibliografía

- Aguirre, R. y Ferrari, F. (2013), *Las encuestas sobre uso del tiempo y trabajo no remunerado en América Latina y el Caribe Caminos recorridos y desafíos hacia el futuro*, CEPAL, Santiago de Chile.
- Aguirre, R., C. García Sainz y C. Carrasco (2005), «El tiempo, los tiempos, una vara de desigualdad», en *Serie Mujer y Desarrollo*, Santiago de Chile: CEPAL, n.º 65.
- Araya, M. J. (2003), «Un acercamiento a las Encuestas sobre el Uso del Tiempo con orientación de género», en *Serie Mujer y Desarrollo*, Santiago de Chile: CEPAL, n.º 50.
- Baxter, J. and Bittman, M. (1995), «Measuring time spent on housework: A comparison of two approaches», en *Australian Journal of Social Research*, vol. 1, n.º 1, pp. 21-46.
- Bonke, J. (2005), «Paid work and unpaid work: Diary information versus questionnaire information», en *Social Indicators Research*, 70, pp. 349-368.
- Brown, D. and Woolf, J. (2008), «Measuring unpaid work: a comparison of activity diary and questionnaire estimates», IATUR Conference en Sydney, Australia, Diciembre.
- Budlender, D. (2007), «A critical review of selected time use surveys, Gender and Development», *Programme Paper*, Switzerland: United Nations Research Institute for Social Development, n.º 2.
- Cabrera, N. (2009), «Uso del tiempo e inequidades de género en el trabajo remunerado y doméstico», en <corinto.pucp.edu.pe/.../Natalia%20Cabrera%20-%20Uso_del_tiempo_III_CEL_29_oct.ppt>. acceso 30 de junio de 2012.
- Carrasco, C. (2001), «Hacia una nueva metodología para el estudio del tiempo y del trabajo», Ponencia presentada en el Taller Internacional Cuentas Nacionales de Salud y Género, Santiago de Chile: OPS/OMS-FONASA, 18 y 19 de octubre.
- (2005), «Tiempo de trabajo, tiempo de vida. Las desigualdades de género en el uso del tiempo», en Aguirre, Rosario, García Sainz Cristina y Carrasco, Cristina. *El tiempo, los tiempos, una vara de desigualdad*, Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL, Unidad Mujer y Desarrollo, n.º 65.
- CEPAL (2003), «Informe de la Reunión de Expertos: Encuestas sobre uso del tiempo», Santiago de Chile, 11 y 12 de diciembre.
- (2001), *Aspectos económicos de la equidad de género*, en *Serie Mujer y Desarrollo*, Santiago de Chile: CEPAL, n.º 35.
- Delfino, A. (2009), «La metodología de uso del tiempo: sus características, limitaciones y potencialidades», en *Espacio Abierto*, vol.18, n.º 2, junio, pp.199-218.
- Durán, M.A. (2002), «La contabilidad del tiempo», en *Praxis Sociológica*, La Mancha: Universidad de Castilla, n.º 6.
- Gammage, S. y Orozco, M. (2008), «El trabajo productivo no remunerado dentro del hogar: Guatemala y México», en *Serie Estudios y Perspectivas*, México: CEPAL, n.º 103.
- García Guzmán, B. y de Oliveira, O. (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- INEGI (1996), *Encuesta nacional sobre trabajo, aportaciones y uso del tiempo: manual del entrevistador*, México: INEGI.
- (2002), *Uso del tiempo y aportaciones en los hogares mexicanos*, México: Dirección de Estudios Sociodemográficos de la Dirección General de Contabilidad Nacional, Estudios Socioeconómicos y Precios y la Subdirección de Apoyo Técnico de la Dirección Regional Oriente.
- (2010), *Síntesis Metodológica*, ENUT 2009, Aguascalientes: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.

- Juster, F. Th. and Stafford, F. P. (1991), «The Allocation of Time: Empirical Findings, Behavioral Models, and Problems of Measurement» in *Journal of Economic Literature*, American Economic Association, vol. 29(2), pp. 471-522, junio.
- Juster, Th., L. Ono and Frank Stafford (2003), «An Assessment of Alternative Measures of Time Use», in *Sociological Methodology*, pp. 19-56.
- Kan, M.K. (2006); «Measuring Housework Participation: the Gap between 'Stylised' Questionnaire Estimates and Diary-based Estimates», Working Paper of Institute for Social and economic Research, Paper 2006-11.
- Kitterød and Lyngstad (2005), «Diary versus questionnaire information on time spent on housework – The case of Norway», in *Electronic International Journal of Time Use Research*, vol. 2, n.º 1, pp. 13-32.
- López, M. de la P. (2010), *Actividades de coordinación, la cooperación internacional y desafíos: la experiencia de las Encuestas sobre Uso del Tiempo*, Santiago de Chile: Grupo de Trabajo sobre Estadísticas de Género, abril.
- Marini, M. and Shelton, B. (1993), «Measuring Household Work: Recent Experience in the United States», in *Social Science Research*, 22, pp. 361-82.
- Méndez, P. (2000), *Las encuestas de uso de tiempo en México*, México: INEGI.
- Milosavljevic, V. y Tacla, O. (2007), «Incorporando un módulo de uso del tiempo a las encuestas de hogares: restricciones y potencialidades», en Serie Mujer y Desarrollo Santiago de Chile: CEPAL, n.º 83.
- Minnen, J., Daniels, S., Glorieux, I., van Tienoven, T-P. and Weenas, D. (2013), *Modular Online Time Use Survey (MOTUS): a new tool for time-diary data collection*, Conferencia internacional de Uso del Tiempo, IATUR, Río de Janeiro, 7 a 9 de agosto.
- Pedrero, M. (2003), *La encuesta de uso del tiempo y sus potencialidades para conocer las inequidades de género*, México: INMUJERES.
- (2004), «Sabia virtud de conocer el tiempo: el uso del tiempo en función del género, análisis comparativo entre México y Europa», en *Revista Mundial de Economía* 10(11), pp. 77-101.
- (2005a), *Aspectos técnico metodológicos de la encuesta sobre uso del tiempo en México*, mimeo, INMUJERES, en <cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/101067.pdf,> acceso 24 de diciembre de 2013.
- (2005b), *Trabajo doméstico no remunerado en México: una estimación de su valor económico a través de la Encuesta Nacional sobre Uso de Tiempo 2002*, México: INMUJERES.
- (2013), «El trabajo. Un concepto en revisión», en *Coyuntura Demográfica*, n.º 4, pp. 73-79.
- Press, J.E. and Townsley, E. (1998), «Wives' and husbands' housework reporting. Gender, class, and social desirability», in *Gender and Society*, vol. 12, n.º 2, pp. 188-218.
- Robinson, J.P. (1985), «The validity and reliability of diaries versus alternative time use measures», in Juster, F.T. and F.P. Stafford (eds.), *Time, Goods and Well-being*, Michigan: Ann Arbor, Institute for Social Research, University of Michigan, pp. 33-62.
- (2011), *Valuing Time*, *Social Indicators Research: Special Issue 101 on major presentations at IATUR 2008 Conference in Sydney, Australia*.
- Alain Chenu and Anthony Alvarez, (2002), «Measuring the complexity of hours at work: the weekly work grid», *Monthly Labor Review*, vol. 125, n.º 4, April 2000, pp. 44-54.
- Rydenstam, K. (2001), «Paid and unpaid work, the apples and pears of time use statistics», Ponencia presentada en 2001 IATUR Conference in Oslo, October 3-5.

- Sonck, N., Fernee, H. and Scherpenzeel, A. (2013), «*Smart*» diary? *Using smartphones to collect time-use data in Netherlands*, Conferencia internacional de Uso del Tiempo, IATUR, Río de Janeiro, 7 a 9 de agosto.
- Tacla, O. (2008), *Experiencias Latinoamericanas en Encuestas sobre el Uso del Tiempo Alternativas para realizarlas*, Curso Internacional «Redistribución del Tiempo, Un indicador de Igualdad», Santiago de Chile: CEPAL, 19 al 30 de mayo.

SEGUNDA PARTE

DINÁMICA DE LOS MERCADOS LABORALES DE AMÉRICA LATINA: ALGUNAS APROXIMACIONES EMPÍRICAS

Introducción a la segunda parte

*Nina Castro*¹

Las transformaciones socioeconómicas y sociodemográficas que experimentan los países latinoamericanos se reflejan en la diversidad de problemáticas que se entretajan en torno a la dinámica laboral, de tal forma que desde el siglo pasado los mercados laborales se han constituido como un campo de investigación fértil; evidencia palpable lo constituyen las numerosas y valiosas contribuciones que se suman año con año a la investigación demográfica.

El profundo interés sociodemográfico por comprender los fenómenos, las relaciones y las diferencias que se originan en los mercados de trabajo latinoamericanos cobra relevancia debido al crecimiento tanto del grupo poblacional en edad laboral como del grupo de adultos mayores de 60 años en los contextos de heterogeneidad y desigualdad social que caracterizan a la región². Es así que los estudiosos de la participación económica han planteado cuestionamientos que se enraízan en un sinnúmero de teorías o tradiciones teóricas y conceptos provenientes de diversas disciplinas³, lo que les ha permitido establecer diferentes hipótesis de trabajo; emplear diversos instrumentos de recopilación de la información cuantitativos o cualitativos, que se caracterizan por ser cada vez más detallados y en muchas ocasiones uniformes entre diferentes países, favoreciendo la comparación; así como también seleccionar herramientas metodológicas, a veces clásicas, en otras ocasiones novedosas y en algunos casos complejas⁴.

Esto ha posibilitado tener a disposición un abanico de alternativas para desarrollar trabajos empíricos de cuyos hallazgos surgen reflexiones que pueden materializarse como enriquecedoras contribuciones a las discusiones teóricas.

La segunda parte de este libro está conformada por una serie de trabajos empíricos desarrollados por un grupo de estudiosos de los mercados de trabajo en América Latina. El orden de los trabajos responde a dos criterios ordenadores que se encuentran entrelazados: el

-
- 1 Estudiante del doctorado en Estudios de Población. Colegio de México A.C., nina_castro@yahoo.com.
 - 2 Emerge la demografía de la desigualdad como la conceptualiza Canales, Alejandro I. (2003).
 - 3 En el trabajo de García (2011) se puede consultar una reseña sobre algunos conceptos asociados al mercado de trabajo como: subempleo, informalidad, vulnerabilidad, calidad del empleo y trabajo decente. La autora también lleva a cabo una propuesta sobre algunos indicadores.
 - 4 En una de las secciones de su trabajo, Cortés (2003) desarrolla los procedimientos que se incluyen como parte de la metodología de las ciencias sociales.

primero es la comparabilidad entre diferentes contextos, esto se debe al interés por el conocimiento de la situación laboral en la región, de tal forma que en primera instancia se encontrarán los trabajos que comparan dos países o más; en el segundo eje se organizan los capítulos de acuerdo a los grupos de población analizados, ubicando en primer lugar los trabajos donde la población objetivo es más amplia y posteriormente aquellos que se refieren a grupos poblacionales específicos.

Como se señaló previamente, las investigaciones que consideran información proveniente de dos o más países implican un trabajo arduo y cuidadoso en lo que se refiere a la selección de las fuentes de información, las poblaciones de estudio, las unidades de análisis, los indicadores y las mediciones y, por supuesto, en el propio análisis de los datos, todo esto con fines comparativos.

Adicional a las dificultades metodológicas que conlleva la comparabilidad, se presenta la operacionalización de algunos conceptos, necesaria para la mediación entre teoría e información empírica. En su trabajo, Roxana Maurizio enfrenta ambos retos de forma más que satisfactoria. La autora retoma la propuesta de la Organización Internacional del Trabajo con la finalidad de que la medición le permita dar cuenta de dos de los enfoques detrás del concepto de informalidad, el enfoque productivo y el enfoque legal. Maurizio identifica cuatro situaciones ocupacionales asociadas a tres aspectos: si el empleado es asalariado o no, si el empleado posee registro en la seguridad social y el sector en el que se ubica la empresa donde labora el empleado (sector público o privado).

A través de métodos econométricos, aplicados a los microdatos de las encuestas de hogares pertenecientes a 11 países, la autora estima el diferencial salarial entre trabajadores formales e informales (a partir del método de mínimos cuadrados ordinarios), analiza si las brechas salariales entre formales e informales se mantienen constantes, crecen o disminuyen a lo largo de la distribución condicional de salarios y descompone el diferencial salarial promedio en tres efectos: efecto características, efecto retorno y efecto interacción.

De acuerdo a algunos de los hallazgos presentados, aunque su importancia difiere entre los 11 países analizados, la informalidad es un fenómeno relevante en los mercados laborales en América Latina. La inserción en las actividades clasificadas como informales se presenta en mayor medida entre los trabajadores más jóvenes, los adultos mayores, las mujeres y los menos calificados. La informalidad también es fuente de menores ingresos, situación que sugiere la presencia de segmentación salarial en los mercados laborales latinoamericanos.

Otro trabajo de corte comparativo es el de Emma Liliana Navarrete, Mauricio Padrón Innamorato y Adriana Carolina Silva Arias, quienes se dan a la tarea de presentar el panorama de la participación laboral juvenil en Colombia, México y Uruguay para 2012. Para ello llevan a cabo una revisión detallada de la información sobre las políticas de empleo vinculadas al trabajo de las y los jóvenes. El trabajo evidencia la interdisciplinariedad del quehacer demográfico y la manera en que se nutre de los hallazgos y aportaciones de otras áreas de estudio, contribuyendo a su vez con discusiones, ideas e indicadores para el desarrollo del conocimiento, tanto demográfico como de diversas disciplinas. Si bien cada país analizado por los autores posee sus peculiaridades socioeconómicas, políticas y demográficas, en los tres contextos emerge la heterogeneidad que caracteriza al grupo de edad que va de los 15 a los 29 años, así como las condiciones desfavorables que envuelven tanto sus inserciones laborales como su formación educativa. El arduo trabajo de recopilación sobre las políticas de empleo que llevan a cabo los autores en cada uno de los países visibiliza la diversidad de programas y organizaciones que se han creado con la finalidad de brindar a los jóvenes un escenario más favorecedor. Sin embargo, los autores señalan que aún hace falta un largo camino por recorrer en lo que se refiere a políticas de empleo focalizadas por género y por grupo etario, así como en lo referente a políticas encaminadas a fortalecer la permanencia en la escuela, mejorar las condiciones de inserción al primer empleo y favorecer el vínculo entre las actividades que se desempeñan en la escuela y el trabajo, entre otros. En su trabajo, Navarrete, Padrón y Silva dejan en claro la importancia de seguir investigando las relaciones que los jóvenes establecen con el mercado laboral y la urgencia de fomentar políticas y programas orientados a la creación de trabajos de mejor calidad y en mejores condiciones.

En la planeación de políticas públicas y sociales, las proyecciones poblacionales son elementos que resultan de gran utilidad. Miró (2007) considera que las estimaciones sobre las modificaciones de las estructuras poblacionales se consolidan como uno de los quehaceres más relevantes entre los estudiosos de la población en el marco de las transformaciones sociodemográficas que se han suscitado en América Latina y que incluyen la disminución del grupo poblacional menor a 15 años, el incremento del grupo en edad laboral (entre los 15 y 59 años de edad) y el incremento del grupo de adultos mayores de 60 años. En este contexto, trabajos como el de Elzira Lúcia Oliveira y Gustavo Henrique Naves Givisiez resultan fundamentales. Los autores estiman y proyectan para las unidades de la federación de

Brasil las probabilidades de estudiar, trabajar, estudiar y trabajar, y no estudiar ni trabajar, utilizando la información que proporciona la Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios (PNAD). La atractiva estrategia metodológica adoptada por los autores consiste en asociar un modelo Edad-Período-Cohorte a un modelo de regresión logística multinomial. A partir de los resultados de las proyecciones de población, los autores señalan que si bien podría mejorar la probabilidad de asumir el estudio como actividad exclusiva, persiste un grupo de jóvenes, los de menor edad, quienes se encontrarían insertos en el mercado de trabajo o bien, sin trabajar ni estudiar. Un aporte interesante es la mirada sobre la pertenencia a la escuela o trabajo desde el lugar que ocupan los jóvenes en el hogar a partir de la condición de hijo que cohabita en el hogar de los padres. Los autores encuentran que dicha condición impacta de manera positiva para ambos sexos, aunque en el caso de las mujeres señalan que son necesarias políticas focalizadas en lo que se refiere a la permanencia en el sistema escolar. Existe un grupo considerable de jóvenes, quienes no se declaran como hijos, que transita precozmente a las actividades relacionadas con la vida adulta, debido a las responsabilidades que se les asigna socialmente como proveedores del hogar.

Otra investigación incluida en esta sección del libro es la de Ana Escoto, quien no solo enfrenta la labor comparativa entre El Salvador y Guatemala, sino que adicionalmente propone la asociación de los datos provenientes del nivel individual con la información a nivel de agregados económicos. De forma novedosa la autora logra establecer un vínculo analítico entre dos fuentes de información, cuya población objetivo es diferente, tomando como unidad de análisis a los y las trabajadoras. Los datos provienen de las encuestas de hogar y empleo en relación con una clasificación productiva de las ramas de actividad con base en el comercio internacional (datos obtenidos de las cuentas nacionales y de las bases de comercio exterior). Tras un trabajo detallado con los datos, Escoto logra «hilar fino» entre ambos niveles.

El criterio de clasificación de la autora se basa en: la intensidad del comercio con relación al volumen, la intensidad del comercio en términos de la concentración de los socios, y el crecimiento de la economía doméstica de las ramas no relacionadas con el intercambio internacional.

A través de regresiones lineales robustas, la autora encuentra similitudes entre los países estudiados en términos de sus promedios de ingreso laboral por hora y acceso a la seguridad social; y diferencias en lo que se refiere al papel de la mujer, la adscripción étnica y la recepción de remesas. Pero sobre todo, como ella misma lo señala,

su trabajo muestra la relación heterogénea del comercio con relación a cuánto se comercia, con quién, con cuántos socios comerciales se mantienen vínculos y qué tipo de producto se intercambia.

Ahora bien, como se señaló al principio de esta introducción, el segundo criterio de organización de los documentos recopilados en esta sección del libro fue el grupo poblacional analizado. Los últimos tres trabajos se centran en tres grupos poblacionales: las personas migrantes, los adultos mayores y las mujeres.

El flujo de trabajadores a través de las fronteras nacionales es un tema que se ha constituido desde hace algunas décadas como central en la discusión sociodemográfica de los países latinoamericanos y su vínculo con los mercados laborales es fuente de investigaciones centradas en los efectos tanto en los países de origen como en los de destino. Victoria Prieto y Martin Koolhaas abordan un tema que, si bien siempre ha estado presente en los estudios de la migración, se convierte en sustantivo tras el impacto de la primera crisis global del siglo XXI, los vaticinios de un posible retorno masivo de migrantes originarios de países de nuestra región y los retos que el regreso de esta población implica para los mercados laborales. Los autores se cuestionan sobre la inserción del migrante de retorno reciente en el mercado de trabajo, a partir del análisis del efecto de dicha condición sobre la probabilidad de estar ocupado en tres países caracterizados por una fuerte intensidad migratoria y de retorno: Ecuador, México y Uruguay para 2010 y 2011. El trabajo de Prieto y Koolhaas se distingue, entre otras cosas, por su excelente desarrollo metodológico. A lo largo del trabajo se pueden encontrar comentarios y notas al pie muy valiosos sobre las fuentes de información, sus limitaciones, la especificación de los modelos multivariados empleados (técnicas de regresión logística binomial) y las limitaciones en la interpretación y comparación de los resultados.

La condición de población de retorno reciente se configura como una nueva desigualdad y un nuevo eje de diferenciación social en el estudio de los mercados de trabajo. Con la información analizada, Prieto y Koolhaas concluyen que existe una menor probabilidad de obtener un empleo para la población de retorno reciente. En todos los países encuentran diferencias entre hombres y mujeres y el capital humano figura como amortiguador de las desventajas. El efecto del país de procedencia (Estados Unidos o España) no resulta tan importante como los demás determinantes.

Como se señaló previamente, las transformaciones en la estructura poblacional de los países de la región, asociados a la transición demográfica, han desencadenado un interés peculiar en el estudio de

la composición y la dinámica del mercado de trabajo entre los adultos mayores, quienes postergan su participación laboral, insertos en condiciones que no son las más adecuadas en todos los casos. La investigación de Gabriela Adriana Sala realiza interesantes aportaciones al estudio de la participación laboral en el segmento más avanzado de la vida, a partir del análisis de los factores asociados al trabajo que desempeñan las mujeres y los hombres de sesenta años y más residentes en las áreas urbanas de Argentina y en las áreas metropolitanas de Brasil para el año 2011, con base en la información proveniente de las encuestas de hogares. Adicionalmente, con la finalidad de identificar los nichos que permiten la continuidad de la participación económica de los adultos mayores (en contextos de elevado desempleo, precariedad, transformaciones tecnológicas e incremento en la escolaridad de los trabajadores más jóvenes), Sala implementa una estrategia analítica sugerente al proponer la estimación de la concentración ocupacional de los trabajadores de mayor edad a partir del índice de asociación global bajo un modelo log-lineal generalizado.

Si bien los dos mercados laborales sudamericanos se diferencian en cuanto a sus estructuras productivas, los niveles de envejecimiento demográfico, la cobertura previsional y la escolaridad de la fuerza de trabajo, la autora señala que en ambos países el bajo monto de los beneficios previsionales incentivó la participación de los adultos mayores, principalmente en Brasil en el año 2011. El nivel de concentración ocupacional en Brasil también es mayor, principalmente entre las mujeres menos escolarizadas.

Finalmente, se incluye una investigación que se distingue de las demás, entre otras cosas, por su carácter cualitativo. El interesante trabajo de Georgina García Rojas y Mónica Toledo González, a diferencia de otras investigaciones acerca del trabajo doméstico remunerado, analiza el fenómeno a partir del estudio de dos universos diferentes que se interrelacionan entre sí; llevan a cabo entrevistas semi-estructuradas y a profundidad a 34 empleadas domésticas y 38 empleadoras residentes en la ciudad de México y en la ciudad de Tlaxcala. Por un lado, las autoras resaltan la importancia de la contratación de trabajo doméstico remunerado como uno de los principales medios que permite a las empleadoras (mujeres adultas, la mayoría con hijos, pertenecientes a la clase media con nivel escolar de bachillerato o más que no realizan actividades manuales) conciliar sus responsabilidades domésticas y su participación económica.

Por otro lado, Rojas y Toledo dan cuenta de las diferencias existentes entre los arreglos que establecen tanto las empleadoras como las empleadas entrevistadas con su entorno (en el caso de las primeras el

pago de guarderías y la contratación de trabajo doméstico remunerado, entre otras; y en el caso de las últimas, la doble jornada intensa, el apoyo de redes familiares o vecinales, etcétera), con la finalidad de conciliar las tareas de reproducción física y social que se les han asignado a las mujeres históricamente y su inserción en el mercado de trabajo. Las «voces» que presentan las autoras permiten evidenciar tanto las desigualdades de género, persistentes en la sociedad mexicana con relación a la realización de las tareas domésticas, así como las desigualdades de clase.

Las investigaciones empíricas que conforman la segunda parte de este libro realizan valiosas aportaciones al conocimiento sobre las dinámicas prevalentes en los mercados de trabajo latinoamericanos. Los hallazgos de los autores señalan algunas de las necesidades con relación al mercado de trabajo: la creación de fuentes de empleo que cumplan con los requerimientos mínimos del trabajo decente, la reducción de la heterogeneidad estructural, el incremento de los ingresos laborales y la reducción de las brechas salariales, el establecimiento universal del seguro de desempleo, mejorar la educación, fomentar el entrenamiento y la capacitación profesional, promover la permanencia en el sistema escolar, la implementación de políticas sociales vinculadas a la salud, la asistencia social y habitacional y las necesidades psicosociales, entre otras.

Estas investigaciones permiten profundizar en el conocimiento de las dinámicas laborales contemporáneas de la región latinoamericana. Adicionalmente, los trabajos evidencian la importancia de mejorar la tarea de recopilación, procesamiento, descripción y análisis de la información poniendo especial atención al vínculo entre trabajo y población, con la finalidad de generar investigaciones de calidad, como las que aquí se presentan.

Bibliografía

- Canales, A. I. (2003), «Demografía de la desigualdad. El discurso de la población en la era de la globalización», en Canales, Alejandro I. y Susana Lerner Sigal (coords.), *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio*, México, D.F.: El Colegio de México, Universidad de Guadalajara, Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 43-86.
- Cortés, F. (2003), «Algunos aspectos de la controversia entre investigación cualitativa e investigación cuantitativa», en Canales, Alejandro I. y Susana Lerner Sigal (coords.), *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio*, México, D.F.: El Colegio de México, Universidad de Guadalajara, Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 135-161.
- García, B. (2011), «Las carencias laborales en México: conceptos e indicadores», en Pacheco, Edith, Enrique de la Garza y Luis Reygadas (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*. México, D.F.: El Colegio de México, pp. 81-113.
- Miró, C. (2007), «La demografía en el siglo XXI en América Latina», en *Revista Latinoamericana de Población*, año 1, n.º 1, julio-diciembre.

Informalidad laboral y brechas salariales en América Latina

*Roxana Maurizio*¹

Resumen

La informalidad y la desigualdad salarial continúan siendo dos características distintivas del mercado de trabajo de América Latina que se asocian, a su vez, con elevados niveles de precariedad laboral y bajos salarios. El objetivo de este estudio es brindar una evaluación de la incidencia actual de la informalidad en la región y de las brechas salariales asociadas a esta dimensión. Se utilizan los microdatos de las encuestas a hogares llevadas a cabo por los institutos de estadísticas en 11 países de la región. A partir de allí se aplican diferentes metodologías que permiten medir no solo las brechas promedio sino también los diferenciales a lo largo de la distribución condicional de salarios. Se comprueba que el empleo informal y el empleo en el sector informal de la economía concentran, cada uno de ellos, una porción significativa del empleo total en los países de América Latina y que la informalidad es una fuente de importantes diferencias salariales al interior de la población asalariada.

Palabras clave: informalidad laboral, diferencias salariales, América Latina, mercados de trabajo.

Abstract

Labor informality and wage inequality are two distinct features of the labor market in Latin America that are associated, in turn, with high levels of job precariousness and low wages. The aim of this study is to provide an assessment of the current incidence of informality in the region and of the wage gaps associated with this dimension. Data used in this paper come from regular household surveys carried out by the national statistical institutes in 11 countries. For this, different methodologies were applied in order to not only measure the average wage gaps but also the wage differences along the whole conditional wage distribution. It is found that informal employment and the employment in the informal sector of the economy explain a significant portion of total employment in the Latin American countries, and that informality is an important source of wage gaps within salaried workers.

Keywords: labor informality, wage gaps, Latin America, labor markets.

1 Universidad Nacional de General Sarmiento y CONICET, Argentina, roxanadmaurizio@gmail.com.

Introducción

La informalidad y la desigualdad salarial continúan siendo dos características distintivas del mercado de trabajo de América Latina. No obstante, en la última década la región experimentó tendencias positivas en el mercado de trabajo asociadas, al menos en parte, al mayor dinamismo económico y también a la implementación de políticas tendientes a mejorar las condiciones laborales y reducir la desigualdad y la pobreza (Damill y Frenkel, 2012). Ello se constituye en un hecho de gran significatividad, no solo porque implica una mayor cobertura de la seguridad social de base contributiva y mayores remuneraciones, sino porque contrasta fuertemente con lo sucedido en la región en la década anterior y con lo evidenciado más recientemente en otras regiones del mundo, como por ejemplo, en Asia, donde el crecimiento económico ha estado acompañado de un bajo dinamismo en la generación de empleo y de una creciente desigualdad (ADB, 2012).

Sin embargo, como se mencionó, estas tendencias positivas observadas en el último decenio en América Latina no han logrado revertir aún el panorama de elevada informalidad y concentración de los ingresos que exhibe la mayor parte de los países de la región. Al mismo tiempo, fenómenos tales como segmentación y discriminación de ingresos se combinan con elevadas brechas salariales según nivel de educación para dar como resultado una estructura distributiva altamente concentrada.

Detrás de estos resultados se encuentra la significativa precariedad del mercado de trabajo en un contexto de una muy reducida red de protección laboral y social. A su vez, ambas dimensiones se retroalimentan. La escasa cobertura del seguro de desempleo hace que aquellos individuos que no poseen un trabajo en el sector formal de la economía no puedan sostener una búsqueda extensa de trabajo y deban recurrir rápidamente a otras alternativas laborales como, por ejemplo, insertarse en puestos de trabajo precarios o emprender alguna actividad por cuenta propia. Estas ocupaciones, a su vez, exhiben una elevada inestabilidad laboral que se traduce en intensos flujos hacia el desempleo o la inactividad.

Al mismo tiempo, la baja cobertura de los regímenes de protección social deriva en un muy fuerte vínculo entre la situación laboral de los individuos y la condición de pobreza de los hogares a los que pertenecen. En efecto, la baja calidad de las ocupaciones, la insuficiencia de horas trabajadas y los bajos salarios promedio que exhibe la región dan origen al fenómeno del «trabajador pobre» que evidencia que tener un trabajo no es reaseguro para no caer en la pobreza en América Latina.

En este marco, el objetivo de este estudio es brindar una evaluación de la informalidad laboral en los mercados de trabajo de la región y de las brechas salariales asociadas a esta dimensión. En particular, el estudio se propone, por un lado, avanzar en el análisis de la incidencia y características de la informalidad de modo de identificar cuáles son los grupos poblacionales más afectados por este fenómeno. Por otro lado, evaluar la existencia y magnitud de brechas salariales vinculadas a la informalidad. Se apela aquí al concepto de segmentación salarial que refiere a las diferencias en los ingresos laborales no explicadas por las características personales sino del puesto en donde se desempeña la persona. En particular, se quiere analizar si dos ocupados con iguales atributos obtienen diferentes salarios porque uno de ellos es formal y el otro es informal.

Para ello se utilizan los microdatos provenientes de las encuestas a hogares llevadas a cabo en 11 países de la región: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, México, Paraguay, Perú y Uruguay. La selección de estos países se debe a dos razones: por un lado, a la disponibilidad de estas encuestas para años recientes; por otro, a la posibilidad de contar con una muestra más o menos representativa de la región en su conjunto incluyendo países con estructuras ocupacionales muy disímiles y, en particular, con incidencias de la informalidad diferentes. Ello aporta riqueza al análisis comparativo.

Con el objetivo de otorgar mayor robustez a los resultados obtenidos se utilizan tres metodologías de estimación de las brechas salariales diferentes: Ecuaciones mincerianas estimadas por el método de Heckman en dos etapas, Regresión por cuantiles y el método de descomposición de Oaxaca-Blinder.

Los resultados obtenidos permitirán dimensionar y caracterizar la incidencia tanto del empleo informal como del empleo en el sector informal, como así también identificar los vínculos existentes entre ambas dimensiones. En particular, podrá evaluarse si la elevada informalidad laboral que aún persiste en la región se asocia fundamentalmente con la generación de puestos de trabajo en el sector informal y, por lo tanto, con una baja productividad y competitividad sistémica, o si, por el contrario, una parte significativa se genera en el sector formal de la economía frente a la insuficiencia en el control del cumplimiento de la normativa laboral. Ello resulta fundamental para el diseño de políticas públicas tendientes a reducir el peso de este fenómeno en la región.

Asimismo, los hallazgos de este estudio permitirán evaluar en qué medida la informalidad es una fuente independiente de diferencias

salariales. En la región existe un conjunto extenso de estudios que analizan las brechas salariales y su evolución en el tiempo (Lustig y Gasparini, 2011; Cornia, 2012, entre otros). Sin embargo, en general, estos focalizan sobre las brechas asociadas al nivel educativo. Se argumenta, por ejemplo, que la creciente desigualdad registrada por la región durante la década de los noventa y su posterior reducción estarían explicadas, mayormente, por un crecimiento primero y una baja después de los retornos a la educación. Sin embargo, menos esfuerzo se ha dedicado a analizar la existencia y magnitud de las diferenciales salariales asociadas a la informalidad laboral. Este estudio pretende contribuir en esa dirección a partir del análisis comparativo de un conjunto extenso de países latinoamericanos.

El documento sigue con una descripción de los aspectos conceptuales referidos a la definición y medición de la informalidad laboral y la segmentación salarial. En la sección siguiente se detallan los métodos econométricos utilizados para estimar las brechas de ingresos asociadas a la informalidad. Luego se especifican las fuentes de información utilizadas. Posteriormente se avanza con el análisis descriptivo de la incidencia y características del empleo informal y el empleo generado en el sector informal de la economía, mientras que la sección siguiente analiza los resultados de la estimación de las brechas salariales. Finalmente, se incluye una sección donde se recogen las conclusiones más importantes del estudio y se discuten algunas propuestas de políticas.

Algunos aspectos conceptuales

Empleo en el sector informal y empleo informal

Una de las categorías de análisis cuya utilización contribuyó significativamente a caracterizar las condiciones laborales en América Latina es la de informalidad laboral. Sin embargo, detrás de este concepto existen al menos dos enfoques diferentes: el «enfoque productivo», a partir del cual es posible diferenciar entre el empleo en el sector formal e informal de la economía, y el «enfoque legal» que distingue entre el empleo formal y el empleo informal.

El concepto de sector informal aparece a principios de los años setenta en trabajos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para países africanos (OIT, 1972) y luego se desarrolló en la región latinoamericana a través del Programa regional de Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC) con el objetivo de explicar el crecimiento de amplios sectores de la población que no lograban insertarse en

los procesos de modernización productiva a través de un mercado de trabajo formal pero en un contexto de relativamente bajos niveles de desempleo y de escaso comportamiento anticíclico por parte de este.

Bajo este enfoque «productivo», la informalidad refleja la incapacidad de las economías de la región de generar la cantidad suficiente de puestos formales que requiere el crecimiento de la fuerza de trabajo. Asimismo, como ya se mencionó, frente a la escasez o inexistencia de mecanismos de protección social que otorguen ingresos a aquellos individuos que no acceden a un puesto de trabajo, algunos de ellos deciden emprender algún tipo de actividad que les permita obtener ingresos para su supervivencia.

Bajo esta perspectiva, el sector informal se identifica, en general, con unidades de producción (empresas) pequeñas en las cuales no existe separación entre capital y trabajo y presentan una baja productividad. En este enfoque es central que la lógica de funcionamiento sea la de subsistencia y no la de acumulación. A su vez, los puestos de trabajo generados en este sector constituyen el empleo en el sector informal.

Sin embargo, desde una perspectiva más reciente se identifica a la informalidad con una situación de incumplimiento de las obligaciones laborales y fiscales por parte de la firma. En particular, bajo el «enfoque legal» el empleo informal es aquel que no se encuentra cubierto por las regulaciones y legislación laboral ni registrado en el sistema de seguridad social.

En este documento, ambos enfoques serán utilizados para caracterizar el empleo en los países de América Latina de modo no solo de identificar sus diferencias sino también la interrelación entre ambos. En ese sentido, como se verá más adelante, un porcentaje importante del empleo no registrado en la seguridad social se genera en unidades pertenecientes al sector informal de la economía. Sin embargo, al mismo tiempo, también se detectan puestos informales en grandes establecimientos. Este aspecto resulta de particular relevancia a la hora de diseñar mecanismos y herramientas de políticas para combatir la informalidad ya que mientras estos debieran apuntar a la inspección laboral en el caso de los grandes establecimientos, la reducción de los puestos no registrados en la seguridad social en el sector informal requerirá de un conjunto más amplio de políticas entre las cuales se encuentran aquellas que apuntan a incrementar la productividad, la eficiencia y la capacidad contributiva de las pequeñas firmas.

Medición de la informalidad en América Latina

La OIT, a través de las Décimo Quintas y Décimo Séptimas Conferencias Internacionales de Estadísticas Laborales ha establecido criterios para la clasificación de los trabajadores con relación a la informalidad laboral (OIT, 1993; Hussmanns, 2004). Como fue mencionado, según el «enfoque productivo», el empleo en el sector informal lo conforman aquellos ocupados en firmas que cuentan con un reducido monto de capital y tecnología, y que operan con baja eficiencia y productividad.

Sin embargo, dado que las encuestas a hogares no indagan en profundidad sobre las características de las empresas en los cuales trabajan los ocupados, la OIT propone adoptar un criterio de medición basado en la combinación de categorías de ocupación, calificación del puesto y tamaño del establecimiento. Por esta vía es posible identificar a los dos grandes componentes del sector informal: 1) unidades familiares integradas por los trabajadores por cuenta propia y los trabajadores familiares y 2) las microempresas compuestas por empleadores y asalariados en establecimientos de menos de cinco ocupados. Asimismo, del conjunto de los cuentapropistas se ha excluido a los de calificación profesional (aproximados por aquellos con estudios universitarios completos) de modo de no considerar entre los informales a los profesionales autónomos. A su vez, el sector público queda incluido completamente dentro del sector formal de la economía mientras que los trabajadores familiares sin remuneración forman parte del sector informal.

Por su parte, como se mencionó, el empleo informal se compone de aquellas ocupaciones para las cuales no se cumplen con las regulaciones laborales o tributarias: asalariados no registrados en la seguridad social y no asalariados que no cumplen con sus obligaciones tributarias. Sin embargo, nuevamente, dada las restricciones de información, la OIT recomienda que en el caso de los trabajadores independientes su carácter formal/informal se derive directamente de las características de sus empresas. De esta manera, se considera que los trabajadores por cuenta propia o empleadores informales son aquellos que se desempeñan en empresas pertenecientes al sector informal de la economía.

En el caso de los asalariados, su identificación como ocupados cubiertos por la normativa laboral depende específicamente de la información obtenida de las encuestas a hogares de cada país. En el caso de Argentina, un asalariado es formal si su empleador le realiza los descuentos para pagar las contribuciones patronales a la seguridad social. En Brasil y en Chile se considera formal si el asalariado

ha firmado un contrato de trabajo. En Bolivia, Costa Rica, El Salvador, México, Paraguay, Perú y Uruguay, quedan clasificados en esta categoría aquellos trabajadores en relación de dependencia que están afiliados a un sistema de pensiones. Finalmente, en Ecuador los asalariados son considerados formales si reciben un seguro social.

Por lo tanto, a partir de ambos enfoques y de su forma de medición, es posible identificar, de manera gruesa, cuatro situaciones ocupacionales diferentes:

	<i>Ocupados formales</i>	<i>Ocupados informales</i>
Empleo en el sector formal	<ul style="list-style-type: none"> •Asalariados registrados en la seguridad social trabajando en el sector privado formal •Asalariados registrados del sector público •No asalariados del sector formal 	<ul style="list-style-type: none"> •Asalariados no registrados en la seguridad social trabajando en el sector privado formal •Asalariados no registrados del sector público
Empleo en el sector informal	<ul style="list-style-type: none"> •Asalariados registrados en la seguridad social trabajando en el sector privado informal 	<ul style="list-style-type: none"> •Asalariados no registrados en la seguridad social trabajando en el sector privado informal •No asalariados del sector informal •Trabajadores familiares sin remuneración

Fuente: elaboración propia .

Segmentación salarial asociada a la informalidad

El concepto de segmentación en el mercado de trabajo refiere a las diferencias salariales no explicadas por las características individuales del trabajador, sino asociadas a ciertos atributos del puesto de trabajo. En este documento adoptaremos este concepto para indagar en qué medida la informalidad es fuente de segmentación: si dos trabajadores con iguales atributos personales obtienen salarios diferentes por ser uno formal y el otro informal.

En el modelo básico de la teoría del capital humano en un contexto de competencia se plantea que los salarios se determinan a partir de la productividad de las personas, la cual, a su vez, se relaciona directamente con el nivel de calificaciones específicas y generales del individuo. Por lo tanto, son estos atributos los únicos que pueden explicar las diferencias salariales observadas entre los trabajadores. Sin embargo, se postula, la presencia de ciertas instituciones laborales o restricciones a la movilidad de los trabajadores hacen que las premisas básicas de este modelo no se cumplan generando diferencias salariales no explicadas por las características personales de los ocupados. En particular, el diferente poder de negociación de ciertos

sindicatos con relación a otros puede generar brechas salariales entre trabajadores que poseen iguales calificaciones.

La existencia de informalidad en cualquiera de sus dos versiones es consistente tanto con una situación de segmentación laboral como de ausencia de ella. Por ejemplo, en la visión «productiva» podría argumentarse que en ausencia de restricciones a la competencia la presencia de un excedente laboral que no logra insertarse en el sector formal y lo hace en el sector informal con niveles de productividad más bajos generaría una reducción global de salarios, tanto en el sector formal como en el informal. Desde el enfoque legal también es posible observar informalidad sin segmentación si los asalariados del sector formal e informal terminan obteniendo iguales retribuciones netas aun cuando en el segundo caso los empleadores cumplan con los costos asociados a la regulación laboral.

Por el contrario, existen otros argumentos que dan cuenta de la existencia de segmentación asociada a la presencia de informalidad. Uno de ellos plantea que los establecimientos más pequeños —típicos del sector informal— operan con niveles de productividad más bajos lo que puede redundar en remuneraciones promedio más reducidas. Similar situación podría verificarse en aquellos casos donde el incumplimiento de las normas laborales y tributarias hace que las firmas trabajen con menores niveles de eficiencia y de productividad lo que también derivaría en menores salarios con relación a los de los trabajadores formales (Beccaria y Groisman, 2008).

Sin embargo, la mera existencia de diferenciales de productividad no explica necesariamente las brechas salariales. Es necesario explicar por qué algunos empleadores estarían dispuestos a pagar salarios más elevados que lo que se remunera en otras firmas. En este sentido, desde la hipótesis de salarios de eficiencia puede plantearse que ello se debe a la necesidad de reducir la rotación del personal o generar incentivos para incrementar el esfuerzo de los trabajadores. En la medida en que las empresas del sector formal de la economía utilicen con mayor intensidad que las informales el salario como instrumento para evitar la rotación laboral o para incentivar el esfuerzo de los trabajadores ello puede ser una fuente adicional de segmentación. Al mismo tiempo, la existencia de mercados internos de trabajo en empresas del sector formal puede aislar la competencia externa que enfrentan los trabajadores del sector informal, especialmente aquellos de menores niveles educativos, con la consecuente aparición de una brecha salarial.

Desde el «enfoque legal» puede plantearse que el cumplimiento de las normas laborales afecta no solo los costos laborales totales sino también los salarios netos pagados a los trabajadores. Ejemplos de

ello son el impacto que el salario mínimo, las negociaciones colectivas y los sindicatos pueden tener en la determinación salarial. En la medida en que ciertos trabajadores estén amparados por la legislación laboral mientras que otros no, ello podrá ser otro factor adicional de diferencias salariales.

Por último, si existe superposición entre ambos criterios donde las unidades informales son las que presentan mayor grado de incumplimiento en la normativa laboral, los argumentos mencionados para explicar la presencia de segmentación se complementan. Por ejemplo, un trabajador con ciertas características personales desarrollándose en un establecimiento productivo pequeño podrá recibir un salario más bajo que otro con iguales atributos trabajando en una empresa de mayor tamaño tanto por los menores niveles de productividad como por el incumplimiento, por ejemplo, de la institución del salario mínimo o de las negociaciones colectivas.

Sin embargo, un requisito indispensable para que se manifiesten estos resultados es la presencia de un importante déficit en la generación de puestos formales o en el sector formal de la economía que induzca a los trabajadores a aceptar remuneraciones más bajas o condiciones más precarias de empleo. La inexistencia o debilidad de los mecanismos de protección social —como sucede, en mayor o menor medida, en los países de América Latina— favorecen este tipo de comportamientos.

Metodología de estimación de las brechas salariales

Con el objetivo de evaluar en qué medida la informalidad tiene un poder explicativo independiente en la determinación salarial —hipótesis de segmentación salarial asociada a la informalidad—, se aplicarán tres métodos econométricos diferentes de modo de otorgar mayor robustez a los resultados obtenidos². La variable dependiente en todas estas regresiones es el logaritmo del salario horario. A continuación se detalla cada uno de ellos.

1. En primer lugar, se estima el diferencial salarial entre formales e informales a partir del uso de ecuaciones mincerianas estimadas por el método de Mínimos Cuadrados Ordinarios. Este es el enfoque usual para evaluar el efecto de una variable independiente sobre los ingresos laborales, una vez que se controla por el resto

2 Por razones de espacio solo se presentarán las estimaciones realizadas utilizando el enfoque legal de la informalidad laboral y exclusivamente para los trabajadores asalariados. O sea, se estarán midiendo las brechas salariales existentes entre asalariados registrados y no registrados en la seguridad social.

de las características personales y del puesto de trabajo. En el caso que nos interesa aquí, el coeficiente que acompaña a la variable que identifica a la informalidad cuantifica el impacto independiente que esta dimensión tiene en la determinación salarial. Estas estimaciones son corregidas por el posible sesgo de selección muestral usando el método de Heckman en dos etapas.

2. No obstante el amplio uso del Método de Mínimos Cuadrados Ordinarios para la estimación de las brechas salariales, a partir de este método solo es posible estimar el impacto de las covariables en el centro de la distribución condicional. Por lo tanto, resulta de interés conocer, adicionalmente, el impacto que las variables independientes tienen a lo largo de toda la distribución condicional del ingreso. Para ello se aplicará el método de Regresión por cuantiles a partir del cual es posible verificar si las brechas de salarios entre formales e informales se mantienen constantes, crecen o disminuyen a lo largo de la distribución condicional de salarios (Koenker y Basset, 1978).
3. Por último, el método de descomposición de Oaxaca-Blinder permite descomponer la diferencia salarial promedio entre estos dos conjuntos de trabajadores en tres efectos: «efecto características» que mide cuánto de dicha brecha se explica por el diferente vector de atributos que presenta cada uno de ellos; «efecto retorno» el cual cuantifica el impacto de los diferenciales en el retorno a dichas características y, por último, el «efecto interacción» entre ambos factores. La hipótesis de segmentación asociada a la informalidad laboral se verifica si el segundo efecto resulta estadísticamente significativo y negativo lo cual indicaría que, a igualdad de otros atributos personales y del puesto de trabajo, un trabajador informal recibe un menor salario que un trabajador formal.

Fuentes de información

Las fuentes de información a utilizar son los microdatos de las encuestas a hogares realizadas regularmente por los Institutos Nacionales de Estadísticas y otros organismos públicos de cada uno de los países bajo estudio. A continuación se detalla cada encuesta y el año al que corresponde cada una de ellas.

- Argentina. *Encuesta Permanente de Hogares (EPH)*. Año 2012.
- Bolivia. *Encuesta de Hogares*. Año 2009.
- Brasil. *Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios (PNAD)*. Año 2009.
- Chile. *Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN)*. Año 2009.
- Costa Rica. *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*. Año 2008.
- Ecuador. *Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo (ENEMDU)* Año 2009.
- El Salvador. *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*. Año 2008.

- México. *Encuesta de Ingresos y Gastos de los Hogares*. Año 2008.
- Paraguay. *Encuesta Permanente de Hogares*. Año 2009.
- Perú. *Encuesta Nacional de Hogares sobre Condiciones de Vida y Pobreza (ENAHO)*. Año 2009.
- Uruguay. *Encuesta Continua de Hogares*. Año 2012.

Se llevó a cabo un exhaustivo análisis de consistencia de los datos de modo de lograr comparabilidad entre los resultados. En todos los casos se está trabajando con las remuneraciones de la ocupación principal, donde se incluyen similares conceptos salariales en todos los países. Dado que algunas encuestas, como por ejemplo la de Argentina, no cubren el área rural, el análisis se restringió al área urbana de cada país. Aquellos individuos que no reportaron información en alguna de las variables utilizadas fueron excluidos del análisis. Asimismo, si bien las preguntas incluidas en estos relevamientos que son usadas aquí para captar una relación laboral asalariada informal pueden ser diferentes entre los países, consideramos que las mismas permiten identificar de manera apropiada aquellos casos donde el trabajador no está protegido por las instituciones y normas laborales. Es por ello que se considera que la variabilidad de los resultados entre países no estará mayormente afectada por una diferente captación de las variables utilizadas, sino que reflejan heterogeneidades en el funcionamiento del mercado de trabajo.

Informalidad laboral en América Latina: incidencia y características

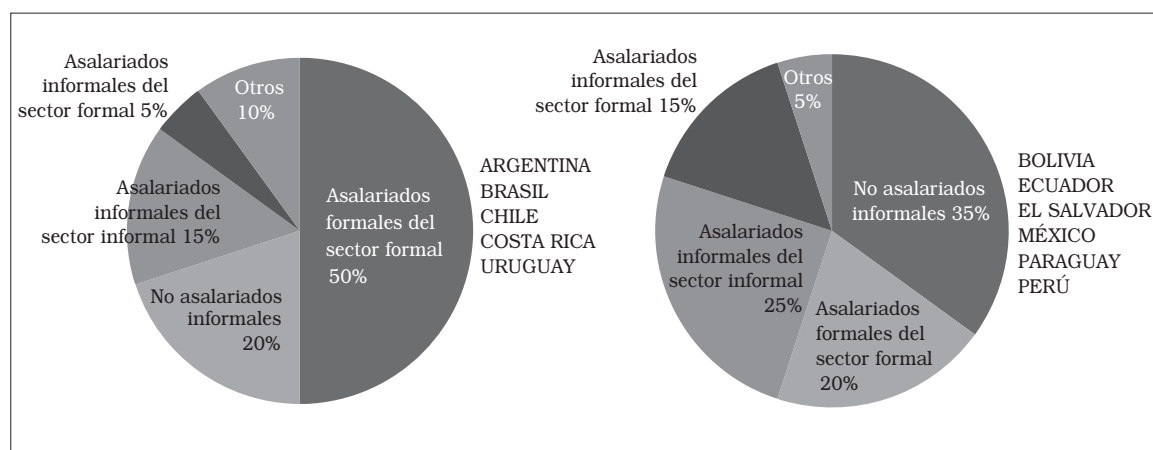
El objetivo de esta sección es presentar un panorama general acerca de la importancia y las características que adopta la informalidad laboral en América Latina.

Como se observa en el gráfico 1, es posible diferenciar dos conjuntos de países con estructuras de empleo bien diferenciadas. El primer grupo está compuesto por Argentina, Brasil, Chile, Costa Rica y Uruguay, mientras que el segundo agrupa a Bolivia, Ecuador, El Salvador, México, Paraguay y Perú. En el primer grupo, los asalariados formales del sector formal constituyen el conjunto más numeroso, concentrando alrededor del 50% del total del empleo urbano, seguido por los no asalariados informales, quienes representan alrededor de un 20% adicional.

Este grupo de trabajadores pasa a ser el más importante numéricamente en el segundo conjunto de países, donde agrupa a más de un tercio del total de los ocupados. En su gran mayoría son cuenta-propistas no profesionales. Por el contrario, los asalariados formales

del sector formal solo explican un 20% adicional del empleo, o sea, 30 puntos porcentuales menos que en el primer grupo de países. Por último, los asalariados informales (trabajando en el sector formal o informal) constituyen otro grupo de gran importancia en el segundo conjunto de países, agrupando al 40% del total de los ocupados. En el primer grupo de países, esta cifra se reduce a la mitad.

Gráfico 1. Composición del empleo en América Latina

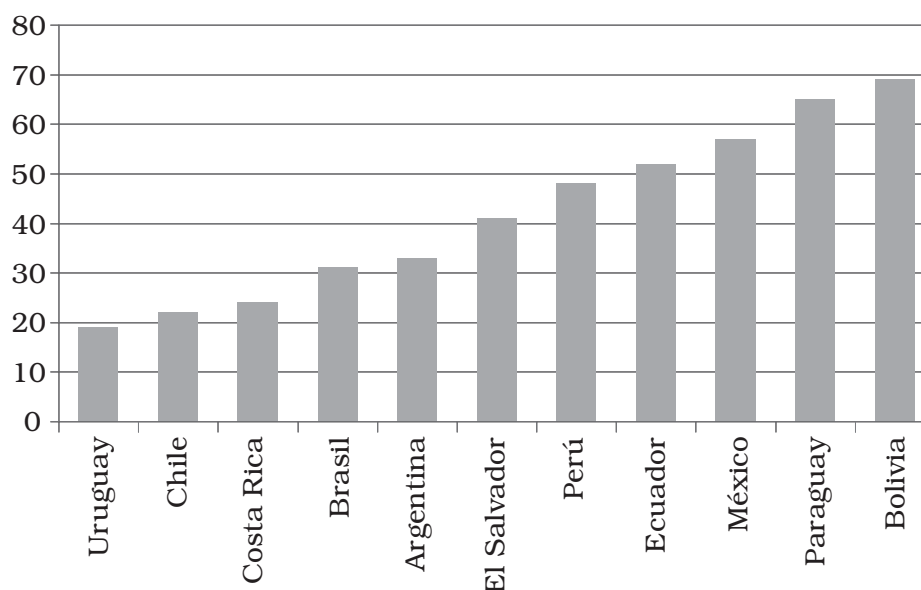


Fuente: elaboración propia con base en las encuestas de hogares

Por lo tanto, este primer panorama pone en evidencia la fuerte heterogeneidad en cuanto a la composición del empleo que exhiben los países de la región. Sin embargo, al mismo tiempo, es posible observar que detrás de estas diferencias el empleo informal y el empleo en el sector informal representan individualmente más del 30% del total del empleo en todos los países bajo estudio (véase tabla A1 del anexo). En un extremo se ubican Bolivia y Paraguay, donde el empleo en el sector informal (incluyendo servicio doméstico) concentra alrededor del 65% de la fuerza de trabajo mientras que el empleo informal alcanza al 80% de los trabajadores. En el otro extremo se encuentran Chile, Uruguay y Costa Rica, donde estas cifras se reducen al 34% y 40%, respectivamente.

Asimismo, tal como se observa en el gráfico 2, el porcentaje de asalariados no registrados en la seguridad social (informales) en el total del empleo en relación de dependencia es elevado en todos los casos, registrando un mínimo en Uruguay (19%) y un máximo en Bolivia (69%).

Gráfico 2. Proporción de asalariados no registrados en el total del empleo asalariado



Fuente: elaboración propia con base en las encuestas a hogares

Al mismo tiempo, entre un 25% y 40% de los trabajadores de la región se desempeñan como trabajadores independientes. Por lo tanto, informalidad y trabajo no asalariado claramente reducen el alcance de las instituciones laborales y de las políticas del mercado de trabajo. Esta elevada incidencia de la informalidad laboral en América Latina también fue señalada en otros estudios para la región (Weller y Roethlisberger, 2011; Maurizio, 2013; Tornarolli *et al.*, 2012). El primero de estos estudios enfatiza en la noción de que tener un empleo no asegura la satisfacción de las necesidades básicas de los individuos. Es la tenencia de un empleo de calidad la que permite, con mayores probabilidades, alcanzar este objetivo. A su vez, la obtención de un empleo de este tipo depende, entre otros factores, del contexto macroeconómico y de la fortaleza y alcance de las instituciones laborales. El segundo estudio focaliza especialmente en el proceso de formalización en Argentina y Brasil destacando también el rol del contexto macroeconómico en combinación con políticas que incentivaron la creación de puestos formales y el mayor control del cumplimiento de la normativa laboral en ambos países. Por su parte, Tornarolli *et al.* (2012) también señalan la importancia de la informalidad en los mercados de trabajo de la región, si bien con una alta heterogeneidad entre países.

En la tabla A2 del anexo, también se evidencia una clara correlación entre ser un asalariado informal y desempeñarse en el sector informal de la economía. Esto sugiere el carácter precario de los

puestos generados en este sector, donde probablemente la combinación de baja productividad y no cumplimiento de las normas salariales derive en bajos salarios promedio. Sin embargo, lo que resulta también relevante es que entre el 30% y 60% de los asalariados no registrados en la seguridad social se desempeñan en el sector formal, o sea, en establecimientos de más de 5 ocupados lo que sugiere que en la región aún existe capacidad para reducir fuertemente los niveles de precariedad laboral a través de la inspección y mayor control laboral.

Con relación a la composición de la informalidad, aparecen algunos patrones comunes en los países bajo estudio (tabla A3 del anexo). En todos los casos, se observa entre los trabajadores informales una muy elevada proporción de aquellos que no finalizaron el nivel educativo medio, siendo estos porcentajes significativamente más elevados que los que esta categoría de trabajadores exhibe en el total del empleo.

Las mujeres también se encuentran sobrerrepresentadas en la informalidad, con la excepción de Argentina, México y Uruguay, donde existe cierto balance entre ambos sexos. La menor incidencia de la formalidad entre las mujeres, por el contrario, es particularmente evidente, por ejemplo, en Perú donde mientras los hombres concentran alrededor de la mitad de los puestos informales, su participación se eleva al 63% en las ocupaciones formales. En Paraguay, Bolivia y El Salvador, la brecha de informalidad en contra de las mujeres es también muy significativa.

Una situación similar se observa en el caso de los jóvenes entre los cuales el porcentaje de puestos informales es significativamente más elevado que su participación en el empleo total (con la única excepción de Costa Rica). Asimismo, en la gran mayoría de los casos los trabajadores mayores de 45 años también están sobrerrepresentados en la informalidad. En el caso de los asalariados, ello puede tener que ver con la presencia de trabajadores que superan la edad de retiro y que permanecen trabajando en la informalidad debido a la falta de acceso a una jubilación.

Por lo tanto, es posible concluir que entre los individuos menos educados, los jóvenes o adultos mayores, y entre las mujeres la incidencia de la informalidad supera ampliamente la registrada para el resto de los trabajadores. Esta estructura diferencial del empleo sugiere *a priori* que los trabajadores informales obtendrán menores salarios promedio debido al vector de características personales que usualmente son menos remuneradas. O sea, habría un «efecto composición» en contra de los informales. Sin embargo, en la sección siguiente se trata de evaluar si, además de este factor, los asalariados

informales obtienen, a igualdad de otros atributos, menores remuneraciones que los trabajadores formales.

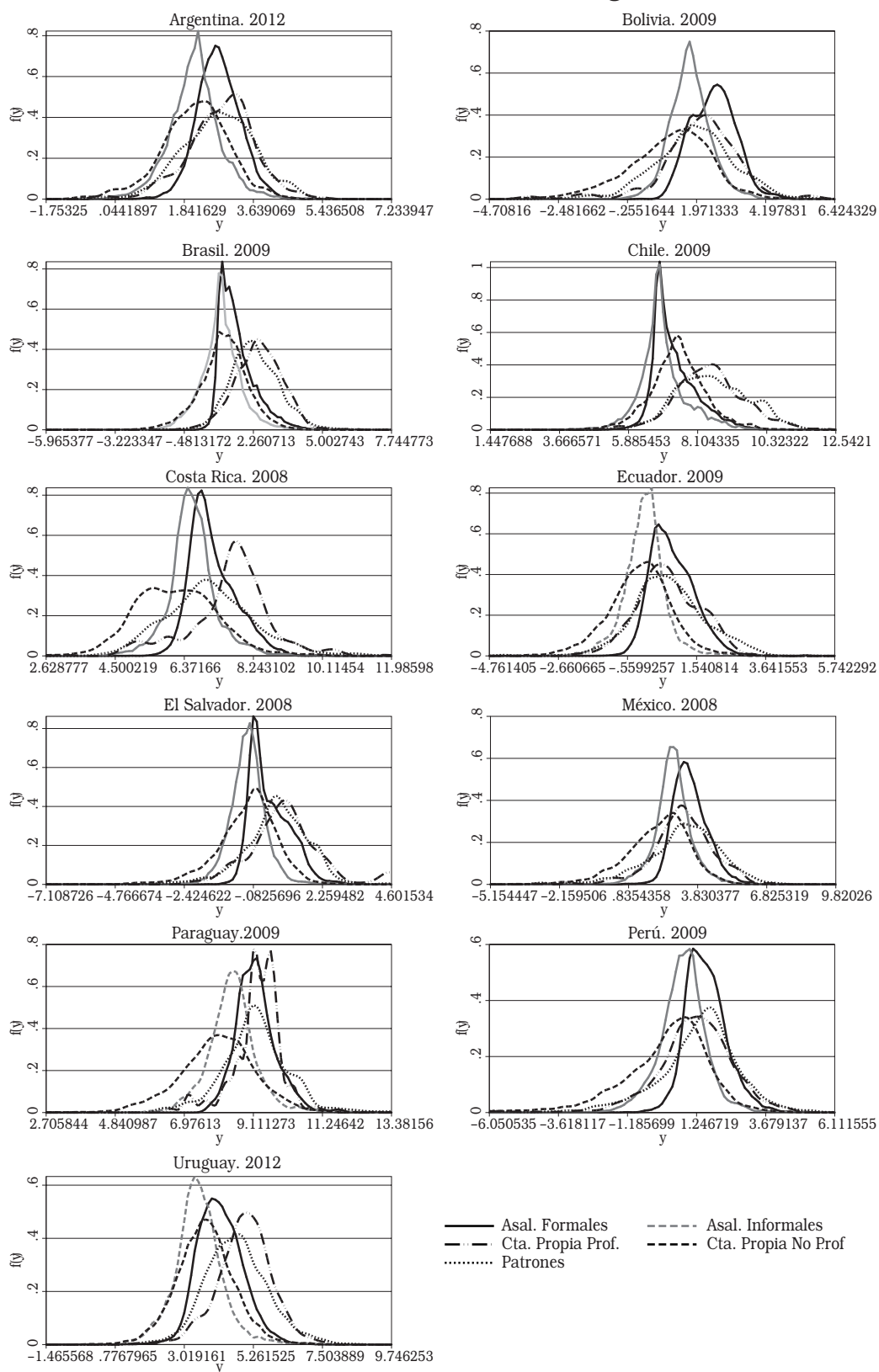
Resultados econométricos

Luego de haber evaluado la importancia relativa que el empleo informal y en el sector informal tienen en los países bajo estudio y la composición de cada uno de ellos, esta sección presenta los resultados que surgen de los ejercicios econométricos que intentan evaluar la presencia del fenómeno de segmentación salarial asociada a la informalidad. Ello implica encontrar en las regresiones un efecto independiente significativo de la informalidad sobre los salarios. En primer lugar se analizan estadísticamente los resultados de las estimaciones por el método de Heckman en dos etapas y luego los correspondientes al método de Regresión por cuantiles condicionados. Por último, se presenta la descomposición de Oaxaca-Blinder.

Sin embargo, antes de comenzar con el análisis de las regresiones resulta interesante mostrar las funciones de densidad de Kernel para el logaritmo de los ingresos horarios, diferenciando entre los asalariados formales, informales, cuentapropistas profesionales, no profesionales y patronos (gráfico 3).

En todos los casos resulta muy notorio el corrimiento hacia la izquierda de la función correspondiente a los asalariados no registrados con relación a los asalariados formales. Más aún, en muchos casos los no registrados constituyen el grupo con menores salarios horarios medios. En otros (como, por ejemplo, en México y Costa Rica), este lugar lo ocupan los cuentapropistas no profesionales.

Gráfico 3. Funciones de densidad de Kernel de los ingresos laborales horarios



Fuente: elaboración propia con base en las encuestas a hogares

Por otro lado, como era esperable, en todo los casos los patrones perciben los salarios medios más elevados, seguidos por los trabajadores cuentapropistas profesionales (excepto en Argentina y El Salvador donde estas posiciones se invierten).

Finalmente, en todos los países, salvo en Chile, los asalariados formales se ubican en la parte central de la distribución, con salarios más elevados que los de los asalariados informales y los cuentapropistas no profesionales pero inferiores a los obtenidos, en promedio, por los trabajadores por cuenta propia profesionales y patrones.

Por lo tanto, un hecho estilizado importante refiere a las importantes diferencias salariales que se observan dentro del conjunto de los asalariados (los cuales representan la parte mayoritaria del empleo, aun en aquellos países con elevada incidencia de las actividades independientes). Sin embargo, hasta aquí no es posible afirmar que estas brechas reflejen un fenómeno de segmentación salarial asociado a la informalidad porque, a priori, estas podrían estar explicadas, como ya se mencionó, por los atributos de los trabajadores y por otras características del puesto. Es por ello que resulta importante recurrir a otros procedimientos que permitan identificar el efecto independiente que la informalidad tiene sobre los salarios.

En la tabla A4 del anexo, se presentan las brechas salariales que surgen de las estimaciones realizadas por el método de Heckman en dos etapas para el conjunto de los asalariados. En particular, estos valores corresponden a los coeficientes de las variables *dummy* que identifican la informalidad en las ecuaciones de ingresos, donde la variable dependiente es el logaritmo del ingreso horario.

Allí se observa una «penalidad» salarial asociada a la informalidad que resulta estadísticamente significativa y numéricamente importante en todos los países. Ello evidencia que, a igualdad de otras características, los trabajadores informales experimentan una reducción importante en sus salarios en comparación con los trabajadores formales. Sin embargo, la magnitud de la brecha difiere según el país. Específicamente, la brecha salarial es de alrededor del 34% en Argentina y Ecuador, del 28% en Uruguay y de aproximadamente el 20% en el resto de los casos.

Como fue mencionado, a partir de este método se estiman los efectos de las covariables solo en el centro de la distribución condicional de ingresos. Por lo tanto, resulta de interés conocer, adicionalmente, el impacto que ellas tienen a lo largo de dicha distribución. El método de Regresión por cuantiles permite evaluar si la brecha promedio entre formales e informales es la misma que la que se observa en la parte inferior y en la parte superior de la distribución.

Los resultados de esta estimación se presentan en la tabla A5 del anexo. Los mismos resultan muy interesantes porque sugieren que la penalidad salarial no se mantiene constante sino que es mayor en el extremo inferior y que se va reduciéndose conforme se avanza en la distribución condicional de salarios. Focalizando en la parte baja de la distribución, se observa que las brechas son más elevadas en Argentina, en Brasil y en Uruguay, que en el resto de los países, donde la penalidad asciende al 40%/50%. Ello podría estar explicado, al menos en parte, por el efecto de ciertas instituciones laborales como, por ejemplo, el salario mínimo. En la medida en que este es «operativo» y solo afecta a los ingresos bajos de los trabajadores formales, puede generar una brecha entre estos y los asalariados informales de menores remuneraciones. En los tres países mencionados, esta institución ha experimentado una fuerte recuperación como instrumento de política salarial en el último decenio (Keifman y Maurizio, 2012). Por otro lado, que la brecha sea mayor en el extremo inferior de la distribución refuerza la idea de que la informalidad pueda estar asociada estrechamente con la pobreza.

Asimismo, en todos los países se observan patrones muy interesantes a partir de la descomposición de los ingresos horarios que surge de aplicar el procedimiento de Oaxaca-Blinder. Primero, en todos los casos la diferencia total de ingresos medios es significativamente mayor que las encontradas en las regresiones anteriores. Segundo, cuando se descompone esta diferencia en los tres componentes se observa que en todos los casos el «efecto retorno» es estadísticamente significativo y negativo. Por lo tanto, nuevamente se está en presencia del fenómeno de segmentación.

Por otro lado, también resulta significativo y negativo el «efecto características» el cual, en casi la totalidad de los casos, resulta ser el factor que explica la mayor parte de la brecha salarial. Ello refleja el hecho de que los trabajadores formales tienen un vector de características más favorable que los informales, tal como se mostró en la sección anterior. En particular, allí se observaba que los asalariados registrados exhiben un mayor nivel educativo, se encuentran en edades centrales y presentan una menor participación de mujeres las cuales suelen ser discriminadas en el mercado de trabajo y, por ende, recibir un salario menor que los varones a igualdad de otros atributos. Por lo tanto, las diferencias totales de ingresos entre formales e informales se explican no solo porque aquellos tienen un mejor vector de atributos sino, también, porque la retribución a los características es más elevada en ese caso que en el caso de los informales.

Por lo tanto, las diferentes estimaciones realizadas dan cuenta la existencia de brechas salariales significativas a favor de la formalidad

que no están completamente explicadas por las diferencias de atributos observadas. Estos resultados parecen ser robustos a las diferentes metodologías de estimación aplicadas. Ello nos permite concluir que efectivamente existe segmentación salarial asociada a la informalidad en todos los países de América Latina analizados. A su vez, estos resultados son consistentes con los obtenidos en otros estudios previos para la región (Tannuri-Pianto y Pianto, 2002; Beccaria y Groisman, 2008; Maurizio, 2012; Tornarolli *et al.*, 2012, entre otros).

Sin embargo, se suele argumentar que estos resultados podrían estar afectados por variables no observables y, por ende, no incluidas en las regresiones. Podría suceder, por ejemplo, que existan otras ventajas no monetarias que compensen los menores salarios asociados a la informalidad haciendo más atractivos este tipo de puestos de trabajo para ciertos individuos. Sin embargo, dado que, como muestran algunos estudios, existe un vínculo estrecho entre pobreza e informalidad, los argumentos que sugieren que la informalidad sería una decisión voluntaria por parte de los trabajadores no parecen ser válidos para explicar en su totalidad este fenómeno en la región (Deviciente *et al.*, 2009; Beccaria y Maurizio, 2011; Jütting y de Laiglesia, 2009; Kucera y Roncolato, 2008; Maurizio, 2012). Por el contrario, los elevados niveles de desempleo y precariedad que experimentan estos países sugieren que la inserción en la informalidad es la única opción laboral para un conjunto significativo de los trabajadores.

Reflexiones finales

El objetivo de este documento ha sido indagar acerca de la incidencia y características de la informalidad laboral, y de sus vinculaciones con la segmentación salarial en América Latina.

Se mostró que la informalidad (en sus dos versiones) es un fenómeno altamente relevante en los mercados de trabajo de la región, si bien su importancia difiere entre países. La informalidad no se distribuye aleatoriamente entre la población ocupada. Por el contrario, los más jóvenes, los adultos mayores, las mujeres y los menos calificados se insertan con mayor probabilidad en puestos informales que el resto de los ocupados.

Al mismo tiempo, se verificó que la informalidad es fuente de menores ingresos, aun controlando por un conjunto extenso de características personales y del puesto de trabajo. Específicamente, la brecha salarial promedio es de alrededor del 34% en Argentina y Ecuador, del 28% en Uruguay y de aproximadamente el 20% en el resto de los casos. Sin embargo, la penalidad no se mantiene constante sino que es mayor en el extremo inferior y se va reduciéndose conforme se avanza

en la distribución condicional de salarios. Ello sugiere, por lo tanto, la presencia de segmentación salarial en los mercados laborales de la región. De esta manera, estos hallazgos resultan complementarios a aquellos estudios que focalizan exclusivamente en las brechas según nivel educativo y muestran que no solo las características de la oferta de trabajo determinan los salarios sino que también las condiciones del puesto de trabajo, en este caso si el mismo es formal o informal, intervienen en la determinación salarial de una manera significativa.

Los resultados obtenidos sugieren, por lo tanto, la necesidad de llevar adelante diferentes tipos de políticas que intenten reducir la incidencia del empleo informal y del empleo en el sector informal. Ello requiere de una combinación de políticas tales como la inspección laboral, aquellas tendientes a incrementar los niveles de eficiencia y productividad del aparato productivo y de dispositivos que actúen sobre el lado de la oferta del mercado de trabajo a través de programas de entrenamiento y calificación profesional.

Por otro lado, a diferencia de los países desarrollados, en América Latina el alcance y cobertura de los seguros de desempleo ha sido históricamente reducido. Aun en los pocos países que cuentan con esquemas de este tipo (Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Uruguay y Venezuela) se registran bajas tasas de cobertura entre la población desocupada. Ello se debe, fundamentalmente, a los elevados índices de precariedad laboral, los reducidos índices de registración, la alta inestabilidad ocupacional y, quizá en menor medida que en Europa, al desempleo de larga duración. Por lo tanto, resulta fundamental avanzar en la puesta en marcha de alguna clase de beneficio a los desocupados, especialmente para aquellos provenientes de puestos informales, de modo de dar sustento financiero a la búsqueda de un empleo de mejores características.

Por lo tanto, en la medida en que se cree suficiente cantidad de puestos de trabajo y, especialmente, trabajo decente que generen ingresos suficientes, y en la medida en que exista un seguro de desempleo que permita sostener una búsqueda activa de empleo por parte de los desempleados, la necesidad de los miembros de los hogares pobres a aceptar rápidamente empleos precarios y de bajos salarios va a disminuir, reduciendo con ello los flujos hacia la informalidad.

Finalmente, todas estas medidas deben ser enmarcadas en una estrategia de desarrollo económico de largo plazo que apunte a aumentar la eficiencia sistémica del aparato productivo en estos países, a reducir la heterogeneidad estructural, a incentivar la demanda de empleo, a incrementar los ingresos laborales medios y a reducir las brechas salariales.

Anexo

Tabla A1. Composición del empleo en América Latina: incidencia de la informalidad laboral

<i>Categorías ocupacionales</i>	<i>Argentina</i>	<i>Bolivia</i>	<i>Brasil</i>	<i>Chile</i>	<i>Costa Rica</i>	<i>Ecuador</i>	<i>El Salvador</i>	<i>México</i>	<i>Paraguay</i>	<i>Perú</i>	<i>Uruguay</i>
No asalariados formales	5%	3%	2%	5%	4%	3%	2%	4%	3%	6%	4%
No asalariados informales	18%	36%	23%	21%	21%	30%	29%	16%	31%	31%	21%
Asal. formales en el sector formal	45%	15%	43%	51%	51%	26%	34%	30%	19%	27%	52%
Asal. informales en el sector formal	9%	16%	9%	9%	7%	14%	8%	20%	15%	12%	4%
Asal. formales en el sector informal	5%	0%	5%	4%	5%	2%	2%	3%	2%	2%	4%
Asal. informales en el sector informal	10%	16%	8%	4%	7%	14%	13%	19%	16%	10%	5%
Servicio doméstico formal	1%	0%	2%	2%	1%	1%	0%	0%	0%	0%	4%
Servicio doméstico informal	6%	3%	6%	3%	4%	3%	4%	5%	9%	4%	5%
Trab. fliares sin remuneración	1%	10%	2%	0%	1%	6%	7%	4%	5%	6%	1%
<i>Empleo Total</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>	<i>100%</i>
Empleo en el sector informal (incluye serv. doméstico)	41%	65%	46%	34%	39%	57%	56%	46%	63%	55%	40%
Empleo informal (incluye serv. doméstico)	44%	81%	47%	38%	40%	68%	62%	63%	76%	64%	36%
% Asal. informales en el empleo asalariado	33%	69%	31%	22%	24%	52%	41%	57%	65%	48%	19%

Fuente: elaboración propia con base en las encuestas a hogares

Tabla A2. Distribución de asalariados formales e informales en el sector formal e informal de la economía

	<i>Asalariados formales</i>		<i>Asalariados informales</i>	
	<i>Sector formal</i>	<i>Sector informal</i>	<i>Sector formal</i>	<i>Sector nformal</i>
Argentina	88.0	12.0	37.6	62.4
Bolivia	96.9	3.1	46.2	53.8
Brasil	84.6	15.4	38.4	61.6
Chile	89.1	10.9	57.7	42.3
Costa Rica	90.1	9.9	39.1	60.9
Ecuador	91.9	8.1	43.4	56.6
El Salvador	94.9	5.1	32.2	67.8
México	91.7	8.3	45.7	54.3
Paraguay	90.7	9.3	37.3	62.7
Perú	91.5	8.5	45.4	54.6
Uruguay	86.5	13.5	29.0	71.0

Fuente: elaboración propia con base en las encuestas a hogares

Tabla A3. Características del empleo informal en América Latina

Características	<i>Argentina</i>			<i>Bolivia</i>			<i>Brasil</i>		
	Formal	Informal	Total	Formal	Informal	Total	Formal	Informal	Total
Hombre	58%	60%	59%	61%	54%	55%	57%	56%	56%
Años de educación (promedio)	13.9	11.1	12.6	14.3	9.1	10.1	11.2	8.4	9.9
Edad (promedio)	39.7	39.7	39.7	39.9	35.8	36.5	36.2	38.0	37.0
Características	<i>Chile</i>			<i>Costa Rica</i>			<i>Ecuador</i>		
	Formal	Informal	Total	Formal	Informal	Total	Formal	Informal	Total
Hombre	61%	56%	59%	59%	57%	58%	60%	58%	58%
Años de educación (promedio)	13.4	11.0	12.6	11.2	8.2	10.0	13.5	9.0	10.4
Edad (promedio)	39.7	43.0	40.9	36.3	39.7	37.7	40.0	39.7	39.8
Características	<i>El Salvador</i>			<i>México</i>			<i>Paraguay</i>		
	Formal	Informal	Total	Formal	Informal	Total	Formal	Informal	Total
Hombre	58%	51%	54%	60%	60%	60%	64%	56%	58%
Años de educación (promedio)	11.8	6.5	8.5	11.8	8.2	9.5	13.1	8.9	9.9
Edad (promedio)	36.1	38.3	37.5	37.3	37.4	37.4	37.0	36.3	36.5
Características	<i>Perú</i>			<i>Uruguay</i>					
	Formal	Informal	Total	Formal	Informal	Total			
Hombre	63%	50%	55%	54%	54%	54%			
Años de educación (promedio)	15.1	10.6	12.2	12.0	9.3	11.0			
Edad (promedio)	39.8	37.5	38.3	39.9	42.7	40.9			

Fuente: elaboración propia con base en las encuestas a hogares

Tabla A4. Ecuaciones de salarios. Método de Heckman en 2 etapas

<i>Argentina</i>	<i>Bolivia</i>	<i>Brasil</i>	<i>Chile</i>	<i>Costa Rica</i>	<i>Ecuador</i>
-0.423***	-0.267***	-0.280***	-0.257***	-0.206***	-0.412***
[0.0100]	[0.0318]	[0.00392]	[0.00519]	[0.0134]	[0.0124]
<i>El Salvador 2008</i>	<i>México</i>	<i>Paraguay</i>	<i>Perú</i>	<i>Uruguay</i>	
-0.210***	-0.260***	-0.275***	-0.246***	-0.325***	
[0.0114]	[0.00801]	[0.0276]	[0.0135]	[0.00873]	

Error estandar entre paréntesis

* p<0.1, ** p<0.05, *** p<0.01

Fuente: elaboración propia con base en las encuestas a hogares

Tabla A5. Ecuaciones de salarios. Método de Regresión por cuantiles condicionados

	q10	q25	q50	q75	q90
<i>Argentina</i>	-0.582***	-0.489***	-0.395***	-0.319***	-0.267***
	[0.0511]	[0.0268]	[0.0198]	[0.00187]	[0.00432]
<i>Bolivia</i>	-0.280***	-0.291***	-0.243***	-0.226***	-0.265***
	[0.0286]	[0.00213]	[0.0562]	[0.0272]	[0.0220]
<i>Brasil</i>	-0.651***	-0.348***	-0.231***	-0.181***	-0.136***
	[0.00117]	[0.00357]	[0.00149]	[0.000627]	[0.00724]
<i>Chile</i>	-0.477***	-0.261***	-0.134***	-0.121***	-0.126***
	[0.0173]	[0.00607]	[0.00440]	[0.00848]	[0.00654]
<i>Costa Rica</i>	-0.313***	-0.235***	-0.182***	-0.146***	-0.108***
	[0.0152]	[0.0108]	[0.00886]	[0.00706]	[0.0266]
<i>Ecuador</i>	-0.547***	-0.432***	-0.356***	-0.323***	-0.317***
	[0.0251]	[0.0107]	[0.00275]	[0.00658]	[0.0174]
<i>El Salvador</i>	-0.356***	-0.256***	-0.176***	-0.157***	-0.140**
	[0.0209]	[0.00676]	[0.0106]	[0.0191]	[0.0612]
<i>México</i>	-0.361***	-0.263***	-0.223***	-0.219***	-0.191***
	[0.0132]	[0.00336]	[0.00172]	[0.000227]	[0.00656]
<i>Paraguay</i>	-0.379***	-0.308***	-0.230***	-0.224***	-0.199***
	[0.0534]	[0.0625]	[0.0302]	[0.00854]	[0.0589]
<i>Perú</i>	-0.276***	-0.224***	-0.231***	-0.234***	-0.256***
	[0.0127]	[0.00248]	[0.00745]	[0.0117]	[0.00316]
<i>Uruguay</i>	-0.564***	-0.380***	-0.285***	-0.215***	-0.169***
	[0.0134]	[0.000716]	[0.000109]	[0.00819]	[0.0111]

Error estandar entre paréntesis

* p<0.1, ** p<0.05, *** p<0.01

Fuente: elaboración propia con base en las encuestas a hogares

Tabla A6. Descomposición de Oaxaca-Blinder

Descomposición	Argentina	Bolivia	Brasil	Chile	Costa Rica	Ecuador
Diferencia promedio	-0.753***	-0.773***	-0.606***	-0.388***	-0.528***	-0.896***
	[0.0106]	[0.0300]	[0.00459]	[0.00623]	[0.0115]	[0.0106]
Efecto Características	-0.284***	-0.488***	-0.391***	-0.174***	-0.301***	-0.415***
	[0.0151]	[0.0324]	[0.00494]	[0.00568]	[0.0189]	[0.0165]
Efecto Retorno	-0.375***	-0.218***	-0.343***	-0.247***	-0.234***	-0.382***
	[0.0122]	[0.0658]	[0.00455]	[0.00556]	[0.0126]	[0.0178]
Efecto Interacción	-0.0948***	-0.0669	0.128***	0.0332***	0.00665	-0.0993***
	[0.0163]	[0.0679]	[0.00491]	[0.00498]	[0.0197]	[0.0222]
Descomposición	El Salvador 2008	México	Paraguay	Perú	Uruguay	
Diferencia promedio	-0.670***	-0.583***	-0.761***	-0.818***	-0.712***	
	[0.0104]	[0.00805]	[0.0247]	[0.0118]	[0.00982]	
Efecto Características	-0.448***	-0.339***	-0.529***	-0.610***	-0.369***	
	[0.0176]	[0.00774]	[0.0311]	[0.0148]	[0.0559]	
Efecto Retorno	-0.282***	-0.334***	-0.454***	-0.359***	-0.321***	
	[0.0184]	[0.0146]	[0.0961]	[0.0182]	[0.0100]	
Efecto Interacción	0.0601**	0.0903***	0.221**	0.150***	-0.0218	
	[0.0235]	[0.0145]	[0.0982]	[0.0203]	[0.0560]	

Error estandar entre paréntesis

* p<0.1, ** p<0.05, *** p<0.01

Fuente: elaboración propia con base en las encuestas a hogares

Bibliografía

- ADB (2012), *Asian Development Outlook 2012: Confronting rising inequality in Asia*, Manila: Asian Development Bank.
- Beccaria, L. y F. Groisman (2008), *Argentina desigual*, Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- y R. Maurizio (2011), «Explorando un enfoque de regulaciones laborales y protección social para América Latina», en *Revista de Economía Política de Buenos Aires (REPBA)*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, año 4, vols. 7 y 8.
- Cornia, A. (2012) «Inequality Trends and their Determinants: Latin America over 1990-2011», Documento de Trabajo, Helsinki: WIDER, n.º 2012/09.
- Damill, M. y R. Frenkel (2012) «Macroeconomic Policies, Growth, Employment, and Inequality in Latin America», Documento de Trabajo, Helsinki: WIDER, n.º 2012/23.
- Deviciente, F., F. Groisman and A. Poggi (2009), «Informality and poverty: Are these processes dynamically interrelated? Evidence from Argentina», Documento de Trabajo, Verona: ECINEQ, n.º 146.
- Husmanns, R. (2004), «Measuring the informal economy: from employment in the informal sector to informal employment», Documento de Trabajo, Ginebra: Policy Integration Department, OIT, n.º 53.
- Jütting, J. and J. de Laiglesia (eds.) (2009), *Is informal normal? Towards more and better jobs in developing countries*, París: Development Centre Studies, OECD.
- Keifman, S. and R. Maurizio (2012), «Changes in Labour Market Conditions and Policies. Their Impact on Wage Inequality during the Last Decade», Documento de Trabajo, Helsinki: WIDER, n.º 2012/14.
- Koenker, R. and G. Bassett (1978), «Regression Quantiles», *Econometrica*, Nueva York: New York University, vol. 46, n.º 1.
- Kucera, D. and L. Roncolato (2008), «Informal employment: two contested policy issues», *International Labour Review*, Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo, vol. 147, n.º 4.
- Lustig, N. and L. Gasparini (2011), «The Rise and Fall of Income Inequality in Latin America», Documento de Trabajo, La Plata: CEDLAS, n.º 118.
- Maurizio, R. (2012), «Labour informality in Latin America: the case of Argentina, Chile, Brazil and Argentina», Documento de Trabajo, Manchester: Brooks World Poverty Institute, The University of Manchester, n.º 165/2012.
- (2013) «Labour formalization and declining inequality in Argentina and Brazil in the 2000s. A dynamic approach», mimeo.
- OIT (1972), *Employment, income and equality: a strategy for increasing productive employment in Kenya*, Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.
- (1993), *Resolución sobre estadísticas de empleo en el sector informal*, Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.
- Tannuri-Pianto, M. and D. Pianto (2002) «Formal-informal earnings differentials in Brazil. A semi-parametric approach», Trabajo presentado en la Escuela de Economía, Fundación Getulio Vargas, São Paulo, 18 de julio.
- Tornarolli, L., D. Battistón, L. Gasparini and P. Gluzmann (2012) «Exploring trends in labor informality in Latin America, 1990-2010», Documento de Trabajo, La Plata: CEDLAS-IDRC, Argentina.
- Weller, J. y C. Roethlisberger (2011) «La calidad del empleo en América Latina», Serie Macroeconomía del Desarrollo n.º 110, CEPAL, Santiago de Chile.

La inserción laboral de los jóvenes y las políticas de empleo en Colombia, México y Uruguay (2012)

*Emma Liliana Navarrete*¹

*Mauricio Padrón Innamorato*²

Adriana Carolina Silva Arias^{3,4}

Resumen

Desde hace al menos medio siglo los datos han permitido destacar que la inserción laboral de las y los jóvenes en América Latina enfrenta grandes dificultades. El panorama laboral juvenil muestra un aumento en la participación laboral, acompañado de elevados niveles de desempleo, que duplican y hasta triplican al desempleo adulto (Rodríguez, 2011). Ante esta problemática, este capítulo aborda el panorama laboral de la juventud en Colombia, México y Uruguay para el año 2012, y se exponen los programas estatales dirigidos a lograr una mayor inserción laboral de la juventud en los tres contextos latinoamericanos seleccionados.

Palabras clave: empleo juvenil, condiciones de trabajo, políticas públicas, América Latina.

Abstract

For at least a half a century the data have emphasized that the employment of the young For at least half a century data have emphasized that the employment of the young people in Latin America faces great difficulties. Youth employment shows an increase in labor force participation, accompanied by high levels of unemployment, doubling and even tripling the adult unemployment (Rodríguez, 2011). Faced with this problem, this chapter discusses the labor outlook of youth in Colombia, Mexico and Uruguay for 2012, and state programs to achieve greater employability of the youth in the three selected Latin American contexts are discussed.

Keywords: youth employment, working conditions, public policy, Latin America.

-
- 1 Profesora-Investigadora. El Colegio Mexiquense (AC) (México), enavarr@cmq.edu.mx.
 - 2 Investigador Titular de Tiempo Completo. Instituto de Investigaciones Jurídicas. Universidad Nacional Autónoma de México, mauriciopadron@gmail.com.
 - 3 Profesora-Investigadora. Programa de Economía. Facultad de Ciencias Económicas. Universidad Militar Nueva Granada (Colombia), carolina.acsilva@gmail.com.
 - 4 La investigación para el contexto colombiano se desarrolló en el marco del proyecto ECO1221 financiado por la Universidad Militar Nueva Granada (Colombia).

El contexto económico y laboral de América Latina

A lo largo del año 2011 el Producto Interno Bruto (PIB) de América Latina creció un 4.3%, mejora que supuso una expansión del 3.2% del producto por habitante (CEPAL, 2012). Si bien esta recuperación implicó un descenso con respecto a los datos del 2010, la tendencia mostró una recuperación para la región en su conjunto, después de la caída de aproximadamente un 3% de este indicador en el año 2010.

El 2012 fue un año marcado por una desaceleración de la economía global, situación que se debió en gran parte a la recesión en los países de la zona euro y a sus consecuencias en Asia y América Latina, regiones estas últimas que si bien registraron tasas de crecimiento menores que en 2011, mostraron un ritmo superior al de la economía mundial. En este contexto de moderado crecimiento para la región de América Latina, el empleo también mostró una evolución favorable. Así, la tasa de desempleo promedio se redujo del 7.3% al 6.7% respecto del año 2010 (CEPAL, 2013). Esta continuidad en la tendencia de disminución del desempleo vivida desde 2002, que solo se interrumpió en 2009, permitió que las cifras para el año 2012 fueran las más bajas (en torno al 8% en promedio), desde mediados de la década de los noventa.

Por su parte, la tasa de ocupación urbana aumentó del 55.8% al 56,2% de la población en edad de trabajar, cifra que equivale a la generación de aproximadamente 5,5 millones de empleos urbanos. Al mismo tiempo, se dinamizó la oferta laboral, pues a nivel regional la tasa de participación urbana pasó del 59.9% en 2011 al 60.2% en 2012 debido, en parte, a una mayor incorporación de las mujeres a los mercados laborales (CEPAL, 2012; CEPAL, 2013).

En cuanto al desempleo juvenil, aunque este registró una disminución durante la última década en la región en su conjunto, los jóvenes continúan enfrentando los mayores problemas ocupacionales debido a la mayor incidencia del desempleo entre estos, a la inserción laboral en condiciones de mayor precariedad y a su ubicación en empleos de baja calidad. Así, para el tercer trimestre de 2012, el desempleo juvenil afectaba a 14.3% de la población económicamente activa de 15 a 24 años. En la comparación interanual, el desempleo juvenil registró una baja de 0.9 puntos con relación al tercer trimestre del 2011 cuando alcanzó 15.2% (OIT, 2012). Si bien estas tendencias generales implican que la mayoría de los países presenten datos en el mismo sentido, existe cierta heterogeneidad cuando se los analiza de manera particular.

En este sentido, Ecuador, Panamá y Perú registran la mayor caída en el desempleo juvenil (3.1%, 3.0% y 2.3%, respectivamente), lue-

go aparece Chile con 1.3%, Brasil con 1.1%, México y Colombia con 0.5% y Venezuela con 0.4%. En Argentina el desempleo de jóvenes se mantuvo en el mismo nivel relativo de 2011, mientras que en Uruguay se registró un aumento de 1% (OIT, 2012). Pero a pesar de esta significativa disminución en la tasa regional promedio del desempleo juvenil, de acuerdo con datos de la OIT (2012), para el tercer trimestre de 2012 este indicador duplicaba al del desempleo total (2.2 veces) y triplicaba al de la población adulta (3.0 veces).

En el contexto general descrito, el presente capítulo aborda la relación del empleo y la juventud para el año 2012 en Colombia, México y Uruguay. De manera particular se retoma la diversidad de la juventud trabajadora, su inserción en el mercado laboral y el desarrollo de las políticas públicas diseñadas e implementadas con miras a contribuir al apoyo e inclusión en el mundo del trabajo en estos países de la región latinoamericana.

Para cumplir con lo anterior, en primer lugar se realiza una rápida revisión de la situación que guarda la región y los tres países seleccionados, en este contexto general, en cuanto a su situación económica y a la problemática laboral. Luego se describe el panorama de los jóvenes ante el trabajo en Colombia, México y Uruguay a partir de los datos de las fuentes de información laboral correspondientes. En el siguiente apartado se presentan los principales programas que para la inserción laboral juvenil se han diseñado e implementado en América Latina, haciendo especial énfasis en los países seleccionados para, finalmente, en la última sección del texto integrar y reflexionar acerca de la realidad de la población joven y, cómo esta se enfrenta y presenta en el mundo del trabajo. En definitiva, lo que se busca en este documento es trascender el ejercicio de contar números para dimensionar la situación de la población joven y su situación laboral, y lograr su identificación y reelaboración como un fenómeno social actual con implicaciones relevantes, vinculado a un problema de políticas públicas.

Colombia, México y Uruguay en el contexto de la región

Como se mencionó previamente, la tasa de desempleo entre los jóvenes latinoamericanos alcanzó 14.3% en el 2012, esta proporción era tres veces mayor a la de los adultos y representaba más del doble de la tasa general de desempleo promedio en la región, misma que ascendía a 6.7% (OIT, 2013). Ahora, y como si se tratara de la otra cara de la misma moneda, 6 de cada 10 jóvenes que consiguen insertarse en el mercado laboral se ven obligados a aceptar empleos en la econo-

mía informal, lo que en general implica malas condiciones de trabajo, sin protección ni derechos, y con bajos salarios y baja productividad.

Esta situación ocurre en una región que atraviesa una etapa de la transición demográfica en que la proporción de personas en edades potencialmente productivas crece de manera sostenida en relación con la de personas en edades potencialmente inactivas, es decir, menores de 15 años y mayores de 60 años. Este momento transicional coloca a los países latinoamericanos en el momento del denominado «bono demográfico», donde el porcentaje de población en edad de trabajar y producir llega a duplicar el porcentaje de población que por su pertenencia generacional puede considerarse dependiente, sean niños y niñas o adultos mayores.

Ahora, si bien en términos relativos ocurre un descenso de la población joven, en cuanto al volumen o en números absolutos este grupo sigue creciendo; pero estos cambios no son homogéneos al interior de los propios jóvenes, es decir, la proporción por subgrupos de edades, hasta 2012, concentró más población joven en el grupo de menor edad, de 15 a 19 años (CEPAL/UNFPA/OIJ, 2012). Esta variación en la composición de la juventud cobra importancia si se toman en cuenta las demandas específicas de cada subgrupo etario (por ejemplo, los que estudian y no trabajan, los que buscan su primer empleo, los que ya han ingresado en el mercado laboral y los que han constituido o están en vías de establecer su hogar propio) (CEPAL/UNFPA/OIJ, 2012).

En el contexto general descrito, y de acuerdo con las proyecciones poblacionales de los institutos de estadística, durante el 2012 la población joven en Colombia, México y Uruguay representó (véase tabla 1), entre el 15 y el 18% de la población total (entre 7.9% y 9.5 % eran adolescentes de 15-19 años y, entre 7.6% y 8.8% eran jóvenes adultos de 20-24 años). Estos países, al igual que la mayoría de países latinoamericanos, están atravesando, como se mencionó líneas arriba, por una etapa en la que la proporción de personas potencialmente productivas crece de manera sostenida si se lo compara con otros grupos etarios a los que se los puede definir como potencialmente inactivas.

De manera particular, Colombia al igual que otros países de la región, atraviesa por la etapa del denominado «bono demográfico», el cual podría prolongarse durante más de una década (Ministerio de Protección Social, 2006; Secretaría General Iberoamericana, 2008; Alcaldía Mayor de Bogotá, 2013). Esta tendencia demográfica ha implicado una mayor incidencia en la demanda de educación, de trabajo y de consumo (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2013), y en las zonas urbanas se ha evidenciado un aumento de la participación de la población

económicamente activa, particularmente de las mujeres (Ministerio de Protección Social, 2006; Alcaldía Mayor de Bogotá, 2013).

México también se encuentra en un proceso de transición demográfica iniciado en el siglo pasado, proceso que ha traído consigo cambios en el perfil demográfico de la población. En este sentido, el principal reto que tiene el país a futuro es afrontar el aumento de la población en edades avanzadas, con sus consabidas demandas de salud y servicios especializados, sin embargo —mientras llega ese momento— el país es actualmente considerado maduro-joven con requerimientos y necesidades de inversiones y políticas que impacten de manera específica en el bienestar de esta población (Ordorica, 2011).

Tabla 1. Distribución porcentual de la población total, adolescentes y jóvenes para Colombia, México y Uruguay, 2012

	<i>Colombia</i>		<i>México</i>		<i>Uruguay</i>	
<i>Población total y jóvenes (porcentaje)</i>						
Población total	45,325,647	100	117,053,750	100	3,273,317	100
Población de 15 a 24 años	8,153,934	18.0	21,503,203	18.4	506,285	15.5
<i>Población adolescente (15 a 19 años) (porcentaje)</i>						
Total	4,315,503	9.5	11,240,480	9.5	260,568	7.9
Hombres	2,237,838	51.9	5,674,064	50.5	136,277	52.3
Mujeres	2,077,665	48.1	5,566,416	49.5	124,291	47.7
<i>Población joven (20 a 24 años) (porcentaje)</i>						
Total	3,838,431	8.5	10,017,626	8.8	245,717	7.6
Hombres	1,861,326	48.5	4,867,380	48.6	123,350	50.2
Mujeres	1,977,105	51.5	5,150,246	51.4	122,367	49.8

Fuente: Para Colombia información calculada con base en las proyecciones del Departamento Administrativo Nacional de Estadística, 2012. Para México, información calculada con base en las proyecciones de población del Consejo Nacional de Población. Para Uruguay, información calculada con base en las proyecciones de población del Instituto Nacional de Estadística.

Por su parte, Uruguay desde lo demográfico, se encuentra en un régimen postransicional (con niveles reducidos de mortalidad y fecundidad, misma que se encuentra por debajo del nivel de reemplazo poblacional de 2.1), y la esperanza de vida al nacer alcanzó en 2010 la edad de 80 años entre las mujeres y 73 entre los varones. Estos procesos y tendencias han tenido un impacto importante en la estructura poblacional, ya que se han traducido en un bajo crecimiento de la población y en el progresivo envejecimiento de la estructura por edades del país (Cabella, 2012). Para el caso de Uruguay, la variación de la tasa de dependencia económica a la largo del tiempo es mucho menor en comparación con Colombia y México, esto debido a que el

primero inició la transición demográfica mucho antes que los otros dos países, por lo que la población es relativamente más envejecida y lo ha sido por más tiempo.

Desde lo económico, Colombia, de acuerdo con el comportamiento y las tendencias generales de la región, ha sufrido ajustes permanentes y muestra en los últimos años tasas de crecimiento moderadas. Así, en el año 2012 registró un crecimiento interanual de 4.8% aproximadamente, lo que se refleja en un incremento levemente inferior al 5.0% ocurrido en la última parte del año 2011. Pero para el final del 2012, el crecimiento de la economía colombiana fue de 4.5%, una expansión 1.5 puntos porcentuales por debajo de la del 2011, que fue de 5.9% (OIT, 2012). Una situación particular para el caso colombiano y que no se debe dejar de mencionar tiene que ver con que los jóvenes del país viven situaciones de mayor vulnerabilidad con respecto a otros contextos, especialmente Uruguay, debido a que el conflicto interno armado tiene como principales protagonistas precisamente a este grupo poblacional. Entre el 60 y 70% de los guerrilleros eran jóvenes de entre 13 y 25 años, y cerca del 56.9% del total de presos en el Colombia se encontraban entre los 18 y 30 años (Muñoz, 2003; Silva y Sarmiento, 2013).

México por su parte, en el terreno económico ha tenido una situación poco favorable. En la primera década del siglo XXI presentó el menor crecimiento económico de los últimos 60 años; esto es así aun si se consideran los años ochenta, los que han sido definidos como una década perdida (Rodríguez, 2010). La generación de empleo durante la década pasada tuvo una tendencia decreciente (Navarrete, 2013), sumado a la mala calidad de los empleos, caracterizados por la expansión de actividades de muy pequeña escala, crecimiento del trabajo familiar sin pago, incremento del trabajo asalariado a destajo y aumento de la población trabajadora que no tienen ninguna prestación laboral (García, 2010). En este contexto, los jóvenes se integran, o intentan integrarse, a mercados limitados y precarios.

En el caso de Uruguay, si bien cuenta con la mejor distribución de ingresos de la región, tanto en períodos de crisis como de expansión de la economía, se ha registrado una tendencia concentradora y las políticas redistributivas implementadas por el gobierno a partir de 2005 solo han comenzado a mostrar efectos recientemente (Cabella, 2012). A pesar de estas tendencias favorables, la tasa de desempleo es considerablemente más alta entre los grupos más jóvenes y, a pesar de su caída sistemática a partir del año 2004, son los más jóvenes los que menos se beneficiaron de la generación de empleo que acompañó a la reactivación económica (Perazzo, 2012).

De lo expuesto antes, y de acuerdo con el objetivo del trabajo, la intención perseguida va más allá del ejercicio de contar números para dimensionar la población joven. Lo que se busca es identificar el desempleo como un fenómeno social actual y con implicaciones relevantes, vinculado a un problema de políticas públicas. En particular, se reconoce que esta situación plantea retos a los Estados para fortalecer la transición a la adultez de los jóvenes, como una de las estrategias claves para el desarrollo que comprende, entre otros, preparar a los jóvenes para la inserción en el mercado laboral, lo cual permitiría romper con situaciones de vulnerabilidad, de pobreza y de exclusión social. No obstante lo anterior, parecen no ser suficientes los esfuerzos y acciones dirigidas a esta población, ya que el desempleo juvenil se ha constituido en uno de los principales problemas de la región y en un reto socialmente prioritario (Abdala, 2004).

Los jóvenes ante el trabajo

Actualmente los jóvenes se enfrentan a un contexto condicionado por las exigencias de productividad, de competitividad y a la rapidez del cambio tecnológico en el marco de la globalización (Cardona *et al.*, 2008). Estos procesos han producido transformaciones profundas en el aparato productivo que se expresan en los cambios de la estructura y funcionamiento de los mercados laborales (Ministerio de Protección Social, 2006; Cardona *et al.*, 2008). Esto ha llevado a que toda la población, pero particularmente a los más jóvenes, se les haya aumentado las exigencias de calificación requeridas para la inserción laboral (Cardona *et al.*, 2008). Así, los estudios formales y la capacitación específica son necesarios, pero no suficientes para alcanzar una posición ocupacional mejor o lograr ascenso social (Ministerio de Protección Social, 2006; Cardona *et al.*, 2008), es decir, actúan como un filtro para competir en el mercado laboral.

En cuanto a la relevancia que se le ha dado a la situación de los jóvenes ante el trabajo, la Organización de Naciones Unidas proclamó 1985 como el «Año Internacional de la Juventud», decisión que brindó un impulso significativo al desarrollo juvenil, ya que con esto se crearon diversos organismos oficiales de juventud y se adoptaron los límites etarios para la homogenización de la definición de este grupo poblacional (Secretaría General Iberoamericana, 2008). De tal forma, se considera como jóvenes a la población entre 15 y 24 años. Particularmente, a lo largo de este capítulo, se realiza la distinción entre los adolescentes entendidos como las personas que tienen entre 15 y 19

años de edad, y los adultos jóvenes que son aquellos que tienen entre 20 y 24 años. Otro momento relevante para el impulso a las políticas laborales hacia la juventud se enmarca en la Declaración del Milenio y los Objetivos de Desarrollo del Milenio, donde los jóvenes son mencionados de manera explícita en la meta 16 que se refiere a la cooperación internacional para generar empleo a la juventud (Secretaría General Iberoamericana, 2008).

No obstante lo anterior, el trabajo juvenil no es un tema de reciente aparición. Desde siempre los jóvenes han participado en las actividades cotidianas de apoyo a sus unidades domésticas; sin embargo las tareas que realizan no siempre se encuentran insertas en las relaciones de compra y venta de bienes o servicios, donde la participación al interior de sus hogares ha sido en gran medida un apoyo para la reproducción familiar. Si bien el fenómeno no es nuevo, en las últimas décadas se ha evidenciado un aumento de su participación activa en el mercado de trabajo, así como un deterioro de sus condiciones laborales.

Colombia, México y Uruguay, en este contexto general, no son la excepción. En este apartado revisaremos algunos indicadores para la población joven separándola en dos subgrupos: los adolescentes (15 a 19 años) y los jóvenes (20 a 24 años), y haciendo las distinciones según el sexo. Así veremos, para los tres países analizados, las diferencias o similitudes utilizando las bases de datos de la Gran Encuesta Integrada de Hogares para Colombia, la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo para México y la Encuesta Continua de Hogares para Uruguay; en los tres casos nos referimos al tercer trimestre de 2012. Con esto se pretende contar con un panorama de la posición que ocupan los jóvenes al interior de los mercados laborales de cada uno de los países seleccionados y de cómo cada país intenta paliar, por medio de programas o políticas públicas, las adversidades que enfrenta este grupo etario.

Comenzando con el análisis de las tasas de actividad (véase tabla 2), se puede destacar, en principio, que los varones jóvenes son los que presentan la mayor participación con relación a las mujeres jóvenes. Así, su presencia es más evidente en Uruguay y Colombia (20 puntos porcentuales arriba de México), en tanto en México ellas participan incluso en menor medida que los adolescentes mexicanos. De esta forma, pareciera que la división sexual del trabajo se sigue reproduciendo en los hogares latinoamericanos, llamando la atención el carácter asimétrico de las relaciones intergenéricas e intergeneracionales particularmente entre los y las jóvenes mexicanas, pero en general entre las y los jóvenes de los tres países.

Ahora, un eje de interés consiste en precisar cómo se dio esta participación en los mercados de trabajo de estos tres contextos, particularmente parecen ser ejes analíticos relevantes el género conjugado con la etapa del ciclo de vida de las y los jóvenes. Entonces, la lectura de los datos diferenciados por sexo permite observar que los hombres de ambos grupos de edad participan más que las mujeres, pero las diferencias entre ellos y ellas en los dos grupos etarios son más marcadas para el caso mexicano, este rasgo es más fuerte entre la población de 20 a 24 años.

Así, se evidencia que a medida que avanzan los jóvenes en el curso de vida, especialmente cuando llegan a la etapa de jóvenes adultos (20 a 24 años), se empiezan a marcar las brechas de participación laboral y se muestra que la división tradicional del trabajo por géneros sigue teniendo vigencia entre las generaciones jóvenes y conforme aumenta la edad, fenómeno que ha sido más marcado en el caso mexicano. De esta forma, se ve una diferencia entre las y los jóvenes en una de las principales transiciones que marcan el paso a la vida adulta.

Tabla 2. Distribución porcentual de la población adolescente y joven según su pertenencia a la PEA por diversas características seleccionadas. Colombia, México y Uruguay, 2012

	<i>Colombia</i>	<i>México</i>	<i>Uruguay</i>
Población Económicamente Activa			
Hombres adolescentes	44.8	47.7	35.6
Mujeres adolescentes	28.2	24.6	22.6
Hombres jóvenes	87.4	79.7	84.8
Mujeres jóvenes	63.3	46.3	64.3
Población ocupada (porcentaje)			
Hombres adolescentes	82.0	90.3	78.8
Mujeres adolescentes	68.0	88.1	72.1
Hombres jóvenes	85.4	90.8	88.0
Mujeres jóvenes	76.5	89.3	79.3
Población desocupada (porcentaje)			
Hombres adolescentes	18.0	9.7	21.2
Mujeres adolescentes	32.0	11.9	27.9
Hombres jóvenes	14.6	9.2	12.0
Mujeres jóvenes	23.5	10.7	20.7

continúa

	<i>Colombia</i>		<i>México</i>		<i>Uruguay</i>	
PEA ocupada según posición en la ocupación (porcentaje)						
	Adolescentes		Adolescentes		Adolescentes	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Asalariados a	39.8	47.9	69.2	66.8	68.8	68.2
Patrón	0.1	0.5	0.2	0.2	0.0	0.0
Cuenta propia	30.4	24.2	4.3	6.7	14.7	13.3
Trabajadores no remunerados	18.3	26.3	26.3	26.3	16.1	18.0
Otro	11.4	1.1	0.0	0.0	0.4	0.5
	Jóvenes		Jóvenes		Jóvenes	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Asalariados	54.8	60.9	81.8	78.2	84.0	84.2
Patrón	1.0	1.0	1.3	0.4	0.4	0.6
Cuenta propia	33.3	28.7	8.0	10.9	10.4	9.0
Trabajadores no remunerados	2.8	7.6	8.9	10.5	4.9	5.9
Otro	8.1	1.8	0.0	0.0	0.3	0.3

Fuente: Para Colombia, cálculos propios a partir de la Gran Encuesta Integrada de Hogares, Departamento Administrativo Nacional de Estadística, 2012. Para México, cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, Instituto de Estadística y Geografía, 2012. Para Uruguay, cálculos propios a partir de la Encuesta Continua de Hogares, Instituto Nacional de Estadística, 2012.

La mayor participación laboral de los varones jóvenes conjugada con la mayor participación de las mujeres jóvenes dedicadas al trabajo doméstico (véase tabla 3) permite comprobar que en México y Colombia hay todavía una marcada división sexual del trabajo, la cual se acrecienta durante el curso de vida, en donde al varón le corresponde desde tempranas edades la generación y provisión de los recursos económicos, mientras que la mujer se encarga de las tareas domésticas y la provisión de cuidados y afecto. Si bien esto es así, los datos para estos dos casos, parecen evidenciar que existen tímidas señales de cambios culturales en la reproducción de roles al interior de los hogares. No obstante, en el caso uruguayo, donde la población está más envejecida, parece que la generación de ingresos y la manutención familiar están más lejos de recaer exclusivamente en manos masculinas.

Este hecho podría brindarnos indicios de incipientes cambios de las imágenes de las mujeres en el contexto mexicano y colombiano, cuando se las compara con el contexto uruguayo; situación que resulta de gran trascendencia, ya que implica necesidades particulares de políticas juveniles que se dirijan a disminuir las brechas de participación laboral por sexo, ya que más allá de la condición de ac-

tividad laboral, estos condicionantes de género tienen un profundo impacto en el mundo familiar y en otros ejes de organización social que reproducen desde tempranas edades las relaciones desiguales entre unas y otros.

Ahora bien, al analizar la condición de ocupación en los tres contextos, el porcentaje de la población ocupada juvenil es mucho mayor para los jóvenes y adolescentes mexicanos (90% aproximadamente), por lo que los desocupados, buscadores y en disposición para trabajar en México presentan una participación menor (en Colombia y Uruguay el porcentaje de desocupados se duplica o triplica con relación a los datos calculados para México). De esta forma, se evidencia una insuficiente generación de empleos para los jóvenes, particularmente en Colombia y Uruguay, dado que más del 20% de los jóvenes se encuentra des-emporado, afrontando así un alto grado de incertidumbre económica y social, lo que los convierte en una población aún más vulnerable. Este contexto nuevamente plantea la necesidad de revisar las políticas dirigidas a esta población para ver si esta situación de alta vulnerabilidad en su transición a la vida adulta se debe a la ausencia de políticas o a la falta de efectividad a la hora de ponerlas en práctica.

En lo correspondiente a los ocupados, en general, hay más varones que chicas, pero las diferencias por países son contundentes; en Colombia las diferencias son las más pronunciadas, entre los y las adolescentes ocupadas hay 14 puntos porcentuales de diferencia y entre los jóvenes es de casi 9 puntos; en Uruguay entre los adolescentes las diferencias son de casi 7 puntos y entre los jóvenes los hombres se ubican 9.3 puntos porcentuales por arriba de la cifra de las mujeres; en México en cambio, no solo están ocupados casi todos los jóvenes reportados como activos, sino que las diferencias son de poco más de 2 puntos entre los y las adolescentes y de menos de 2 puntos entre los y las jóvenes. Entonces, hay más jóvenes y adolescentes que están desocupados, buscando un trabajo o en posición de aceptar uno en Uruguay y en Colombia que en México, donde la mayoría de la Población Económicamente Activa (PEA) está ocupada.

Cabe resaltar que en lo que respecta a la condición de ocupación por sexo parece evidenciarse otra historia diferente a la de la participación laboral. Pareciera que aunque las jóvenes mexicanas tienen una menor participación laboral, en el caso de que decidan participar tienen casi las mismas posibilidades de ocuparse que los varones jóvenes; a diferencia de las jóvenes colombianas y uruguayas, a quienes les resulta más difícil ocuparse. Particularmente en estos dos contextos, y en general, son indispensables políticas de preparación para el mercado de trabajo para las mujeres jóvenes, dirigidas a

cubrir los requerimientos de la estructura productiva y que permita superar los condicionantes ocupacionales de género.

La posición en el trabajo, por su parte, es una manera de clasificar a los trabajadores según la relación que guardan con los medios de producción y con la propiedad de los bienes y servicios generados en el desempeño de su actividad (ENOE, 2007). En el caso de los jóvenes y adolescentes de estos tres países, los datos revelan, en principio, similitudes entre México y Uruguay, ya que más de la mitad de los adolescentes y más del 78% de los jóvenes son asalariados, es decir, tienen un vínculo con un empleador y reciben un ingreso por su actividad. Colombia presenta los porcentajes más bajos en esta categoría, en el caso de población joven, 55 de cada cien jóvenes varones y 61 de cada cien mujeres se reportó como asalariada (México y Uruguay oscilan alrededor del 70%).

Otro elemento en cuanto a la posición tiene que ver con la categoría de «cuenta propia». En Colombia la tercera parte de su población juvenil y adolescente que trabaja lo hace como cuenta propia, cifra muy por encima de los otros dos países, de hecho el porcentaje de adolescentes colombianos cuenta propia representa el doble del de los adolescentes uruguayos, pero es entre cuatro veces (para las mujeres) y siete veces (para los hombres) más alta en comparación con México. Entre los jóvenes de 20 a 24 años las cifras de Colombia son también muy contrastantes debido a su alto porcentaje con respecto a los otros dos países del estudio.

El rubro de trabajadores no remunerados requiere una mención especial pues es común que los jóvenes, sobre todo los de menor edad, realicen actividades ligadas a miembros de la familia y no reciban ningún pago por su actividad. Entre estos tres países destaca, entre los adolescentes, el caso de México donde casi 30% de este grupo no recibe ningún pago por su trabajo. Colombia presenta porcentajes altos también, pero marca diferencias según el sexo, están más desprotegidas las adolescentes que los adolescentes. Entre los adolescentes uruguayos, las cifras son menores mostrando también esta problemática, aunque de menor envergadura, ya que 16 adolescentes hombres de cada 100 y 18 adolescentes mujeres de cada 100 trabajan pero no reciben ningún pago. Conforme se incrementa la edad, la presencia de los no remunerados disminuye, pero aun con esa precisión, México sigue mostrando los porcentajes más elevados.

Las similitudes y divergencias encontradas hacen evidentes los distintos nichos laborales que acogen a los y las jóvenes y adolescentes en Colombia, México y Uruguay, los cuales muestran espacios

distintos pero también condiciones diferentes. De esta forma, los jóvenes ocupados colombianos, a diferencia de los uruguayos y mexicanos, se encuentran menos en la posición de asalariados y más en la de cuenta propia. Por otro lado, se presenta una alta proporción de trabajadores familiares sin remuneración por parte de las y los adolescentes mexicanos, mientras que en el caso colombiano es de resaltar la proporción de las adolescentes en esta situación.

En esta línea, las políticas deberían reflejar las diversas situaciones de trabajo de los jóvenes. En general, los contextos latinoamericanos presentan una mayor proporción de adolescentes y jóvenes con empleos asalariados, como ocurre de forma acentuada en Uruguay y México. Asimismo, en el caso colombiano, ante la falta de oportunidades laborales, se evidencia una mayor proporción de jóvenes empleados por cuenta propia en la economía formal o informal. En cuanto a los trabajadores familiares no remunerados se presenta una mayor participación entre las y los jóvenes mexicanos, y las adolescentes colombianas, quienes en general en este tipo de ocupación se enfrentan a un trabajo duro, inseguro y, para muchos, son fuente de ingresos muy escasos, a la vez que la productividad y la calidad del producto son bajas y, a menudo, con condiciones de trabajo insatisfactorias. Así, las políticas de la juventud deberían estar relacionadas con garantizar adecuadas condiciones de ocupación que verifiquen permanencia, mejores salarios, horas de trabajo adecuadas, mayor cobertura de protección social, posibilidades de ascenso y mejores prestaciones.

Tabla 3. Distribución porcentual de la población adolescente y joven según su pertenencia a la PNEA por diversas características seleccionadas. Colombia, México y Uruguay, 2012

	<i>Colombia</i>	<i>México</i>	<i>Uruguay</i>
<i>Población no económicamente activa</i>			
Hombres adolescentes	55.2	52.3	64.4
Mujeres adolescentes	71.8	74.5	77.4
Hombres jóvenes	12.6	20.3	15.2
Mujeres jóvenes	36.7	53.7	35.7
<i>PNEA que estudia (porcentaje)</i>			
Hombres adolescentes	87.0	87.3	80.2
Mujeres adolescentes	72.7	67.5	78.8
Hombres jóvenes	71.8	78.3	54.5
Mujeres jóvenes	25.0	30.4	42.8

continúa

	<i>Colombia</i>	<i>México</i>	<i>Uruguay</i>
<i>PNEA que realiza trabajo doméstico (porcentaje)</i>			
Hombres adolescentes	3.6	9.5	1.2
Mujeres adolescentes	22.2	32.0	9.2
Hombres jóvenes	5.9	13.4	5.8
Mujeres jóvenes	67.0	68.7	41.3
<i>PNEA en otras categorías (porcentaje)</i>			
	<i>Colombia</i>	<i>México</i>	<i>Uruguay</i>
Hombres adolescentes	9.4	3.1	18.6
Mujeres adolescentes	5.1	0.5	12.0
Hombres jóvenes	22.2	8.3	39.7
Mujeres jóvenes	8.0	0.8	15.8

Fuente: Para Colombia, cálculos propios a partir de la Gran Encuesta Integrada de Hogares, Departamento Administrativo Nacional de Estadística, 2012. Para México, cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, Instituto de Estadística y Geografía, 2012. Para Uruguay, cálculos propios a partir de la Encuesta Continua de Hogares, Instituto Nacional de Estadística, 2012.

Ahora bien, en cuanto a la población no económicamente activa (PNEA), los datos muestran tendencias generales similares para los tres países (véase tabla 3), aunque se deben resaltar algunas diferencias que resultan significativas. Así por ejemplo, se observa que para Uruguay el porcentaje de adolescentes varones que pertenecen a este grupo es casi diez puntos mayor que para Colombia y México (64.4% contra 55.2% y 52.3% respectivamente), la diferencia en el caso de las mujeres adolescentes es menor, representando poco menos de 6 puntos porcentuales al comparar Uruguay con Colombia y casi tres puntos con respecto a México. Para el caso de las jóvenes mujeres, las diferencias se agrandan al comparar los casos de Uruguay y Colombia contra México, los dos primeros países presentan porcentajes similares (35.7% y 36.7% respectivamente) pero con una diferencia de casi 18 puntos porcentuales con respecto a México (53.7%). Para el caso de los varones jóvenes las tendencias y diferencias entre países tienen comportamientos similares al caso del grupo de adolescentes.

Este aspecto parece mostrar que las adolescentes y las mujeres jóvenes en general, además de los jóvenes uruguayos, presentan una menor incorporación a la actividad laboral a una edad temprana, lo que podría representar una menor vulnerabilidad social en términos del bienestar y el desarrollo físico y emocional. No obstante, vale la pena ahondar en este estado de inactividad para advertir si se presenta debido a que los jóvenes se encuentran en proceso de formación y capacitación para su inserción al mercado laboral y la asunción de los roles de adultos.

Un corte necesario implica considerar a los que estudian y los que dedican su tiempo a las tareas domésticas y se consideran como no económicamente activos. Para el caso de los adolescentes, se observa que para los tres países el porcentaje de varones que se dedica a estudiar es relativamente mayor que para su contraparte femenina, pero las diferencias al interior de los países es importante. México muestra que mientras el 87.3% de los adolescentes estudian, el porcentaje para las mujeres desciende a 67.5%, una diferencia de casi 20 puntos porcentuales. En Uruguay la diferencia es significativamente menor, los varones estudian en el 80.2% de los casos contra el 78.8% de las mujeres adolescentes, diferencia que asciende a solo 1.4%. Colombia, por su parte, se encuentra en el medio de ambas tendencias, donde la diferencia entre hombres y mujeres que pertenecen a la PNEA y estudian es de 14.3% (87.0% para los adolescentes varones y 72.7% para las adolescentes mujeres).

Para los jóvenes que dedican la mayor parte de su tiempo al estudio y que clasifican como PNEA, los porcentajes son bastante menores en comparación con los adolescentes, aunque como en el caso anterior son los varones lo que tienen mayor porcentaje con respecto a las mujeres. Cabe resaltar que mientras 54.5% de los jóvenes uruguayos no económicamente activos se dedican a los estudios, en Colombia este valor aumenta a 71.8% y en México a 78.3%, relación que se invierte en el caso de las mujeres jóvenes; donde las uruguayas que pertenecen a la PNEA y estudian son el 42.8%, en México representa el 30.4% y en Colombia el 25.0%.

Se decía antes que un recorte adicional para estudiar a la PNEA implica a los que dedican su tiempo a la realización de tareas domésticas o al trabajo doméstico. Son los adolescentes uruguayos (hombres y mujeres) los que en menor proporción se dedican a los quehaceres domésticos seguidos por los colombianos y luego los mexicanos, pero en los tres países son las mujeres de 15 a 19 años de edad las que en mayor porcentaje realizan este tipo de tarea. El 9.2% en el caso de Uruguay, el 22.2% en Colombia y 32% de las adolescentes en México, contra el 1.2% de los varones adolescentes uruguayos, el 3.6% de los colombianos y el 9.5% de los mexicanos.

En el grupo de jóvenes, aquellos que tienen entre 20 y 24 años de edad, muestran datos que van en el mismo sentido ya descrito, aunque la diferencia para las mujeres jóvenes de Colombia y México se reduce de manera significativa (67.0% en el primer caso y 68.7% en el caso de México), dejando muy por debajo a las jóvenes de Uruguay, con 41.3%, que dedican la mayor parte de su tiempo a los quehaceres domésticos y clasifican como parte de la PNEA.

De esta forma, nuevamente se observa un condicionamiento de género que se encuentra más marcado en México seguido de Colombia, ya que la proporción de las adolescentes y las jóvenes que no estudian y se dedican al trabajo doméstico es superior, elemento que contribuye a la mayor vulnerabilidad social de las mujeres desde tempranas edades, limitando su horizonte de oportunidades actuales y futuras. Es por esto que desde este panorama laboral comparado se reitera la necesidad de políticas juveniles de educación dirigidas a cambiar los patrones culturales de reproducción de roles sociales diferenciados por género, donde el papel de la mujer se confina a las labores reproductivas desde tempranas edades.

Entonces, en el transcurso de esta sección se ha evidenciado la persistencia de marcadas diferencias en las condiciones del mercado laboral y las actividades de los y las adolescentes y jóvenes en los tres contextos analizados. Estas diferencias ponen de manifiesto las vulnerabilidades específicas, debido a las dispares oportunidades y condiciones de vida que enfrenta la población juvenil, debido a la desigual participación en la actividad escolar, laboral y doméstica, lo que conlleva a analizar si en estos contextos ha existido ausencia de políticas estatales o si por el contrario, la problemática que se refleja en estos contextos se debe a la inoperancia de ellas.

Programas para la inserción laboral para la juventud en Latinoamérica

La inserción laboral de los jóvenes, como hemos visto, es un problema de gran envergadura, en principio por la alta proporción de personas que conforman este grupo poblacional, pero también por la escasa oferta de empleos existentes. En los tres contextos latinoamericanos analizados, impulsar el empleo juvenil en condiciones favorables, solo es posible a través de acciones deliberadas de política que incidan en el mercado de trabajo, con un sesgo específico hacia los jóvenes que considere las diferencias entre ellos y ellas, y repercuta en el impulso de la oferta de trabajos decentes para los y las jóvenes; solo esto puede dar la oportunidad de romper el ciclo de vulnerabilidad, pobreza y exclusión intergeneracional de un amplio contingente juvenil, en otras palabras, de hacer uso del dividendo demográfico.

Lograr la entrada de los jóvenes al empleo resulta un elemento clave para paliar la exclusión en la que muchos se encuentran. Rodríguez (2002) sugiere al menos tres estrategias para lograrlo: la primera tiene que ver con la capacitación laboral, unida al desarrollo de las

primeras experiencias laborales; lograr la experiencia es la segunda estrategia (Rodríguez, 2002:114). Sin embargo, la evidencia ha mostrado que la capacitación no genera empleos, por lo que el impulso de micro y pequeñas empresas, «[...] sin idealizaciones, y con un enfoque nítidamente económico, supeditando a estas las eventuales metas de tipo social o cultural» (Rodríguez, 2002:114), es la tercera estrategia, positiva siempre y cuando se elabore un proceso de monitoreo y evaluación, y sean pensadas de acuerdo a una propuesta integral de mercado. Tendríamos así tres iniciativas que podrían ayudar a mitigar el desempleo juvenil.

Los programas para la inserción laboral que han adoptado los diferentes países han sido adaptados para cada realidad local y cada grupo de jóvenes (Abdala, 2005). En Latinoamérica, como en otras partes del mundo, los programas de inserción laboral de la juventud han atendido a un sector de la población juvenil que generalmente pertenece a familias con bajos ingresos (Abdala, 2005; Ministerio de Protección Social, 2006).

En general, los programas para la juventud han sido diseñados desde la perspectiva de la demanda de empleo (Abdala, 2005; Pizarro y Yepes, 2011). No obstante, uno de los obstáculos es la fuerte dependencia entre este tipo de programas y el contexto socioeconómico en el cual se desarrollan (Abdala, 2005).

Además, los sistemas educativos de los países latinoamericanos se han vuelto más excluyentes. Cada vez hay más jóvenes desertores debido a que en la mayoría de los países latinoamericanos los sistemas educativos se han mantenido obsoletos, no han buscado articulaciones con la formación para el empleo, no han actualizado sus contenidos, no han entrenado y monitoreado a sus docentes, y no han escuchado las necesidades particulares de los jóvenes (Rodríguez, 2004; Abdala, 2005).

De esta forma, se requieren políticas que amplíen la entrada de los jóvenes al mercado, dirigidas a jóvenes desertores del sistema de enseñanza formal, aunque no de manera exclusiva, y que, en general, fortalezcan su acceso a la educación, la salud y el bienestar social, para que así puedan tener un papel transformador (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2013).

Es de resaltar que en el apoyo a este grupo poblacional son muchas las entidades que operan, algunas desde instancias gubernamentales a nivel nacional o local, otras más bajo la forma jurídica de organizaciones no gubernamentales; la mayoría a través de programas especiales de capacitación y experiencia laboral, todos destinados a los jóvenes que están en dificultades de acceso a un empleo.

Políticas de empleo para la juventud en Colombia

Para el caso colombiano, las primeras políticas dirigidas a la juventud se llevaron a cabo para responder a los profundos procesos de reconversión tecnológica, por lo que se crearon instituciones que se centraran en la formación de una juventud técnicamente calificada. De esta forma, en 1957 se crea el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), y aparecen las modalidades de educación media correspondientes al bachillerato técnico y tecnológico (Sepúlveda *et al.*, 2011).

Posteriormente, el proceso de construcción, consolidación y puesta en marcha de la Política Pública de Juventud se consolida con especial fuerza desde 1991 con la nueva Carta Constitucional. Todo ello generó una dinámica previa a la promulgación de la Ley de Juventud (Sepúlveda *et al.*, 2011). De esta forma, se destaca la creación en los años noventa de la Consejería Presidencial para la Juventud, la Mujer y la Familia (Muñoz, 2003). Además, se aprobó la primera Política Nacional de Estado para la Juventud mediante el documento del Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes) de 1992. En este se concibieron las «Oficinas de Juventud», mediante las cuales se trasladaron las principales responsabilidades del desarrollo social a los municipios. Posteriormente, en el año 1994 se trató de dar un mecanismo institucional estable a las políticas de juventud mediante la creación del Viceministerio de la Juventud adscrito al Ministerio de Educación Nacional, y mediante la aprobación de la Ley de Juventud en 1997 (Muñoz, 2003; Sepúlveda *et al.*, 2011).

Específicamente, mediante la ley 375 del 4 de julio de 1997 se crea la «Ley de la Juventud» en la que entre otras se contemplan las disposiciones que se presentan a continuación. En general, se crea todo un sistema institucional para el diseño, la implementación y la evaluación de la política pública de juventud, incluyendo la creación de mecanismos de protección de los jóvenes, como el Defensor de los Jóvenes en la Oficina del Defensor del Pueblo (Muñoz, 2003). Además, se legisla acerca del desarrollo de programas que creen condiciones de vida digna para los jóvenes, especialmente para los que viven en condiciones de extrema pobreza, en centros urbanos, que son parte de las comunidades afrocolombianas, indígenas y raizales⁵, indigentes, así como para

5 Raizales es la manera con la que se define la cultura característica propia del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Si bien estos son conocidos también como sanandresanos, lo cierto es que dicho gentilicio corresponde en sentido amplio a un grupo más diverso que incluye a los inmigrantes a las islas durante el siglo XX.

quienes se encuentren afectados por alguna discapacidad (Colombia, 1997).

En cuanto a la responsabilidad de la ejecución de los programas se establece que son los municipios y los distritos los ejecutores principales de la política de juventud en su respectiva jurisdicción. Estos tienen la competencia para formular planes y programas de inversión que permitan la ejecución de las políticas. Además, les corresponde apoyar el funcionamiento de los Consejos Municipales y Distritales de Juventud, así como promover la participación de los jóvenes en su territorio. A los departamentos les corresponde asesorar y coordinar la acción de los municipios y también promover acciones concurrentes entre ellos. Igualmente, los departamentos tienen competencia para formular planes y programas de inversión a escala departamental. Igualmente, se contempla que estos apoyarán el funcionamiento de los Consejos Departamentales de Juventud (Colombia, 1997).

La nación, a través del Ministerio de Educación y del Viceministerio de Juventud es la entidad encargada de formular y orientar la política nacional de juventud. Adicionalmente, el Viceministerio promoverá la coordinación y concertación intersectoriales a nivel nacional, así como formulará planes y programas de alcance nacional. A la nación también le corresponde facilitar la conformación de redes y el intercambio de experiencias entre los departamentos, distritos y municipios, así como verificar el adecuado funcionamiento del Sistema Nacional de Juventud (Colombia, 1997). Adicionalmente, en esta ley se contempla que el Estado garantizará oportunidades reales para la creación de empresas asociativas, cooperativas o cualquier tipo de organización productiva que beneficie a la juventud (Colombia, 1997).

Consecutivamente, en el año 2000, con el Decreto 822 se creó el Programa Presidencial para el Sistema Nacional de Juventud «Colombia Joven» adscrito al Departamento Administrativo de la Presidencia de la República, con el cometido de fijar políticas, planes y programas que contribuyeran a la promoción social, económica, cultural y política de la juventud (Muñoz, 2003).

Existen otros programas diferentes a los gubernamentales a los que puede acceder la juventud colombiana, por ejemplo, se encuentra el programa «Entra 21» que se planteó en el 2001 como respuesta a las necesidades de formación de jóvenes excluidos y para brindar la posibilidad de inserción laboral. Este programa está a cargo de la Fundación Internacional para la Juventud (FIJ) y el Fondo Multilateral de Inversiones (FOMIN) del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), con el apoyo de la Agencia de Cooperación del Gobierno de los Estados Unidos (USAID). Este programa cofinancia proyectos de em-

pleo juvenil en tecnologías de información (TI); se trata de un programa que apoya proyectos locales para capacitar jóvenes y asistirlos en la búsqueda exitosa de empleos que requieran habilidades en TI. Así, este programa busca enlazar las necesidades del mercado laboral y las de los jóvenes cuyos intereses y capacidades hacen de ellos los candidatos ideales para llenar los vacíos en TI (Hernández, 2005).

Así, el programa «Entra 21» aporta donaciones y asistencia técnica a organizaciones sin ánimo de lucro en América Latina y el Caribe. Las donaciones son entregadas a proyectos de capacitación e inserción laboral dirigidos a jóvenes a quienes imparten habilidades en TI, capacitándolos para trabajar con computadores, internet y otras tecnologías y equipos utilizados en el lugar de trabajo (Hernández, 2005). Los jóvenes a los que se dirige «Entra 21» están ubicados preferentemente en zonas urbanas, en condiciones de exclusión que los marginan de los ámbitos laborales o que los sitúan en el mercado informal o aquellos que se encuentran vinculados con actividades ilegales (Hernández, 2005). Fundamentalmente, estos jóvenes son capacitados para acceder al mercado laboral en el sector de *call centers* (Hernández *et al.*, 2010).

Otras de las principales acciones de políticas estatales para la inserción laboral de la juventud en Colombia son programas como Familias en Acción, Jóvenes en Acción, entre otros, con su más cercana evidencia en la ley 789 de 2002 (Cardona *et al.*, 2008). En esta ley se brinda apoyo a los afiliados a las Cajas de Compensación que perdieran su empleo, a través de la asignación de un subsidio que entregarían estas entidades en bonos que dieran derecho a ciertos servicios de las cajas, equivalentes a un 50% del salario mínimo (Cardona *et al.*, 2008). La creación de estímulos para la generación de empleos en las micro, pequeñas y medianas empresas, consistentes en subsidios al empleo, recursos de crédito y exención de parafiscales para empresas que empleen personas vulnerables y estudiantes; la aplicación de estos estímulos está supeditada a que la tasa nacional de desempleo se ubique por encima de 12% (Cardona *et al.*, 2008).

Por otro lado, se le quitó el monopolio de la formación para el trabajo al SENA y se reglamentaron los contratos de aprendizaje, la ley permite ahora la remuneración de los aprendices por debajo del salario mínimo y estableció la obligatoriedad de contratar aprendices para las empresas que ocupen quince o más trabajadores, o como alternativa, cancelar una cuota monetaria, destinada a financiar un fondo para la promoción empresarial del SENA (Cardona *et al.*, 2008). Se adoptaron medidas para disminuir costos laborales, se amplió la jornada de trabajo ordinario hasta las 10 de la noche, se disminuyó el

sobrecargo para el trabajo durante festivos y dominicales, y se redujo a la mitad la indemnización por despido sin justa causa (Cardona *et al.*, 2008). Lo anterior demuestra, sin embargo, que la principal incidencia de esta reforma ha sido la de formalizar en Colombia la flexibilidad laboral, con el efecto de precarizar la situación laboral de los trabajadores y entre ellos los jóvenes usuarios de los programas de formación para el empleo (Cardona *et al.*, 2008).

En cuanto a políticas dirigidas al autoempleo, la ley 1014 de 2006 establece la obligatoriedad del «fomento a la cultura del emprendimiento» (título de la ley 1014 de 2006). Si bien es importante desarrollar procesos dentro de la educación básica para fomentar el emprendimiento, es necesario concebir que estos procesos por sí mismos no obtienen como resultado que los jóvenes generen autoempleo, ya que en varias convocatorias se vislumbran proyectos de emprendimiento no solo con falta de valor agregado, sino a su vez poco sostenibles en el tiempo (Díaz y Celis, 2010).

Durante el 2009 el SENA inició el plan 250 Mil, iniciativa que busca brindarles la posibilidad a 250 mil jóvenes entre 18 y 30 años pertenecientes a los estratos uno, dos y tres de ingresar a niveles de formación técnica y tecnológica (Vargas, 2009; Sepúlveda *et al.*, 2011). Esta política pretendía combinar la retención de jóvenes en la capacitación y a la vez su inserción laboral en calidad de aprendices (Vargas, 2009; Sepúlveda *et al.*, 2011).

Posteriormente, se expide la ley 1429 de 2010 de formalización y generación de empleo, más conocida como la «Ley del primer empleo», cuyo objeto es la formalización de las pequeñas empresas, así como la generación de empleo (Pizarro y Yepes, 2011). Los estímulos de esta ley están dirigidos principalmente a pequeñas empresas creadas por jóvenes menores de 28 años. Particularmente, los incentivos se centran en promover programas de microcrédito y crédito, desarrollo de programas de apoyo técnico y financiero, formación y capacitación, instaurar iniciativas para fortalecer las relaciones entre Universidad-empresa-Estado, mejorar la ocupabilidad de los jóvenes, progresividad del pago de impuestos y otras contribuciones parafiscales (Colombia, 2010).

Recientemente se expidió el estatuto de ciudadanía juvenil mediante la ley 1622 de 2013. En esta ley se definen como jóvenes a la población entre 14 y 28 años cumplidos, a quienes se les considera en proceso de consolidación de su autonomía intelectual, física, moral, económica, social y cultural que hacen parte de una comunidad política y en ese sentido ejercen su ciudadanía. Además, se estipula que el Estado en coordinación con la sociedad civil implementará gradual y progresivamente medidas de prevención, protección, promoción y

sanción, tendientes a garantizar el ejercicio pleno de la ciudadanía juvenil que permitan a los jóvenes realizar su proyecto de vida y participar en igualdad de derechos y deberes en la vida social, política, económica y cultural del país (Colombia, 2013).

Dentro de las medidas de protección establecidas en esta ley se contempla: garantizar la permanencia en el sistema educativo de jóvenes en estado de embarazo, jóvenes portadores de VIH y medidas de protección integral para jóvenes con discapacidad; así como también desarrollar estrategias que aseguren la seguridad en las condiciones laborales y una remuneración justa (Colombia, 2013).

En esta ley también se contempla que serán los municipios, distritos, departamentos y la nación, atendiendo a la autonomía territorial, quienes formularán o actualizarán de manera coordinada y con carácter participativo las políticas públicas de juventud, atendiendo a criterios diferenciales por territorios y contextos. Así, los municipios iniciarán la formulación de las políticas públicas de juventud en un plazo de seis meses a partir de la elección de los Consejos Municipales de Juventud. La nación iniciará la formulación de la política pública nacional de juventud en un plazo de doce meses, contados a partir de la elección de los consejeros de juventud municipales (Colombia, 2013). Igualmente, se estableció en esta ley la Semana Nacional de la Juventud, la cual tendrá lugar durante la segunda semana del mes de agosto, con el propósito de promover actividades para la discusión y análisis de las necesidades de las juventudes, así como las alternativas de solución a ellas (Colombia, 2013).

Con respecto a programas específicos para las mujeres jóvenes, Gallo (2011) señala que en las propuestas formativas no existe un análisis de los acontecimientos cotidianos diferenciados por género en el espacio laboral. Tal es el caso de las adolescentes embarazadas quienes retrasan la inserción laboral y la formación educativa, comparadas con los jóvenes varones. En las políticas no se hace explícito lo que implica el uso del tiempo reproductivo y de crianza para el éxito de las jóvenes mujeres en el mundo laboral.

Igualmente, a pesar de la creación de todos estos programas, no se cuenta con ningún trabajo serio y comprensivo sobre los resultados e impactos de estas políticas dirigidas hacia la juventud colombiana. Desde el Estado colombiano ha existido una actitud errática y débil respecto a las políticas de juventud, a pesar de haberse creado marcos normativos importantes (Sarmiento, 2004). El tema de juventud perdió paulatinamente importancia dentro de las prioridades de los últimos gobiernos en Colombia, debido a la falta de voluntad política,

al debilitamiento de la democracia participativa y a la magnitud de la crisis generada por la guerra, la pérdida de institucionalización del país, la pobreza, el desequilibrio en las finanzas públicas y la recesión económica (Sarmiento, 2004). Los diagnósticos se repiten de manera monótona y los planes de acción tienden a corregir las fallas del pasado o atender la coyuntura, sin proponerse ninguna transformación de tipo estructural (Sarmiento, 2004).

Finalmente, se puede decir que en Colombia existen diversos instrumentos políticos que inciden en el mercado laboral juvenil, pero que la realidad de su comportamiento en los últimos años muestra que estos no han sido suficientes, por el contrario, los indicadores laborales de este grupo poblacional se han ido deteriorando (Pedraza, 2008). Por tal motivo, siendo los y las jóvenes un grupo poblacional de gran importancia, el manejo del mercado laboral juvenil en Colombia requiere de herramientas políticas nuevas, o al menos es necesario reevaluar las vigentes.

En este sentido, valdría la pena que las políticas se dirigieran a hacer una mejor articulación de los jóvenes con el mundo productivo, de tal manera que la legislatura y las políticas respondan a las realidades actuales requiriéndose, por ejemplo, que el crecimiento económico permita que los sectores donde se concentra la mayor cantidad del empleo se puedan articular con ese dinamismo y que este proceso se acompañe con la creación de nuevas vacantes con fácil acceso para la población juvenil, ya que como se evidenció previamente Colombia presenta tasas de desempleo juvenil más altas que en otros contextos latinoamericanos.

Políticas de empleo para la juventud en México

Los programas puestos en práctica para combatir el problema de la inadecuada inserción laboral de los jóvenes en México han pasado fundamentalmente por dos tipos de mecanismos: uno es la capacitación y otro es el intento de generación de empleos y de autoempleos. Así vemos que en México se han hecho intentos para adecuar la oferta de fuerza de trabajo a las nuevas demandas del aparato productivo mediante la creación de programas que buscan facilitar la movilidad de la mano de obra y el ajuste del mercado laboral.

En 1978 se crea en México el Servicio Nacional de Empleo (SNE), cuya propuesta parte de brindar a la población información, vinculación y orientación en materia laboral, así como otorgar apoyos económicos y capacitación e instrumentar estrategias de movilidad laboral interna y externa entre la población económicamente activa. Si bien su objetivo no se dirige exclusivamente al grupo de jóvenes, sus pro-

gramas atienden a personas de entre 16 a 55 años (dependiendo del tipo de programa) en muchas de sus modalidades y dadas sus características permiten la incorporación del universo juvenil desempleado o que busca capacitarse.

Una propuesta del SNE fue el Programa de Capacitación a Trabajadores Desempleados (PROBECAT) que inició en 1984 (Jusidman, 1997). El PROBECAT se funda para incorporar a los desempleados (jóvenes y no jóvenes) en cursos de capacitación y recalificación mediante el pago de un salario mínimo, de una ayuda de transporte y de los costos de la capacitación durante el tiempo que dure el curso. Este programa contaba en sus inicios con dos modalidades: la mixta, que consistía en que la capacitación se hacía con la coparticipación de alguna empresa, donde programa y empresa asumían de manera compartida los gastos y responsabilidades del curso; y un sistema escolarizado, en donde la capacitación y los gastos eran responsabilidad absoluta del programa.

Actualmente el SNE se ha ampliado y ofrece información diversa: sobre bolsas de trabajo, ferias de empleo, talleres para buscadores de empleo, centros de intermediación laboral, quioscos de información, boletines informativos y, sobre diferentes apoyos como por ejemplo Becas a la Capacitación para el trabajo (Bécate) y Fomento al autoempleo (SNE, 2013). Si bien es un programa nacional presenta sus propuestas y ofertas a nivel estatal.

El PROBECAT, hoy día, sigue siendo un programa de fomento al empleo en donde los jóvenes continúan siendo uno de los grupos beneficiarios. A lo largo del tiempo ha ampliado su cobertura atendiendo a 1,200 localidades en todo el país vía una red de 99 oficinas en 83 ciudades del país, y también ha aumentado las opciones ofrecidas, así por ejemplo se pueden mencionar:

1. Capacitación escolarizada: en esta opción se imparten conocimientos teóricos y prácticos en centros educativos, en función de la demanda del sector productivo. Las capacitaciones duran tres meses aproximadamente,
2. Capacitación para el autoempleo: se imparten cursos con el propósito de promover alternativas de ocupación mediante el trabajo por cuenta propia, los cursos duran de uno a tres meses.
3. Iniciativas locales de empleo: se busca capacitar a desempleados o subocupados organizados en proyectos productivos para que constituyan o fortalezcan su propia fuente de empleo, y
4. Capacitación mixta: se realizan cursos a petición expresa y en coordinación con el sector empresarial. Su duración es de uno a dos

meses y las clases prácticas ocupan de 60 a 70% del total del curso (SNE, 2013).

Otra propuesta, creada desde 1988, fue la llamada Calidad Integral y Modernización en la Micro, Pequeña y Mediana Empresa (CIMO). Este programa aún vigente, busca la capacitación de los trabajadores en la micro, pequeña y mediana empresa vía asesorías, consultorías y asistencia técnica y se inserta entre los denominados Apoyos a la Capacitación (SNE, 2013), nicho socorrido entre los jóvenes.

El Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) fue creado en 1998 con el objeto de promover y fomentar las condiciones que aseguren a la juventud⁶ un desarrollo pleno e integral; plantea estrategias propias para paliar la problemática del desempleo juvenil, ofrece a los jóvenes una Bolsa de Trabajo de manera coordinada con la Secretaría del Trabajo y Previsión Social en la cual integra un sistema de información de la oferta laboral existente. Ha creado el Centro de Intermediación Laboral en donde se les facilita a los interesados equipos de cómputo y líneas telefónicas para que puedan consultar la información que se ofrece en el portal de la Secretaría. A su vez presta ayuda sobre cómo realizar un currículum, y con el apoyo de la Dirección General de Centros de Formación para el Trabajo (CECATI) brinda capacitación para el trabajo en cursos regulares con descuentos en la inscripción (IMJ, 2013).

Una política para incrementar el empleo que se instituyó en el país a principios de este siglo fue la que tenía como intención generar puestos de trabajo vía el autoempleo y la creación de micro empresas, propuesta presentada y llevada a cabo en el sexenio de Vicente Fox (2000 a 2006). Durante este período la propuesta fue impulsar la creación de pequeños negocios en donde la población se autoempleara. A fines del sexenio la Secretaría de Economía informó que se habían entregado cerca de 5,500 millones de pesos como apoyo a la creación de mini establecimientos o talleres denominados «changarros», a los cuales se les había apoyado con cuatro mil pesos⁷. La Secretaría informó a su vez que se había atendido a 25 millones de mexicanos que entraron al sector financiero emergente identificado como microfinanzas (*El Financiero*, 2006). El programa no contenía restricciones en cuanto a la edad y los depositarios del mismo podían ser población joven.

Sin embargo, se trató de una propuesta polémica considerada por muchos como un fracaso en la medida en que 60% de las microem-

6 El IMJ considera como joven a la población que tiene entre 12 y 29 años de edad. Y en términos laborales es legal su incursión al mercado a partir de los 14 años con algunas restricciones.

7 Poco más de 300 dólares.

presas apoyadas no salieron adelante, muchos de estos micronegocios o «changarros» duraron entre seis y ocho meses y la intención de generar un espacio de microfinanzas sólido no se logró, en tanto la informalidad no solo no se erradicó sino que se incrementó (*El Occidental*, 2008).

Posteriormente durante el período presidencial de Felipe Calderón (2006-2012) se inicia un programa dirigido en específico a la población que intentaba por primera vez insertarse en el mercado laboral, en donde los beneficiarios en gran medida serían los jóvenes. La propuesta surge bajo la consideración de que «la política social del Estado debe considerar, entre otros aspectos, el impulso de iniciativas que favorezcan la incorporación de más mexicanos al empleo formal y dignamente remunerado» (Muñoz, 2007:11), el objetivo era crear nuevos empleos y su nombre fue Programa Primer Empleo (PPE).

Uno de los grupos beneficiados del PPE serían los nuevos trabajadores, los jóvenes, al incentivar a las empresas a contratar trabajadores adicionales de nuevo ingreso, es decir, «que la contratación supere el número máximo de trabajadores registrado por el patrón a partir de la publicación del presente decreto, y que el trabajador no tenga registro previo ante el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) como trabajador permanente» (Muñoz, 2007: 3), además, que el trabajador contratado nunca antes haya cotizado en el IMSS como trabajador permanente. Los empleadores por su parte obtendrían un subsidio equivalente al pago de las cuotas obrero patronales correspondientes a los 12 primeros meses de aseguramiento del trabajador (Muñoz, 2007).

Este programa presentó algunos inconvenientes: primero, su vigencia concluiría en el año 2012 para los efectos del pago del subsidio; segundo, no se logró una creación masiva de empleos, como se ofreció en su formulación; tercero, según señala Muñoz, no resolvió la falta de empleo ni la mala remuneración, pero tampoco apoyó realmente al trabajador mal pagado sino que el apoyo directo fue a la empresa contratante⁸ (Muñoz, 2007). Si bien el PPE se lanzó como propuesta muy ambiciosa, no tuvo mucho éxito, según Rodríguez (2010), en una revisión preliminar sobre las políticas públicas para promover el empleo juvenil, señala que el programa realmente no ayudó a detener la crisis económica, tuvo poca difusión y, sobre todo, quedaron fuera sectores como el de la construcción, los servicios personales o el pequeño comercio, que tienden a estar fuera de la seguridad social, y son —además— un nicho en donde el universo juvenil tiene gran presencia.

8 Para Muñoz (2007) este programa carecía además de parámetros de evaluación, lo cual debe ser un requisito indispensable.

Existen también programas que buscan no la inserción laboral vía el mercado, sino la capacitación como eje que permita que cada persona o cada joven tenga más posibilidades, a partir de estar más y mejor capacitado, para encontrar un empleo. Aquí se ubican los programas de Apoyo a la Capacitación del SNE. El programa CIMO —antes citado— apoya la capacitación de los trabajadores dentro de la micro, pequeña y mediana empresa vía asesorías y consultorías. Existe también el Consejo de Normalización y Certificación de Competencia Laboral (CONOCER) que se crea en 1995 con el objeto de fomentar el desarrollo competitivo de los trabajadores; sus funciones son promover y coordinar las normas y procesos de evaluación y certificación de competencia para reconocer los conocimientos, capacidades, habilidades y destrezas de las personas sin importar la forma en que estos hayan sido adquiridos (SNE, 2013).

En resumen, desde el Estado, han surgido propuestas y políticas varias, pero solo algunas (PROBECAT, PPE y las llevadas a cabo directamente por el Instituto Mexicano de la Juventud) están específicamente dirigidas a atender a la población joven. Pero, si se atienden las cifras y se revisa la tendencia, el problema del desempleo juvenil y de la baja calidad de los trabajos en que los jóvenes se desenvuelven nos muestra que falta mucho por hacer.

Sin embargo, existen otras instancias que desde distintas ópticas y medios acercan información y propuestas para apoyar la entrada de los y las jóvenes al mercado laboral. Desde el área educativa, las universidades públicas o privadas realizan Ferias del Empleo en las que ofrecen a los alumnos de los últimos semestres y a los egresados tanto de nivel licenciatura como de posgrado, la posibilidad de entrar en contacto con los oferentes de empleo, la intención es facilitarles su incorporación al mercado laboral en condiciones que satisfagan las necesidades de los jóvenes universitarios y de las mismas empresas.

Y tienen un papel importante también las organizaciones de la sociedad civil (OSC) que se han interesado en esta problemática. Algunas OSC se han dado a la tarea de generar proyectos alternativos, principalmente en el terreno de la formación para el trabajo de los jóvenes. Estas organizaciones buscan disminuir el nivel de desempleo entre los jóvenes a partir de promover entre ellos el desarrollo de habilidades y competencias y así facilitarles su ingreso al trabajo vía una capacitación, buscando su reinserción educativa o bien desarrollando el liderazgo y el emprendimiento productivo; tal es el caso, por ejemplo, de Jóvenes Constructores de la Comunidad AC, cuya finalidad es mejorar las opciones de empleabilidad y reinserción esco-

lar de jóvenes de comunidades marginadas (Jóvenes Constructores, 2013). O bien, otro ejemplo de este tipo de organizaciones es Servicios a la Juventud (SERAJ) que dentro de sus campos de acción incluye la atención al empleo y a la educación de los jóvenes que viven en zonas de pobreza y marginación (Seraj, 2013).

A fines del siglo pasado surge en Europa el tema de los nuevos yacimientos de empleo, que refieren a las alternativas laborales, a puestos por descubrir que surgen como consecuencia de la globalización y del cambio tecnológico en que los jóvenes han crecido. En el origen estos nuevos yacimientos aparecen en el ámbito de los servicios, en aquello que tiene que ver con la vida diaria⁹ (Cachón, 1998). Para extraer la verdadera potencialidad de estos yacimientos, Cachón señala que tanto la administración pública como los agentes sociales deben contribuir para lograr la articulación de los mercados cuando su reproducción no sea espontánea. Para esto se requiere: revalorizar algunas cualificaciones, potenciar la aparición de promotores de proyectos, proporcionar referencias en cuanto a precios de los servicios que se ofertan, garantizar la calidad y continuidad de los servicios que se prestan, proporcionar profesionalidad desde lo local, mejorar la adecuación entre la formación y el empleo, evitar el carácter precario de algunos empleos y cambiar la mentalidad de los consumidores (Cachón, 1998: 15). En México existen ya estos yacimientos, en 2011 aparece un estudio que explora la posibilidad de autogenerar empleos de jóvenes involucrados en estrategias creativas y culturales (García y Urteaga, 2011). El estudio detalla cómo jóvenes mexicanos desde sus trincheras construyen sus espacios, crean iniciativas autónomas con recursos mínimos y van día a día resolviendo sus necesidades básicas saltando de un proyecto a otro¹⁰.

Políticas de empleo para la juventud en Uruguay

Desde comienzos de la década del noventa, Uruguay ha otorgado una progresiva importancia a las políticas de empleo y en especial a aquellas que van dirigidas a la población joven. Esto se visualiza tanto en la puesta en marcha de diversos programas que corresponden a esta categoría de políticas públicas, como en los cambios institu-

9 La Comisión Europea clasificó los nuevos yacimientos de empleo en cuatro apartados: 1) vida diaria, 2) mejora de la calidad de vida, 3) cultura y ocio y 4) protección del medio ambiente (en Cachón, 1998).

10 Un grupo de investigadores, coordinados por Maritza Urteaga y Néstor García Cancini indaga sobre las estrategias que los jóvenes crean para desplegar su creatividad y crearse un empleo dentro del área de las artes visuales, en el ambiente musical y como editores (García y Urteaga, 2011).

cionales promovidos desde entonces. Los avances más recientes de este proceso ha sido la puesta en funcionamiento del Servicio Público de Empleo, instrumentado territorialmente a través de los Centros Públicos de Empleo mediante convenios con las intendencias departamentales y la creación, en mayo de 2009, del Instituto Nacional de Empleo y Formación Profesional (INEFOP) (Perazzo *et al.*, 2009).

En este contexto general, Uruguay desde 1991, cuenta con un Instituto Nacional de la Juventud (INJU). En términos agrupados las acciones implementadas e impulsadas por este han ido destinadas a los jóvenes para llevar adelante un centro de información a la juventud, y realizar proyectos como la «Tarjeta Joven» ya prácticamente olvidada, «Amplificá tu voz» o «Trabajo por Uruguay Joven», «Voluntariado juvenil», programa «Arrimate espacio joven» y programa de cultura e inclusión social MIDES-MEC (Celiberti, *et al.*, 2007), entre otros programas, que en general han tenido un impacto variable.

Ahora, a nivel central, otros programas orientados exclusivamente, o destinados en parte a la población joven, son los programas PROJOVEN, INFAMILIA y Programa de Adolescencia del Ministerio de Salud Pública (MSP). En el caso de PROJOVEN, se entiende como una acción llevada a cabo por la Junta Nacional de Empleo (JUNAE), la Dirección Nacional de Empleo (DINAE) y el Ministerio de Trabajo, mismo que ha focalizado su acción en la capacitación laboral de jóvenes entre 17 y 24 años de bajos recursos (priorizándose quienes no estudian) y su posterior inserción socio-laboral (Filardo *et al.*, 2010).

Ubicados en espacios diferentes, pero con el objetivo de cubrir, atender y trabajar con la población joven uruguaya, se han constituido espacios de reflexión y acción en materia de juventud como la Comisión Interdepartamental de Juventud, la que desarrolla su trabajo en el marco del Congreso Nacional de Intendentes. Este espacio institucional busca propiciar un espacio político de intercambio de cara al establecimiento de una política nacional de juventud que contemple las particularidades locales. Por medio de esta iniciativa, se busca un intercambio de las estrategias municipales de políticas de y para jóvenes.

Desde otra aproximación, resulta interesante mencionar que algunas de las principales reformas implementadas por el primer gobierno de izquierda en Uruguay (a partir del año 2005), han logrado impactos relevantes en los ingresos de las y los jóvenes trabajadores. Es el caso de la Reforma Tributaria propuesta y promulgada sobre la lógica de «quien gana más, paga más. Y quien gana menos, paga menos», la cual se organizó en torno de porcentajes variables de tributación crecientes, es decir, cuanto más altos los ingresos mayor es la aportación, lo que deja a una parte importante de la población, que

justamente son los que perciben ingresos más bajos, sin obligaciones fiscales. Es para este último sector, en el que están ampliamente representados los trabajadores jóvenes, donde el impacto de la reforma fue más manifiesto ya que significó que dejó de aportar (la legislación anterior los obligaba a hacerlo), con lo cual sus ingresos subieron gracias a la eliminación de dicha obligación (INJU, MIDES y OPP, 2009; Rodríguez, 2011).

Una tercera aproximación al tema de las políticas y programas dirigidos a la población joven tiene que ver con las posibilidades, oportunidades y alternativas de formación. En este marco, de acuerdo con Barretto (2003), las modalidades de formación profesional que operan en Uruguay se pueden dividir en dos, por un lado, la formación profesional inicial y, por el otro, la ocupacional. A su vez, dentro de la formación ocupacional se distingue la inicial de la continua.

La formación profesional inicial forma parte del sistema formal de educación, y está a cargo del Consejo de Educación Técnico Profesional por intermedio de la Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU). Este organismo público tiene como función la enseñanza cultural destinada a la elevación intelectual de los trabajadores y a su formación técnica; la enseñanza completa de los conocimientos técnicos manuales e industriales, atendándose en forma especial los relacionados con las industrias extractivas y de transformación de las materias primas nacionales; la enseñanza complementaria para obreros; la enseñanza de las artes aplicadas; la contribución al perfeccionamiento de las industrias existentes; fomento y colaboración de las que puedan organizarse; información respecto a la estructura y funcionamiento de las industrias nacionales y, finalmente, el examen de las aptitudes técnicas (Ameglio, 2007).

Por su parte, la formación ocupacional inicial se lleva adelante a través de diversos organismos públicos y entidades privadas de distinta naturaleza jurídica. En el sector público, el más relevante es el Centro de Capacitación y Producción (CECAP), que funciona en la órbita del Ministerio de Educación y Cultura y que tiene por cometido la capacitación de jóvenes en situación de riesgo, con problemas de conducta y aprendizaje. En el ámbito del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, funciona la Junta Nacional de Empleo, a través de una gestión tripartita con programas de capacitación y formación enfocados a los jóvenes.

En el contexto de la formación ocupacional continua, esta recae en el Consejo de Capacitación Profesional, organismo público que tiene programas de enseñanza curricular para trabajadores en actividad que necesitan adaptar sus cualidades a los cambios que se producen fundamentalmente en el sector productivo. También cumple un rol

importante en esta materia la Junta Nacional de Empleo, que tiene programas de capacitación para desempleados y trabajadores con dificultades de inserción.

Por último, la formación ocupacional permanente se lleva adelante también a través de entidades que operan en el sector privado, que prestan servicios a empleadores que en forma unilateral o por convenio colectivo imparten capacitación. En esta línea, hace ya tiempo que en Uruguay se han dictado leyes para el fomento de la contratación de jóvenes y de pasantes tanto en la actividad privada como pública (Ameglio, 2007). Un ejemplo de esto último es la ley 16.873 promulgada en 1997, la que establece requisitos y brinda beneficios a las empresas que incorporen jóvenes bajo alguna de las cuatro modalidades contractuales establecidas por la norma. El objetivo que persigue esta ley es doble: por un lado facilitar el acceso a un empleo formal y, por el otro, complementar, a través de una experiencia práctica de trabajo, los conocimientos teóricos derivados de la capacitación.

Las modalidades contractuales previstas por la ley pueden agruparse en cuatro tipos. Una primera forma es el contrato de práctica laboral para egresados, esta forma comprende a jóvenes de hasta 29 años de edad, con formación previa y en busca de su primer empleo vinculado con la titulación que posean, con el objeto de realizar trabajos prácticos complementarios y aplicar sus conocimientos teóricos. Este contrato debe celebrarse por escrito y el plazo no podrá ser inferior a tres meses ni exceder de los doce meses. Este contrato solo podrá concretarse cuando el joven acredite, fehacientemente, haber egresado de universidades, centros públicos o privados habilitados de formación docente, de enseñanza técnica, comercial, agraria o de servicios. El puesto de trabajo y la práctica laboral deberán ser, en todos los casos, adecuados al nivel de formación y estudios cursados por el joven practicante (Ameglio, 2007).

La segunda modalidad contractual son las becas de trabajo que benefician a jóvenes de 15 a 24 años pertenecientes a sectores sociales de bajos ingresos a efecto de vincularlos a un medio laboral y puedan concretar una primera experiencia laboral. También este contrato debe pactarse por escrito y la duración no podrá exceder de nueve meses, pudiendo los jóvenes beneficiarse de la beca por única vez (Ameglio, 2007).

En este sentido, se tiene también la figura de becarios, dirigida a jóvenes mayores de 15 años que están cursando la enseñanza superior y que necesitan desarrollar una actividad productiva en concordancia con los objetivos educativos (ley 17.230 del año 2000), que establece el sistema de pasantías laborales como mecanismo regular de la forma-

ción curricular. El pasante debe recibir de la empresa donde desarrolla su experiencia una remuneración equivalente a los dos tercios del salario vigente, y este pago no está gravado por aportes a la seguridad social. La actividad que desarrolla el estudiante no tiene naturaleza laboral sino que es una actividad técnico-pedagógica (Ameglio, 2007).

La tercera forma es el contrato de aprendizaje. En este un empleador se obliga a ocupar a una persona no mayor de 29 años y enseñarle o hacerle enseñar, íntegra y metódicamente, de acuerdo con un programa establecido por un instituto de formación técnico-profesional, un oficio calificado o profesión durante un período previamente fijado y en el curso del cual el aprendiz está obligado a trabajar al servicio de dicho empleador. Este contrato debe pactarse por escrito entre la empresa, el aprendiz y la institución de formación técnica profesional responsable de la capacitación. En esta modalidad contractual las partes pueden pactar un período de prueba no superior a noventa días, en el cual cualquiera de las partes puede rescindir el contrato sin incurrir en responsabilidad alguna (Ameglio, 2007).

Por último, la cuarta modalidad de contratación es el aprendizaje simple, mediante el cual el empleador se obliga a proporcionar trabajo e impartir capacitación en forma metódica durante un período determinado, de forma que el joven adquiera los conocimientos prácticos necesarios para el desempeño de un oficio o puesto de trabajo calificado. El empleador asume la obligación de proporcionar un trabajo adecuado al objeto del aprendizaje y a designar un instructor para supervisar el desempeño del joven. El contrato debe formalizarse por escrito, y el plazo contractual no podrá ser inferior a cuatro meses ni superior a seis meses (Ameglio, 2007).

En el contexto descrito los organismos públicos, en particular la Junta Nacional de Empleo, se han apoyado en esta ley 16.873 para complementar los cursos teóricos de capacitación con una práctica efectiva a través de una experiencia de trabajo concreta en empresas del sector público y privado.

En el sector público es bastante frecuente que los jóvenes que ingresan a su primera experiencia laboral a través de alguna de estas formas de contratación, se incorporen en forma estable luego de terminado el plazo contractual. Pero para el caso de los empleadores privados, estos no se han habituado a recurrir a la contratación de jóvenes a través de las modalidades previstas en esta ley. Quizás una de las razones para que esto suceda es la cantidad de requisitos formales que deben completarse en cada contratación. El contrato por escrito, el acuerdo con la institución de enseñanza y la inscripción del contrato en el Ministerio de Trabajo son formalidades que no facilitan el recurso a esta contrata-

ción. Los empleadores privados son más receptivos a contratar jóvenes a través de alguna de las modalidades previstas en esta ley cuando la iniciativa la toma la institución pública o privada que tiene a su cargo la formación profesional (Ameglio, 2007).

Para cerrar, es importante realizar algunas consideraciones acerca del programa PROJOVEN (mencionado al inicio de este apartado). Este programa responde a una segunda fase de implantación de políticas de capacitación e inserción en el mercado laboral para jóvenes procedentes de hogares de bajos ingresos, especialmente aquellos que no logran terminar ninguna formación profesional y que abandonan la educación formal desde antes de haber terminado el ciclo básico.

Si bien es en 1996 cuando se puso en marcha el Programa de Capacitación e Inserción Laboral para Jóvenes (PROJOVEN), es desde las modificaciones introducidas por la ley 16.736 de Presupuesto del 5 de enero de 1995, cuando se amplía el universo de beneficiarios de los cursos de capacitación laboral como instrumento para facilitar la inserción en el mercado laboral. Así, los objetivos centrales de PROJOVEN son fortalecer la articulación entre la capacitación laboral para los jóvenes y las exigencias del mercado laboral; cooperar con las empresas en sus procesos de incorporación de jóvenes semicalificados y apoyar a las entidades de capacitación que trabajan con la población objetivo para el fortalecimiento de su capacidad de gestión y vinculación con el mundo productivo (Abdala, 2009).

Comentarios finales

Colombia, México y Uruguay, al igual que otros países latinoamericanos, están pasando o concluyendo la etapa del «bono demográfico» o «ventana de oportunidad» (Ministerio de Protección Social, 2006; Secretaría General Iberoamericana, 2008; Alcaldía Mayor de Bogotá, 2013). Este proceso, que como ya se dijo, impacta sobre la estructura demográfica de las poblaciones, además ha estado acompañado por una acelerada urbanización que ha implicado una mayor incidencia en la demanda de servicios sociales, en los patrones de consumo y en la inserción misma en el mercado de trabajo (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2013).

La población joven, a diferencia de los adultos, presenta relaciones más complejas con el mercado laboral. Mientras la relación de los adultos con el empleo se vincula con el estar ocupado, desempleado e inactivo; entre los jóvenes se suman a estas características la dimensión educativa —ya que aún se encuentran en la etapa de formación inicial—, así como la experiencia o inexperiencia en el trabajo

y la falta de información acerca del comportamiento de los mercados (Schkolnik, 2005; Vera y Castioni, 2010).

En este período particular de la juventud, vinculado a mercados latinoamericanos exigentes pero poco diversos, los jóvenes —principalmente los de menores niveles educativos e inferior calificación— sufren de manera particular la problemática de la incursión laboral. En los países aquí analizados, se han llevado a cabo diversos programas y planes específicos destinados a la población juvenil con el objetivo de mejorar la entrada al mercado laboral; además en las últimas décadas, los sistemas educativos y de formación profesional han tenido una expansión significativa. No cabe duda de que se han fomentado políticas públicas de empleo para la juventud en los tres contextos aquí analizados, que buscan mejorar la calidad de vida de los jóvenes, y como en el caso colombiano, hacer frente al conflicto armado de las cuales las y los jóvenes de ese país fueron protagonistas. Sin embargo, también se ha mostrado que la juventud latinoamericana es heterogénea y su incursión en el mercado es diversa y desigual en cuanto a su edad, sexo y dependiendo del lugar donde habitan.

Así, Colombia, México y Uruguay si bien pertenecen a un mismo continente, ofrecen a sus jóvenes accesos y oportunidades distintas. Las diferencias por género se perciben desde esta etapa juvenil, principalmente en el caso mexicano, en 2012 las cifras revelan que las jóvenes mexicanas viven la vida más en espacios privados que en públicos, pero además participan poco —al igual que las colombianas— en el sistema educativo y mucho en las labores domésticas no remuneradas, lo cual las coloca en una posición de mayor vulnerabilidad ahora y de exclusión a futuro. Las uruguayas, en cambio, tienen mayores oportunidades de socializar fuera del hogar.

Con relación al trabajo, ellas, las mujeres en términos generales, tienen más presencia en trabajos no remunerados y en general tardan más buscando un trabajo, si bien los jóvenes han sido vistos a lo largo del tiempo como la mano de obra secundaria o emergente, en México y Colombia en especial, son las jóvenes quienes mantienen ese papel, la desprotección hacia ellas es mayor que para los hombres jóvenes.

El panorama mostrado en este documento no es, en general, positivo. Las políticas implementadas para apoyar la inserción de los jóvenes al trabajo no han logrado resultados satisfactorios. La tasa de desempleo mostrada en este texto para 2012 no habla de disminuciones importantes¹¹. Se destaca además que son poco visibles las lecturas y pro-

11 En 2007 la tasa de desempleo para Colombia fue de 22.6%, para México de 6.7% y para Uruguay de 24.3%.

puestas de las políticas públicas de juventud con perspectiva de género, y que los pocos énfasis realizados en esta materia han estado ligados al tema de la salud sexual y reproductiva y no en el entorno laboral.

En conclusión, en la revisión sobre las políticas públicas dirigidas al fomento del empleo de la juventud en Colombia, México y Uruguay, se evidencia que aunque se han diseñado políticas y se han creado organismos encargados de su formulación y evaluación, en general no se han conseguido avances significativos en las mejores condiciones laborales y de vida de los jóvenes, debido a factores tales como: la falta de una institucionalidad fuerte en materia de juventud que no se supedita a la voluntad política de los gobiernos de turno y la debilidad de un sistema donde la sociedad civil y el movimiento juvenil está desarticulado y no presenta propuestas comunes.

Desde distintas áreas se ha intentado incidir en la presencia de los jóvenes en el mercado, desde el área formativa y de la capacitación, desde la creación de empleos dirigidos específicamente hacia ellos, desde espacios empresariales, desde la sociedad civil, desde lo nacional hasta lo local. Sin embargo, excepto en el caso uruguayo en donde, a partir de la entrada al poder del partido de izquierda en 2005, las políticas cambiaron de giro e iniciaron cambios que a 2012 muestran una mejor posición de los jóvenes ocupados, la situación de los jóvenes que trabajan o buscan trabajo no mejora sustancialmente.

La problemática planteada en este texto es relevante pues no se trata solo de elevar la tasa de empleo juvenil, o de terminar con el desempleo, sino también de generar dinámicas que eliminen el deterioro de la calidad del trabajo para los jóvenes, es decir, de evolucionar hacia trabajos de mejor calidad y en mejores condiciones (OIT, 2012).

Incluir a la juventud al mercado laboral es todo un desafío, y las políticas para hacerlo deben ser de rápida intervención; pero se requiere de un interlocutor sensible, capaz y comprometido que posibilite el aumento de la demanda laboral a través de acciones deliberadas de política económica y social que incidan en el mercado de trabajo, con sesgo hacia los jóvenes. De no hacerlo pronto, el contingente juvenil más que ser un bono demográfico se convertirán en una generación perdida.

Bibliografía

- Abdala, E. (2004), «Formación y empleabilidad de jóvenes en América Latina», capítulo *Identidades y formación para el trabajo en los márgenes del sistema educativo: Escenarios contradictorios en la garantía social*, Montevideo: CINTERFOR, pp. 17-65.
- (2005), «Nuevas soluciones para un viejo problema: modelos de capacitación para el empleo de jóvenes. Aprendizajes en América Latina», capítulo *La inclusión laboral de los jóvenes: entre la desesperanza y la construcción colectiva*, Montevideo: CINTERFOR, pp. 30-38.
- (2009), «La evaluación de los programas de capacitación laboral para jóvenes en Sudamérica», *Papeles de Población*, vol. 15, n.º 59, enero-marzo, Universidad Autónoma del Estado de México. México.
- Alcaldía Mayor de Bogotá (2013), *Juventud Proyecto de Presupuesto 2013*, Bogotá: Secretaría Distrital de Hacienda.
- Ameglio, E. J. (2007), «Formación profesional y empleo para los jóvenes en Uruguay», *Revista Latinoamericana de Derecho Social*, n.º 5, julio-diciembre, México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Barretto, H. et al. (2003), *Derecho de la formación profesional en Uruguay*, Montevideo: CINTERFOR.
- Cabella, W. (coord.) (2012), *Análisis de situación en población Uruguay*. Montevideo: UNFPA/Presidencia de la República, Oficina de Planeamiento y Presupuesto, Comisión Sectorial de Población.
- Cachón, L. (1998), «Juventud y nuevos yacimientos de empleo: retos y posibilidades», *Revista de Estudios de Juventud*, n.º 41, julio, Barcelona, pp. 9-16.
- Cardona, M., Macías, J. y Prada, P. (2008), *La educación para el trabajo de jóvenes en Colombia, ¿Mecanismos de inserción laboral y equidad?*, Bogotá: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Celiberti, L., Filardo, V. y Quesada, S. (2007), *Informe nacional de Uruguay: grupos focales*, Montevideo: Cotidiano Mujer y GEUG-FCS.
- CEPAL (2012), *Estudio económico de América Latina y el Caribe. Las políticas ante las adversidades de la economía internacional*. Santiago de Chile, Chile: Naciones Unidas.
- (2013), *Balance Económico Actualizado de América Latina y el Caribe 2012*. Informe anual. Santiago de Chile, Chile: Naciones Unidas.
- /UNFPA/OIJ (2012), *Juventud y bono demográfico en Iberoamérica*. Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ) y el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Madrid.
- Colombia (1997), *Ley 375- por la cual se crea la ley de la juventud y se dictan otras disposiciones, Ley 1429 de 2010*, Colombia: Congreso de Colombia.
- (2013), *Ley 1622- por medio de la cual se expide el estatuto de ciudadanía juvenil y se dictan otras disposiciones*, Colombia: Congreso de Colombia.
- Díaz, C. y Celis, J. (2010), «Efectos no deseados de la formación para el trabajo en la educación media colombiana educación y educadores», *Educación y Educadores*, vol. 13, pp. 199-216.
- El Financiero* (2006), *El Financiero en línea* publicación del 3 de julio de 2006 en <<http://fox.presidencia.gob.mx/buenasnoticias/?contenido=25047>>, acceso 26 de septiembre de 2013.
- El Occidental* (2008), *Finanzas locales. Los changarros de Fox, un rotundo fracaso*, publicación del 8 de marzo de 2008, en <<http://www.oem.com.mx/esto/notas/n621520.htm>>, acceso 26 de septiembre de 2013.
- ENOE (2007), «Glosario», *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, 2007*, Secretaría del Trabajo y Previsión Social, Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, México, pp. 233-242.

- Filardo, V. (coord.), Chouhy, G. y Noboa, L. (2010), *Jóvenes y adultos en Uruguay: cercanía y distancias. Proyecto: Juventudes e Integración Sudamericana: diálogos para construir la Democracia Regional. Resultados de la Encuesta en Uruguay, 2009*. Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales. Montevideo.
- Gallo, N. (2011), «Formando juventudes: estado del arte de propuestas formativas con jóvenes en la ciudad de Medellín, Colombia», *Educación y Educadores*, vol. 14, pp. 601-614.
- García Canclini, N., y Urteaga, M. (2011), *Cultura y desarrollo: Una visión distinta desde los jóvenes*. Madrid: Fundación Carolina, UAM.
- García, Brígida. (2010), «Precariedad laboral y desempleo en México, 2000-2009» ponencia presentada en *X Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, Somede. México.
- Hernández, J. (2005), «Entra 21. Preparando a los jóvenes para entrar en el nuevo mundo del trabajo», capítulo *La inclusión laboral de los jóvenes: entre la desesperanza y la construcción colectiva*, Montevideo: CINTERFOR, pp. 30-38.
- Hernández, X., Suárez, F., Cataño, E., Canal, L., Restrepo, D., Bohórquez, C. y Patiño, D. (2010), *Crecimiento de mercados inclusivos. Estrategias empresariales para la superación de la pobreza y la exclusión en Colombia*, Colombia: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Alta Consejería Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional, Departamento Nacional de Planeación, Colombia Líder, Asociación Nacional de Empresarios de Colombia, Consejo Empresarial Colombiano para el Desarrollo Sostenible, Fundación Carolina, Fundación Avina, Organización Ashoka.
- IMJ (2013), *Instituto Mexicano de la Juventud, bolsa de trabajo para jóvenes en* <http://www.imjuventud.gob.mx/pagina.php?pag_id=92>, acceso 25 de septiembre de 2013.
- INJU, MIDES y OPP (2009), *Juventudes uruguayas: programas sociales e impactos de las reformas implementadas 2005-2009*. Montevideo.
- Jóvenes Constructores (2013), hoja electrónica de *Jóvenes Constructores* en <<http://www.jovenesconstructores.org/>> acceso 22 de septiembre de 2013.
- Jusidman, C. (1997), «Cambios estructurales y políticas públicas. El caso de las políticas de empleo» en GIMTRAP, *Seminario Nacional sobre Políticas Sociales, Sexualidad y Salud Reproductiva. Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza*, México, 31 p. (mimeo).
- Ministerio de Protección Social (2006), *Propuesta de generación de ingresos para población joven en situación de vulnerabilidad*, Colombia: Dirección General de Promoción Social, Dirección General de Protección Laboral, Dirección General de Planeación y Política Sectorial, Dirección General de Promoción del Trabajo.
- Muñoz Gómez, A. (2007), «El programa social del primer empleo en México», en *EPIKEIA Derecho y política. Revista electrónica de Promoción de la Cultura y la Educación Superior del Bajío A.C*, Universidad Iberoamericana, n.º 6. Otoño, León Guanajuato. pp. 1-17. <http://epikeia.leon.uia.mx/old/numeros/06/epikeia06-el_programa_del_primer_empleo.pdf> acceso 23 de septiembre de 2013.
- Muñoz, G. (2003), «Temas y problemas de los jóvenes colombianos al comenzar el siglo XXI», *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 1, pp. 145-180.
- Navarrete E. (2013), «Ventana de oportunidad» en *Revista México Social*, Año 2 no. 36. México, pp. 44-47.
- OIT (2012), *La crisis del empleo juvenil: Un llamado a la acción*. Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra, Suiza.
- (2013a), *Panorama Laboral 2012: América Latina y el Caribe*. Organización Internacional del Trabajo. Oficina Regional de la OIT para América Latina y el Caribe. Ginebra, Suiza.
- (2013b), *World of Work Report 2013. Repairing the economic and social fabric*. International Labour Organization. International Institute for Labour Studies. Geneva, Switzerland.

- Ordorica, M. (2011), Los diferenciales sociodemográficos en la definición de políticas públicas en el México de hoy. *Revista Coyuntura Demográfica*, (1), pp. 8-10.
- Pedraza, A. (2008), «El mercado laboral de los jóvenes y las jóvenes de Colombia: realidades y respuestas políticas actuales», *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 6, n.º 2, julio-diciembre, pp. 853-884.
- Perazzo, I. (2012), *El mercado laboral uruguayo en la última década*. Instituto de Economía, Serie Documentos de Trabajo DT 1/12. Montevideo: Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República.
- Rossel, C. Mazzuchi, G., Pintos, F. y Carrasco, P. (2009), *Políticas Activas de Empleo en Uruguay. Cuatro abordajes complementarios*. Montevideo: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social y Oficina de Planeamiento y Presupuesto de la Presidencia de la República.
- Pizarro, M. y Yepes, M. (2011), «Llevando proyectos de empleabilidad juvenil a mayor escala», *Serie de aprendizaje*, n.º 6, International Youth Foundation.
- Rodríguez, E. (2002), *Actores estratégicos para el desarrollo. Políticas de Juventud para el Siglo XXI*. México: Instituto Mexicano de la Juventud, SEP.
- (2004), *Políticas públicas de juventud en América Latina: Empoderamiento de los jóvenes, enfoques integrados, gestión moderna y perspectiva generacional*, UNICEF.
- (2011), «Empleo y juventud: muchas iniciativas, pocos avances. Una mirada sobre América Latina», *Revista Nueva Sociedad*, n.º 232, marzo-abril de 2011. Buenos Aires.
- Rodríguez, L. (2010), *Políticas públicas para promover el empleo juvenil y el emprendedurismo de los jóvenes en México. Una versión hacia la recuperación económica*. México: Proyecto PREJAL.
- Sarmiento, L. (2004), *Política Pública de Juventud en Colombia Logros, Dificultades y Perspectivas*, Colombia: Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud, UNICEF, Programa Presidencial Colombia Joven.
- Schkolnik, M. (2005), *Caracterización de la inserción laboral de los jóvenes*, División de Desarrollo Social de la CEPAL.
- Secretaría General Iberoamericana (2008), *Juventud y Desarrollo 2008: Nuevos desafíos con las y los jóvenes de Iberoamérica*, Secretaría General Iberoamericana.
- Sepúlveda, M; Londoño, J.; Hernández, E. y Márquez, F. (2011), *Balance de Políticas Públicas de Juventud. Medellín: 1990-2010*. Medellín: Alianza Escuela de Animación Juvenil.
- Seraj (2013), Hoja electrónica de *Organización Servicios a la Juventud* en <<http://www.seraj.org.mx/>> consultada el 26 de septiembre de 2013.
- Silva, A. C. y Sarmiento, J. A. (2013), «Desplazados forzados y su participación en el mercado laboral colombiano», *Revista Facultad de Ciencias Económicas «Investigación y Reflexión»*, vol. 21, n.º 1, p. 167-187.
- SNE (Sistema Nacional de Empleo) (2013), en <http://www.empleo.gob.mx/es_mx/empleo/servicio_nacional_de_empleo> acceso 25 septiembre de 2013.
- Vargas, F. (2009), *Colombia Programa de Formación de Jóvenes: «Plan 250 Mil»*, Organización Internacional del Trabajo (OIT).
- Vera, A. y Castioni, R. (2010), «Los jóvenes en Latinoamérica. La transición escuela-trabajo como objeto de las políticas públicas», *B. Téc. Senac: a R. Educ. Prof.*, Río de Janeiro, vol. 36, n.º 2, mayo-agosto, pp. 5-17.

Transição entre o trabalho e o estudo de jovens e adolescentes no Brasil: projeção de tendências demográficas

*Elzira Lúcia Oliveira*¹

*Gustavo Henrique Naves Givisiez*²

Resumo

O objetivo deste artigo é estimar e projetar, para 2025, para Brasil e unidades da federação, as probabilidades dos adolescentes e jovens estarem nas situações ocupacionais e educacionais *só estudar*, *só trabalhar*, *estudar e trabalhar* e *não estudar e nem trabalhar*. A estratégia metodológica se baseia no uso do modelo Idade-Período-Corte associado ao modelo de regressão *logito multinomial*. O estudo revelou que a probabilidade de os adolescentes e jovens só estudarem no grupo etário 12-13 anos melhorou, contudo, ainda existirão indivíduos nessa idade com probabilidade de assumir situações de estudo e trabalho, e não trabalhar e nem estudar. O indivíduo que não apresenta defasagem de idade e série tem probabilidade maior de assumir o estudo de forma exclusiva em comparação com aquele que apresenta defasagem. Os achados permitem subsidiar políticas educacionais com objetivos de aumentar a permanência dos adolescentes e jovens na escola, bem como melhorar o capital humano.

Palavras chave: trabalho, estudo, adolescentes.

Abstract

The aim of this paper is to estimate and to project for 2025, for Brazil and units of the federation, the odds of adolescents and young people are in occupational and educational situations: *only study*, *only working*, *studying and working* and *not studying and neither working*. The methodology is based on the model Age-Period-Cohort associated with the multinomial logit regression model. The study revealed that although it has improved the likelihood of assuming the exclusive study in the most critical ages, will still remain a individuals at early ages in situations likely to take to work and study simultaneously, even not engage in study activities and neither job. The individual has no discrepancy age and grade level, is more likely to take the study uniquely compared to one who has discrepancy age and grade level. The findings can support educational policies with goals of increasing the permanence of adolescents and young people in school and improving human capital.

Keywords: work, school, teens.

1 Professora adjunta III do curso de geografia. Universidade Federal Fluminense, (Brasil), elziralucia@globocom.com.

2 Professor adjunto. Universidade Federal Fluminense. Profesor colaborador. Universidade Candido Mendes, (Brasil), ghnaves@globocom.com.

Introdução

O objetivo geral deste artigo é estimar, para Brasil e unidades da federação, as probabilidades de os adolescentes e jovens estarem nas situações ocupacionais e educacionais *só estudar, só trabalhar, estudar e trabalhar e não estudar e nem trabalhar*. O objetivo específico é projetar, para 2025, as probabilidades futuras desse segmento populacional pertencer a uma das quatro categorias ocupacionais e educacionais estudadas.

Os conceitos de criança e adolescente são distintos nas diferentes culturas e sociedades, mas, reconhecidamente, dizem respeito a uma pessoa em desenvolvimento. Contudo, em organismos internacionais focalizados nesse segmento, não se observam limites superiores e inferiores de idade claramente definidos para esta fase do ciclo de vida. No caso brasileiro, o Estatuto da Criança e do Adolescente (ECA) define como adolescentes aqueles que têm entre 12 e 18 anos. Este artigo adotará o conceito do ECA e considerará como adolescentes os indivíduos com idade entre 12 e 18 anos incompletos e como jovens os indivíduos no intervalo etário de 18 a 23 anos.

A estratégia metodológica se baseia no uso do modelo Idade-Período-Coorte (IPC) associado ao modelo de regressão *logito multinomial*. Acredita-se que as variáveis explicativas de idade, período e coorte sintetizam de forma parcimoniosa os eventos relacionados às transições do ciclo de vida grupo em estudo e forneça uma estimativa confiável das probabilidades relacionadas a cada uma dessas dimensões demográficas e a seus possíveis estados ocupacionais e educacionais.

Além das variáveis do modelo IPC, serão incluídas as variáveis explicativas: condição no domicílio (filho e não filho) e defasagem de idade e série. Assume-se que essas variáveis afetam a progressão escolar, podendo contribuir para o abandono da escola e acionar a transição precoce para o mercado de trabalho.

Além desta introdução e das considerações finais, este artigo apresenta quatro seções. A segunda sintetiza a literatura que discute a questão central do trabalho; a terceira descreve a metodologia e a base de dados; a quarta discute os resultados.

Antecedentes

A literatura econômica tem debatido de forma exaustiva os determinantes do trabalho precoce. Esses determinantes encontram alguma explicação nas ligações entre pobreza e tamanho da família, e entre tamanho da família e qualidade da educação das crianças.

Estas inter-relações retomam as discussões sobre os efeitos da transição da fecundidade sobre a pobreza. Diante disso, a decisão de ter mais ou menos filhos afetaria o investimento em capital humano nos filhos tidos, na medida em que o número e a composição etária familiar afetam a decisão alternativa de alocação do tempo entre escola e trabalho.

Entre os determinantes da participação do jovem no mercado de trabalho, Freeman y Wise (1982) destacam o nível de atividade econômica medido pelos agregados, como o desemprego, a taxa de crescimento da renda pessoal, o nível de renda média no local de residência e a proporção dos jovens ocupados em relação ao total de jovens. O argumento dos autores é que o emprego dos jovens é mais sensível aos movimentos cíclicos da economia. Assim, quanto maior fosse a atividade econômica poder-se-ia pensar que maior seria a taxa de participação da população jovem no mercado de trabalho, o que está de acordo com as teorias clássicas de oferta de trabalho, pois o impacto da atividade econômica sobre os salários geraria incentivos à oferta de trabalho, considerando um efeito de substituição entre lazer e trabalho. Os autores citam ainda que a existência de uma política de salário mínimo – na hipótese de o valor fixado ser superior ao que os empregadores estariam dispostos a pagar pelo trabalho do jovem – prejudicaria a sua inserção no mercado de trabalho.

Freeman y Wise (1982) acrescentam ainda as características individuais que diferenciam um jovem de outro em um dado momento da vida, a exemplo da educação. Encontraram-se evidências de que jovens que saem da escola com nível educacional abaixo da média do seu grupo têm menores chances de empregabilidade futura comparativamente aos seus pares. O trabalho durante o ensino médio, sem evasão, produz efeito contrário, pois diferencia o jovem em relação à experiência, produzindo um efeito positivo sobre a sua empregabilidade. Essas evidências ressaltam a importância do impacto da defasagem de idade e série e sua associação com a evasão escolar, que afeta negativamente a empregabilidade futura.

Vocational training in high school shows little, if any, relationship to labor market success, even among youths who obtain no further education after high school. Academic performance in high school, on the other hand, is positively related to both employment and wages after graduation and entry into the labor force. And most important and possibly surprising, youths who work in high school work much longer per year when they enter the labor force full time than teenagers who do not work while in high school, and they earn more per hour as well (Freeman and Wise, 1982: 3).

Dessa forma, o estudo das decisões que envolvem oferta de trabalho e demanda por ensino formal, por parte do segmento populacional em estudo, e como tais decisões são afetadas pela idade, pelo período e pela coorte, deve, obrigatoriamente, passar por alguns estudos que lançaram luz ao entendimento da associação entre pobreza, oferta de trabalho infantil, e tamanho e estrutura etária da família.

Hausmann y Székely (2001), usando dados em nível de domicílio para a América Latina, tentam elucidar as causas das diferenças de fecundidade entre os países e entre domicílios pobres e ricos, em um mesmo país. O argumento principal é que o fator crítico não é exatamente a educação dos pais e, em particular, a da mãe, mas sim o potencial de retorno da educação da mãe no mercado de trabalho. Nesse sentido, eles argumentam que, quanto mais baixo é o salário relativo que a mulher recebe pelo seu estoque de capital humano no mercado de trabalho, maior é a probabilidade de ela ter mais filhos. Sendo assim, a participação da mãe no mercado de trabalho afeta as decisões de fecundidade, e vice-versa. O retorno à educação também está relacionado com a pobreza do domicílio, uma vez que a participação no mercado de trabalho de mulheres com baixo rendimento é aproximadamente 10% menor do que a das mulheres com potencial de ganho maior.

Da mesma forma que a fecundidade e a participação da mãe no mercado de trabalho são relacionadas, existe uma relação circular entre as decisões de fecundidade e a educação das novas gerações. A possibilidade de investimento em capital humano para as novas gerações depende do número e da idade dos filhos beneficiários do investimento. A estrutura educacional muda ao longo da distribuição de renda e mostra um hiato a favor dos ricos entre os anos de estudos esperados em cada idade entre ricos e pobres.

Intuitivamente, quanto maior o tamanho da família, dada uma restrição de renda, menor será o investimento em capital humano *per capita*. Se os pobres, em média, têm famílias mais numerosas do que os ricos, eles dispõem de um montante menor de recursos para ser distribuído para um número maior de beneficiários. Isso resulta numa quota individual de recursos irrisória e insuficiente para suprir todas as necessidades do domicílio. Sendo isso verdade, a alocação eficiente desses recursos privilegia necessidades mais imediatas, como alimentação, em detrimento do investimento em capital humano. Diante da escassez de recursos, a família decide por alocar diferencialmente os recursos em capital humano ou o tempo dos filhos entre trabalho e escola, ou só trabalho ou só escola. Uma questão que se coloca é como tais decisões afetarão as coortes de filhos ao longo do seu ciclo de vida.

O investimento em capital humano possui uma relação inversa com o número de indivíduos que compartilham a mesma renda em uma família. Becker (1994) verificou que o número de crianças numa família que dividem os mesmos recursos está negativamente associado com o gasto por criança. Mesmo um pequeno gasto adicional com os dependentes implica um gasto efetivo maior, limitando a disponibilidade de recursos *per capita*. Desse modo, famílias numerosas poderiam investir menos no capital humano de seus filhos, afetando suas trajetórias individuais e seus rendimentos futuros.

Os investimentos em capital humano mais importantes são a educação formal e o treinamento no trabalho (Becker, 1964) – formas de obtenção de capital humano que deveriam ser complementares. O indivíduo ingressaria no ensino formal em cumprimento à sua progressão natural ao longo das idades. Com uma dada bagagem de capital humano via escolarização, ingressaria no mercado de trabalho e, por meio de treinamento, aumentaria seu capital humano acumulado traduzido em um período de experiência no mercado de trabalho.

O problema é que essa sequência de eventos não é verificada para todos os indivíduos de uma mesma coorte de nascimento, bem como não o é para todas as coortes de nascimento. Cada coorte de nascimento é composta por indivíduos que cumprem a sequência de eventos ideal e por indivíduos que não cumprem. A bagagem cultural e familiar é um fator importante na sequência dos eventos citados. O que se verifica é que algumas crianças e alguns adolescentes ingressam no mercado de trabalho concomitantemente à escola, ao passo que algumas dedicam seu tempo somente ao mercado de trabalho e outras cumprem a sequência ideal: primeiro a escola e depois o trabalho. Apesar de serem escolhas simultâneas, elas podem ser mutuamente excludentes quando a entrada no mercado de trabalho ocorre em detrimento da escola. Isso acarretaria um acúmulo de capital humano proveniente apenas do treinamento no trabalho. Como a criança cujos pais decidem pela alocação do seu tempo no mercado de trabalho está, na quase totalidade dos casos, inserida em famílias pobres e numerosas, com certeza, ela não recebeu o preparo adequado no ambiente familiar. Com isso, mesmo as pequenas diferenças adquiridas no ambiente familiar se multiplicam ao longo do tempo de forma a produzir diferenças significativas na adolescência (Becker, 1994).

As crianças cujo ambiente familiar é deficiente em capital humano e recursos materiais se inserem precocemente no mercado de trabalho. Consequentemente, a sua deficiência em capital humano se multiplica ao longo do tempo, fazendo-as chegar à idade jovem com baixa qualificação, prejudicando sua inserção no mercado de trabalho nesta idade

(Ravallion y Wodon, 1999). Além disso, alguns trabalhos, como os de Dusaisamy (2000) y Ray (2000), verificam evidência empírica de uma associação significativamente positiva entre educação dos pais e renda familiar com a probabilidade de a criança frequentar escola, e uma associação negativa com a probabilidade de a criança participar do mercado de trabalho. A educação dos pais tem um efeito sobre a educação dos filhos, já que um nível educacional maior é entendido como tendo contrapartida de um retorno financeiro maior, de forma que os pais que auferem uma renda maior têm mais recursos para investir no capital humano dos filhos. Tal verificação confirma a associação positiva dos vários aspectos da pobreza com a alocação do tempo da crianças, adolescentes e jovens no mercado de trabalho, e a associação negativa entre educação infanto-juvenil e pobreza.

Existem também evidências de que jovens inseridos em famílias ricas têm maior êxito em obter empregos com maiores remunerações, contudo, não teriam mais vantagem em encontrar trabalho relativamente ao jovem inserido em famílias pobres. Possivelmente, isso se deve às redes familiares de cada um desses estratos sociais. No entanto, “once a youth is employed, family characteristics are not related to wage rates” (Freeman y Wise, 1982: 13).

Jensen y Nielsen (1996) investigam as variáveis que afetam a frequência à escola e o trabalho infantil, usando dados de pesquisa domiciliar com informações sobre todos os membros do domicílio para Zâmbia. A análise empírica realizada por meio de modelo *logito* sugere que variáveis econômicas e sociológicas são importantes determinantes da escolha entre escola e trabalho infantil. Os autores encontram fortes evidências que confirmam a hipótese de que a pobreza força os pais a manterem as crianças fora da escola.

O relatório UNICEF (2011) alerta também para o fato de que a educação foi a forma mais promissora de eliminar a extrema pobreza na primeira década do século XXI. O mercado de trabalho das modernas economias demanda habilidades e educação avançada, sendo estes pré-requisitos para atrair capitais. O estudo frisa a importância da escola secundária sobre o crescimento econômico, relatando estudos que constataram forte relação entre esta e os resultados econômicos positivos entre 1960 e 1995. A educação, em geral, e a educação secundária, em particular, foram mencionadas como promotoras de igualdade de gênero e melhora da saúde materna. Ressalta-se também que a participação dos adolescentes na família e na vida em sociedade produz efeitos positivos para os indivíduos e sociedade quando entram para vida adulta.

The personal benefits of participation for adolescents are immense. Building decision-making abilities in young people empowers them when it comes to making decisions about their own health and well-being. Adolescents who participate actively in civic life are more likely to avoid risky activities such as drug use or criminal activity, to make informed decisions about sex, to take ownership over their legal rights and to navigate their way through the array of challenges they encounter on their journey to adulthood. When they become adults, this empowerment will inform the decisions they make on behalf of their own children (UNICEF, 2011: 68).

Relatório Kids Count (2005) observou que a escola e o trabalho, em suas diversas combinações, são os meios pelos quais o jovem adquire as habilidades para realizar sua transição para vida adulta. No entanto, os jovens que ficam muito tempo desligados destes caminhos para sua independência são menos bem-sucedidos como adultos em termos proventos, bem-estar e nível de escolaridade.

Ainda neste contexto, o trabalho de Islam y Choe (2011) estuda o impacto da participação do domicílio em programas de microcrédito sobre o trabalho infantil e a escolarização. Os autores utilizaram um *survey* com representatividade nacional, produzido em Bangladesh, em 1998. Os resultados demonstraram que o fato de o domicílio ser beneficiário de algum programa de microcrédito produz efeitos adversos sobre ambos: a escolarização das crianças e a situação do trabalho infantil, que se agrava. Além disso, os autores ressaltam que as meninas são mais suscetíveis de sofrer os efeitos adversos do que os meninos, sobre os quais os efeitos são ambíguos. Entre outros achados principais, ressalta-se que, embora o efeito adverso não seja fortemente diferenciado pelo sexo da pessoa de referência que adquire o crédito, encontrou-se alguma evidência de que os efeitos adversos sobre a escolarização das meninas seja menor quando o crédito é obtido pela mãe do que quando é obtido pelo pai. O aumento do trabalho infantil é, no escopo do trabalho de Islam y Choe (2011), em grande parte devido ao empreendedorismo do domicílio facilitado pelo microcrédito. A chance de uma criança inserida em um domicílio que participa do programa se engajar em atividades laborais é duas vezes maior do que a verificada para crianças de domicílios não participantes do programa. Os autores ressaltam que os achados permanecem robustos quando submetidos a diferentes métodos e quando corrigidos por várias fontes de viés de seleção.

Resultados de trabalhos dessa natureza são úteis para chamar a atenção para os efeitos ambíguos de políticas que visam minimizar a pobreza por meio de transferência de renda ou crédito subsidiado. A

implementação desse tipo de programa deve ser acompanhado por condicionantes de elegibilidade que visem à manutenção de crianças e jovens na escola, assim como condicionantes de saúde, similar aos critérios de elegibilidade do Programa Bolsa Família no Brasil. Ressalta-se, entretanto, que deve-se garantir a efetividade do controle.

Zabaleta (2011) trabalha com dados de painel para identificar as consequências da alocação de tempo em atividades laborais por crianças de seis a 14 anos, na Nicarágua em 1998, sobre a escolaridade. Em, 1998, por meio de informações sobre o uso do tempo, verificou-se a situação laboral e educacional das pessoas com seis a 14 anos e, em 2001, com defasagem de três anos, quando essas crianças estariam com idade entre nove e 17 anos, os domicílios foram novamente entrevistados para identificar mudanças na situação laboral e educacional dessas crianças nesse lapso de tempo. Encontrou-se evidências de que o tempo dedicado a atividades laborais produz consequências negativas sobre a progressão escolar subsequente, mesmo quando se considera o estoque de capital humano previamente acumulado. O engajamento em atividades laborais por mais de três horas por dia está associada ao fraco desempenho escolar no médio prazo. Desagregando por tipo de trabalho, identificou-se que o tempo alocado na atividade no mercado de trabalho produz maiores efeitos negativos sobre o desempenho escolar comparativamente ao tempo alocado em tarefas domésticas, no domicílio.

Por outro lado, Sabia (2009) investiga a relação entre o trabalho durante o ano escolar e o desempenho acadêmico de jovens adolescentes com idade inferior a 16 anos. O autor utiliza dados do National Longitudinal Study of Adolescent Health produzido pelo Carolina Population Center da Universidade da Carolina do Norte em Chapel Hill. As estimativas feitas por meio dos Mínimos Quadrados Ordinários indicaram relação positiva entre trabalhar menos do que 10 horas semanais e o desempenho acadêmico. As estimativas de efeitos fixos, sugerem, na opinião do autor, que grande parte desse efeito pode ser explicado por heterogeneidade individual. Ainda segundo o autor, há pouca evidência de que trabalhar durante o ano escolar – segundo regulamentação americana para trabalho abaixo dos 16 anos – afeta o comprometimento escolar dos adolescentes, os hábitos de trabalho ou a orientação futura para o trabalho. O trabalho de Sabia (2009) não encontra respaldo em uma série de estudos que associam os efeitos adversos do trabalho sobre o desempenho escolar de alunos do ensino médio. Contudo, o autor ressalta que essas diferenças podem ser explicadas por:

(i) effective work hour limits and job restrictions set under the child labor provisions of the Fair Labor Standards Act, (ii) parents optimally limiting work hours of their children, or (iii) freelance jobs being less likely to have important crowding out effects at low hours of work (Sabia, 2009: 275).

Outros trabalhos têm verificado a relevância das variáveis demográficas individuais e do domicílio – como raça, número de irmãos, atividade e estrutura etária dos irmãos –, no desempenho escolar e nas atividades não escolares de crianças. O número de alunos matriculados e a estrutura etária dos mesmos revelaram ser uma importante variável de controle, pois a presença de irmãos jovens significa menos escolaridade individual, maior distorção entre idade e série, e mais oferta de trabalho infantil (Patrinos y Psacharopoulos, 1997; Blunch y Verner, 2000; Freeman y Wise, 1982).

Como em todos os estudos demográficos, especialmente no que diz respeito aos eventos de ciclo de vida, o sexo é uma variável importante, pois as escolhas individuais, especialmente aquelas que se referem a trabalho, escola e formação de família, diferenciam-se por sexo. Enquanto os homens mantêm tendência de transição precoce para o mercado de trabalho, as mulheres possuem tendência maior que eles tanto para estarem inativas quanto para estudarem exclusivamente (Oliveira *et al.*, 2010). O relatório da UNICEF (2011) sobre a situação de crianças e adolescente no mundo constatou que homens e mulheres enfrentam obstáculos diferentes quanto à permanência na escola. Enquanto mulheres enfrentam dificuldades como o trabalho doméstico, o casamento infantil, a exclusão étnica e social e a gravidez precoce, os homens tendem a relatar maior insatisfação com escola, a influência de colegas e a falta de envolvimento da família como principais obstáculos à sua permanência na escola.

O estudo da coorte de 1958 de jovens do Reino Unido realizado por Kiernan (1991) constatou que homens e mulheres ingressavam no mercado de trabalho após a conclusão dos estudos, com aproximadamente 18 anos. Na época, aproximadamente da metade dos jovens conseguia emprego no primeiro mês após deixar os estudos, e praticamente a totalidade conseguia o primeiro emprego em até seis meses. Os dados coletados pela autora mostraram que as mulheres saíam de casa antes dos homens, sendo que elas saíam para seu primeiro casamento e eles, embora com menos intensidade, pelo mesmo motivo; o segundo motivo mais importante era estudo e trabalho, respectivamente. Foi também verificado que a inatividade era maior entre as mulheres.

Por outro lado, a condição do jovem na família tem forte relação com sua probabilidade de pertencer às quatro categorias de trabalho

e estudo. Observou-se que jovens na condição de filhos têm menor probabilidade de estar na situação de trabalho exclusivo. Isso pode ser explicado pelo fato de os pais proverem os recursos necessários para que o jovem permaneça na escola, reduzindo sua necessidade de recorrer ao mercado de trabalho para obter recursos para a sobrevivência ou educação.

Kassouf (2000) analisa o lado da oferta de trabalho infantil no Brasil e investiga a relação entre características sociodemográficas dos pais e a participação dos filhos no mercado de trabalho e na escola. Os resultados são coerentes com trabalhos da literatura internacional que investigam essas relações. Evidencia-se a relação negativa da educação com a escolaridade dos pais, ou seja, a maior escolaridade dos pais tem o efeito de reduzir a probabilidade de as crianças trabalharem e de aumentar a probabilidade de elas estudarem. O tamanho da família (número de irmãos mais novos) também apresentou uma associação positiva com o trabalho infantil e negativa com a escolaridade. Ao contrário do que é observado em outros países, no Brasil, não ficou claro o fato de que a presença do irmão mais velho diminui a probabilidade de as crianças trabalharem: irmãos mais velhos não agem como substitutos de mão de obra dos irmãos e irmãs mais novos.

Usando um modelo de *probit* bivariado, Muniz (2001) mensura e analisa a influência de algumas variáveis (renda líquida familiar *per capita*, educação da mãe, posição geográfica, cor e sexo, entre outras) nas decisões de alocação do tempo da criança entre escola e trabalho. A particularidade do modelo adotado consiste em dividir o trabalho de crianças de cinco a 15 anos, em atividades assalariadas e não assalariadas, o que permite uma análise mais acurada da influência das variáveis sobre os dois tipos de trabalhos em questão. Os principais achados foram: 1) algumas variáveis individuais, familiares e de domicílio produzem efeitos diferentes e significantes sobre o trabalho assalariado e não assalariado da criança; 2) atividades não assalariadas são mais frequentes entre as famílias mais pobres, ao passo que atividades assalariadas ocorrem uniformemente entre todos os *decis* de renda.

Em outros trabalhos brasileiros, os fatores que determinam a escolha dos jovens entre estudar, trabalhar, exercer ambas as atividades ou nenhuma delas são analisados por meio do modelo *logito multinomial*. Os regressores normalmente utilizados são sexo, idade, situação de domicílio, ocupação do chefe do domicílio, tamanho da família (número de crianças e número de adultos), educação dos pais, renda familiar exclusiva a renda da criança ou do jovem etc. Nos casos estudados, a educação dos pais tem uma relação fortemente positiva com estudar e não trabalhar, e negativa com as demais formas de alocação,

o que configura um resultado na mesma direção dos trabalhos internacionais (Corseuil, Santos e Foguel, 2000; Leme e Wajnman, 2000).

Leme e Wajnman (2000) procuram os determinantes da decisão de alocação de tempo em quatro possíveis formas de alocação entre trabalho e estudo: apenas estudar, apenas trabalhar, ambas ou nenhuma, preocupando-se especialmente com a simultaneidade da relação entre a frequência à escola e o trabalho dos jovens e adolescentes no Brasil. As probabilidades estimadas para 1981 e 1996 indicaram maior probabilidade de estudo exclusivo para as mulheres, contudo, para os homens, verificou-se probabilidades similares de estudar sem trabalhar e de somente trabalhar em 1981; em 1996, a probabilidade de estudo exclusivo para os homens se apresenta mais alta. O padrão por idade, em 1981, revelou relação negativa com a probabilidade de somente estudar e positiva com a probabilidade de somente trabalhar, ou seja, à medida que aumenta a idade diminui a probabilidade de estudo exclusivo e aumenta a probabilidade de trabalho exclusivo. As autoras não encontram evidências de papel determinante da idade sobre as probabilidades de não trabalhar e não estudar, e de exercer ambas as atividades simultaneamente. Em 1996, o padrão se mantém, no entanto, verifica-se uma diminuição, para todas as idades, da probabilidade de trabalhar exclusivamente e um aumento da probabilidade de exercer as duas atividades simultaneamente. A educação dos pais, em 1981, apresentou forte relação positiva com atividade de estudo exclusivo e negativa com as demais situações investigadas no trabalho.

Corseuil, Santos e Foguel (2000) realizam um estudo comparativo entre Brasil, Chile, Peru e Honduras, dos fatores que determinam as mesmas escolhas investigadas em Leme e Wajnman (2000), ou seja, a escolha entre estudar, trabalhar, exercer ambas as atividades ou nenhuma delas. Os autores trabalharam com amostras independentes de homens e mulheres com idade de 14 a 15 anos. Os resultados apontaram que todas as variáveis explicativas selecionadas como possíveis determinantes das escolhas foram significantes em, pelo menos, um dos oito modelos estimados (um modelo para cada sexo de cada um dos quatro países). No entanto, verificou-se grande heterogeneidade em relação a qual variável é significativa em cada modelo, sugerindo, na opinião dos autores, que características institucionais, geográficas e culturais não modeladas podem ter influência sobre as variáveis socioeconômicas consideradas nos modelos. Os autores, em consonância com a literatura internacional, e o estudo de Leme e Wajnman (2000) destacam o importante papel da educação dos pais, aumentando a probabilidade de dedicação ao estudo exclusivo, em todos os países analisados e para ambos os sexos.

Metodologia e fonte de dados

A fonte de dados utilizada foi a Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios (PNAD) dos anos de 1995, 1997, 1999, 2001, 2003, 2005, 2007 e 2009, realizada anualmente pelo Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE).

A PNAD foi criada em 1967 para complementar o sistema de pesquisas domiciliares do IBGE e tem múltiplos propósitos, que se traduzem na produção de informações socioeconômicas e demográficas de caráter permanente no corpo da pesquisa, a exemplo de educação, trabalho, rendimento, migração, fecundidade e habitação. Outras variáveis e temas, como saúde, nupcialidade e nutrição, são investigados esporadicamente na forma de suplementos especiais.

Desde sua criação até 1970, os resultados da pesquisa eram apresentados trimestralmente, passando, a partir de 1971, a ter seus resultados apresentados anualmente, exceto nos anos de realização do Censo Demográfico, 1970, 1980, 1991 e 2000 e, em 1994, por motivos excepcionais. Durante os anos 1980, o corpo básico da pesquisa foi mantido sem alterações com vistas a produzir uma série histórica das características investigadas. A partir de 1987, passou-se a inquirir de forma permanente sobre a cor das pessoas e, a partir de 1988, sobre a existência de rádio e televisão nos domicílios particulares permanentes.

Ao longo dos anos, a pesquisa foi sempre aprimorada, ora com a inclusão de variáveis, ora com a ampliação de conceitos, como foi o caso do conceito de trabalho na PNAD de 1992, que se tornou mais abrangente, visando captar grupos específicos de pessoas que exerciam algum tipo de atividade econômica e que, por aspectos conceituais, não eram classificadas como população ocupada.

A abrangência geográfica também se ampliou gradativamente ao longo do tempo, passando a cobrir áreas rurais e urbanas de todo o território nacional a partir de 2004.

Modelo Idade, Período e Coorte – IPC

Embora diversos autores já tenham adotado o Modelo IPC para investigar outros temas que refletem mudanças sociais, existem diferenças quanto à implementação do modelo. Oliveira e Rios-Neto (2004) investigam a participação na força de trabalho sob a perspectiva da Idade, da Coorte e do Período, por meio de Modelos Log lineares. Seguindo a investigação de mercado de trabalho, Gonzaga, Machado e Machado (2003) analisam os efeitos da Idade, do Período e da Coorte sobre as horas trabalhadas no Brasil. Essa mesma abordagem foi uti-

lizada para analisar a mortalidade por câncer cervical na Bélgica por Arbyn *et al.*, (2002). Verificou-se também um estudo sobre criminalidade com essa abordagem para analisar o efeito do período sobre a curva de criminalidade específica por idade na Alemanha (Grundies, 2000). Os estudos de Leme e Wajnman (2000) e de Corseuil, Santos e Foguel (2000) adotam o modelo *Logito Multinomial* para investigar as probabilidades de adolescentes estarem em uma das situações ocupacionais ou educacionais investigadas neste trabalho, sem, no entanto, empregarem a abordagem de Idade, Período e Coorte, embora alguns dos regressores utilizados possam ser *proxies* de alguma dessas variáveis, especialmente no trabalho de Wajnman e Leme (2000). A escolha metodológica se justifica e inova, pois, em que pese o número significativo de trabalhos que utilizam essa abordagem, são raros aqueles que utilizam o Modelo IPC associado ao Modelo de regressão *Logito Multinomial*.

Quando se trabalha com análise de coorte, deve-se ter em mente a estrutura dos dados e a forma de coletar as informações relevantes para a análise. Neste caso, foi utilizada a estrutura de múltiplo *cross-section*, que trabalha com idade por período ou uma matriz $I \times J$, na qual o espaçamento das primeiras (I) categorias de idade é igual às diferenças inter-períodos. Dessa forma, as $K=I+J-1$ diagonais da matriz correspondem às coortes de nascimento.

No modelo de Idade, Período e Coorte, há uma relação linear entre as variáveis, de forma que a idade corresponde à diferença entre o período e a coorte, ou seja, entre período e o ano de nascimento do indivíduo. Essa relação linear remete ao problema de multicolinearidade perfeita, que é denominado, na literatura do modelo Idade-Período-Coorte, como problema de identificação³. O problema de multicolinearidade faria com que os parâmetros do modelo fossem indeterminados e a variância dos estimadores fosse infinita (Gujarati, 2006). Neste trabalho, o problema de identificação foi solucionado pela imposição de que as duas coortes mais antigas tenham os mesmos coeficientes, o que é plausível à medida que se admite não haver tempo suficiente para mudanças sociais entre duas coortes sucessivas.

A variável coorte, ou seja, aquelas pessoas que nasceram em um mesmo intervalo de tempo e envelheceram juntas, está implícita entre os grupos de idade e os períodos. A idade é a variável mais evidente de mudança cronológica que transporta o indivíduo para um determinado papel social. A coorte e o período, por sua vez, retratam o marco da

3 Mais detalhes sobre o desenvolvimento do modelo podem ser obtidos em Retherford, R. D. and Choe, M. K. *Statistical models for causal analysis*. New York: Wiley-Interscience, 1993: 258.

idade em diferentes contextos temporais, dirigidos por determinadas regras sociais. Dessa forma, acredita-se que o modelo IPC utilizado neste trabalho sintetize as transições de ciclo de vida, incorporando as mudanças sociais refletidas nas coortes e o contexto econômico que afetam os indivíduos de diferentes coortes.

Modelo de regressão

Este trabalho valeu-se do modelo de regressão *Logito Multinomial* associado ao modelo explicativo Idade-Período-Coorte (IPC). Além das variáveis explicativas do modelo IPC, foram incluídas como variáveis preditivas: condição no domicílio (filho e não filho) e defasagem idade e série. As variáveis respostas foram os possíveis estados ocupacionais, a listar: 0, se o indivíduo não era economicamente ativo e não estudava, que foi a categoria de referência; 1, se o indivíduo era economicamente ativo e estudava; 2, se o indivíduo era economicamente ativo e não estudava e 3, se o indivíduo não era economicamente ativo e estudava.

As variáveis explicativas foram: a variável de idade (I) com categorias $i = 1, 2, 3, 4, 5$ e 6, correspondentes aos grupos etários bienais entre 12 e 23 anos; a variável de período (P) com classes $j = 1$ até 8; correspondentes aos anos 2009, 2007, 2005, 2003, 2001, 1999, 1997 e 1995, nessa ordem. Implícita em uma matriz de seis linhas e oito colunas (I x P) está a variável de coorte (C), marcando a categoria de coorte cronológica na qual um dado indivíduo se localiza.

Criaram-se seis grupos de idade bienais dos adolescentes e jovens filhos, a listar: 12 a 13, 14 a 15, 16 a 17, 18 a 19, 20 a 21 e 22 a 23 anos. A combinação de períodos e grupos de idades bienais implicou a criação de treze coortes, como exposto no quadro 1.

Quadro 1. Estrutura do modelo Idade-Período-Coorte implementado

<i>Período</i> <i>Idade</i>	1995 (8)	1997 (7)	1999 (6)	2001 (5)	2003 (4)	2005 (3)	2007 (2)	2009 (1)
(1) 12-13	C8	C7	C6	C5	C4	C3	C2	C1
(2) 14-15	C9	C8	C7	C6	C5	C4	C3	C2
(3) 16-17	C10	C9	C8	C7	C6	C5	C4	C3
(4) 18-19	C11	C10	C9	C8	C7	C6	C5	C4
(5) 20-21	C12	C11	C10	C9	C8	C7	C6	C5
(6) 22-23	C13	C12	C11	C10	C9	C8	C7	C6

Fonte : elaboração própria.

O modelo pode ser resumido como se segue:

P_0 : probabilidade estimada de o jovem não trabalhar nem estudar

P_1 : probabilidade estimada de o jovem trabalhar e estudar

P_2 : probabilidade estimada de o jovem só trabalhar

P_3 : probabilidade estimada de o jovem só estudar

As categorias da variável explicativas são mutuamente exclusivas e exaustivas, sendo: Idade (I); Período (P) e Coorte (C), e Situação no domicílio (H) e defasagem idade e série (D)

I: assume valores de 1 a 6 para os seis grupos de idade;

P: assume valores de 1 a 8 para os oito períodos da base de dados;

C: assumam valores de 1 a 13 para as treze coortes;

H: 1 se a condição no domicílio for filho, e zero, qualquer outra condição;

D: 1 com nenhuma defasagem; 2 para defasagem igual a um ano; 3 para defasagem igual a dois anos; 4 para três e anos, e 5 para defasagem igual ou superior a quatro anos.

Uma generalização do modelo estimado com todas as variáveis explicativas pode ser escrita como:

$$\log \frac{P_1}{P_0} = a_1 + b_{1I} + c_{1P} + d_{1C} + c_{1H} + g_{1D} \quad (1)$$

$$\log \frac{P_2}{P_0} = a_2 + b_{2I} + c_{2P} + d_{2C} + c_{2H} + g_{2D} \quad (2)$$

$$\log \frac{P_3}{P_0} = a_3 + b_{3I} + c_{3P} + d_{3C} + c_{3H} + g_{3D} \quad (3)$$

$$P_0 + P_1 + P_2 + P_3 = 1 \quad (4)$$

Elevando ambos os lados das equações (1), (2) e (3) acima por e , multiplicando ambos os lados por P_0 e tomando a identidade : $P_3 = P_0$

$$P_3 = P_0 \quad (5)$$

$$P_1 = P_0 e^{a_1 + b_{1I} + c_{1P} + d_{1C} + c_{1H} + g_{1D}} \quad (6)$$

$$P_2 = P_0 e^{a_2 + b_{2I} + c_{2P} + d_{2C} + c_{2H} + g_{2D}} \quad (7)$$

$$P_3 = P_0 e^{a_3 + b_{3I} + c_{3P} + d_{3C} + c_{3H} + g_{3D}} \quad (8)$$

Assim, somando P_0, P_1, P_2 e P_3 :

$$P_3 \sum_{i=1}^3 e^{a_i + b_{1I} + c_{1P} + d_{1C} + c_{1H} + g_{1D}} + P_0 = 1 \quad (9)$$

$$P_3 \left(\sum_{i=1}^3 e^{a_i + b_{1I} + c_{1P} + d_{1C} + c_{1H} + g_{1D}} + 1 \right) = 1$$

$$P_3 = \frac{1}{\left(\sum_{i=1}^3 e^{a_i + b_{1I} + c_{1P} + d_{1C} + c_{1H} + g_{1D}} + 1 \right)}$$

Substituindo a equação (9) nas equações (6), (7) e (8), encontram-se as probabilidades estimadas P_1 , P_2 e P_3 :

$$P_1 = \frac{e^{a_1 + b_{1I} + c_{1P} + d_{1C} + c_{1H} + g_{1D}}}{\left(\sum_{i=1}^3 e^{a_i + b_{1I} + c_{1P} + d_{1C} + c_{1H} + g_{1D}} + 1 \right)} \quad (10)$$

$$P_2 = \frac{e^{a_2 + b_{2I} + c_{2P} + d_{2C} + c_{2H} + g_{2D}}}{\left(\sum_{i=1}^3 e^{a_i + b_{1I} + c_{1P} + d_{1C} + c_{1H} + g_{1D}} + 1 \right)} \quad (11)$$

$$P_3 = \frac{e^{a_3 + b_{3I} + c_{3P} + d_{3C} + c_{3H} + g_{3D}}}{\left(\sum_{i=1}^3 e^{a_i + b_{1I} + c_{1P} + d_{1C} + c_{1H} + g_{1D}} + 1 \right)} \quad (12)$$

Cenários de projeção

Foram implementados desde o modelo nulo até o modelo completo IPC acrescido das variáveis *dummies* condição de filho no domicílio e defasagem idade e série conforme quadro 2:

Quadro 2. Modelos implementados e simulados

Modelos	Variáveis				
	Idade	Período	Coorte	Filho	Defasagem
Modelo nulo					
Modelo I	X				
Modelo P		X			
Modelo C			X		
Modelo IP	X	X			
Modelo IC	X		X		
Modelo PC		X	X		
Modelo IPC	X	X	X		
Modelo IF	X			X	
Modelo PF		X		X	
Modelo CF			X	X	
Modelo PC		X	X		
Modelo IPCF	X	X	X	X	

continua

<i>Modelos</i>	<i>Variáveis</i>				
	<i>Idade</i>	<i>Período</i>	<i>Coorte</i>	<i>Filho</i>	<i>Defasagem</i>
<i>Modelo nulo</i>					
Modelo ID	X				X
Modelo PD		X			X
Modelo CD			X		X
Modelo PCD		X	X		X
Modelo IPCD	X	X	X		X

Fonte: Elaboração própria

Após análise e simulação dos diversos modelos, considerou-se o modelo IP como o melhor cenário de projeção. O procedimento de projeção das probabilidades consiste em partir da análise da tendência dos coeficientes, decidir sobre a tendência mais provável, e, neste caso, adotou-se a média dos três últimos períodos a partir dos quais os coeficientes foram estimados até 2025. Por meio dos coeficientes projetados, estimou-se as probabilidades correspondentes. Foram realizadas projeções para o total do grupo e projeções por sexo, com vistas a identificar especificidades dos efeitos das variáveis controle, filho e defasagem idade e série sobre homens e mulheres. Optou-se por realizar uma regressão do Modelo IP para cada UF, em detrimento de incluir a Unidade da Federação (UF) como variável preditora no lado direito da equação, pois buscava-se verificar o padrão por UF, e não apenas as mudanças de nível no padrão médio do Brasil. Os resultados dessas projeções são apresentados na seção seguinte.

Resultados

Probabilidades projetadas para ambos os sexos – Brasil

Os resultados, segundo a tendência projetada, indicam aumento da probabilidade de só estudar e diminuição nas probabilidades de só trabalhar bem como de trabalhar e estudar, em todas as idades, considerando o total do grupo para o Brasil. A probabilidade de não estudar e não trabalhar diminuiu para os três primeiros grupos etários e aumentou para os três últimos, ao longo do período de projeção (2009-2025). O aumento da inatividade a partir dos 18 anos pode indicar que os indivíduos, ao terminarem o ciclo médio ou superior, experimentam um tempo de inatividade, caracterizado por um período em que já tenham saído da escola mas ainda não tenham ingressado na População Economicamente Ativa (PEA).

O maior ganho, entre 2009 e 2025, em termos do aumento da probabilidade de só estudar, foi verificado na idade 16-17 anos, na qual também se observou maior diminuição na probabilidade de trabalhar e estudar. A maior diminuição na probabilidade de trabalho exclusivo foi na idade 18-19 anos.

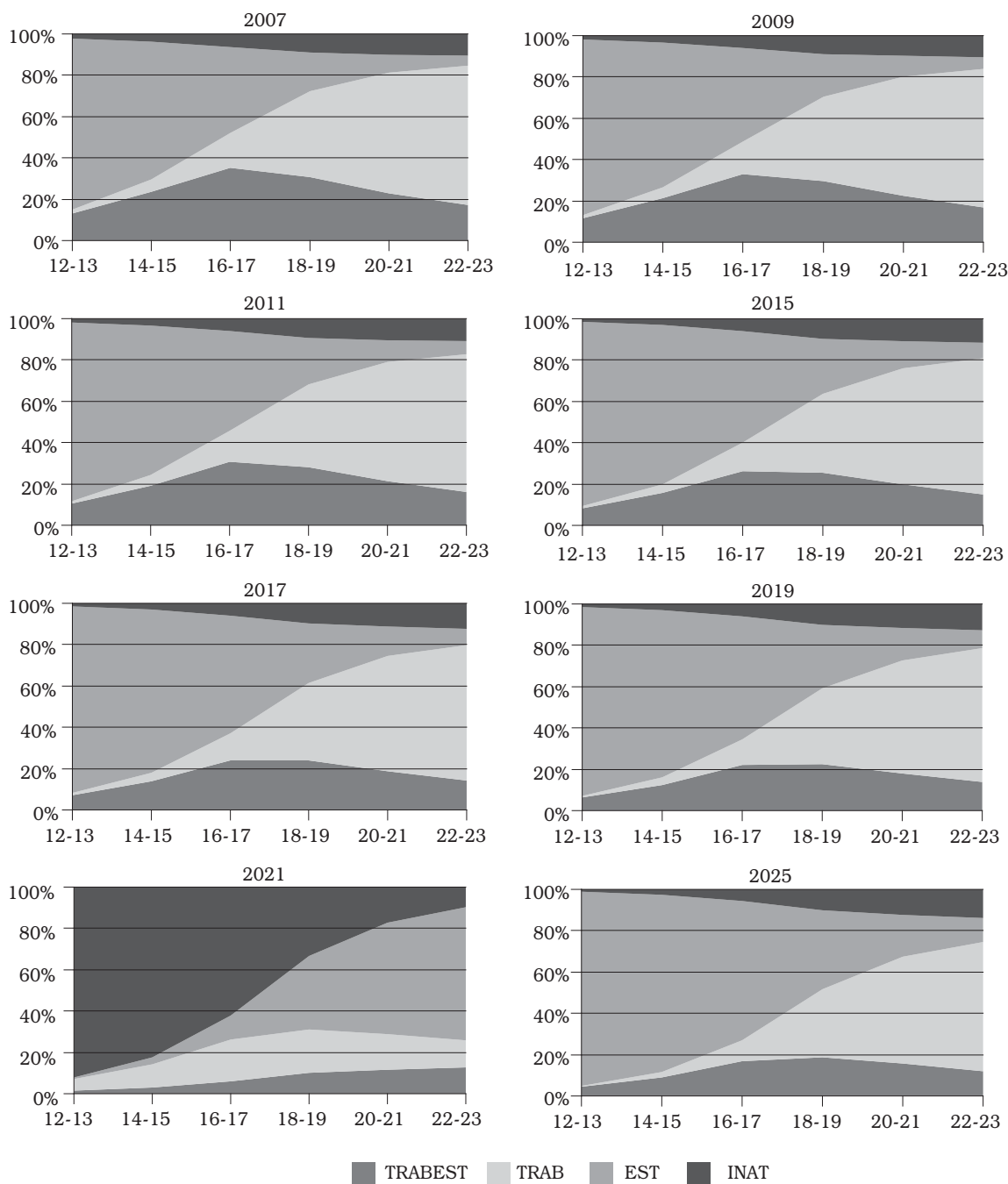
Os resultados são positivos, pois, em que pese a presença de inatividade, que merece ser qualificada, a probabilidade de só estudar aumenta inclusive no grupo etário mais velho do segmento estudado. Esse resultado pode indicar a permanência na escola de forma exclusiva no lugar do trabalho compartilhado com escola e do trabalho exclusivo, o que pode se refletir em maior qualificação para inserção futura no mercado de trabalho. Contudo, destaca-se que, para os dois últimos grupos etários, a maior probabilidade é a de trabalho exclusivo, refletindo a atratividade do mercado de trabalho brasileiro na primeira década deste século.

A tendência de aumento da probabilidade de estudo exclusivo é positiva na medida em que o país enfrenta uma escassez de alguns tipos de profissionais com elevada qualificação, a exemplo das áreas de ciências médicas e biológicas, tecnologia da informação e nas áreas das engenharias. Essa escassez não ocorre em função da dinâmica demográfica, mas sim em virtude do déficit educacional, principalmente da população madura e em idade ativa.

Ressalta-se também que, apesar da probabilidade quase nula de trabalho exclusivo nos últimos períodos projetados para os dois primeiros grupos etários, ainda se verifica uma pequena probabilidade de trabalhar e estudar para estes indivíduos que, preferencialmente, deveriam se dedicar ao estudo exclusivo.

A existência de pessoas no primeiro grupo etário compartilhando trabalho e estudo deve ser motivo de preocupação por parte dos gestores educacionais, especialmente daqueles em nível municipal. Nesse nível de atuação, pode-se diagnosticar de forma mais precisa em quais segmentos populacionais se encontram esses gargalos e direcionar ações específicas visando à eliminação do trabalho compartilhado com as atividades escolares.

Gráfico 1. Gráficos das probabilidades estimadas e projetadas por idade e período, segundo as situações de trabalho e estudo de adolescentes e jovens – Brasil – (2007-2025)



Fonte: elaboração própria a partir dos dados da PNAD/IBGE (1995-2009)

Probabilidades projetadas por sexo – Brasil

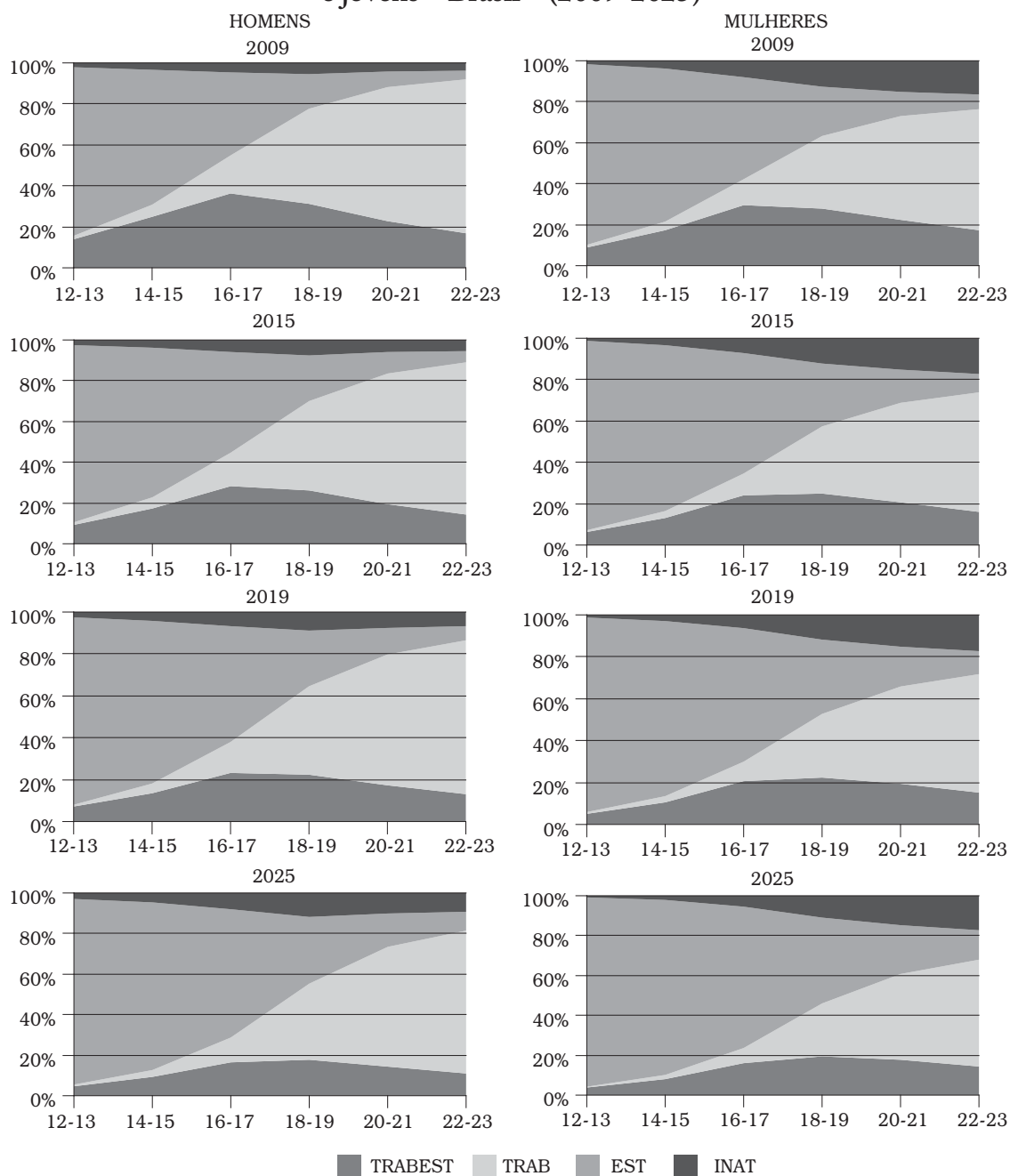
O gráfico 2 apresenta as probabilidades de homens e mulheres do intervalo etário 12 a 23 anos pertencerem a uma das situações de trabalho e estudo analisadas. Inicialmente, cumpre destacar as diferenças nos padrões de homens e mulheres nas probabilidades estimadas para 2009 – último período para o qual se utilizou dados observados. Note-se que a probabilidade de trabalhar e estudar é maior para os homens nos três primeiros grupos etários e, a partir dos 18-19 anos, a situação se inverte e as mulheres apresentam probabilidade maior para essa situação, relativamente aos homens. Esse padrão reflete o comportamento masculino de entrada no mercado de trabalho, que ocorre em idade inferior à da mulher, conforme Oliveira (2005). Ainda justificado pelo mesmo argumento, a probabilidade masculina de trabalho exclusivo é superior à identificada para as mulheres em todas as idades. Veja que, aos 12-13 anos, a probabilidade de um adolescente do sexo masculino pertencer a essa categoria é de 0,047 contra 0,011 das adolescentes do sexo feminino. No último grupo etário, essa diferença se amplia: a probabilidade de homens de 22-23 anos só trabalharem é de 0,792 e, para mulheres, é de 0,592. Em contrapartida, a probabilidade de estudo exclusivo é maior para as mulheres em todas as idades: aos 12-13 anos, a probabilidade feminina de só estudar é de 0,882 e a masculina, de 0,681; no último grupo etário, é de 0,070 para as mulheres e apenas 0,030 para os homens. Se, para as mulheres, essa probabilidade se reduz de forma mais significativa a partir dos 18-19 anos, para os homens ela já começa reduzir expressivamente a partir dos 14-15 anos e decresce mais rapidamente ao longo das idades, à medida que aumenta a probabilidade de trabalho exclusivo. Essa mudança é mais lenta e gradual para as mulheres. A inatividade, por sua vez, é maior para os homens até os 18-19 anos e para as mulheres a partir desse grupo etário.

Sendo assim, a tendência projetada revela aumento da probabilidade de só estudar tanto para homens quanto para as mulheres. Note-se que, no primeiro grupo etário, amplia-se a probabilidade de só estudar para os homens ao mesmo tempo que se reduz a probabilidade de trabalhar e estudar e só trabalhar nessa idade. No caso das mulheres, em 2025, aumenta-se a probabilidade de só estudo aos 22-23 anos em resposta ao decréscimo das probabilidades de só trabalhar, e trabalhar e estudar.

A probabilidade reduzida de estudo exclusivo para homens a partir de 14-15 anos pode comprometer a acumulação de capital humano desses indivíduos, assim como sua renda permanente, uma vez que a redução dessa probabilidade tem como contrapartida, em maior medida, o aumento da probabilidade de trabalho exclusivo, sugerindo

que esses indivíduos assumem responsabilidades de provedores da renda domiciliar individualmente ou de forma compartilhada com outros membros do domicílio. Essa é a idade apropriada para a conclusão do ensino médio e, nessa idade, o adolescente ainda não desenvolveu as habilidades e competências necessárias para assumir atividades mais complexas no mercado de trabalho.

Gráfico 2. Gráficos das probabilidades estimadas e projetadas por idade e período segundo as situações de trabalho e estudo de homens e mulheres adolescentes e jovens – Brasil – (2009-2025)



Fonte: elaboração própria a partir dos dados da PNAD/IBGE (1995-2009).

Probabilidades projetadas para filhos – Brasil

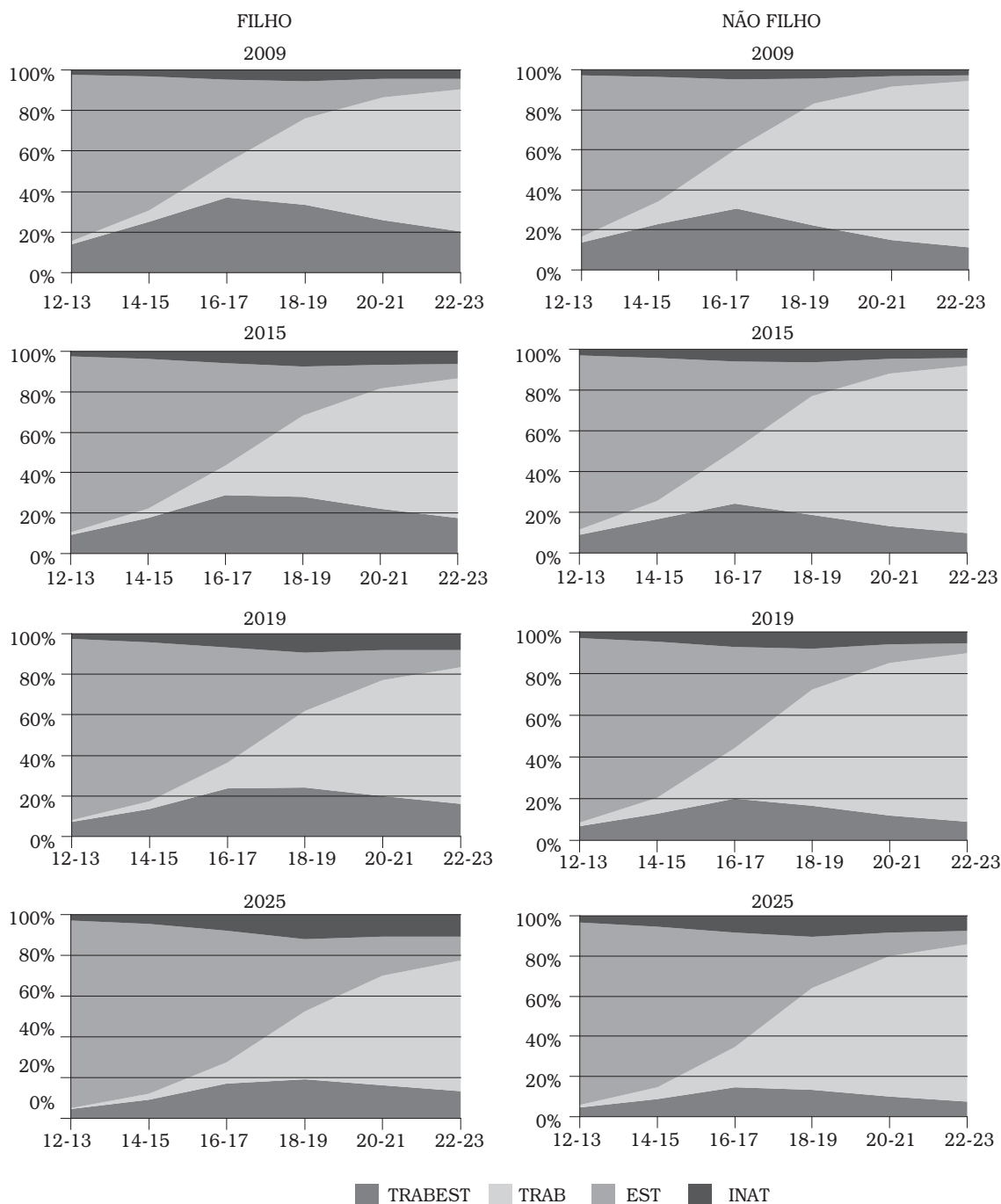
As probabilidades estimadas para as situações de trabalho e estudo dos adolescentes e jovens cuja condição no domicílio seja filho são apresentadas nos gráficos da gráfico 3. Note-se que o impacto dessa condição é mais expressiva a partir dos 16-17 anos, quando os não filhos apresentam maior probabilidade de só trabalhar, relativamente aos filhos, do que aos 22-23 anos, em 2009: a probabilidade de só trabalhar para os não filhos é de 0,8309 e a de filhos é de 0,7018. Essa diferença é explicada pela probabilidade de trabalhar e estudar dos filhos, que é de 0,2044, enquanto a de não filhos é de 0,1117. Os adolescentes e jovens, cuja condição no domicílio seja filho, quando ingressam no mercado de trabalho, têm maior probabilidade de o fazerem concomitantemente à escola, pois ainda não têm que assumir atribuições na sociedade atribuídas aos chefes e cônjuges no domicílio. Ao contrário, aqueles cuja condição no domicílio não é de filho possivelmente já assumem responsabilidades associadas à condição de chefe ou cônjuge, tendo que se engajar em uma situação de trabalho exclusivo para arcar, parcial ou totalmente, com as necessidades materiais do domicílio, apesar da idade precoce.

Sendo mantida a tendência projetada, em 2025, aumenta-se a probabilidade de só estudar, tanto para filhos quanto para não filhos, especialmente no primeiro grupo etário. O filhos *vis-à-vis* os não filhos ainda mantêm, em 2025, certa vantagem na probabilidade de só estudar a partir dos 14-15 anos. Ainda que se reduza a probabilidade de trabalhar e estudar para os filhos em comparação com os não filhos, em 2025, eles apresentam essa probabilidade superior à do grupo de comparação, uma vez que os não filhos têm maior probabilidade de assumir o trabalho exclusivo, especialmente aqueles do último grupo etário.

Este resultado está associado ao resultado da seção anterior relativo à diminuição da probabilidade de estudo exclusivo para homens a partir dos 14-15 anos. O resultado para os não filhos indica transição precoce para a formação de família, pela constituição da própria família ou como principal provedor da família, face a situação de escassez de recursos do domicílio.

Da mesma forma que a gravidez na adolescência pode acarretar no abandono da escola, a paternidade precoce também pode envolver a troca do estudo por trabalho e dos livros por fraldas. Nesse contexto, deve-se rever as abordagens da educação sexual na escola, a responsabilização da paternidade e o uso de métodos contraceptivos, visando à prevenção do abandono da escola por esse motivo e a iniciação sexual saudável e consciente.

Gráfico 3. Gráficos das probabilidades estimadas e projetadas por idade e período segundo as situações de trabalho e condição no domicílio – Homens – Brasil – (2009-2025)



Fonte: elaboração própria a partir dos dados da PNAD/IBGE (1995-2009).

Probabilidades projetadas para filhas – Brasil

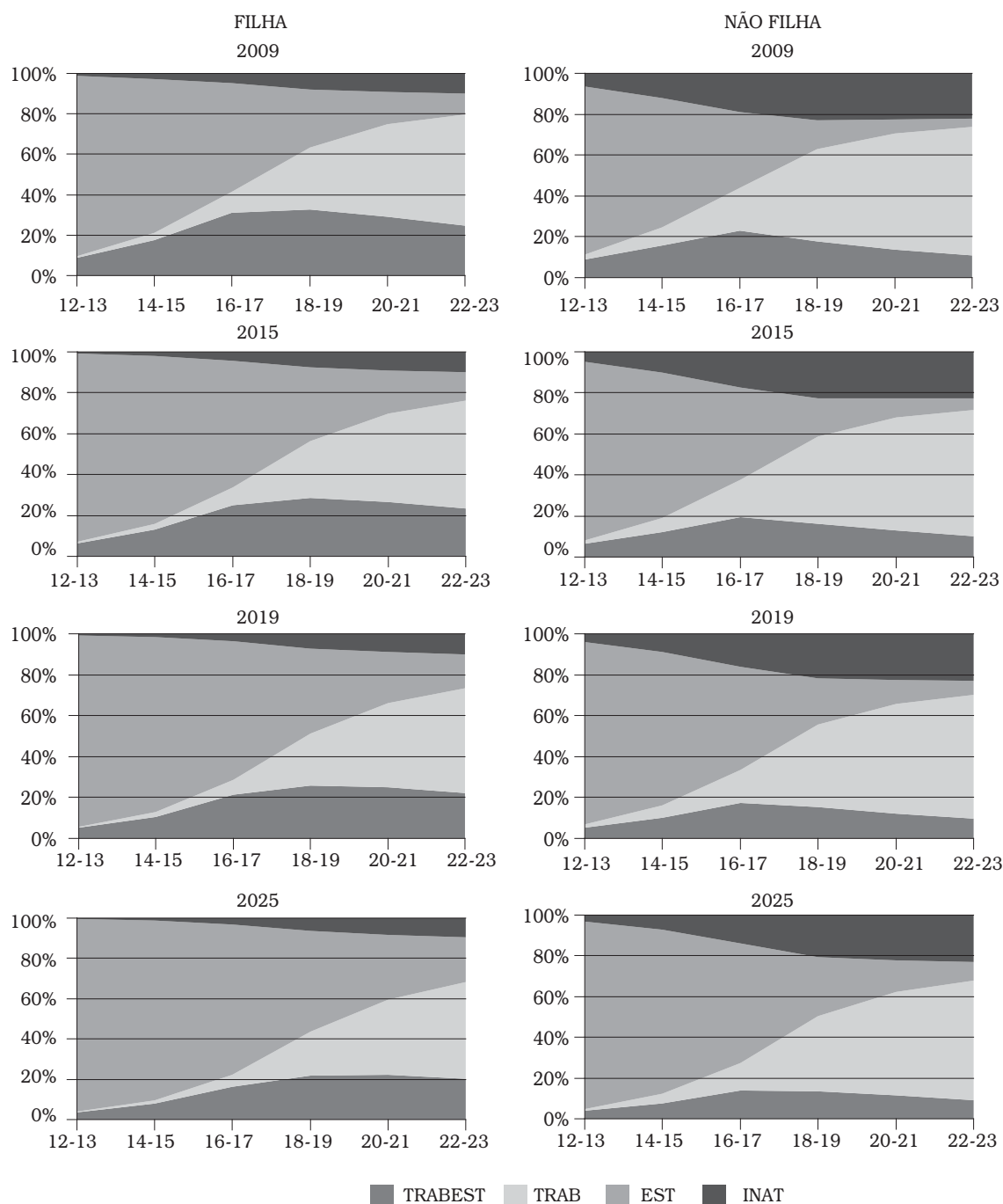
No caso das mulheres, conforme se verifica no gráfico 4, são bem evidentes as diferenças entre as probabilidades estimadas, considerando a condição no domicílio de filha e não filha. Observa-se que a probabilidade de não estudar e não trabalhar é significativamente maior para as não filhas em todas as idades, particularmente a partir dos 16-17 anos. Se, no primeiro grupo etário, as diferenças são menores em decorrência do ensino compulsório nessa idade, à medida que aumenta a idade, aumentam também as diferenças, conforme evidências no padrão de 2009. Aos 22-23 anos, as filhas apresentam maior probabilidade de só estudar, bem como de trabalhar e estudar; e menor probabilidade de só trabalhar e não trabalhar nem estudar, comparativamente às não filhas.

A tendência projetada aumenta a probabilidade de só estudar para as não filhas em todas as idades, contudo, elas ainda permanecerão em desvantagem quando comparadas às filhas. A inatividade das não filhas, embora seja considerada alta na projeção para 2025, diminuiu para as primeiras idades: de 0,063, em 2009, para 0,032, em 2025, para o grupo etário 12-13 anos; de 0,121, em 2009, para 0,070, em 2025, para aquelas que têm 14-15 anos; de 0,191, em 2009, para 0,137, em 2025, para o grupo 16-17; para os três grupos seguintes, a probabilidade de pertencer a essa situação se manteve praticamente estável, mas com valores superior a 0,200.

Como no caso dos filhos, essa situação indica transição precoce para a formação de família, seja pela gravidez não planejada ou pela baixa idade média ao casamento, comum em alguns segmentos sociais menos favorecidos e em algumas filiações religiosas. A transição para o trabalho ou para a inatividade associado a baixo nível educacional compromete o capital humano dessas meninas, podendo se agravar, uma vez que pode-se tornar um círculo vicioso, pela reprodução dessa situação em seu ambiente familiar e social, diminuindo a probabilidade de mobilidade ascendente para seus descendentes.

Além da educação sexual como recomendado para o caso dos homens, devem-se pensar em programas e ações que motivem essas jovens e esses jovens a concluírem os graus escolares, de preferência na idade adequada. As ações devem transcender o espaço da escola e buscar, no ambiente social e familiar, os possíveis determinantes da situação problema, a exemplo da pobreza material e cultural do ambiente familiar, do uso de drogas, do alcoolismo dos pais, entre outros.

Gráfico 4. Gráficos das probabilidades estimadas e projetadas por idade e período segundo as situações de trabalho e condição no domicílio – Mulheres – Brasil – (2009-2025)



Fonte: elaboração própria a partir dos dados da PNAD/IBGE (1995-2009).

Probabilidades projetadas para homens por defasagem idade e série – Brasil

O modelo refere-se à inclusão da variável defasagem com quatro categorias: nenhuma defasagem, categoria na qual se considerou os valores calculados de zero e um ano na variável contínua, por considerar que, nas coortes em estudo, os indivíduos ingressam na escola com sete e seis anos, dependendo da coorte. A segunda categoria considerou os indivíduos com dois anos de defasagem; a terceira, três anos e a quarta, os indivíduos com quatro anos e mais de defasagem.

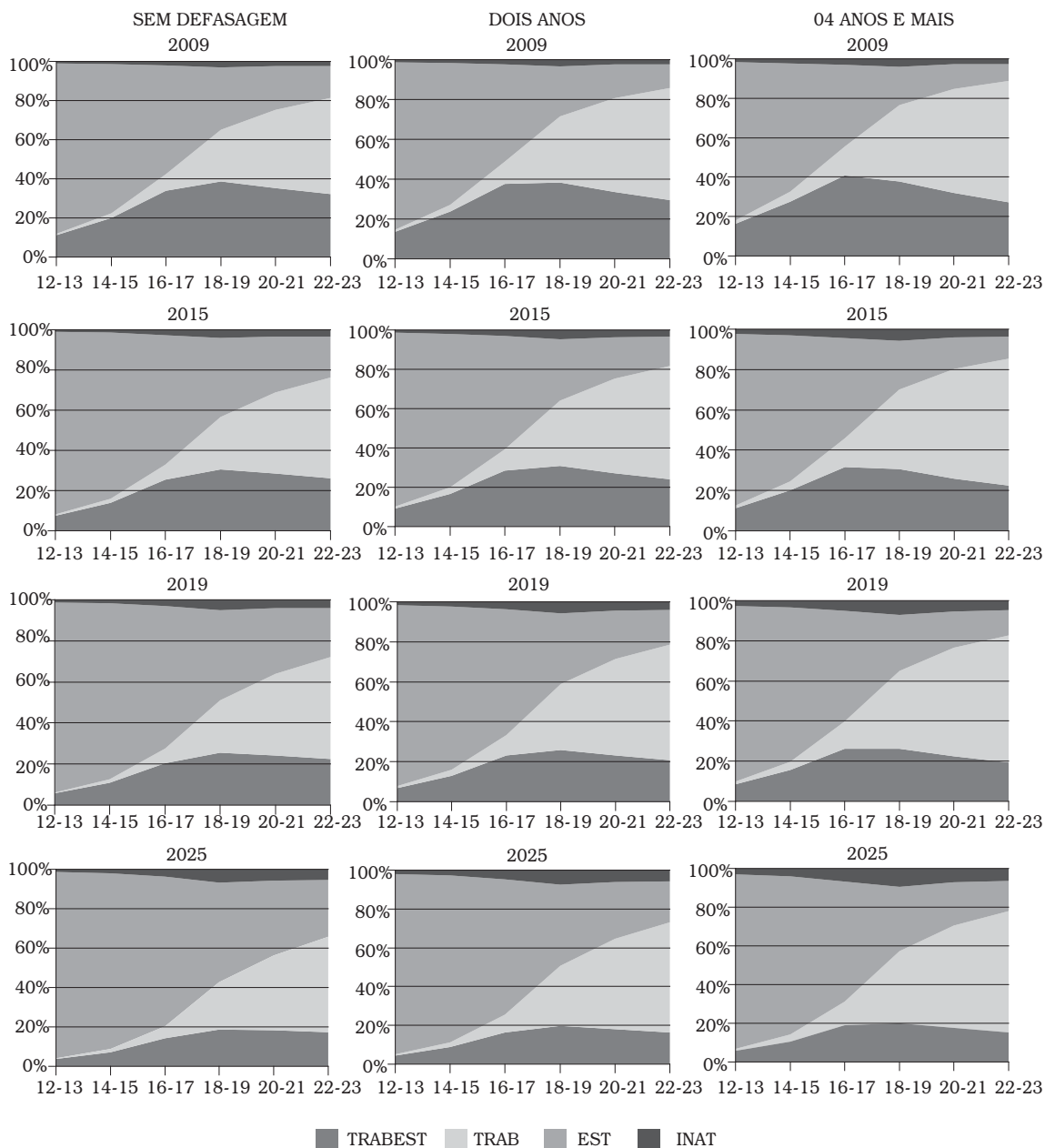
Os resultados apresentados no gráfico 5 indicaram que à medida que aumenta a defasagem diminui as probabilidades masculinas relacionadas à adesão ao estudo exclusivo em todas as idades e aumenta, ainda que pouco, a probabilidade de trabalhar e estudar nos dois primeiros grupos etários, nomeadamente 12-13 anos e 14-15 anos. Contudo, a partir dos 16-17 anos, o efeito é inverso, ou seja, diminui a probabilidade de trabalhar e estudar, destacando-se o forte impacto da defasagem igual ou superior a quatro anos nesse intervalo etário. Esse efeito sugere que a defasagem escolar desestimula a permanência na escola e estimula a adesão ao trabalho exclusivo em detrimento da escola. Esse efeito, especialmente nos adolescentes, compromete a formação de capital humano e a trajetória profissional e, por conseguinte, a transição para a vida adulta, quando se espera que os indivíduos tenham acumulado capital humano que lhes permitam boa inserção no mercado de trabalho e, como consequência, capacidade para assumir as responsabilidades compatíveis com essa fase do ciclo de vida.

Por fim, o efeito da defasagem idade e série aumenta de forma crescente ao longo das idades a probabilidade de adesão exclusiva ao mercado de trabalho. Cumpre relatar o aspecto que merece atenção elevada no desenho de políticas públicas, que é o impacto da defasagem igual ou superior a quatro anos desde o primeiro grupo etário (12-13 anos), que, tradicionalmente, apresenta baixa probabilidade de trabalho exclusivo.

O país já começa a se preocupar com o problema da defasagem idade e série como um dos determinantes da evasão definitiva do sistema escolar, por meio do programa alfabetização na idade certa, direcionado à educação básica, que preconiza que a criança seja totalmente alfabetizada até a idade de oito anos. No entanto, a defasagem dos adolescentes deve ser combatida por meio de outros programas e ações direcionados a esse segmento populacional. A raiz do problema encontra-se na educação básica, que funciona como um fio condutor das deficiências estruturais da educação. Necessita-se de um choque de educação desde a educação básica, cujos efeitos se façam sentir no médio e no longo prazos. Além disso, necessita-se também de um choque educacional mais cirúrgico, visando diminuir a defasagem idade e série, aumentar

a proporção de adolescentes e jovens que concluem os graus educacionais e aumentar a população com curso superior a fim de atender às necessidades de qualificação do mercado de trabalho brasileiro.

Gráfico 5. Gráficos das probabilidades estimadas e projetadas por idade e período segundo as situações de trabalho e defasagem idade e série – Homens – Brasil – (2009-2025)



Fonte: elaboração própria a partir dos dados da PNAD/IBGE (1995-2009).

Probabilidades projetadas para mulheres por defasagem idade e série – Brasil

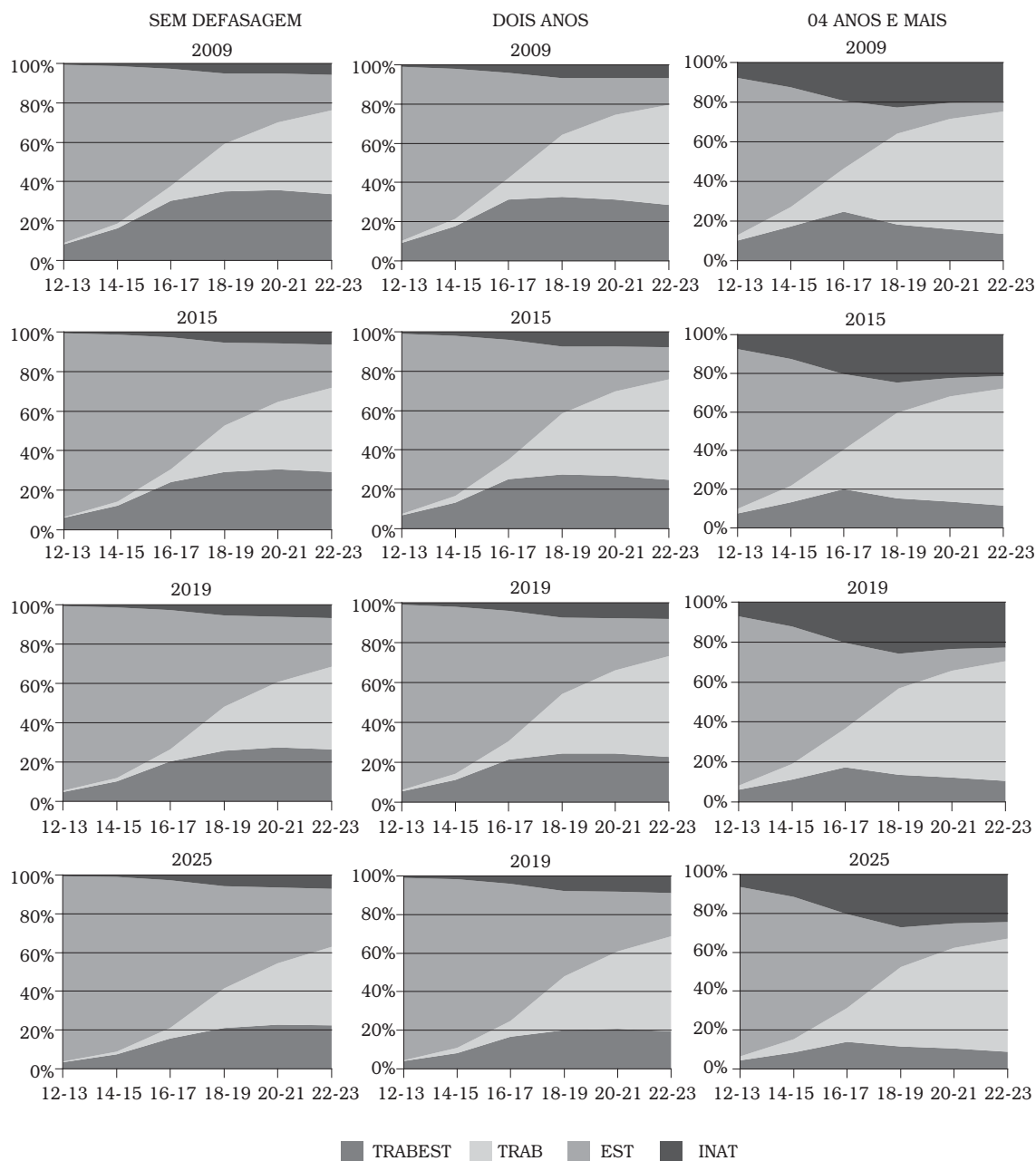
O efeito da defasagem idade e série sobre as probabilidades femininas de pertencer a uma das categorias de trabalho e estudo investigadas são apresentadas no gráfico 6.

Como no caso dos homens, a defasagem diminui a probabilidade de estudo exclusivo em todas as idades, destacando-se, contudo, o forte impacto da maior defasagem em todos os grupos etários, inclusive no primeiro grupo, para o qual se espera dedicação exclusiva às atividades escolares.

No caso feminino, diferentemente dos homens que são afetados desde o grupo etário mais novo, os dois primeiros grupos não apresentam variação na probabilidade de trabalhar e estudar. Acrescenta-se ainda que o grupo etário 16-17 anos só é impactado pela defasagem igual ou superior a quatro anos. Os demais grupos etários têm a probabilidade de engajar na situação de trabalho e estudo diminuída, destacando-se o forte impacto da defasagem igual ou superior a quatro anos. Da mesma forma que o caso masculino, o resultado sugere que o atraso escolar estimula a entrada precoce no mercado de trabalho de forma exclusiva, sem o acúmulo desejado de capital humano. No caso feminino, pode-se também inferir que uma parcela dessas adolescentes e jovens se insira na inatividade, assumindo, de forma exclusiva, a função reprodutiva, transitando da escola para a formação de família, sem nunca ingressar no mercado de trabalho. Contudo, a transição para a formação de família não é investigada neste trabalho. Sobre isso, ver Oliveira (2005).

A hipótese da inatividade é corroborada pelo impacto forte da defasagem igual ou superior a quatro anos sobre a probabilidade de inatividade feminina, desde o primeiro grupo etário, apresentando maior probabilidade de inatividade aos 18-19 anos.

Gráfico 6. Gráficos das probabilidades estimadas e projetadas por idade e período segundo as situações de trabalho e defasagem idade e série – Mulheres – Brasil – (2009-2025)



Fonte: elaboração própria a partir dos dados da PNAD/IBGE (1995-2009).

Probabilidades projetadas para as Unidades da Federação

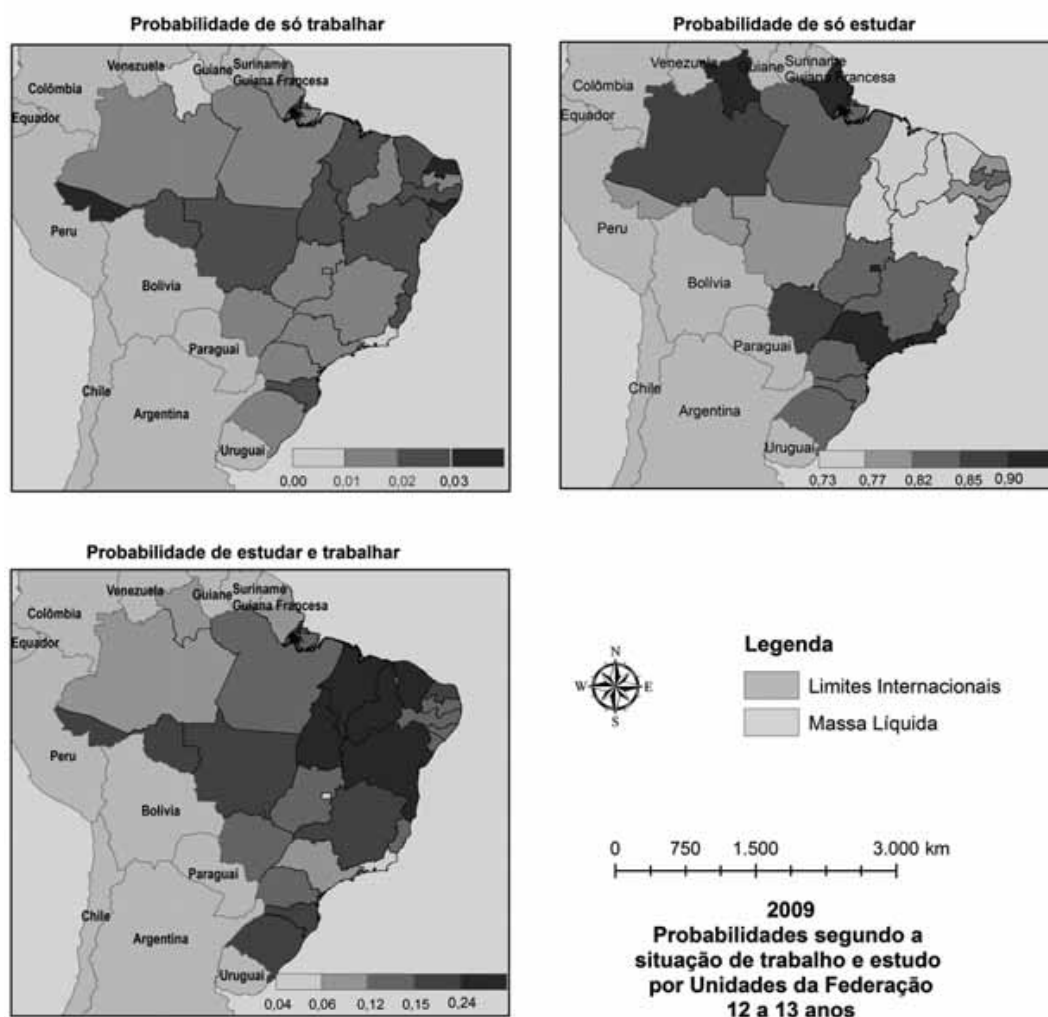
Para investigar as diferenças de probabilidade por Unidades da Federação, foi rodada uma regressão do modelo IP para cada um dos 26 estados e para o Distrito Federal. Contudo, as múltiplas dimensões – idade, período e situações de trabalho e estudo – dos resultados envolvem a manipulações de inúmeras tabelas, gráficos ou mapas, dependendo da forma de visualização do resultado, e dificulta a divulgação desses resultados de forma mais concisa. Sendo assim, neste artigo, optou-se por espacializar as probabilidades para o primeiro grupo etário e para os períodos extremos (2009 e 2025), para as situações de trabalhar e estudar, só trabalhar e só estudar. A probabilidade associada a cada uma das situações foi categorizada automaticamente pelo *software* ArcGis.

O mapa 1 apresenta os resultados para a idade 12-13 anos em 2009 e revela que a probabilidade de só trabalhar aos 12-13 anos varia segundo as unidades da federação de 0,00 a 0,03. Nessa escala, as menores probabilidades foram identificadas no Rio de Janeiro e em Roraima, e as maiores no Acre, no Rio Grande do Norte, em Alagoas e em Pernambuco. Entre os Estados da Região Sul, somente em Santa Catarina se verifica a segunda pior situação – ocorrência que pode estar relacionada à ajuda de crianças e adolescentes em atividade agrícola familiar e pode ser captada pela Pesquisa Nacional de Amostra por Domicílios (PNAD).

A probabilidade de só estudar, que é alta no primeiro grupo etário, varia entre as unidades da federação de 0,73 a 0,90, e, nessa extensão, as piores situações – ou seja, as menores probabilidades de só estudar – ocorrem no Maranhão, em Piauí, no Ceará, em Tocantins e na Bahia. As mais altas probabilidades de só estudo foram identificadas em Roraima, no Amapá, em São Paulo, no Rio de Janeiro e no Distrito Federal, as duas primeiras pertencentes à região Norte, onde, tradicionalmente, são esperados indicadores socioeconômicos desfavoráveis. Destaca-se que a segunda melhor situação neste quesito se verificou no estado do Amazonas e no Mato Grosso do Sul. Os estados de Minas Gerais e Espírito Santo – pertencentes à região Sudeste –, bem como a totalidade dos estados da região do Sul, acrescidos do estado do Pará, Sergipe e Paraíba, situaram-se na terceira melhor situação.

A probabilidade de trabalhar e estudar varia de 0,06 a 0,24 entre os estados, e as mais altas probabilidades, que caracterizam a pior situação, foram identificadas no Maranhão, no Piauí, no Ceará e na Bahia – da região Nordeste –, e Tocantins – da região Norte. As melhores situações se verificaram em Roraima, no Amapá e no Amazonas – da região Norte – e nos estados do Rio de Janeiro e São Paulo – na região Sudeste –, bem como no Distrito Federal.

Mapa 1. Mapas das probabilidades de trabalhar e estudar, só trabalhar e só estudar aos 12-13 anos por unidades da federação em 2009



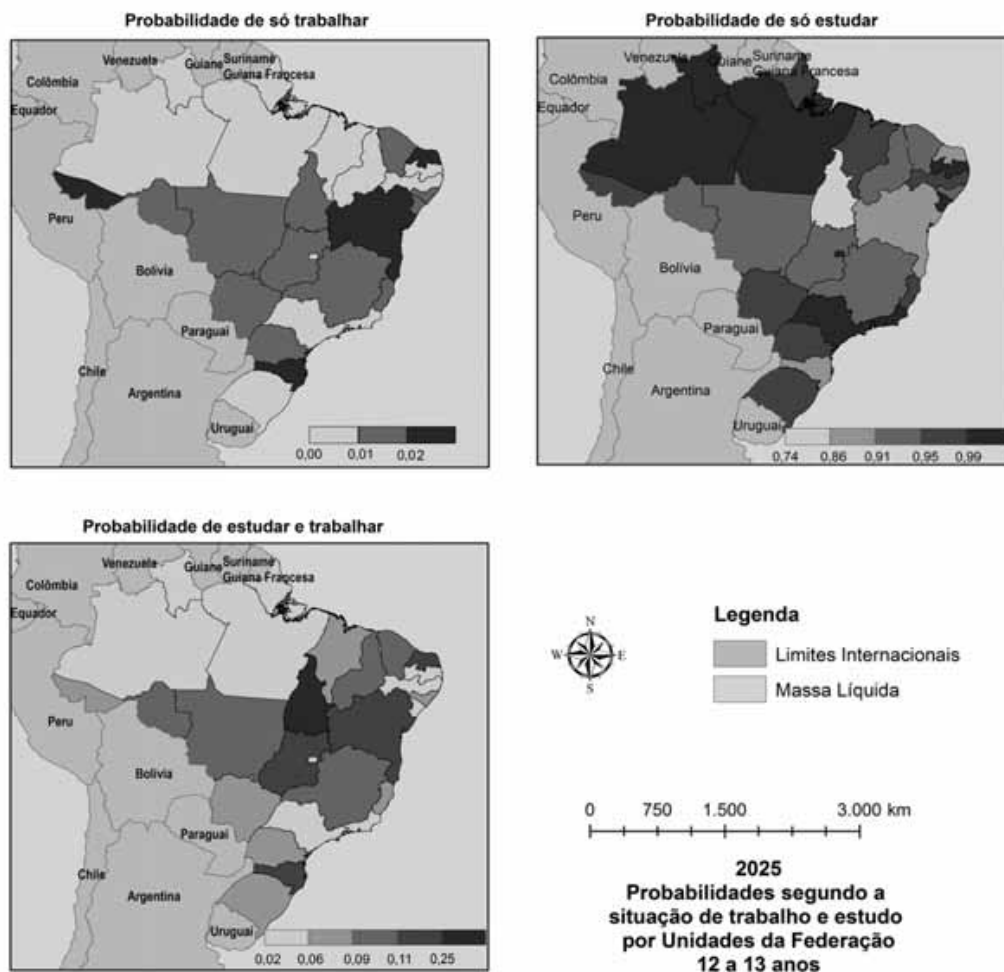
Fonte: elaboração própria a partir dos dados da PNAD/IBGE (2009).

O mapa 2 apresenta as mesmas situações projetadas para 2025 e revela que alguns estados apresentam melhora nas probabilidades projetadas. Veja, pela extensão da escala para a probabilidade de só trabalhar aos 12-13 anos, que a situação melhorou em todos os estados, conforme nova extensão da probabilidade de só trabalhar projetada para 2025 (0,00 a 0,02). O redimensionamento dessa escala entre os estados mostra que, com exceção do Acre, de Rondônia e do Tocantins, todos os demais estados da região Norte e de grande parte do Nordeste estão na faixa de menor probabilidade, o que pode ser considerado um avanço, desde que sejam mantidas as políticas educacionais, especialmente aquelas voltadas para a melhoria da qualidade do ensino e da permanência dos jovens na escola, de forma exclusiva. Possivelmente,

o grande protagonista dessa situação seja o Programa Bolsa família, que tem a frequência à escola entre os seus condicionantes.

O mapa que exhibe as probabilidades de só estudar, projetadas para 2025, também revela melhoria geral do indicador evidenciado pela variação da extensão da escala dessa probabilidade (0,74-0,99). A distribuição espacial do indicador apresenta padrão complementar ao apresentado para a probabilidade de só trabalhar. Desse modo, a região escura apresenta as melhores situações, ou seja, probabilidades mais altas de só estudar.

Mapa 2. Mapas das probabilidades de trabalhar e estudar, só trabalhar e só estudar aos 12-13 anos por unidades da federação em 2025



Fonte: elaboração própria a partir dos dados da PNAD/IBGE (2025).

Considerações Finais

O estudo revelou que, embora a probabilidade de assumir estudo exclusivo nas idades mais críticas tenha melhorado, ainda persistirá um resíduo de indivíduos nas primeiras idades com probabilidade de assumir situações de estudo concomitantemente ao trabalho, e mesmo de não se engajar em atividades de estudo nem trabalho. A melhoria dessa situação requer sintonia fina da política em nível local com a identificação do segmento alvo e realização de busca ativa.

Em que pese a melhoria da situação, quando se desagrega por sexo e se acrescentam características sociodemográficas como condição no domicílio e defasagem idade e série, a situação merece maior atenção. Em especial, os casos de defasagem idade e série mais altas que afetam negativamente tanto homens quanto mulheres, mas afeta de forma particular as mulheres, que aumentam muito a probabilidade de inatividade em todas as idades. Nesse sentido, o resgate desses jovens para situações de trabalho e estudo mais favoráveis requer políticas focalizadas na qualidade do ensino e na infraestrutura do sistema escolar.

A condição de filho no domicílio como indicador de que esse indivíduo ainda não assume responsabilidades associadas à vida adulta, não sendo o provedor principal do domicílio, impacta de forma positiva ambos os sexos. Por outro lado, o impacto menos favorável dos não filhos de ambos os sexos indica que existe um contingente de jovens transitando precocemente para etapas do ciclo de vida condizentes com responsabilidade de provedores do domicílio. O abandono da escola não só compromete sua trajetória de renda permanente como também a renda no presente e a qualidade dos membros do domicílio.

As ações voltadas para a educação de adolescentes e jovens devem ser integradas com os demais setores de políticas sociais, nomeadamente saúde, assistência social, habitacional, visando ao atendimento das necessidades materiais básicas e às necessidades psicossociais.

A distribuição por estados revela que, de modo geral, para todas as idades, mas especialmente para a primeira idade analisada neste artigo, observa-se melhoria nos indicadores, inclusive no padrão de estados situados em regiões com histórico de indicadores socioeconômicos baixos, como a região Nordeste e a Norte.

Os resultados permitem subsidiar o desenho e a implementação de políticas públicas de melhoria da qualificação do jovem brasileiro, com vistas a assumir os papéis específicos do ciclo de vida na sequência apropriada, sem comprometimento do futuro.

Bibliografia

- Annie E. Casey Foundation (2005), *Kids count pocket guide by the Population Reference Bureau* (PRB). Disponível em <<http://www.aecf.org/KnowledgeCenter/Publications.aspx?pubguid={A2891E92-91FD-40DD-9126-096B49AC958D}>> acesso em: 20 março 2013.
- Arbyn, H. M. *et al.* (2002), «Description of the influence of age, period and cohort effects on cervical cancer mortality by log linear poisson models», in Belgium: Archives of Public Health, Brussels, vol. 60, n.º 2, pp. 73-100.
- Becker, G. S. (1994), *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education*, 3rd Edition. [S.l.]: University Of Chicago Press.
- (1964), *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education*, (3rd Edition. [S.l.]: University Of Chicago Press,
- Blunch, N. H. and Verner, D. (2000), «Revisiting the link between poverty and child labor - the Ghanaian experience», In *Policy Research Working Paper Series 2488*, Washington, DC: The World Bank.
- BRASIL (2002) *Estatuto da criança e do adolescente: Lei federal nº 8069, de 13 de julho de 1990*, Rio de Janeiro: Imprensa Oficial.
- Corseuil, C., Santos, D. D. e Foguel, M. N. (2000), «Decisões críticas em idades críticas: a escolha de jovens entre estudo trabalho em seis países da América Latina», Trabalho apresentado no XII Encontro Nacional de Estudos Populacionais (ABEP), Caxambu, MG, Brasil, 23 a 27 de outubro.
- Duraisamy, M., (2000), «Child schooling and child work in India», In *World Congress Of The Econometric Society*, 8, Seattle. Proceedings. Washington: Seattle: University, pp. 3-50.
- Freeman, B. R. and Wise, D. A. (1982), «The Youth Labor Market Problem: Its Nature Causes and Consequences», In Richard B. Freeman and David A. Wise, (eds.) *The Youth Labor Market Problem: Its Nature, Causes, and Consequences*, Chicago: University of Chicago Press, pp. 1-16.
- Gonzaga, G., Machado, A. F. e Machado, D. C. (2003), «Horas de trabalho: efeitos idade, período e coorte» em *Texto para Discussão, n.190*, Rio de Janeiro: PUC Departamento de Economia, Disponível em: <<http://www.econ.puc-rio.br/PDF/TD473.pdf>>, acesso em: 22 setembro 2004.
- Grundies, V. (2000), «The effect of period on the age-crime curve a log-linear analysis of crime rates: estimated by a study of four cohorts», Paper presented at the ASC Meeting, Freiburg: ASC, 11p. Disponível em: <http://www.iuscrim.mpg.de/forsch/krim/docs/asc_p_vg.pdf>, acesso em: 27 outubro 2004.
- Gujarati, D. N. (2006), *Econometria Básica*, 5 ed., Rio de Janeiro: Elsevier, trad. Monteiro, M. J. C. ISBN: 85-352-1664-6.
- Hausmann, R. and Szekely M. (2001), «Inequality and the Family in Latin America. Population matters : demographic change, economic growth, and poverty», in Birdsall, N., Kelley A. C. and Sinding, S. *The developing world*, New York: Oxford University.
- Islam, A. and Choe, E. (2011), «Child labor and schooling responses to access to microcredit in rural Bangladesh», in *Economic Inquiry*, vol. 51, n.º 1, January, pp. 46–61, doi:10.1111/j.1465-7295.2011.00400.x. Disponível em <<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1465-7295.2011.00400.x/abstract>>, acesso em: 30 outubro 2013
- Jensen, P. and Nielsen, H. S. (1996), «Child labour or school attendance? evidence from Zâmbia», in *Centre for Labour Market and Social Research Science*, 23p. Working Paper, pp. 96-14.

- Kassouf, A. L. (2000) «Trabalho infantil: escolaridade x emprego» em *Encontro Nacional de Economia*, 28, Campinas-SP. *Anais*. Campinas: ANPEC, 2000. (Disponível em CD-ROM)
- Kiernan, K. E. (1991), «Transitions in Young Adulthood in Great Britain», in *Population Studies.*, 95p., vol. 45, Disponível em: <<http://www.jstor.org/stable/2175061>>, acesso em: 07 Nov. 2008.
- Leme, M. C. S. e Wajnman, S. (2000), «A alocação do tempo dos adolescentes brasileiros entre o trabalho e a escola», Trabalho apresentado no XII Encontro Nacional de Estudos Populacionais (ABEP), Caxambu, MG, Brasil, 23 a 27 de outubro.
- Muniz, J. O. (2001), «An empirical approach for child labour in Brazil», paper presented at XXIV International Union For The Scientific Study Of Population General Conference, Salvador, BA, Brazil, 18 a 24 de agosto.
- Oliveira, A. M. H. C. e Rios-Neto, E. L. G. (2004) «Modelos idade-período-coorte aplicados à participação na força de trabalho: em busca de uma versão parcimoniosa», em *Revista Brasileira de Estudos Populacionais (REBEP)*, Campinas, vol. 21, n.º 1, pp .21-47.
- Oliveira, E. L. (2005) “Transições: três aplicações a partir de pesquisas domiciliares no Brasil”, tese de Doutorado, Centro de Desenvolvimento e Planejamento Regional (CEDEPLAR), Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, Brasil, 31 de março.
- Oliveira, E. L., Givisiez, G. H. N. e Vieira, G. G. (2010), «Cenário futuro das situações de trabalho e estudo de adolescentes e jovens no Brasil», Trabalho apresentado no IV Congreso ALAP, Habana, Cuba, 16 a 19 de outubro.
- Patrinos, H. A. and Psacharopoulos, G. (1997), «Family size, schooling and child labor in Peru: an empirical analysis», in *Journal of Population Economics*, vol. 10, n.º 4, pp. 387-405.
- Ravallion, M. and Wodon, Q. (1999), «Does child labor displace schooling? evidence on behavioral responses to an enrollment subsidy», in *World Bank Policy Research Working Paper*, Washington: World Bank, Disponível em: <<http://econ.worldbank.org/docs/828.pdf>>, acesso em: 25 março 2003.
- Ray, R. (2000), «Analysis of child labour in Peru and Pakistan: a comparative study», in *RePEc*, Tasmania: University of Tasmania, vol. 13, pp. 3-19. Disponível em: <<http://link.springer.de/link/service/journals/00148/papers/0013001/00130003.pdf>>, acesso em: 12 outubro 2003.
- Retherford, R. D. and Choe, M. K. (1993), *Statistical models for causal analysis*, in *Wiley-Interscience*, 258 p.
- Sabia, J. J. (2009), «School-year employment and academic performance of young adolescents», in *Economics of Education Review*, pp. 268–276.
- UNICEF. (2011), «The state of the world’s children 2011: Adolescence an age of opportunity». New York: UNICEF, Disponível em: <http://www.unicef.org/sowc2011/pdfs/SOWC-2011-Main-Report_EN_02092011.pdf>, acesso em: 02 Apr. 2011.
- Zabaleta, M. B. (2011), «The impact of child labor on schooling outcomes in Nicaragua», in *Economics of Education Review*, vol. 30, pp. 1527-1539.

Condiciones laborales y comercio exterior: una aproximación desde El Salvador y Guatemala, 2010

*Ana Escoto*¹

Resumen

Se presenta un análisis de las condiciones de trabajo (con énfasis en las remuneraciones y acceso a seguridad social) en los mercados laborales de Guatemala y El Salvador durante el 2010, con el uso de las encuestas de hogares y empleo. El objetivo principal es analizar dichas condiciones con relación a una clasificación productiva de las ramas de actividad ligadas o no con el comercio internacional. Los resultados indican que existe una diferenciación de las condiciones laborales y que la relación con el comercio exterior aparece polarizada: en ambos países se presenta un pequeño sector dentro de los ligados al intercambio internacional, el cual es relativamente protegido y con mayores remuneraciones; y, otro sector más amplio con los peores desempeños en términos de ingreso laboral, aunque presenta mayor probabilidad de protección de seguridad social que los sectores no transables de la economía, los cuales ocupan los puestos medios en las distribuciones.

Palabras clave: condiciones laborales, comercio exterior, mercado de trabajo.

Abstract

An analysis about working conditions (focused in salaries and social security access) in labor markets from Guatemala and El Salvador during 2010 is presented and it was obtained from housing and employment surveys. Results indicate differences among working conditions and the relation with foreign trade appears to be polarized: In both countries a small labor sector linked to foreign trade is protected with social security and with a higher salaries; and another big sector with worst performance regarding labor income but with higher probability of social security access than non-tradable sectors, which are in the medium point of the national distributions.

Keywords: working conditions, foreign trade, labor market.

1 Estudiante de doctorado. Programa de Estudios de Población. El Colegio de México, ana.escoto@gmail.com.

Introducción

Las estrategias de desarrollo que históricamente se han adoptado en la región centroamericana y el tipo de inserción en la economía mundial han estructurado mercados de trabajo diferenciados; estos se enfrentan a una liberalización comercial ejecutada en formas diversas, en intensidad y magnitud, en cada uno de los países centroamericanos en estudio (Guatemala y El Salvador).

Guatemala mantiene una continuidad histórica más fuerte de su dependencia agroexportadora que El Salvador, donde la principal entrada de divisas se da por la recepción de remesas. Sin embargo, coinciden en ser países con procesos de industrialización trunca y que además vivieron conflictos sociales y guerras civiles muy fuertes que hicieron que se ejecutara simultáneamente el cambio estructural con los procesos de paz.

Para poder comparar dos mercados de trabajo tan diferentes, presentamos una descripción y un análisis de las condiciones de trabajo (con énfasis en las remuneraciones y acceso a seguridad social) en el mercado laboral de estos países durante el 2010, a partir de las encuestas de hogares y empleo de los respectivos países. El objetivo principal es analizar dichas condiciones con relación a una clasificación productiva de las ramas de actividad con base en el comercio internacional². Para ello se necesita como precedente la homologación de la información que se registra para el mercado de trabajo con la información de múltiples fuentes sobre el intercambio de bienes y servicios y las Cuentas Nacionales.

La hipótesis de trabajo es que existe una diferenciación de las condiciones laborales en los sectores productivos de acuerdo a la clasificación propuesta para los países de estudio. En específico se asume que hay diferencias no solo entre los sectores transables y no transables, sino que dentro de los mismos sectores ligados al comercio internacional pues existe una relación respecto a con quiénes y con cuántos socios se comercia. Por lo cual se establece que mercados más diversificados en términos de socios comerciales podrían tener acceso a mejores condiciones en los mercados laborales, al estar en condiciones que en los esquemas tradicionales serían más competitivas.

El análisis comparativo de países con especializaciones productivas distintas, en dos países de tamaños similares, con historias con puntos en común, permite ahondar en el proceso de entender e inten-

2 Se asume como comercio exterior o internacional al intercambio de bienes y servicios entre agentes de dos distintos países.

tar trasladar la información y los análisis del comercio internacional al estudio de las condiciones laborales.

Antecedentes de los países en estudio

Tanto El Salvador como Guatemala mantienen una economía pequeña, por su tamaño de mercado con respecto a la inserción mundial; abierta, por su grado de apertura comercial; y dependiente, por su relación comercial con Estados Unidos.

Guatemala estuvo inmersa en una fuerte y prolongada guerra civil (de 1960 a 1996), mientras que El Salvador sufrió un conflicto más corto pero con resultados devastadores (de 1980 a 1992). Estos procesos implicaron la destrucción de los aparatos productivos, además de pérdidas sociales y humanas. Con la paz, en estos dos países se instauraron gobiernos más conservadores, que fueron los encargados de ejecutar o bien profundizar las reformas económicas. En este sentido, estas reformas se vieron acompañadas de la reconstrucción del país. Por tanto, una característica principal de estos países centroamericanos es una triple transición: entre la democracia electoral, la reforma económica y la paz.

Ambos países comparten una historia similar por haber mantenido una economía agroexportadora basada en monocultivos (añil en el siglo XIX y café en la primera mitad del siglo XX) y cultivos extensivos (como de algodón y azúcar) con más auge en los cincuenta. Posteriormente, en los años sesenta se llegó a un proceso de industrialización, aunque esta fue trunca. Todos estos procesos han consolidado grupos oligárquicos que después de la reconstrucción de posguerra lograron integrarse a la dinámica internacional³.

Ambos países mantienen puntajes altos en el Índice de Libertad Económica⁴, El Salvador superando a Guatemala, lo que da cuenta que han implementado una serie de reformas y políticas en que favorecen la apertura comercial y financiera, pilares del Consenso de Washington (Williamson, 2003).

Con respecto a algunos rasgos sociodemográficos podemos mencionar que Guatemala es el país más poblado de la región centro-

3 Véase las investigaciones de Velásquez (2010) y la precursora de Paniagua (2002), en las cuales destaca la composición de los grupos hegemónicos de poder.

4 Este índice incluye medidas para 10 dimensiones de la «libertad económica»: libertad en los negocios, libertad en el comercio, libertad fiscal, tamaño de gobierno (se prefiere un pequeño), libertad monetaria, libertad de inversión, libertad financiera, derechos de propiedad, libertad en contra de corrupción y libertad en el trabajo (Heritage Foundation, 2011).

americana. CEPAL (2011) estima que en 2010, habitaban 14,333,748 guatemaltecos la extensión de 108,889 km² que conforma el territorio nacional. Es una sociedad bastante joven, lo que significa que tiene una alta dependencia por su estructura demográfica joven: mantiene una edad mediana de 18.8 y la tasa de dependencia es de 85 por cada 100. Esto es importante porque hay un contingente amplio de población disponible para trabajar. Al caso guatemalteco debe añadirse un eje de análisis: la adscripción étnica. Hemos incluido una categoría de indígenas, de acuerdo al criterio de autorreconocimiento, que según la ENEI corresponde al 39.6% de la población total.

Dentro de los elementos demográficos que destacan en El Salvador también está el hecho de ser una nación joven, 23 años de edad mediana según el Censo de Población de 2007, pero con una gran desigualdad de sexos: por cada 100 mujeres existen 90 hombres, y por cada 100 mujeres en edad de trabajar existen 85 hombres en el mismo grupo etario⁵. Sobre este desequilibrio debe mencionarse que existe una alta tasa de emigración y un proceso de violencia que afectan a la merma de hombres en las distribuciones de población. A diferencia de Guatemala, el peso agrícola es mucho menor, puesto que la urbanización fue más intensa y acelerada durante el período armado (Morán, 2001), además, es una población sin presencia indígena⁶.

Las remesas son un fenómeno asociado al proceso migratorio que ha vivido El Salvador desde el conflicto armado en los ochenta. En 2010, el 21.4% de los salvadoreños reportaba recibir algún tipo de ayuda económica del exterior, mientras que el 16.4% declaraba que algún miembro de su hogar vivía en el extranjero (EHPM, 2010). La tasa de emigración para el período 2005-2010 de acuerdo a Naciones Unidas (2010) era de 9 personas que dejaban el país por cada mil habitantes.

Actualmente, El Salvador mantiene una economía en la cual el monto de remesas alcanza a 16.4% de la producción en términos corrientes de 2010. Lo que significa que es una economía que se mantiene por el consumo, que en parte es posible por el ingreso disponible de los hogares que proviene de las transferencias familiares (BCR, 2009).

Para analizar la situación reciente del mercado de trabajo de Guatemala se trabajó con la Encuesta Nacional de Empleo e Ingresos de 2010, ENEI. De acuerdo a esta fuente de información, el contingente

5 La población en edad de trabajar en El Salvador se define como de 10 años y más.

6 Después de la matanza indígena de 1932, se dio una rápida «ladinización» de la población indígena pues se asociaba el binomio indígena y comunista, después de los movimientos de insurrección y la manera en que estos se detuvieron.

de trabajadores para dicho año alcanzaba a los 5,566,386 de personas ocupadas mayores de 10 años⁷. Históricamente, Guatemala es el país en la región centroamericana que ha mantenido las tasas de desempleo más bajas, para este año en específico (ENEI, 2010) su tasa de desempleo fue de 3.52%, ligeramente superior al 2% que ha mantenido en la última década.

No obstante, esta baja tasa de desempleo se traduce en una ocupación dominada por bajos ingresos por trabajo, poco acceso a prestaciones y la fuerza de trabajo se caracteriza por sus bajos niveles educativos y por estar orientados en actividades no calificadas, tal como señalan tendencias establecidas por Sauma (2004) y Cabrera y Delgado (2010), además como alta prevalencia del subempleo (Obando y Montero, 2009; Sauma, 2004).

Para el año 2010, según la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples (EHPM) utilizada para el análisis del caso salvadoreño, la población ocupada (2,514,016) tenía una edad mediana de 35 años, una escolaridad promedio de 7.4 años y estaba conformada por un 58.6% de hombres y el restante 41.4% de mujeres. La mediana de los ingresos por hora de los trabajadores para dicho año era de 1.89 dólares PPA⁸. Otro elemento particular de El Salvador es su alta participación de las mujeres en la ocupación y un desempleo femenino inferior al masculino. Esta es una característica que solo mantiene esta nación frente al resto de países latinoamericanos. Los datos desde 1991 demuestran que no solo se mantiene esta tendencia, sino que se aumentan las brechas (Escoto, 2010; Obando Montero, 2009).

Esta breve descripción de los casos de estudio, nos brinda un precedente para deslindar la relación entre el comercio exterior y las condiciones laborales. Relación que se discute en el siguiente apartado.

Las condiciones laborales y el comercio exterior

Desde la sociodemografía, se ha estudiado la inserción en el mercado de trabajo y las condiciones en que esta se desarrolla. Los resultados de dichas investigaciones se circunscriben dentro de dos marcos principales utilizados en los estudios sociodemográficos del mercado de trabajo. La *precariedad laboral*, en su uso más amplio (Mora, 2010; Reygadas, 2011), como un esquema analítico para examinar todo tipo de puestos de trabajo, de manera independiente en el sector formal o

7 Tanto en Guatemala como en El Salvador, la población en edad a trabajar (PET) se define a partir de los 10 años.

8 Paridad del poder adquisitivo.

informal y que establece una relación entre el cambio de modelo económico y el empeoramiento de las condiciones de trabajo. Hay un consenso acerca de que lo novedoso de la precariedad laboral no es su existencia, sino su profundización, en el marco de la globalización y además su trascendencia a los sectores aparentemente ganadores de la misma.

El otro marco mediante el cual se estudian las condiciones laborales se centra en torno a un concepto más amplio y más flexible como el de las *carencias laborales* (García, 2011), donde se parte de la existencia de muchos ejes de reflexión comunes, y en particular indicadores, entre todos los bloques conceptuales que se utilizan, pues convergen en su operacionalización, especialmente porque todos se apoyan en datos oficiales que se pautan a nivel internacional o institucional⁹.

Con base en lo anterior, hemos seleccionado dos condiciones laborales que se puedan comparar dentro de los países: el ingreso laboral por hora y el acceso a seguridad social. En nuestro análisis también incluimos variables sociodemográficas que dan cuenta de la composición de la fuerza de trabajo. Sin embargo, antes de establecer nuestros hallazgos es necesario hacer una breve revisión de los resultados esperados entre el comercio y las condiciones laborales.

Los perfiles económicos, comercio internacional y condiciones laborales

Según los argumentos ortodoxos, «el derrame» del comercio a través de la tecnología y la información, así como el crecimiento mismo, tiene un efecto positivo en las condiciones laborales, o al menos eso es lo esperado en los modelos teóricos. Si este resultado no se da, es debido a que intervienen otros factores (imperfecciones de mercado) que impiden que el beneficio se distribuya entre los participantes del comercio. Flanagan (2006) es sumamente optimista en este sentido, a pesar de que su aproximación dista de ser contundente. Señala que «el crecimiento económico permite a los países comprar más de todo, incluyendo condiciones laborales superiores» (Flanagan, 2006: 64), aun sin considerar los efectos directos sobre las condiciones de trabajo.

La apertura comercial fue una de las políticas de los planes de

9 García (2011) señala tres grandes bloques conceptuales. El primero tiene que ver con el desempleo, el subempleo y la informalidad, conceptos que fueron usados anteriormente, pero que se siguen utilizando muchas veces como indicadores. El segundo engloba concepciones más recientes como la precariedad laboral, la calidad del empleo y el trabajo decente. Finalmente, la autora retoma los conceptos de la flexibilidad, la exclusión laboral y la vulnerabilidad.

reestructuración de América Latina (Katz, 2001). El comercio entre distintos países y qué tan competitivo es un país son las claves del éxito. Incluso, se asume que la participación en el comercio y tratados internacionales también lleva a que los gobiernos parte asuman más responsabilidades frente a tratados laborales.

El núcleo central de la economía internacional tradicional está basado en la idea de las ventajas comparativas. Desde este esquema, el comercio entre naciones permitiría a las economías pequeñas especializarse en sectores donde existe esta ventaja, de tal cuenta que dicha especialización redunde en un aumento de la productividad. Siguiendo la teoría del modelo Heckscher-Ohlin, en condiciones ideales, el comercio internacional entre países llevaría a una igualación de los precios de los factores, es decir, de salarios en el caso de la fuerza de trabajo y en el caso del capital, de la tasa de interés (Krugman y Obstfeld, 2003).

Existen elementos que podrían también tener incidencia en cómo se establecen las condiciones laborales, a la luz de una demanda de trabajo impactada por un régimen abierto al comercio. Un elemento tiene que ver con las relaciones de poder entre las naciones que comercian, lo que repercute en la intensidad de sus relaciones comerciales; así, un factor a analizar es la importancia de la concentración del comercio, sobre todo en economías pequeñas como las centroamericanas. Khalaf (1974) explica que el tamaño de las economías mantiene una relación inversa con la concentración comercial; es decir las economías más pequeñas tenderán a tener concentración comercial más alta: esto es así a nivel geográfico (con socios comerciales), como de productos. Aunque el autor señala que esto no es un impedimento para el desarrollo, existe también una relación de sentido negativo entre el nivel de desarrollo y la concentración geográfica o de socios del comercio internacional.

Sin embargo, no se debe olvidar el supuesto de que una economía pequeña debe aceptar los precios internacionales y no puede influir en ellos. Estas desigualdades de tamaño y poderes podrían llevarnos a revisar la lógica del comportamiento de los mercados, desde modelos microeconómicos como el monopolio (un mercado con un solo vendedor) y del monopsonio (un mercado con un solo comprador); por mencionar ejemplos donde existen comportamientos lejanos a la competencia perfecta, y donde se establecen beneficios extraordinarios a aquellos que poseen poder del mercado y establecen los niveles salariales por debajo del equilibrio. Por ello, este es un elemento que se toma en cuenta al analizar el papel de los socios comerciales.

Otro elemento que debemos considerar al analizar dos países es que están especializados de manera diferenciada. Para Padilla y Martínez

(2007), los países presentan distintos perfiles de acuerdo a la intensidad de sus ejes económicos (maquila, remesa y turismo). El Salvador se basa en tecnología ligera, mientras que Guatemala es un país cuyas exportaciones manufactureras se basan en recursos naturales.

Esta especialización se puede observar en los principales productos de exportación en 2010. La primera tríada para Guatemala es el café, el banano y el azúcar (exportaciones basadas en recursos naturales). Mientras que para El Salvador: *t-shirts* y camisetas interiores, de algodón, de punto; *jerseys*, *cardigans* y artículos similares de algodón, de punto y el alcohol etílico sin desnaturalizar (exportaciones basadas en baja tecnología). Lo anterior, según datos de Intrace, para 2010, de acuerdo con el Sistema Armonizado 2007¹⁰. La especialización agrícola es un rasgo histórico que consolidó a Guatemala como un país predominantemente agrícola, y que confluye con la consolidación de una burguesía anclada en la tierra, basada en poco capital y, además, con mano de obra abundante. Por ello, además del atenuante del monocultivo por el lado productivo, existe un elemento de tamaño de la economía que explica que países como los que estudiamos sean más propensos a la concentración del comercio en pocos socios comerciales (Khalaf, 1974).

En efecto, los países mantienen una alta concentración de sus exportaciones. En el caso de las naciones estudiadas, estas comparten un mismo primer socio comercial: Estados Unidos, aunque existen vestigios del Mercado Común Centroamericano (MECCA) en sus principales socios comerciales. Así, los primeros tres socios comerciales en el 2010 de Guatemala fueron Estados Unidos (38.8% de las exportaciones totales), El Salvador (11.1%) y México (5.1%). Mientras que para El Salvador tenemos a Estados Unidos (48.8%), Honduras (13.3%) y Guatemala (14.2%).

Lo anterior nos hace plantear nuestro estudio de las condiciones laborales a través de una estructura productiva caracterizada de manera histórica por ser concentrada en términos de socios comerciales y de productos. Por ello, en el siguiente apartado describimos la estrategia metodológica que se utilizó para acercarnos a esta relación entre una estructura productiva que dé cuenta de estos aspectos y las condiciones laborales.

La propuesta metodológica: una clasificación sectorial

Para estudiar la relación entre la configuración económica leída desde el comercio exterior se debe homologar la información sobre

10 Revisado en junio de 2011 (El Salvador) y en junio de 2012 (Guatemala).

el mercado de trabajo con los datos de los flujos de bienes y servicios. Los datos de las condiciones de trabajo se obtienen de la EHPM, 2010 para el caso salvadoreño y la ENEI, para el guatemalteco. Para la estructura productiva, se utilizan agregados económicos, obtenidos de las cuentas nacionales y de las bases de comercio exterior como COMTRADE y de Intracen¹¹.

El Código Industrial Internacional Uniforme (CIIU) Revisión 3 es la base de la clasificación productiva propuesta. Al usar las clasificaciones internacionales como el código del Sistema Armonizado (SA) para el comercio internacional y la clasificación Ampliada de la Balanza de Pagos de Servicios (EBOPS, por sus siglas en inglés), para el intercambio de servicios, se pueden establecer correspondencias algunas veces directas y otras parciales a la estructura de la CIIU. Del mismo modo, los bancos centrales de El Salvador y Guatemala utilizan el Sistema de Cuentas Nacionales (SCN-1993) para obtener información sobre la producción, que también se pueden aproximar a la CIIU¹².

La naturaleza diversa de la información sobre los intercambios internacionales de bienes y servicios, tanto en su unidad de recolección como de las instituciones que la utilizan, que la procesan y que la estudian, hace que la armonización no sea lineal. Sin embargo, se han priorizado algunos elementos sustantivos para el análisis. De este modo, los criterios de clasificación obedecen a tres elementos básicos:

1. la intensidad del comercio en términos de volumen de exportaciones e importaciones;
2. la intensidad del comercio en términos de concentración de los socios; y
3. el crecimiento dentro de la economía doméstica de las ramas no relacionadas con el intercambio internacional.

Esto nos ha permitido establecer una clasificación a dos niveles. El primer nivel separa a las actividades relacionadas con el comercio exterior y las que no. Para luego establecer a través de los criterios 2 y 3, los segundos niveles de análisis.

Así definimos como *sectores transables* las ramas de actividad que presentan flujos de bienes o servicios que se intercambian entre el país de estudio y otros socios comerciales durante 2002-2010. Se incluye a ramas de actividad con flujos bilaterales de importación y

11 COMTRADE: Commodity Trade Statistics Database; Intracen: International Trade Center.

12 Las correspondencias establecidas se realizan a una apertura de dos dígitos de la CIIU Rev. 3. Las tablas de correspondencias están disponibles con petición a la autora. Revisar los anexos para observar los esquemas básicos de decisión para la clasificación.

exportación (que denominamos no especializados) y a ramas que se concentran en ser exportadoras o importadoras (especializadas).

Los *sectores no transables* se refieren a ramas de actividad que no presentan flujos de bienes o servicios que se intercambian entre el país de estudio y otros socios comerciales (o que los tienen en muy pequeña escala).

Al llegar al segundo nivel de la clasificación, a un sector transable se considera como *concentrado*, si está compuesto por ramas de actividad con flujos bilaterales de importación y exportación (no especializados), pero cuyo mercado está concentrado en términos de países a quienes se dirigen las exportaciones.

Se aglutinó en *otros transables*, al resto de las ramas de actividad transables. Pueden agrupar a ramas de actividad con flujos bilaterales de importación y exportación (no especializados), pero que tienen un mercado diversificado en términos de países a quienes se dirigen las exportaciones. Asimismo, se puede tratar de ramas especializadas con un flujo unilateral de comercio. Todos estos sectores coinciden en no ser los tradicionales sectores de exportación en los países.

En el caso del segundo nivel de clasificación para los no transables se utilizó el dinamismo interno. El sector *no transable sin crecimiento* se refiere a las ramas de actividad económica que se estancaron o que mantuvieron un crecimiento proporcional a su participación dentro del valor agregado al inicio del período 2002-2010. Mientras que el sector transable *con crecimiento* incluye a las ramas de actividad que durante el período de estudio crecieron tanto en volumen de valor agregado como en su participación dentro de la estructura productiva, durante el período 2002-2010.

A partir de esta estructura económica, que se resume en el cuadro 1, podemos avanzar en nuestro análisis de las condiciones laborales.

Cuadro 1. El Salvador y Guatemala (2010): Resumen de la clasificación según la relación con el comercio internacional. Descripción por sectores

<p><i>Sectores transables:</i> refieren a ramas de actividad que presentan flujos de bienes o servicios que se intercambian entre el país de estudio y otros socios comerciales, durante 2002-2010. Incluye a ramas de actividad con flujos bilaterales de importación y exportación (no especializados) y a ramas que se concentran en ser exportadoras o importadoras (especializadas).</p>	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Concentrado</i>, incluye a las ramas de actividad con flujos bilaterales de importación y exportación (no especializados), pero cuyo mercado está concentrado en términos de países a quienes se dirigen las exportaciones. • <i>Otros transables</i>, aglutina a ramas de actividad con flujos bilaterales de importación y exportación (no especializados), pero que tienen un mercado diversificado en términos de países a quienes se dirigen las exportaciones. Asimismo, se puede tratar de ramas especializadas con un flujo unilateral de comercio.
<p><i>No transables:</i> refieren a ramas de actividad que no presentan flujos de bienes o servicios que se intercambian entre el país de estudio y otros socios comerciales (o que los tienen en muy pequeña escala)</p>	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Sin crecimiento</i>, se refiere a las ramas de actividad económica que se estancaron o que mantuvieron un crecimiento proporcional a su participación dentro del valor agregado al inicio del período 2002-2010. • <i>Con crecimiento</i>, incluye a las ramas de actividad que durante el período de estudio crecieron tanto en volumen de valor agregado como en su participación dentro de la estructura productiva, durante el período 2002-2010.

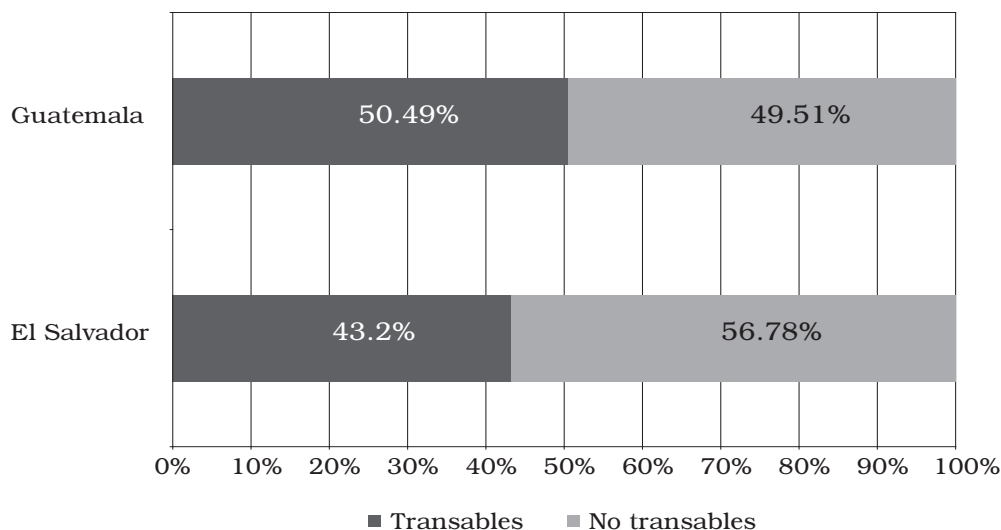
Nota: Se parte de los sectores especificados por la dirección de flujos (véase el esquema A1 en anexos), pero hemos conformado agrupaciones más simplificadas que permitan observar mejor el efecto del comercio internacional sobre el ingreso y las otras condiciones laborales. Si se quiere ahondar en la composición interna de cada subsector, consúltese los esquemas A2 y A3, también en los anexos, para los dos países en estudio.

Fuente: Elaboración propia.

El mercado de trabajo y la estructura productiva ligada al comercio internacional

La clasificación propuesta en el cuadro 1 ha dado como resultado una configuración diferente entre los países, la que puede observarse fácilmente al revisar las distribuciones de los sectores en el empleo total, pues estos dependen de manera diferenciada de los sectores transables y no transables para la generación de empleos, tal como se observa en el gráfico 1. Se hace notar que el país que mantiene una mayor parte del empleo en sectores relacionados con el comercio exterior es Guatemala; mientras, El Salvador presenta una superioridad del empleo en sectores no transables.

Gráfico 1. Guatemala, 2010 y El Salvador: Distribución de los ocupados de acuerdo a los sectores y su relación con el comercio internacional. Primer nivel de clasificación, 2010

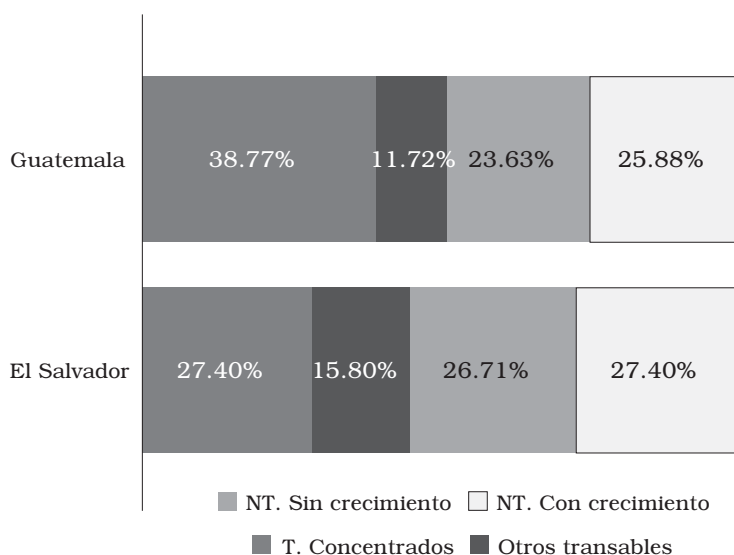


Nota: Guatemala excluye el sector agrícola de subsistencia.
Fuente: elaboración propia con datos de la ENEI y EHPM, 2010.

La especialización de los países ha sido distinta¹³. Existe una diferenciación dentro de los sectores en términos de la distribución de los empleos, al trasladar el análisis a un nivel más detallado en la relación de las ramas productivas con el comercio exterior, incluyendo los criterios de dirección de flujos y socios comerciales para los sectores transables y, para los sectores no transables, la relación de su dinamismo en la economía interna, tal como señalamos en el cuadro 1.

13 Se debe destacar que el consumo interno de El Salvador está afectado por importaciones y patrocinado en alguna parte por las remesas. Por lo que lo explicitado en el gráfico anterior refiere a relaciones directas con el comercio exterior, aunque la «no transabilidad» de las actividades no implique una dependencia nula con las actividades externas.

Gráfico 2. Guatemala y El Salvador: Distribución de los ocupados de acuerdo a los sectores y su relación con el comercio internacional. Segundo nivel de clasificación, 2010



Nota: Guatemala excluye el sector agrícola de subsistencia. «T» se refiere a los sectores transables; «NT.» A los no transables

Fuente: elaboración propia con datos de la ENEI y EHPM, 2010.

En general, los «otros transables» (sectores especializados en ser solo importadores o solo exportadores y sectores altamente transables sin concentración de socios), generan la menor cantidad de empleo en todos los países. En cambio, los sectores transables con concentración de socios comerciales son los que se mantienen como los grandes generadores de empleo, dentro de estos sectores. Las brechas en participación en estos sectores son sensiblemente menores en el caso salvadoreño¹⁴. En el caso de los sectores no transables, la situación varía por país. En Guatemala, el sector que genera en mayor proporción empleos en el sector no transable es el sector «con crecimiento»; en el caso salvadoreño la situación es muy cercana entre los dos sectores no transables.

Esta primera revisión permite observar cómo los patrones de absorción de empleo son diferenciados. Pero debemos mover el análisis a los otros elementos estudiados en esta investigación, y especialmente, a nuestro objeto de estudio: las condiciones laborales.

14 Para consultar las ramas representativas de cada subsector ligado al comercio, se presentan los esquemas A2 y A3 en los anexos.

Los factores asociados a las condiciones laborales

Como parte de nuestro análisis, presentamos una estrategia multi-variada de análisis, la cual consiste en establecer modelos de regresión lineal robusta y regresión logística para establecer los factores asociados a las condiciones laborales (concentrándonos en el ingreso laboral por hora y el acceso a seguridad social). Para ello, hacemos énfasis en el papel de los sectores económicos de acuerdo al comercio internacional y en el comportamiento de las condiciones de trabajo, como parte de las variables independientes que explican estas condiciones.

En los anexos se han incluido las ecuaciones de los modelos ajustados para cada país. Los factores asociados a las variables dependientes (ingresos laborales y seguridad social) incluyen variables sociodemográficas (sexo, residencia, estado civil, escolaridad), de inserción laboral (ocupación, sector institucional), así como los sectores de actividad clasificados por su relación con el comercio internacional.

El caso guatemalteco

El ingreso laboral por hora, al igual que otras condiciones laborales, es resultado de la interacción de las características de la oferta y la demanda de trabajo, condicionadas por las instituciones y condiciones históricas específicas de los países en estudio. Tomando en cuenta esto presentamos los resultados de algunos factores sociodemográficos y los niveles de calificación, así como la pertenencia a los sectores económicos que están más asociados con los diferentes niveles de ingreso laboral en Guatemala para el año 2010.

En la tabla 1 se presentan los resultados de la regresión robusta para el ingreso laboral por hora (modelo 1) y el modelo *logit* para el acceso a seguridad social para el caso guatemalteco (modelo 2), cuyas ecuaciones se pueden consultar en los anexos¹⁵.

15 Cuando describimos los cambios, salvo que se diga lo contrario, asumimos la condición *ceteris paribus* del resto de variables.

Tabla 1. Guatemala: Resultados de la regresión lineal robusta sobre el ingreso laboral por hora y el modelo *logit* para el acceso a seguridad social. 2010 (continúa)

	<i>Modelo 1: Ingreso</i>	<i>Modelo 2: Seguridad Social</i>
	<i>Dólares PPA.</i>	<i>Razón de momios</i>
	$\hat{\beta}/(ee)$	$e^{\hat{\beta}}/(ee)$
<i>Área de residencia</i>		
Metropolitana	+	+
Resto Urbano	-0.2711*	0.5224*
	(0.024)	(0.044)
Rural	-0.2476*	0.4959*
	(0.026)	(0.049)
<i>Condición de hombre o mujer</i>		
Hombre	+	+
Mujer	-0.2256*	0.6993*
	(0.019)	(0.053)
Edad	0.0250*	1.0807*
	(0.003)	(0.015)
Edad ²	-0.0003*	0.9989*
	(0.000)	(0.000)
<i>Adscripción étnica</i>		
No indígena	+	+
Indígena	-0.1540*	0.6328*
	(0.020)	(0.054)
Unido	+	+
No unido	-0.1264*	0.8610**
	(0.021)	(0.069)
<i>Escolaridad</i>		
Hasta primaria	+	+
Primaria y más	0.2872*	2.0213*
	(0.022)	(0.163)
<i>Ocupación</i>		
Funcionarios y Prof., oficina	+	+
Vendedores y servicios	-0.7393*	0.4485*
	(0.032)	(0.047)
Operadores, operarios	-0.5387*	0.4180*
	(0.032)	(0.044)
No calificados	-0.7117*	0.3498*
	(0.033)	(0.039)

continúa

	<i>Modelo 1: Ingreso</i>	<i>Modelo 2: Seguridad Social</i>
	<i>Dólares PPA.</i>	<i>Razón de momios</i>
	$\hat{\beta}/(ee)$	$e^{\hat{\beta}}/(ee)$
<i>Sector según comercio</i>		
Otros sectores transables	+	+
T. Concentrado	-0.1521* (0.031)	0.9968 (0.112)
NT. Sin crecimiento	-0.0591** (0.033)	0.5216* (0.063)
NT. Con crecimiento	-0.1049* (0.033)	0.7458* (0.087)
<i>Sector Institucional</i>		
Sector privado	+	+
Sector Público	1.5920* (0.042)	8.1012* (1.240)
<i>Subsistencia Agrícola</i>		
No subsistencia agrícola	+	+
Subsistencia agrícola	-0.9486* (0.024)	0.2720* (0.036)
Constante	1.8917* (0.072)	0.2516 -2804.1697
r ²	0.36313639	Seudo: 0.2516
% Clasificados correctamente	N.A:	83.95%
N	7,013	7,023

* p<0.05, ** p<0.10, + Categoría de referencia, errores estándar en paréntesis

Fuente: estimaciones con la ENEI, 2010. El resto de indicadores de ajuste se encuentran en los anexos.

En la primera columna de la tabla 1 se muestran los efectos de las variables en estudio en la regresión lineal robusta¹⁶ sobre el ingreso laboral por hora. El residir en la zona metropolitana tiene un efecto positivo en los ingresos por hora, frente al resto de zonas que disminuyen el ingreso entre 0.24 y 0.27 dólares PPA por hora. Las variables de características sociodemográficas como la edad, el sexo y la adscripción indígena presentan efectos significativos sobre el ingreso laboral por hora. Las mujeres reciben remuneraciones más bajas que los hombres, los indígenas ganan menos por hora que los ladinos y la edad mantiene un efecto creciente con un término cuadrático negativo que desacelera a lo largo de las edades esta tendencia creciente. Conforme a lo esperado,

16 La regresión robusta lineal es una variante de la regresión lineal que toma en cuenta que la variable dependiente (en este caso el ingreso laboral por hora) tiene *outliers* (datos «aberrantes») y por lo tanto corrige los errores estándar a través de un peso en las observaciones con residuos más altos y supera así los problemas de heterocedasticidad propios de este tipo de distribuciones.

los trabajadores con mejores ingresos laborales son aquellos que tienen acceso a educación mayor a la primaria. Lo cual confirma que, a pesar de los bajos niveles de escolaridad del caso del mercado de trabajo guatemalteco, se mantiene un efecto de las credenciales educativas para obtener un mejor desempeño en cuanto a ingresos.

En lo que respecta a la *ocupación* de los trabajadores observamos que las diferencias entre los «no calificados», «los vendedores y trabajadores de servicios» y los «operarios y operadores», con respecto a los «directivos, funcionarios y profesionales y trabajadores de oficina» prácticamente mantienen la misma magnitud. Lo que estaría dando cuenta de una disparidad importante en el mercado laboral guatemalteco, donde a pesar de que haya diferencias entre las ocupaciones, se mantiene un sector sobre el resto.

Para los *sectores económicos de acuerdo al comercio internacional* se presenta al «sector transable concentrado» (mercado de socios comerciales concentrados, ligado al sector de agricultura) con los ingresos por hora más bajos; por su parte, el sector «otros transables» (la industria de alimentos y bebidas) mantiene una condición de «ganador» en términos de generación de empleos mejor pagados. En el caso de los dos sectores no transables, es el sector no transable con crecimiento el que sale peor librado en términos de ingreso. Esto significa que los sectores que tienen relativamente mejores desempeños en términos productivos están generando empleos con bajos ingresos, lo cual también es un ejemplo de cómo indiferentemente de la demanda (interna o externa), la economía guatemalteca está permeada por mantener su crecimiento con actividades de baja productividad y malas condiciones laborales.

Finalmente, hemos controlado los efectos que podrían ocasionar dos grupos extremos. El primero tiene que ver con el sector institucional, con la introducción de una variable para los trabajadores del sector público, sector caracterizado por ser protegido históricamente y que mantiene las mejores condiciones laborales. En el modelo 1 se muestra que los empleados en este sector institucional presentan salarios 1.59 dólares por hora mayores que el resto. El otro elemento que también introducimos refiere a las actividades de subsistencia agrícola y actividades no remuneradas, cuya relación es negativa. Esta variable es importante porque es la que controla a este sector que por definición no obtiene ingreso o es muy bajo, pues se emplea en el sector agrícola de subsistencia¹⁷.

17 De esta manera se controlan las actividades agrícolas que no son necesariamente transables por ser de subsistencia.

El análisis de otra condición laboral frente al ingreso laboral por hora complementa la visión del mercado de trabajo, y esto lo observamos en modelo 2, un *logit* sobre el acceso a seguridad social, cuyos resultados están en la tabla 1¹⁸. En términos de condiciones sociodemográficas, existe un patrón de desprotección institucional que coincide con la precarización de los ingresos. El área de residencia, el estado civil, la escolaridad, el sexo, la edad y la adscripción indígena presentan efectos que refuerzan la tendencia mostrada por las remuneraciones por hora. Lo que coloca a estos grupos en situaciones más vulnerables.

En tanto, la ocupación, en términos de acceso a la seguridad social sí se distingue entre las diferentes categorías ocupacionales, lo que no sucedía con el ingreso que generaba dos grupos ocupacionales muy polares. El grupo de «no calificados» se presenta como el que tiene menor acceso a esta prestación, presentando una reducción del 60% en los momios de probabilidad de acceder a seguridad social con respecto al grupo de «directivos, funcionarios y profesionales y trabajadores de oficina».

Con relación a los efectos del *comercio internacional*, nuestras covariables de interés, los momios de probabilidad del «sector transable concentrado» no son estadísticamente diferentes a los mostrados por los «otros transables». En cambio, los momios de los dos sectores no transables son significativamente menores, reduciendo las probabilidades en un 25% (no transables con crecimiento) y hasta un 50% (en los no transables sin crecimiento).

Las variables de control para los trabajadores del sector público y de los empleados en el sector de subsistencia agrícola mantienen su tendencia con el patrón con los ingresos, siendo la primera una variable que asegura la protección; mientras que la segunda, lleva al trabajador de estos sectores a la desprotección absoluta.

Es importante recordar, a la luz de estos resultados, que la proporción de acceso a seguridad social que presenta la población trabajadora guatemalteca es baja, es decir, estamos modelando una probabilidad reducida, pues es un país con poca protección, bajos niveles de empleo asalariado y alta presencia de autoempleo. La proporción predicha por el modelo para la población total es de 0.1597 y para el caso de la población que están en sectores remunerados de no subsistencia agrícola es de 0.2474¹⁹.

18 Este tipo de modelos ajusta una relación lineal entre el logito de los momios de la probabilidad y las covariables o factores asociados. Se puede consultar la ecuación del modelo ajustado en los anexos.

19 Asumiendo las condiciones medias para todas las variables.

El caso salvadoreño

En la tabla 2, se presentan los resultados de la regresión robusta para el ingreso laboral por hora y el modelo *logit* para el acceso a seguridad social para el caso salvadoreño. Si bien algunas especificaciones de las fuentes de datos no permiten tener exactamente las mismas variables que en el caso guatemalteco, el ejercicio es análogo al presentado en el acápite anterior para Guatemala.

Casi todos los factores asociados operan en el mismo sentido que en el caso guatemalteco, tanto para la remuneración por hora como para el acceso a seguridad social. Nos restringiremos a explicitar los efectos que son diferentes en el sentido de las relaciones entre la variable de pendiente con la independiente (sexo e inserción de acuerdo a la actividad productiva ligada al comercio internacional); y, haremos énfasis en la recepción de remesas, como grupo sociodemográfico característico.

La condición de hombre o mujer impacta en las relaciones salariales: las mujeres ganan 0.19 dólares menos por cada hora que trabajan, con respecto a los hombres (véase el modelo 3 en la tabla 2, columna 1). Sin embargo, las mujeres tienen momios de probabilidad 32% más altos de acceder a la seguridad social (véase el modelo 4, en la tabla 2, columna 2). Esto podría indicar que las mujeres podrían establecer algún tipo de *trade-off* para escoger sus trabajos entre protección y salario.

Los efectos de la pertenencia a sectores clasificados de acuerdo al comportamiento del comercio internacional son sustantivos. Las regresiones indican que controlando por el resto de factores, el *sector transable concentrado* (mercado de socios comerciales concentrados, ligado al sector de agricultura e industria de la confección), mantiene una diferencia de alrededor un dólar por hora menos frente al sector *otros transables* que es la categoría de referencia (se trata sobre todo de la industria de alimentos y bebidas y actividades empresariales).

También, el *sector transable concentrado* presenta condiciones laborales más precarias que la categoría de referencia, «otros transables», pues también mantiene menor acceso a la seguridad social, pero presenta mayores probabilidades que los *sectores no transables*.

Es así que la estructura productiva propuesta de acuerdo al comercio internacional opera de manera bastante diferenciada entre ingresos y acceso a seguridad social. Por lo cual, se podría establecer la hipótesis de que la carencia de condiciones referentes a acceso a seguridad social es compensada por ingresos relativamente más altos en los sectores *no transables*, en especial con el *no transable «con crecimiento»*.

Finalmente, la recepción de remesas no tiene un efecto en el ingreso por hora. Pero sí en el acceso a la seguridad social. Lo que podría indicar que las redes de familiares tendrían algún tipo de efecto paliativo frente a los esquemas de desprotección.

Tabla 2. El Salvador: Resultados de la regresión lineal robusta sobre el ingreso laboral por hora y el modelo *logit* para el acceso a seguridad social, 2010

	<i>Modelo 3: Ingreso</i>	<i>Modelo 4: Seguridad Social</i>
	<i>Dólares PPA</i>	<i>Razón de momios</i>
	$\beta/(ee)$	$\hat{\beta}^e/(ee)$
<i>Área de residencia</i>		
Zona rural	+	+
Zona urbana	0.1903*	2.0879*
	(0.013)	(0.081)
<i>Condición hombre o mujer</i>		
Hombre	+	+
Mujer	-0.1903*	1.3251*
	(0.013)	(0.049)
Edad	0.0331*	1.0804*
	(0.002)	(0.008)
Edad ²	-0.0004*	0.9991*
	(0.000)	(0.000)
<i>Escolaridad</i>		
Ninguna	+	+
Hasta primaria	0.2039*	3.6062*
	(0.018)	(0.318)
Secundaria y media	0.3813*	10.7076*
	(0.020)	(0.952)
Superior y más	1.3286*	14.3807*
	(0.032)	(1.540)
<i>Estado civil</i>		
No unido	+	+
Unido	0.1168*	1.8383*
	(0.013)	(0.069)
<i>Remesa</i>		
No recibe	+	+
Recibe	-0.0210	0.7112*

continúa

	(0.014)	(0.032)
	<i>Modelo 3: Ingreso</i>	<i>Modelo 4: Seguridad Social</i>
	<i>Dólares PPA</i>	<i>Razón de momios</i>
	$\hat{\beta}/(ee)$	$\hat{\beta}^e/(ee)$
<i>Ocupación</i>		
Funcionarios y Prof., oficina	+	+
Vendedores y servicios	-0.9681*	0.2773*
	(0.026)	(0.017)
Operadores, operarios	-1.1146*	0.2457*
	(0.026)	(0.015)
No calificados	-0.7781*	0.1937*
	(0.025)	(0.012)
<i>Sector según comercio</i>		
Otros transables	+	+
T. Concentrado	-0.8143*	0.6502*
	(0.019)	(0.033)
NT. Sin crecimiento	-0.2920*	0.4229*
	(0.019)	(0.021)
NT. Con crecimiento	-0.2504*	0.4706*
	(0.021)	(0.026)
<i>Sector Institucional</i>		
Sector privado	+	+
Sector Público	1.7596*	25.2591*
	(0.027)	(2.462)
<i>Subsistencia Agrícola</i>		
No subsistencia agrícola	+	+
Subsistencia agrícola	-1.3692*	0.1307*
	(0.019)	(0.015)
Constante	2.0796*	
	(0.050)	
R ²	0.33381287	0.3591
% Clasificados correctamente	N.A.	84.32%
N	33,323	33,323

* p<0.05, ** p<0.10 + Categoría de referencia, errores estándar en paréntesis

Fuente: estimaciones con la EHPM, 2010. El resto de indicadores de ajuste en anexos

Al igual que en Guatemala, debemos hacer hincapié en que los resultados presentados en la tabla 2 sobre acceso a la seguridad social refieren a momios y probabilidades relativas, por lo que debemos retomar que alrededor de una cuarta parte de los trabajadores tiene

acceso a seguridad social²⁰ y que, por tanto, estamos modelando una baja probabilidad. Esta característica es propia del tipo de mercados laborales que se han flexibilizado en las últimas décadas y que, además, nunca han contado con una participación laboral sindical desde la finalización de sus conflictos internos armados.

Reflexiones generales

Podemos observar que la *jerarquía* de las condiciones laborales (véase tabla 3) en la relación del comercio internacional coincide en ambos países entre los peores y los mejores sectores y mantienen diferencias entre los puestos medios de la distribución, referidos a los sectores no transables. Los sectores transables aparecen más protegidos, pero polarizados en los ingresos; mientras que los sectores no relacionados directamente con el comercio aparecen en situaciones medias dentro de la distribución.

Tabla 3. Guatemala y El Salvador: Jerarquía de las condiciones laborales en los sectores económicos ligados al comercio internacional, 2010

<i>Sector según comercio</i>	<i>Guatemala</i>		<i>El Salvador</i>	
	<i>Ingreso</i>	<i>Seguridad Social</i>	<i>Ingreso</i>	<i>Seguridad Social</i>
Otros sectores transables	1	1*	1	1
T. Concentrado	4	1*	4	2
NT. sin crecimiento	2	4	3	4
NT. con crecimiento	3	3	2	3

*Empate

Fuente: elaboración propia con base en las tablas 1 y 2.

Se tomó la decisión de que el criterio principal para definir la situación de los trabajadores, en los casos guatemalteco y salvadoreño, es el ingreso laboral por hora. Esto obedece a dos razones. Primero, como se ha señalado, se han modelado probabilidades muy bajas. La protección relativamente más alta de los sectores transables concentrados es realmente bastante baja en ambos casos nacionales. Segundo, en países como los estudiados, donde no existen muchas transferencias estatales y los ingresos laborales superan los ingresos de otras fuentes en los hogares (Medina y Galván, 2008), los ingresos laborales son decisivos para los niveles de bienestar de las personas.

20 La probabilidad predicha para la población ocupada es de 0.24058, también calculada tomando los valores medios de las variables.

Sin embargo, es interesante que los sectores transables mantengan mejores condiciones de protección social. Esto indica que podría deberse a la adscripción a los tratados internacionales, que obliga a tomar en cuenta un cierto tipo de legislación que puede tener un efecto más sustancial en las empresas de mayor tamaño asociadas a los flujos de exportación. Mientras que en el sector no transable, el autoempleo es una cualidad más común que, por lo general, es una condición que conlleva a la desprotección.

Teniendo en cuenta este criterio, podemos escribir nuestros resultados en la tabla 4, donde mostramos el tamaño de la fuerza de trabajo analizada, las condiciones laborales en sus promedios y las ramas que hemos considerado que tienen los peores y los mejores desempeños, con sus respectivos tamaños. En primer lugar, observamos que con relación a las condiciones laborales analizadas se observan dos países con condiciones muy similares en términos de sus promedios de ingreso laboral por hora y acceso a seguridad (El Salvador supera levemente los estimados guatemaltecos). Y, una coincidencia tanto en los sectores ganadores y perdedores así como al interior de estos, es decir en la composición por sus ramas de actividad (véase los esquemas A2 y A3 en los anexos, para la más información de otras ramas dentro de estos sectores).

Tabla 4. Guatemala y El Salvador: Resumen de resultados entre países, 2010

	<i>Guatemala</i>	<i>El Salvador</i>
Fuerza de trabajo analizada	4,014,120	2,512,156
Condiciones laborales		
Ingreso laboral por hora PPA USD		
Promedio	2.52	2.69
Seguridad social		
Proporción	0.2579	0.3068
Comercio internacional		
<i>Sector «ganador»</i>	<i>Otros transables</i>	<i>Otros transables</i>
%	11.72	15.80
Rama representativa	Elaboración de productos alimenticios y bebidas	Elaboración de productos alimenticios y bebidas
<i>Sector «perdedor»</i>	<i>Transable concentrado</i>	<i>Transable concentrado</i>
%	38.77	27.40
Rama representativa	Agricultura, ganadería, caza y actividades de servicios conexas	Agricultura, ganadería, caza y actividades de servicios conexas

Nota: Guatemala excluye el sector agrícola de subsistencia.

Fuente: elaboración propia con base en los resultados de la sección anterior.

Los resultados en ambos países muestran que la pertenencia a distintos sectores ligados al comercio internacional lleva a condiciones polarizadas. Primero, que la producción orientada hacia exportaciones de bajo valor agregado en actividades primarias dirigida a pocos socios comerciales (o lo que hemos venido denotando como «transables concentrados») redundaba en bajas remuneraciones, aunque con más probabilidad de acceder a seguridad social. Mientras que también existe un sector transable, mayoritariamente de producción de alimentos y bebidas (los «otros transables»), que provee una mejor inserción laboral en términos de ingresos y esquemas de protección.

Es interesante que los dos casos extremos se presenten en los sectores ligados al comercio, lo que indica que existen formas muy diversas en los efectos de una misma estrategia económica que se ha planteado en la base de las políticas públicas como estrictamente benigna y desde sus críticos, como esencialmente restrictiva. Pese a esto, en términos de volúmenes de trabajadores, los insertados en el sector más perjudicado más que triplican en número a los trabajadores al sector con las mejores condiciones para el caso guatemalteco, y casi lo duplican para el caso salvadoreño. Esto quiere decir que los efectos esperados por los esquemas tradicionales son solo ciertos para un pequeño sector, haciendo de «el derrame» una situación más de excepción que de esquema generalizado.

Finalmente, se retoman las especificidades dentro de cada país. En primer lugar, el papel de la *mujer* en el mercado laboral. El Salvador destacada por ser el país donde la fuerza de trabajo presenta mayor participación femenina y donde las mujeres salvadoreñas reciben 0.19 dólares PPA menos por hora que sus contrapartes hombres, manteniendo una serie de factores constantes (véase modelo 3 en la tabla 2). En el caso guatemalteco esta diferencia es de 0.22, también manteniéndose las mujeres con niveles inferiores a los de los hombres (véase modelo 1 en la tabla 1).

En el caso de grupos específicos demográficos, para el caso guatemalteco, se aprecia una situación apremiante para las personas cuya adscripción étnica es *indígena*. En primer lugar, porque conforman gran parte de la fuerza de trabajo y, además, tienen ingresos sustancialmente inferiores (15 centavos menos por hora que los no indígenas). Las condiciones de protección social refuerzan esta exclusión en el mercado laboral de las buenas condiciones laborales, pues las probabilidades de acceder a la seguridad social se reducen en alrededor un 40% (con una serie de controles estadísticos en las variables de estudio, véase el modelo 2 en la tabla 1).

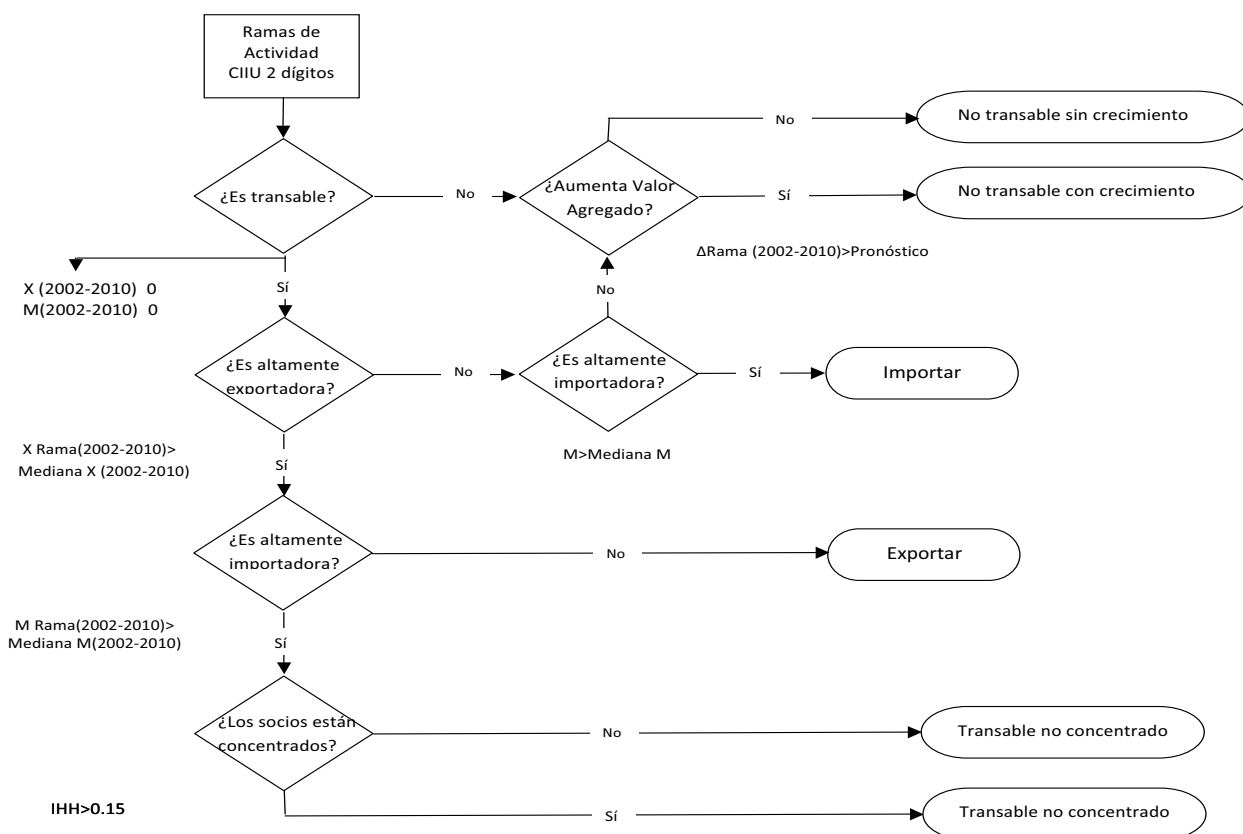
En el caso salvadoreño, para acercarnos a los efectos micro de las remesas, tenemos que la presencia de remesas coincide con situaciones precarias con menores probabilidades de acceder a seguridad social, frente a quienes no reciben remesas (véase el modelo en la tabla 2, para revisar las variables de control en los modelos). Esto quiere decir que el proceso migratorio externo de los hogares no necesariamente subsana la precariedad de los individuos relacionados con el migrante en el país de origen y que la institución familiar responde frente a la escasez de la protección social. Estos elementos propios y específicos también deben analizarse a la luz de la existencia de elementos de composición de la fuerza de trabajo que también permean las estructuras de las condiciones laborales.

En resumen, esta investigación permite observar características particulares entre los países, pero también rasgos comunes entre dos naciones con especialización diferenciada. Sobre todo, nos permite demostrar la relación heterogénea del comercio, el cual genera condiciones mejores o peores, con respecto a *cuánto* se comercia, *con quién* se comercia, *con cuántos socios* comerciales se mantienen vínculos y *qué tipo* de producto se está comerciando.

Estos elementos debieran ser incluidos más a menudo en los estudios laborales y demográficos. Esta investigación es un primer acercamiento y una propuesta de cómo podemos integrar elementos de la dinámica económica y comercial a los análisis del mercado laboral, estudiándolos desde los y las trabajadoras.

Anexos

Esquema A1. Diagrama de decisión teórica para clasificar los sectores económicos en función de su perfil de comercio exterior



Fuente: elaboración propia. Nota: X, exportaciones. M, importaciones. Las tablas de correspondencia están disponibles con solicitud a la autora.

Esquema A2. Población ocupada en actividades no remuneradas de no subsistencia agrícola en las principales sub-ramas de los sectores ligados al comercio internacional. Guatemala, 2010

• Transables	<ul style="list-style-type: none"> • Con concentración de socios 01 - Agricultura, ganadería, caza y actividades de servicios conexas (57.29%) 18 - Fabricación de prendas de vestir; adobo y teñido de pieles (10.24%) • Otros sectores transables 15 - Elaboración de productos alimenticios y bebidas (57.29%) 51 - Comercio al por mayor y en comisión, excepto el comercio de vehículos automotores y motocicletas (23.42%)
• No transables	<ul style="list-style-type: none"> • Sin crecimiento 45 - Construcción (30.01%) 95 - Hogares privados con servicio doméstico (21.73%) • Con crecimiento 52 - Comercio al por menor, excepto el comercio de vehículos automotores y motocicletas; reparación de efectos personales y enseres domésticos (74.71%) 80 - Enseñanza (19.93%)

Nota: ramas a dos dígitos según CIIU revisión 3. Fuente: estimaciones propias con la ENEI, 2010.

Esquema A3. Principales sub-ramas de los sectores de acuerdo a la participación de la población ocupada en cada sector. El Salvador, 2010

• Transables	<ul style="list-style-type: none"> • Otros transables 15 - Elaboración de productos alimenticios y bebidas (34.13%) 74 - Otras actividades empresariales * (20.86 %) 60 - Transporte por vía terrestre; transporte por tuberías ** (13.06%) • Con concentración de socios 01 - Agricultura, ganadería, caza y actividades de servicios conexas (78.29%) 18 - Fabricación de prendas de vestir; adobo y teñido de pieles (13.42%)
• No transables	<ul style="list-style-type: none"> • Sin crecimiento 55 - Hoteles y restaurantes (20.49%) 45 - Construcción (17.30%) • Con crecimiento 52 - Comercio al por menor, excepto el comercio de vehículos automotores y motocicletas; reparación de efectos personales y enseres domésticos (73.08%)

* Incluye las siguientes sub-ramas como las más importantes: actividades jurídicas; actividades de contabilidad, teneduría de libros y auditoría; asesoramiento en materia de impuestos y actividades de investigación y seguridad

** Incluye las siguientes sub-ramas como las más importantes: Otros tipos de transporte regular de pasajeros por vía terrestre y transporte de carga por carretera

Nota: ramas a dos dígitos según CIIU revisión 3

Fuente: estimaciones propias con la EHPM, 2010.

Especificación de modelos

Modelo 1

El modelo ajustado para el ingreso laboral por hora en el caso guatemalteco fue el siguiente

$$\begin{aligned}
 y = & \beta_0 + \beta_1 \text{resto} + \beta_2 \text{rural} + \beta_3 \text{mujer} + \beta_4 \text{edad} + \beta_5 \text{edad}^2 + \beta_6 \text{indígena} \\
 & + \beta_7 \text{nounido} + \beta_8 \text{esco}_{\text{primaria}} + \beta_9 \text{vendedores} + \beta_{10} \text{oepradores} \\
 & + \beta_{11} \text{no calificados} + \beta_{12} \text{TCconcentrado} + \beta_{13} \text{NTSincrecimiento} \\
 & + \beta_{14} \text{NTconcrecimiento} + \beta_{15} \text{público} + \beta_{16} \text{substitencia} + \varepsilon
 \end{aligned} \quad (1)$$

Donde:

y, es el ingreso laboral por hora en dólares ajustados PPA

Modelo 2

$$\begin{aligned}
 \ln\left(\frac{p}{1-p}\right) = & \beta_0 + \beta_1 \text{resto} + \beta_2 \text{rural} + \beta_3 \text{mujer} + \beta_4 \text{edad} + \beta_5 \text{edad}^2 + \beta_6 \text{indígena} \\
 & + \beta_7 \text{nounido} + \beta_8 \text{más}_{\text{primaria}} + \beta_9 \text{vendedores} + \beta_{10} \text{oepradores} \\
 & + \beta_{11} \text{no calificados} + \beta_{12} \text{TCconcentrado} + \beta_{13} \text{NTSincrecimiento} \\
 & + \beta_{14} \text{NTconcrecimiento} + \beta_{15} \text{público} + \beta_{16} \text{substitencia} + \varepsilon
 \end{aligned} \quad (2)$$

Donde:

p , es la probabilidad de acceder a seguridad social.

Modelo 3

$$y = \beta_0 + \beta_1 \text{urbano} + \beta_2 \text{mujer} + \beta_3 \text{edad} + \beta_4 \text{edad}^2 + \beta_5 \text{nounido} + \beta_6 \text{esco}_{\text{primaria}} + \beta_7 \text{esco}_{\text{secundaria}} + \beta_8 \text{esco}_{\text{superior}} + \beta_9 \text{remesa} + \beta_{10} \text{vendedores} + \beta_{11} \text{operadores} + \beta_{12} \text{no calificados} + \beta_{13} \text{TConcentrado} + \beta_{14} \text{NTSinrecimiento} + \beta_{15} \text{NTconrecimiento} + \beta_{16} \text{p\u00fablico} + \beta_{17} \text{subsitencia} + \varepsilon \quad (3)$$

Donde:

y , es el ingreso laboral por hora en d\u00f3lares ajustados PPA

Modelo 4

$$\ln\left(\frac{p}{1-p}\right) = \beta_0 + \beta_1 \text{urbano} + \beta_2 \text{mujer} + \beta_3 \text{edad} + \beta_4 \text{edad}^2 + \beta_5 \text{nounido} + \beta_6 \text{esco}_{\text{primaria}} + \beta_7 \text{esco}_{\text{secundaria}} + \beta_8 \text{esco}_{\text{superior}} + \beta_9 \text{remesa} + \beta_{10} \text{vendedores} + \beta_{11} \text{operadores} + \beta_{12} \text{no calificados} + \beta_{13} \text{TConcentrado} + \beta_{14} \text{NTSinrecimiento} + \beta_{15} \text{NTconrecimiento} + \beta_{16} \text{p\u00fablico} + \beta_{17} \text{subsitencia} + \varepsilon \quad (4)$$

Donde:

p , es la probabilidad de acceder a seguridad social.

Ajuste de los modelos y pruebas conjuntas de especificaci\u00f3n

Modelos de ingresos

Tabla A1. Medidas de ajuste para los modelos 1 y 3. Regresiones lineales robustas

	Guatemala	El Salvador
Par\u00e1metros	16	17
Observaciones	6,465	33,412
R ² seudo-observaciones *	0.6316	0.5854
R ² ajustado a valores originales de y	0.363136	0.3338

*Nota: observaciones de la variable dependiente ajustada con pesos que evitan la influencia *outliers*.

Prueba conjunta de para los par\u00e1metros asociados los sectores ligados al comercio

- (1) β transable concentrado = 0
- (2) β NTsinrecimiento = 0
- (3) β NTconrecimiento = 0

Prueba Guatemala

F(3, 6448) = 13.14
 Prob >F = 0.0000

Prueba El Salvador

$F(3, 33394) = 677.47$

Prob >F = 0.0000

Modelos de seguridad social

Tabla A2. Medidas de ajuste para los modelos 2 y 4. Modelos logit

	<i>Guatemala</i>	<i>El Salvador</i>
Log-verosimilitud (Modelo intercepto)	-3311.77	-18415.126
Devianza (33394):	4918.382	23606.058
Log-verosimilitud (Modelo completo)	-2459.191	-11803.029
LR(17):	1705.158	13224.193
Prob > LR:	0	0
McFadden's R2:	0.257	0.359
ML (Cox-Snell) R2:	0.232	0.327
McFadden's Adj R2:	0.252	0.358
Cragg-Uhler (Nagelkerke)	0.362	0.489

Prueba conjunta de para los parámetros asociados los sectores ligados al comercio

- (1) β ransable concentrado = 0
- (2) β NTsinrecimiento = 0
- (3) β NTconrecimiento = 0

Prueba Guatemala

$\chi^2 (3) = 73.07$

Prob > $\chi^2 = 0.0000$

Prueba El Salvador

$\chi^2 (3) = 323.54$

Prob > $\chi^2 = 0.0000$

Bibliografía

- BCR. (2009), Base de datos *on line*, recuperado el 30 Noviembre 2012, <<http://www.bcr.gob.sv>>. El Salvador, San Salvador.
- Cabrera, M. y Delgado, M. (2010), *Implicaciones de la política macroeconómica, los choques externos y los sistemas de protección social en la pobreza, la desigualdad y la vulnerabilidad en América Latina y el Caribe*. Guatemala. México, D. F.: Naciones Unidas, CEPAL.
- CEPAL (2011), *Panorama Social de América Latina*. Nueva York: UN.
- DIGESTYC (2011), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiple, 2010*. Base de datos
- Escoto, A. (2010), *Precariedad laboral juvenil en El Salvador, 2003-2007*. Tesis de Maestría en Población y Desarrollo. México, DF.: FLACSO-México.
- Flanagan, R. J. (2006), *Globalization and Labor Conditions*. Oxford University Press.
- García, B. (2011), «Las carencias laborales en México: conceptos e indicadores», en *Trabajos atípicos y precarización del empleo* (pp. 81-113). México, D.F.: El Colegio de México.
- Heritage Foundation. (2011), *Economic Freedom Index*. Revisado julio de 2012. Disponible en:<<http://www.heritage.org/index/download>>.
- Katz, J.M. (2001), *Structural reforms, productivity and technological change in Latin America*, Santiago, Chile: CEPAL/ECLAC.
- Khalaf, N.G. (1974), «Country size and trade concentration», *Journal of Development Studies*, 11, 81-5.
- Krugman, P. and Obstfeld, M. (2003), *International economics : theory and policy* 6o ed., Boston Mass.; London: Addison-Wesley.
- INE Guatemala (2011), *Encuesta Nacional de Empleo e Ingresos, 2010*. Base de datos.
- Medina, F. y Galván, M. (2008), *Descomposición del coeficiente de Gini por fuentes de ingreso: evidencia empírica para América Latina 1999-2005*, Santiago Chile: CEPAL.
- Morán, J. D. (2001), «Guerra y migración interna en El Salvador, 1978-1991», en L. Rosero Bixby (ed.), *Población Del Istmo 2000: Familia, Migración, Violencia y Medio Ambiente*. San José, Costa Rica: Centro Centroamericano de Población de la Universidad de Costa Rica.
- Mora Salas, M. (2010), *Ajuste y empleo: la precarización del trabajo asalariado en la era de la globalización* 1.ª ed., México D.F.: Colegio de México.
- Obando Montero, J.C., Rojas Molina, L., y Pineda Muñoz, M. (2009), *Mercado laboral en Centroamérica y República Dominicana*, OIT-AECI.
- Padilla, R. y Martínez Piva, J. M. (2007), *Apertura comercial y cambio tecnológico en el istmo centroamericano*. México, D.F.: Naciones Unidas, CEPAL, Unidad de Comercio Internacional e Industria.
- Paniagua, C. (2002), «El bloque empresarial hegemónico salvadoreño», *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 57 (645-646): 609-693.
- Reygadas, L. (2011), Introducción: trabajos atípicos, trabajos precarios: ¿dos caras de la misma moneda? En *Trabajos atípicos y precarización del empleo*. México, D.F.: El Colegio de México, pp. 21-47.
- Sauma, P. (2004), *Las desigualdades étnicas y de género en el mercado de trabajo de Guatemala* (ILO Working Papers n.º 367737). Organización Internacional del Trabajo.
- Velásquez Carrillo, C. (2011), «La consolidación oligárquica neoliberal en El Salvador y los retos para el gobierno del FMLN», *Revista América Latina* 10: 161-202, Santiago de Chile: Universidad ARCIS.
- World Trade Organization, (s.a.), *World Integrated Trade Solution (WITS)*. Revisado junio 2011 (El Salvador) y junio 2012 (Guatemala).

Retorno reciente y empleo: los casos de Ecuador, México y Uruguay

*Victoria Prieto*¹

*Martín Koolhaas*²

Resumen

Este artículo examina el efecto de la condición de retornado sobre la probabilidad de estar ocupado, en Ecuador, México y Uruguay, tres países con un reciente incremento del retorno. En primer lugar, se describen los niveles de actividad, empleo y desempleo, y se identifican importantes diferencias entre retornados y nativos. En segundo lugar, se analiza de forma multivariada si la desventaja de la población retornada en el acceso al empleo se mantiene al tener en cuenta otros determinantes de la ocupación. Los datos utilizados corresponden a la última ronda censal. Los resultados corroboran la existencia de una desventaja de los retornados en la probabilidad de estar ocupado en los tres países. También descartan la existencia de un efecto significativo del país de residencia anterior sobre la probabilidad de estar ocupado y apuntan a la importancia de las condiciones de acogida que encuentran los retornados a su regreso.

Palabras clave: migración, retorno, empleo, censos de población.

Abstract

This paper examines the effect of return migration on the probability of being employed in Ecuador, Mexico and Uruguay, three countries that suffered a recent increase of return. First, levels of activity, employment and unemployment are described and important differences between returnees and native population are identified. Second, multivariate analysis is used to contrast if the disadvantage of returnees in their access to employment is observed when controlling for other determinants of employment. The data in use corresponds to the last census wave. The results show the existence of a disadvantage of returnees in the probability of being employed in the three countries in study. In addition, the existence of a specific effect of the country of previous residence on the employment probability is rejected, which points to the importance of the conditions found by returnees in the country of return.

Keywords: migration, return, employment, population census.

1 Investigadora. Programa de Población. Universidad de la República (Uruguay), vicprieto@gmail.com.

2 Investigador. Programa de Población. Universidad de la República (Uruguay). Asesor en análisis demográfico. Instituto Nacional de Estadística, (Uruguay), mkoolhaas78@gmail.com.

Introducción

Este artículo analiza el efecto de la condición de retornado sobre la probabilidad de estar ocupado, en tres países latinoamericanos con fuerte tradición emigratoria, donde el retorno ha seguido una tendencia ascendente en los últimos años. El principal objetivo es verificar si la desventaja de los retornados en la probabilidad de estar ocupado se mantiene cuando se consideran otros determinantes del empleo.

Los países seleccionados en este estudio, Ecuador, México y Uruguay, fueron elegidos porque constituyen tres ejemplos de fuerte intensidad emigratoria y de retorno. Por un lado, Uruguay y México, mantuvieron un saldo migratorio negativo durante toda la segunda mitad del siglo XX. Por otro lado, Ecuador se destaca como uno de los países latinoamericanos con mayor emigración extrarregional desde la década del noventa, siendo el gran protagonista de la inmigración reciente de latinoamericanos a España (Vono, 2010; Prieto, 2012; Prieto y López-Gay, 2013). Además, una porción importante de la emigración de estos tres países en la última década se dirigió Estados Unidos y a España, en el caso de la migración de los ecuatorianos y uruguayos. Lógicamente, en los tres casos la gran mayoría de los retornos de ecuatorianos, mexicanos y uruguayos proviene de estos países que fueron los principales destinos de la migración reciente.

En el contexto actual de recesión económica que viven los países desarrollados, especialmente Estados Unidos y España, se han intensificado de manera significativa las personas retornadas hacia los países latinoamericanos. De acuerdo con los datos del censo de Ecuador en 2001 residían en este país 17.350 retornados que cinco años atrás vivían en el exterior y representaban al 0.16% del total de la población residente. Nueve años más tarde, según el censo de 2010, los retornados ascendían a 79.600 y representaban al 0.62% de la población de Ecuador. Uruguay no escapa de esta tendencia de incremento de la migración de retorno de latinoamericanos. De acuerdo con datos de la Encuesta Continua de Hogares (ECH), en el quinquenio 1996-2000 el *stock* de población retornada que residía en áreas urbanas era cercano al 1.6%, en 2006 esta proporción ascendía al 2% y al 2.7% en 2011 (Koolhaas 2012).

En México, las fuentes que captan flujos anuales de retorno encuentran una caída de este flujo a partir de 2007 (Albo *et al.*, 2012). Sin embargo, el retorno medido a través de los censos muestra un incremento atribuible al incremento de las deportaciones desde Estados Unidos, la caída del empleo en este mismo país y la recesión económica instalada tras la crisis financiera de 2008 (Masferrer, 2012;

Massey y Pren, 2012). En el quinquenio 1995-2000, el acumulado de migrantes mexicanos que emigraron a Estados Unidos era cercano a los tres millones y el retorno de mexicanos e hijos de mexicanos no superaba las 700 mil personas. En cambio, entre 2005 y 2010 la cifra de emigrantes mexicanos en dirección a Estados Unidos se redujo a la mitad y el retorno procedente de allí se duplicó. La caída de la emigración y el aumento del retorno acumulado consiguieron, por primera vez en mucho tiempo, acercar a cero el valor de la migración neta entre estos dos países (Passel *et al.*, 2012).

El incremento del retorno en Ecuador y Uruguay ha sido acompañado por el desarrollo de políticas de estímulo y protección de los retornados, puestas en práctica en los países de procedencia y de acogida. Ecuador y Uruguay forman parte del conjunto de países a los que se dirige el llamado «Plan de retorno voluntario» desde España, aprobado en 2008 por el gobierno español³. También desde estos dos países se han desarrollado instrumentos dirigidos a acompañar el retorno de migrantes que facilitan la mudanza del equipamiento de hogar y el traslado de un vehículo o equipo de trabajo, a través de la exoneración impositiva⁴.

Ahora bien, ¿qué consecuencias ha tenido esta evolución del retorno en los países de estudio? Más concretamente, ¿cómo han respondido a este fenómeno los mercados de trabajo de los países de acogida? En los tres países seleccionados las tasas de empleo de los retornados son inferiores a las de la población nativa. Esta desventaja de la población retornada en la inserción en el mercado de trabajo interpela a las visiones más optimistas de la relación entre migración y desarrollo que ven en las experiencias migratorias una oportunidad para la adquisición de activos de capital humano o físico.

Como se ha dicho nuestro objetivo es analizar la probabilidad de estar ocupado por condición migratoria y corroborar si las desventajas de la población retornada se mantienen al tener en cuenta otros factores como el nivel de instrucción, el sexo, la edad y las responsa-

3 Este programa prevé la capitalización de las prestaciones por desempleo que el interesado y familiares reagrupados pueden obtener a cambio de renunciar a la residencia con autorización de trabajo por los próximos tres años. El riesgo de perder la residencia e hipotecar las posibilidades de regresar a España han mermado el éxito de este programa (López de Lera, 2010).

4 En el caso de Ecuador la asistencia de la Secretaría Nacional del Migrante (SENAMI) va más allá e implementa desde el año 2008 el plan «Bienvenid@s a Casa» que incluye, entre otros programas, un fondo concursable de apoyo económico no reembolsable a inversores retornados para iniciar o ampliar su negocio (OIMb, 2011). Este tipo de programas estimulan el crecimiento del empleo por cuenta propia entre la población retornada.

bilidades domésticas. Con este propósito, primero, se describen los niveles de actividad, empleo y desempleo de la población por condición migratoria, comparando las brechas entre retornados y nativos dentro de cada país y entre países. Segundo, se analiza el efecto de la condición de retornado sobre la inserción laboral, controlando por los determinantes clásicos del empleo. De esta forma se identifican diferencias y similitudes entre países en cuanto a los determinantes del empleo y se contrasta la hipótesis de la vulnerabilidad de la población retornada. Finalmente, se indaga si existe un efecto del país de residencia anterior sobre la probabilidad de estar ocupado, comparando el efecto del país de procedencia sobre la probabilidad de estar ocupado en cada país.

El retorno ocurrido en los últimos cinco años ha sido captado por los censos de población de la ronda 2010 en los países seleccionados. En estos casos es posible identificar a los retornados recientes a través de la pregunta del lugar de residencia en una fecha de referencia cinco años anteriores a la operación censal. Aprovechando esta información se analiza la probabilidad de estar ocupado de la población retornada y se la compara con el resto de la población residente.

Los microdatos empleados corresponden a las muestras censales publicadas por IPUMS International (proyecto de integración de bases de datos censales de la Universidad de Minnesota). Excepcionalmente para los análisis concernientes a Uruguay se utiliza la base de datos publicada por el Instituto Nacional de Estadística⁵. Gracias a los esfuerzos de homogeneización de los cuestionarios censales latinoamericanos de la última ronda⁶, a lo que se suma el trabajo de depuración que realiza IPUMS International, las bases de datos aquí empleadas permiten replicar modelos estadísticos especificados de igual forma para los tres países y comparar los resultados.

En el análisis de los niveles de actividad, empleo y desempleo se estimaron tasas por sexo, edad y nivel educativo para la población retornada y nativa. En el caso de la población retornada estas tasas también se estimaron por país de procedencia. En el estudio de los determinantes de la probabilidad de estar ocupado, específicamente

5 A la fecha de cierre de este trabajo la base de datos del Censo de Uruguay no se encuentra disponible en IPUMS International, previéndose su publicación para el año 2014.

6 El alto grado de armonización observado en los cuestionarios censales es producto del seguimiento de la aplicación de las recomendaciones internacionales formuladas por Naciones Unidas, que realizan las oficinas nacionales de Estadística, así como del trabajo continuo de intercambio conceptual y metodológico llevado a cabo entre los institutos de estadística en el marco de la Conferencia Estadística de las Américas (CEA), con el apoyo técnico del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE-División de Población de la CEPAL).

de los efectos de la condición de retornado y del país de procedencia, se utilizaron técnicas de regresión logística binomial, estimando modelos por sexo y países.

El texto se organiza en cuatro secciones. En la primera sección se presenta un breve panorama de los estudios sobre la inserción laboral de los retornados, se repasan los determinantes clásicos del empleo, y finalmente, se describen las características y tendencias recientes de los mercados de trabajo de los países de procedencia y acogida de los retornados. En la segunda sección se presentan las fuentes y métodos empleados, y se formulan las hipótesis de trabajo. La tercera sección se dedica a la presentación de resultados, organizados en cuatro epígrafes: 1) en el primero se ofrece una caracterización sociodemográfica de la población retornada de cada país, 2) en el segundo se analizan las diferencias en los niveles de actividad, empleo y desempleo según condición migratoria, 3) el tercer epígrafe se concentra en el análisis multivariado de los determinantes de la ocupación, poniendo especial énfasis en el efecto de la condición migratoria y, 4) finalmente, se discute la existencia de un efecto del país de procedencia sobre la probabilidad de estar ocupado. La cuarta y última sección del texto se reserva a la presentación de las conclusiones.

El estudio de la migración de retorno y la inserción laboral de los retornados

En esta sección se repasan los principales antecedentes de la literatura especializada que permiten construir las hipótesis de trabajo sobre la relación entre migración de retorno e inserción laboral. También se presenta el contexto económico de los países y del período en estudio, enmarcando a la relación entre retorno y empleo en medio de dos evoluciones contrapuestas: por un lado, la crisis del empleo de los principales países de destino de la migración latinoamericana, y por otro, la recuperación del empleo en los países que reciben a los retornados.

Antes de dar paso a la revisión de los antecedentes, conviene precisar cómo se ha concebido en la literatura especializada la relación entre migración de retorno y desarrollo, desde visiones más o menos optimistas.

La relación entre migración de retorno y desarrollo se ha modificado en la literatura especializada de las últimas cuatro décadas (De Haas, 2010). En la década de los setenta, algunos estudios entendieron que los retornados serían incapaces de superar las condiciones

estructurales de la reintegración en sus países de origen, debido a la preeminencia de valores, instituciones y relaciones de poder tradicionales (Gmelch, 1980). Esta interpretación del retorno caracterizó al período comprendido entre 1973 y 1990. Desde esta perspectiva la migración de retorno es percibida como una respuesta al fracaso de la integración a las sociedades de acogida. A inicios de la pasada década se produjo un nuevo giro interpretativo de la relación entre ambos procesos, y la migración de retorno volvió a la escena académica. También se relativizó por entonces la idea del retorno como un fenómeno permanente o como la etapa final de un proceso iniciado con la primera emigración (Dustmann, 2000).

Desde entonces los estudios recientes cuestionan el pesimismo de los enfoques pioneros sobre el tema, poniendo el énfasis en la capacidad de agencia del retornado. Desde esta óptica, si bien se reconocen las dificultades de reinserción que enfrenta esta población al regresar a su país de origen, se postula que durante la experiencia migratoria es posible construir una doble identidad, que permitiría al retornado negociar mejor la reinserción y sortear estas vicisitudes (de Bree *et al.* 2010; Davids y Van Houte, 2008).

De acuerdo con las visiones más optimistas, los retornados poseen activos que los alejan de una posición de vulnerabilidad extrema, y les permiten desarrollar estrategias para enfrentar las adversidades (Ilahi, 1999). Por ejemplo, en el contexto de países asiáticos, Ilahi (1999) encuentra una mayor propensión de los retornados a ocuparse en empleos independientes, lo que hace suponer que desarrollan esta estrategia para superar las dificultades de reinserción laboral, creando su propio empleo y aprovechando el capital humano y económico acumulado durante la residencia en el exterior.

También dentro de esta perspectiva, que resalta la capacidad de acción de los retornados, los estudios afiliados al abordaje transnacional postulan que quienes mantienen diversas prácticas transnacionales (visitas, comunicaciones, envío de remesas, etcétera) y conservan el sentido de pertenencia a su país o comunidad de origen, enfrentan menos dificultades en su reinserción al momento del retorno (Cassarino, 2004; Duval, 2004). No obstante, la teoría de las redes sociales, que también postula que una reinserción exitosa depende de la disponibilidad de recursos de información, advierte que el tiempo de residencia fuera del país puede reducir la fluidez de ciertos lazos, mermando las posibilidades de éxito (Nieto, 2011)⁷. Es decir, que las

7 Este efecto puede matizarse en el caso de los retornantes calificados quienes suman a las redes locales las redes transnacionales (Portes 1995; Portes *et al.*, 2001).

redes sociales operarían en dos sentidos, por un lado informan sobre las condiciones de retorno en el país al que se desea regresar, funcionando como un activo de los retornantes, pero por otro lado este activo puede verse erosionado entre quienes retornan tras una ausencia prolongada.

Dirigiendo ahora la atención a los estudios específicos sobre la inserción laboral de los retornados en el país de regreso, la evidencia no es tan optimista. Por ejemplo, Muschkin (1993) encuentra en Puerto Rico un efecto negativo de la condición de retornado en la probabilidad de encontrar empleo. En la misma dirección, un estudio enfocado en la migración de retorno de mexicanos desde Estados Unidos sugiere que los empleadores nacionales podrían estar menos motivados en la contratación de fuerza de trabajo con experiencia migratoria internacional, ante la eventualidad de que volviera a ocurrir una nueva migración (Lindstrom, 1996). Según un trabajo reciente sobre la inserción laboral de los retornados en áreas rurales y urbanas de México, la mayoría de los retornados recientes se emplean como trabajadores dependientes, porque tras haber perdido su empleo en Estados Unidos durante la crisis regresan sin los ahorros necesarios para establecerse como trabajadores por cuenta propia (Albo *et al.*, 2012). Finalmente, un estudio que contrasta la hipótesis del efecto de la acumulación de capital humano y económico de los retornados procedentes de Estados Unidos en Costa Rica, Guatemala, México y Puerto Rico sobre la movilidad ocupacional, encuentra tanto trayectorias de movilidad ascendente como de movilidad descendente. Ello llevaría a pensar que el retorno en sí, o el país de procedencia, no son garantes del éxito de los retornados (Cobo *et al.*, 2010). Los resultados de esta investigación muestran que las trayectorias exitosas se aprecian entre quienes retornan a países con un contexto económico más dinámico, como Costa Rica por ejemplo, lo que haría pensar que el efecto del país de procedencia no es tan significativo como las oportunidades socioeconómicas que ofrece el lugar del retorno.

Si bien aún es escasa la producción sobre la reinserción de la población retornada en los países latinoamericanos, salvo por las contribuciones dedicadas al caso mexicano, la literatura hasta aquí reseñada identifica ciertas desventajas de la población retornada en el mercado de empleo. Los retornados no solo tienen mayores niveles de desempleo, sino que muestran una inserción precaria en el mercado de trabajo. Además las oportunidades de insertarse como trabajadores independientes, atribuibles a la capacidad de acumulación durante la estancia en el exterior, pueden haber sido mermadas por la reciente crisis económica de los países de procedencia.

Al efecto específico de la condición migratoria sobre la probabilidad de estar ocupado deben agregarse los efectos que introducen otros atributos. Por ejemplo, las oportunidades de empleo se incrementan con la edad, a medida que se adquiere más experiencia y capital humano. Los antecedentes muestran que los jóvenes tienen mayor probabilidad de estar desempleados y menor probabilidad de ser activos que otros grupos de edad en los países aquí analizados (Rodríguez Oreggia, 2002; Márquez, 2012; García y Cortez, 2012). A esta incidencia del desempleo en los jóvenes, puede agregarse que la mayor parte de la población retornada en edad de trabajar se concentra en edades activas avanzadas, y los antecedentes para el caso de Uruguay muestran que el desempleo es mayor entre los retornados mayores de 45 años (Koolhaas, 2012).

También el sexo introduce otra desigualdad en el acceso al empleo. Las responsabilidades domésticas incrementan las probabilidades de estar desempleadas en las mujeres y las reducen en los varones (Rodríguez Oreggia, 2002). En cualquiera de los tres países aquí considerados la contratación de servicios de cuidado es costosa y los cuidados recaen en el ámbito familiar. En el caso específico de las ecuatorianas, estas han desarrollado estrategias de cuidados dentro del seno familiar incluso residiendo en el exterior, implementando las llamadas cadenas transnacionales de cuidado (Herrera, 2012). También dentro del ámbito de las desigualdades de género, la situación conyugal, incrementa las probabilidades de estar dentro del mercado de trabajo en los varones y las reduce en las mujeres. Estas tienen una menor participación cuando están casadas o unidas (García y Cortez, 2012).

Mayda (2010) analiza los determinantes bilaterales de los flujos migratorios hacia países de la OCDE, procedentes de África, América, Asia y Europa del Este, encontrando que son los factores relativos al desarrollo económico de los países de destino, más que los de los países de origen, los que afectan la evolución del flujo migratorio. Es presumible, entonces, que una recuperación de la economía del país al que se desea retornar tenga un impacto positivo sobre la probabilidad de efectivizar el retorno, incluso cuando la economía del país de acogida no se viera afectada.

Las características de los dos mercados de trabajo que enfrentan los retornantes, por un lado el mercado de trabajo de los países a los que migraron en un primer momento y por otro el mercado laboral del país al que retornan, junto con las diferencias salariales entre ambos, intervienen en la decisión del retorno (Dustmann, 1997). En el período y en los países involucrados en el presente estudio se observan evoluciones contrapuestas del mercado de trabajo de los países de retorno y

los países de procedencia. Mientras América Latina ha experimentado una década de crecimiento y recuperación del empleo, Europa y Estados Unidos siguieron una tendencia opuesta a partir del año 2008.

La literatura específica muestra que la crisis económica de España y Estados Unidos ha afectado a la población inmigrada, dentro de la que se incluye a ecuatorianos, mexicanos y uruguayos⁸. En el caso de los ecuatorianos la tasa de desempleo de los residentes en Estados Unidos y Europa se incrementó muy fuertemente en el bienio 2008-2009, afectando especialmente a los varones (del 5.1% al 18.6%) (OEA, 2011). En cuanto a los mexicanos también se corrobora un aumento del desempleo, aunque más moderado (del 3.9% al 8.9% entre los varones y del 6.8% al 11% entre las mujeres). En cambio, en el caso de los uruguayos que residen en Europa y Estados Unidos el aumento en la tasa de desempleo masculina (de 5.5% a 13.7%), no se corrobora para las mujeres, entre quienes el desempleo disminuye (de 14.7% a 11%).

Lógicamente el desempleo de los migrantes en los países de acogida alienta la idea del retorno. Bijwaard *et al.* (2011) encuentra que en Holanda la duración de los períodos de desempleo guarda una relación positiva con la probabilidad de retornar para todos los orígenes de población inmigrada, y señala que el impacto de la duración del desempleo en la migración también depende de la duración de los períodos previos de empleo.

Como se ha dicho, este contexto de crisis en los principales países de acogida de la migración exterior de Ecuador, México y Uruguay, coincidió con la recuperación de la economía latinoamericana, que fue acompañada de un crecimiento sin precedentes del empleo formal y de las tasas de actividad (OIT, 2012).

En Ecuador, la segunda mitad de la primera década del siglo XXI ha sido testigo de un pronunciado crecimiento económico, impulsado por el incremento de la producción petrolera y el envío de remesas de los emigrantes (OIMa, 2011). La tasa de desempleo ha alcanzado su mínimo histórico siendo acompañada de una caída del subempleo y el empleo informal (OIT, 2012). El 33% de los ocupados nativos de entre 15 y 64 años de edad se desempeña de manera independiente, cifra que asciende al 46% entre los retornantes⁹. Tampoco México escapa de esta tendencia, registrando una tasa de desempleo abierto que se sitúa por debajo del 6% en el quinquenio 2005-2010 (véase gráfico A2

8 Debe agregarse a esto que incluso en los momentos expansivos de las economías de Europa y Estados Unidos, la población procedente de los países en estudio, ha tenido una inserción precaria en los países de acogida (Canales, 2011; Domingo, 2005).

9 Estimación propia basada en el procesamiento de microdatos del Censo 2010 (IPUMS).

en anexo), y una tasa de crecimiento del empleo que supera al ritmo de crecimiento de la población activa (OIT, 2012). La distribución de la población empleada por categoría ocupacional muestra que casi tres de cada diez trabajadores son independientes (28% de los varones y 27% de las mujeres), y entre los retornantes estas proporciones ascienden moderadamente, a 31.1% (varones) y 34.5% (mujeres), respectivamente¹⁰. También en Uruguay, la evolución del desempleo ha sido muy alentadora en el último quinquenio. Este país se destaca por tener las mayores tasas de actividad femenina de la región y una extensa cobertura del empleo amparado por la seguridad social (OIMb, 2011). La incidencia del empleo por cuenta propia es muy importante en este caso también aproximadamente uno de cada cuatro trabajadores (26.5%) se ocupa en empleos independientes, mientras que entre los retornantes esta cifra alcanza a un tercio de los ocupados (33.5%)¹¹.

Aspectos metodológicos

Fuentes y universo de estudio

Los datos utilizados en este artículo corresponden a los censos realizados en 2010 y 2011 en los países en estudio.¹² El análisis de México y Ecuador se realizó a partir de la muestra del 10% de los censos de 2010 publicada por IPUMS International, mientras que la información correspondiente a Uruguay proviene de la explotación del 100% de la base de datos preliminar del censo de 2011, disponible en el sitio web del Instituto Nacional de Estadística (INE) de Uruguay. Los tres censos alcanzaron niveles aceptables de omisión de acuerdo a los estándares internacionales¹³. Los datos utilizados a efectos de este trabajo no han sido corregidos por omisión¹⁴.

10 Estimaciones propias basadas en el procesamiento de los microdatos del Censo 2010 (IPUMS).

11 Estimación propia basada en el procesamiento de los microdatos de la ECH 2011.

12 Ecuador realizó su censo bajo la modalidad de hecho el 28 de noviembre de 2010, extendiéndose hasta el 5 de diciembre en las zonas rurales. México y Uruguay hicieron censos de derecho. En el primer caso, se realizó entre el 31 de mayo y el 25 de junio de 2010, y en el segundo entre el 1.º de septiembre y el 30 de diciembre de 2011.

13 Su valor varía en los tres países desde un mínimo de 1.3% en México a un máximo de 4.3% en Ecuador (INEC, 2013). Uruguay se sitúa en una posición intermedia, con un 3.1% de omisión estimada (INE, 2013).

14 Las correcciones por omisión se suelen realizar en el marco de los trabajos de estimaciones y proyecciones de población. Por lo general, las oficinas nacionales de Estadística no publican bases de datos censales corregidas por omisión, ya que entre otros factores, es muy difícil obtener estimaciones de omisión desagregadas a nivel territorial y para ciertos grupos poblacionales como los migrantes. Las bases de datos publicadas por IPUMS International tampoco están corregidas por omisión censal.

Se define como retornados a la población de cinco o más años de edad que residía en el exterior en el período de referencia, cinco años atrás. Como en México y Uruguay esta pregunta sobre lugar de residencia anterior se limitó a los mayores de cinco años, se excluyó del análisis a los hijos de retornados nacidos en el exterior independientemente de sus edades. No obstante, no se desconoce que los hijos de los retornados constituyen una porción importante de la inmigración reciente en estos países¹⁵.

El resto de la población no retornada también ha sido clasificada según condición migratoria, definida de acuerdo con su país de nacimiento y lugar de residencia cinco años antes. De esta forma la población no retornada se discrimina en dos categorías: 1) no migrantes, población nativa que residía dentro del territorio nacional en la fecha de referencia, sin importar si en esa fecha vivía en otra localidad del país distinta a la de la actual, a la que en adelante referiremos como población nativa; y 2) población nacida en el exterior, que también residía fuera del territorio nacional en la fecha de referencia, que en adelante aludiremos como población inmigrante extranjera.

La estimación de la población activa, ocupada y desocupada se restringe a la población de entre 15 y 64 años de edad, considerada como población en edad de trabajar a efectos de este estudio. De esta forma se asegura una mayor comparabilidad entre países, al definir como edad mínima un valor superior al establecido oficialmente dentro de cada país en estudio (tabla 1)¹⁶.

Tabla 1. Universo de estudio

	<i>Ecuador 2010</i>	<i>México 2010</i>	<i>Uruguay 2011</i>
Población Total	14,482,330	111,960,139	3,285,877
Población de 5 años y más	13,022,350	101,384,165	3,065,532
Población de 15 a 64 años	9,013,680	71,996,452	2,107,186

Fuente: elaboración propia a partir de censos de población.

A efectos de hacer comparables las estimaciones de los tres países en estudio se utilizó la variable de condición de actividad (*empstat*)

15 Por ejemplo, en el caso de México los menores de 5 años nacidos en Estados Unidos que vivían en México en 2010 con al menos un padre mexicano representaban al 89% del total de residentes nacidos en Estados Unidos.

16 La definición de la población en edad de trabajar (PET) varía entre los países en estudio. En el caso de Ecuador la edad mínima para entrar a trabajar son los 10 años, en México los 12 años y en Uruguay los 14 años, aunque en este último caso el censo indaga sobre actividad económica a partir de los 12 años.

construida por IPUMS International, disponible para Ecuador y México. En el caso de Uruguay se replicó la clasificación utilizada por IPUMS para este país en la homogeneización de las bases censales anteriores, sí publicadas en su sitio web. En el anexo (tabla A1) se detallan qué categorías de las variables originales de cada país forman parte de cada grupo.

A grandes rasgos se consideran ocupados quienes trabajaron al menos una hora, quienes no trabajaron teniendo trabajo, y quienes trabajaron al menos una hora en servicio, negocio familiar o en la agricultura recibiendo a cambio algún pago u otro tipo de remuneración. Los tres países estudiados se rigen por las recomendaciones de la Organización Internacional del Trabajo, lo que garantiza las comparaciones internacionales como en este caso.

Limitaciones de las fuentes

La definición de desocupados que aquí se emplea mide el desempleo abierto, es decir que incluye a quienes sin tener trabajo lo buscaron activamente en la última semana, y excluye a los desalentados. Aunque los desalentados constituyen una proporción importante de la población activa y de los desocupados, especialmente en México (Márquez, 2012), no es posible incluirlos dentro de la población activa porque en los censos no se incorporaron preguntas sobre la disponibilidad a trabajar de quienes no buscan empleo.

La población activa abarca a los ocupados y desocupados. No obstante, a pesar del esfuerzo de homogeneización que realiza IPUMS, se encuentran algunas diferencias entre países en cuanto a la definición de activos. Por ejemplo, quienes buscan trabajo por primera vez se incluyen dentro de este grupo en Ecuador pero no en México.

Sin duda las encuestas de hogares son un mejor instrumento que los censos para medir la actividad y el empleo, porque sus cuestionarios son más extensos y han sido específicamente diseñados para captar oscilaciones en los niveles de empleo, desempleo y actividad. Habitualmente se señala que los censos subestiman la participación económica, fundamentalmente de mujeres y jóvenes, ya que la población entiende como «trabajo» al conjunto de actividades asalariadas realizadas en empresas o instituciones formales (García y Pacheco, 2011). Este sesgo puede ser especialmente significativo en países donde una porción importante de la actividad económica es informal¹⁷.

17 En base a las encuestas nacionales de hogares del año 2011 para las que se dis-

Por este motivo en algunos censos de la ronda de 2010 se agregaron preguntas sobre el número de horas trabajadas o formalidad del empleo, como en el caso de Ecuador. Otros, como los de México y Uruguay, incluyeron en el cuestionario ampliado preguntas de verificación de la condición de actividad, preguntando específicamente por la realización de ciertas actividades que podrían haber quedado fuera de las respuestas a la pregunta de si trabajó al menos una hora en la semana pasada¹⁸.

Estas medidas no fueron suficientes para evitar el sesgo de subestimación de las cifras de actividad y desempleo obtenidas por las estimaciones basadas en las encuestas de hogares y censos de México (García y Pacheco, 2011). Sin embargo, en Uruguay la comparación entre las cifras del Censo 2011 y la Encuesta Continua de Hogares del mismo año arroja resultados suficientemente consistentes, con una leve sobrestimación de la tasa de desempleo y una subestimación de la actividad y el empleo por parte de las estimaciones basadas en el censo¹⁹.

Estos ejemplos de México y Uruguay dejan ver que la dirección de los sesgos en la medición de los indicadores del mercado de trabajo pueden operar en sentidos distintos según el país. Lamentablemente, a efectos de este trabajo no hemos podido controlar los sesgos propios de los censos de cada país. De todos modos, el interés de nuestro trabajo no es comparar los niveles de actividad y empleo entre los mercados de trabajo de los países estudiados, sino comparar las brechas en los niveles de empleo y actividad entre los retornados y los no migrantes dentro de cada país. Por lo tanto, las limitaciones antes señaladas constituyen un obstáculo menor para los fines de nuestro trabajo, asumiendo que el mencionado sesgo se distribuye uniformemente entre los retornados y el resto de la población.

pone información comparable, Uruguay es el país de América Latina con menor porcentaje de empleo informal no agrícola (35.5%), mientras que México y Ecuador ocupan posiciones intermedias en la región (54.2% y 52.2% respectivamente), siendo superado solamente por países centroamericanos como Honduras y El Salvador, y sudamericanos como Perú, Colombia y Paraguay (OIT, 2012: 44).

- 18 En el cuestionario ampliado del censo de México, aplicado a una muestra del 10% del total de censados, se indagó específicamente si la persona brindó ayuda en un negocio, participó de la venta de algún producto, ayudó en labores del campo o la cría de animales, lavado o planchado de ropa ajena y el cuidado de niños por un pago, la labor de aprendiz o prestador del servicio social.
- 19 La tasa de desempleo de la población residente en hogares particulares que tiene entre 15 y 64 años de edad según el censo es 6.44%, mientras que de acuerdo a la ECH del trimestre correspondiente a la fecha de referencia del censo (septiembre-noviembre de 2011) es 5.99%. Las tasas de actividad arrojan valores de 74.38% para el censo y de 75.44% para la ECH. Finalmente, la tasa de empleo calculada a partir del censo es de 69.59% y la estimada a partir de la ECH es 70.93%.

Si bien el censo de Uruguay indagó sobre el año de llegada al país, este no es el caso de los censos de Ecuador y México. Por este motivo no se incluyeron variables sobre tiempo transcurrido desde la llegada al país de retorno. Esta información hubiera sido particularmente útil para distinguir los retornos producidos con anterioridad al inicio de la crisis económica de los países receptores de los posteriores, así como para estudiar su efecto sobre la probabilidad de empleo en los países estudiados. Trabajos recientes sobre el empleo de la población retornada en México encuentran importantes diferencias en el desempeño laboral de los retornados según tiempo de residencia (Albo *et al.*, 2012).

Indicadores y métodos

En el análisis descriptivo se utilizaron tasas de actividad, empleo y desempleo para distintos grupos de sexo, edad y nivel educativo, intentando identificar diferencias entre la población nativa y la población retornada. Se excluye de este análisis a los inmigrantes extranjeros.

En el análisis multivariado, se estimó la probabilidad de estar ocupado a través de modelos logísticos binomiales. Los resultados de los modelos multivariados se expresan en forma de cocientes de razón $\Omega(x)$, que indican cuánto varía la razón de ocurrencia del evento en función del cambio en las variables independientes, es decir que indican cuánto cambia la razón de ocupación cuando una variable independiente aumenta en una unidad.

$$\Omega(x) = \Pr(y=1 | x) / (1 - \Pr(y=1 | x))$$

En ningún caso se comparará la magnitud de los efectos observados entre países, ni dentro de un mismo país para distintos sexos, lo que sería equivocado²⁰, aunque sí se cotejan los efectos observados en cada uno de estos grupos en términos de significatividad estadística y signo. De esta forma se identifican similitudes y diferencias en cuanto a los mecanismos que operan en la probabilidad de estar ocupado en cada caso.

Para analizar las diferencias entre condición migratoria y sexos dentro de un mismo país, se estiman probabilidades específicas por edad a partir de los resultados del primer grupo de modelos en los que

20 Las comparaciones del tamaño de los efectos o coeficientes de modelos de regresión estimados sobre poblaciones distintas asumen erróneamente que la varianza residual de cada grupo es la misma. Las diferencias entre grupos en los valores de los coeficientes pueden reflejar diferencias en la varianza residual entre grupos, más que diferencias significativas en la forma en que impacta en cada grupo una misma variable independiente. En ocasiones ello acaba por identificar diferencias que no existen y esconder diferencias existentes entre grupos (Allison, 1999).

se incluye a ambos sexos. En este caso los resultados sí son comparables entre sexos dentro de un mismo país, pero no entre países. La probabilidad de ocurrencia del evento $\Pr(y=1)$, dados distintos valores de las variables independientes $\Pr(y=1 | x)$, se estima de la siguiente forma:

$$\Pr(y=1 | x) = \exp(b_0 + b_1 x_1 + \dots + b_k x_k) / [1 + \exp(b_0 + b_1 x_1 + \dots + b_k x_k)]$$

Especificación de modelos multivariados

Los distintos modelos logísticos binomiales estimados fueron especificados de manera de responder a dos preguntas. En primer lugar, se responde a la pregunta de cuáles son los determinantes de la ocupación en cada país, intentando verificar si la brecha observada en las tasas de empleo y desempleo de los retornados se mantiene controlando por otros factores. En este caso, se estimaron modelos por país y sexo donde la población expuesta al riesgo incluía a todos los residentes en edad de trabajar. Este primer grupo de modelos se estima primero para ambos sexos y luego para cada sexo por separado. En segundo lugar, para dar respuesta a la pregunta sobre la existencia de un efecto específico de los países de procedencia sobre la probabilidad de estar ocupado, se estiman modelos por país para cada sexo por separado, incluyendo únicamente a la población retornada. En este caso se introducen como controles las variables que se comportan como determinantes del empleo en el primer grupo de modelos y se incorpora el país de procedencia de los retornados como otra variable independiente.

Las variables incluidas como controles para modelar la probabilidad de estar ocupado son la edad y la edad elevada al cuadrado (continuas). Como es lógico, la variable sexo solo se incluyó en los modelos de ambos sexos, tomando como referencia al grupo de los varones. Como determinantes del empleo relativos al ámbito doméstico se consideraron la situación conyugal (1 = estar unido/casado, 0 = otro estado), la presencia de menores de 6 años en el hogar (1 = al menos un menor de 6 años, 0 = ausencia de menores de 6 años) y la presencia de mayores de 70 años (1 = al menos un menor de 70 años, 0 = ausencia de menores de 70 años). El capital humano se incluyó como máximo nivel educativo alcanzado en cuatro categorías (1 = Menos de primaria completa, 2 = Primaria completa, 3 = Secundaria completa, 4 = Universidad completa). Finalmente, se incluyeron la condición de retornado como dicotómica (1 = retornado, 0 = nativos no migrantes, inmigrados llegados hace más de 5 años), y en los modelos donde se incorporó al país de procedencia se utilizó una clasificación agregada de los mismos (1 = Estados Unidos, 2 = España, 3 = América Latina y el Caribe, 4 = Resto del mundo).

Por motivos de comparabilidad no fue posible incluir la rama de actividad ni la clase de ocupación como determinantes del empleo. La variable rama de actividad aún no está disponible en Uruguay y la clase de ocupación se pregunta solo a los ocupados en México y en Uruguay, mientras que en Ecuador se pregunta también a los desocupados que alguna vez estuvieron empleados. De haber contado con esta información podría haberse estimado la probabilidad de estar ocupado restringiendo el universo a la población activa que alguna vez tuvo un empleo.

Hipótesis

Una primera hipótesis, formulada a partir de la revisión de la literatura especializada y de la descripción de la evolución reciente de las economías de acogida de la población migrante, haría suponer que los retornados tendrían menores niveles de empleo y mayores niveles de desempleo que la población nativa.

No obstante, el capital humano y las posibilidades de planificar el retorno, podrían atenuar estos efectos. Desafortunadamente las fuentes utilizadas en este trabajo no permiten analizar ni los motivos del retorno, ni las características de la situación de actividad previa al retorno, ni el tiempo transcurrido desde el retorno. Todos estos elementos han sido reconocidos por la literatura como determinantes de la probabilidad de estar ocupado o del nivel de salario de los retornados. Sí es posible contrastar el efecto de otros determinantes clásicos del empleo que han sido reconocidos por la literatura sobre el mercado de trabajo con independencia de la condición migratoria, y a los que referimos en la siguiente hipótesis.

El segundo grupo de hipótesis de este trabajo son las relativas al efecto de los determinantes del empleo. Se presume que el efecto de las responsabilidades familiares, entendidas como la situación conyugal y el cuidado de dependientes, operarían en sentido opuesto en cada sexo, afectando fundamentalmente las oportunidades de empleo de las mujeres, volviendo pertinente analizar a ambos sexos de forma separada. En cuanto al capital humano se espera encontrar un efecto positivo del nivel educativo sobre la probabilidad de estar ocupado. Es presumible que los niveles de empleo de las mujeres jóvenes retornadas sean especialmente bajos en virtud de que este grupo acumula tres atributos que reducen la probabilidad de estar empleado. Así mismo la educación podría contrarrestar el efecto de la condición de retornado entre los más educados.

Es posible formular como tercera hipótesis que los retornados procedentes de países afectados por la crisis económica, como Estados Unidos y España, tendrán menor probabilidad de estar ocupados, incluso controlando por otros determinantes del empleo porque la crisis truncó un proceso de acumulación de capital humano y recursos. En este sentido, los antecedentes muestran que aquellos que retornan y que acumularon activos en los años previos a su regreso tienen mayores probabilidades de encontrar empleo, ya sea como dependientes o independientes. El hecho de que gran parte del retorno reciente coincida con un período de crisis de los países de acogida, hace suponer que quienes regresaron en los últimos cinco años no necesariamente pudieron venir con un volumen suficiente de ahorro, ni planificaron al retorno como cierre previsto dentro de un ciclo migratorio. Aunque no es posible saber si efectivamente el retorno fue planificado ni cuáles son los activos acumulados en el exterior, el país de procedencia permite explorar diferencias en el desempeño laboral entre quienes provienen de un contexto económico de crisis y quienes dejan atrás una economía menos inestable.

Resultados

Perfil sociodemográfico de los retornados

Es necesario advertir que en términos ideales medir la magnitud del retorno supone evaluar el tamaño del flujo de retorno con relación a la población expuesta al riesgo de retornar, es decir, relacionando a la población retornada con la población residente en el exterior. Sin embargo, esta tarea es sumamente compleja en función de las dificultades para disponer de estadísticas de flujos de emigrantes y *stock* que cubran la totalidad de países de destino²¹.

La magnitud de la migración de retorno es pequeña con relación a la población total de los países en estudio. En ninguno de los tres países considerados, los retornados de los últimos cinco años superan al 1% de la población (tabla 2).

21 Esta tarea puede realizarse analizando la magnitud de la migración de retorno desde cada país de procedencia. Por ejemplo, para España pueden calcularse indicadores que den cuenta de la magnitud del retorno a cada país de origen tomando la Estadística de Variaciones Residenciales y el Padrón Municipal Continuo. De forma similar puede repetirse este procedimiento utilizando la *American Community Survey* para estimar el retorno desde los Estados Unidos. No obstante, no es posible abarcar a la totalidad de los países de procedencia de los retornados ya que no todos los países cuentan con estadísticas de *stock* o flujo que contabilicen a la población extranjera con una periodicidad anual.

En México los retornados son un grupo poblacional cuatro veces mayor que el de los inmigrantes extranjeros recientes. En cambio en Ecuador y en Uruguay la proporción de retornados con respecto al total de la población es muy similar a la de este otro grupo. Debe tenerse en cuenta que dentro de la población extranjera hay un grupo considerable de personas que son hijos de retornantes. Por lo tanto, puede afirmarse que en estos tres países el retorno es la principal fuerza impulsora de los flujos de migrantes procedentes desde el exterior.

Tabla 2. Población de 5 o más años por condición migratoria

	<i>Ecuador 2010</i>	<i>México 2010</i>	<i>Uruguay 2011</i>
No migrantes, nativos	98.02%	98.40%	97.03%
Inmigrados recientes, extranjeros	0.60%	0.21%	0.52%
Retornados recientes	0.59%	0.85%	0.55%
Inmigrados de más de 5 años	0.79%	0.53%	1.91%
Total (%)	100.00%	100.00%	100.00%
Total (N)	13,021,222	100,871,627	3,170,036

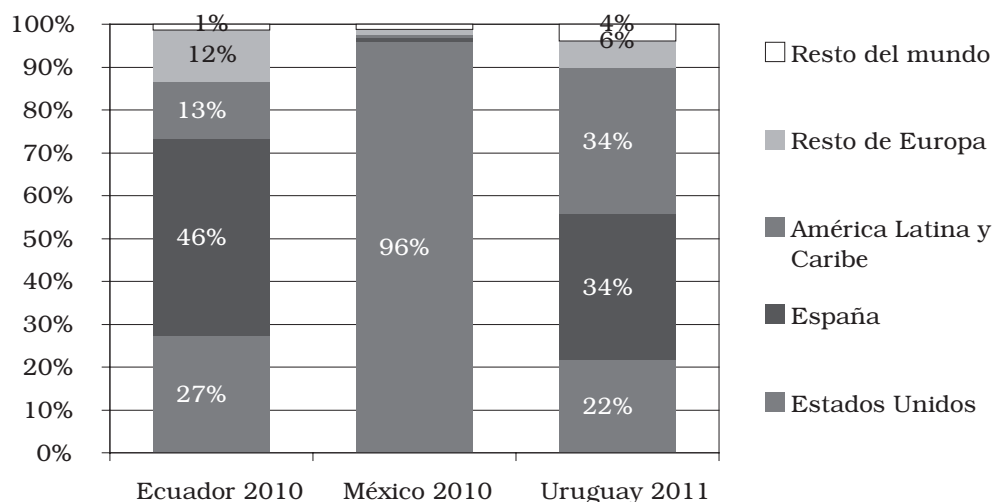
Fuente: elaboración propia a partir de censos de población.

Como es lógico la distribución de los retornados recientes por países de procedencia está asociada a los destinos preferidos por los emigrantes. Dado que la emigración mexicana se ha dirigido casi exclusivamente a un único país de destino, Estados Unidos, el 96% de los retornados proviene de ese país.

En cambio, en Ecuador y Uruguay cobran mayor importancia otros países de procedencia, como España o el resto de América Latina. No puede olvidarse que la coyuntura crítica de la economía ecuatoriana en el período 1997-2000 y de la economía uruguaya en el período 1999-2003, se amalgamó con el crecimiento económico de España y el favoritismo de la legislación española hacia los latinoamericanos, dando lugar a una migración sin precedentes hacia este país europeo (Vono, 2010; Domingo, 2005). Consecuentemente, la proporción de retornados procedentes de España alcanza el 46% entre los ecuatorianos y el 34% entre los uruguayos. Además, dentro de la población retornada de estos dos países, también cobra importancia el retorno desde países latinoamericanos. En efecto, el 13% de los retornados en Ecuador y el 34% de los retornados en Uruguay proceden de algún país latinoamericano, lo que demuestra que los flujos migratorios intrarregionales, y en particular entre países limítrofes, son importantes (gráfico 1)²².

22 Estos son particularmente importantes en el caso de Uruguay, donde las corrientes

Gráfico 1. Distribución de los retornados recientes por país de procedencia



Nota: Se excluyen del total de retornados de Ecuador, 8880 casos para los que se desconoce el país de procedencia.

Fuente: elaboración propia a partir de censos de población.

En cuanto al perfil por sexo, en coincidencia con las características de los emigrantes (véase en el anexo la tabla A2), se observa que en los retornados también predominan los varones frente a las mujeres. El retorno desde Estados Unidos hacia México tiene un perfil muy masculinizado que como consecuencia eleva la proporción de varones en el total de retornados mexicanos. En los tres países bajo estudio la excepción son los retornados procedentes de otros países europeos, donde la distribución por sexo es predominantemente femenina (véase en el anexo el gráfico A1).

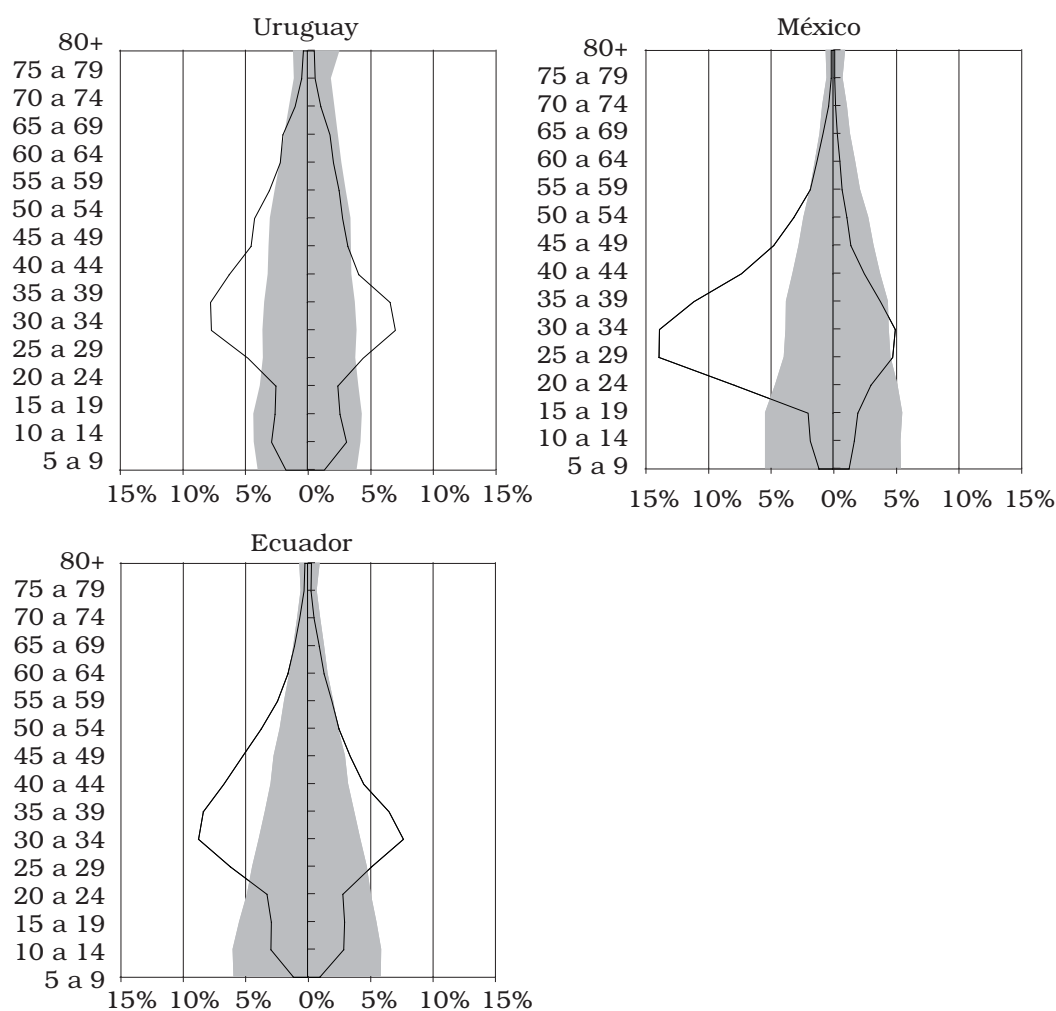
En los tres países estudiados los retornantes procedentes de España exhiben una distribución relativamente equilibrada en términos del sexo. La población retornada en Uruguay exhibe una distribución equitativa de sexos para todos países de procedencia, salvo por el retorno procedente de Oceanía, Asia y África. En México y Ecuador el equilibrio entre sexos varía según país de procedencia (véase en el anexo el gráfico A1).

En materia de edad, como rasgo común a los tres países se aprecia que los retornados tienden a concentrarse entre los 30 y los 34 años. De todos modos, se advierte que los retornados mexicanos son algo más jóvenes que sus pares ecuatorianos y uruguayos, observándose un porcentaje elevado entre los 25 y 29 años en el primer caso y entre los 35 y 44 años en el segundo.

de retornantes procedentes de Argentina y en menor medida de Brasil son de magnitudes significativas.

Como el retorno es un evento necesariamente posterior a la emigración, naturalmente se observa una mayor concentración en edades adultas que la encontrada para los flujos de emigrantes. La escasa proporción de niños entre los retornantes se explica en buena medida porque, como se ha dicho, muchos hijos de retornantes nacieron en el extranjero. Por su parte, la reducida proporción de población de 65 y más años de edad se explica tanto por el efecto de la mortalidad como por el hecho de que la migración de personas en edades de retiro no parece jugar un papel importante (gráfico 2).

Gráfico 2. Estructura de sexo y edad según condición migratoria. Ecuador 2010, México 2010 y Uruguay 2011



Fuente: elaboración propia a partir de censos de población.

En los tres países estudiados el perfil de los retornados por nivel educativo es similar al de los emigrantes. Mientras que en Ecuador

y en Uruguay, la emigración suele tener selectividad positiva por nivel educativo, en México ocurre lo contrario: las personas de bajo nivel educativo suelen tener una propensión migratoria relativamente elevada. Por ello, no sorprende que en Ecuador y en Uruguay la proporción de los retornados con nivel educativo de secundaria completa o universidad completa supere a la encontrada entre los no migrantes. En cambio, en México, la proporción de los retornantes que alcanzaron como máximo nivel de instrucción la primaria completa supera a la proporción de ese mismo grupo entre los no migrantes (tabla 3).

Tabla 3. Nivel educativo de la población entre 25 y 54 años por país de residencia según condición migratoria

	<i>Ecuador 2010</i>		<i>México 2010</i>		<i>Uruguay 2011</i>	
	<i>Retornados</i>	<i>No mig.</i>	<i>Retornados</i>	<i>No mig.</i>	<i>Retornados</i>	<i>No mig.</i>
Menos de primaria completa	4.6%	15.7%	13.9%	16.4%	1.4%	5.5%
Primaria completa	32.3%	39.7%	61.8%	49.7%	47.9%	59.4%
Secundaria completa	45.6%	30.6%	17.1%	20.2%	31.7%	22.2%
Universidad completa	16.3%	10.9%	6.9%	13.4%	19.0%	12.9%
Ignorado	1.2%	3.2%	0.2%	0.3%	0.0%	0.0%
Total (%)	100.0%	100.0%	100.0%	100.0%	100.0%	100.0%
Total (N)	52,129	5,247,830	624,540	42,735,664	10,929	1,199,272

Fuente: elaboración propia a partir de censos de población.

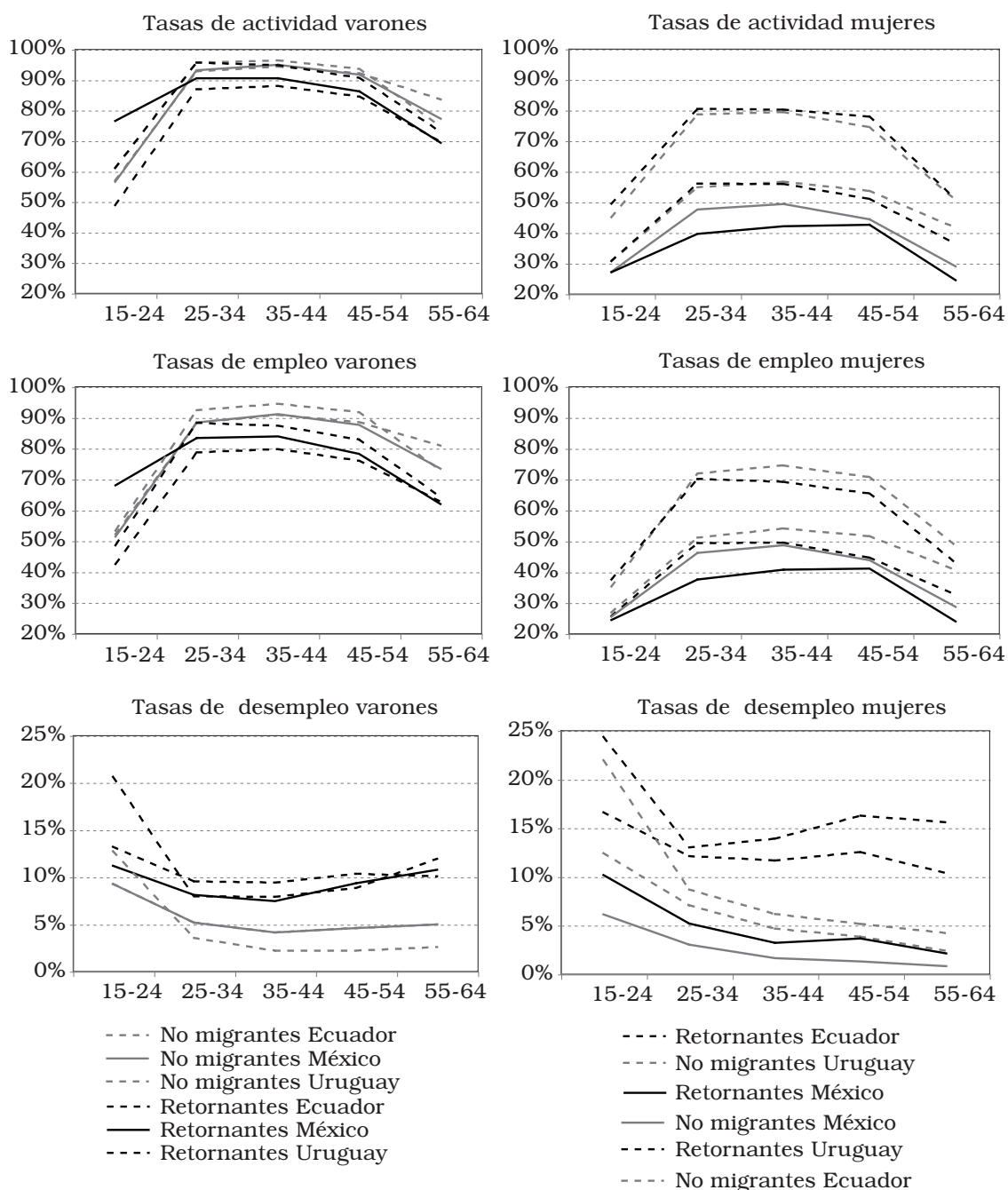
Actividad, empleo y desempleo de los retornados

Entre los varones, con la excepción de los mexicanos que tienen entre 15 y 24 años de edad, los niveles de actividad económica de los retornados tienden a ser más bajos que los de sus pares no migrantes. En las mujeres el patrón es más irregular. En primer lugar, entre las más jóvenes (15-24 años) de los tres países analizados se observan mayores tasas de actividad de las retornantes que de las no migrantes. En segundo lugar, independientemente del sexo, entre los 35 y 64 años de edad en México y Ecuador se aprecian menores niveles de actividad de los retornados frente a los no migrantes. En cambio, en Uruguay los retornados muestran mayores niveles de actividad en todas las edades. En síntesis, en México y Ecuador tiende a verificarse un menor nivel de actividad de los retornados, al contrario de lo que sucede en Uruguay (gráfico 3).

Se aprecian menores niveles de empleo y mayores tasas de desempleo de los retornados frente a los no migrantes. Las únicas excepciones se encuentran entre los jóvenes de 15-24 años, especialmente entre los varones mexicanos y las mujeres uruguayas, para quienes la tasa de empleo es más alta entre los retornados que entre los no migrantes. En la sección dedicada al análisis multivariado del empleo verificaremos si este efecto se mantiene o no cuando se controla por distintos atributos.

En materia de desempleo, un patrón común a los tres países estudiados es que conforme aumenta la edad se incrementa la brecha en el nivel de desempleo de los retornados y los nativos. Además, esta brecha se manifiesta de forma distinta según sexo. Por ejemplo, en México las diferencias a favor de los nativos frente a los retornados se acentúan en las mujeres, y en Uruguay la brecha se profundiza entre los varones. Por su parte, Ecuador se encuentra en una situación intermedia, en la que las diferencias entre ambos grupos son mayores entre los varones jóvenes de 15 a 34 años y entre las mujeres de 35 a 64 años (gráfico 3).

Gráfico 3. Tasas de actividad, empleo y desempleo por sexo y edad. Población de 15-64 años de edad. Ecuador 2010, México 2010 y Uruguay 2011



Fuente: elaboración propia a partir de censos de población.

Cuando se introduce el nivel educativo de los individuos como control para analizar las diferencias por país en los niveles de actividad, empleo y desempleo entre retornados y no migrantes, aparecen otros elementos de interés.

En primer lugar, en cuanto a los niveles de actividad, en los tres países se aprecian mayores niveles de actividad económica de los retornados respecto a los nativos entre la población con bajo nivel educativo (primaria completa o menos). En segundo lugar, en la población con secundaria o universidad completa de los tres países se encuentran menores niveles de actividad y de empleo de los retornados respecto a los nativos (tabla 3). En tercer lugar, mientras en Uruguay la brecha en materia de desempleo favorable a los no migrantes tiende a incrementarse conforme crece el nivel educativo, no ocurre lo mismo en Ecuador y en México, donde la menor brecha entre nativos y retornados se observa en el grupo de población con mayor escolaridad (tabla 4).

Tabla 4. Tasas de actividad, empleo y desempleo por nivel educativo, de la población de 25 a 54 años, 2010 Ecuador 2010, México 2010 y Uruguay 2011

	<i>Ecuador 2010</i>		<i>México 2010</i>		<i>Uruguay 2011</i>	
	<i>Nativos</i>	<i>Retornados</i>	<i>Nativos</i>	<i>Retornados</i>	<i>Nativos</i>	<i>Retornados</i>
<i>Tasa de actividad</i>						
Menos de primaria completa	65.6%	70.3%	54.7%	77.0%	65.9%	81.3%
Primaria completa	70.1%	71.0%	66.0%	77.1%	83.6%	86.0%
Secundaria completa	77.6%	71.3%	75.7%	75.4%	90.8%	87.2%
Universidad completa	88.9%	82.0%	86.7%	82.1%	96.6%	92.5%
<i>Tasa de empleo</i>						
Menos de primaria completa	62.7%	63.2%	52.1%	70.5%	61.5%	72.9%
Primaria completa	67.0%	63.7%	63.5%	71.1%	79.2%	76.1%
Secundaria completa	73.7%	63.1%	73.4%	70.1%	87.2%	77.5%
Universidad completa	85.1%	75.5%	84.1%	78.5%	95.2%	85.9%
<i>Tasa de desempleo</i>						
Menos de primaria completa	4.4%	10.0%	4.8%	8.5%	6.8%	10.3%
Primaria completa	4.4%	10.4%	3.8%	7.8%	5.3%	11.5%
Secundaria completa	5.0%	11.4%	3.1%	7.0%	4.1%	11.1%
Universidad completa	4.2%	7.9%	3.1%	4.4%	1.5%	7.1%

Nota: Las estimaciones se restringen al grupo de 25 a 54 años de edad, para tener en cuenta a la población que realiza estudios terciarios antes de los 25 años, y se excluye a la población mayor de 54 años para controlar el efecto de la expansión educativa que no alcanzó de igual forma a las cohortes de edad avanzada.
Fuente: elaboración propia a partir de censos de población.

Para profundizar en el conocimiento de la situación laboral de los retornados resulta de interés indagar en las diferencias por país de procedencia en materia de actividad económica y empleo. En Ecuador y en Uruguay se observa que aquellos migrantes que proceden de España presentan mayores dificultades para conseguir trabajo, lo que

puede estar asociado a que la gravedad de la crisis económica vivida recientemente en España ha generado un tipo de retorno más relacionado con el fracaso de los proyectos migratorios. Por su parte, en México el nivel más alto de desempleo lo presentan las personas que vivieron en Estados Unidos (tabla 5), lo que puede explicarse tanto por el menor nivel educativo de los migrantes procedentes de dicho país, como por el efecto de la crisis económica que también vive este país desde 2008 (véase gráfico A2 en el anexo).

Tabla 5. Tasa de actividad, empleo y desempleo de los retornados por país de procedencia de la población de 15-64 años, Ecuador 2010, México 2010 y Uruguay 2011

	<i>Ecuador 2010</i>	<i>México 2010</i>	<i>Uruguay 2011</i>
<i>Tasa de actividad</i>			
Estados Unidos	70.5%	73.4%	78.5%
España	63.0%	74.2%	81.5%
América Latina y Caribe	74.6%	63.7%	81.7%
Resto de Europa	64.3%	76.9%	76.7%
Resto del mundo	65.2%	69.6%	80.5%
<i>Tasa de empleo</i>			
Estados Unidos	64.4%	67.4%	69.1%
España	54.8%	69.8%	70.3%
América Latina y Caribe	69.3%	60.6%	74.1%
Resto de Europa	57.6%	71.4%	66.6%
Resto del mundo	59.1%	66.7%	72.1%
<i>Tasa de desempleo</i>			
Estados Unidos	8.7%	8.1%	12.0%
España	13.1%	6.0%	13.7%
América Latina y Caribe	7.1%	4.9%	9.3%
Resto de Europa	10.3%	7.1%	13.2%
Resto del mundo	9.3%	4.2%	10.5%

Nota: En el caso de Ecuador también se estimaron las tasas para el grupo de retornados con país de procedencia ignorado. En este caso la tasa de actividad corresponde al 67.1%, la tasa de empleo es de 59.7% y la tasa de desempleo es 11%. Fuente: elaboración propia a partir de censos de población.

Determinantes del empleo

Antes de describir los principales determinantes de la ocupación para cada uno de los países en estudio, conviene repetir algunas advertencias sobre la interpretación de los resultados (tabla 6). A pesar de que los modelos estimados han sido especificados de idéntica forma, el

tamaño de los efectos de una misma variable no es comparable entre países, ni entre sexos dentro de un mismo país, como se explicara en el apartado metodológico. Por este motivo el análisis se restringirá a la identificación de mecanismos dentro de cada país y a distinguir la dirección de los efectos entre ellos, haciendo a un lado la pretensión de comparar el tamaño de los efectos entre una y otra población.

Se estimaron tres modelos para medir la probabilidad de estar ocupado en cada uno de los países estudiados, tomando como universo a la población en edad de trabajar, entre 15 y 64 años de edad. El primer modelo corresponde a la población de ambos sexos, mientras que en el segundo y tercer modelo las estimaciones se realizaron separadamente para cada sexo, primero tomando únicamente a la población masculina y luego a la población femenina. Los resultados obtenidos en los tres países indican la pertinencia de estimar la probabilidad de estar ocupado distinguiendo entre sexos, ya que el efecto de las variables relativas a las responsabilidades domésticas, tales como la situación conyugal y la presencia de menores de 6 años de edad dentro del hogar, son de signo opuesto según se trate de varones o mujeres.

Comencemos por el efecto de la edad sobre la probabilidad de estar ocupado. Los cocientes de razón de la variable edad y edad al cuadrado indican efectos inversos, esto es, mientras la edad incrementa la probabilidad de estar ocupado, la edad al cuadrado reduce esta probabilidad. Más adelante se analizan de forma conjunta estos efectos en términos de probabilidad y se encuentra que la probabilidad de estar ocupado sigue una forma curvilínea a lo largo de las edades (véase gráfico 4 más adelante).

Si se estima la probabilidad de estar ocupado por edades para un varón, que no se encuentra unido, no reside con personas en edades dependientes y tiene el más bajo nivel de instrucción, se corrobora el efecto positivo de la edad hasta los 43 años en Ecuador y México, y hasta los 41 años en Uruguay. A partir de estas edades el incremento de un año reduce la probabilidad de estar ocupado. Ello coincide con lo observado aquí en la sección dedicada al análisis de las tasas de empleo por grupos de edad, donde se encontraba que el valor máximo de la tasa de empleo correspondía al grupo de edades entre 35 y 44 años.

En cuanto al sexo, ser mujer afecta negativamente la probabilidad de estar empleada. En el caso de Ecuador la razón de ocupación de las mujeres es 0,17 veces inferior a la de los varones, pero esta magnitud no es comparable con el resto de efectos positivos como la edad, por ejemplo. Para comprender el tamaño de este efecto ha de analizarse el valor de variación asociado a la variable mujer en términos equivalentes a un efecto positivo ($1/0.17$), en cuyo caso se encuentra que este

efecto es de 5,9 puntos. Ello lo posiciona muy por encima del tamaño del efecto de cualquier otra variable dentro de este mismo modelo. En el caso de México la razón de ocupación de las mujeres es 0.11 veces inferior a la de los varones, mientras que en Uruguay el cociente de razón de esta variable es de 0.25 veces inferior, lo que traducido en términos positivos significa 9 y 4 veces menos, respectivamente.

Las diferencias encontradas en el análisis de las tasas de empleo por sexo y edad, junto a la magnitud del efecto del sexo, en los modelos estimados para la población de ambos sexos, no son despreciables y obligan a analizar los determinantes de la ocupación de cada sexo por separado.

El efecto de la edad sobre la ocupación se mantiene tanto cuando se analiza a la población de ambos sexos como cuando se distingue entre sexos, pero este no es el caso de otras variables, como las relativas a las responsabilidades domésticas y la situación conyugal. Este tipo de variables tienen efectos opuestos por sexo. Mientras que para las mujeres la condición de unida o casada tienen un efecto negativo sobre la ocupación, efecto que predomina en el modelo donde se incluyen ambos sexos; en el caso de los varones esta condición actúa de forma opuesta incrementando la probabilidad de estar ocupado. Ello se corrobora para los tres países en estudio. En el mismo sentido opera la presencia de menores de 6 años de edad. No obstante, la presencia de población de 70 y más años de edad tiene un efecto negativo en todos los modelos que discriminan o no por sexo.

El capital humano incrementa las posibilidades de empleo de ambos sexos, pero su efecto potenciador opera de manera distinta entre varones y mujeres. Como se ha dicho no es posible comparar directamente el tamaño de los efectos entre los modelos por sexo, pero no puede dejar de advertirse que mientras en los varones el incremento del nivel de instrucción genera un incremento moderado a medida que se avanza en los distintos niveles educativos, en las mujeres los cocientes de razón se incrementan de manera exponencial al pasar de un nivel a otro. Es destacable la magnitud del efecto positivo de la educación universitaria entre las mujeres, que incrementa en más de 5 veces su cociente de razón de ocupación en Ecuador y México, y en 11 veces en el caso de Uruguay.

Las variables hasta aquí reseñadas han sido introducidas como controles para analizar el efecto de la condición de retornado sobre la probabilidad de estar ocupado, principal objetivo de este artículo. Los resultados indican que para la población de ambos sexos los retornados tienen una probabilidad menor de estar ocupados en los tres países, controlando por la edad, el nivel educativo, la situación conyugal

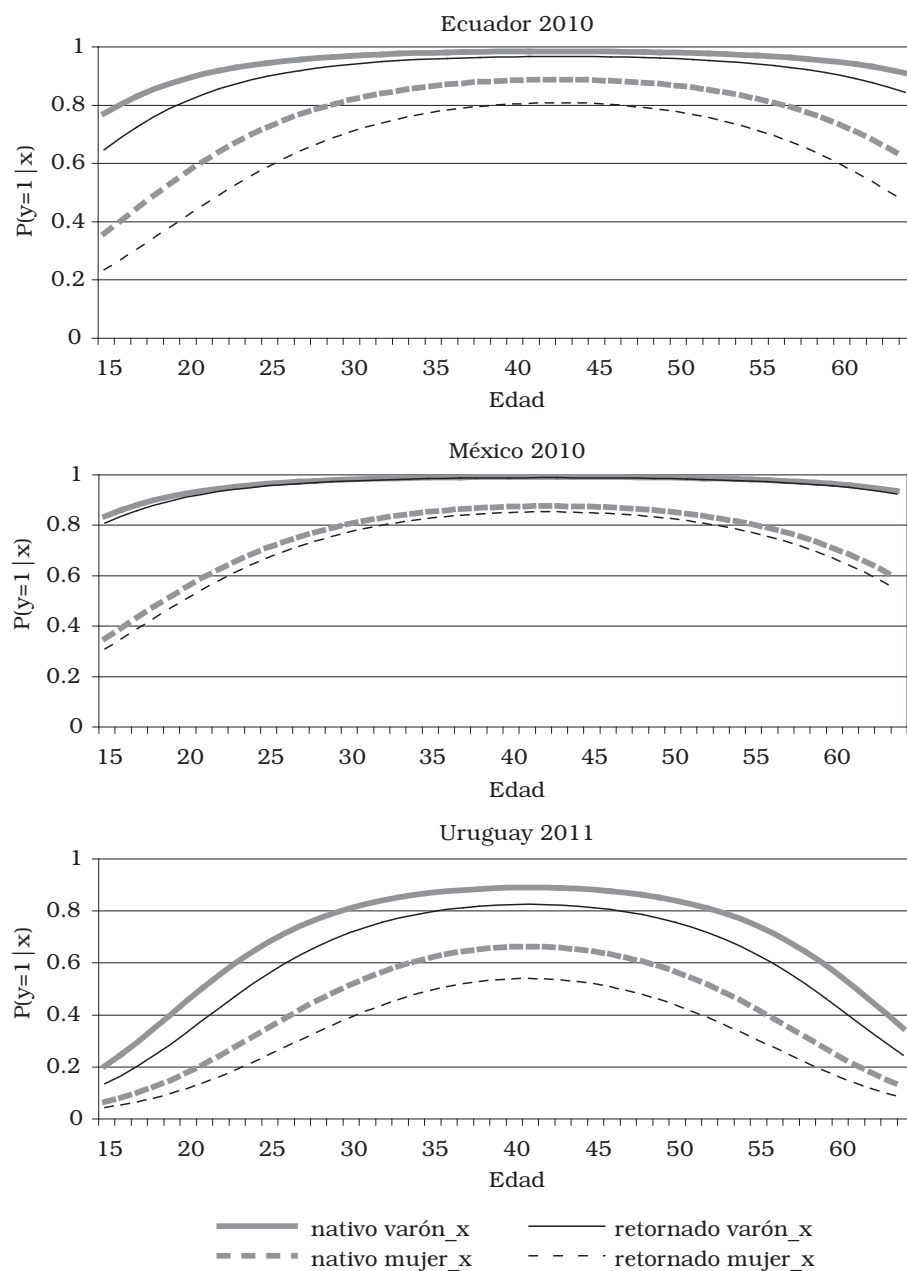
y la presencia de personas en edades económicamente dependientes dentro del hogar. De acuerdo con los resultados del modelo estimado para ambos sexos, en Ecuador y Uruguay el cociente de razón de ocupación de los retornados representa la mitad del de los nativos. En México, los resultados de este mismo modelo sitúan a este indicador en torno a 0.83.

Si bien no pueden compararse los resultados del modelo estimado para varones con los del modelo estimado para mujeres, sí es posible conocer la probabilidad específica de estar ocupado para un individuo con ciertas características a partir de los resultados de un mismo modelo en el que se incluye el sexo. De esta forma es posible comparar la probabilidad de estar ocupado de dos individuos con idénticas características en cuanto a edad, nivel educativo, situación conyugal y responsabilidades domésticas, que solo difieren en su condición migratoria o en su sexo.

Tabla 6. Resultados de los modelos logísticos para predecir la probabilidad de estar ocupado. Cocientes de razón, errores estándar e indicadores de ajuste ($p < 0.05$ *, $p < 0.01$ **, $p < 0.001$ ***). Ecuador 2010, México 2010 y Uruguay 2011

	Ecuador 2010			México 2010			Uruguay 2011		
	Ambos sexos	Varones	Mujeres	Ambos sexos	Varones	Mujeres	Ambos sexos	Varones	Mujeres
Edad	1.338 (0.002)	1.414 (0.003)	1.272 (0.002)	1.330 (0.001)	1.327 (0.001)	1.303 (0.001)	1.514 (0.001)	1.630 (0.002)	1.449 (0.002)
Edad ²	0.997 (0.000)	0.996 (0.000)	0.997 (0.000)	0.997 (0.000)	0.996 (0.000)	0.997 (0.000)	0.995 (0.000)	0.994 (0.000)	0.995 (0.000)
Mujer	0.167 (0.001)			0.108 (0.000)			0.254 (0.001)		
Unión	0.981 (0.006)	2.647 (0.028)	0.559 (0.004)	0.729 (0.002)	2.608 (0.010)	0.317 (0.001)	0.989 (0.004)	2.523 (0.020)	0.636 (0.003)
Presencia de <6 años	1.064 (0.004)	1.135 (0.007)	0.953 (0.004)	1.066 (0.001)	1.078 (0.002)	0.952 (0.001)	0.963 (0.004)	1.259 (0.011)	0.788 (0.004)
Presencia de 70+ años	0.840 (0.006)	0.813 (0.009)	0.874 (0.008)	0.865 (0.002)	0.875 (0.003)	0.868 (0.003)	0.730 (0.004)	0.650 (0.006)	0.809 (0.006)
Primaria Completa	1.091 (0.008)	1.107 (0.014)	1.046 (0.010)	1.471 (0.003)	1.182 (0.004)	1.807 (0.006)	2.047 (0.014)	1.973 (0.021)	2.281 (0.022)
Secundaria Completa	1.650 (0.013)	1.130 (0.016)	1.888 (0.019)	2.295 (0.007)	1.084 (0.005)	3.632 (0.015)	3.198 (0.024)	1.998 (0.023)	4.146 (0.044)
Universidad Completa	4.232 (0.053)	1.743 (0.038)	5.530 (0.084)	4.907 (0.023)	1.569 (0.012)	8.613 (0.051)	8.103 (0.082)	3.772 (0.070)	11.094 (0.141)
Retornado	0.545 (0.015)	0.382 (0.015)	0.692 (0.027)	0.829 (0.006)	0.679 (0.006)	0.844 (0.013)	0.599 (0.013)	0.490 (0.016)	0.682 (0.019)
Constante	0.089 (0.002)	0.005 (0.000)	0.009 (0.000)	0.143 (0.001)	0.014 (0.000)	0.003 (0.000)	0.002 (0.000)	0.000 (0.000)	0.001 (0.000)
N	873446	428894	444552	7184630	3439306	3745324	2036231	988037	1048194
ll_0	-587327	-229984	-304532	-4975178	-1924968	-2298549	-1251705	-495407	-706506
L1	-469079	-179545	-272925	-3822332	-1603596	-2019322	-976760	-358404	-590272
Chi2	236497	100877	63215	2305692	642744	558454	549889	274006	232469
Pseudo R2	0.20	0.22	0.10	0.23	0.17	0.12	0.22	0.28	0.16

Gráfico 4. Probabilidad estimada de estar ocupado por sexo, edad y condición migratoria. Resultados para ambos sexos por país. Ecuador 2010, México 2010 y Uruguay 2011



Nota: Las probabilidades predichas aquí presentadas se estimaron dejando constante al resto de las variables independientes en su valor de referencia, que corresponde al siguiente perfil: población que no convive en pareja, con menos de primaria completa y residente en hogares sin dependientes menores de 6 años o adultos mayores de 70 años y más.

El estudio de probabilidades que aquí se presenta se realiza con base en los resultados de los modelos estimados para cada país, donde se consideró a la población de ambos sexos de forma conjunta, para asegurar la comparabilidad de la magnitud de resultados entre sexos dentro de un mismo país (gráfico 4).

La probabilidad de estar ocupado es particularmente elevada entre los varones jóvenes de Ecuador y México. En cambio en Uruguay la probabilidad de estar ocupado en edades jóvenes es especialmente baja hasta los 30 años, para ambos sexos, tratándose de nativos o retornados.

En los tres países la población retornada tiene una probabilidad menor de estar empleada, aunque en México la distancia entre retornados y nativos es muy reducida, tanto entre los varones como entre las mujeres. En los tres países, principalmente en México y Uruguay, la brecha entre retornados y nativos es mayor entre las mujeres que entre los varones. Mientras la distancia entre nativos y retornados en México es constante a lo largo de las edades, en Uruguay esta brecha se reduce en ambos sexos en las edades iniciales, y en Ecuador la misma brecha tiende a ser más grande en las edades jóvenes y disminuye a partir de los 25 años entre los varones.

El análisis se vuelve más interesante si se observa la probabilidad de estar ocupado de acuerdo a distintos niveles de capital humano en las edades centrales de la actividad. Tomemos por ejemplo los 40 años, que refleja una edad próxima al pico máximo de empleo en los tres países (tabla 7). A medida que aumenta el nivel de instrucción se incrementa la probabilidad de estar ocupado, en todos los países y para ambos sexos, verificándose este efecto tanto en la población nativa como en la retornada, excepto entre las nativas de Ecuador. Sin embargo, la brecha entre retornados y nativos no disminuye de forma lineal. La brecha en la probabilidad de estar empleado se aproxima al cero en el grupo de población con educación secundaria completa, y se incrementa levemente en el grupo de educación superior, aunque en ningún caso la brecha entre nativos y retornados con universidad completa supera en magnitud a la observada en la población con primaria completa.

Tabla 7. Probabilidad estimada de estar ocupado por sexo, condición migratoria y nivel educativo de la población de 40 años. Resultados del modelo estimado para ambos sexos. Ecuador 2010, México 2010 y Uruguay 2011

		<i>Nativo</i>	<i>Retornado</i>	<i>Diferencia</i>
<i>Ecuador 2010</i>				
Varón	Primaria completa	0.94	0.90	-0.04
	Secundaria completa	0.94	0.96	0.01
	Universidad completa	0.98	0.97	-0.01
Mujer	Primaria completa	0.89	0.81	-0.08
	Secundaria completa	0.78	0.84	0.06
	Universidad completa	0.97	0.94	-0.02
<i>México 2010</i>				
Varón	Primaria completa	0.94	0.80	-0.14
	Secundaria completa	0.94	0.94	-0.01
	Universidad completa	0.98	0.94	-0.04
<i>México 2010</i>				
Mujer	Primaria completa	0.90	0.89	-0.02
	Secundaria completa	0.91	0.92	0.00
	Universidad completa	0.97	0.96	-0.01
<i>Uruguay 2011</i>				
Varón	Primaria completa	0.94	0.90	-0.04
	Secundaria completa	0.94	0.96	0.01
	Universidad completa	0.98	0.97	-0.01
Mujer	Primaria completa	0.79	0.70	-0.10
	Secundaria completa	0.81	0.85	0.04
	Universidad completa	0.94	0.90	-0.04

Nota: Las probabilidades predichas aquí presentadas se estimaron dejando constante al resto de las variables independientes en su valor de referencia, que corresponde al siguiente perfil: población de 40 años de edad, que no convive en pareja y reside en hogares sin dependientes jóvenes o de edades avanzadas.

¿Existe un efecto del país de procedencia?

Finalmente, se analizó el efecto de los países de procedencia sobre la probabilidad de estar ocupado teniendo en cuenta únicamente a la población retornada. Los resultados se muestran en la tabla A3 presentada en el anexo. Esperábamos que el efecto de retornar desde España redujera la probabilidad de estar ocupado en los países donde la migración hacia este destino ha sido importante en la última década, como en el caso de Ecuador o Uruguay, por tratarse de uno de los países más afectados por la crisis reciente, en el que los planes de vida de la población emigrada se vieron truncados y el retorno no fue necesariamente planificado. Sin embargo, este efecto

no es significativo, salvo en el caso de Ecuador donde tiene el signo esperado.

En el único caso donde se corrobora un efecto positivo sobre la probabilidad de estar ocupado, respecto al país de procedencia tomado como referencia (Estados Unidos), es en el de la migración procedente de América Latina y el Caribe, para el caso de los retornados de Uruguay. El retorno desde el resto de países del mundo incrementa las probabilidades de estar ocupada en las mujeres retornadas de México, y la disminuye entre los varones de Uruguay.

En síntesis: los resultados no son concluyentes sobre la existencia de un efecto específico del país de procedencia sobre la probabilidad de estar ocupado en la población retornada, más bien son los determinantes que se identificaron para el conjunto de la población los que tienen un peso relevante para modelar la probabilidad de tener o no un empleo entre los retornados.

Conclusiones

Este trabajo se ha propuesto describir las diferencias entre la población nativa y retornada en cuanto a los niveles de actividad, empleo y desempleo, y analizar si existe un efecto propio del retorno sobre la probabilidad de estar ocupado cuando se tienen en cuenta el nivel de instrucción, la edad, el sexo y las responsabilidades domésticas.

Por medio del análisis de indicadores de mercado de trabajo y del análisis multivariado se ha intentado contrastar la hipótesis de la vulnerabilidad de la población retornada en su acceso al empleo. Por cuestiones de disponibilidad de la información se ha dejado a un lado la evaluación de la calidad de la inserción, o el tipo de ramas de actividad y categorías de ocupación, pero se ha corroborado que efectivamente existe una menor probabilidad de tener un empleo en la población retornada.

Los tres países analizados comparten los principales determinantes del empleo. En todos ellos se verifican diferencias sustantivas en la ocupación de varones y mujeres, y también en todos los casos las responsabilidades domésticas afectan negativamente a las mujeres e incrementan las probabilidades de estar ocupado entre los varones. Además en todos los casos el capital humano actúa como amortiguador de las desventajas y tiene un efecto potenciador especialmente visible entre las mujeres.

En este contexto, donde los tres países comparten desigualdades de género y la segmentación del mercado de trabajo en términos de

acumulación de capital humano, la condición migratoria introduce una nueva desigualdad. Tanto en Ecuador, como en México y Uruguay, los retornados tienen una menor probabilidad de estar ocupados respecto al resto de la población residente.

El estudio de las probabilidades predichas para distintos perfiles de sexo, edad y educación, revela que las desventajas de la condición de retornado en la ocupación se suman a las desigualdades entre sexos y a las diferencias entre distintos niveles de capital humano. En los tres países estudiados la brecha entre retornados y nativos es menor entre los varones que entre las mujeres. Las mujeres retornadas tienen una doble desventaja en términos de su inserción en el mercado de trabajo, desventaja que incluso se mantiene controlando por nivel educativo.

En cuanto al efecto del capital humano, si bien es cierto que este incrementa las probabilidades de empleo de la población nativa y retornada, su efecto no se traduce de manera directa en una reducción de la distancia entre retornados y nativos, ya que si bien esta brecha se reduce hasta volverse prácticamente nula en la población con educación secundaria completa, las diferencias por condición migratoria vuelven a hacerse visibles entre aquellos con el máximo nivel de instrucción.

Ahora bien, cabe preguntarse qué factores están detrás de esta desventaja de los retornados, presente en todos los niveles de calificación con independencia del sexo. Entre los elementos que pueden explicar las dificultades que encuentran los retornados, pueden mencionarse los siguientes: 1) la pérdida de capital social que implica la residencia en el exterior; 2) un efecto de selección que acumulan los retornados que en primer lugar fueron emigrantes y, por ende, podrían haber enfrentado en el pasado dificultades de inserción laboral en su propio país; y 3) la severidad de la crisis económica de Estados Unidos y España podría haber precipitado el retorno convirtiéndolo en una estrategia de emergencia en vez de ser un movimiento planificado con tiempo y acumulación económica. Desafortunadamente, las fuentes de datos censales de las que disponemos hasta el momento no permiten contrastar estas hipótesis. No obstante, se trata de hipótesis plausibles de ser contrastadas por ulteriores análisis capaces de identificar cuáles son los mecanismos que reproducen estas desventajas.

Otra de las inquietudes que motivó este trabajo es la relativa a la existencia de un efecto específico del país de procedencia sobre la probabilidad de estar ocupado. Las diferencias observadas en las tasas de actividad, empleo y desempleo, estimadas por país de procedencia

no parecen confirmarse en el análisis multivariado. Cuando se controla por otros efectos, no se encuentra un efecto significativo del país de procedencia. Este resultado es particularmente sorprendente en el estudio del retorno desde España. No obstante, los resultados sí son contundentes para Uruguay en cuanto a la ventaja de los retornados procedentes de la región latinoamericana.

Posiblemente haya al menos dos factores que influyen en el resultado encontrado para el retorno desde España. En primer lugar, es posible que ello se explique por un problema de subespecificación del modelo, ya que en este caso es determinante conocer el tiempo transcurrido entre la llegada al país al que se retorna y el momento de realización del censo. Esta información también hubiera permitido distinguir entre retornados afectados por la crisis y aquellos que retornaron antes de la crisis, presumiblemente con una estrategia de retorno planificada. En segundo lugar, es posible que el efecto de la crisis fuera mayor si el censo se hubiera realizado más recientemente, pues el retorno desde España se ha intensificado en el último bienio.

La falta de significatividad del efecto país de procedencia nos hace volver la atención sobre la situación económica que encuentran los retornados en sus países de origen a su regreso (Cobo *et al.*, 2010). Es posible que sean las condiciones de los países de acogida las que traducen la experiencia migratoria adquirida en cada país en mayores o en menores oportunidades de empleo. El país de procedencia, que en nuestro caso creemos que aproxima la idea de planificación del retorno, y en el caso de Cobo *et al.* (2010) permite aproximarse a las características de los activos adquiridos en el exterior, no tenga un efecto independiente de las condiciones del mercado de trabajo local.

Si bien esta última reflexión es solo el puntapié para ulteriores análisis, relativiza las visiones optimistas sobre el retorno y deja lugar a la consideración de las particularidades de lugares de destino dentro de las que influyen las características del mercado de trabajo, la estructura productiva de cada economía, el nivel de cobertura de seguridad social y la política migratoria.

Anexo

Tabla A1. Variables originales y variable final («empstat»). Censos 2010 en IPUMS International. Ecuador 2010 y México 2010

<i>Ecuador 2010</i>	<i>No corresponde</i>	<i>Ocupado</i>	<i>Desocupado</i>	<i>Inactivo</i>	<i>Total</i>
No corresponde	1459980				1459980
Trabaja		5607500			5607500
Tiene trabajo pero no en el período de referencia		173040			173040
Desempleado, ha trabajado anteriormente			67130		67130
Desempleado, busca por primera vez			263420		263420
Trabajador doméstico				2023310	2023310
No disponible				293250	293250
Estudia				4048490	4048490
Rentista				14140	14140
Retirado/pensionista				143810	143810
Inactivo, otras razones				388260	388260
Total	145980	5780540	330550	6911260	14482330

<i>México 2010</i>	<i>No corresponde</i>	<i>Ocupado</i>	<i>Desocupado</i>	<i>Inactivo</i>	<i>Ignorado</i>	<i>Total</i>
No corresponde	26098148					26098148
Trabaja		39309855				39309855
Trabaja y estudia		546440				546440
Trabaja y realiza trabajo doméstico		1605454				1605454
Trabaja y busca trabajo		278404				278404
Trabaja y es retirado		166024				166024
Trabaja y otros		471115				471115
Tiene trabajo pero no en el período de referencia		346852				346852
Desempleado, no especificado			2069578			2069578

continúa

<i>México 2010</i>	<i>No corresponde</i>	<i>Ocupado</i>	<i>Desocupado</i>	<i>Inactivo</i>	<i>Ignorado</i>	<i>Total</i>
Trabajar doméstico				20312457		20312457
No disponible				1119914		1119914
Estudia				13580044		13580044
Retirado y rentista				2160250		2160250
Inactivo, otras razones				3292969		3292969
Ignorado					602635	602635
Total	26098148	42724144	2069578	40465634	602635	111960139

Fuente: Censos 2010 de Ecuador y México. IPUMS International.

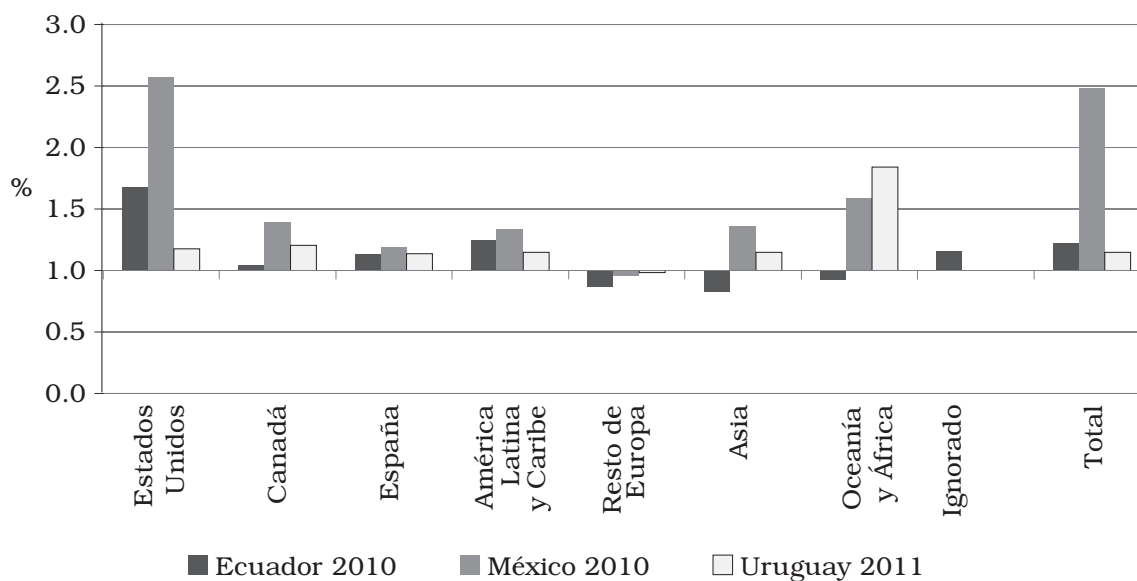
Tabla A2. Perfil de los emigrantes mexicanos, ecuatorianos y uruguayos residentes en España y Estados Unidos alrededor de 2007

	<i>Relación de masculinidad</i>	<i>Distribución porcentual por grupos de edad</i>				<i>% con educación superior completa (15 o más años)</i>
		<i>0-14</i>	<i>15-34</i>	<i>35-64</i>	<i>65 y +</i>	
Mexicanos en Estados Unidos 2006-2008	127	7.2	42.7	44.9	5.2	4.6
Ecuatorianos en Estados Unidos 2006-2008	111	5.3	35.7	50.0	9.0	15.1
Uruguayos en Estados Unidos 2006-2008	104	9.8	28.6	51.2	10.4	18.7
Mexicanos en España 2007	77	11.4	47.6	36.2	4.8	68.0*
Ecuatorianos en España 2007	93	15.6	49.7	34.0	0.6	10.3*
Uruguayos en España 2007	105	13.0	37.9	44.0	5.1	19.6*

* Nota: La información refiere a la población de 15 o más años

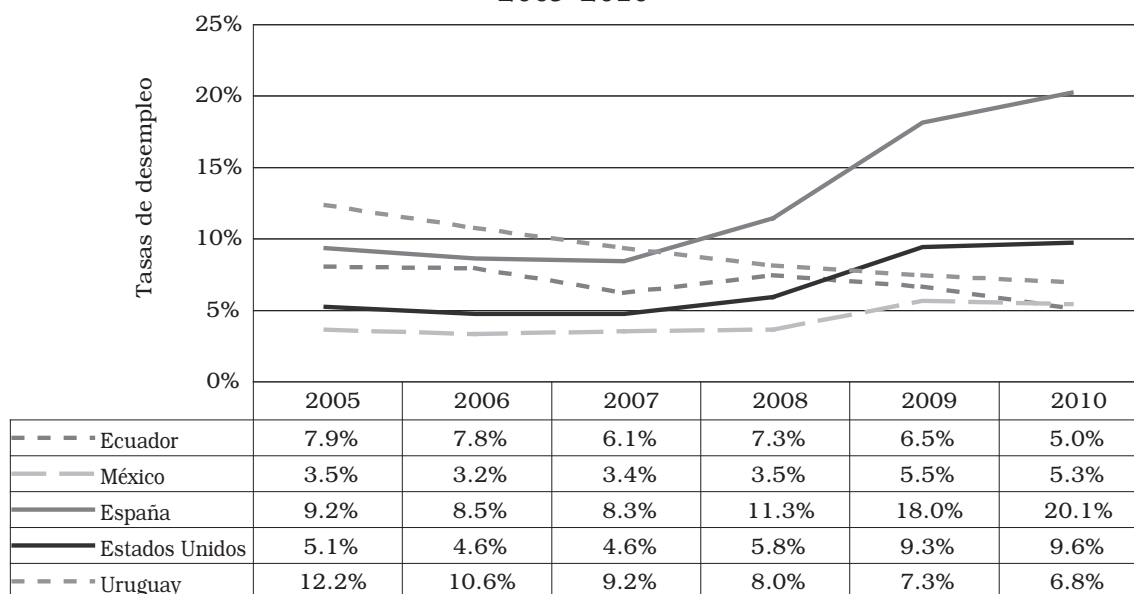
Fuente: ENI 2007-España (nivel educativo), Padrón Municipal español (estructura España 2007), ACS-USA.

Gráfico A1. Razón de sexos de los retornados recientes por país de procedencia



Fuente: elaboración propia a partir de censos de población.

Gráfico A2. Evolución de las tasas de desempleo en cada país de residencia y los dos principales países de procedencia de los retornados (España y Estados Unidos), 2005-2010



Fuente: elaboración propia con base en estadísticas de OIT.

Bibliografía

- Albo, A., Ordaz, J. y Li Ng, J. (2012), «Inserción laboral y características de los migrantes mexicanos», en Ramírez, T. y Castillo, M. (Ed.) México ante los recientes desafíos de la migración internacional, México: Consejo Nacional de Población.
- Allison, P.D. (1999), «Comparing logit and probit coefficients across groups», en *Sociological Methods & Research*, vol. 25, n.º 2, pp. 186-208.
- Bijwaard, G., Schluter, Ch. and Wahba, J. (2011), «The Impact of Labour Market Dynamics on the Return-Migration of Immigrants», *IZA Discussion Papers* 5722, Institute for the Study of Labor (IZA).
- Brick, K., Challinor, A. E. and Rosenblum, M. R. (2011), *Mexican and Central American Immigrants in the United States*, Washington: Migration Policy Institute.
- Canales, A. (2011), «Las profundas contribuciones de la migración latinoamericana a los Estados Unidos», en: Martínez, J. (ed.) *Migración internacional en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile: CEPAL.
- Cassarino, J.P. (ed.) (2008), *Return Migrants to the Maghreb. Reintegration and development challenges*. European University Institute. Robert Schuman Centre for Advanced Studies, Florencia: EUI.
- (2004), «Theorising Return Migration: the Conceptual Approach to Return Migrants Revisited», en *International Journal on Multicultural Societies*, vol. 6, n.º 2, pp. 253-279.
- Cobo, S., Giorgiuli, S.E. and Alba, F. (2010), «Occupational Mobility among Returned Migrants in Latin America: A Comparative Analysis», *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, n.º 630, pp. 245-268
- Davids, T. and Van Houte, M. (2008), «Remigration, Development and Mixed Embeddedness: An Agenda for Qualitative Research?», en *International Journal on Multicultural Societies*. vol. 10, n.º 2.
- De Bree, J., Davids, T. and De Haas, H. (2010), «Post-return experiences and transnational belonging of return migrants: a Dutch-Moroccan case study», en *Global Networks – A Journal of Transnational Affairs*, vol. 10, n.º 4, pp. 489-509.
- De Haas, H. (2010), «Migration and development, a theoretical perspective», en *International Migration Review*, vol. 44, n.º 1, pp. 227-264.
- Domingo, A. (2005), «Tras la retórica de la hispanidad: la migración latinoamericana en España entre la complementariedad y la exclusión», *Papers de Demografia del Centre d'Estudis Demogràfics*, n.º 254.
- Dustmann, C. (2000), «Temporary Migration and Economic Assimilation». *IZA Discussion Paper Series*, n.º 186.
- (1997), «Return migration, uncertainty and precautionary savings», en *Journal of Development Economics*, vol. 52, n.º 2, pp. 295-316.
- Duval, D. (2004), «Linking Return Visits and Return Migration among Commonwealth Eastern Caribbean Migrants in Toronto», en *Global Networks*, vol. 4, n.º 1, pp. 51-67.
- García, J.C. y Cortez, P. (2012), «Análisis de la participación laboral de la mujer en el mercado ecuatoriano», en *Analítika Revista de Análisis Estadístico*, vol. 4, n.º 1, pp. 23-49.
- García, B. y Pacheco, E. (2011), «La participación económica en el censo de población y vivienda de 2010», en *Coyuntura demográfica*, n.º 1, pp. 36-39.
- Gmelch, G. (1980), «Return Migration», en *Annual Review of Anthropology*, vol. 9, pp. 135-159.
- Herrera, G. (2012), «Repensar el cuidado a través de la migración internacional: mercado laboral, Estado y familias transnacionales en Ecuador», en *Cuadernos de Relaciones Laborales*, vol. 30, n.º 1, pp. 139-159.

- Ilahi, N. (1999), «Return Migration and Occupational Change», en *Review of Development Economics*, vol. 3, n.º 2, pp. 170-186.
- Koolhaas, M. (2012), «Migración de retorno en Uruguay: magnitud, perfil demográfico e inserción laboral (1996-2011)», Presentado en el V Congreso de Población de la Asociación Latinoamericana de Población, Montevideo, octubre de 2012.
- Lindstrom, D. (1996), «Economic opportunity in Mexico and return migration from the United States», en *Demography*, vol. 33, n.º 3, pp. 357-374.
- López de Lera, D. (2010), «Emigración, inmigración y retorno: tres etapas de un mismo proceso», en *Polígonos Revista de Geografía*, n.º 20, pp. 9-27.
- Márquez, C. (2012), «Determinantes del desempleo en las urbes mexicanas. Continuidades y rupturas en el período de crisis». Presentado en la XI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, organizada por la Sociedad Mexicana de Demografía, mayo de 2012.
- Masferrer, C. (2012), «Cuando el origen no es destino. Ciclo de vida y el retorno como posibles vínculos entre la migración interna e internacional», en *Coyuntura Demográfica*, n.º 2, pp. 45-50.
- Massey, D. and Pren, K. A. (2012), «Unintended Consequences of US Immigration Policy: Explaining the Post-1965 Surge from Latin America», en *Population and Development Review*, vol. 38, n.º 1, pp. 1-29.
- Mayda, A. M. (2010), «International migration: a panel data analysis of the determinants of bilateral flows», *Journal of Population Economics*, núm. 23, pp. 1249-1274.
- Muschkin, C. G. (1993), «Consequences of Return Migrant Status for Employment in Puerto Rico», en *International Migration Review*, vol. 27, n.º 1, pp. 79-102.
- Nieto, C. (2011), «Motivaciones para la migración de retorno. ¿Qué implicaciones para el desarrollo?». Presentado el IV Congreso de la Red Internacional de Migración y Desarrollo, Ecuador, mayo de 2012.
- Organización de Estados Americanos, OEA (2011), *Migración internacional en las Américas. Primer Informe del Sistema Continuo de Reportes sobre Migración Internacional en las Américas* (SICREMI), Washington: OEA-OCDE-CEPAL.
- Organización Internacional para las Migraciones, OIMa (2011), *Perfil migratorio de Uruguay*. Montevideo: OIM.
- OIMb (2011), *Perfil Migratorio de Ecuador*, OIM. Disponible en <<http://www.oim.org.ec/portal/images/pdf/publicaciones/Perfil%20Migratorio%20final%20Septiembre.pdf>>.
- Organización Internacional del Trabajo, OIT (2012), *Panorama Laboral 2012. América Latina y el Caribe*. OIT: Oficina Regional para América Latina y el Caribe. Disponible en <http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/documents/publication/wcms_195884.pdf>.
- Passel, J., D'Vera, C. and Gonzalez-Barrera, A. (2012), *Net Migration from Mexico Falls to Zero—and Perhaps Less*, Research report, Washington: Pew Hispanic Center.
- Pellegrino, A. (2002), «Trends in Latin American Skilled Migration: «Brain Drain» or «Brain Exchange»», en *International Migration*, vol. 39, n.º 5, pp. 111-132.
- Portes, A. (1995), «Transnational communities: their emergence and significance in the contemporary world system», Working papers series, n.º 16.
- Haller, W. and Guarnizo, L. (2001), «Transnational entrepreneurs: the emergence of an alternative form of immigrant economic adaptation», en *American Sociological Review*, vol. 67, n.º, pp. 278-298.
- Prieto, V. (2012) «El componente demográfico de las migraciones exteriores en América Latina, 1950-2050», Tesis Doctoral, Departament de Geografia, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.

- Prieto, V. y López-Gay, A. (2013), «Emergencia, consolidación y declive del flujo migratorio», en: Domingo, Andreu y Sabater, A. (eds.) *Conjugando la diversidad. Inmigración y poblaciones latinoamericanas en España*. Madrid: Trotta (mimeo).
- Rodríguez Oreggia, E. (2002), «La probabilidad de estar desempleado en México: factores sociodemográficos y regionales en un modelo Logit», en: *Denarius*, vol. 2, n.º 1, pp. 143-163.
- Vono, Daniela (2010), «¿Preferidos o favorecidos? El proceso de asentamiento de la población latinoamericana en España», Tesis Doctoral, Departament de Geografia, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.

Sitios web consultados

- INE - Instituto Nacional de Estadística de Uruguay, <www.ine.gub.uy>
- INEC - Instituto Nacional de Estadística y Censos, <www.inec.gob.ec>
- INEGI - Instituto Nacional de Estadística y Geografía, <www.inegi.org.mx>
- IPUMS International – International Population Integrated Public Use Microdata Series, Minnesota Population Center, <<https://international.ipums.org/international/>>

Cobertura previsional, empleo y concentración ocupacional de los adultos mayores argentinos y brasileños

*Gabriela Sala*¹

Resumen

Este artículo analiza las tendencias y patrones de inserción laboral de los hombres y mujeres de 60 años y más, residentes en áreas urbanas de Argentina y metropolitanas de Brasil, a partir de datos de las encuestas de hogares de ambos países del año 2011.

Para ello, sintetiza conceptos referidos a la participación laboral en edades avanzadas, aborda la relación entre cobertura previsional y participación laboral en la tercera edad y caracteriza a los adultos mayores ocupados de Argentina y Brasil. También propone estimar la concentración ocupacional de los trabajadores de mayor edad, a partir del índice de asociación global bajo un modelo log-lineal saturado. Detecta mayor nivel de concentración ocupacional entre los adultos mayores brasileños, especialmente entre las mujeres menos escolarizadas.

Palabras clave: Argentina, Brasil, envejecimiento demográfico, adultos mayores, participación laboral, concentración laboral.

Abstract

This article discusses trends and patterns of labour participation of men and women aged 60 and over, living in urban areas of Argentina and metropolitan areas of Brazil, using data from household surveys for 2011. For attending this purpose, this article summarizes some concepts related to labour force participation at older ages, also it analyzes the relationship between social security coverage and labour participation of the elderly Argentinean and Brazilian and characterizes older workers at Argentina and Brazil. Also, it proposes to estimate the occupational concentration of aged workers, according to the overall association index under a saturated log-linear. It detects a higher level of occupational concentration among older Brazilian, especially among less educated women.

Keywords: Argentina, Brazil, demographic ageing, aged people, labour participation, labour concentration.

1 Investigadora. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Centro de Estudios de Población (Argentina), gabriela_adriana67@yahoo.com.ar.

Introducción

Con relación a otros países de América Latina, en Argentina la transición de la fecundidad y la mortalidad fueron precoces y graduales. Contrariamente, en Brasil estos procesos fueron más rápidos y recientes. Consecuentemente, en Argentina el proceso de envejecimiento demográfico fue temprano y más lento, mientras que en Brasil fue marcadamente acelerado. En ambos casos este proceso se caracteriza por un aumento significativo del contingente de los mayores de ochenta años y la feminización de los mayores.

El proceso de envejecimiento demográfico afecta la dinámica y estructura del mercado de trabajo y del sistema previsional. Puesto que la participación en la actividad económica mayoritariamente involucra a personas cuya edad es superior a la media poblacional, se espera que con el envejecimiento demográfico también envejezca la población económicamente activa. Sin embargo, esta situación está condicionada por otros factores, tales como la proporción de adultos mayores que deja el mercado de trabajo al acceder a los beneficios previsionales, hecho que también varía con el grado de envejecimiento de la población. Además, el endurecimiento de las condiciones previsionales y la precariedad laboral que dificultan el acceso al sistema previsional y la insuficiencias de recursos previsionales propician la permanencia en el mercado de trabajo de los mayores. A estos factores también debe agregarse el congelamiento de vacantes en el sector público, producto de los ajustes de las últimas tres décadas, que dificulta el ingreso de trabajadores más jóvenes, provocando un desplazamiento de la estructura de edades de las personas económicamente activas en el sector.

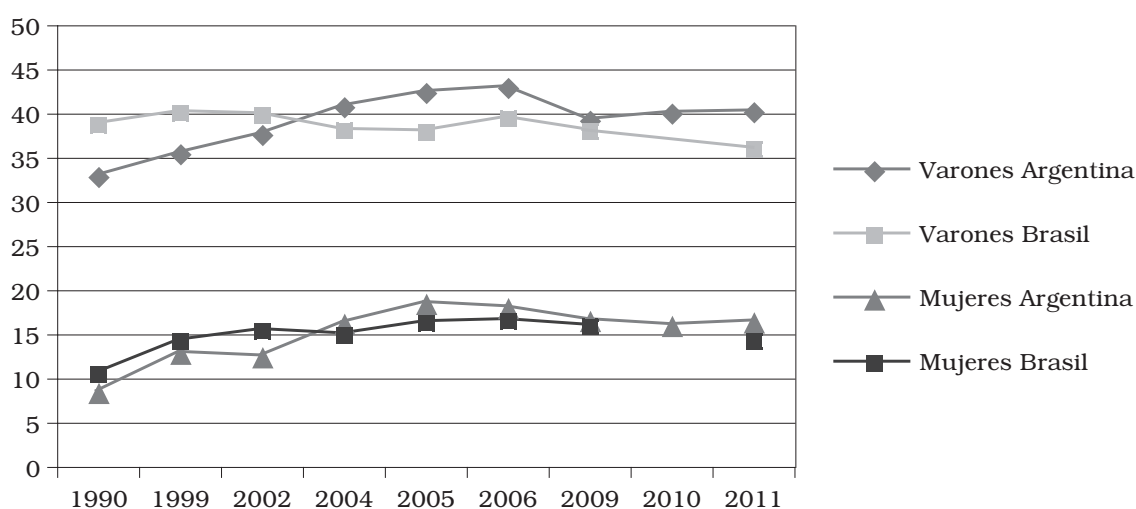
Además, dentro de la población económicamente activa (PEA) también existe el envejecimiento por la base, causado la postergación del ingreso al mercado laboral de los jóvenes que permanecen en el sistema escolar o que tienen dificultades para encontrar un empleo. En suma, la postergación de la entrada, la permanencia en edades avanzadas y el desplazamiento general de los niveles de actividad en la estructura de edades aumentan la edad media de la PEA.

El impacto del envejecimiento demográfico sobre la PEA puede observarse en el aumento de la edad media de esta, motivado por el cambio en la participación en la actividad económica en las edades activas plenas y la mayor participación laboral de las personas de 60 y más años. Al respecto, Bertranou (2006) destacó el crecimiento de la participación laboral de los adultos mayores en varios países latinoamericanos entre inicios de los años noventa y comienzos del siglo XXI.

En Argentina, la participación laboral de los adultos mayores ur-

banos creció gradualmente desde comienzos de los años noventa. Alcanzó un valor máximo en el año 2005, cuando el nivel de cobertura previsional fue el más bajo. En áreas urbanas de Brasil, la participación laboral de los varones de sesenta y más se estabilizó entre 1990 y 2009 en torno de 38%, mientras que la femenina creció de 11% a 14% durante los años noventa y se estabilizó en la década siguiente en valores próximos a 16% (gráfico 1).

Gráfico 1. Tasas específicas de participación de la población urbana de 60 y más años, según sexo. Aglomerados urbanos de Argentina y Regiones metropolitanas de Brasil, 1990-2011



Fuente: CEPAL-CEPALSTAT (2010) Estadísticas e indicadores sociales. Con base en encuestas de hogares de los respectivos países. Tasas de 2011 INDEC EPH, cuarto trimestre e IBGE PNAD 2011. (Existe variación en el número de aglomerados urbanos de Argentina cubiertos por la EPH).

En este artículo se analizan algunos factores asociados a la participación laboral de los adultos mayores residentes en áreas urbanas de Argentina y metropolitanas de Brasil y se describen patrones de inserción laboral, a partir de datos de las encuestas de hogares del año 2011 de ambos países². También se estima el nivel de concentra-

2 Se optó por analizar la problemática de la participación laboral de los adultos mayores argentinos y brasileños partiendo de la información de las encuestas de hogares de ambos países, aun reconociendo las diferencias existentes entre ambas fuentes. Mientras la Encuesta Permanente de Hogares de Argentina (EPH) recolecta información solo en los principales aglomerados urbanos, por lo que no permite caracterizar a la población residente en áreas de menor tamaño, la Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios de Brasil (PNAD) incluye información de áreas rurales y urbanas de diferente tamaño y heterogeneidad de estructuras productivas. Por este motivo, en los procesamientos solo se incluyeron datos de las áreas metropolitanas. En el momento de redacción de este artículo no estaba disponible la base usuarios

ción laboral de los trabajadores de sesenta y más años respecto de los trabajadores de menor edad.

El artículo fue organizado en siete apartados, incluyendo esta introducción. El segundo apartado sintetiza conceptos referidos a la participación laboral en edades avanzadas. El tercero aborda la relación entre el nivel de cobertura previsional y la participación laboral en la tercera edad. El cuarto y quinto caracterizan a los adultos mayores ocupados de Argentina y Brasil. El sexto estima los niveles de concentración laboral de los adultos mayores de cada país según género y nivel de escolaridad y el séptimo contiene algunas conclusiones.

Cobertura previsional y la participación laboral en la tercera edad

La tendencia descendente de la participación laboral de los adultos mayores en los países de la OCDE fue atribuida al acceso a los beneficios de la seguridad social y a los planes privados de pensiones (Stock y Wise, 1990; Coile y Gruber, 2000). Al respecto Dorn y Souza Poza (2005) afirmaron que los sistemas de seguridad social con disposiciones de jubilación anticipada generosas favorecen los retiros anticipados voluntarios e involuntarios, muchas veces promovidos por las empresas en situaciones de crisis. De este modo, las prestaciones de la seguridad social pueden actuar como una forma de seguro de desempleo, al subvencionar las reducciones del personal y así disminuir el costo empresarial del despido de los trabajadores mayores.

Poppolo (2001) señaló la relación entre la participación laboral de los adultos mayores latinoamericanos con la baja cobertura de los sistemas previsionales y el bajo monto de los beneficios otorgados. No obstante, destacó la mayor intensidad de la participación de los no pobres, con relación a los pobres e indigentes. También mencionó la mayor concentración de adultos mayores latinoamericanos ocupados en actividades por cuenta propia —no técnicas ni profesionales— y el

del Censo de Población Vivienda y Hogares del año 2010, que permitirían una mejor caracterización de los adultos mayores residentes en áreas urbanas y rurales argentinas. En el caso de Brasil, estaban disponibles los datos del último censo demográfico de 2010 y la Pesquisa Nacional de Domicilios de 2011.

Desde el año 2007 se cuestiona buena parte de la información generada por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de Argentina. Desde esa fecha, los cambios metodológicos introducidos en el Índice de Precios al Consumidor y las presiones políticas a los profesionales y técnicos del INDEC generaron una situación de alta conflictividad y motivaron la salida de trabajadores altamente calificados de esa Institución, situación que podría haber afectado la calidad de la información relevada.

descenso de la participación entre los asalariados a medida que avanza la edad. Asimismo, destacó la precariedad de esta inserción laboral y la percepción de menores ingresos con idéntica carga horaria.

Por otro lado, Guzmán (2002) destacó la menor nitidez de la relación entre la participación laboral femenina y la cobertura previsional, debido a la interacción con otros factores, ya que las mujeres mayoritariamente perciben beneficios previsionales por viudez.

En Argentina, Bertranou (2001) analizó la transición de la actividad laboral al retiro de los trabajadores del Gran Buenos Aires de cincuenta y cinco y más años y mostró que la edad estaba negativamente asociada con la probabilidad de participar en la fuerza laboral; que la convivencia en pareja y la cantidad de miembros del hogar la reducían, en el caso de las mujeres y aumentaban entre los varones; que la condición de jefe del hogar aumentaba la probabilidad de participación en ambos sexos y que las enfermedades crónicas y las discapacidades reducían las chances de participación laboral y la cantidad de horas trabajadas.

A partir de datos de la Encuesta de la tercera edad sobre estrategias previsionales (EITEEP) del 2003, el Banco Mundial señaló que los principales determinantes de la participación laboral de los adultos mayores de áreas urbanas argentinas eran los ingresos no laborales —principalmente los previsionales—, el estado de salud, los arreglos domiciliarios y la ocupación. Comparó atributos de los adultos mayores jubilados económicamente activos e inactivos y no jubilados. Concluyó que los activos tenían más chances de ser hombres, de menor edad, con mejor estado de salud y residentes en hogares con mayor número de hijos y menos personas jubiladas. Observó mayor participación de los activos en la construcción, transporte, servicios y comercio y entre los trabajadores por cuenta propia. Señaló que los activos trabajaban a tiempo completo, tenían una presencia de larga data en el mercado laboral, exhibían menor intermitencia en el empleo y menor densidad de aportes a la seguridad social (World Bank, 2007).

Por su parte, Alós *et al.* (2008) concluyeron que la probabilidad de participar en el mercado de trabajo entre los mayores de 60 estaba inversamente relacionada con haber completado la cantidad mínima de años de aportes requerida para acceder a la jubilación y positivamente con ser varón y soltero o viudo, con la buena salud y con haber alcanzado estudios universitarios. Señalaron que entre quienes gozaban de beneficios previsionales, la probabilidad de permanecer económicamente activo estaba fuertemente condicionada por el monto de estos, la edad y el estado de salud (Alós *et al.*, 2008).

Paz (2010) constató el incremento en el porcentaje de adultos mayores asalariados y la caída del porcentaje de cuentapropistas entre

1980 y 2006. También destacó la mayor incidencia de la informalidad entre los adultos mayores argentinos y la mayor propensión a estar ocupados en firmas formales, en relaciones informales.

También fueron señaladas desigualdades de género en el acceso a los beneficios previsionales. En primer término, porque el derecho a jubilaciones ordinarias depende de la densidad de las contribuciones durante la vida activa, estrictamente asociada a la inserción formal en el mercado de trabajo. En este sentido, la mayor precariedad de la participación laboral femenina restringe el acceso a beneficios contributivos. Por otra parte, también existen inequidades en el acceso a las pensiones por viudez, que solo pueden alcanzar las mujeres casadas o unidas con trabajadores formales y de las que son privadas las esposas de trabajadores informales y las mujeres solteras y separadas. Estas inequidades se traducen en situaciones de duplicación y carencia de beneficios previsionales (Birgin y Pautassi, 2000).

En Brasil, el efecto del envejecimiento demográfico en la composición etaria PEA fue constatado a través del desplazamiento en las tasas específicas por edad (Wajman e Menezes Filho, 2003) y del crecimiento de la participación de los adultos mayores en la actividad económica (Wajman, Oliveira y Oliveira, 1999; Camarano, 2001). Al estudiar la tendencia histórica de las tasas de actividad de los mayores de 60 años, desde mediados de la década de los setenta hasta 2005, los autores concluyen que no hubo una disminución de los niveles de actividad económica, aun cuando se expandió la cobertura previsional. No obstante, en este marco de crecimiento sostenido la década del noventa es excepcional, cuando se observó una reducción del nivel de actividad de los adultos mayores. Wajman, Oliveira y Oliveira (1999) atribuyeron esta reducción al desarrollo económico, a la ampliación de la cobertura previsional y a la caída en la demanda de mano de obra con calificación desfasada, promovida por la reestructuración económica de esa década. En oposición, Camarano (2001) restó importancia al incremento de la cobertura previsional en esta caída y destacó que un rasgo característico de los adultos mayores brasileños es la elevada proporción de jubilados y pensionados que participan en la fuerza de trabajo.

Wajman, Oliveira y Oliveira (1999) destacan una característica preocupante ya que las cohortes de trabajadores más viejos presentaban niveles menores de escolaridad que se reflejaban en el menor nivel de sus ingresos que, no obstante, eran relevantes en la composición del ingreso familiar.

La relación entre cobertura previsional y participación laboral

En 2011 participaban en la actividad económica 41% de los varones y 16% de las mujeres de 60 y más residentes en los principales aglomerados urbanos argentinos. En idéntica condición se encontraban 37% de los varones y 16% de las mujeres de 60 y más años residentes en áreas metropolitanas de Brasil (gráfico 1). En áreas urbanas de Argentina, quienes tenían 60 y más años representaban 9.4% del total de varones ocupados y 7.9% del total de mujeres de todas las edades. Mientras que del total de ocupados residentes en áreas metropolitanas brasileñas tenían 60 y más años 6.5% de los varones y 4.9% de las mujeres.

Los varones urbanos argentinos de 60 a 69 años de todos los niveles de escolaridad y de 70 y más de mayor escolaridad presentaban mayor nivel de actividad que los varones brasileños residentes en áreas metropolitanas de la misma edad y escolaridad. A partir de los 70 años, los varones brasileños, especialmente los menos escolarizados, participaban con mayor intensidad (tabla 1).

Estas diferencias pueden atribuirse a la mayor cobertura previsional entre los varones brasileños menores de 70 años, situación que se invierte a partir de esa edad, por la mayor cobertura de los argentinos sin estudios universitarios completos (tabla 2).

El régimen previsional argentino desde hace varios años contemplaba el otorgamiento universal de pensiones por edad avanzada a los mayores de 69 años y ha flexibilizado las reglas de acceso a jubilaciones a quienes habiendo alcanzado la edad mínima carecen de los años de contribuciones. En Brasil el acceso a jubilaciones por edad avanzada contempla requisitos más estrictos que generan mayor exclusión. Este tipo de jubilaciones se otorga a los varones urbanos a partir de los 65 años y mujeres urbanas a partir de los 60 años de edad y en ambos casos deben comprobar 180 contribuciones mensuales. Los trabajadores rurales pueden solicitar el beneficio con 60 y 55 años respectivamente y deben demostrar 180 meses de actividad rural (Ministerio da Previdência, 2013).

Las mujeres argentinas de 60 a 64 años mostraban mayores niveles de actividad que las brasileñas con la misma edad y escolaridad. A partir de los sesenta y cinco años esta situación se invertía, aunque con excepciones. La mayor actividad de las argentinas coexiste con niveles mayores de cobertura previsional. Se destaca la mayor cobertura previsional de las mujeres brasileñas de 60-64 años con estudios universitarios completos (tablas 3 y 4).

Tabla 1. Tasas de actividad masculinas por grupos de edad, según escolaridad. Argentina (aglomerados urbanos) y Brasil (áreas metropolitanas), 2011

<i>Nivel de Instrucción</i>	<i>Argentina</i>			<i>Brasil</i>			<i>Diferencia en puntos porcentuales</i>		
	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>
Muy bajo	68.0	39.5	6.6	61.1	33.9	28.0	6.9	5.6	-21.4
Bajo	77.6	40.2	10.0	55.8	34.8	25.7	21.7	5.3	-15.7
Medio	77.5	43.9	13.5	56.0	34.4	23.4	21.5	9.5	-9.9
Alto	82.6	59.9	34.9	74.6	48.8	28.3	8.0	11.1	6.6
Total	76.8	43.9	13.4	61.6	36.2	15.7	15.2	7.7	-2.3

Fuente: INDEC EPH, cuarto trimestre de 2011 e IBGE PNAD, 2011

Tabla 2. Porcentaje de perceptores de jubilaciones y pensiones por grupos de edad, según escolaridad. Argentina (aglomerados urbanos) y Brasil (áreas metropolitanas), 2011

<i>Nivel de Instrucción</i>	<i>Argentina</i>			<i>Brasil</i>			<i>Diferencia en puntos porcentuales</i>		
	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>
Muy bajo	21.8	77.2	97.1	45.4	81.9	91.9	-23.7	-4.7	5.3
Bajo	25.7	72.2	95.8	50.6	89.5	95.0	-24.9	-17.4	0.8
Medio	15.5	74.9	96.2	62.6	82.8	93.3	-47.1	-8.0	2.9
Alto	20.1	60.5	87.3	56.7	79.2	94.1	-36.7	-18.7	-6.7
Total	21.8	77.2	97.1	51.4	82.5	92.6	-29.6	-10.7	2.4

Fuente: INDEC EPH, cuarto trimestre de 2011 e IBGE PNAD, 2011

Tabla 3. Tasas de actividad femeninas por grupos de edad, según escolaridad. Argentina (aglomerados urbanos) y Brasil (áreas metropolitanas), 2011

<i>Nivel de Instrucción</i>	<i>Argentina</i>			<i>Brasil</i>			<i>Diferencia en puntos porcentuales</i>		
	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>
Muy bajo	32.8	13.2	3.3	25.1	14.7	4.9	7.7	-1.6	-1.6
Bajo	34.1	13.9	2.9	29.6	21.4	6.9	4.5	-7.5	-4.0
Medio	36.1	24.1	4.3	30.2	19.8	5.8	5.9	4.3	-1.5
Alto	52.3	32.1	11.2	44.8	34.2	8.7	7.5	-2.2	2.5
Total	37.8	18.9	4.1	29.3	18.5	5.5	8.5	0.4	-1.4

Fuente: INDEC EPH, cuarto trimestre de 2011 e IBGE PNAD, 2011

Tabla 4. Porcentaje de perceptoras de jubilaciones y pensiones, según escolaridad. Argentina (aglomerados urbanos) y Brasil (áreas metropolitanas), 2011

<i>Nivel de Instrucción</i>	<i>Argentina</i>			<i>Brasil</i>			<i>Diferencia en puntos porcentuales</i>		
	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>	<i>60-64</i>	<i>65-69</i>	<i>70 y+</i>
Muy bajo	62.5	89.1	94.7	51.7	70.4	84.0	10.8	18.8	10.7
Bajo	59.7	90.9	94.7	52.4	70.1	84.3	7.3	20.8	10.3
Medio	60.4	91.1	98.1	57.5	70.5	82.5	2.9	20.6	15.6
Alto	58.5	78.3	95	73.6	76.0	93.3	-15.1	2.4	1.7
Total	60.0	88.7	95.3	55.8	71.0	84.5	4.3	17.7	10.8

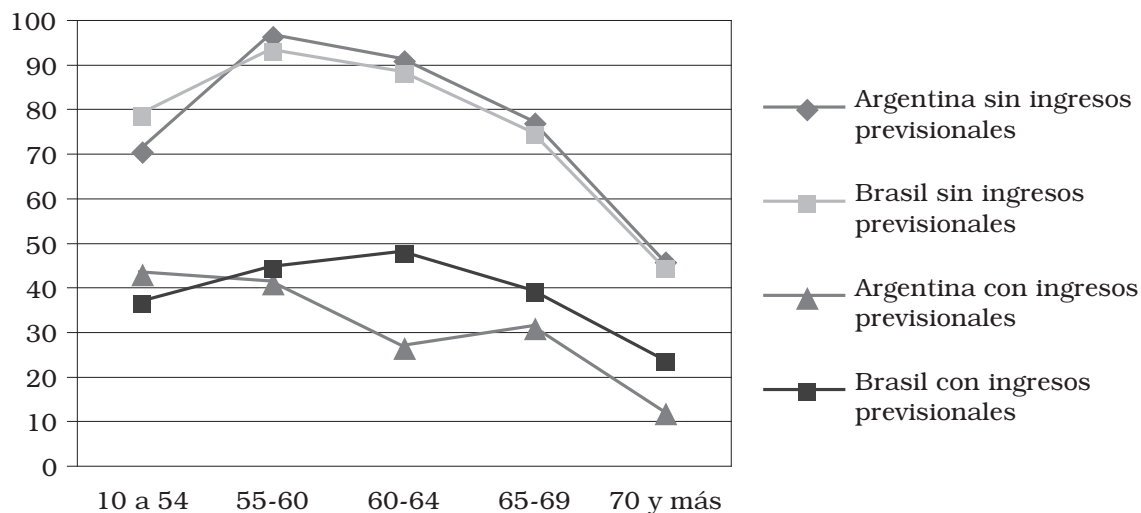
Fuente: INDEC EPH, cuarto trimestre de 2011 e IBGE PNAD, 2011

La importancia del papel del acceso a beneficios previsionales en la decisión de continuar trabajando queda en evidencia en el mayor nivel de las tasas de actividad de quienes no recibían ingresos derivados de jubilación o pensión y en la caída del nivel de actividad, coincidente con las edades mínimas para acceder a jubilaciones y pensiones.

Entre quienes carecían de beneficios previsionales, los argentinos, especialmente las mujeres, exhibían tasas de actividad mayores que las de los brasileños del mismo sexo y edad. Situación que se invertía entre los perceptores de jubilaciones y pensiones, debido a la mayor intensidad de la participación laboral de los varones y mujeres brasileños, probablemente explicada por la insuficiencia de ingresos previsionales en ese país (gráficos 2 y 3).

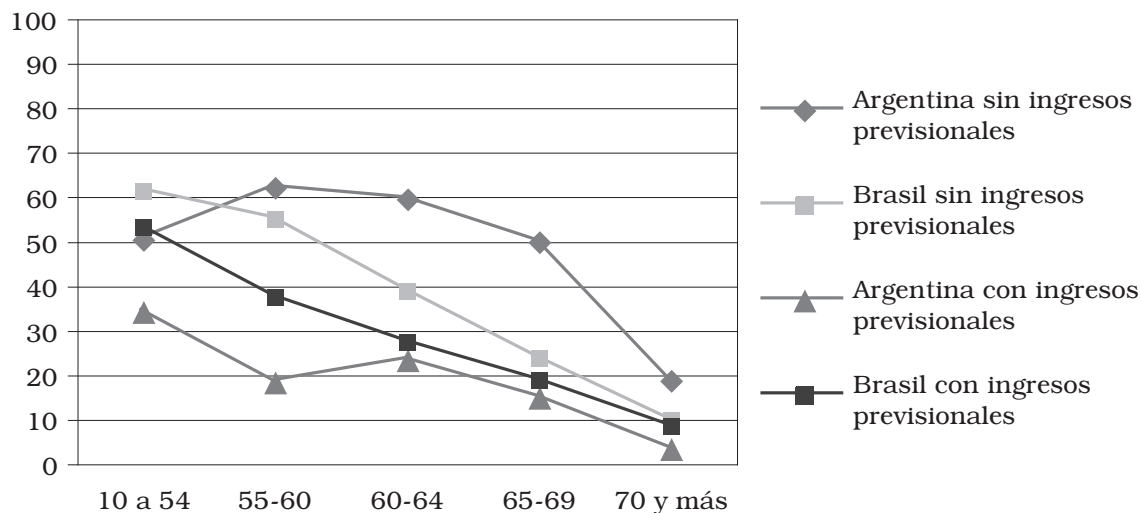
Se destaca la caída pronunciada de la participación laboral femenina en Brasil, situación que lleva a pensar en posibles restricciones para la permanencia en el mercado de trabajo, asociadas a la bajísima escolaridad de las mujeres de mayor edad y a posibles situaciones de discriminación.

Gráfico 2. Tasas específicas de actividad masculinas, según país de residencia y percepción de ingresos previsionales. Argentina (aglomerados urbanos) y Brasil (áreas metropolitanas), 2011



Fuente: INDEC EPH, cuarto trimestre de 2011 e IBGE PNAD, 2011

Gráfico 3. Tasas específicas de actividad femeninas, según país de residencia y percepción de ingresos previsionales. Argentina (aglomerados urbanos) y Brasil (áreas metropolitanas), 2011



Fuente: INDEC EPH, cuarto trimestre de 2011 e IBGE PNAD, 2011

El mayor nivel de actividad de los adultos mayores brasileños perceptores de jubilaciones y pensiones se relaciona con la insuficiencia de los recursos previsionales. En áreas metropolitanas de Brasil, 60% de los varones y mujeres percibían ingresos de jubilación o pensión infe-

riores a los 390 y 303 dólares, respectivamente. En el mismo percentil, los ingresos previsionales de los argentinos eran aún menores (aproximadamente 361 y 313 dólares, respectivamente) (tabla 5). Sin embargo, era muy dispar el poder de compra de estos ingresos en ambos países. Mientras los beneficios previsionales de los argentinos ubicados en el percentil 60 permitían costear la renta de un departamento pequeño en la ciudad de Buenos Aires, este gasto no podía ser afrontado por los brasileños del mismo percentil en alguna ciudad de este país.

Tabla 5. Percentil de ingresos de jubilación y pensión de los varones y mujeres de 60 y más, según lugar de residencia y sexo. Argentina (aglomerados urbanos) y Brasil (áreas metropolitanas), 2011

<i>Lugar de residencia y sexo</i>	<i>Percentil</i>					
	<i>25</i>	<i>50</i>	<i>60</i>	<i>75</i>	<i>90</i>	<i>95</i>
<i>Agglomerados urbanos de Argentina-Valores en Pesos Argentinos</i>						
Varón	1,334	1,470	1,670	2,000	3,500	5,000
Mujer	1,200	1,400	1,450	2,000	3,000	3,900
<i>Regiones metropolitanas de Brasil- Valores en Reales</i>						
Varón	545	545	700	1,131	2,300	3,500
Mujer	545	545	546	1,090	1,800	2,950

Nota. En el caso de Brasil, los percentiles fueron calculados para una variable construida a partir de la de la suma de los ingresos de jubilación y pensión indagados a partir de tres preguntas, excluyendo además a los casos con ingresos ignorados o mal declarados (1% de los beneficiarios previsionales). En septiembre de 2011, el dólar tenía un valor aproximado de 1,8 reales. En octubre del mismo año equivalía a 4.63 pesos argentinos, en un mercado cambiario desdoblado Fuente: INDEC EPH, cuarto trimestre de 2011 e IBGE PNAD, 2011.

Características de la participación laboral de los adultos mayores argentinos

Entre los mayores de 60 años argentinos crecieron marcadamente la participación laboral, la desocupación y la inserción en ocupaciones informales y disminuyó la duración de la jornada laboral entre los ocupados desde el inicio de los noventa hasta principios de 2000. La participación laboral de las mujeres de 65 y más años creció más que la de los varones y, entre ellas, aumentó la proporción de asalariadas (Bertranou, 2006).

En Argentina, a inicios de la primera década del siglo XXI, el endurecimiento de los requisitos jubilatorios, luego de dos décadas de desempleo y precariedad, dificultó el acceso a los beneficios previsionales a muchas personas en edad de retiro. La cobertura previsional alcanzó su punto más bajo en 2005 (55.1% de las personas en edad jubilatoria).

Desde el año 2004, el Gobierno nacional promovió cambios en la legislación orientados a mejorar la inclusión en el sistema previsional de las personas en edad jubilatoria que no habían efectuado contribuciones o que, habiendo completado los años de aportes requeridos, no tenían la edad para jubilarse.

Además de la ampliación de la cobertura, diversas medidas apuntaron a recomponer el monto de las jubilaciones y pensiones y garantizar su movilidad, es decir su aumento, siguiendo la evolución de los salarios y de los ingresos del sistema previsional³. También se alteraron los mecanismos de financiamiento y prestaciones previsionales, al retornar a un esquema de beneficio definido de reparto asistido.

Como consecuencia de las medidas englobadas en lo que posteriormente se llamó «Plan de Inclusión Previsional», entre 2005 y septiembre de 2011, se otorgaron 2,7 millones de nuevas jubilaciones y pensiones, que representaban más del 40% del total de beneficios otorgados por el sistema previsional. De este modo, la cobertura previsional en Argentina superó el 90% y se ubicó entre las más altas de Latinoamérica (Bertranou *et al.*, 2012).

Una de las consecuencias más relevantes del aumento de la cobertura previsional fue la reducción del porcentaje de adultos mayores sin ingresos propios. Además, Calabria A. y Calero A. (2011) destacan los efectos redistributivos a nivel regional por el mayor crecimiento de la cobertura en las provincias con mayores deficiencias. También mencionan el avance en lo que respecta a la equidad de género, porque tres cuartas partes de los beneficios otorgados habían alcanzado a mujeres. Finalmente enfatizan los efectos sobre la reducción de la pobreza y la indigencia y la mejora en la distribución del ingreso de los adultos mayores derivados de la ampliación de la cobertura y de los once aumentos en los haberes otorgados entre 2003 y 2008 y de los siguientes aumentos otorgados a través de la Ley de Movilidad de haberes previsionales de 2008.

Estas modificaciones impactaron en la participación laboral de los adultos mayores argentinos, que evolucionó en dos sentidos divergen-

3 La movilidad jubilatoria se aplica automáticamente dos veces al año a todas las prestaciones del Sistema Integrado Previsional Argentino (SIPA). El cálculo se basa en un promedio entre las variaciones en los recursos tributarios del SIPA (comparando semestres idénticos de años consecutivos) y el índice general de salarios determinado por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos o la variación del índice basado en la Remuneración Imponible promedio de los trabajadores estables (RIPE) publicado por la Secretaría de Seguridad Social. De ambas se aplica la más favorable, durante el lapso enero-junio para el ajuste de septiembre del mismo año, y julio-diciembre para el ajuste a aplicar en marzo del año siguiente (Agencia Nacional de Seguridad Social, 2013).

tes entre 2005 y 2010. Por un lado se observó una notoria reducción de la participación de quienes tendrían mayores dificultades de inserción laboral, por su menor escolaridad y mayor edad. En el quinquenio también cayó, pero de un modo menos notorio, la participación laboral de las mujeres perceptoras, situación que podría atribuirse, en mayor medida, a las mejoras en las jubilaciones y pensiones y a la presencia de otros contribuyentes en el hogar y, en menor medida, al acceso a la cobertura previsional. En sentido contrario, algunos subgrupos exhibían un comportamiento coincidente con la tendencia de larga duración, marcada por la mayor permanencia en el mercado de trabajo, que involucraba especialmente a las personas de mayor escolaridad, a los adultos mayores más jóvenes y a los no perceptores de beneficios previsionales. Entre los últimos, se destaca el incremento de la participación laboral de los varones próximos a la edad jubilatoria, de todos los niveles de escolaridad. También es destacable el crecimiento de la participación laboral de las mujeres no perceptoras de beneficios previsionales en general; de aquellas con baja escolaridad de 60 a 64 años y de 65 a 69 años con estudios superiores completos (Sala, 2012).

A pesar de los indudables avances en términos de inclusión previsional, hacia fines de la década, en un contexto inflacionario y en el que el gobierno intenta contener el gasto público comenzaron a evidenciarse algunas señales de agotamiento de la capacidad de incorporación de nuevos beneficiarios. En este sentido, Bravo Almonacid (2011) destaca que los cambios producidos en la legislación limitaron el período de la moratoria⁴ e impusieron la renuncia a otras pensiones para tramitar las jubilaciones. También destaca el desconocimiento entre los potenciales beneficiarios de la vigencia de este y de otros programas destinados a la población adulta mayor y la existencia de barreras geográficas e informativas. Por su parte Bertranou *et al.* (2012) afirman que la moratoria si bien tiene carácter permanente, solo beneficia a las actuales cohortes de adultos mayores, porque las cohortes más jóvenes no podrán declarar años de aportes a través de un plan diseñado para reconocer deuda anterior a septiembre de 1993. También destacan que si no se repite la moratoria previsional o se realizan cambios en la normativa actual, difícilmente se mantenga

4 A través de los decretos de moratorias previsionales quienes aspiraban a recibir jubilaciones y pensiones reconocían que adeudaban aportes al sistema previsional, eran eximidos de sanciones legales y recibían condiciones especiales para efectuarlos simultáneamente con la percepción de beneficios. Las diferentes moratorias previsionales se establecieron por decretos del Poder Ejecutivo nacional y establecían una fecha desde la cual se posibilitaba el reconocimiento de deuda previsional.

el nivel de cobertura alcanzado, debido a la baja proporción de ocupados que cotizan en el sistema previsional.

La mayoría de los adultos mayores urbanos argentinos ocupados tenía bajo nivel de instrucción, es decir que había concluido estudios primarios y en algunos casos, asistido a establecimientos de nivel medio sin llegar a concluir ese nivel (44%, de los varones y 37% de las mujeres) (tabla 6).

Una porción significativa de los adultos mayores argentinos con instrucción muy baja y baja estaba vinculada a ocupaciones de la construcción, el servicio doméstico, la comercialización directa, los servicios de limpieza no domésticos, el transporte, el cuidado y la atención de personas, la producción industrial y artesanal y la reparación de bienes de consumo. Por otra parte, entre los más escolarizados se observa un perfil laboral más diversificado, aunque la mayoría de ellos se vinculaba a ocupaciones de la educación, la salud, directivas de pequeñas y medianas empresas y de la gestión administrativa, planificación y control, en las que, probablemente, los adultos mayores disfrutaban de mayor estabilidad y mejores condiciones laborales (Sala, 2012).

Tabla 6. Ocupados de 60 y más años, por nivel de instrucción, según lugar de residencia y sexo, 2011

<i>Lugar de residencia y Sexo</i>	<i>Muy bajo</i>	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>	<i>Total</i>	<i>Total Absoluto</i>
<i>Agglomerados urbanos de Argentina</i>						
Varones	11.4	43.8	25.4	19.4	100.0	600,635
Mujeres	12.3	37.4	24.8	25.5	100.0	351,363
<i>Regiones metropolitanas de Brasil</i>						
Varones	51.8	10.0	18.2	20.1	100.0	1,049,508
Mujeres	51.4	11.6	17.7	19.2	100.0	635,691

Fuente: INDEC EPH, cuarto trimestre de 2011 e IBGE PNAD, 2011

Características de la participación laboral de los adultos mayores brasileños

Tres de los rasgos más notables de las modificaciones de la PEA brasileña ocurridos en los últimos cuarenta años están estrechamente relacionados con la dinámica del empleo de la tercera edad. Ellos fueron: el aumento del empleo femenino, de la informalidad y del nivel medio de escolaridad de la fuerza de trabajo. En este contexto, la bajísima calificación de los adultos mayores brasileños es un obstáculo para permanecer económicamente activos. Paralelamente, el aumen-

to de la informalidad y del empleo femenino, mantiene oportunidades de empleo en aquellas ocupaciones más desprotegidas de la economía, principalmente en la construcción y el servicio doméstico.

Marri, Wajnman y Andrade (2012) estimaban que en Brasil, en 2006, 79% de los hombres y 74% de las mujeres recibían ingresos de jubilación o pensión. Destacaron la ampliación de la cobertura previsional a partir de beneficios contributivos y no contributivos que experimentó este país desde la década de los setenta. Constataron que dos tercios de las mujeres recibían pensiones por muerte y jubilaciones por edad mínima, mientras que solo 7% recibían beneficios contributivos. Contrariamente, entre los varones, las jubilaciones por tiempo de contribución y edad mínima representan 52% del valor medio del ingreso previsional total y 7% el de las pensiones.

Los adultos mayores brasileños ocupados estaban notoriamente menos escolarizados que los argentinos. Un poco más de la mitad de los varones y de las mujeres de 60 y más años ocupados y residentes en áreas metropolitanas de Brasil no habían concluido estudios primarios (tabla 6).

Los varones de 60 y más años con nivel de instrucción muy bajo y bajo se desempeñaban como trabajadores de la industria extractiva y la construcción civil, de los servicios, de las funciones transversales⁵, vendedores y prestadores de servicios al comercio, trabajadores agropecuarios y de la transformación de metales y de compuestos (tabla A 5 del anexo).

La mitad de las mujeres de 60 y más años residentes en áreas metropolitanas de Brasil que no habían completado estudios de nivel medio eran trabajadoras de los servicios. También se concentraban entre las vendedoras y prestadoras de servicios en el comercio, las trabajadoras de las industrias textiles, de la curtiembre, del vestuario y de las artes gráficas, las trabajadoras de explotaciones agropecuarias y las comunicadoras artistas y religiosas (tabla A 6 del anexo).

El empleo agropecuario concentraba a una fracción pequeña de los adultos mayores ocupados metropolitanos. Alrededor de 5% de los varones y 6% de las mujeres se desempeñaban como trabajadores agropecuarios. Además un porcentaje menor eran productores agropecuarios. Es importante destacar que las ocupaciones vinculadas a la

5 Este gran grupo ocupacional incluye a supervisores de embalaje y etiquetado; operadores de robots y equipamientos especiales; conductores de vehículos y operadores de equipamientos de elevación y movimiento de cargas, trabajadores de logística y de acompañamiento de servicios de transporte; embaladores y alimentadores de máquinas y equipos de la producción industrial.

explotación agropecuaria destinaban su producción al mercado⁶. Por otra parte, resulta llamativo que residentes en áreas metropolitanas desarrollaran este tipo de actividades, situación que se explica al considerar la tendencia a la urbanización de los trabajadores rurales, por migración y por la expansión de los límites urbanos y metropolitanos⁷.

También se observó una importante heterogeneidad en las ocupaciones de la categoría «trabajadores en servicios». La mayoría de los varones brasileños de 60 y más, vinculados a este grupo ocupacional eran bomberos, policías guardas y vigías, trabajadores de mantenimiento de edificios, mayordomos, cocineros, camareros, barman, mozos, repartidores y trabajadores de los servicios domésticos en general. En cuanto a las mujeres, eran trabajadoras de los servicios domésticos en general, de los servicios de belleza, del cuidado y atención de personas, mayordomos, cocineros, camareros, barman, mozos y trabajadoras de mantenimiento de edificios. Al rescatar esta heterogeneidad se observan mayores similitudes con la concentración ocupacional de las argentinas de mayor edad en el servicio doméstico y en las ocupaciones del cuidado y la atención de las personas.

Los varones con nivel de instrucción medio y alto se distribuían entre los técnicos de nivel medio en las ciencias administrativas, los gerentes, los profesionales de las ciencias biológicas, de la salud, de las ciencias sociales y humanas, de la enseñanza con formación de nivel superior y de las ciencias jurídicas. También se desempeñaban como vendedores y prestadores de servicios del comercio, dirigentes de empresas y organizaciones y trabajadores de las funciones transversales de los servicios (tabla A7 del anexo). Las mujeres mayores brasileñas con escolaridad media y alta se distribuían entre las profesionales de la enseñanza con formación de nivel superior, las trabajadoras de los servicios, las oficinistas⁸, las vendedoras y prestadoras de servicios del comercio, las profesionales de las ciencias biológicas,

6 La Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios indaga actividades de subsistencia relacionadas con la agricultura y la construcción. Los tabulados analizados en este artículo se refieren exclusivamente a quienes intercambiaban en el mercado el producto de este tipo de actividades.

7 Excede los alcances de este artículo dar cuenta de los motivos por los cuales una fracción de la población residente en áreas metropolitanas declaró estar vinculada a tareas agrícolas. Es posible que esta situación obedeciera a rasgos estructurales de la economía y del proceso de urbanización brasileños, capaces de explicar la persistencia de pequeños unidades de producción agropecuaria en la periferia de las ciudades.

8 El grupo ocupacional en portugués se denomina escriturarios y comprende estas ocupaciones: supervisores de servicios administrativos, contables, financieros y de control, agentes y auxiliares administrativos, secretarios, operadores de máquinas de escritorio, etcétera.

de la salud y afines, las gerentes y técnicas de nivel medio de las ciencias biológicas, bioquímicas, de la salud y afines (tabla A8 del anexo)

Concentración laboral de los adultos mayores

Como fue expresado, la participación en la actividad económica está estrechamente asociada a la edad, por la relación de este atributo con la posibilidad de acceder a los beneficios previsionales, los mayores recursos acumulados a lo largo de la vida y la pérdida de salud y capacidades requeridas para el trabajo asociadas al envejecimiento. Además, las probabilidades de los adultos mayores de permanecer ocupados varían con el acceso a beneficios previsionales, la escolaridad y el tipo de ocupaciones desarrolladas a lo largo de su trayectoria laboral, especialmente en los años previos. En el mismo sentido, atributos de algunas ocupaciones las convierten en nichos que permiten la continuidad laboral en edades avanzadas.

En general las ocupaciones que requieren menor calificación suponen un uso intensivo del cuerpo, jornadas de trabajo de mayor duración y peores condiciones laborales, por lo que la mayor edad y la pérdida de salud dificultan el cumplimiento de las tareas que estas suponen. Por otra parte, en general son ocupaciones de fácil incorporación, por sus menores requisitos de calificación. En las que requieren mayor calificación, la edad no tiene tantas desventajas, sin embargo los adultos mayores enfrentan limitaciones para permanecer en el mercado de trabajo relacionadas con la obsolescencia de sus conocimientos ante el rápido avance tecnológico y la mayor escolaridad de los trabajadores más jóvenes. Además, algunas de estas ocupaciones están reguladas por disposiciones que obligan al retiro a edades determinadas.

En un contexto de elevada precariedad, sus ventajas comparativas como trabajadores son menores y pueden competir con éxito solo en aquellas ocupaciones en las que se valora su experiencia. La contratación de adultos mayores tanto en las ocupaciones que requieren menor calificación, como en las que convocan a trabajadores más calificados y la demanda de los bienes y servicios que ellos ofrecen también están condicionadas por el grado de prejuicio hacia el trabajo de las personas mayores y la sobrevaloración de la juventud en la esfera laboral.

Las ocupaciones directivas y de la educación involucran tareas que implican la puesta en juego de habilidades menos afectadas por la edad, como las capacidades de comunicar, organizar, tomar decisiones, transmitir conocimientos y que podrían estar menos expues-

tas a los prejuicios que afectan a la vejez. Estas ocupaciones serían permeables a la permanencia de personas de edades avanzadas, porque se valoran atributos de estas. Ocupaciones como las vinculadas al cuidado de las personas podrían permitir la entrada al mercado de trabajo a algunas mujeres.

La permanencia en el mercado de trabajo en edades avanzadas también depende del grado de control sobre los medios de trabajo a lo largo de la vida activa. Así, los patrones y trabajadores por cuenta propia tienen más chances de permanecer ocupados aún a mayor edad. Este es el caso de las ocupaciones directivas, de la comercialización directa y de la producción industrial y artesanal, entre las mujeres

En esta sección se aborda la problemática de la concentración laboral de los varones y mujeres de 60 y más años que permanecían en actividad. A través de esta indagación se busca detectar nichos laborales que posibilitan la continuidad laboral en la tercera edad, en contextos de elevado desempleo, precariedad, cambios tecnológicos y mejoras en la escolaridad de los trabajadores más jóvenes.

Los niveles de concentración laboral se estimarán a partir del índice de asociación global en un modelo log-lineal saturado. Este índice permite medir la concentración de diferentes tipos de trabajadores en distintas ocupaciones, empleos y locales de trabajo, según una variable determinada, controlando, simultáneamente, las diferencias en la composición de poblaciones específicas. Este índice fue utilizado en estudios de segregación laboral por sexo (Oliveira 1999 y 2003) y permitió detectar cambios en los niveles de feminización de algunas ocupaciones⁹. El cálculo de este índice¹⁰ provee una serie de parámetros, de los que serán analizados los valores V_j y A .

$$\text{Donde: } v_j = \ln\left(\frac{M_{aj}}{B_j}\right) - \left[\frac{1}{j} \sum_{j=1}^j \ln\left(\frac{M_{aj}}{B_j}\right) \right] = \ln\left(\frac{M_{aj}}{B_j}\right) - \ln(\beta_2)$$

9 En la literatura anglosajona y en las revisiones latinoamericanas se ha utilizado el término «segregación laboral» para dar cuenta de diferencias en los niveles de concentración laboral. De este modo, se neutraliza el término «segregación», entendido como el efecto de acciones de separación o marginación de una persona o un grupo de personas por motivos sociales, políticos o culturales. Por su complejidad y extensión, no se analiza la segregación laboral de los trabajadores de mayor edad, producto de barreras que limitan su acceso o permanencia en determinadas ocupaciones.

10 Los modelos log-lineales permiten representar los efectos de una variable individual (o efecto principal) o de una combinación de variables (o efecto de interacción). Los dos tipos de efectos describen los datos, indicando patrones de asociación entre las variables y su significado en la serie de datos (Oliveira, 2003).

$$A = \exp\left(\frac{1}{j} \sum_{j=1}^j v_j^2\right)^{1/2} = \exp\left(\frac{1}{j} \sum_{j=1}^j \left\{ \ln\left(\frac{Maj}{Bj}\right) - \left[\frac{1}{j} \sum_{j=1}^j \ln\left(\frac{Maj}{Bj}\right) \right] \right\}^2\right)^{1/2}$$

Maj son los ocupados de 60 y más años, por lugar de residencia y sexo, en la ocupación j y Bj son los ocupados menores de 60 años en la ocupación j .

Los valores V_j son los desvíos de la razón entre ocupados de 60 y más y los trabajadores menores en la ocupación j , con relación a la razón media de todas las ocupaciones, o sea, el desvío del grupo con relación a la representación de los trabajadores de mayor edad. Si este parámetro es positivo, indica sobrerrepresentación de los adultos mayores en cada grupo de ocupaciones. Si es negativo, se interpreta que están subrepresentados con relación a los trabajadores de menor edad.

$A =$ es el índice de segregación. En una situación de mercado de trabajo perfectamente integrado, es decir, en ausencia de segregación, $A=1$. Cuanto más se distancie A de 1 más segregación presenta el mercado de trabajo.

El índice es sensible a la cantidad de categorías analizadas y el refinamiento de sistema clasificatorio incrementa las posibilidades de captar correctamente la magnitud de la segregación. Se optó por calcular los niveles de concentración considerando los diez grupos ocupacionales a dos dígitos que concentraban a la mayoría de los ocupados sin distinción de edad, según sexo y lugar de residencia. No fueron considerados los trabajadores insertados en otras ocupaciones debido a la heterogeneidad de este agrupamiento ni los vinculados a ocupaciones mal especificadas o con información insuficiente. Fue controlado el nivel de escolaridad, determinándose dos grupos: quienes no habían concluido estudios de nivel medio y quienes tenían escolaridad secundaria completa y más.

Si bien existen diferencias en los sistemas clasificadores de ocupaciones de las encuestas de hogares de Argentina y Brasil, al tomar solo los primeros dos dígitos estas se minimizan, producto del esfuerzo de armonización¹¹.

11 Los países del Mercosur (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay) en 1999 armonizaron los sistemas clasificatorios de actividad y ocupación de censos demográficos y encuestas de hogares. En lo que respecta a ocupación, acordaron conservar el contenido de cada subgrupo principal, según los lineamientos generales de la Clasificación Internacional Uniforme de Ocupaciones, CIUO 88, quedando a criterio de cada país los niveles siguientes de desagregación, es decir, los dígitos posteriores a los dos primeros (dos más en el caso de del clasificador brasileño y tres más, en el clasificador argentino)

El clasificador de ocupaciones de la PNAD 2011 las ordena de acuerdo a las funciones y posición en la jerarquía ocupacional, siguiendo los lineamientos internaciona-

Se observó mayor nivel de concentración ocupacional entre los adultos mayores brasileños, especialmente entre las mujeres de menor escolaridad. También que la inserción ocupacional de los varones de mayor edad y menor escolaridad argentinos era similar a la de los más jóvenes. Finalmente, entre los adultos mayores con escolaridad media y superior concluida, los adultos mayores brasileños estaban más concentrados que los argentinos en menos ocupaciones (tabla 7).

Tabla 7. Argentina y Brasil. Índices A de concentración ocupacional de los ocupados de 60 y más, por nivel de escolaridad, según sexo, 2011

Sexo	<i>Argentina</i>			<i>Brasil</i>		
	<i>Nivel de instrucción</i>			<i>Nivel de instrucción</i>		
	Total	Muy bajo y bajo	Medio y alto	Total	Muy bajo y bajo	Medio y alto
Hombres	1.441	1.496	1.524	1.508	1.558	1.683
Mujeres	1.588	1.683	1.410	1.745	2.057	1.636

Fuente: INDEC EPH Cuarto trimestre de 2011 e IBGE PNAD 2011

Los valores A se explican por diferentes grados de concentración de los adultos mayores en algunas ocupaciones. Así, por ejemplo, la concentración total de los varones de 60 y más años argentinos se explica especialmente por la sobrerrepresentación de estos, respecto a los más jóvenes, entre los directivos de medianas, pequeñas y microempresas y en las ocupaciones del almacenaje de insumos, materias primas y mercaderías. En menor grado, también estaban más concentrados que los trabajadores más jóvenes en las ocupaciones de la reparación de bienes de consumo, de la comercialización directa y de los servicios de limpieza no domésticos (gráfico 4).

les. A diferencia de este, el clasificador de ocupaciones de la EPH 2011 de Argentina es más complejo e incorpora dimensiones que la encuesta de hogares brasileña aborda a partir de otras variables.

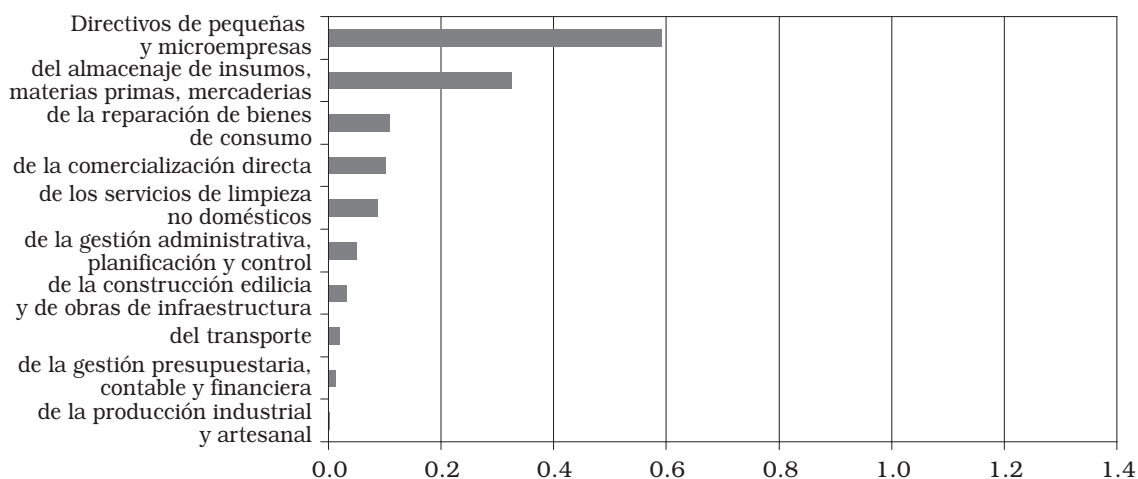
La información de censos y encuestas de Argentina se organiza a partir del Clasificador Nacional de Ocupaciones 2001 o CNO-2001, a cinco dígitos. Los dos primeros dígitos se basan en el CIUO 88, informan sobre el carácter ocupacional y se refieren al tipo de objeto o producto generado por las ocupaciones. El tercer dígito se refiere a la jerarquía ocupacional y reconoce cuatro categorías: dirección, cuenta propia, jefatura y ejecución directa. El cuarto dígito da cuenta de la dimensión tecnológica e incluye la siguiente categorización: a) no operadores de maquinaria o equipos b) operadores de maquinaria y/o equipos electromecánicos y c) operadores de sistemas y/o equipos informáticos. El quinto dígito describe la calificación ocupacional de la ocupación y apunta a medir la complejidad del proceso de trabajo, que determina los requerimientos de conocimientos y habilidades de las personas que desempeñan esas ocupaciones. Se reconocen cuatro niveles de calificación: profesional, técnica, operativa y no calificada.

Por su parte, las argentinas de mayor edad estaban más concentradas que las trabajadoras más jóvenes en las ocupaciones del cuidado y la atención de las personas y de la gestión presupuestaria, contable y financiera. En menor grado, también estaban sobrerrepresentadas en las ocupaciones de la educación, de la comercialización directa, de la producción industrial y artesanal, de los servicios domésticos, de la salud y sanidad y de los servicios de limpieza no domésticos (gráfico 5)

En las áreas metropolitanas de Brasil, los varones de mayor edad estaban más concentrados que los más jóvenes entre los oficinistas, los técnicos de nivel medio de las ciencias físicas, químicas, ingenierías y afines y de las ciencias administrativas, los gerentes, los trabajadores de la reparación y mantenimiento mecánico y los profesionales de las ciencias exactas, físicas e ingeniería (gráfico 6).

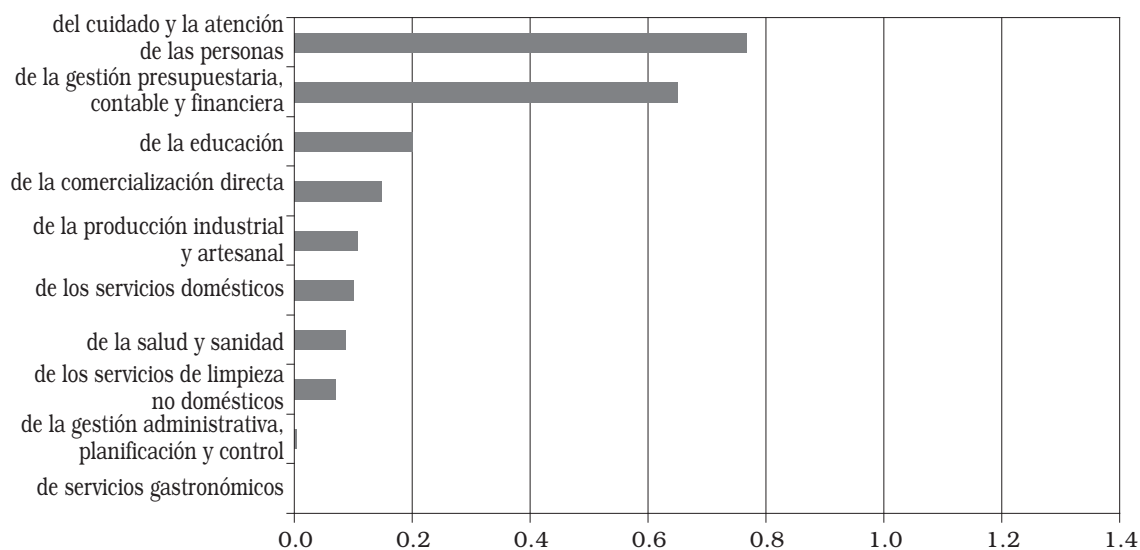
Las mujeres brasileñas de mayor edad estaban más concentradas que las más jóvenes entre las trabajadoras de las industrias textiles, la curtiembre, el vestuario y las artes gráficas y las trabajadoras de la atención al público. También estaban sobrerrepresentadas entre las profesionales de la enseñanza con formación de nivel superior, de las ciencias sociales y humanas y de las ciencias biológicas de la salud y afines, las oficinistas y las trabajadoras de los servicios (gráfico 7).

Gráfico 4. Parámetros Vj de concentración ocupacional de los varones de 60 y más residentes en áreas urbanas argentinas, 2011



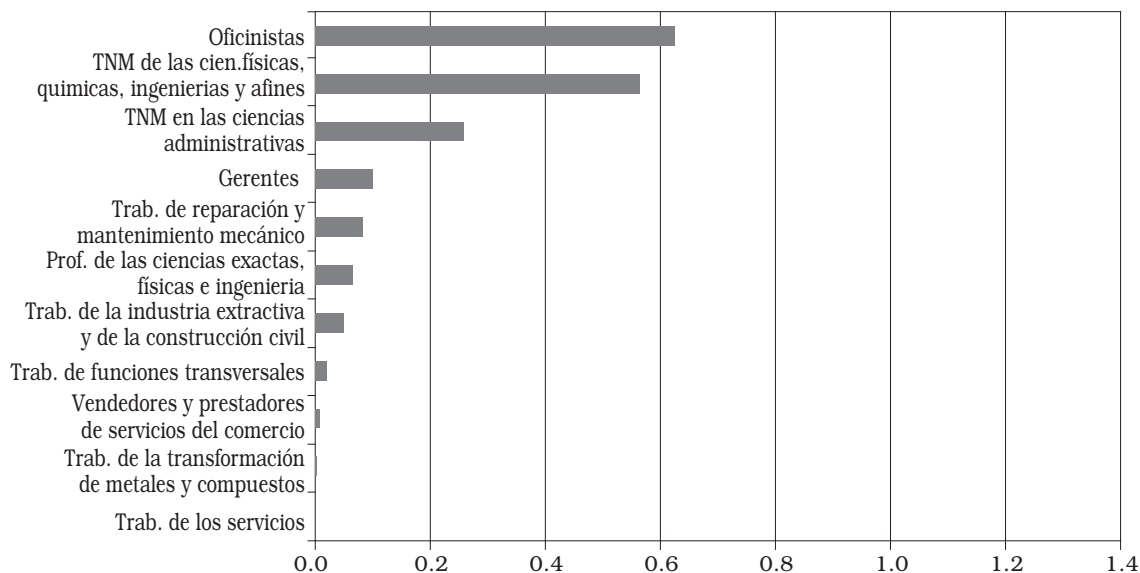
Fuente: INDEC EPH. Cuarto trimestre de 2011

Gráfico 5. Parámetros Vj de concentración ocupacional de las mujeres de 60 y más residentes en áreas urbanas argentinas, 2011



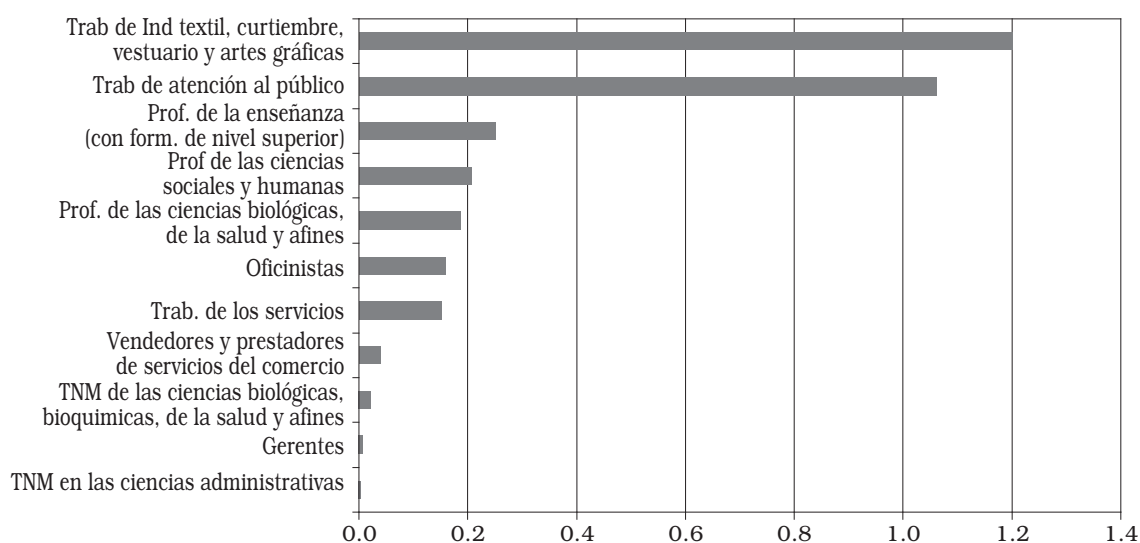
Fuente: INDEC EPH. Cuarto trimestre de 2011

Gráfico 6. Parámetros Vj de concentración ocupacional de los varones de 60 y más residentes en áreas metropolitanas de Brasil, 2011



Fuente: IBGE PNAD, 2011

Gráfico 7. Parámetros Vj de concentración ocupacional de las mujeres de 60 y más residentes en áreas metropolitanas de Brasil, 2011



Fuente: IBGE PNAD, 2011

Las tablas A1 y A2 del anexo permiten detectar nichos ocupacionales de los adultos mayores urbanos argentinos de escolaridad muy baja y baja. Muestran que los varones de mayor edad estaban sobrerrepresentados entre los directivos de pequeñas y microempresas. En menor grado, también estaban concentrados en las ocupaciones de los servicios de vigilancia y seguridad civil, de la reparación de bienes de consumo, de la comercialización directa, de la construcción edilicia, del transporte y del almacenaje.

Paralelamente, las argentinas mayores con escolaridad muy baja y baja estaban sobrerrepresentadas en las ocupaciones del cuidado y la atención de personas, de la comercialización directa, de la producción industrial y artesanal, de los servicios de limpieza no domésticos, de la comercialización ambulante y callejera, directivas de pequeñas y microempresas y de la gestión administrativa, planificación y control.

Los varones argentinos mayores de 59 años con nivel de instrucción medio y alto estaban sobrerrepresentados, respecto a los varones más jóvenes, entre los directivos de medianas, pequeñas y microempresas y en las ocupaciones de la producción industrial y artesanal, del transporte, de la construcción edilicia y de la gestión administrativa, planificación y control. Las argentinas más escolarizadas de 60 y más años estaban sobrerrepresentadas en las ocupaciones de la salud y sanidad, directivas de pequeñas y microempresas, de los servicios de limpieza no domésticos y de la gestión presupuestaria, contable y financiera (tablas A3 y A4 del anexo).

En áreas metropolitanas de Brasil, los varones de mayor edad y menor escolaridad estaban sobrerrepresentados entre los trabajadores agropecuarios y, en menor grado, entre los oficinistas y los gerentes. Las mujeres mayores de la misma escolaridad estaban más concentradas que las más jóvenes entre las trabajadoras de la explotación agropecuaria y de la atención al público y, en menor grado, entre las comunicadoras, artistas y religiosas, las oficinistas, las gerentes y las trabajadoras de las industrias textiles, de la curtiembre, del vestuario y de las artes gráficas (tablas A5 y A6 del anexo).

Los varones de mayor edad y escolaridad estaban sobrerrepresentados entre los técnicos de nivel medio en las ciencias administrativas, los trabajadores de la transformación de metales y compuestos, los gerentes, los oficinistas, los profesionales de las ciencias exactas, físicas y la ingeniería y los trabajadores de los servicios. Las mujeres mayores brasileñas más escolarizadas estaban sobrerrepresentadas entre trabajadoras de atención al público y las profesionales de la enseñanza con formación de nivel superior. En menor grado, también lo estaban entre las vendedoras y prestadoras de servicios del comercio, las profesionales de las ciencias biológicas, de la salud y afines y las técnicas de nivel medio de las ciencias biológicas, bioquímicas, de salud y afines (tabla A7 y A8 del anexo).

Conclusiones

La participación laboral de los adultos mayores responde a condicionantes que operan sobre la población en general, como la dinámica económica, el grado de urbanización, el sexo, la edad, la escolaridad, el estado de salud, los ingresos provenientes de otras fuentes alternativas al trabajo, la posición en el hogar, las responsabilidades familiares y las expectativas de ingresos derivados del trabajo. Además de los factores antes señalados, este grupo etario tiene un rasgo particular, porque la percepción de jubilaciones y pensiones y el monto de estas son determinantes en su propensión a trabajar o buscar empleo.

En el año 2011, continuaban en actividad alrededor de cuatro de cada diez varones y 16% de las mujeres de 60 y más años residentes en áreas urbanas de Argentina y 37% de los varones y 16% de las mujeres de la misma edad residentes en regiones metropolitanas de Brasil. Esta similitud en los niveles de participación laboral oculta diferencias relacionadas con el desigual grado de envejecimiento de ambas poblaciones y en los niveles de actividad en la cúspide de la pirámide. Además, contrasta con el carácter y profundidad de las reformas previsionales de ambos países.

En Argentina, durante los noventa el cambio más sobresaliente fue la inclusión de un componente de capitalización individual, que agudizó el déficit de cobertura de la población en edad de retiro. En sentido contrario, las medidas implementadas desde el año 2004 mejoraron la cobertura previsional y los montos mínimos de jubilaciones y pensiones y eliminaron el componente privado del sistema. A diferencia de este proceso, signado por cambios abruptos, la reforma previsional brasileña fue gradual, tuvo lugar dentro del esquema de reparto tradicional de seguridad social y tendió a fortalecer el componente público y a ampliar la cobertura. Pese a estas diferencias, el bajo monto de los beneficios previsionales incentivó la participación laboral en edades avanzadas en ambos países, especialmente en Brasil.

Se observó que los varones y urbanos argentinos de 60 a 69 años de todos los niveles de escolaridad, de 70 y más con estudios superiores completos y las mujeres de 60 a 64 años argentinas de todos los niveles de instrucción, participaban más que los brasileños de áreas metropolitanas del mismo sexo y escolaridad. También se detectó que esta situación se invertía con la edad, al caer menos el nivel de participación de los adultos mayores brasileños de todos los niveles de instrucción, aunque especialmente de los menos escolarizados. Así se detectó un rasgo distintivo de la PEA adulta mayor brasileña, relacionado con la más intensa participación laboral de los septuagenarios, vinculados muchos de ellos a ocupaciones de la producción agropecuaria. Paralelamente, en Argentina, los 60 años parecen ser el umbral para la permanencia en el mercado de trabajo.

Una hipótesis explicativa consideró la menor cobertura previsional brasileña y los mayores requisitos para acceder a prestaciones no contributivas por edad avanzada y a jubilaciones rurales en Brasil. Paralelamente, en Argentina, desde hace varios años, las personas de 70 y más años, pueden recibir prestaciones no contributivas por edad con solo demostrar la carencia de ingresos de jubilación o pensión. Además, en este país las modificaciones en la legislación previsional de la segunda mitad de la década tendieron a flexibilizar los requisitos de otorgamiento de jubilaciones y de pensiones semicontributivas para los varones de 65 y más y las mujeres de 60 y más años.

También se observó que, entre los beneficiarios de ingresos previsionales era mayor el nivel de participación laboral de los adultos mayores brasileños de ambos sexos, situación que se atribuyó al menor nivel de las jubilaciones y pensiones en ese país.

Finalmente se mostró que los adultos mayores brasileños ocupados tenían menor escolaridad que sus pares argentinos, ya que la mitad de ellos no había concluido estudios fundamentales, mientras

que compartían esta condición 11% y 12% de los varones y mujeres urbanos argentinos. No obstante, también se destacó el bajo nivel de los adultos mayores argentinos ocupados.

En síntesis, los adultos mayores residentes en regiones metropolitanas brasileñas eran más vulnerables por su menor escolaridad, por los mayores requisitos de otorgamiento de las prestaciones por edad avanzada, el menor nivel de los montos previsionales y además, porque al optar por continuar en actividad, sus opciones laborales estaban muy concentradas en pocas ocupaciones.

En Argentina la estructura del empleo de los adultos mayores estaba claramente polarizada entre quienes se vinculaban a las ocupaciones de la construcción, el servicio doméstico, la comercialización de bienes y servicios, el cuidado y la atención de personas, la producción industrial y artesanal y la reparación de bienes de consumo, en general precarias y que requieren baja calificación. Por otro lado, los trabajadores más escolarizados se vinculaban a las ocupaciones de la educación, la salud, directivas de pequeñas y medianas empresas, de la gestión administrativa y de la comercialización.

Entre los adultos mayores brasileños se observa aún mayor concentración en las ocupaciones menos calificadas y predominio de los trabajadores de los servicios, de la industria extractiva y la construcción civil, de las funciones transversales, de las industrias textiles, de la curtiembre, del vestuario y de las artes gráficas y de los vendedores y prestadores de servicios al comercio.

Se analizaron las diferencias en los patrones de participación laboral y se estimó la concentración laboral por edad, a fin de identificar nichos que permiten la continuidad laboral de los adultos mayores en contextos de alto desempleo, inseguridad laboral, cambios tecnológicos y mejoras en la educación de los trabajadores más jóvenes.

Entre los varones de 60 y más años argentinos que no había completados estudios de nivel medio era mayor la concentración en las ocupaciones directivas de pequeñas y microempresas y entre las mujeres mayores con la misma escolaridad se destaca la concentración en las ocupaciones del cuidado y la atención de personas. Por su parte, los adultos mayores brasileños de menor escolaridad estaban sobrerrepresentados entre los trabajadores agropecuarios, destacándose también la sobrerrepresentación femenina entre las trabajadoras de la atención al público y las comunicadoras artistas y religiosas.

Es destacable el nivel de concentración de los adultos mayores metropolitanos brasileños entre los trabajadores agropecuarios y posiblemente se vincule con las limitaciones para acceder a los beneficios previsionales o a la insuficiencia de estos.

Se destacó el mayor nivel de concentración laboral de los adultos mayores brasileños, especialmente de las mujeres con escolaridad muy baja y baja, que puede atribuirse a la profunda brecha en los niveles de escolaridad entre generaciones, diferencia aún más pronunciada que la existente entre los trabajadores urbanos argentinos de diferentes edades.

Además de la menor amplitud de las brechas educativa entre generaciones, el menor nivel de concentración laboral de los adultos mayores argentinos, podría estar asociado con la mayor antigüedad del proceso de envejecimiento demográfico general y de la fuerza de trabajo en particular, observable en la mayor proporción de adultos mayores en el total de ocupados residentes en áreas urbanas argentinas.

Por otra parte, la mayor concentración laboral de las mujeres mayores brasileñas de menor escolaridad sugiere la existencia de factores asociados al prejuicio y la discriminación por edad, que las afectan en mayor medida que a los varones.

El estudio de la concentración laboral es un primer paso para determinar situaciones de segregación laboral de los trabajadores de mayor edad y de las diferencias salariales y de condiciones de trabajo asociadas.

Este artículo intentó discutir las tendencias y algunas de las consecuencias del crecimiento de la participación laboral de los adultos mayores en dos mercados laborales sudamericanos con diferentes estructuras productivas, niveles de envejecimiento demográfico, cobertura previsional y escolaridad de la fuerza de trabajo. De este modo espera contribuir a consolidar un campo de estudios emergente en Latinoamérica, producto de la postergación de la salida de los adultos mayores del mercado laboral.

Anexo

Tabla A1. Varones con nivel de instrucción muy bajo y bajo. Distribución ocupacional según edad (%) Parámetros Vj. Argentina (aglomerados urbanos), 2011

<i>Ocupaciones</i>	<i>Edad</i>		<i>Total</i>	<i>Parámetros Vj</i>
	<i>Hasta 59</i>	<i>60 y más</i>		
de la construcción edilicia y de obras de infraestructura	24.8	18.3	24.1	0.1
de la producción industrial y artesanal	14.3	15.4	14.4	0.0
del transporte	12.8	10.5	12.5	0.1
de la comercialización directa	7.8	12.0	8.3	0.1
de los servicios de limpieza no domésticos	5.7	7.5	5.9	0.0
de la reparación de bienes de consumo	5.2	3.8	5.1	0.1
Directivos de pequeñas y microempresas	3.0	8.1	3.5	0.9
del almacenaje de insumos, materias primas, mercaderías	3.5	3.0	3.5	0.1
de los servicios sociales varios	2.7	3.1	2.7	0.0
Ocupaciones de los servicios de vigilancia y seguridad civil	2.7	1.9	2.6	0.2
Total en ocupaciones seleccionadas (%)	81.6	83.9	81.9	
Total por grupos de edad	2,579,429	331,457	2,910,886	

Fuente: INDEC EPH. Cuarto trimestre de 2011

Tabla A2. Mujeres con nivel de instrucción muy bajo y bajo. Distribución ocupacional según edad (%) Parámetros Vj. Argentina (aglomerados urbanos), 2011

<i>Ocupaciones</i>	<i>Edad</i>		<i>Total</i>	<i>Parámetros Vj</i>
	<i>Hasta 59</i>	<i>60 y más</i>		
de los servicios domésticos	34.4	30.5	33.9	0.0
de la comercialización directa	14.0	25.7	15.4	0.5
de los servicios de limpieza no domésticos.	13.4	6.9	12.6	0.3
de la producción industrial y artesanal	8.3	4.0	7.8	0.4
del cuidado y la atención de las personas	4.6	11.4	5.5	1.0
de servicios gastronómicos	5.5	4.2	5.4	0.0
de la gestión administrativa, planificación y control	3.4	2.3	3.3	0.1
de la comercialización ambulante y callejera	2.1	1.2	2.0	0.2
de la salud y sanidad	2.0	1.5	1.9	0.0
Directivos de pequeñas y microempresas	1.6	2.1	1.6	0.2
Total en ocupaciones seleccionadas (%)	89.3	89.7	89.4	
Total por grupos de edad	1,224,818	174,488	1,399,306	

Fuente: INDEC EPH. Cuarto trimestre de 2011

Tabla A3. Varones con nivel de instrucción medio y alto. Distribución ocupacional según edad (%) Parámetros Vj. Argentina (aglomerados urbanos), 2011

<i>Ocupaciones</i>	<i>Edad</i>		<i>Total</i>	<i>Parámetros Vj</i>
	<i>Hasta 59</i>	<i>60 y más</i>		
de la comercialización directa	11.7	16.4	12.0	0.0
de la gestión administrativa, planificación control	11.5	10.8	11.4	0.1
de la producción industrial y artesanal	9.5	6.2	9.3	0.4
de la construcción edilicia y de obras de infraestructura	8.5	7.3	8.4	0.1
del transporte	6.3	5.2	6.2	0.1
de la gestión presupuestaria, contable y financiera	5.3	7.2	5.5	0.0
de la educación	4.7	4.5	4.7	0.0
Directivas de pequeñas y microempresas	3.9	7.2	4.2	0.2
de la salud y sanidad	3.6	4.8	3.6	0.0
Directivas de medianas empresas privadas	2.5	7.3	2.8	0.8
Total en ocupaciones seleccionadas (%)	67.5	76.8	68.2	
Total por grupos de edad	3,197,104	269,178	3,466,282	

Fuente: INDEC EPH. Cuarto trimestre de 2011

Tabla A4. Mujeres con nivel de instrucción medio y alto. Distribución ocupacional según edad (%) Parámetros Vj. Argentina (aglomerados urbanos), 2011

<i>Ocupaciones</i>	<i>Edad</i>		<i>Total</i>	<i>Parámetros Vj</i>
	<i>Hasta 59</i>	<i>60 y más</i>		
de la educación	16.3	13.6	16.1	0.0
de la gestión administrativa, planificación y control	16.0	18.9	16.1	0.0
de la comercialización directa	13.0	10.8	12.9	0.0
de la salud y sanidad	8.7	15.2	9.1	0.3
de la gestión presupuestaria, contable y financiera	8.5	5.3	8.3	0.2
de los servicios domésticos	6.3	7.3	6.4	0.0
de la producción industrial y artesanal	4.7	3.7	4.6	0.0
de servicios gastronómicos	3.1	3.1	3.1	0.0
de los servicios de limpieza no domésticos	2.7	1.6	2.6	0.2
Directivos de pequeñas y microempresas	2.5	4.1	2.6	0.3
Total en ocupaciones seleccionadas (%)	81.8	83.8	81.9	
Total por grupos de edad	2,869,123	176,875	3,045,998	

Fuente: INDEC EPH. Cuarto trimestre de 2011

Tabla A5. Varones con nivel de instrucción muy bajo y bajo. Distribución ocupacional según edad (%) Parámetros Vj. Brasil (áreas metropolitanas), 2011

<i>Ocupaciones</i>	<i>Edad</i>		<i>Total</i>	<i>Parámetros Vj</i>
	<i>Hasta 59</i>	<i>60 y más</i>		
Trabajadores de la industria extractiva y de la construcción civil	23.5	21.5	23.3	0.0
Trabajadores de los servicios	20.2	18.9	20.1	0.0
Trabajadores de las funciones transversales	13.2	12.7	13.2	0.0
Vendedores y prestadores de servicios del comercio	10.9	11.8	11.0	0.0
Trabajadores de la transformación de metales y de compuestos	4.9	5.1	4.9	0.0
Trabajadores de reparación y mantenimiento mecánica	3.8	4.2	3.9	0.0
Oficinistas	3.8	2.0	3.6	0.5
Gerentes	1.9	3.8	2.0	0.4
Trabajadores en la exploración agropecuaria	1.7	4.6	1.9	0.9
Trabajadores de las industrias textiles, de la curtiembre, del vestuario y de las artes gráficas	1.8	1.3	1.8	0.2
Total en ocupaciones seleccionadas (%)	85.7	85.9	85.7	
Total por grupos de edad	2,579,429	331,457	2,910,886	

Fuente: IBGE PNAD 2011

Tabla A6. Mujeres con nivel de instrucción muy bajo y bajo. Distribución ocupacional según edad (%) Parámetros Vj. Brasil (áreas metropolitanas), 2011

<i>Ocupaciones</i>	<i>Edad</i>		<i>Total</i>	<i>Parámetros Vj</i>
	<i>Hasta 59</i>	<i>60 y más</i>		
Trabajadoras de los servicios	61.1	49.7	60.2	0.3
Vendedoras y prestadoras de servicios del comercio	15.0	17.3	15.2	0.0
Trabajadoras de las industrias textiles, de la curtiembre, del vestuario y de las artes gráficas	7.1	12.7	7.6	0.1
Oficinistas	3.4	1.9	3.3	0.8
Trabajadoras de atención al público	3.1	1.1	2.9	1.8
Trabajadoras en la explotación agropecuaria	1.5	6.2	1.9	1.3
Gerentes	1.6	1.1	1.5	0.4
Comunicadoras, artistas y religiosas	0.8	2.7	1.0	0.7
Trabajadoras de la fabricación de alimentos, bebidas y tabaco	0.9	1.1	0.9	0.0
Trabajadoras de las funciones transversales	0.9	0.8	0.9	0.0
Total en ocupaciones seleccionadas (%)	94.6	95.4	94.7	
Total por grupos de edad	1,224,818	174,488	1,399,306	

Fuente: IBGE PNAD 2011

Tabla A7. Varones con nivel de instrucción medio y alto. Distribución ocupacional según edad (%) Parámetros Vj. Brasil (áreas metropolitanas), 2011

<i>Ocupaciones</i>	<i>Edad</i>		<i>Total</i>	<i>Parámetros Vj</i>
	<i>Hasta 59</i>	<i>60 y más</i>		
Trabajadores de los servicios	11.3	5.2	11.0	0.2
Vendedores y prestadores de servicios del comercio	10.0	7.1	9.9	0.0
Oficinistas	10.1	4.3	9.9	0.3
Trabajadores de las funciones transversales	7.4	5.8	7.3	0.0
Gerentes	6.7	8.1	6.8	0.3
Técnicos de nivel medio en las ciencias administrativas	5.1	10.0	5.3	1.0
Técnicos de nivel medio de las ciencias físicas, químicas, ingeniería y afines	5.1	2.5	5.0	0.1
Trabajadores de la industria extractiva y de la construcción civil	4.9	3.1	4.8	0.0
Profesionales de las ciencias exactas, físicas y la ingeniería	4.3	5.0	4.3	0.3
Trabajadores de la transformación de metales y de compuestos	3.9	1.4	3.8	0.5
Total en ocupaciones seleccionadas (%)	68.9	52.5	68.1	
Total por grupos de edad	8,398,776	401,476	8,800,252	

Fuente: IBGE PNAD 2011

Tabla A8. Mujeres con nivel de instrucción medio y alto. Distribución ocupacional según edad (%) Parámetros Vj. Brasil (áreas metropolitanas), 2011

<i>Ocupaciones</i>	<i>Edad</i>		<i>Total</i>	<i>Parámetros Vj</i>
	<i>Hasta 59</i>	<i>60 y más</i>		
Trabajadoras de los servicios	16.6	13.5	16.5	0.0
Oficinistas	14.4	11.5	14.3	0.0
Vendedoras y prestadoras de servicios del comercio	14.3	7.3	14.1	0.3
Profesionales de la enseñanza con formación de nivel superior	8.9	19.9	9.2	0.8
Trabajadores de atención al público	8.6	3.0	8.5	0.9
Profesionales de las ciencias sociales y humanas	4.8	3.9	4.8	0.0
Gerentes	4.8	5.0	4.8	0.0
Técnicas de nivel medio de las ciencias biológicas, bioquímicas, de la salud y afines	3.9	4.6	4.0	0.1
Profesionales de las ciencias biológicas, de la salud y afines	3.8	5.8	3.9	0.3
Técnicos de nivel medio en las ciencias administrativas	3.8	3.3	3.8	0.0
Total en ocupaciones seleccionadas (%)	84.0	77.7	83.8	
Total por grupos de edad	7,972,653	234,795	8,207,448	

Fuente: IBGE PNAD 2011

Bibliografía

- Agencia Nacional de Seguridad Social ANSES (2013), <<http://www.anses.gob.ar/jubilados-pensionados/movilidad-jubilatoria-337>>
- Alós, M. *et al.* (2008), «Participation of seniors in the Argentinean labor market: an option value model», *International Social Security Review*, Geneva, v.61, n.4, p.25-49, oct.2008. Disponible en: <<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1468-246X.2008.00322.x/full>>. Versión en castellano «Participación de los adultos mayores en el mercado laboral argentino: un modelo de valor de opción». Disponible en: <<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1752-1734.2008.00322.x/full>>, acceso, 27 de septiembre de 2013.
- Bertranou, F. M. (coord.) (2006), *Envejecimiento, empleo y protección social en América Latina*. Santiago de Chile: OIT, 2006. Disponible en: <<http://www.oitchile.cl/pdf/pro022.pdf>>, acceso, 27 de septiembre de 2013.
- (2001), «Empleo, retiro y vulnerabilidad socioeconómica de la población adulta mayor en la Argentina», *Serie fondo de investigaciones. Informes de la línea de investigaciones*, Buenos Aires: INDEC, 2001. Disponible en: <<http://www.indec.gov.ar/mecoviargentina/Bertranou.pdf>>, acceso, 27 de septiembre de 2013
- Cetrángolo O., Grushka C. y Casanova L. (2012), «Más allá de la privatización y la reestatización del sistema previsional de Argentina: cobertura, fragmentación y sostenibilidad», *Desarrollo Económico* n.º 205. ISSN 0046-001X, vol. 52, abril-junio de 2012
- Birgin, H. y Pautassi, L. (2002), *La perspectiva de género en la reforma previsional*. Santiago de Chile: Cepal, 2000. Disponible en: <http://www.eclac.cl/mujer/proyectos/pensiones/publicaciones/word_doc/birgin-pautassi.pdf>, acceso, 27 de septiembre de 2013.
- Bravo Almonacid F. (2011) «Políticas sociales para la vejez. Un análisis de caso», ponencia presentada a las XI Jornadas Argentinas de Estudios de Población, Ciudad de Neuquén, 21-23, de septiembre de 2011. Disponible en <<http://www.redaepa.org.ar/jornadas/xijornadas/sesiones/S21/s21bravoalmonacid.pdf>>
- Calabria A. y Calero A. (2011) «Políticas de inclusión social para los grupos etarios más vulnerables: plan de inclusión previsional y asignación universal por hijo para protección social», ponencia presentada en las XI Jornadas Argentinas de Estudios de Población, Ciudad de Neuquén, 21-23 de septiembre. Disponible en <<http://www.redaepa.org.ar/jornadas/xijornadas/sesiones/S21/s21calabria.pdf>>.
- Camarano, A. (2001), «O idoso brasileiro no mercado de trabalho (2001)» *Texto para Discussão N. 830*, Río de Janeiro, IPEA, 2001.
- CEPAL-CEPALSTAT (2010), «Bases de datos y Publicaciones Estadísticas», Comisión Económica para América Latina y el Caribe. CEPAL. Disponible en <http://estadisticas.cepal.org/cepalstat/WEB_CEPALSTAT/perfilesNacionales.asp?idioma=e>
- Coile, C. y Gruber, J. (2000) «Social Security and Retirement», *National Bureau of Economic Research Working Paper 7830*, Cambridge, 2000. Disponible en: <<http://www.nber.org/papers/w7830>>, acceso, 27 de septiembre de 2013.
- Dorn, D. y Sousa-Poza, A. (2005), «Jubilación anticipada: ¿Libre elección o decisión forzada?». (*Trabajo de CESIFO* en papel n.º 1542 categoría 4: los mercados de trabajo). Disponible en: <<http://www.SSRN.com/Abstract=83148>>, acceso, 27 de septiembre de 2013.
- Guzmán J. M. (2002), «Envejecimiento y desarrollo en América Latina y el Caribe», Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Po-

- blación, Población y desarrollo 28. Santiago de Chile, mayo de 2002. Disponible en <<http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/10364/serie28.pdf>>
- IBGE (2011), «Microdatos PNAD 2011», Río de Janeiro, 2011.
- Marri, I., Wajnman, S., y Andrade, M. (2012), «Previdência social, renda e gênero: simulações para aposentados e pensionistas no Brasil» en: Redondo, N. y Garay, S. (coord.). *El envejecimiento en América Latina: evidencia empírica y cuestiones metodológicas*. Río de Janeiro: ALAP, 2012. (Serie Investigaciones, n.º 13), acceso, 27 de septiembre de 2013.
- Ministerio da Previdência (2013), «Aposentadoria por tempo de contribuição». Disponible en <<http://www.previdencia.gov.br/conteudoDinamico.php?id=19>>, acceso, 27 de septiembre de 2013
- Oliveira A. M. H. C de (2003), «A concentração ocupacional por gênero e seus efeitos sobre os salários no Brasil», en Wajnman, S. y Machado, A.F. (orgs.) *Mercado de Trabalho. uma análise a partir das pesquisas domiciliares no Brasil*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2003.
- (1998), «Indicadores da Segregação ocupacional por sexo no Brasil», XI Encontro Nacional de Estudos Populacionais. ABEP.
- Paz, J. (2010), «Envejecimiento y empleo en América Latina y el Caribe», *Documento de Trabajo* n.º 56, Santiago de Chile, OIT, 2010. Disponible en: <http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/-ed_emp/emp_policy/documents/publication/wcms_140847.pdf>, acceso, 27 de septiembre de 2013.
- Popolo, F. D. (2001), *Características sociodemográficas y socioeconómicas de las personas de edad en América Latina*, Santiago de Chile: CELADE/División de población, 2001. (Serie Población y Desarrollo, 19). Disponible en: <<http://www.eclac.org/publicaciones/xml/9/9259/LCL1640.pdf>>, acceso, 27 de septiembre de 2013.
- Sala G. (2012), «Cobertura previsional, empleo y desempleo entre los adultos mayores argentinos» en *Revista latinoamericana de Población: Asociación Latinoamericana de Población*. Año 6, n.º 11, julio-diciembre, 2012. ISSN 2175-8581 Río de Janeiro. Brasil. Disponible en <http://www.alapop.org/2009/images/stories/alap/relap11/relap_11_04.pdf>, acceso, 27 de septiembre de 2013.
- Stock, J. and Wise, A (1990), «Pensions, the option value of work, and retirement», *Econometrica*, Chicago, vol. 58, n.º 5, pp.1151-1180, sep./1990. Disponible en: <<http://www.jstor.org/stable/2938304>>, acceso, 27 de septiembre de 2013.
- Wajnman, S. y Oliveira M. H. C y Oliveira E.L (1999) «A atividade econômica dos idosos no Brasil» en Camarano (org.) *Muito além dos 60. Os novos idosos brasileiros*: IPEA Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada, Río de Janeiro.
- Wajnman, S. y Menezes-Filho, N. (2003), «Os efeitos da mudança demográfica sobre a desigualdade de rendimentos no Brasil» en Wajnman, S. y Machado, A. F. (orgs.). *Mercado de trabalho: uma análise a partir das pesquisas domiciliares no Brasil*. Belo Horizonte: Editora UFMG.
- World Bank. Argentina (2007), *Facing The Challenge Of Ageing and Social Security*. Washington, 2007. (Report, n.34154-AR). Disponible en: <http://www-wds.worldbank.org/external/default/WDSContentServer/WDSP/IB/2007/05/03/000020953_20070503090948/Rendered/PDF/341540AR.pdf>, acceso, 27 de septiembre de 2013.

Reproducción social estratificada: el trabajo doméstico remunerado en México y la interacción entre mujeres de estratos medios y populares

Georgina Rojas García¹
Mónica Toledo González²

Resumen

En esta investigación, de carácter cualitativo, tenemos dos objetivos entrelazados. Por un lado examinar las maneras en que las mujeres resuelven o hacen compatibles sus responsabilidades domésticas y las extradomésticas. Y por otro lado, nos interesa analizar las relaciones que se establecen entre dos grupos de mujeres: las que compran fuerza de trabajo para realizar tareas de trabajo doméstico —empleadoras— y aquellas que venden su fuerza de trabajo para realizar dichas actividades, es decir, las empleadas domésticas. Proponemos explorar la importancia que reviste el trabajo doméstico remunerado en la interacción de ambos grupos de mujeres y cómo a través de tal actividad se reproducen las relaciones de género y las posiciones de clase. Retomamos el concepto de «reproducción estratificada» (Colen 1989 y 1995), que se refiere a las maneras diferenciadas en las que se resuelven las tareas de reproducción física y social, con base en las desigualdades de clase, raza, pertenencia étnica o género. En nuestro análisis incluimos dos diferenciadores fundamentales que explican esta reproducción estratificada: el género y la clase social.

Palabras clave: Trabajo doméstico remunerado, participación femenina en la fuerza de trabajo, interrelación entre género y clase social, reproducción social estratificada, mujeres de sectores medios y mujeres de sectores populares.

Abstract

This qualitative research has two intertwined goals. On the one hand, we examine the ways in which women reconcile domestic with extra-domestic duties. On the other, we analyze the relationships between two groups of women: those who buy domestic labor —employers— and those who sell it-domestic workers. We explore the importance of paid domestic work in interactions between the two groups of women and the way domestic work reproduces both gender relations and class status. We draw on the concept of «stratified reproduction» (Colen 1985 and 1995), which refers to different ways of carrying out physical and social reproduction rooted in class, race, ethnic, and gender inequalities. Our analysis we include two fundamental differentiators that explain the stratified reproduction: gender and social class.

Keywords: Paid domestic work, women's participation in the labor force, interrelationship between gender and social class; stratified reproduction, middle- and working-class women.

-
- 1 Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (México), gina_rg2002@yahoo.com.mx.
 - 2 Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano, Universidad Autónoma de Tlaxcala (México), monica_tg@hotmail.com.

Introducción

Se ha llamado la atención sobre una característica de las mujeres trabajadoras que ha acompañado a la creciente participación femenina en las actividades económicas en las últimas décadas ha sido concomitante con la obsolescencia del perfil tradicional de la mujer trabajadora: joven, hija de familia que entraba al mercado de trabajo antes de unirse en pareja y salía del mismo al contraer matrimonio o tener hijos, es asunto del pasado (García y Oliveira 1994; Bayón *et al.*, 2002; Pedrero, 2003; García, 2007; Rendón 2008). Pero a pesar de la creciente participación económica femenina y su permanencia en la fuerza de trabajo, se ha reportado también que poco han cambiado los márgenes de relativa autonomía de la mujer frente al esposo, por lo que persiste la identificación social del espacio privado o la esfera de la domesticidad como ámbito eminentemente femenino (Benería y Roldán, 1992; García y Oliveira 1994; Wainerman, 2000, Ariza y Oliveira, 2001).

Las repercusiones de lo anterior tienen que ver, al menos, con la necesaria búsqueda de la mujer de hacer compatibles su participación en la fuerza de trabajo y el cumplimiento de las responsabilidades domésticas que le han sido socialmente adjudicadas, que ella asume y, además, reproduce.

En este trabajo argumentamos que, con base en el reconocimiento de las obligaciones morales de las mujeres, dadas por los roles tradicionales de género —que históricamente ha asignado a las mujeres las responsabilidades de esposa, madre y ama de casa— ellas establecen arreglos que les permiten primeramente cumplir con sus compromisos domésticos y, a partir de ahí, participan en el trabajo extradoméstico. La elección de estos arreglos depende de la posición dentro de la estructura social donde se ubiquen las mujeres.

Tenemos dos objetivos entrelazados, por un lado examinar las maneras en que las mujeres resuelven o hacen compatibles sus responsabilidades domésticas y las que han adquirido en la esfera extradoméstica. Y por otro lado, nos interesa analizar las relaciones que se establecen entre dos sectores de mujeres: las que compran fuerza de trabajo para realizar tareas de trabajo doméstico —empleadoras— y aquellas que venden su fuerza de trabajo para realizar dichas actividades, es decir, las empleadas domésticas.

Proponemos explorar la importancia que reviste el trabajo doméstico remunerado (TDR) para develar cómo mujeres de diferentes estratos socioeconómicos logran la integración de sus tareas domésticas y extradomésticas y cómo se reproducen las relaciones de género y las posiciones de clase. A partir de la información empírica que se pre-

senta, proponemos el eje analítico de la «reproducción estratificada» (Colen 1989 y 1995) que se refiere a las maneras diferenciadas en las que se resuelven las tareas de reproducción física y social, con base en desigualdades de clase, raza, pertenencia étnica o género. En nuestro análisis incluimos dos diferenciadores fundamentales que explican esta reproducción estratificada: el género y la clase social.

Enfatizamos que el hecho de que sean dos mujeres quienes establecen esta relación directa, a partir del nexo laboral, responde a las construcciones de género que asignan a las mujeres una posición de subordinación dentro de los sistemas sociales. Las relaciones de género, de acuerdo con Bastos (2007) implican alteridad y jerarquía, igualmente, agregamos, las de clase social. La empleadora según su socialización en la familia de origen y reforzada por la práctica diaria aprende a «llevar la batuta»; la empleada, frente al limitado espectro de posibilidades de trabajo, asume que su posición es la de «un burrito de carga», en palabras de las propias participantes en el estudio.

Si bien el concepto de reproducción social, debe ser desglosado en diferentes «reproducciones» como señala Narotzky (2004), en este trabajo nos centramos en lo que la autora denomina «reproducción de la fuerza de trabajo»³. Esta incluye las tareas tendientes al mantenimiento cotidiano de los trabajadores y a la «distribución de los agentes en posiciones dentro del proceso laboral en el transcurso del tiempo» (Narotzky, 2004: 227, cita a Edholm, *et al.*, 1977: 105). Es decir, siguiendo a la autora, la reproducción abarca al trabajo doméstico que implica la transformación de mercancías en valores de uso consumibles, así como la socialización y la ubicación de «las personas en referencia a los medios de producción y a los medios de subsistencia» (Narotzky, 2004: 227).

¿Cómo entonces llevan a cabo las mujeres de diferentes estratos socioeconómicos sus tareas cotidianas necesarias para la reproducción social?

Nos hemos propuesto presentar las voces de la empleada y la empleadora, es decir, las dos partes que establecen esta relación laboral. En el país, al igual que en otras latitudes, son escasos los estudios que abordan las interacciones entre empleadas domésticas y empleadoras. El debate se ha centrado sobre todo en las condiciones macroestructurales como la clase, la pertenencia étnica y la racialización, que inciden en la configuración del mercado de trabajo. De la misma

3 Narotzky la diferencia de la «reproducción social» (que es propiamente la reproducción del sistema capitalista en términos marxistas) y de la reproducción biológica (Narotzky, 2004: 227).

forma, se han explorado con mayor énfasis características y experiencias de las trabajadoras, y se deja de lado la interacción entre ambas participantes.

Para develar las interacciones que ocurren al interior de este empleo, la propuesta fue integrar las voces de las dos personas que deciden iniciar y mantener una relación de trabajo. Si bien inicialmente se buscó tener como unidades de análisis a la díada (empleada y empleadora unidas por una relación laboral), no resultó metodológicamente viable. Se hizo un seguimiento de una díada, pero la trabajadora supuso que la entrevistadora era amiga de su patrona y solo se obtuvo información escueta y respuestas monosilábicas. En razón de estos posibles sesgos se optó por captar información de ambas, las empleadas y las empleadoras, pero que no formaran una mancuerna.

La información sobre la que se basa este texto es de carácter cualitativo; fue recopilada en el período que comprende de junio de 2010 a julio de 2011. Si bien la información fue captada en campo a través de diferentes herramientas, como observación participante, elaboración de genealogías o el diario de campo, la principal fuente de información utilizada son entrevistas semiestructuradas y a profundidad a 34 empleadas domésticas y 38 empleadoras en las ciudades de México y Tlaxcala.

El criterio de inclusión de las empleadas fue que trabajaran en el momento de la investigación o que hubieran laborado como empleadas domésticas (que tuvieran menos de tres años sin ejercer esa actividad). Las empleadoras participantes fueron las mujeres que contrataran empleadas domésticas (que tuvieran menos de un año sin empleada). Cabe aclarar que la modalidad de trabajo (de planta o de entrada por salida)⁴ no constituyó un filtro para la selección de las participantes, pues se encontró que algunas mujeres han desarrollado y han contratado ambas modalidades a lo largo de sus trayectorias.

El análisis de la información que proponemos se apega a los lineamientos de la teoría fundamentada (*grounded theory*), la cual tiene como premisa básica hallar teoría en los datos, es decir, crear conceptos y teorías a partir de los datos recolectados en el campo y no del marco teórico construido a priori⁵ (Atkinson, 2003).

4 Existen dos modalidades del TDR: «De entrada por salida», es decir, las empleadas que no viven en la casa de los empleadores, y las «de planta», quienes habitan en el lugar donde laboran.

5 Para algunos representantes de esta perspectiva la teoría es una descripción de un patrón que se encuentran en los datos (Auerbach y Silverstein, 2003: 31)

En la sección siguiente dedicamos un apartado a examinar el debate sobre el contexto de segregación laboral en que se ha registrado la mayor participación económica femenina y enmarcamos la importancia del trabajo doméstico remunerado ofreciendo algunas cifras de sus niveles y tendencias en México. Posteriormente describimos en forma breve los lugares en que se llevó a cabo la investigación de campo y proporcionamos información sociodemográfica básica de las empleadas domésticas y empleadoras participantes en el estudio. En las secciones siguientes discutimos el papel del trabajo doméstico remunerado en torno a la integración de las tareas domésticas y extradomésticas de las mujeres, así como en la reproducción estratificada. Después ofrecemos nuestros comentarios finales.

Mayor participación económica femenina en un contexto de segregación laboral

La mayor participación económica femenina a partir de la década de los ochenta ha sido una de las principales tendencias identificadas no solo en México, sino también para la región latinoamericana y en otros lugares en el mundo (véase, entre otros, Standing, 1989; Rendón y Salas 1993; García, Blanco y Pacheco 2000; Galin y Pautassi, 2001).

En una revisión breve de las tendencias de la participación femenina en México desde mediados del siglo pasado, se ha estimado (García y Oliveira (1997) citan a Morelos (1972)) que en 1950 solo 13% de las mujeres de 12 años o más se declaraba como económicamente activa y hacia 1970, la cifra llegó a 16%. Hasta 1970, de acuerdo con las autoras, la todavía limitada presencia femenina en el mercado iba acompañada del perfil de la mujer trabajadora joven y soltera, pues el grupo de edad con mayor participación era el de 15 a 24 años. Si bien la entrada femenina a la fuerza de trabajo creció durante la década de los setenta (en 1979 la tasa de participación era de 21.5%) y aumentó la presencia de mujeres de otros grupos de edad, García y Oliveira dejan ver que aún no se consolidaba el cambio del perfil de la trabajadora, pues la mayor participación se observaba entre las mujeres solteras y de quienes estuvieron alguna vez unidas, separadas, viudas y divorciadas.

García y Oliveira (1997) destacan lo que ha sido confirmado por diferentes fuentes: fue entonces en la década de los ochenta que no solo se aceleró la participación de la mujer en la esfera laboral, sino que esta vino acompañada del cambio de rostros y trayectorias previas. En 1991, de acuerdo con las cifras de las autoras, la tasa de partici-

pación femenina fue de 31.5% y era el grupo de edad de 35-39 años en que presentaba la tasa más alta; pero hacia 1995 se ampliaba el espectro de edades, pues las mujeres de entre 25 y 39 años tenían las tasas más elevadas. Se ha documentado entonces (García y Oliveira 1994 y 1997; Bayón *et al.*, 2002; Pedrero, 2003; Rendón 2008) que las mujeres han incrementado su participación económica y que no abandonan el mercado de trabajo al contraer responsabilidades domésticas, tales como el matrimonio y la crianza de los hijos.

Esta tendencia se ha consolidado plenamente, pues para el año 2000, la tasa de participación femenina, de acuerdo con García (2010) fue de 36%; para el presente año (2013) alcanzó el 43.3%⁶. Siguiendo los datos de Rojas y Salas (2010), en 2009, en los grupos de edad de 25 a 44 años, las mujeres reportaban tasas de participación por arriba del 60%; asimismo, la tasa de crecimiento anual de la participación económica de las mujeres entre 2000 y 2009 fue del 3.5%, es decir, considerablemente más acelerada que la de los hombres, pues para ellos, tal cifra fue 1.9% en ese período.

Ahora bien, ¿cuál es el contexto en que ha presentado la mayor participación económica femenina? En la literatura producida a lo largo de las últimas décadas, se percibe una constante preocupación por las condiciones de inequidad en que se insertan las mujeres al mercado. Una de las manifestaciones de tal desigualdad es la segregación laboral por género (véase por ejemplo, England, 1992).

La segregación laboral se puede expresar a través de la diferencial distribución de hombres y mujeres en las ramas de actividad y las ocupaciones, así como por medio de los ingresos recibidos por su actividad (Rendón, 2008). El origen de esta segregación puede encontrarse en la existencia de características sociales que distinguen a hombres y mujeres y que determinan la categoría de género, haciendo que ciertas actividades sean consideradas como «masculinas» o «femeninas», según sea el caso. Las mujeres han tendido a concentrarse en actividades socialmente consideradas más «femeninas», que consisten básicamente en la provisión de cuidados hacia otros, las mujeres tienden a ocupar puestos más bajos que los hombres en la jerarquía ocupacional y, en general, perciben ingresos inferiores a los de su contraparte masculina⁷ (Pedrero, Rendón y Barrón, 1997; Pedrero, 2003; Rendón, 2008).

Al examinar la existencia de tal segregación en México, Pedrero (2003) encontró que el 98% de las mujeres se concentra en 10 de los

6 Cálculos propios con base en la ENOE, segundo trimestre.

7 En general, las mujeres reciben un 20% de ingresos menos que los hombres (Pedrero y Rendón, 2008).

grandes grupos ocupacionales en que convencionalmente se clasifica a la fuerza de trabajo, a saber:

profesionales, técnicos, trabajadores de la educación, directivos, artesanos y obreros, trabajadores administrativos, comerciantes, vendedores ambulantes, trabajadores en servicios personales y trabajadores en servicios domésticos (Pedrero, 2003: 746).

Esta distribución se explica, de acuerdo con la autora, no solo por la tendencia de las mujeres a efectuar actividades reconocidas como femeninas, sino porque las trabajadoras tienen un perfil que difiere del de los hombres. Por ejemplo, mientras casi la totalidad de los hombres en edades centrales reporta que el trabajo es su ocupación principal, no sucede lo mismo con las mujeres.

Entre las principales razones de las tasas de participación más bajas de las mujeres se encuentra el hecho de que las mujeres asumen como propias «la responsabilidad de la crianza de los hijos, la gerencia del hogar y, en la mayoría de los casos, el trabajo doméstico» (Pedrero, 2003: 738). En los hechos esto las obliga a priorizar y —como es socialmente esperado y la mujer tiende a hacerlo— antepone su responsabilidad doméstica a lo demás, de modo que su participación en las actividades económicas no alcanza los niveles de la fuerza de trabajo masculina.

¿Cómo logran las mujeres hacer compatibles su participación en la fuerza de trabajo y sus responsabilidades domésticas? Pedrero enumera las siguientes posibilidades:

En ocasiones, ambos papeles (de trabajadora y ama de casa/madre) se cumplen simultáneamente, como en el caso del trabajo a domicilio (que abarca 18%), el de quienes se llevan sus hijos al trabajo (vendedoras ambulantes), las que se apoyan en redes sociales (principalmente familiares), o recurren al mercado para cubrir parcialmente su papel «no económico». Quienes cuentan con mayores posibilidades de recurrir al mercado de trabajo son aquellas con mayor escolaridad, posiblemente porque tienen acceso a empleos con la prestación social de guarderías o porque sus propios ingresos les permiten contratar los servicios que suplen el trabajo doméstico (Pedrero, 2003: 743-744).

En esta investigación enfatizamos la importancia de examinar el papel que juega el trabajo doméstico remunerado (TDR) como uno de los posibles arreglos a los que recurren mujeres de estratos socioeconómicos medios para conciliar sus responsabilidades domésticas. Así, esta relación laboral la establecen, por una parte, una mujer que contrata a otra para que la supla y, por otro lado, una mujer que realiza dicha tarea específica, que le permite obtener ingresos.

La relevancia del trabajo doméstico remunerado

El trabajo doméstico remunerado (TDR) es aquella actividad laboral en la que se efectúan procesos de compra y venta de mano de obra para labores de reproducción cotidiana. Es también una de las ocupaciones más emblemáticas de la segregación laboral por género, pues en México la gran mayoría de las trabajadoras domésticas son mujeres (91.9% en 2012).

El TDR es una actividad laboral que se ha reestructurado en el transcurso del tiempo. En el período contemporáneo, durante las décadas de crecimiento acelerado en diversos países latinoamericanos⁸, se llamó la atención sobre las migraciones del campo a la ciudad y se destacó al trabajo doméstico como una de las vías por las que la mujer —mayoritariamente soltera, joven, migrante reciente— se insertaba a la ciudad y al mercado de trabajo urbano (Arizpe, 1975; Jelin, 1977; Muñoz, Oliveira y Stern, 1977). En años más recientes se ha destacado la inserción de mujeres migrantes de los países periféricos a los países del centro, de ahí que se ha propuesto la existencia de un nuevo orden mundial doméstico (Hochschild, 2001; Sassen, 2010; Colen, 1995; Anderson, 2000; Russell, 2001; Hondagneu-Sotelo, 2007; y Ariza, 2004 y 2010).

El trabajo doméstico, siguiendo a Pedrero (2004), varía según el grado de desarrollo de una sociedad porque implica, por ejemplo, la disposición de infraestructura o la existencia en el mercado de productos que permiten resolver las necesidades domésticas, y también varía de acuerdo con las características del hogar. En este sentido, dependiendo del tamaño del hogar y de la etapa del ciclo vital en que se encuentre la familia, se requerirá trabajo doméstico más o menos intensivo.

El desglose de las tareas domésticas —remuneradas o no— de acuerdo con Pedrero (2004) y Wainerman (2000), puede ser el siguiente:

- 1 Limpieza y arreglo de la vivienda: barrer, trapear, sacudir, lavar pisos, ventanas, puertas; tendido de camas, aseo de cuartos; lavar, tender y doblar ropa.
- 2 Alimentación: planeación de la comida, preparación, servir la comida y limpieza de utensilios.
- 3 Cuidado de niños, enfermos y ancianos: Hacia los niños, educación, salud, higiene, alimentación, conducta, vigilancia; a los enfermos dar medicamentos, higiene, alimentación, compañía; y hacia los enfermos o discapacitados proporcionar terapias, higiene, alimentación, compañía, dar medicamentos.

8 Especialmente en el período de industrialización por sustitución de importaciones.

Adicionalmente, se han enumerado una serie de actividades consideradas «auxiliares» que consisten en el transporte de los miembros del hogar, la realización de trámites, hacer gestiones y pagos de servicios, hacer compras, planificación y control de las finanzas, entre otras (Pedrero, 2004).

Siguiendo a la autora, cuando esta diversidad de tareas «que alguien tiene que hacer» —como señaló una de las informantes— se pueden delegar a un tercero mediante un pago, el trabajo doméstico se vuelve una actividad productiva.

Con base en la literatura se puede reconstruir la siguiente tendencia respecto de la PEA femenina ocupada en el trabajo doméstico remunerado en México: En 1970 el total de mujeres en el país involucradas en dicha actividad era de 19.8% y una década después (1980) había descendido al 13.3% (Goldsmith, 1993); en 1990, la cifra correspondía al 11.3%, de acuerdo con Jusidman y Eternod (1994).

Información nacional más reciente⁹ muestra que en 1995 el total de la PEA involucrada en el trabajo doméstico era de 1,347,885 trabajadores, lo que representó el 4.1%, mientras que para 2012, las cifras fueron un total de 2,266,422 trabajadores y el 4.6% de la PEA total. Al interior de la PEA femenina el trabajo doméstico en esos años correspondió al 11.5% en 1995 y acusa un ligero descenso hacia 2012 con el 11.1% de las mujeres ocupadas.

Cabe destacar que el descenso ocurrido en esta ocupación de 1940 en adelante es explicado por Rendón (1990) por la transformación de la estructura económica —en la que destaca el crecimiento del empleo en el sector público, que requirió amplios contingentes de maestras, enfermeras y secretarías; asimismo, en la industria maquiladora, cuyo crecimiento acelerado descansó en el reclutamiento de mujeres jóvenes— y los cambios en el perfil de la fuerza de trabajo femenina, que se volvió más urbana y alcanzó mayor escolaridad. Siguiendo las cifras presentadas, llama la atención no obstante, que si bien en 1970 una de cada cinco mujeres en la PEA en México se dedicaba al trabajo doméstico, el descenso de 1980 en adelante ha sido constante, pero más lento, pues desde 1990 el total de la PEA femenina dedicada al trabajo doméstico oscila alrededor del 11%.

En la tabla 1 desplegamos información sobre algunas características de la población involucrada en el trabajo doméstico en el país. Como habíamos señalado, el trabajo doméstico es una actividad de alta concentración femenina (en 2012 el 91.9% eran mujeres). Estos datos

9 Cálculos propios con base en la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE).

confirman la tendencia que se ha reportado para el total de la PEA femenina respecto del estado civil pues el total de mujeres solteras desempeñándose en esta actividad pasó del 44.2% al 31.1% entre 1995 y 2012, creció la cifra de mujeres que viven en pareja (casadas o en unión libre) de 40.2% a 47.7% y la de aquellas mujeres que alguna vez han estado unidas (separadas, divorciadas y viudas) de 15.5% a 21.2%. Sobre la edad, también se confirma que se ha incrementado la importancia relativa de las mujeres en edades adultas pues el grupo de las más jóvenes (de 14 a 24) pasó del 36.3% al 16.4% en el período referido, en cambio, el grupo de mujeres entre 25 y 49 años ascendió del 46.9% a 57.5%.

Tabla 1. México, perfil sociodemográfico de las empleadas domésticas*, 1995 y 2012 (%)

<i>Características</i>	<i>1995</i>	<i>2012</i>
<i>Sexo</i>		
Hombres	10.0	8.1
Mujeres	90.0	91.9
Total	100.0	100.0
<i>Estado civil</i>		
Solteras	44.2	31.1
Unidas (casadas, unión libre)	40.2	47.7
No unidas (separadas, divorciadas, viudas)	15.5	21.2
No especificado	0.1	0.0
Total	100.0	100.0
<i>Edad</i>		
De 14 a 24 años	36.3	16.4
De 25 a 49 años	46.9	57.5
De 50 y más	16.8	26.0
No especificado	0.0	0.1
Total	100.0	100.0
<i>Escolaridad</i>		
Primaria o menos	81.8	60.3
Secundaria	16.8	32.8
Bachillerato	1.6	5.2
Profesional	0.4	1.7
No especificado	0.0	0.0
Total	100.0	100.0
<i>Duración de la jornada (semanal)</i>		
24 h o menos	32.0	39.1
Entre 25 y 48 h	48.7	45.2
49 h y más	19.3	14.4
No especificado	0.0	1.2
Total	100.0	100.0
<i>Nivel de ingresos</i>		
Hasta 1 salario mínimo	49.3	33.0
Más de 1 y hasta 2 salarios mínimos	40.7	40.0
Más de 2 y hasta 3 salarios mínimos	5.8	18.1
Más de 3 y hasta 5 salarios mínimos	0.8	3.6
Más de 5 salarios mínimos	0.2	0.5
No recibe ingresos	1.0	0.2
No especificado	2.1	4.7
Total	100.0	100.0

* Hablamos en femenino porque la gran mayoría de los trabajadores en el servicio doméstico son mujeres. Fuente: elaboración propia con base a INEGI (2011).

Otro rasgo que resulta llamativo es el de la escolaridad. En este lapso de 17 años que abarcan las cifras presentadas, la proporción de las trabajadoras domésticas con educación elemental (primaria) se redujo del 81.8% al 60.3% y, en correspondencia, se observa un incremento de las trabajadoras femeninas con mayor instrucción, pues aquellas con secundaria pasaron del 16.8% al 32.8% y se observa que las que cuentan con bachillerato también son más, pues en 1995 eran 1.6% y en 2012 llegaron al 5.2%. Es de destacar que en estas cifras nacionales aparecen personas con educación profesional trabajando en el servicio doméstico. En general, estas cifras sugieren no solo que sí se ha incrementado la escolaridad de la PEA, sino también que existen algunas razones, que van de las personales a las oportunidades limitadas en el mercado de trabajo para quienes logran alcanzar niveles más altos de escolaridad como el nivel bachillerato o inclusive profesional.

En cuanto a la duración de la jornada, se puede apreciar que ha crecido la proporción de quienes se insertan en el trabajo doméstico a tiempo parcial (24 horas a la semana o menos), pues pasó del 32.0% al 39.1% entre 1995 y 2012. En cambio, se redujeron las proporciones de la jornada «completa» (de entre 25 y 48 horas), del 48.7% al 45.2% y la de quienes trabajan 49 horas o más, que descendió de 19.3% al 14.4% entre 1995 y 2012. Finalmente, respecto del nivel de ingresos los datos sugieren una mejoría al tomar como referencia el salario mínimo del año correspondiente. Así, se redujo de 49.3% a 33.0% el segmento de quienes reciben hasta un salario mínimo, se mantuvo alta (40%) la proporción que recibe entre una y dos veces el monto del salario mínimo y creció de 5.8% a 18.1% el grupo de quienes reciben entre dos y tres veces el salario mínimo.

Estos datos de la tabla 1 sugieren que se ha dado un cambio en el perfil de la población trabajadora que se inserta en el servicio doméstico, pues si bien sigue siendo preponderantemente femenina, en la literatura sobre esta actividad ha prevalecido lo que denominamos el «perfil clásico» de la mujer joven, soltera y analfabeta o con educación muy limitada. Esta información indica que la mayoría de las trabajadoras tienen responsabilidades en su hogar porque son casadas o estuvieron alguna vez unidas; se encuentra en edad primaria (de 25 a 49) o tienen inclusive más de 50 años; como nivel escolar, tienen mayoritariamente primaria o secundaria, trabajan una jornada semanal completa y, la gran mayoría también, gana entre uno y dos salarios mínimos.

Una vez que hemos presentado *grosso modo* el contexto en que se ha dado la mayor participación económica femenina y hemos enmarcado la relevancia del trabajo doméstico en México, en la siguiente sección hablaremos de los escenarios y las participantes en esta investigación.

Los contextos y las participantes

Los estudios sobre el TDR se han centrado en las tres ciudades centrales del sistema urbano mexicano: la Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara y se han enfocado básicamente en las mujeres migrantes y su inserción en el TDR «de planta». Si bien tales estudios (Arizpe 1975; Jelin, 1977; Goldsmith, 1990; Chaney y García Castro, 1993; Vázquez y Hernández, 2004; Chavarría, 2008; Durin, 2009) han arrojado evidencias importantes —por ejemplo, la asociación entre los flujos migratorios de otras partes del país a dichas ciudades y la inserción de las migrantes al trabajo doméstico—, consideramos necesario ampliar el análisis hacia otras ciudades del país y hacer una comparación entre ellas.

Esta investigación se realizó en la Ciudad de México¹⁰ y en la ciudad de Tlaxcala¹¹. Ambos lugares se encuentran ubicados en la región centro del país —o altiplano central—. Bayón *et al.* (2002), apuntan que el sistema urbano mexicano históricamente ha sido caracterizado por el predominio demográfico y económico de la Ciudad de México, así como por profundas desigualdades regionales. La Ciudad de México¹², atravesó por un acelerado proceso de urbanización y se convirtió en el principal centro de atracción de masivas migraciones internas, muy notablemente en las décadas de los sesenta y setenta (Arizpe, 1975; Jelin, 1977, Muñoz, Oliveira y Stern, 1977; Lomnitz, 1975, Duhau y Giglia, 2008). Entre las múltiples consecuencias de dicho proceso, destacan el crecimiento acelerado de su población y la expansión de su zona metropolitana. Por tal motivo, los primeros estudios sobre TDR se enlazan directamente a los estudios de migración.

La Ciudad de México, a partir de la década de los noventa perdió dinamismo económico y, en consecuencia, dejó de ser un lugar de destino de grandes flujos migratorios, mientras que Tlaxcala fue beneficiario de las políticas de descentralización industrial. Tlaxcala, a diferencia de la Ciudad de México no es una urbe central en el siste-

10 Nos referimos a la zona metropolitana del Valle de México que incluye al Distrito Federal, Estado de México e Hidalgo. Abarca un total de 76 municipios. Para el año 2005 contaba con un total de población de 19, 239,910 habitantes y una superficie de 7,854 km² (CONAPO, 2005).

11 Tlaxcala es el estado más pequeño de la República Mexicana, solo por encima del Distrito Federal ocupa el 0.2% del territorio nacional). El total de población es de 1, 169,936 habitantes (100%); 565,775 hombres (48.35%) y 604,161 mujeres (51.64%) (INEGI, 2011).

12 Los autores aseguran que en el sistema latinoamericano se desarrollaron ciudades primadas, como la Ciudad de México, es decir, metrópolis cuya población equivale tres veces a la población de la siguiente ciudad más poblada.

ma urbano nacional. El estado de Tlaxcala ha sido históricamente un estado de bajo crecimiento económico, con una mínima participación en el Producto Interno Bruto (PIB) del país y que hasta la década de los sesenta, tenía una economía centrada en actividades agropecuarias de muy baja productividad (Saraví, 2004). A partir de esa década en Tlaxcala se experimentó un proceso caracterizado por la concatenación entre la transición demográfica, la creciente centralidad de la estructura urbana, la renovación de las ramas industriales y la decreciente importancia del sector agrícola en la vida económica y social, lo cual vino a complejizarse más con el aumento de la población tlaxcalteca (Hernández Chávez, 2011).

A partir de las políticas públicas de promoción industrial en el estado y a los procesos de descentralización industrial en México, Tlaxcala atravesó por una importante transformación socioeconómica beneficiándose de estas medidas, en parte, a su cercanía con el Distrito Federal, Estado de México, Puebla y el Puerto de Veracruz. Tlaxcala dejó de ser un estado expulsor de población, al otorgar mayores oportunidades para que sus habitantes se insertaran en un mercado laboral moderno, y se constituyó como «un polo de atracción de flujos migratorios provenientes de otros estados del centro y sur del país (Puebla, México, Veracruz, Hidalgo y Distrito Federal)» (Saraví, 2004a: 9). Hernández Chávez (2011) señala que a partir de la industrialización el carácter «tradicional» de la entidad se vio trastocado: Tlaxcala deja de ser un estado fundamentalmente agrícola al incorporarse al esquema de industrialización.

En este contexto, resultó relevante para la investigación analizar los motivos por los cuales las mujeres se insertan en el TDR aunque en las zonas de estudios existan otras fuentes de empleo, tales como la manufactura o el sector servicios (específicamente en el comercio). Sobre las participantes en el estudio, a continuación presentamos información sociodemográfica básica de ellas, a fin de tener una idea inicial del universo de estudio, es decir, quiénes son y cómo son tanto las empleadas domésticas como las empleadoras.

Empleadas domésticas

Todas las empleadas domésticas participantes en esta investigación (34) son mujeres, 19 fueron entrevistadas en Tlaxcala y 15 en la Ciudad de México. El promedio de edad es de 37.1 años, similar al promedio de la PEA femenina nacional que es de 37.4 años. El rango de edad va de los 19 a los 60 años y se observa, igual que en las cifras

nacionales, que se encuentran en edades adultas. De acuerdo con el cuadro 1, el promedio de escolaridad es de 9.6 años cursados, lo cual equivale al primer ciclo de preparatorio, estudios técnicos o comerciales con secundaria terminada y normal básica (INEGI, 2011).

Respecto a la organización de los hogares de las empleadas se observa que 31 viven en hogar nuclear (14 biparentales: madre, padre e hijos; 15 monoparentales con jefatura femenina: madre e hijos; y dos más que viven con sus cónyuges), dos empleadas viven en hogares ampliados y solamente una de ellas habita en hogar unipersonal (véase cuadro 1).

La mayoría de ellas son madres: 27 tienen hijos. De estas, 23 tienen hijos dependientes, es decir, sus hijos son menores de 15 años, no trabajan y cohabitan con ellas. Por otra parte, cuatro empleadas domésticas tienen hijos no dependientes, es decir, sus hijos tienen un ingreso y aunque cohabiten con ellas, asumen sus propios gastos de manutención y colaboran para el gasto familiar. Del total, 20 empleadas comparten los gastos con sus cónyuges y 14 son las únicas proveedoras en sus hogares.

De las 19 empleadas que viven en Tlaxcala, solamente tres son migrantes internas: dos mujeres son originarias de Ciudad Netzahualcóyotl y una mujer nació en Chalcatongo, en la zona mixteca de Oaxaca. En el caso de las 15 empleadas de la Ciudad de México tres tienen trayectorias migratorias, provienen de Acambay, Estado de México; así como de Nochixtlán y San Jerónimo Tecóatl, ambos en Oaxaca. Otra empleada más pertenece de la segunda generación de migrantes mixtecos. De las 34 trabajadoras, nueve tienen antecedentes indígenas y una se adscribe como zapoteca¹³. A decir de Goldsmith (2007), actualmente se experimenta la creciente participación de mujeres no migrantes en el servicio doméstico, pues a raíz de las crisis económicas, las mujeres de los sectores populares urbanos han tenido que incorporarse al mercado de trabajo.

13 El criterio de adscripción étnica fue considerado a partir de dos características: la auto-adscripción y la lengua. Haciendo eco a un planteamiento de Virginia Molina (Molina y Hernández 2006) «se definió como indígenas no solo a los miembros de los hogares donde las personas con características indígenas tienen un lazo de parentesco determinante en la decisión del estilo de vida y la transmisión intergeneracional de la socialización, es decir, el jefe, el cónyuge y los padres de estos. Así, los hogares indígenas se restringen a aquellos donde el jefe o el cónyuge o padre o madre del jefe o suegro o suegra del jefe hablan lengua indígena y también a aquellos que declararon pertenecer a un grupo indígena» (INI-CONAPO-PNUD, 2003: 22 en Molina y Hernández, 2006: 66)

Cuadro 1. Tlaxcala y Ciudad de México, 2010-2011. Aspectos sociodemográficos de las empleadas domésticas

<i>Nombre</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado Civil</i>	<i>Composición del hogar</i>
<i>Tlaxcala</i>				
Rosario	Carrera técnica	49	Separada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Lucía	Bachillerato	35	Separada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Jazmín	Bachillerato	19	Soltera	Nuclear, sin hijos.
Elena	Bachillerato	39	Separada	Unipersonal, sin hijos
Ana	Bachillerato	28	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Aurelia	Bachillerato	30	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Brenda	Bachillerato	19	Soltera	Ampliado, sin hijos
Celina	Bachillerato	25	Soltera	Ampliado, sin hijos
Isabel	Bachillerato trunco	29	Soltera	Nuclear, sin hijos
Clara	Secundaria	43	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Luisa	Secundaria	35	Casada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Jimena	Secundaria	31	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Paulina	Secundaria	33	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Irma	Primaria	52	Separada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijo independiente.
Reyna	Primaria	29	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes,
Patricia	Primaria trunca	27	Unión libre	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Adriana	Primaria trunca	44	Separada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Inés	Sabe leer y escribir	55	Separada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Rigoberta	Analfabeta	60	Separada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
<i>Ciudad de México</i>				
Diana	Bachillerato	19	Unión libre	Nuclear, cónyuges, sin hijos
Raquel	Bachillerato trunco	22	Divorciada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Aída	Bachillerato trunco	35	Separada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Leticia	Bachillerato trunco	31	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Toña	Bachillerato trunco	34	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Rosa	Secundaria	38	Soltera	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Isabel	Secundaria	39	Soltera	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Viridiana	Secundaria	31	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Eva	Primaria	32	Unión libre	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Carmen	Primaria	56	Divorciada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Malena	Primaria	42	Soltera	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes
Victoria	Primaria	42	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Martha	Primaria trunca	53	Casada	Nuclear, cónyuges, sin hijos
Paula	Primaria trunca	50	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Cleo	Analfabeta	49	Soltera	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijos dependientes

Fuente: elaboración propia a partir de información obtenida en trabajo de campo

Esta información sociodemográfica básica sobre las empleadas resulta relevante toda vez que, a pesar de que hemos realizado un estudio cualitativo, los datos sugieren que el perfil «clásico» —que se reportaba hasta la década de los ochenta— se ha modificado. En estudios realizados entonces (véase Jelin, 1977; Arizpe, 1975; Muñoz, Oliveira y Stern, 1977, entre otros) se dibujaba a una trabajadora soltera, joven, de origen rural (o indígena) que, como migrante reciente, se insertaba al trabajo doméstico de planta en las ciudades a donde llegaba en busca de trabajo. Consideramos que en años recientes, el descenso del trabajo doméstico de planta (Goldsmith, 1990, 1993), ha ido acompañado de un cambio del perfil demográfico de la empleada doméstica, tal como fue expresado en el apartado anterior.

Algunas autoras señalan que las modalidades del TDR —de entrada por salida o de planta— y el ciclo de vida de las empleadas están interrelacionadas. La tendencia, según se ha documentado (Jelin, 1977; Goldsmith, 1990; Durin, 2009) es que en la modalidad de planta se insertan mujeres solteras y sin hijos, pues vivir en casa de los empleadores implica una disponibilidad de tiempo total, lo que condiciona que en la mayoría de los casos no se acepta contratar a mujeres con hijos para esta modalidad. De acuerdo con dichas autoras, vivir en casa de los patrones permite la inserción a la ciudad de las mujeres que provienen de áreas rurales. Entre las empleadas domésticas participantes en este estudio se presenta una mayor incidencia en la modalidad de entrada por salida (25 empleadas en esta modalidad y tres de planta). Cabe destacar que, en correspondencia con las evidencias de Goldsmith (1990), algunas de las participantes se han desempeñado en ambas modalidades a lo largo de sus trayectorias laborales (seis).

Empleadoras

El total de empleadoras que participaron en esta investigación son 38 (37 son mujeres, más un hombre divorciado que se encarga de su hija los fines de semana)¹⁴. Del total, 21 empleadoras viven en Tlaxcala y 17 en la Ciudad de México. El promedio de edad es de 41.7 años —es decir, apenas cuatro años y medio arriba de la edad promedio de las empleadas— el rango va de los 29 a los 61 años. Respecto a su escolaridad, 14 cuentan con estudios de posgrado (maestría o docto-

14 Dado que solamente hay un hombre en la muestra, en adelante nos referimos al grupo de empleadas y al de empleadoras en femenino.

rado), 18 concluyeron estudios de licenciatura, tres reportaron licenciatura incompleta, dos con carrera técnica y una con nivel bachillerato. Es decir, que tienen en promedio 23.7 años de años cursados.

En cuanto a la composición de los hogares de las empleadoras se tiene que 27 se organizan en hogares nucleares (18 biparentales: madre, padre e hijos, cinco son monoparentales con jefatura femenina: madre e hijos, y cuatro viven con sus cónyuges), ocho tiene hogares unipersonales, y tres viven en hogares ampliados.

De la misma manera que hemos clasificado a los hijos dependientes y a los independientes en el apartado de las empleadas, tenemos en el caso de las empleadoras 22 mujeres con hijos dependientes, seis con hijos independientes y nueve no tienen hijos. El único hombre empleador tiene una hija dependiente, aunque él se hace cargo de la niña los fines de semana (véase cuadro 2).

Las empleadoras de esta investigación pertenecen a la clase media¹⁵, criterio definido a partir de la ocupación —no realizan actividades manuales— y la educación —tienen bachillerato o más—. Lo observado permite afirmar que entre las empleadas existe un rango, en el que algunas tienen modos de vida más bien modestos, y otras cuyos niveles de consumo son más holgados. A pesar de que las modificaciones en la organización doméstica son claves para la contratación, resulta relevante que la experiencia de varias empleadoras participantes es que contratan empleadas no cuando lo necesitan, sino cuando pueden pagarlo (véase cuadro 3).

15 Respecto de la definición de clase social, en este trabajo recurrimos a la propuesta por Alejandro Portes y Kelly Hoffman (2003). Los autores señalan que en la sociedad capitalista los recursos que confieren poder están explícitamente relacionados con el mercado y la habilidad de los individuos de competir efectivamente en él. Con esa perspectiva, las categorías utilizadas por Portes y Hoffman tratan de abarcar la disponibilidad de algunos recursos, por ejemplo, el control que se tiene sobre la fuerza de trabajo de otros y la posesión de habilidades ocupacionales (Portes y Hoffman, 2003: 42-43). En México, otras definiciones operativas que se han usado (por ejemplo, García y Oliveira, 1994), incluyen el nivel escolar alcanzado y la ocupación. En este trabajo adoptamos ese enfoque más laxo de todos estos autores y proponemos que pertenecen a los «sectores populares» quienes realicen alguna actividad manual o tengan escolaridad baja (nueve años cursados o menos). Con este mismo criterio, pertenecen a la clase media quienes tienen bachillerato o más y no realizan actividades manuales.

Cuadro 2. Tlaxcala y Ciudad de México, 2010-2011. Aspectos sociodemográficos de las empleadoras

<i>Nombre</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado Civil</i>	<i>Composición del hogar</i>
<i>Tlaxcala</i>				
Ángela	Doctorado	40	Casada	Nuclear, biparental, hijo dependiente
Ricardo	Doctorado	44	Divorciado	Unipersonal, (hija dependiente)*
Mirna	Candidata Doctora	39	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Martha	Maestría	42	Casada	Nuclear, biparental, hijo dependiente
Mireya	Maestría	37	Casada	Nuclear, biparental, hijo dependiente
Liliana	Maestría	45	Casada	Nuclear, biparental, hija dependiente
Daniela	Maestría	31	Soltera	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hija dependiente
Emilia	Licenciatura	33	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Lorena	Licenciatura	38	Casada	Nuclear, biparental, hija dependientes
Bertha	Licenciatura	29	Divorciada	Ampliado, hijos dependientes
Dulce	Licenciatura	32	Casada	Ampliado, hijos dependientes
Gabriela	Licenciatura	59	Casada	Nuclear, hijos independientes
Verónica	Licenciatura	31	Unión libre	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Nohemí	Licenciatura	27	Casada	Nuclear, sin hijos
Marcela	Licenciatura	37	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Alicia	Licenciatura trunca	47	Casada	Ampliado, sin hijos
Eulalia	Licenciatura trunca	38	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Sofía	Licenciatura trunca	60	Casada	Nuclear, biparental, hija independiente
Jacqueline	Carrera técnica	49	Divorciada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hija dependiente
Sarahí	Carrera técnica	55	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Ale	Bachillerato	61	Casada	Nuclear, biparental, hijos independientes
<i>Ciudad de México</i>				
Cristina	Doctorado	54	Divorciada	Unipersonal, hijos independientes
Tina	Maestría	66	Casada	Nuclear, biparental, hijos independientes
Carla	Maestría	53	Casada	Nuclear, biparental, hijo dependiente
Fátima	Maestría	30	Soltera	Unipersonal, sin hijos
Victoria	Maestría	29	Soltera	Unipersonal, sin hijos
Lizeth	Maestría	33	Soltera	Unipersonal, sin hijos
Gema	Maestría	48	Divorciada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijo dependiente
Lina	Licenciatura	31	Casada	Nuclear, sin hijos
Lydia	Licenciatura	45	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Vero	Licenciatura	29	Soltera	Unipersonal, sin hijos
Yesenia	Licenciatura	42	Casada	Nuclear, biparental, hija dependiente
Valeria	Licenciatura	30	Soltera	Unipersonal, sin hijos
Isaura	Licenciatura	37	Casada	Nuclear, biparental, hijos dependientes
Yeni	Licenciatura	32	Soltera	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hija dependiente
Karen	Licenciatura	36	Divorciada	Nuclear, monoparental (jefa de hogar), hijo dependiente
Rocío	Licenciatura	49	Soltera	Nuclear sin hijos
Aidé	Normal- Licenciatura	65	Divorciada	Unipersonal, hijos independientes

* Hombre divorciado que se hace cargo de su hija los fines de semana

Fuente: elaboración propia a partir de datos obtenidos en campo.

A continuación presentamos los hallazgos obtenidos con base en la información obtenida en campo, proporcionada por el conjunto de participantes, empleadas y empleadoras, en las dos ciudades bajo estudio. Si bien consideramos que hay más convergencias que diferencias entre las ciudades de México y Tlaxcala —lo que atribuimos a las características intrínsecas del trabajo doméstico remunerado— destacaremos las diferencias cuando resulte pertinente.

El papel del TDR como articulador de las tareas domésticas y extradomésticas

En la relación laboral establecida en el trabajo doméstico remunerado (TDR), resalta el hecho de que son dos mujeres las que, en la mayoría de los casos, están implicadas en ella. En campo observamos que no existe un cuestionamiento de parte de las empleadas y de las empleadoras sobre quién es responsable, en primera instancia, de las responsabilidades domésticas, pues en ambas partes hay una respuesta unívoca: en la mujer.

Esta relación laboral es similar a otras en la medida en que es una relación jerárquica, que se efectúa a cambio de un salario, de modo que una persona contrata y la otra se convierte en la trabajadora dependiente, subordinada; en esta relación se generan obligaciones y derechos de ambos participantes. No obstante, destacamos dos peculiaridades: el hogar de unos, se convierte en el espacio laboral de otra persona, ajena a él; además, es una mujer —quien en dicho hogar funge como madre y esposa— la que contrata a otra, para que la supla en el trabajo doméstico. De ahí que esta relación laboral esté imbuida de múltiples elementos que la convierten en una relación social extremadamente compleja, en la que se da un *continuum* entre afecto, conflicto, faltas de respeto, intimidación, reforzamiento de la distancia social, dependencia mutua, carga excesiva de trabajo, afinidad, entre otros. Dado que no existe un contrato por escrito, las reglas son tácitas y el papel de la subjetividad es un importante condicionante en las normas establecidas, además con el transcurso del tiempo se desarrollan otro tipo de lazos como la confianza, el afecto (positivo o negativo) y la interdependencia, entre otros (Toledo, 2013).

Con el fin de entender mejor la postura de las participantes en esta relación laboral, empleadas y empleadoras, analizamos cómo explican ambas al TDR desde su experiencia cotidiana. Así, para el caso de las empleadoras, nos preguntamos: ¿Por qué deciden contratar a

alguien que las supla en las tareas domésticas? ¿En qué momento recurren al TDR? ¿Qué necesidades logran resolver a través del TDR?

Como veremos con más detalle en la siguiente sección, la disponibilidad del TDR en la familia de origen se convierte en un factor importante en el posicionamiento de clase de las empleadoras. Pero no todas las empleadoras participantes tuvieron TDR en la familia de origen, ni contrataron, ya como responsables de su familia de procreación, trabajo doméstico al mismo tiempo. En el cuadro 3 desplegamos la información, entre otras cosas, relativa al momento en que las empleadoras decidieron disponer de TDR.

El cuadro revela diferentes patrones: Uno, el más frecuente, es el asociado con los cambios en la organización familiar, como matrimonio, embarazo o nacimiento de los hijos; otro patrón, tiene que ver con la entrada al mercado de trabajo y, el tercero, fue cuando se pudo pagar por el servicio. Cristina (empleadora, 54 años, divorciada), por ejemplo, narra que se casó muy joven:

... éramos bastante pobres cuando nos casamos, los primeros años yo prácticamente entré a la universidad y me casé. Los primeros años no teníamos servicio doméstico y vivíamos en casas muy pequeñas. Éramos muy pobres, lavábamos los platos, comíamos lo que se podía, limpiábamos cuando se podía... en ese sentido, no cumplíamos los estándares de limpieza que hay en una buena casa, cuando nació mi segundo hijo fue cuando empecé a contratar servicio doméstico...

Entrevistadora: ¿Por qué cuando nació tu segundo hijo?

Cristina: Pues... fue cuando tuvimos dinero, ya lo podíamos pagar.

Es pertinente llamar la atención sobre este último patrón de contratar la ayuda doméstica cuando se puede pagar porque significa que, si bien hay distancia en el nivel de vida de empleadas y empleadoras, no todos los hogares de clase media están en posibilidad de pagar por este servicio. Es decir, el solo hecho de reconocer que la carga de trabajo doméstico va más allá de lo que se puede hacer —máxime cuando se combina con trabajo extradoméstico— no es una razón suficiente para contar con TDR. La obligación moral del trabajo doméstico no se presenta de forma homogénea entre los miembros del hogar ni está exenta de conflictos (Jordan *et al.*, 1992). La desigual distribución de dichas responsabilidades se evidencia de forma más clara cuando una mujer debe tomar decisiones respecto a la organización de su hogar y combinarla con un trabajo extradoméstico.

Cuadro 3. Tlaxcala y Ciudad de México, 2010-2011. Motivo de contratación de TDR y otras características de las empleadoras

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Actividad Laboral</i>	<i>Empleada familia origen</i>	<i>Momento en el que realizó la primera contratación</i>
<i>Tlaxcala</i>					
Ángela	40	Doctorado	Investigadora	Sí	Al ingresar al mercado laboral
Ricardo	44	Doctorado	Investigador	Sí	Cuando comenzó a vivir en pareja
Mirna	39	Candidata Doctora	Maestra universitaria y burócrata	Sí	Al ingresar al mercado laboral y continuar estudiando
Martha	42	Maestría	Coordinadora de un centro de posgrado	Sí	Cuando tuvo a su primer hijo
Mireya	37	Maestría	Coordinadora académica en universidad.	Sí	Cuando tuvo a su primer hijo
Liliana	45	Maestría	Coordinadora académica y Terapeuta	Sí	Cuando se casó
Daniela	31	Maestría	Maestra universitaria	No	Cuando nació su hija
Emilia	33	Licenciatura	Directora de primaria (dueña)	Sí	Cuando se casó y continuaba estudiando
Lorena	38	Licenciatura	Coordinadora académica	Sí	Cuando se casó
Bertha	29	Licenciatura	Química	Sí	Cuando pudo pagar
Dulce	32	Licenciatura	Técnica en computación	Sí	Cuando entró a trabajar en turno completo
Gabriela	59	Licenciatura	Jubilada	Sí	Cuando pudo pagar
Verónica	31	Licenciatura	Maestra de bachillerato	Sí	Cuando pudo pagar
Nohemí	27	Licenciatura	Traductora (estudiante de posgrado)	Sí	Cuando comenzó a vivir en pareja
Marcela	37	Licenciatura	-	Sí	Cuando pudo pagar y tuvo su tercer hijo
Alicia	47	Licenciatura trunca	Directora del DIF	Sí	Cuando se convirtió en presidenta del DIF de su localidad
Eulalia	38	Licenciatura trunca	-	Sí	Cuando se casó
Sofía	60	Licenciatura trunca	Jubilada/Maestra de kínder	Sí	Cuando pudo pagar
Jacqueline	49	Carrera técnica	Secretaria	Sí	Cuando pudo pagar
Sarahí	55	Carrera técnica	Secretaria de una secundaria	No	Al año de casada pues su esposo trabaja en otro estado
Ale	61	Bachillerato	Está a cargo de su tienda de regalos	No	Cuando tuvo a su primer hijo

continúa

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Actividad Laboral</i>	<i>Empleada familia origen</i>	<i>Momento en el que realizó la primera contratación</i>
<i>Ciudad de México</i>					
Cristina	54	Doctorado	Investigadora	Sí	Cuando nació su segundo hijo y ya podía pagar
Tina	66	Maestría	-	Sí	Cuando se casó
Carla	53	Maestría	Maestra de Bachillerato virtual	No	Cuando supo que estaba embarazada
Fátima	30	Maestría	Empleada de empresa transnacional	Sí	Cuando comenzó a vivir sola
Victoria	29	Maestría	Relaciones públicas de empresa transnacional	No	Cuando empezó a vivir sola
Lizeth	33	Maestría	Secretaría de empresa transnacional	Sí	Cuando pudo pagarla
Gema	48	Maestría	Analista en consultoría	Sí	Cuando se casó
Lina	31	Licenciatura	Maestra de kínder	Sí	Cuando se casó y ya podía pagar
Lydia	45	Licenciatura	Maestra de inglés	Sí	Cuando tuvo a su segundo hijo
Vero	29	Licenciatura	Asistente en empresa transnacional	Sí	Cuando comenzó a vivir sola
Yesenia	42	Licenciatura	Maestra de kínder	Sí	Cuando pudo pagarla
Valeria	30	Licenciatura	Asistente de empresa transnacional	Sí	Cuando pudo pagarla
Isaura	37	Licenciatura	Dentista	Sí	Cuando se casó
Yeni	32	Licenciatura	Empleada de empresa transnacional	No	Cuando pudo pagarla
Karen	36	Licenciatura	Cajera en banco	No	Cuando se casó
Rocío	49	Licenciatura	Asistente de maestra	Sí	Cuando su mamá enfermó
Aidé	65	Normal-Licenciatura	Jubilada	No	Cuando supo que estaba embarazada

Fuente: elaboración propia a partir de datos obtenidos en trabajo de campo

Las mujeres construyen sus decisiones laborales en función de sus obligaciones hacia otros miembros de la familia, como esposas y madres, responsables de la atención al esposo, del cuidado de los hijos y del trabajo doméstico. De esta manera, una mujer con un trabajo extradoméstico, o que busca insertarse en él, analiza, ensaya y negocia sus responsabilidades, oportunidades y necesidades; las mujeres también elaboran arreglos para cumplir con sus obligaciones morales, en tanto esposas y madres. Estos acuerdos y conciliaciones tienen un sustento moral, pues deben responder a sus roles de género (Jordan *et al.*, 1992; Bastos, 2007). Así pues, se espera que las mujeres cumplan con sus responsabilidades primeras —el cuidado de los hijos, del esposo y el funcionamiento del hogar— y, solamente cuando este renglón ha sido atendido, pueden insertarse en la esfera

productiva, a partir de la cual participan en la manutención de su hogar y pueden buscar su «realización» a través del trabajo extradoméstico (véase también García y Oliveira, 1994).

Entre las empleadoras participantes en el estudio existen dos posiciones respecto de quién debe asumir la responsabilidad de las tareas domésticas: por un lado, quienes aseguran que las tareas deben ser compartidas entre los miembros del hogar; y, por el otro, las empleadoras que asumen como tarea propia y como una obligación femenina las tareas de reproducción de su hogar. La segunda postura es la predominante.

Las primeras, como Lorena (empleadora, 38 años, casada, Tlaxcala) señalan que las tareas del cuidado del hogar y de los hijos debe ser compartido con su esposo, motivo por el cual los gastos que genera la contratación de una empleada son compartidos por ambos. Sin embargo, se mantiene un reconocimiento de que las mujeres son las encargadas tradicionalmente de estas tareas, de modo que el marido que las «apoya» es una buena persona. Es decir, persiste la noción de que para los hombres el trabajo doméstico no es una obligación, sino un gesto de buena voluntad hacia la esposa.

El segundo tipo de empleadoras es el más numeroso en esta investigación. Ellas reconocen como propio el trabajo doméstico y han naturalizado más la división sexual del trabajo. En caso de no poder efectuar las tareas del trabajo doméstico o en caso incluso de no querer realizarlas, consideran que la obligación de pagar por dicho trabajo es suya. Entre estas empleadoras no existen cuestionamientos sobre quién debe asumir la responsabilidad de supervisar y administrar la realización del trabajo doméstico.

Así, la obligación moral del cuidado de la familia antes que cualquier otra cosa, llevan a personas como Alicia a explicar la contratación de trabajo doméstico para no sentirse culpable por el descuido, pues: «Ya no me remordía la conciencia de dejar la casa tirada y salirme (a trabajar)». Alicia (empleadora, 47 años, casada, Tlaxcala).

Por otro lado, Bertha (empleadora, 29 años, divorciada, Tlaxcala) trabaja en el turno de la noche en un hospital público. En el momento de la primera entrevista, vivía sola con sus dos hijos pequeños. Y para poder ir a trabajar dejaba a sus niños en casa de sus padres. Bertha aseguró que inicialmente no tenía la intención de contratar empleada, sin embargo:

Antes de contratar a Isela (empleada doméstica), un día llegó a mi casa mi exsuegra a buscar a mi hijo, su nieto... mi casa la verdad es que era un desorden. Luego me enteré de que la señora decía que mi casa era un chiquero (corral de cerdos), que yo era una cochina, que cómo era

posible que tuviera al niño así. Al principio me enojé mucho, porque pues yo trabajo y su hijo (el padre del niño) poco (dinero) le da. Después pensé seriamente en buscar a una muchacha para que me ayudara con todo lo de la casa (Bertha, empleadora, 29 años, divorciada, Tlaxcala).

La principal razón por la que Bertha no contemplaba la contratación de alguien que la asistiera con el trabajo doméstico era lo ajustado de sus ingresos, sin embargo tuvo que aceptar que la combinación del trabajo doméstico con su trabajo en el laboratorio de un hospital público, donde trabaja por las noches, la rebasaba. Esta sensación es repetida por varias de las empleadoras entrevistadas y es, por lo tanto, la principal justificación de ellas para contratar servicio doméstico. Así pues:

Uno se tiene que extender como al mil y terminás cansada ¿no? Finalmente es agobiante también. Entonces, yo sí creo que uno se mete a la complejidad uno mismo, porque quiere ser mamá, quiere ser esposa y quiere ser trabajadora... y en todos quedar bien. Sí, sí se me complica. Sí fallo, no puedo ser infalible, pero procuro pues que mi hija y mi pareja también tengan lo necesario para estar bien (Daniela, empleadora, 31 años, soltera, Tlaxcala).

Partiendo entonces de que la mujer es la responsable del trabajo doméstico, la contratación de una empleada se configura como una «ayuda» para ellas. Sarahí (empleadora, 55 años, casada, Tlaxcala), por ejemplo, dice «yo me ayudo de esa forma», o sea, la contratación de TDR les permite delegar diferentes tareas y aligerar la carga de la doble jornada.

A pesar de que no todas las empleadoras de la muestra realizan trabajo extradoméstico (tres), en sus relatos describen cómo vivieron la intensificación de la carga de trabajo doméstico desde las que eran solteras y al momento de casarse buscan una trabajadora que las asista, hasta las que la contratan al nacimiento de los hijos. Para ellas también la razón de la contratación estriba en la cantidad de trabajo del cual son responsables dentro de sus hogares:

mira, yo tengo cuatro hijos, mi esposo y yo creemos que tenemos que solventar necesidades. A él le tocan unas tareas y a mí otras, yo soy la responsable de la casa y no me doy abasto. Necesito a Lucy (empleada) para al menos tener un respiro (Marcela, empleadora, 37 años, Tlaxcala).

Cabe destacar que la contratación del TDR puede permitir algo más que el aligeramiento de la carga doméstica. Pereira (1993), sostiene que existe una diferencia fundamental entre las empleadas y las empleadoras: «las primeras luchan por su sobrevivencia y la necesidad de trabajar para sobrevivir destruye cualquier otra aspiración» (Pereira, 1993: 226), en contraste para las mujeres de clase media y alta, «el trabajo es una forma de liberación, una valoración social, una afirmación personal, una elección libre» (Pereira, 1993: 226). Sobre

las posibilidades de disponer de más tiempo para la convivencia familiar y para sí misma, Liliana señala:

Cada 15 días estoy en un diplomado que me ocupa tres horas, pero me ha ayudado mucho al crecimiento personal, no lo dejaría. (No tener ayuda con el trabajo doméstico) repercutiría en que tendría que ocupar toda la tarde, no saldríamos al cine, ni a dar la vuelta, ni a visitar a la familia ¡ayy, nooo! Me estresaría el doble, y no lo disfrutaría, empezaría a regañar a mi hija, me desquitaría con ella. Porque el nivel de tensión hace que uno explote por todos lados (Liliana, empleadora, 45 años, casada, Tlaxcala).

En ese sentido, Tina (empleadora, 66 años, casada, Ciudad de México) asegura que las empleadas son la «alegría del hogar», pues a ella la contratación de una empleada le ha permitido siempre tener más tiempo disponible para sus hijos, poder realizar otras actividades como deportes, salir con sus amigas, además de reducir los conflictos entre los miembros de su hogar que surgirían al asignarles tareas. Este aspecto de la tensión al interior del hogar fue mencionado por otras empleadoras, como Aideé (empleadora, 65 años, divorciada, Ciudad de México), quien enfatiza que «cuando no hay muchacha» es difícil que sus hijos cumplan con las tareas domésticas, pues ella «no se preocupó por enseñarles» cuando eran más jóvenes.

Lina (empleadora, 31 años, casada, Ciudad de México) resume las razones de por qué contrata a su empleada doméstica: «Yo la contrato por comodidad, por tiempo, por salud mental y porque un divorcio me sale muy caro».

Los argumentos vertidos por las entrevistadas nos muestran que para efectuar la contratación del trabajo doméstico, el hogar de la empleadora debe tener un nivel de ingresos suficiente para pagar el servicio doméstico y mantener un nivel mínimo de consumo que a ella y a su familia les parezca adecuado. El TDR entonces debe estar contemplado en los gastos regulares de la familia y la fracción que dicho servicio implique en los ingresos familiares debe ser valorada de modo tal, que los beneficios obtenidos correspondan al gasto efectuado. Asimismo, para que se pueda disponer de TDR, debe existir alguien en el mercado que esté dispuesto a realizar esta actividad —que resulta mental y físicamente intensa— porque los ingresos, horarios, ubicación geográfica le resultan más convenientes que alguna otra actividad. Debe enfatizarse además que, en México, la gama de actividades que pueden realizarse cuando se forma parte del amplio contingente de la fuerza de trabajo con baja calificación, es limitada. No hay entonces muchas opciones cuando la escolaridad es baja y se busca un horario que permita combinar el propio trabajo doméstico con alguna actividad remunerada.

Asimismo, en concordancia con Pedrero y Rendón (2008) enfatizamos que las tareas domésticas y extradomésticas no son mutuamente excluyentes. La mujer de estratos medios no sale de su hogar para insertarse a la fuerza de trabajo únicamente porque existe el TDR, sino que este sirve de apoyo y como extensión de sí misma en tanto mujer. De ese modo, la trabajadora doméstica le facilita a la empleadora el cumplimiento de sus obligaciones morales, esto es, la atención del hogar en términos de garantizar que su casa estará limpia, que habrá comida preparada, que su ropa estará lista para volverse a usar (limpia y planchada), que a sus hijos alguien los cuida. Lograr la realización de todas esas tareas, pero sin tener ayuda y, simultáneamente participar en la fuerza de trabajo, implicaría que la patrona se insertara en la fuerza de trabajo solo a tiempo parcial, que no cumpliera cabalmente con sus tareas domésticas y extradomésticas o que intensificara o alargara su doble jornada. Para las empleadoras, la posibilidad de pagar por el trabajo doméstico permite aligerar la carga de resolver a diario la atención al hogar. En México, a diferencia de países como Estados Unidos, la posibilidad de contratar a una trabajadora doméstica es factible para al menos un segmento de la clase media porque la fuerza de trabajo no calificada es barata y abundante¹⁶. Exploramos el fenómeno denominado «reproducción estratificada» en el siguiente apartado.

Los trabajos de las mujeres: Hacia una discusión sobre la reproducción estratificada

Según la pertenencia de clase, en este caso a los estratos medios o bajos, los mecanismos para mantener el funcionamiento del hogar pueden ser diversos —por ejemplo, el uso de los servicios de guardería para el cuidado de sus hijos o la búsqueda de algún familiar o vecina con la misma finalidad; la compra de comida preparada en lugares específicos, organizar una faena doméstica más larga que implique preparar los alimentos la noche previa o en la madrugada, antes de salir a trabajar— pero en todos los casos son las mujeres quienes asumen la responsabilidad de tales tareas.

El concepto de «reproducción estratificada» que utilizamos ha sido desarrollado por Colen (1989 y 1995) y se refiere a

las tareas de reproducción física y social con las que se cumple en forma diferencial, con base en desigualdades de clase, raza, etnicidad,

16 De ahí que en países como estos sean tan importantes los flujos de mujeres migrantes que abaratan la mano de obra para estas labores.

género, lugar dentro de una economía globalizada y el estatus migratorio, mismas que son estructuradas por fuerzas sociales, económicas y políticas¹⁷ (Colen, 1995: 78).

En ese sentido, la autora considera que la reproducción estratificada refleja el vínculo entre mercados de trabajo, y posiciones de poder asimétricas al interior del hogar donde se establece la relación entre las trabajadoras y sus empleadoras¹⁸. En esta sección del texto, buscamos un acercamiento a las siguientes interrogantes: ¿Cuál es el papel del TDR frente a los roles tradicionales de género? ¿Qué implicaciones tiene respecto de las desigualdades de clase?

De las dimensiones de la desigualdad social que propone Colen, nos centramos en la clase social y en el género. Como hemos señalado, entre las participantes en esta investigación, salvo un empleador, todas, tanto empleadas como empleadoras, son mujeres. De este modo, nuestra intención es observar, cómo desde sus propias concepciones del ser mujer, explican sus responsabilidades dentro y fuera del ámbito doméstico, pues como hemos insistido junto con Wainerman (2000) y Ariza y Oliveira (2001), la domesticidad sigue siendo una responsabilidad abrumadoramente femenina.

Siguiendo el argumento de Colen, el trabajo doméstico permite la continuidad (y por lo tanto la reproducción) de un sistema estratificado, pues es una ayuda para la reproducción de las clases medias y altas; al mismo tiempo, el aprendizaje de la siguiente generación se verá reflejado cuando esta tenga que resolver sus necesidades como cabeza de familia. La autora señala que entonces el TDR refuerza la «estratificación de la reproducción y la reproducción de la estratificación» (Colen, 1995: 98).

Consideramos que la normalización de las relaciones asimétricas entre empleada y empleadora —y los miembros de la familia— es aprendida desde la familia de origen. En el trabajo de campo se recabó información sobre la contratación de servicio doméstico en la familia de origen de las empleadoras. En el cuadro 3 (arriba) se puede observar que de las 34 empleadoras participantes en esta investigación, 26 crecieron en una familia en la que se contaba con ese tipo de apoyo en la realización de las tareas domésticas. En las entrevistas se

17 Traducción propia de: «*Physical and social reproductive tasks are accomplished differentially according to inequalities that are based on hierarchies of class, race, ethnicity, gender, place in a global economy, and migration status, and that are structured by social, economic, and political forces*».

18 La autora incluye entre los factores contextuales a las políticas migratorias, toda vez que en su investigación resultan relevantes pues se centró en el trabajo doméstico y de cuidado de migrantes de las Antillas en Nueva York.

deja ver que es una experiencia diferente cuando la persona creció en un hogar en el que vivía o acudía una persona para realizar las tareas de cuidado, alimentación o limpieza, a aquellas cuya familia de origen no dispuso de ese tipo de trabajo.

Rollins (1985) señala el papel fundamental de las madres de las empleadoras, como modelo y como instigadora en la contratación de trabajadoras domésticas. Por ejemplo, tenemos algunas experiencias contrastantes: Tina (empleadora, 66 años, casada, Ciudad de México) quien recuerda, que a su mamá y a ella misma les decía su abuela: «¡Tú niña: batuta. No hagas, dirige!». En el mismo sentido, Liliana señala que a pesar de que le enseñaron a hacer las cosas «mi mamá me decía que era preferente que estudiara», pues «no debía perder mi tiempo en el quehacer (doméstico)», por eso ella prefiere «trabajar, estudiar, hacer cualquier otra cosa, menos dedicar mi tiempo en eso» (Liliana, empleadora, 45 años, casada, Tlaxcala).

A diferencia de ellas, Yesenia (empleadora, 42 años, casada, Ciudad de México), creció en una familia que no contaba con servicio doméstico. Cuando ella y su esposo decidieron contratar a una empleada doméstica, la falta de experiencia y conocimiento para dar indicaciones, supervisar el trabajo realizado y negociar con la empleada tuvo consecuencias. Por ejemplo, recuerda que le cobraban una cantidad mayor al promedio en el momento y en su zona de residencia, e igualmente fue víctima de robo en dos ocasiones. Su esposo había crecido en una familia en la que sí tenían TDR, así que entre los dos fueron definiendo las tareas y los términos de contratación de la empleada doméstica. Lo anterior, si bien no es lo más frecuente, arroja luz sobre el hecho de que la sola pertenencia a los sectores medios no implica que se sabe «ser patrón» y que es la experiencia cotidiana la que marca el aprendizaje de cómo establecer la relación entre la empleada doméstica y la familia que la contrata.

Al socializar a la generación joven de mujeres, se espera que aprendan también a dirigir y supervisar el trabajo doméstico. La empleadora es quien debe dar las indicaciones, controlar, revisar y vigilar la ejecución de las tareas. Al respecto Cristina (empleadora, 54 años, divorciada, Ciudad de México) comenta: «Siempre fui yo, no mi marido la que trataba con las empleadas... era una división muy clara de trabajo, a mí tocaba tratar y negociar con ellas».

Así como en el grupo de las empleadoras, su posición de clase permitió que la gran mayoría de las participantes fueran socializadas en la familia de origen para reproducir dicha posición privilegiada en la siguiente generación, en el grupo de las empleadas domésticas, sus condiciones socioeconómicas determinaron su inserción posterior en el mercado de trabajo.

En el cuadro 4 se observa por una parte que, si bien el nivel de escolaridad de las empleadas está por encima del nivel elemental, es cierto que se nota la considerable diferencia entre ellas y el grupo de empleadoras. Es decir, que su nivel de capacitación en tanto fuerza de trabajo solo les permitió insertarse en los escalones bajos de la jerarquía ocupacional. En el cuadro destaca, por una parte, la edad de inserción al TDR como opción laboral. Se pueden identificar dos momentos, uno que correspondería al patrón clásico de inserción a una edad muy temprana —soltera, hija de familia— y cuyos ingresos sirven como contribución al gasto familiar. El segundo, a una edad más madura en la que tuvieron que enfrentar la responsabilidad de trabajar para la manutención de la familia de procreación porque se separaron de la pareja o porque los ingresos del esposo no alcanzan. Estos dos momentos son acordes a los patrones identificados por Pedrero (2003).

Cuadro 4. Tlaxcala y Ciudad de México, 2010-2011. Motivo de inserción al TDR y otras características de las empleadas domésticas

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Edad de inserción al TDR</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Motivo de inserción al TDR</i>	<i>Estrategias simultaneas de obtención de recursos</i>
<i>Tlaxcala</i>					
Rosario	49	15	Carrera técnica	Su mamá la metió a trabajar para ayudarla	Venta de comida por pedido, recolección de latas de aluminio
Lucía	35	31	Bachillerato	Su esposo la «dejó»	Peinadora, venta de manualidades
Jazmín	19	18	Bachillerato	Al dejar de estudiar, sus padres la metieron a trabajar.	-
Elena	39	30	Bachillerato	Las actividades de obtención de recursos no le eran redituables	Elaboración y venta de bisutería
Ana	28	15	Bachillerato	Para estudiar el bachillerato	Venta de productos por catálogo
Aurelia	30	18	Bachillerato	No pudo continuar estudiando	-
Brenda	19	18	Bachillerato	Sus padres la «castigaron» por no querer estudiar	-
Celina	25	18	Bachillerato	Le pareció mejor trabajo que el de obrera	-
Isabel	29	29	Bachillerato trunco	Dejó de laborar como secretaria y no encontró un trabajo que le permitiera continuar estudiando	Venta de zapatos por catálogo, venta de manualidades
Clara	43	9	Secundaria	Sus padres la metieron a trabajar para ayudarles	Venta ambulante de dulces
Luisa	35	19	Secundaria	Sus primas le dijeron que en el trabajo doméstico se ganaba bien	-
Jimena	31	15	Secundaria	Para poder estudiar, recurre cuando «no le alcanza»	-
Paulina	33	15	Secundaria	No pudo continuar estudiando	Elabora y vende comida afuera de su casa

continúa

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Edad de inserción al TDR</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Motivo de inserción al TDR</i>	<i>Estrategias simultaneas de obtención de recursos</i>
Irma	52	40	Primaria	Su esposo la dejó	Elabora comida por encargo
Reyna	29	11	Primaria	Sus padres la metieron a trabajar para ayudarles.	-
Patricia	27	12	Primaria trunca	Sus padres la «metieron» a trabajar para ayudarles.	-
Adriana	44	9	Primaria Trunca	Sus padres la «metieron» a trabajar para ayudarles.	Empleada de un taller de costura
Inés	55	10	Sabe leer y escribir	Su esposo la «dejó»	Cosecha maíz y frijol para autoconsumo, a veces lo vende
Rigoberta	60	8	Analfabeta	Siendo huérfana de madre su papá la «regaló» a su primera empleadora	Jornalera
<i>Ciudad de México</i>					
Diana	19	18	Bachillerato	Para «ayudar» a su esposo	Dependiente de una tienda
Raquel	22	18	Bachillerato trunco	Para mantener a sus hijos	-
Aída	35	33	Bachillerato Trunco	Su hermana le dejó su trabajo y le pareció mejor opción que el trabajo de obrera	-
Leticia	31	16	Bachillerato Trunco	La tortillería donde trabajaba cerró	Venta de dulces y comida afuera de su casa
Toña	42	16	Bachillerato trunco	Sus padres la «metieron» a trabajar para ayudarles.	Venta de comida afuera de su casa
Rosa	38	19	Secundaria	No pudo seguir estudiando y le pareció mejor que el trabajo de obrera	Venta de comida afuera de su casa
Isabel	39	12	Secundaria	Sus padres la «metieron» a trabajar para colaborar en el gasto común	-
Viridiana	31	10	Secundaria	Sus padres la «metieron» a trabajar para colaborar en el gasto común	-
Eva	32	17	Primaria	Para mantener a su hijo	-
Carmen	56	45	Primaria	Su esposo la «dejó»	Cocinera en un restaurante
Malena	42	13	Primaria	Sus padres la «metieron» a trabajar para colaborar en el gasto común	-
Victoria	42	15	Primaria	No encontró mejores opciones laborales	-
Martha	53	13	Primaria trunca	Su madre la envió a trabajar a la capital	-
Paula	50	10	Primaria trunca	Sus padres la «metieron» a trabajar para colaborar en el gasto común	Cocinera en puesto ambulante
Cleo	49	12	Analfabeta	Tenía que ayudar a su mamá al gasto	Lava y plancha «ajeno»

Fuente: elaboración propia a partir de datos obtenidos en trabajo de campo

Adicionalmente, la información sugiere que estas mujeres fueron «orilladas» por los padres a insertarse como trabajadoras domésticas o bien, que la relativa facilidad de entrada, les ofreció una puerta a la participación económica. Las trabajadoras domésticas se enfrentan a la misma disyuntiva de las empleadoras respecto a las maneras de resolver la reproducción cotidiana de sus propios hogares, sin que ellas tengan la opción de contratar a alguien para recibir «ayuda». Ellas también se enfrentan a la obligación de cumplir con el rol social de ser mujer, es decir, de ser las responsables, entre otras cosas, del cuidado y la organización del hogar.

Las empleadas intensifican su trabajo doméstico —el de sus propios hogares y el remunerado— o delegan en las mujeres de sus familias estas tareas. Uno de los casos más ilustrativos es el de Viridiana (empleada doméstica, 31 años, casada, Ciudad de México), ella tiene cinco hijos, pero vive con tres que aún son dependientes (hombre de 17, mujer de 15 y hombre de cuatro) que junto con ella y su esposo, quien trabaja como obrero, rentan por 500 pesos un cuarto en Tepatlaxco (Estado de México, zona conurbana de la capital del país). Linda su hija de 15 años no fue aceptada en el bachillerato que ella había escogido, dejó de estudiar, esperando «quedar algún día en el que ella quiere». Linda se hace cargo de sus dos hermanos, además de trabajar en una tortillería.

Viridiana se levanta a las seis para preparar algo de comida, sopa de fideos o poner a cocer los frijoles. Levanta a su esposo, y sus hijos mayores a quienes les da de desayunar, después barre el cuarto, recoge la ropa y, si hay agua, se pone a lavar. Cuando su niño más pequeño despierta, lo lleva al kínder y sale hacia su trabajo en Naucalpan. A veces hace una hora por el tráfico, sobre todo por la tarde, sale a las seis y a veces llega cerca de las ocho. Como su hija Linda no está estudiando, ella es la encargada de ir por su hermanito menor, darle de comer a él y a su hermano mayor cuando él regresa de la escuela. Entre Linda y Viridiana tienen un arreglo, cuando a la madre le da tiempo de hacer la comida, la hija debe «recoger» su cuartito, pero cuando Viridiana se va sin haber preparado la comida, Linda debe preparar los alimentos «para sus hermanos». La distribución de las tareas domésticas es entre ellas dos y no participan ni el esposo de Viridiana, ni el hijo mayor (que tiene 17 años). Viridiana reconoce la ayuda de Linda: «Ella es la que me apoya mucho (con las tareas domésticas), yo le dije a mi hija “si quieres seguir estudiando debes de meterte a trabajar, porque a mí no me alcanza”». Esta historia fue la misma por la que pasó Viridiana.

Al cuestionar a las empleadas domésticas respecto de la posible contratación de una empleada que les descargue de trabajo a ellas, la respuesta fue claramente negativa. La mayor parte de las empleadas argumentaron la falta de dinero para eso, así que durante la entrevista se les pidió que hicieran el supuesto de contar con los recursos económicos para tal efecto. La mayoría decía que aun teniendo recursos económicos no contratarían a nadie, que preferirían destinar el dinero a otro cosa, incluso hubo quien aseguró que no tenía por qué gastar si tiene en casa tres niñas (sus hijas) que pueden hacer gratuitamente esta actividad (Leticia, empleada, 31 años, casada, Ciudad de México). O Jimena quien asegura que «hasta ahorita no creo (que contrataría a alguien), a menos que yo esté bien enferma sí, pero así que estuviera yo bien, no, porque lo puedo hacer, mi hija ya lo puede hacer, o sea que no» (Jimena, 31 años, casada, Tlaxcala).

Las empleadas domésticas se enfrentan a los conflictos de no poder delegar el cuidado y las necesidades económicas de sus hogares a otras personas. Toña me asegura que su esposo continuamente le dice que no se vaya al trabajo, «que cuide a los niños y que atienda mi casa», pero con el sueldo de obrero de su esposo no alcanza para mantener a sus dos hijos:

La verdad es que con el sueldo que él gana no me alcanza y una como ama de casa, es la que sufre. Por ejemplo, él me da 500 pesos semanales, yo tengo que darles de eso pasajes a los niños para que vayan a la escuela, a veces veo que ya no tienen zapatos, o les piden un libro y a mí, con lo que él me da no me alcanza, prefiero trabajar y ya cuando ellos me piden, (le puedo decir) «ten hijo aquí hay» (Toña, 34 años, empleada doméstica, casada, Ciudad de México).

Existen testimonios que revelan el conflicto con el que viven las trabajadoras por transgredir el papel de ama de casa dependiente del salario del esposo: «A mí me enseñaron que una se aguanta con lo que le dé el marido, y pues así debe de ser, yo debo dedicarme a mis hijos» (Patricia, empleada, 27 años, unión libre, Tlaxcala). Sin embargo, Patricia sale a trabajar. Reyna (empleada, 29 años, casada, Tlaxcala) por su parte asegura que tiene muchos conflictos con su esposo por los mismos motivos:

Yo ahorita tengo muchos problemas con mi esposo, él se molesta mucho porque dice que llego bien tarde, que descuido a mi hija. Lo que no le gusta es que dice que Mariana (empleadora) como no está casada y no tiene hijos, pues sabe a dónde me sonsacará, dice él «tú quisieras así andar libre, pero no»... Yo no es que quiera desobedecer, pero a ver, yo gano bien, yo le pago a la vecina para que vea a mi niña, la comida no falta, ¿a poco él me va a dar lo que me da ella? (la empleadora) Reyna (empleada, 29 años, casada, Tlaxcala).

Reyna por ejemplo asegura que las empleadoras

que tienen pues una carrera a fuerza deben de buscar a una empleada doméstica para poder ejercer su carrera, si no contarán con nuestro trabajo, pues no podrían ustedes mantener su casa limpia. Ni cuidar a los hijos, ni nada por el estilo (Reyna, empleada, 29 años, casada, Tlaxcala).

En los relatos presentados, se confirma lo identificado por Pereira (1993): la necesidad de la mera sobrevivencia como el motor que lleva a las empleadas domésticas a insertarse en esta actividad. En la estructura económica polarizada de México, el trabajo disponible para quienes tienen muy baja calificación se reduce a trabajo manual, físicamente intenso, sin seguridad social y con ingresos muy bajos. Entre algunas de las empleadas entrevistadas, se percibe la desesperanza. Dice Rigoberta (empleada, 60 años, separada, Tlaxcala):

Yo si supiera leer aunque sea a una fábrica me voy y voy a tener seguro, pero yo que no sé nada ¿a dónde me voy a ir? Mi trabajo es de burro, como el de mi hijo, que es colador, si no andamos de burritos, no ganamos.

Consideramos, de acuerdo con Colen (1989, 1995) la mayor mercantilización de las tareas de la reproducción social refuerza y reproduce la propia estratificación, toda vez que intensifica las desigualdades sociales sobre las que se basa. Así, las mujeres posicionadas en un escalón más alto de la jerarquía social buscan quién las sustituya en sus tareas reproductivas y, en tanto tienen capacidad de pagar por dicho trabajo, encuentran en el mercado fuerza de trabajo femenina disponible para la realización de dichas tareas. Por otro lado, las mujeres en los estratos sociales más bajos deben intensificar sus jornadas para poder cumplir sus obligaciones dentro de su hogar y al mismo tiempo, insertarse en mercado laboral para resolver necesidades apremiantes de sus grupos domésticos.

Comentarios finales

En este capítulo partimos del reconocimiento de que las relaciones de género implican alteridad y jerarquía (Bastos, 2007), de manera que, como ha sido ampliamente documentado, a los hombres se les ha legitimado socialmente como quienes detentan la autoridad en el ámbito doméstico, el control sobre los recursos y tienen libre albedrío fuera del hogar; de las mujeres en cambio, se espera que asuman una posición de subordinación, que en el hogar provean de cuidados a sus

integrantes, sean la pareja o los hijos y, en general, se responsabilicen de la domesticidad.

Pero «las relaciones de género se basan en un patrón de comportamiento que no actúa aislado, sino que se vincula con otros» (Bastos, 2007: 126), dentro de los cuales, resalta la clase social. Dada la vigencia del señalamiento que hicieran Benería y Roldán (1992), en esta investigación nos dimos a la tarea de analizar la manera en que dichas relaciones de género se entrecruzan con las de clase social, es decir, con el acceso diferencial al poder que otorgan recursos y oportunidades de vida (Portes y Hoffman, 2003). La intersección de las relaciones de género y de clase social, da lugar a la reproducción social estratificada (Colen, 1989 y 1995).

Hemos explorado la propuesta de Pedrero (2004) y Rendón (2008) respecto de que en la investigación sobre participación económica femenina, esta no se puede disociar del papel del trabajo doméstico en su organización cotidiana. Nuestra estrategia ha sido tomar al trabajo doméstico remunerado (TDR) como referencia para profundizar en el análisis de la interdependencia de las actividades realizadas por las mujeres de diferentes estratos sociales, en el ámbito doméstico y fuera de él.

Destacamos las implicaciones sociales de dos procesos, en primera instancia, contradictorios. Por un lado, la modificación de las características de las mujeres trabajadoras: el perfil de la mujer joven, soltera, hija de familia que sale del mercado de trabajo al contraer matrimonio o tener hijos, se ha diluido en la sociedad mexicana, lo que podría interpretarse como un matiz en los roles tradicionales de género. Por el otro lado, sin embargo, estas mujeres mantienen la responsabilidad social del trabajo doméstico, lo que constituye una evidente persistencia de la división sexual del trabajo.

Las obligaciones morales, determinadas por las construcciones de género, son asumidas y reproducidas por las mujeres, tanto en el caso de los sectores medios como de los populares, es decir, son transversales a las clases sociales. Sin embargo, las formas en que estos condicionamientos se experimentan en lo cotidiano son diferenciadas.

Para las mujeres de los sectores medios, la contratación de otra mujer que la supla en la realización de las tareas domésticas constituye una opción viable, en la medida en que el gasto corriente familiar le permita pagar la fuerza de trabajo de la mujer que contrata. Cabe señalar que las empleadoras al contratar el TDR «se ayudan», como dijeron algunas de las participantes, con algunas de las tareas, pero el TDR, si bien aligera la doble jornada, no la elimina. A pesar de ello, hay una considerable diferencia entre la posibilidad de pagar por el trabajo doméstico y el panorama que tienen frente a sí las empleadas

domésticas. Para ellas, las «opciones» para resolver sus necesidades de reproducción cotidiana se encuentran entre tener una doble jornada intensa y/o delegar las responsabilidades en otros miembros de sus redes: en la mayor de los casos se trata de otras mujeres en su propio hogar, regularmente familiares o, alternativamente, algunas vecinas. De esta forma, el trabajo doméstico remunerado a la vez que facilita la reproducción de hogares de sectores medios (y altos), permite la diversificación de ingresos en hogares pobres.

Finalmente, el trabajo doméstico remunerado, consideramos, constituye un arreglo privado entre mujeres para la resolución de un problema social: la reproducción. Esta se lleva a cabo también en forma diferenciada. Retomamos el concepto de Colen (1989 y 1995) de «reproducción estratificada» para acercarnos, por una parte, a la importancia de la socialización —la existencia de TDR en la familia de origen— de las empleadoras para entender de algún modo su percepción sobre el trabajo doméstico y las trabajadoras, así como las formas o los márgenes en que ellas aprendieron a «llevar la batuta». Igualmente, con base en la información empírica que presentamos, sostenemos que el TDR funge como reforzador de las desigualdades sociales, pues así como se mantiene prácticamente intacta la noción —transversal a los estratos sociales— de que la mujer es la responsable de las tareas domésticas, también refuerza el posicionamiento de clase social.

Bibliografía

- Anderson, B. (2000), *Doing the dirty work? The global politics of domestic labour*, Zed Books, Londres y Nueva York.
- Ariza, M. (2004), «Obreras, sirvientas y prostitutas. Globalización, familia y mercados de trabajo en República Dominicana», en: *Estudios Sociológicos*, Colegio de México, vol. XXII, n.º 64, enero-abril, México, pp. 123-150.
- (2010), «Perfiles contemporáneos de la desigualdad: Trabajadoras mexicanas en el servicio doméstico en la Ciudad de Nueva York», en: Cortés, Fernando y Orlandina de Oliveira (coords.) *Desigualdad Social. Enciclopedia de los grandes problemas de México*, vol. V, El Colegio de México, pp. 141-180.
- y de Oliveira, O. (2001), «Familias en transición, marcos conceptuales en redefinición», en: *Papeles de Población*, abril-junio, n.º 28, UAEM, Toluca, pp. 9-39.
- Arizpe, L. (1975), *Indígenas en la Ciudad de México: el caso de las Marías*, SEP, Setentas, México.
- Atkinson, P. (2003), *Key themes in qualitative research. Continuities and change*, Altamira Press, Oxford, Reino Unido.
- Auerbach, C. F. y Silverstein L. (2003), *Qualitative Data. An Introduction to Coding and Analysis*, NY: New York University Press.
- Bastos Amigo, S. (2007), «Familia, género y cultura. Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares populares», en: David Robichaux (coord.), *Familia y diversidad en América Latina. Estudios de casos*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 103-132.
- Bayón, M. C., Roberts B. and Rojas, G. (2002), «New Labor Market Challenges to Social policies in Mexico», en: Helgo, Camila T. and Louise Haagh (eds.) *Social Policy Reform and Market Governance in Latin America*, Great Britain: Palgrave-Macmillan, pp. 101-120.
- Benería, L. y Roldán, M. (1992), *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, México: El Colegio de México/FCE.
- Chaney, E. y García Castro, M. (1993), *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha, sirvienta y... más nada. Trabajadoras domésticas en América Latina y el Caribe*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas.
- Chavarría Montemayor, L. (2008), «Cómo sentirse seguras en Monterrey. Redes migratorias femeninas y empleo puertas adentro», en: Séverine, D. (coord.), *Entre luces y sombras. Miradas sobre los indígenas en el área metropolitana de Monterrey*, CIESAS/CDI, Monterrey, pp. 173-206.
- Colen, S. (1989), «Just a Little Respect’: West Indian Domestic Workers in New York City», in: Chaney, E. M. and Garcia Castro, M. (eds.), *Muchachas No More: Household Workers in Latin America and the Caribbean*, Philadelphia: Temple University Press.
- (1995), «Like a Mother to Them’: Stratified Reproduction and West Indian Childcare Workers and Employers in New York», en: Ginsburg, F. and Rapp R. (eds.), *Conceiving the New World Order: The Global Politics of Reproduction*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, University California Press, pp. 78-102.
- Consejo Nacional de Población, Secretaría de Desarrollo Social, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2005), *Delimitación de las zonas metropolitanas de México*, SEDESOL/CONAPO/INEGI, México.
- Duhau, E. y Giglia, A. (2008), *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*, Siglo XXI editores, UAM-Azacapotzalco.

- Durin, S. (2009), *En Monterrey hay trabajo para mujeres: procesos de inserción de las mujeres indígenas en el área metropolitana de Monterrey*, CIESAS/UNESCO/CONADEPI Comité Regional Norte de Cooperación, Monterrey.
- England, P. (1992), *Comparable Worth. Theories and Evidence*, Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Galín, P. y Pautassi L. (2001), «Cambios en el mundo del trabajo y su relación con las políticas sociales en América Latina», Ponencia presentada en el 5.º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Asociación Argentina de Especialistas de Estudios del Trabajo (ASET), disponible en: < <http://www.aset.org.ar/congresos/5/aset/PDF/GALINYPAUTASSI.PDF>>.
- García, B. (2007), «Cambios en la división del trabajo familiar en México», *Papeles de Población*, vol. 13, n.º 53, julio-septiembre, pp. 23-45.
- (2010), «Población económicamente activa: evolución y perspectivas», en: García B. y Ordorica, M. (coords.), *La población*, Serie Los grandes problemas de México, México, El Colegio de México, pp. 363-392.
- Blanco M. y Pacheco, E. 2000. «Género y trabajo extradoméstico» en García, B. (coord.), *Mujer, género y población en México*, México: El Colegio de México, pp. 273-316.
- García, B. y de Oliveira, O. (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México: El Colegio de México.
- (1997), «¿Qué sabemos de nuevo sobre la participación femenina en el mercado de trabajo?», en: Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS), *Memoria del II Seminario de Investigación Laboral: Participación de la mujer en el mercado laboral*, México, STPS, pp. 5-31
- Goldsmith, M. (1990), «El servicio doméstico y la migración femenina», en: Ramírez Bautista, E. y Dávila Ibáñez, H. (comps.), *Trabajo femenino y crisis en México, tendencias y transformaciones actuales*, UAX, México, pp.257-272.
- (1993), «Políticas y programas de las organizaciones de trabajadoras en México», en: Chaney, E. y García Castro, M. (eds.), *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha, sirvienta y... más nada. Trabajadoras domésticas en América Latina y el Caribe*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, pp. 194-213.
- (1993), *Female household workers in the Mexico City metropolitan area*, Tesis Doctoral, University of Connecticut.
- (2007), «De sirvientas a empleadas del hogar. La cara cambiante del servicio doméstico en México», en: Lamas, M. (coord.) *Miradas feministas sobre los mexicanos del siglo XX*, FCE, México, pp. 279-311.
- Hernández Chávez, A. (2011), «La Ciudadanía Tlaxcalteca frente al Nuevo Milenio», en: Rendón Garcini R., *Tlaxcala, Historia Breve*, El Colegio de México/FCE.
- Hondagneu-Sotelo, P. (2007), *Doméstica: Inmigrant Workers cleaning and caring in the shadows of affluence*, University of California Press, Los Angeles y Berkeley.
- Hochschild, A. (2001), «Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional», en: Giddens, A. y Hutton, W. (eds.), *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Kriterion Tusquets, Barcelona.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía INEGI (2011), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) 2010*, INEGI, México.
- Jelin, E. (1977), *Migration and labor force participation of Latin American women: the domestic servants in the cities*, CEDES.
- Jordan, B., James, S., Kay, H. y Redley, M. (1992), *Trapped in Poverty? Labour-market decisions in low-income households*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Jusidman, C. y Eternod, M. (1994), *La participación de la población en la actividad económica en México*, México, INEGI-UNAM.
- Lomnitz, L. (1975), *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI Editores, México.

- Molina Ludy, V. y Hernández, J. J. (2006), «Perfil Sociodemográfico de la población indígena en la zona metropolitana de la Ciudad de México, 2000. Los retos para la política pública», en: Yanes, P.; Molina, V. y González, Ó., *El triple desafío. Derechos, instituciones y políticas para la ciudad pluricultural*. D.F., Secretaría de Desarrollo Social Gobierno del Distrito Federal, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, D.F., pp. 27-67.
- Muñoz H., de Oliveira, O. y Stern, C. (1977), *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM/Colegio de México, México.
- Narotzky, S. (2004), *Antropología económica: Nuevas tendencias*, España, Ed. Melusina.
- Pedrero, M. (2003), «Las condiciones de trabajo en los años noventa en México. Las mujeres y los hombres: ¿ganaron o perdieron?», en: *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLV, n.º 4, octubre-diciembre, pp. 733-761.
- (2004), «Sabia virtud de conocer el tiempo. El uso del tiempo en función del género: Análisis comparativo entre México y Europa», en: *Revista de economía mundial*, 10/11, pp. 77-101.
- y Rendón, T. (2008), «Asignación de Tiempo al Trabajo Doméstico y Extradoméstico en España y México», en: *Revista de Economía Crítica*, n.º 6, enero, pp. 145-170.
- y Barrón, A. (1997), *Segregación ocupacional por género en México*, México: CRIM-UNAM.
- Pereira de Melo, H. (1993), «Feministas y empleadas domésticas en Río de Janeiro», en Chaney, E. y García Castro, M. (eds.) (1993) *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha, sirvienta y... más nada. Trabajadoras domésticas en América Latina y el Caribe*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, pp. 215-234.
- Portes, A. and Hoffman, K. (2003), «Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era», in: *Latin American Research Review*, vol. 38, n.º. 1, febrero, pp. 41-82.
- Rendón, T. (1990), «Trabajo femenino remunerado en el siglo XX. Cambios, tendencias y perspectivas», en: Ramírez Bautista, E. y Dávila Ibáñez, H., *Trabajo femenino y crisis en México. Tendencias y transformaciones actuales*, México: UAM-X, pp. 29-51.
- (2008), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, Segunda edición, México: UNAM.
- y Salas, C. (1993), «El empleo en México en los ochenta: Tendencias y cambios», en: *Comercio Exterior*, vol. 43, n.º 8, agosto.
- Rojas García, G. y Salas, C. (2010), «Interrelación entre precariedad laboral y género en México: Algunas dimensiones poco exploradas», Ponencia presentada en el IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, realizado en La Habana, Cuba, del 16 al 19 de noviembre.
- Rollins, J. (1985), *Between women, domestics and their employers*, Philadelphia, Temple University Press.
- Russell Hochschild, A. (2001), «Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional», en: Hutton, W. y Giddens, A., *En el límite, la vida en el capitalismo global*, Tusquets Editores, Barcelona.
- Sassen, S. (2010), «Las nuevas geografías globales: formación de la oferta de mano de obra y nuevos regímenes de empleo», en: Montañó, S. y Calderón, C. (co-ords.), «El cuidado en acción», CEPAL, AECID y UNIFEM, *Cuadernos de la CEPAL* n.º 94, Santiago de Chile.
- Saraví, G. (2004), *Barrio el Alto, Tlaxcala, Tlaxcala*. CIESAS/SEDESOL, México.

- Standing, G. (1989), «Global feminization through Flexible Labor» *World Development*, vol. 17, n.º 7: 1077-1095.
- Toledo González, M. P. (2013), «El papel de la confianza en los arreglos particulares del trabajo doméstico remunerado», en: *Revista Trayectorias*, año 15, n.º 36 enero-junio, pp. 45-64, Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), Monterrey.
- Vázquez Flores, É. y Hernández, H. (2004), *Migración, resistencia y recreación cultural: el trabajo invisible de la mujer indígena*, INAH, México.
- Wainerman, C. (2000), «División del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones», *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, n.º 1, enero-abril, pp. 149-184.

Noticia de los autores

NINA CASTRO MÉNDEZ. Maestra en Estudios de Población. Actualmente es estudiante del doctorado en Estudios de Población en el Colegio de México A.C. Líneas de investigación: trabajo y familia, curso de vida, análisis longitudinal. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «La salida de la escuela y la incorporación al mercado de trabajo de tres cohortes de hombres y mujeres en México» (2008), en coautoría con Luciana Gandini, en Vela Fortino (coord.) *La dinámica demográfica y su impacto en el mercado laboral de los jóvenes*, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco, México y «Temporalidades reproductivo-laborales de las mujeres mexicanas de tres cohortes» (2004), en *Papeles de Población*, vol. 41, México.

Correo electrónico: nina_castro@yahoo.com

ELZIRA LÚCIA DE OLIVEIRA. Graduação em Ciências Econômicas pela Universidade Federal de Minas Gerais (1996), mestrado em Demografia (1999) e doutorado (2005) em Demografia pela Universidade Federal de Minas Gerais. É professora adjunta III do curso de geografia da Universidade Federal Fluminense de Campos dos Goytacazes. Tem experiência na área de Demografia, com ênfase em População, educação Trabalho, demografia econômica e projeções de demanda associadas à dinâmica demográfica, avaliação e monitoramento de projetos socioeconômicos. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «A reestruturação econômica e territorial do Norte Fluminense», (2012), en coautoría con D. C. T. Terra, en Frédéric Monié; Jacob Binsztok (org.), *Geografia e geopolítica do petróleo*. 1ed. Rio de Janeiro: Mauad, vol. 1 y *La transition démographique au Brésil*, (2011), en coautoría con G. H. N. Givisiez. AGIR, vol. 1.

Correo electrónico: elziralucia@globo.com

ANA ESCOTO. Maestra en Población por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Sede Académica de México). Actualmente es estudiante del doctorado en Estudios de Población del El Colegio de México A.C. Líneas de investigación: condiciones laborales y comercio exterior, mercados laborales centroamericanos, jóvenes y mercado de trabajo.

Correo electrónico: arescoto@colmex.mx

LUCIANA GANDINI. Doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por el Colegio de México. Actualmente es becaria del Programa de Becas Posdoctorales de la UNAM en el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, CRIM-UNAM, campus Morelos (2012-2014). Líneas de investigación: migración, desarrollo y globalización, migración calificada, movimientos sur-norte, mercados de trabajo, trayectorias laborales y curso de vida, métodos de investigación social cualitativa y cuantitativa. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «La migración mexicana calificada en perspectiva comparada: el caso de los profesionistas con posgrado en Estados Unidos, 2001-2010», (2012), en coautoría con Fernando Lozano, en Ramírez, Telésforo y M. Ángel Castillo (coords.), *El estado de la migración. México ante los recientes desafíos de la migración internacional*, CONAPO, México y *Migrantes calificados en América Latina y el Caribe. ¿Capacidades desaprovechadas?*, (2010), en coautoría con Fernando Lozano.

Correo electrónico: lgandini@gmail.com

MARTÍN KOOLHAAS. Licenciado en Ciencia Política con un diploma de especialización en Análisis Sociodemográfico y candidato a magíster en Demografía por la Universidad de la República (Uruguay). Actualmente es asesor en análisis demográfico del Instituto Nacional de Estadística y docente del Programa de Población de la Universidad de la República. Líneas de investigación: migración de retorno, migración calificada, producción de estadísticas demográficas. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Inmigrantes internacionales y retornados en Uruguay» (2013), en coautoría con M. Nathan, Montevideo: INE-OIM-UNFPA. Versión electrónica disponible en: <<http://www.ine.gub.uy/biblioteca/Inmigrantes%20Internacionales%20y%20Retornados%20en%20Uruguay.pdf>> e «Inserción laboral de los migrantes latinoamericanos calificados en España y Estados Unidos» (2012), en coautoría con N. Fiori, en *Revista Latinoamericana de Población*, año 6. n.º 11, julio-diciembre. Versión electrónica disponible en: <http://www.alapop.org/2009/images/stories/alap/relap11/relap_11_02.pdf>. Correo electrónico: martink@fcs.edu.uy

FIGORELLA MANCINI. Doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por el Colegio de México A.C. Investigadora Asociada C de Tiempo Completo del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Líneas de investigación: riesgos sociales, incertidumbre laboral y mercados de trabajo en América Latina. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Narrativas de la contingencia: experiencias de riesgo laboral en la transición hacia la vida adulta» (2011) en: Lucero Jiménez (comp.), *Jóvenes, precariedad y trabajo en el siglo XXI*. Editorial CRIM-UNAM y «Riesgos sociales y regímenes de bienestar: negaciones éticas de las protecciones sociales en América Latina» (2012), en: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Número Especial sobre Ética y Desarrollo, UNAM. Correo electrónico: fiorella@unam.mx

CLARA MÁRQUEZ SCOTTI. Candidata a doctora en Ciencia Social con Especialidad en Sociología por el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Líneas de investigación: sociología del trabajo, el desempleo y los procesos de desigualdad propios del mercado de trabajo de la región. Correo electrónico: mmarquez@colmex.mx

ROXANA MAURIZIO. Doctora en Economía. Investigadora-Docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento y del CONICET (Argentina). Líneas de investigación: mercado de trabajo, desigualdad y políticas sociales en América Latina. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Urban poverty and labor market dynamics in five Latin American countries: 2003-2008», en *Journal of Economic Inequality* y «Semi-conditional cash transfers in the form of family allowances for children and adolescents in the informal economy in Argentina», en *International Social Security Review*. Correo electrónico: roxanadmaurizio@gmail.com y rmaurizi@ungs.edu.ar

SARAI MIRANDA JUÁREZ. Doctora en Estudios de Población. Consultora independiente de ONU-Mujeres México y profesora de asignatura de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma del Estado de México. Líneas de investigación: mercados de trabajo agropecuario y trabajo infantil. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Reflexiones sobre los motivos del trabajo infantil y adolescente desde la esfera familiar en México» (2013), en *Revista Facultad de Ciencias Económicas: Investigación y Reflexión* de la Universidad Militar Nueva Granada,

vol. XXI, n.º 1, Ciudad de Bogotá, Colombia e «Impacto de la Reforma Agraria de 1992 sobre la distribución de la tierra ejidal en el Estado de México 1992-2000» (2007), en *Páramo del Campo y la Ciudad*, año 5, n.º 12, SEDESOL.
Correo electrónico: saraimirandaj@gmail.com

EMMA LILIANA NAVARRETE. Doctora en Estudios de Población por el Colegio de México A.C. Actualmente es investigadora de El Colegio Mexiquense AC. Líneas de investigación: juventud, empleo, escolaridad. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Jóvenes universitarios mexicanos ante el trabajo» (2012), en *Revista Latinoamericana de Población* y «Jóvenes en las viviendas de la zona metropolitana del Valle de México. Una mirada desde el Censo 2010», (2013), en coautoría con Yuliana Román, en Alfonso Iracheta (coord.), *Reflexiones sobre política urbana*, El Colegio Mexiquense.
Correo electrónico: enavarr@cmq.edu.mx

GUSTAVO HENRIQUE NAVES GIVISIEZ. Possui graduação em Arquitetura e Urbanismo pela Universidade Federal de Minas Gerais e doutorado em Demografia pela Universidade Federal de Minas Gerais. É professor adjunto da Universidade Federal Fluminense e professor colaborador da Universidade Candido Mendes, no programa de mestrado em Planejamento Regional e Gestão de Cidades. A principal área de atuação é demografia aplicada a políticas sociais e urbanas. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Privacidade intradomiciliar: um estudo sobre as necessidades de ampliações em residências», (2013), en coautoría con Elzira Lucia de Oliveira, en *Revista Brasileira de Estudos de População* (Impresso), vol. 30 y «O mapa da riqueza e da pobreza das cidades do petróleo no estado do Rio de Janeiro», (2012), en coautoría con Elzira Lucia de Oliveira, en Frédéric Monié y Jacob Binsztok (org.). *Geografia e geopolítica do petróleo*. 1ed. Rio de Janeiro: Mauad, vol. 1.
Correo electrónico: ghnaves@globo.com

MARÍA EDITH PACHECO GÓMEZ MUÑOZ. Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Estudios de Población. Es profesora-investigadora del El Colegio de México A.C. Líneas de investigación: desigualdades en el mercado de trabajo, género, familia y trabajo, trabajo agropecuario. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «La participación económica en las familias mexicanas: el papel de las esposas en los últimos 20 años», en coautoría con Brígida García, en *Los mexicanos: un balance del cambio demográfico*, México, Fondo de Cultura Económica y «Rural Population Trends in Mexico: Demographic and Labor Changes», en coautoría con Landy Sánchez, en László J. Kylvcsár, Katherine J. Curtis (eds.), *International Handbook of Rural Demography*, Estados Unidos, Springer.
Correo electrónico: mpacheco@colmex.mx

MAURICIO PADRÓN INNAMORATO. Doctor en Estudios de Población por El Colegio de México. Es Investigador Titular de Tiempo Completo del Instituto de Investigaciones Jurídicas (IIJ) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Líneas de investigación: mercados laborales, jóvenes y trabajo, trabajo infantil y adolescentes, vulnerabilidad y exclusión social, acceso a la justicia y derechos, metodología de la investigación social. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Empleo e informalidad: aproximación a las diversas perspectivas teórico-metodológicas que permiten el estudio de un fenómeno con múltiples dimensiones» (2013), en Ríos, Gabriela (coord.), *Economía informal y derecho. Retos de la política pública en México*, Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México y «Encuadre normativo

y empírico para un diagnóstico del trabajo infantil en México», (2012), en *Oñati Socio-Legal Series*, vol. 2, n.º 2, Oñati International Institute for the Sociology of Law. Gipuzkoa. España.

Correo electrónico: mauriciopadron@gmail.com

SUSAN W. PARKER. Doctora en Economía por la Universidad de Yale. Actualmente es profesora-investigadora en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) en la División de Economía y Profesora Afiliada en RAND. Líneas de investigación: educación en los países en desarrollo, diseño, implementación y evaluación de programas en México, tanto en las intervenciones experimentales y en las evaluaciones no experimentales. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Is Health of the Aging Improved by Conditional Cash Transfer Programs? Evidence from Mexico*, (2013), en coautoría con Jere Behrman e «Information and Participation in a Social Program» (2013), en coautoría con David Coady y Cesar Martinelli, *World Bank Economic Review*.

Correo electrónico: susan.parker@cide.edu

VICTORIA PRIETO. Doctora en Demografía por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Actualmente es becaria de investigación posdoctoral por la Agencia Nacional de Investigación e Innovación y docente del Programa de Población de la Universidad de la República y continúa colaborando con proyectos de investigación de la UAB. Líneas de investigación: determinantes macro de la migración internacional, integración de los migrantes de retorno y migración calificada. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Emergencia, consolidación y declive del flujo migratorio» (2013), en coautoría con Antonio López-Gay, en Domingo, A. y Sabater, A. (eds.) *Conjugando la diversidad: inmigración y poblaciones latinoamericanas en España*, Madrid, Trotta (en prensa) y «Distribución territorial y características demográficas de la migración calificada», en coautoría con Martín Koolhaas, en Pellegrino, A. (ed.) *La migración calificada en América Latina y Uruguay*, Montevideo, Ediciones Trilce (en prensa).

Correo electrónico: vprieto@fcs.edu.uy

PATRICIA ROMÁN REYES. Doctora en Estudios de Población por el Colegio de México A.C. Actualmente es profesora-investigadora en el Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la Universidad Autónoma del Estado de México. Líneas de investigación: Familias y hogares, mercado de trabajo, ruralidad. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Familia y Migración* (2013), en coautoría con Sandoval, Eduardo y Renato Salas Alfaro, Miguel Ángel Porrúa, UAEM y «Reflexiones metodológicas a partir de los datos e instrumentos de los censos de población y vivienda de 2000 y 2010 para el estado de México» (2012), en coautoría con Juan González Becerril, en *Papeles de Población*, año 18, n.º 73, julio-septiembre, Universidad Autónoma del Estado de México.

Correo electrónico: promanreyes@yahoo.com.mx

GABRIELA ADRIANA SALA. Doctora en Demografía del Centro de Planeamiento e desarrollo Regional (CEDEPLAR). UFMG-Brasil. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina, con sede en el Centro de Estudios de Población (CENEP). Exconsultora de la Organización para las Migraciones (OIM) Cono Sur. Líneas de investigación: envejecimiento, mercado laboral, migraciones. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Empleo y desempleo entre los adultos mayores de la CABA», (2013), en *Revista Población de Buenos Aires*, n.º 17, año 10 y «Cobertura previsional, empleo y

desempleo entre los adultos mayores argentinos» (2012), en *Revista Latinoamericana de Población*, Asociación Latinoamericana de Población, año 6, n.º 11, Río de Janeiro, Brasil.

Correo electrónico: gabrielasala67@hotmail.com y gabriela_adriana67@yahoo.com.ar

ADRIANA CAROLINA SILVA ARIAS. Doctora en Estudios de Población por El Colegio de México. Actualmente es profesora-investigadora de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Militar Nueva Granada. Líneas de investigación: economía laboral, demografía, migración, educación, política monetaria y desarrollo financiero. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «La diáspora de los desplazados forzados en los mercados laborales colombianos», en *Revista Fenadeco*, vol. I y «Un análisis espacial de las migraciones internas en Colombia (2000-2005)», en coautoría con Patricia González Román, en *Revista Facultad de Ciencias Económicas: Investigación y Reflexión*, vol. XVII, n.º 1. Correo electrónico: adriana.silva@unimilitar.edu.co

MÓNICA PATRICIA TOLEDO GONZÁLEZ. Candidata a doctora en Antropología Social por el CIESAS, sede Distrito Federal y profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano en la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Líneas de investigación: trabajos precarios, familia, trabajo y migración —interna e internacional—. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «El papel de la confianza en los arreglos particulares del trabajo doméstico remunerado», en *Trayectorias*, año 15, n.º 36, Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) y «¿Qué hacemos con Rita? Vulnerabilidad y dilemas morales ante la vejez de las trabajadoras domésticas», en Romano, Ricardo, Rafael Pérez-Taylor y Raúl Jimenez (coords.), *Conflicto, tensión y disenso desde los imaginarios, el poder y la violencia*, CIISDER- Universidad Autónoma de Tlaxcala (en prensa). Correo electrónico: monica_tg@hotmail.com

ILIANA YASCHINE. Doctora en Sociología por El Colegio de México e investigadora del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo (PUED) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Líneas de investigación: estudio de la desigualdad, la movilidad social, la pobreza, el desarrollo y la política social, y el diseño y evaluación de programas sociales. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: «Replicar un programa de transferencias condicionadas: reflexiones a partir de la experiencia de Oportunidades», en González de la Rocha, M. y Escobar, A. *Pobreza, transferencias condicionadas y sociedad*, México DF: CIESAS y «The evolving anti-poverty agenda in Mexico: The political economy of Progresa and Oportunidades», en coautoría con Mónica Orozco, en Adato, M. y Hoddinnott, J., *Conditional cash transfers in Latin America*, Baltimore: Johns Hopkins University Press. Correo electrónico: ilianaya@gmail.com

Población y trabajo en América Latina:

abordajes teórico-metodológicos y tendencias empíricas recientes

La presente publicación es resultado de una convocatoria impulsada por la Red de Población y Trabajo de la Asociación Latinoamericana de Población (ALAP), por lo que todas las investigaciones que integran esta obra responden al interés por contribuir al conocimiento de la realidad contemporánea y los debates teórico-metodológicos en los que se inscriben los estudios poblacionales de los mercados laborales de la región.

Bajo esta premisa, este libro aborda el vínculo entre población y trabajo desde dos ángulos distintos pero complementarios. Los estudios de población generalmente dedican poca atención a las reflexiones o marcos teóricos —preponderantemente multidisciplinarios— que dan sustento a las investigaciones empíricas. Es por ello que el primer conjunto de trabajos centra el análisis y la reflexión en los abordajes teórico-conceptuales y metodológicos, ofreciendo perspectivas y enfoques interpretativos diversos para los estudios de la población en América Latina. El segundo grupo de trabajos da cuenta de las transformaciones más recientes de los mercados de trabajo latinoamericanos, así como de temáticas que han sido poco abordadas hasta el momento. Estas investigaciones privilegiaron el análisis comparativo de dos o más países, lo que constituye un recurso heurístico con un enorme potencial para el conocimiento del panorama laboral contemporáneo de la región.

Confiamos en que esta publicación, que se constituye en la primera surgida en el marco de la Red Población y Trabajo, creada tras la realización del V Congreso de la ALAP celebrado en Montevideo, Uruguay, en 2012, contribuya al conocimiento de la realidad laboral actual y los debates teóricos y metodológicos de los estudios de población y trabajo de la región.

